El hombre y su tiempo

Isaac Deutscher

Trotsky

el profeta desarmado

Ediciones MASAS

La Paz - Bolivia

2025

INDICE

PREFACIO	3
I- EL PODER Y EL SUEÑO	10
II- EL ANATEMA	76
III- “NO SOLO DE POLITICA	156
IV UN INTERVALO	190
V- LA CONTIENDA DECISIVA: 1926-1927	253
VI- UN AÑO EN ALMA ATA	364

Trotsky
El profeta desarmado
(1921-1929)

PREFACIO

Carlyle escribió una vez que, como biógrafo de Cromwell. había tenido que sacar al Lord Protector de bajo una montaña de perros muertos, una enorme carga de calumnias y olvido. Mi tarea, como biógrafo de Trotsky, ha sido un tanto similar, con la diferencia, sin embargo, de que cuando yo me apresté a asaltar mi montaña de perros muertos, grandes acontecimientos estaban a punto de golpearla con inmensa fuerza. Yo había concluido El profeta armado, la primera parte de mi estudio sobre Trotsky, cuando Stalin aún vivía y cuando el "culto" a su persona parecía tan indestructible cuan indeleble parecía el estigma que marcaba la de Trotsky. La mayoría de los comentaristas que reseñaron El profeta armado convinieron con un crítico británico en que "ese solo libro anula tres décadas de denigración stalinista: pero, desde luego, ni el libro ni su documentación dieron origen a una sola palabra de comentario por parte de los historiadores y críticos soviéticos, que habitualmente dedican una atención desmedida a cualquier obra de "sovietología", por deleznable que sea, que aparezca en Occidente. Luego vinieron la muerte de Stalin, el XX Congreso y el informe "secreto" de Jruschov. Un terremoto estremeció la montaña de perros muertos, derrumbando la mitad de ella, y por un momento pareció que la otra mitad también estaba a punto de venirse abajo. Referencias históricamente verdaderas al papel desempeñado por Trotsky en la Revolución Rusa empezaron a aparecer en las publicaciones soviéticas por primera vez en tres décadas, aunque la parquedad y la timidez de las referencias sugerían cuán íntima era todavía en este caso la relación entre la historia y la política, y cuán delicado era el problema.

Cuando el ídolo de Stalin empezó a ser destrozado y la falsificación stalinista de la historia denunciada en forma oficial y enfática, la sombra del principal adversario de Stalin suscitó inevitablemente un nuevo y vivo interés, matizado de desconcierto. Los jóvenes historiadores, para quienes los archivos habían permanecido hasta entonces herméticamente cerrados y ahora los veían abiertos de par en par, buscaron con avidez una respuesta en el poco conocido historial del bolchevismo. Habiendo declarado Jruschov que Stalin había destruido a sus críticos en el seno del Partido por medio de acusaciones falsas y monstruosas, los historiadores esperaron naturalmente una rehabilitación explícita de las víctimas de las Grandes Purgas. Aquí y allá la rehabilitación se daba ya por descontada. En Polonia, por ejemplo, los escritos de Trotsky y Bujarín, Rakovsky y Rádek, fueron

citados y aun reproducidos por considerarse que arrojaban mucha luz necesaria sobre el enigma de la era de Stalin (y lo mismo se hizo con mis libros y ensayos).

Poco después, sin embargo, el asalto a la "montaña de perros muertos" fue detenido en forma abrupta. A fines de 1956 o principios de 1957, durante la reacción contra el levantamiento húngaro, Moscú dictó un alto a la restitución de la verdad histórica. Los dilemas y las fluctuaciones de la política del momento se reflejaron una vez más en los escritos de tema histórico y quedaron enfocados, por decirlo así, en el tratamiento de Trotsky. De entonces acá el desprestigiado Breve Curso de Historia del PCCS de Stalin ha sido reemplazado por un nuevo compendio oficial de historia del Partido que intenta restablecer, aunque en una versión modificada y atenuada, el anatema contra Trotsky; y en las publicaciones soviéticas el volumen de escritos destinados subrepticiamente a difamar a Trotsky se ha hecho mucho mayor de lo que fue en cualquier momento de la última década de la era de Stalin.

Sin embargo, lo que otrora fue un drama se ha convertido ahora en pura farsa. El anatema stalinista, con todo lo absurdo que era, tenía su "lógica" y su coherencia: Stalin sabía que no podía mantenerlo efectivamente sin falsificaciones crasas, inescrupulosas y sistemáticas del pasado. Jruschov trata de proscribir la verdad sobre Trotsky sin recurrir a la falsificación descarada: se contenta con una dosis "moderada" de tergiversación, y ello basta para que el anatema se vuelva ridículo. De esta suerte, los autores de la nueva historia del Partido exaltan la labor del Comité Militar Revolucionario de 1917 y del Comisariado de la Guerra del período de la guerra civil, sin mencionar en el contexto que Trotsky encabezaba ambos organismos; pero sí mencionan el hecho, casi en la misma parrafada, cuando se trata de encontrarle defectos a la actividad del mismo Comité o del mismo Comisariado. (Es como si uno observara a un niño, que todavía no ha aprendido bien a jugar al escondite, tirar de la falda de su madre y decirle: ("Aquí estoy, ahora búscame.") Los historiadores jruschovistas evidentemente suponen que los lectores soviéticos no serán lo bastante inteligentes para advertir que tanto los elogios como las recriminaciones están dirigidos a la misma persona. Stalin, a su manera, perversa y todo, tuvo mucho más en cuenta la perspicacia de sus súbditos y prefirió privarlos de todo dato que pudiera estimular conjeturas heréticas y suprimir todo lo que pudiera dar margen a tales conjeturas. Las nuevas versiones de la historia del Partido también tratan unilateralmente las divergencias entre Lenin y Trotsky, pero al publicar los escritos suprimidos de Lenin y al abrir los archivos, los nuevos dirigentes del Partido, han hecho, en realidad, virtualmente todo lo que hacía falta para la rehabilitación de Trotsky. Ahora todos sus intentos de desterrarlo una vez más de los anales de la revolución son vanos.

El fantasma de Trotsky acosa todavía, evidentemente, a los sucesores de Stalin. Yo espero que en estas páginas los lectores encuentren cuando menos una parte

de la explicación de este hecho aparentemente extraño, pese a todos los grandes cambios que han ocurrido en la sociedad soviética desde los años veintes, o más bien debido a esos cambios, algunas de las cuestiones capitales de la controversia entre Stalin y Trotsky tienen tanta vigencia hoy como entonces. Trotsky denunció la "degeneración burocrática" del Estado obrero y enfrentó al Partido "monolítico" e "infaliblemente" dirigido de Stalin con la demanda de libertad de expresión, debate y crítica, creyendo que sólo en ésta podía y debía fundarse la voluntaria y genuina disciplina comunista. Su voz fue ahogada en la Rusia de los años veintes, pero con el multifacético progreso industrial, cultural y social de la Unión Soviética esta idea ha vuelto a cobrar vida, apoderándose de muchas mentes comunistas. En su breve hora de la verdad, Jruschov y Mikoyán, Níao y Gomulka, Kadar y Togliatti, por no mencionar a Tito y Nagy, tuvieron que rendirle homenaje. Un sustrato de "trotskismo" puede hallarse en las aportaciones, no importa lo reticentes y fragmentarias que hayan sido, que cada uno de ellos hizo entonces a la "desestalinización".Sin lugar a dudas, en esa hora de la verdad Trotsky apareció como el gigante precursor de todos ellos, pues ninguno abordó el stalinismo con nada parecido a la profundidad, el alcance y el vigor de su pensamiento crítico. Desde entonces, asustados por su propia bravata, han dado marcha atrás; y el régimen soviético y el Partido Comunista, dando dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás, aún distan de haber superado su "deformación burocrática".

El hecho de que hasta ahora las cuestiones planteadas por Trotsky sólo se hayan resuelto a medias en el mejor de los casos, hace que la historia de su oposición al stalinismo tenga mayor, y no menor, vigencia. Por otra parte, el antagonismo de Trotsky a la burocracia stalinista no es tampoco el único aspecto de su lucha que tiene significación en nuestro tiempo. Una gran parte de la presente biografía gira alrededor del conflicto entre el internacionalismo de Trotsky y la autosuficiencia aislacionista del bolchevismo posterior encamada en Stalin. Este conflicto reapareció y se agudizó aun antes del término de la era de Stalin, y desde entonces la balanza ha empezado a inclinarse hacia el internacionalismo. Ésta es otra cuestión no resuelta que confiere nuevo interés a la controversia de los años veintes.

Si los sucesores de Stalin ven con tan grotesco horror la sombra de Trotsky es porque temen enfrentarse a las cuestiones que él, adelantándose a su tiempo, no temió afrontar. La conducta de aquéllos puede explicarse en parte, como resultado de circunstancias objetivas y en parte como resultado de la inercia, pues Jruschov y sus compañeros, aun en su rebelión contra el stalinismo, siguen siendo epígonos de Stalin. Pero también actúan en razón de los más estrechos motivos de defensa propia. El siguiente incidente, que ocurrió durante una sesión del Comité Central en junio de 1957, ilustra la naturaleza del trance en que se hallan. En aquella sesión, Jruschov, hablando sobre la moción para expulsar a Mólotov, Kaganóvich

y Malenkov, recordó las Grandes Purgas, el tema que se repite invariablemente en todos los debates secretos desde la muerte de Stalin. Señalando a Mólotov y Kaganóvich, Jruschov exclamó: "¡Ustedes tienen las manos manchadas con la sangre de los jefes de nuestro Partido y de innumerables bolcheviques inocentes!" "¡Usted también!", le respondieron Mólotov y Kaganóvich. "Sí, yo también", contestó Jruschov. "Lo admito. Pero durante las Grandes Purgas yo sólo cumplí las órdenes de ustedes. Yo no era entonces miembro del Politburó y no soy responsable por sus decisiones. Ustedes sí." Cuando Mikoyán informó posteriormente sobre el incidente a la Komsomol en Moscú, alguien 1e preguntó por qué los cómplices de los crímenes de Stalin no eran procesados. "No podemos procesarlos", se dice que contestó Mikoyán, "porque si empezamos a llevar a tales personas al banquillo de los acusados, no hay manera de saber dónde podríamos detenernos. Todos hemos tenido alguna participación en las purgas." Así, pues, aunque sólo sea para salvarguardar su propia inmunidad, los sucesores de Stalin todavía deben mantener en el banquillo de los acusados a los fantasmas de algunas de las víctimas de Stalin. Por lo que toca a Trotsky, ¿no es más seguro, sin duda, dejarlo donde yace, bajo la semiderruida pirámide de calumnias, en lugar de trasladarlo al Panteón de la revolución.

Yo no creo ni he creído nunca que la memoria de Trotsky tenga necesidad de ser rehabilitada por gobernantes o jefes de partido. (¡Son más bien ellos, pienso yo, quienes deben gestionar, si pueden, su exculpación!) Nada, sin embargo, se halla más lejos de mi intención que incurrir en cualquier clase de culto a la persona de Trotsky.

Yo considero a Trotsky, ciertamente, como uno de los jefes revolucionarios más notables de todos los tiempos, notable como luchador, pensador y mártir. Pero no me propongo presentar aquí la imagen glorificada de un hombre sin mácula y sin tacha. Me he esforzado por mostrarlo tal cual fue, en su estatura y su fuerza verdaderas, pero con todas sus debilidades; he tratado de mostrar la potencia, la fecundidad y la orginalidad extraordinarias de su mente, pero también su falibilidad. Al examinar las ideas que forman su distintiva contribución al marxismo y al pensamiento moderno, he intentado separar lo que en mi opinión tiene, y probablemente seguirá teniendo durante mucho tiempo, un valor objetivo y duradero, de lo que reflejó situaciones meramente transitorias, emociones subjetivas o errores de juicio. Me he esforzado en todo lo posible por hacerle justicia al carácter heroico de Trotsky, para el cual encuentro pocos parangones en la historia. Pero también lo he mostrado en sus muchos momentos de irresolución e indecisión: describo al Titán batallador cuando vacila y titubea, y, ello no obstante, continúa avanzando al encuentro de su destino. Lo veo como la figura representativa del comunismo pre-stalinista y como el precursor del comunista post-stalinista. Empero, no me imagino que_el

futuro del comunismo reside en el trotskismo. Me inclino a pensar que el desarrollo histórico está rebasando tanto a1 stalinismo como al trotskismo y tiende a algo más amplio que cualquiera de los dos. Pero cada uno será "rebasado" probablemente de diferente manera. Lo que la Unión Soviética y el comunismo toman de Stalin es, principalmente, sus logros prácticos; en otros aspectos, en lo que toca a los métodos de gobierno y de acción política ideas y "clima moral", el legado de la era de Stalin es peor que vacío; mientras más pronto se deseche, mejor. Pero precisamente en estos aspectos Trotsky tiene todavía mucho que ofrecer, y el desarrollo político difícilmente puede rebasarlo si no es absorbiendo todo lo que hay de vital en su pensamiento y aplicándolo a las realidades que son mucho más avanzadas, diversas y complejas que las que él conoció.

En el prefacio a *El profeta armado* indiqué que me proponía narrar toda la historia de la vida y la obra de Trotsky a partir de 1921 en un solo volumen titulado El profeta desarmado. Un crítico, al reseñar el libro en *The Times Literary Supplement.* expresó su duda de que la historia pudiera narrarse, en la escala adecuada, en un volumen. La duda ha quedado justificada. *El profeta desarmado* termina con la expulsión de Trotsky de la Unión Soviética en enero de 1929; otro volumen. *El profeta desterrado*, habrá de abarcar los tormentosos doce años del último exilio de Trotsky y de valorar definitivamente su papel. Estos tres volúmenes forman parte de una trilogía mayor, de la cual una sección, Stalin, biografía política, apareció en 1949, y otra, una *Vida de Lenin* en dos tomos, se encuentra aún en una fase temprana de preparación. También me propongo complementar mi biografía de Stalin con un libro titulado *Los últimos años de Stalin*, cuando tenga a mi disposición la documentación suficiente.

Los tres volúmenes de la obra presente están, por supuesto, relacionados entre sí, como lo están también, en forma más general, todas las partes de la trilogía mayor. Pero los he planeado de tal modo que cada volumen sea, en lo posible, completo en sí mismo y pueda leerse como una obra independiente. Lo que se narra en el presente volumen abarca los años que constituyeron en muchos aspectos, el período formativo de la Unión Sonética. Comienza con el año 1921 y las derivaciones de la guerra civil, con Trotsky todavía en la cúspide del poder, y termina en 1929, con Trotsky en camino a Constantinopla y la Unión Soviética entrando en la época de la industrialización y la colectivización forzosas. Entre esos años se desenvuelve el drama del partido bolchevique, que, después de la muerte de Lenin, se vio lanzado a lo que fue probablemente la más feroz e importante controversia política de los tiempos modernos, inseguro en sus lincamientos políticos y buscando su rumbo a tientas, atrapado en extraordinarias tensiones sociales y políticas y en la lógica del sistema unipartidista, y sucumbiendo a la autocracia de Stalin. Durante todo este periodo, Trotsky se encuentra en el centro de la lucha como el principal

adversario de Stalin, el único candidato de alternativa a la jefatura bolchevique, el partidario "prematuro" de la industrialización y la economía planificada, el crítico del *Socialismo en un Solo País* y el adalid de la "democracia proletaria".

Una buena parte de la documentación en que se basa esta narración ha sido desconocida hasta ahora. Me he servido ampliamente de los *Archivos de Trotsky*, que ofrecen abundantes materiales sobre las sesiones del Politburó y el Comité Central y sobre la actividad de todas las facciones del partido bolchevique; de la voluminosa y reveladora correspondencia entre Trotsky, Rádek, Rakovsky, Preobrazhensky, Sosnovsky y muchos otros bolcheviques eminentes; de las actas de los Congresos y Conferencias del Partido; de las colecciones de periódicos y revistas contemporáneos, rusos y no rusos; y de los relatos publicados e inéditos de testigos presenciales. He aprovechado los contactos personales con Natalia Sedova, la viuda de Trotsky, Heinrich Brandler, Alfrcd Rosmer, Max Eastman y otros participantes y sobrevivientes de la lucha, que han tenido la bondad de contestar a mis preguntas y de someterse en ocasiones a prolongados y repetidos interrogatorios. En mi intento de reproducir el trasfondo y el "clima" de la época, es posible que mi propia experiencia haya tenido cierto valor. Desde mediados de la década de los veintes yo milité activamente en el Partido Comunista de Polonia, que tuvo vínculos más estrechos con el bolchevismo que cualquier otro partido; poco después fui el principal portavoz de una oposición en el seno del Partido influida poderosamente por las ideas de Trotsky; y en 1932 obtuve la distinción un tanto curiosa de ser el primer miembro del Partido polaco expulsado por su antistalinismo.

El acceso a las fuentes todavía inexploradas me ha permitido, creo yo, ofrecer versiones total o parcialmente nuevas de muchos acontecimientos y episodios decisivos. Las relaciones entre Lenin y Trotsky durante los últimos años de Lenin; las vicisitudes de las luchas subsiguientes: las relacione entre Trotsky, Bujarin, Zinóviev, Kámcnev. Rádek y otros dirigentes; la formación y la derrota de las diversas oposiciones antistalinistas; los acontecimientos del primer año del exilio de Trotsky cerca de la frontera chino-soviética, especialmente las divisiones que ya habían aparecido en la Oposición trotskista y que prefiguraron su colapso muchos años antes de los procesos de Moscú: casi todo esto lo he narrado o interpretado a la luz de algunos hechos hasta ahora desconocidos. También he prestado especial atención, como en el volumen anterior, a Trotsky el hombre de letras y he dedicado muchas páginas a sus opiniones sobre la ciencia, la literatura y las artes, particularmente a sus trabajos como el principal critico literario de Rusia en los primeros años de la década de los veintes. Esos trabajos, notables por la amplitud de sus concepciones y su lúcido rechazo de cualquier forma de tutela del Partido sobre la ciencia y el arte, son también especialmente pertinentes a la situación

actual: el progreso que se logró en estos campos en la Unión Soviética durante el "deshielo" post-stalinista siguió la dirección de las ideas de Trotsky, aunque todavía probablemente pasará mucho tiempo antes de que concepciones tan antidogmáticas y audaces como las suyas vuelvan a aparecer en la Unión Soviética.

Pese a toda mi preocupación por restaurar los diversos rasgos y detalles del drama histórico, nunca he podido desterrar de mis pensamientos el tema trágico que lo acompaña de principio a fin y afecta a casi todos los personajes implicados. Aquí se encuentra la tragedia moderna en el sentido en que el propio Trotsky la definió (véase el Capítulo m, p. 185): "Mientras el hombre no sea dueño de su organización social, esa organización se alza sobre él como el Destino mismo... La sustancia de la tragedia contemporánea se encuentra en el conflicto entre el individuo y una colectividad, o entre colectividades hostiles representadas por individuos." A Trotsky, le resultó "difícil prever si el dramaturgo de la revolución creará 'alta' tragedia". El dramaturgo soviético, indudablemente, no la ha creado todavía, pero ¿qué moderno Sófocles o Esquilo podría producir una tragedia tan alta como la propia vida de Trotsky? ¿Será demasiado esperar que ésta sea, sin embargo, una "tragedia optimista" en la que no todo el sufrimiento y todo el sacrificio hayan sido en vano?

Tengo contraída una gran deuda con el señor Donald Tyerman. quien ha leído los originales de este volumen así como de todos mis libros anteriores y ha sido una constante fuente de estímulo para mí; y debo gratitud a los señores Dan Davin y John Bell por sus valiosísimas críticas y sugestiones estilísticas. Mi esposa ha sido, como siempre, mi única ayudante en las labores de investigación y además el primero de mis críticos, el más severo y el más indulgente a un tiempo.

I.D.

CAPÍTULO I

EL PODER Y EL SUEÑO

Los bolcheviques hicieron su Revolución de Octubre de 1917 con la convicción de que lo que ellos habían iniciado era "el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad". Vieron al orden burgués disolviéndose y a la sociedad clasista derrumbándose en todo el mundo, no sólo en Rusia. Creyeron que en todas partes los pueblos se rebelaban por fin contra su condición de juguetes de fuerzas productivas socialmentc desorganizadas y contra la anarquía de su propia existencia. Se imaginaron que el mundo estaba plenamente dispuesto a liberarse de la necesidad de esclavizarse para subsistir, y dispuesto también a poner fin a la dominación del hombre por el hombre. Saludaron la alborada de la nueva era en que el ser humano, liberadas todas sus energías y capacidades, lograría su cabal realización. Se enorgullecieron de haber inaugurado para la humanidad "el tránsito de la prehistoria a la historia".

Esta brillante visión no sólo inspiró las mentes y los corazones de los dirigentes, ideólogos y soñadores del bolchevismo, sino que alimentó asimismo la esperanza y el ardor de la masa de sus seguidores. Estos combatieron en la guerra civil sin piedad para sus enemigos ni para sí mismos porque creían que, al hacerlo así, aseguraban para Rusia y para el mundo la oportunidad de efectuar el gran salto de la necesidad a la libertad.

Cuando por fin alcanzaron la victoria, descubrieron que la Rusia revolucionaria se había excedido y se hallaba en el fondo de un pozo horrible. Ninguna otra nación había seguido su ejemplo revolucionario. Rodeada por un mundo hostil, o en el mejor de los casos indiferente, Rusia se hallaba sola, desangrada, hambrienta, aterida, consumida por las enfermedades y abrumada por el abatimiento. Entre el hedor de la sangre y la muerte, su pueblo luchaba ferozmente por un poco de aire, por un débil destello de luz, por un trozo de pan. "¿Es éste", se preguntaba, "el reino de la libertad? ¿Es aquí a donde nos ha llevado el gran salto?"

¿Qué respuesta podían dar los dirigentes? Replicaron que las grandes y celebradas revoluciones del pasado habían sufrido reveses similarmente crueles, pero ello no obstante habíanse justificado a sí mismas y a su obra ante la posteridad, y que la Revolución Rusa también emergería triunfante. Nadie argumentó en este sentido con mayor fuerza de convicción que el protagonista de este libro. Ante las multitudes hambrientas de Petrogrado y Moscú, Trotsky evocó las privaciones y las calamidades que la Francia revolucionaria soportó muchos años después de la destrucción de la Bastilla, y les contó cómo el Primer Cónsul de la República visitaba personalmente todas las mañanas el mercado de París, observaba ansiosa-

mente las pocas carretas campesinas que traían alimentos del campo, y regresaba todas las mañanas sabiendo que el pueblo de París seguiría sufriendo hambre.[1] La analogía era absolutamente real, pero los parangones históricos consoladores, por verdaderos y pertinentes que fueran, no podían llenar el estómago hambriento de Rusia.

Nadie era capaz de precisar hasta dónde se había hundido la nación. Allá abajo, manos y pies buscaban a tientas asideros sólidos, algo en que apoyarse y algo de que agarrarse para volver a subir. Una vez que la Rusia revolucionaria hubiese logrado ascender, reanudaría seguramente el salto de la necesidad a la libertad. Pero, ¿cómo se lograría el ascenso? ¿Cómo calmar el pandemónium que imperaba en el fondo del pozo? ¿ Cómo disciplinar y dirigir en el ascenso a las multitudes desesperadas? ¿Cómo podía la república soviética superar su miseria y su caos aterradores para proceder entonces a cumplir la promesa del socialismo?

En un principio los dirigentes bolcheviques no trataron de aminorar o disfrazar la situación ni de engañar a sus seguidores. Intentaron fortalecer su valor y su esperanza con palabras de verdad. Pero la verdad desnuda era demasiado dura para mitigar la miseria y atenuar la desesperación. Y así empezó a cederle lugar a la mentira consoladora que en un principio sólo trataba de ocultar el abismo que existía entre el sueño y la realidad, pero que pronto insistió en que el reino de la libertad ya había sido alcanzado... y se encontraba en el fondo del pozo. “Si el pueblo se niega a creer, hay que hacerlo creer por la fuerza.” La mentira creció gradualmente hasta que se hizo refinada, compleja y vasta, tan vasta como el abismo que se proponía ocultar. Encontró sus portavoces y partidarios decididos entre los dirigentes bolcheviques que pensaban que sin la mentira y la fuerza que la apoyaba, la nación no podría ser sacada del atascadero. La mentira así concebida, sin embargo, no soportaba la confrontación con el mensaje original de la revolución. Y, por otra parte, a medida que la mentira crecía, sus exponentes no podían permanecer cara a cara o lado a lado con los dirigentes genuinos de la Revolución de Octubre, para quienes el mensaje de la revolución era y seguía siendo inviolable.

Estos últimos no elevaron inmediatamente sus voces de protesta. Ni siquiera reconocieron la falsedad en seguida, puesto que ésta se infiltraba lenta e imperceptiblemente. Los jefes de la revolución no pudieron evitar la mentira en un principio; pero después, uno tras otro, con vacilaciones y titubeos, se alzaron para denunciarla y atacarla y para esgrimir contra ella la promesa violada de la revolución. Sus voces, sin embargo, que antaño habían sido tan poderosas e inspiradoras, sonaron a hueco en el fondo del pozo y no suscitaron ninguna reacción en las multitudes hambrientas, exhaustas y acobardadas. Entre todas esas

1- Trotsky, Obras (ed. rusa), vol. VII, pp. 318-329.

voces, ninguna vibró con tan profunda y airada convicción como la de Trotsky. Este empezó ahora a adquirir su estatura de profeta desarmado de la revolución, que, en lugar de imponer su fe por la fuerza, sólo podía apoyarse en la fuerza de su fe.

El año de 1921 trajo por fin la paz a la Rusia bolchevique. El eco de los últimos disparos se apagó en los campos de batalla de la guerra civil. Los Ejércitos Blancos se habían disuelto y esfumado. Ios ejércitos de la intervención se habían retirado. Se firmó la paz con Polonia. Las fronteras europeas de la Federación Soviética fueron trazadas y fijadas.

En medio del silencio que se había hecho en los campos de batalla, la Rusia bolchevique escuchó con atención los sonidos que provenían del mundo exterior y fue cobrando una aguda conciencia de su aislamiento Desde el verano de 1920, cuando el Ejército Rojo fue derrotado a las puertas de Varsovia, la fiebre revolucionaria en Europa había cedido. El antiguo orden encontró cierto equilibrio, inestable pero lo bastante real para permitir que las fuerzas conservadoras se recuperaran de la confusión y el pánico. Los comunistas no podían contar con acontecimientos revolucionarios inminentes, y los intentos de provocarlos sólo podían acabar en fracasos costosos. Esto quedó demostrado en marzo de 1921. cuando un levantamiento comunista desesperado y mal preparado tuvo lugar en Alemania central. El alzamiento había sido estimulado y en parte instigado por Zinóviev, el Presidente de la Internacional Comunista, y por Bela Kun, el desafortunado jefe de la revolución húngara de 1919, quienes creían que el levantamiento "electrizaría" e impulsaría a la acción a la apática masa de la clase obrera alemana.[2] La masa, sin embargo, no respondió; y el gobierno alemán reprimió el levantamiento sin gran dificultad. El fiasco sumió al comunismo alemán en la confusión, y, en medio de amargas recriminaciones, el jefe del Partido Comunista alemán, Paul Levy, rompió con la Internacional. El levantamiento de marzo debilitó así más aún a las fuerzas del comunismo en Europa y profundizó la sensación de aislamiento en la Rusia bolchevique.

La nación gobernada por el partido de Lenin se hallaba en un estado próximo a la disolución. Las bases materiales de su existencia estaban destrozadas. Baste recordar que a fines de la guerra civil el ingreso nacional de Rusia sumaba solamente una tercera parte de su ingreso en 1913, que la industria producía menos de una quinta parte de los bienes producidos antes de la guerra, que las minas de carbón producían menos de una décima parte de su rendimiento normal, que los ferrocarriles estaban destruidos, que todas las existencias y reservas de las

2- Trotsky, Pyat Let Kominterna, pp. 284-287; Rádck, Pyat Let Kominterna, vol. II, pp. 484-465; Tretii Vsemirnyi Kongress Kominterna, pp. 58 sigs., 308 sigs.: Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXII. pp. 444-450 et passim.

que depende cualquier economía para su funcionamiento estaban completamente agotadas, que el intercambio de productos entre la ciudad y el campo se había paralizado, que las ciudades y los pueblos de Rusia se habían despoblado a tal punió que en 1921 Moscú tenía sólo la mitad y Petrogrado una tercera parte de sus antiguos habitantes, y que los moradores de las dos capitales habían vivido durante muchos meses a base de una ración de dos onzas de pan y unas cuantas papas congeladas y habían calentado sus viviendas con la madera de sus muebles, y así nos formaremos una idea de la situación en que se hallaba el país en el cuarto año de la revolución. [3]

Los bolcheviques no estaban en actitud de celebrar la victoria. El levantamiento de Kronstadt lo había obligado finalmente a renunciar al comunismo de guerra, y a promulgar la NEP o Nueva Política Económica. Su propósito inmediato consistía en inducir a los campesinos a vender alimentos y a los comerciantes privados a traer los alimentos del campo a la ciudad, del productor al consumidor. Éste fue el comienzo de una larga serie de concesiones a la agricultura y el comercio privados, el comienzo de la "retirada forzosa" que. según lo reconoció Lenin. se vio obligado a emprender su gobierno ante los elementos anárquicos de la pequeña propiedad que predominaban en el país.

Poco después la calamidad golpeó a la nación. Una de las peores carestías de alimentos que recuerda la historia se produjo en los populosos territorios agrícolas del Volga. Ya en la primavera de 1921, inmediatamente después del levantamiento de Kronstadt, Moscú había recibido con alarma las noticias sobre las sequías, las tormentas de arena y una plaga de langostas en las provincias del sur y el sudeste. El gobierno se tragó su orgullo y solicitó la ayuda de las organizaciones de beneficencia burguesas en el extranjero. En julio se temió que diez millones de campesinos fueran afectados por el hambre. A fines del año el número de víctimas se había elevado a treinta y seis millones.[4] Incontables multitudes huyeron de las tormentas de arena y de las langostas y erraron sin rumbo sobre las vastas llanuras. El canibalismo hizo su reaparición, como un espantoso escarnio de los alto ideales y aspiraciones socialistas que emanaban de las ciudades capitales.

Siete años de guerra mundial, revolución, guerra civil, intervención y comunismo de guerra habían producido tales cambios en la sociedad, que las nociones, ideas y consignas políticas habían llegado a perder casi todo significado. La estructura social de Rusia no sólo había sido trastocada, sino destrozada y destruida. Las clases sociales que habían luchado entre sí tan implacable y furiosamente en la

---

3- Kritsman, Ceroicheskii Period Velikoi Rúiskoi Revolutsii, pp. 150 sigs.; 3 Syezd Profsoyúzov. pp. 79-86 y el informe de Kalinin en 4 Syezd Profsoyúzov, pp. 72-77

4- Véase el informe de Kalinin en 9 Vserossíiskii Syezd Soviétov, pp. 23-26.

guerra civil se hallaban todas ellas, con la excepción parcial del campesinado, agotadas y postradas o pulverizadas. La aristocracia terrateniente había sucumbido en sus mansiones incendiadas y en los campos de batalla de la guerra civil, y los sobrevivientes huyeron al extranjero con los residuos de los Ejércitos Blancos dispersados a los cuatro vientos. De la burguesía, que nunca había sido muy numerosa ni políticamente segura de sí, una gran parte también había perecido o emigrado. Quienes lograron salvarse, permaneciendo en Rusia y tratando de adaptarse al nuevo régimen, no eran más que las ruinas de su clase. La antigua intelectualidad, y en menor grado la burocracia, compartieron la suerte de la burguesía propiamente dicha: algunos comían el pan del exilio en el Occidente y otros servían a los nuevos amos de Rusia como ‘‘especialistas”. Con el resurgimiento del comercio privado hizo su aparición una nueva clase media incipiente. Sus miembros, llamados despectivamente los “nepistas”, se dedicaron a explotar rápidamente las oportunidades que la NEP les ofrecía, amasaron fortunas de la noche a la mañana y gozaron su momento con la sensación de que a sus espaldas había quedado un diluvio y más adelante los esperaba otro. Despreciada incluso por los sobrevivientes de la antigua burguesía, esta nueva clase media no aspiraba a desarrollar una mentalidad política propia. La *sujarevka*, el creciente y escuálido mercado negro de Moscú, era el símbolo de su existencia y de su moral.

El hecho de que la clase obrera industrial, que ahora supuestamente ejercía su dictadura, estuviera también pulverizada, fue una sombría y paradójica consecuencia de la lucha. Los obreros más valerosos y politizados habían sucumbido en la guerra civil u ocupaban puestos de responsabilidad en la nueva administración, el ejército, la policía, las empresas industriales y una legión de instituciones y organismos públicos recién creados. Orgullosamente conscientes de su origen, estos proletarios convertidos en comisarios no pertenecían ya en realidad a la clase obrera. Con el transcurso del tiempo muchos de ellos se habían apartado de los trabajadores y se habían asimilado al medio ambiente burocrático. El grueso del proletariado también se desclasó. Masas de obreros huyeron de la ciudad al campo durante los años del hambre, y como en su mayoría eran citadinos de la primera generación y no habían perdido sus raíces en el campo, fueron reabsorbidos fácilmente por el campesinado. En los primeros años de la NEP se inició una emigración en sentido contrario, un éxodo del campo a la ciudad. Algunos viejos obreros regresaron a las ciudades, pero la mayoría de los recién llegados eran campesinos toscos y analfabetos sin ninguna tradición política, no digamos cultural. Sin embargo, en 1921 y 1922 la emigración del campo a la ciudad fue sumamente reducida.

La dispersión de la antigua clase obrera creó un vacío en la Rusia urbana. El antiguo movimiento obrero, seguro de sí y con conciencia de clase, con sus muchas

instituciones y organizaciones, sindicatos, cooperativas y clubs educativos, que solían resonar con vigorosas y apasionadas discusiones y eran un hervidero de actividad política, era ahora un cascarón vacío. Aquí y allá pequeños grupos de veteranos de la lucha de clases se reunían y discutían sobre las perspectivas de la revolución. Otrora habían formado la verdadera "vanguardia" de la clase obrera. Ahora eran sólo un puñado, y no podían ver tras de sí al grueso de su clase, que antes los había escuchado, había acatado sus directivas y los había seguido a los combates de la lucha social.[5]

La dictadura proletaria triunfaba, pero el proletariado casi había desaparecido. Nunca había sido más que una pequeña minoría de la nación; y si había desempeñado un papel decisivo en tres revoluciones, ello no se debía a su fuerza numérica, sino al extraordinario vigor de su mentalidad, iniciativa y organización políticas. En su mejor momento, la industria en gran escala de Rusia no empleó mucho más de tres millones de obreros. Después de la guerra civil, sólo millón y medio, aproximadamente, seguían empleados. Y aun entre éstos, muchos se mantenían inactivos de hecho, porque sus fábricas no trabajaban. El gobierno continuaba pagándoles jornales por razones de política social, a fin de salvar un núcleo de la clase obrera para el futuro. Estos trabajadores eran, en realidad, mendigos. Si un obrero recibía sus jornales en efectivo, éstos carecían de valor debido a la catastrófica depreciación del rublo. El obrero se ganaba la vida, tal como se lo permitía la situación, haciendo trabajos ocasionales, comerciando en el mercado negro y recorriendo las aldeas vecinas en busca de. alimentos. Si recibía sus jornales en especie, especialmente en productos de su fábrica, corría de ésta al mercado negro para permutar un par de zapatos o una pieza de tela por pan y papas. Cuando no le quedaba nada que permutar, volvía a la fábrica a robarse una herramienta, unos cuantos clavos o un saco de carbón, y volvía al mercado negro. Los robos en las fábricas eran tan comunes que, según los cálculos, la mitad de los obreros robaban normalmente las cosas que ellos mismos producían.[6] Es fácil imaginarse qué efectos tenían el hambre, el frío, la aterradora inactividad en los centros de producción y el ajetreo del mercado negro, el fraude y el robo -la lucha casi zoológica por la supervivencia-, en la moral de la gente que se suponía era la clase gobernante del nuevo Estado.

Como clase social, sólo el campesinado salió incólume de la prueba. La guerra mundial, la guerra civil y el hambre cobraron sus víctimas, por supuesto; pero no quebrantaron los cimientos de la vida del campesinado. No redujeron su

5- Véase 4 Syezd Profsoyúzov, los informes de Bujarin. Lozovsky y Miliutin

6- Lozovsky sostuvo que en algunas fábricas los obreros se robaban el 50% de la producción; y, según los cálculos, los salarios cubrían sólo una quinta parte del costo de la vida de un obrero. lbid.} p. 119,

capacidad de resistencia y de regeneración. Ni siquiera las peores calamidades pudieron dispersar la densa masa del campesinado, que, indestructible casi como la naturaleza misma, sólo necesitaba el contacto con la naturaleza en su trabajo para mantenerse vivo, en tanto que los obreros industriales se dispersaban cuando la maquinaria industrial artificial de la que dependía su existencia sufría un colapso. El campesinado había conservado su carácter y su lugar en la sociedad. Había mejorado su posición a expensas de la aristocracia terrateniente. Y ahora podía permitirse hacer el recuento de las ganancias y de las pérdidas que la revolución le había acarreado. Al cesar las requisiciones, los campesinos abrigaron la esperanza de poder recoger por fin la cosecha completa de sus posesiones agrandadas. Cierto es que vivían en una gran pobreza. Pero ésta y el atraso que la acompañaba eran parte integrante de su herencia social. Liberados de la dominación señorial, los campesinos preferían la pobreza en sus propias pequeñas propiedades a los incomprensibles panoramas de abundancia bajo el comunismo que los agitadores urbanos desplegaban ante ellos. A los *muzhiks* no les preocupaban ya gran cosa las peroratas de los agitadores. Se dieron cuenta de que éstos, últimamente, se cuidaban de no ofenderlos e incluso trataban de ganarse su amistad y de halagarlos. Por el momento, el muzhik era. en verdad el consentido del gobierno bolchevique, que ansiaba restablecer el "vínculo" entre la ciudad y el campo y la "alianza entre los obreros y los campesinos". Puesto que la clase obrera no podía hacer sentir su peso, el del campesinado se hacía patente con tanto mayor fuerza. Cada mes, cada semana le traían al agricultor mil nuevas pruebas de su reciente importancia, y su confianza en sí mismo aumentaba en la misma proporción.

Sin embargo, esta clase social, la única que había conservado su carácter y su lugar en la sociedad, era por su naturaleza misma políticamente impotente. Karl Marx describió una vez, por medio de una vivida imagen, la "idiotez de la vida rural" que en el último siglo le impidió al campesinado francés "hacer valer su interés de clase en su propio nombre"; y su imagen es aplicable al campesinado ruso de los años veintes:

Los campesinos parcelarios forman una masa inmensa, cuyos individuos viven en idéntica situación, pero sin que entre ellos existan muchas relaciones. Su modo de producción los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación ... y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo... no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad. La

parcela, el campesino, y su familia; y al lado otra parcela, otro campesino y otra familia. Unas cuantas unidades de éstas forman una aldea, y unas cuantas aldeas un departamento. Así se forma la gran masa de la nación francesa, por la simple suma de unidades del mismo nombre, al modo como, por ejemplo, las patatas de un saco forman un saco de patatas.[7]

El enorme saco de patatas que era la Rusia rural también resultó ser completamente incapaz de hacer valer sus intereses "en su propio nombre". Antaño la intelectualidad populista, o la social-revolucionaria, la había representado y había hablado en su nombre. Pero el Partido Social-Revolucionario, desprestigiado por su propia negativa a apoyar la revolución agraria y después arrojado a la clandestinidad y destruido por los bolcheviques, había agotado su papel. El saco de patatas permaneció allí, enorme, formidable y mudo. Nadie podía apartarlo de su vista, nadie podía ignorarlo o pisotearlo con impunidad: ya había golpeado en la cabeza a la Rusia urbana: y los gobernantes bolcheviques tuvieron que inclinarse ante él. Pero el saco de patatas no podía darle columna vertebral, forma, voluntad y voz a una sociedad informe y desintegrada.

Así, unos pocos años después de la revolución, la nación era incapaz de manejar sus propios asuntos y de hacer valer sus intereses a través de sus propios representantes auténticos. Las antiguas clases gobernantes estaban aplastadas, y la nueva clase gobernante, el proletariado, era sólo una sombra de su viejo ser. Ningún partido podía reclamar la representación de la clase obrera dispersada, y los obreros no podían controlar al partido que pretendía hablar por ellos y gobernar al país en su nombre.

¿A quién representaba el partido bolchevique? Sólo se representaba a sí mismo, es decir, a su pasada vinculación con la clase obrera, a su aspiración actual de actuar como el custodio de los intereses de clase del proletariado. y a su intención de reagrupar, en el transcurso de la reconstrucción económica, una nueva clase obrera que sería capaz, andando el tiempo, de tomar los destinos del país en sus manos. Mientras tanto, el partido bolchevique se mantenía en el poder mediante la usurpación. No sólo sus enemigos lo veían como un usurpador: el partido aparecía como tal incluso a la luz de sus propios criterios y de su propia concepción del Estado revolucionario.

Los enemigos del bolchevismo, como recordará el lector, habían denunciado desde el principio a la Revolución de Octubre y después a la disolución de la Asamblea Constituyente en 1918 como actos de usurpación. Los bolcheviques no tomaban en serio esta acusación: replicaban que el gobierno al que ellos le habían

---

7- Marx. El 18 Brumario de Luis Bonaparte, en Obras Encogidas de C. Marx y F. Engcls. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú. 1951. Tomo 1, p. 304.

arrebatado el poder en octubre no se basaba en ningún cuerpo representativo elegido, y que la revolución le había hecho entrega del poder a un gobierno respaldado por la abrumadora mayoría de los Consejos de Diputados de Obreros y Soldados, elegidos y representativos. Los Soviets habían sido una representación clasista y, por definición, un órgano de la dictadura proletaria. No habían sido elegidos sobre la base del sufragio universal. La aristocracia y la burguesía habían sido privadas del derecho al voto, y el campesinado estaba representado sólo en la proporción que era compatible con la hegemonía de los obreros urbanos. Los obreros no habían emitido sus votos como individuos en los distritos electorales tradicionales, sino en las fábricas y los talleres como miembros de las unidades de producción en que consistía su clase. Esta representación de clase era lo único que los blocheviques habían considerado válido y legítimo desde 1917.[8]

Sin embargo, era precisamente en los términos de la concepción bolchevique del Estado obrero como el gobierno de Lenin había dejado gradualmente de ser representativo. Nominalmente, todavía se basaba en los Soviets. Pero los Soviets de 1921 y 1922, a diferencia de los de 1917, no eran ni podían ser representativos: no podían representar a una clase obrera virtualmente inexistente. Eran las creaturas del partido bolchevique, y así. cuando el gobierno de Lenin pretendía derivar sus prerrogativas de los Soviets, las derivaba en realidad de sí mismo.

El papel de usurpador le fue impuesto al partido bolchevique. Una vez que la clase obrera se desintegró, al partido le resultó imposible mantenerse a la altura de sus principios. ¿Qué podía o debía hacer el partido bajo tales circunstancias? ¿Debía renunciar al poder? Un gobierno revolucionario que ha librado una guerra civil cruel y devastadora no abdica al día siguiente de su victoria y no se entrega a sus enemigos derrotados y a su venganza, aun cuando descubra que no puede gobernar de acuerdo con sus propias ideas y que ya no goza del apoyo con que contó al comenzar la guerra civil. Los bolcheviques no perdieron ese apoyo a causa de algún cambio claro en la actitud de sus seguidores de antaño, sino como resultado de la dispersión de éstos. Los bolcheviques sabían que su mandato para gobernar a la república no había sido renovado en forma adecuada por la clase obrera, no digamos ya por el campesinado. Pero también sabían que se hallaban rodeados de un vacío, que el vacío sólo podría llenarse lentamente a lo largo de los años y que por el momento nadie era capaz de prolongar ni de invalidar su mandato. Una catástrofe social, una fuerza mayor, los había convertido en usurpadores, y en consecuencia ellos se negaron a considerarse tales.

La desaparición del escenario político, en tan breve tiempo, de una clase social vigorosa y militante y la atrofia de la sociedad como resultado de la guerra civil,

8- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXVI, pp. 396-400; Trotsky, Kommunizm i Terrorizm.

constituyeron un fenómeno histórico extraño, pero no único. También en otras grandes revoluciones la sociedad, agotada, sufrió un colapso, y el gobierno revolucionario se vio transformado de manera similar. La Revolución Puritana Inglesa y la Gran Revolución Francesa cnarbolaron ambas al comienzo un nuevo principio de gobierno representativo contra el *ancien régime*. Los Puritanos afirmaron los derechos del Parlamento contra la Corona. Los dirigentes del Tercer Estado francés hicieron lo propio cuando se constituyeron en Asamblea Nacional. A continuación se produjeron la insurrección y la guerra civil, como consecuencia de las cuales las fuerzas del anden régime ya no fueron capaces de dominar a la sociedad, mientras que las clases que habían apoyado a la revolución estaban demasiado divididas entre sí y demasiado agotadas para ejercer el poder. No fue posible, por consiguiente, crear un gobierno representativo. El ejército era el único cuerpo con suficiente unidad de voluntad, organización y disciplina para imponerse al caos. Se proclamó guardián de lo sociedad e instauró el mando de la espada, una forma de gobierno abiertamente usurpadora. En Inglaterra, las dos fases generales de la revolución quedaron encarnadas en la misma persona: Cromwell encabezó primero a los Comunes contra la Corona y después, como Lord Protector, usurpó las prerrogativas tanto de la Corona como de los Comunes. En Francia hubo un hiato definido entre las dos fases, y en cada una de ella hombres diferentes ocuparon el primer plano: el usurpador Bonaparte no desempeñó ningún papel importante en los primeros actos de la revolución.

En Rusia, el partido bolchevique constituía el grupo de hombres compacto y disciplinado, inspirado por una sola voluntad, que era capaz de gobernar y unificar a la nación desintegrada. En las revoluciones anteriores no había existido un partido de ese tipo. La fuerza principal de los Puritanos residía en el ejército de Cromwell, y por ello cayeron bajo el dominio del ejército. El partido jacobino no nació sino en el transcurso de la lucha. Era parte de la fluctuante marea revolucionaria, y se deshizo y desapareció con el reflujo de esa marea. El partido bolchevique, por el contrario, formaba una organización sólida y centralizada mucho antes de 1917. Ello le pennitió asumir la jefatura de la revolución y, después del reflujo de la marea, desempeñar durante muchas décadas el papel que el ejército había desempeñado en la Inglaterra y la Francia revolucionarias, para asegurar un gobierno estable y avanzar hacia la integración y reorganización de la vida nacional.

Por su mentalidad y su tradición política, el partido bolchevique estaba sumamente bien preparado, y sin embargo peculiarmentc mal adaptado, para desempeñar el papel de usurpador. Lenin había formado a sus discípulos como la "vanguardia" y la élite del movimiento obrero. Los bolcheviques nunca se habían contentado con dar expresión a los estados de ánimo o a las aspiraciones concretas de la clase obrera. Consideraban que su misión era moldear esos estados de ánimo y alentar y

desarrollar esas aspiraciones. Se veían a sí mismos como tutores políticos de la clase obrera y estaban convencidos de que, como marxistas consecuentes, sabían mejor que la clase obrera oprimida y poco esclarecida cuál era el verdadero interés histórico de la clase y la forma de defenderlo. Fue a causa de esto, como recordamos que el joven Trotsky los acusó de propender a erigir su propio partido en "sustituto" de la clase obrera y a pasar por alto los genuinos deseos y anhelos de los trabajadores.[9] Cuando Trotsky hizo la acusación por primera vez, en 1904. se adelantó mucho a los hechos. En 1917, como en 1905, los bolcheviques hicieron depender totalmente su intervención en la revolución del apoyo proletario de masas que eran capaces de obtener. Lenin y sus colaboradores analizaron con actitud realista y sobria las más ligeras fluctuaciones en la actitud política de los trabajadores, adaptando cuidadosamente su política a tales fluctuaciones. Nunca se les ocurrió pensar que podrían tomar el poder o sosteneise en él sin la aprobación de la mayoría de los obreros o de los obreros y campesino. Antes de la revolución, en el transcurso de ésta y durante algún tiempo después, siempre estuvieron dispuestos a someter sus directivos al "veredicto de la democracia proletaria", es decir, al voto de la clase obrera.

A fines de la guerra civil, sin embargo, el "veredicto de la democracia proletaria" se había convertido en una frase carente de significado. ¿Cómo podía expresarse esc veredicto cuando la clase obrera se hallaba dispersa y desclasada? ¿Por medio de elecciones a los Soviets? ¿A través de los procedimientos "normales" de la democracia soviética? Los bolcheviques pensaron que sería el colmo de la locura por su parte dejarse orientar en sus acciones por el voto de un residuo desesperado de la clase obrera y por los estados de ánimo de las mayorías accidentales que podían formarse dentro de los Soviets irreales. Así llegaron -y Trotsky junto con ellos- a sustituir de hecho a la clase obrera por su propio partido. Identificaron su voluntad y sus ideas con lo que juzgaron que habrían sido la voluntad y las ideas de una clase obrera en pleno vigor, si tal clase obrera hubiese existido. Su hábito de considerarse a sí mismos como los intérpretes por excelencia del interés de clase proletario hizo que esa sustitución resultan tanto más fácil. Como antigua vanguardia, el partido consideró natural actuar como el *locum tenens* de la clase obrera durante aquel extraño y, según sus esperanzas, breve intervalo en que la clase obrera se hallaba en estado de disolución. De esta suerte los bolcheviques extrajeron, de su propia tradición y del estado real de la sociedad, una justificación moral para su papel de usurpadores.

La tradición bolchevique, sin embargo, era una combinación sutil de diversos elementos. La confianza moral del Partido en sí mismo, su superioridad, su sentido

---

9- Véase El profeta armado, pp. 93-100.

de misión revolucionaria, su disciplina interna y su arraigada convicción de que la autoridad le era indispensable a la revolución proletaria, todas estas cualidades habían formado las actitudes autoritarías en el bolchevismo. Tales actitudes, sin embargo, habían sido mantenidas a raya gracias a la íntima vinculación del Partido con la clase obrera real, no meramente teórica, a su genuina devoción a la clase, a su ardiente creencia de que el bienestar de los explotados y los oprimidos era el comienzo y el fin de la revolución y de que el obrero sería, a la larga, el verdadero amo en el nuevo Estado, porque a fin de cuentas la Historia pronunciaría por boca del obrero mismo un severo y justo veredicto sobre todos los partidos, incluidos los bolcheviques, y sobre todos sus actos. La idea de la democracia proletaria era inseparable de esta actitud. Cuando el bolchevique invocaba esta idea, expresaba su desdén por la democracia formal y engañosa de la burguesía, su disposición a pasar por encima, si fuese necesario, de todas las clases no proletarias, pero también su convicción de que estaba obligado a respetar la voluntad de la clase obrera aun cuando momentáneamente disintiera de ella.

En las primeras etapas de la revolución, la actitud democrático-proletaria tuvo preeminencia en el carácter bolchevique. Ahora el viraje hacia la jefatura autoritaria logró imponerse. Al actuar sin la clase obrera normal en el trasfondo, el bolchevique, por la fuerza de su viejo hábito, siguió invocando la voluntad de esa clase para justificar todo lo que hacía. Pero la invocaba sólo como un supuesto teórico y como una norma ideal de conducta: en suma, como una especie de mito. Empezó a ver en su partido al depositario no sólo del ideal del socialismo en abstracto, sino de los deseos de la clase obrera en concreto. Cuando un bolchevique, desde el miembro del Politburó hasta el más modesto militante de base, declamaba que "el proletariado insiste" o "exige" o "nunca aceptaría" esto o aquello, lo que quería decir era que su partido o los dirigentes de éste "insistían", "exigían" o "nunca aceptarían" esto o aquello. Sin esta mistificación semi-consciente la mentalidad bolchevique no podía funcionar. El Partido no podía admitir, ni siquiera ante sí mismo, que no tenía ya ninguna base en la democracia proletaria. Cierto es que, a intervalos de cruel lucidez, los propios dirigentes bolcheviques hablaban con franqueza sobre su situación. Pero abrigaban la esperanza de que el tiempo, la recuperación económica y la reconstitución de la clase obrera le pondrían remedio: y continuaba: hablando como si la situación nunca se hubiera producido y como si ellos todavía obraran sobre la base de un mandato claro y válido de la clase obrera. [10]Los bolcheviques

10- En un Congreso de los Soviets celebrado en diciembre de 1921, Lenin, argumentado contra quienes con excesiva frecuencia se referían a si mismos como "representantes del proletariado", dijo: "Discúlpenme, pero ¿qué describen ustedes como proletariado? La clase de los trabajadores empleada en la industria en gran escala. Pero, ¿dónde está vuestra industria en gran escala? ¿Qué tipo de proletariado es este? ¿Dónde está vuestra industria? ¿Por

habían suprimido ya. finalmente, a todos los demás partidos y establecido su propio monopolio político. Vieron que sólo exponiéndose y exponiendo a la revolución al más grave peligro podían permitir que sus adversarios se expresaran libremente y apelaran al electorado soviético. Una oposición organizada podría explotar en su provecho el caos y el descontento, tanto más fácilmente cuanto que los bolcheviques eran incapaces de movilizar las energías de la clase obrera. Así. pues, se negaron a exponerse y a exponer a la revolución a este peligro. A medida que el Partido sustituyó al proletariado, sustituyó también la dictadura del proletariado por la suya propia. La "dictadura proletaria" dejó de ser el gobierno de la clase obrera que, organizada en Soviets, había delegado el poder en los bolcheviques pero conservaba el derecho constitucional de destituirlos o "revocarlos" como gobernantes. La dictadura proletaria se convirtió ahora en sinónimo del gobierno exclusivo del partido bolchevique. El proletariado no podía "revocar" o destituir a los bolcheviques más de lo que podía "revocarse" o destituirse a sí mismo.

Al suprimir a todos los partidos, los bolcheviques efectuaron un cambio tan radical en su medio ambiente político que ellos mismos no pudieron quedar inafectados. Su desarrollo había tenido lugar bajo el régimen zarista, dentro de un sistema multipartidista semilegal y semiclandestino, en una atmósfera de intensa controversia y competencia política. Aunque por ser un cuerpo combativo de revolucionarios habían tenido sus propias doctrina y disciplina que aun entonces los distinguía de todos los demás partidos, habían respirado sin embargo el aire de su medio ambiente y el sistema multipartidista había determinado la vida interna de su propio partido. Empeñados constantemente en controversias con sus adversarios, los bolcheviques cultivaban asimismo la controversia en sus propias filas. Antes de que un miembro del Partido ocupara la tribuna para oponerse a un "cadete" o a un menchevique, ventilaba dentro de su propia célula o comité las cuestiones que lo preocupaban, los argumentos del adversario, la réplica que habría de darles y la actitud y las medidas tácticas del Partido. Si pensaba que el Partido estaba

---

qué está inactiva?" (Obras. ed. rusa, vol. XXXIII, p. 148). En marzo de 1922, en el undécimo Congreso del Partido, Lenin argumentó una vez más: "Desde que terminó la guerra, no son en verdad los miembros de la clase obrera, sino los tramposos que se fingen enfermos para no trabajar, los que han ido a las fábricas. ¿Y nuestras actuales condiciones sociales y económicas son tales que los proletarios genuinos van a las fábricas? No. Deberían ir, según Marx. Pero Marx no escribió sobre Rusia, sino sobre el capitalismo en general, el capitalismo tal como se ha desarrollado desde el siglo XV. todo esto ha sido correcto durante 600 años, pero es incorrecto en la Rusia de nuestros días." (Op. cit., p. 268). Shliápnikov. hablando a nombre de la Oposición Obrera, le respondió así a Lenin: "Vladimir Ilich dijo ayer que el proletariado como clase, en el sentido marxista. no existe (en Rusia). Permitidme que os felicite por ser la vanguardia de una clase inexistente." Syezd RKP (b), p. 109. La mofa expresaba una verdad amarga. Véase también el discurso de Zinóvicv. Ibid., pp. 408-409.

equivocado en algún punto o que su jefatura era inadecuada, lo decía sin temor y sin rodeos, y trataba de convencer a sus camaradas. Mientras el Partido luchaba por los derechos democraticos de los trabajadores, no podía negarles esos mismos derechos a sus propios miembros dentro de su propia organización.[11]

Al destruir el sistema multipartidista. los bolcheviques no se imaginaron las consecuencias que eso tendría para ellos mismos. Pensaron que fuera del sistema seguirían siendo lo que siempre habían sido: una asociación disciplinada, pero libre, de marxistas militantes. Dieron por sentado que la mentalidad colectiva del Partido seguiría siendo formada por el acostumbrado intercambio de opiniones, el toma y daca de argumentos teóricos y políticos. No comprendieron que no podían suprimir toda controversia fuera de sus filas y mantenerla viva dentro de ellas: no podían abolir los derechos democráticos para la sociedad en general y conservar esos mismos derechos sólo para sí.

El sistema unipartidista representaba una contradicción esencial: el partido único no podía seguir siendo un partido en el sentido aceptado. Su vida estaba destinada a reducirse y marchitarse. Del "centralismo democrático", el principio básico de la organización bolchevique, sólo sobrevivió el centralismo. El Partido mantuvo su disciplina, no su libertad democrática. No podía ser de otra manera. Si los bolcheviques se empeñaban ahora libremente en controversias, si sus dirigentes ventilaban sus diferencias en público, y si los militantes de base criticaban a los dirigentes y a su política, tales cosas serían un ejemplo para los no bolcheviques y no podría esperarse entonces que éstos se abstuvieran de discutir y criticar. Si se permitía que los miembros del partido gobernante formaran facciones y grupos para defender opiniones específicas dentro del Partido, ¿cómo podría prohibírsele a la gente fuera del Partido que formara sus propias asociaciones y formulara sus propios programas políticos? Ninguna sociedad política puede ser muda en nueve décimas partes y hablante en la otra décima. Después de imponerle el silencio a la Rusia no bolchevique, el partido de Lenin tuvo que acabar por imponérselo a sí mismo.

El Partido no podía resignarse a esto fácilmente. Los revolucionarios acostumbrados a no dar por sentada ninguna autoridad, a impugnar la verdad aceptada y a examinar críticamente a su propio partido, no podían inclinarse súbitamente ante la autoridad con muda obediencia. Aun mientras obedecían,

11- La poca resignación de los bolcheviques frente a su propio sistema unipartidista, aun en el quinto año de la revolución, puede advertirse Ínter alia en el siguiente pasaje del discurso de Zinóviev en el undécimo Congreso: "...nosotros somos el único partido que existe legalmente.. . tenemos, por decirlo así un monopolio... Esto hiere los oídos de nuestro patriotismo de partido… les hemos negado la libertad a nuestros adversarios políticos... pero no podíamos obrar de otra manera…" Ibid.. pp. 412-413. (Cursivas de T.D.)

siguieron impugnando. Después que el décimo Congreso prohibió, en 1921, las facciones dentro del Partido, las controversias siguieron resonando en las asambleas bolcheviques. Los miembros de ideas afines continuaron agrupándose en ligas, produciendo "programas" y "tesis" y atacando duramente a los dirigentes. Al hacer tales cosas, amenazaban socavar la base del sistema unipartidista. Después de suprimir a todos los enemigos y adversarios, el partido bolchevique no podía seguir existiendo si no era mediante un proceso de autosupresión permanente.

Las mismas circunstancias de su desarrollo y su éxito obligaron al Partido a seguir este curso. A principios de 1917 no tenía más de 23,000 miembros en toda Rusia. Durante la revolución la militancia se triplicó y cuadruplicó. En el período culminante de la guerra civil, en 1919, un cuarto de millón de personas habían ingresado en sus filas. Este crecimiento reflejaba la genuina atracción que el Partido ejercía sobre la clase obrera. Entre 1919 y 1922 la militancia se triplicó una vez más, aumentando de 250.000 a 700,000 miembros. La mayor parte de este crecimiento, sin embargo. ya era espurio. Los oportunistas se volcaban en alud sobre el campo de los vencedores. El Partido tenía que llenar innumerables puestos en el gobierno, la industria, los sindicatos, etc., y era ventajoso llenarlos con personas que aceptaran la disciplina partidaria. En esta masa de recién llegados, los bolcheviques auténticos quedaron reducidos a una pequeña minoría.[12] Sintiéndose ahogados por la masa de elementos extraños, se alarmaron y reconocieron la necesidad de separar la paja del grano.

Pero, ¿cómo hacerlo? Resultaba difícil distinguir sobre quienes ingresaban al Partido por convicciones desinteresadas y los oportunistas y arribistas. Más difícil aún era determinar si incluso aquellos que solicitaban afiliación con buenos motivos comprendían realmente los objetivos y las aspiraciones del Partido y estaban dispuestos a luchar por ellos. Mientras varios partidos exponían sus programas y reclutaban miembros, su contienda permanente aseguraba la selección adecuada del material humano y su distribución entre los partidos. El recién llegado a la política tenía entonces todas las oportunidades de comparar los programas, los métodos de acción y las consignas en competencia. Si se unía a los bolcheviques, lo hacía como un acto de elección consciente. Pero quienes ingresaron en la política en los años de 1921 y 1922 no podían hacer tal elección. Sólo conocían al partido bolchevique. En otras circunstancias, sus inclinaciones tal vez los habrían llevado a unirse a los mencheviques, a los social-revolucionarios o a cualquier otro grupo. Ahora su necesidad de acción política los llevaba al único partido que existía, el único que ofrecía una salida a su energía y su ardor. Muchos de los nuevos

12- Según Zinóviev. los bolcheviques que habían luchado en la clandestinidad antes de febrero de 1917 formaban sólo el 2% de los miembros del Partido en 1922. Ibid., p. 420.

afiliados eran, como los llamó Zinóviev, "mencheviques inconscientes" o "social-revolucionarios inconscientes"[13] que sinceramente se consideraban a sí mismos "buenos bolcheviques". El ingreso de tales elementos amenazaba adulterar el carácter del Partido y diluir su tradición. En el undécimo Congreso del Partido, en 1922, Zinóviev sostuvo que ya había dentro de la organización bolchevique dos o más partidos potenciales formados por quienes honrada pero erróneamente se creían bolcheviques. Así, por el mero hecho de ser el partido único, el Partido iba perdiendo su mentalidad única, y los sustitutos rudimentarios de los partidos que él había proscrito empezaron a aparecer en su propio seno. El trasfondo social, con toda su reprimida diversidad de intereses y mentalidades políticas, volvió a hacerse patente y a presionar sobre la única organización política existente, infiltrándose en ella desde todos lados.

Los dirigentes se resolvieron a defender al Partido contra esta infiltración. Iniciaron una purga. La exigencia de una purga la había hecho la Oposición Obrera en el décimo Congreso, y la primera purga tuvo lugar en 1921. La policía y los tribunales no tuvieron nada que ver con el procedimiento. En asambleas públicas, las Comisiones de Control -es decir, los tribunales del Partido- examinaban los antecedentes y la moral de cada miembro del Partido, sin tomar en cuenta su jerarquía. Cualquier hombre o mujer en el público podía adelantarse y testificar en favor o en contra del individuo investigado, al que la Comisión de Control declaraba entonces digno o indigno de seguir perteneciendo al Partido. A los indignos no se les imponía ningún castigo, pero la pérdida de la condición de miembro del partido gobernante tendía a vedar las oportunidades de ascenso o de ocupar un puesto de responsabilidad.

En un breve término fueron expulsados de esa manera 200,000 miembros, o sea la tercera parte del total de militantes. La Comisión de Control clasificó a los expulsados en varias categorías: los oportunistas vulgares: los antiguos miembros de partidos antibolcheviques, especialmente antiguos mencheviques que ingresaron después de la guerra civil; los bolcheviques corrompidos por el poder y los privilegios; y, finalmente, los políticamente inmaduros que carecían de una comprensión elemental de los principios del Partido.[14] Parece ser que no se expulsó a nadie cuyo único delito hubiese sido criticar la política del Partido o a sus dirigentes. Pero pronto se hizo claro que la purga, con todo y ser necesaria, era un arma de dos filos. Ofrecía a los inescrupulosos oportunidades para intimidar y pretextos para ajustar cuentas personales. Los militantes de base aplaudieron

---

13- Ibid., pp. 413-414.

14- Izvestia Ts. K. del 15 de noviembre de 1921 (núm. 34). Popov. Outline History of the CPSU (b), vol. II. p. 150.

la expulsión de los oportunistas y los comisarios corrompidos, pero se sintieron anonadados por la magnitud de la purga. Se sabía que las purgas se repetirían periódicamente, y la gente empezó a pensar que si en un solo año podía expulsarse una tercera parte de los miembros, no era posible predecir lo que sucedería uno o dos años después. Los tímidos y los cautelosos empezaron a pensar dos veces antes de aventurarse a hacer un comentario arriesgado o a dar un paso que en la siguiente purga pudiera acarrearle el reproche de inmadurez o atraso político. Iniciada como un medio de sanear al Partido y salvaguardar su carácter, la purga estaba destinada a sevir al Partido como el más mortal de los instrumentos de autorrepresión.

Ya hemos visto que, cuando la clase obrera desapareció como fuerza social efectiva, el Partido en toda su formidable realidad sustituyó a la clase. Pero ahora el Partido también pareció convertirse en un ente tan huidizo y fantasmal como al que había sustituido. ¿Había alguna sustancia real, y podía haber alguna vida autónoma, en un partido que en un solo año declaraba indignos de pertenecer a él a una tercera parte de sus miembros y los expulsaba? Los 200.000 hombres y mujeres purgados habían participado hasta entonces, presumiblemente, en todos los procedimientos normales de la vida partidaria, habían votado para aprobar resoluciones, habían elegido delegados a los Congresos y habían tenido así una considerable participación formal en la determinación de la política del Partido. Sin embargo, su expulsión no produjo ningún cambio o modificación perceptible de esa política. En la posición del Partido no podía advertirse una sola huella de la gran operación quirúrgica mediante la cual se le había amputado una tercera parte de su cuerpo. Este solo hecho demostraba que, desde hacía algún tiempo, la masa de miembros no había ejercido influencia alguna en la dirección de los asuntos del Partido. La política bolchevique la determinaba un reducido sector de Partido que sustituía al todo.

¿Quiénes constituían ese sector? El propio Lenin dio respuesta a la pregunta en términos muy claros. En marzo de 1922 le escribió a Mólotov, que entonces era secretario del Comité Central: "Si no queremos cerrar los ojos a la realidad, debemos admitir que actualmente el carácter proletario de la política del Partido no lo determina la composición de clase de sus miembros sino la enorme e indivisa autoridad del estrato muy poco numeroso de miembros que podría describirse como la vieja guardia del Partido" [15] En esa Guardia veía Lenin ahora la única depositaría del ideal del socialismo, el guardián del Partido y en última instancia el *locum tenens* de la clase obrera. La Guardia constaba de unos cuantos millares de auténticos veteranos de la revolución. El grueso del Partido era, según la opinión de Lenin en el momento, una excrecencia expuesta a todas las influencias corruptoras de una

15- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 228-230.

sociedad trastornada y anárquica. Aun los mejores miembros jóvenes necesitaban un adiestramiento y una educación política pacientes antes de que pudieran llegar a ser "verdaderos bolcheviques". De esta suerte, la identificación del proletariado con el Partido resultó ser una identificación todavía más estrecha del proletariado con la Vieja Guardia.

Con todo, ni siquiera esa Guardia podía mantenerse fácilmente en la vertiginosa altura que había escalado; ella también podría ser incapaz de resistir las influencias degradantes del tiempo, la fatiga, la corrupción por el poder y las presiones del medio ambiente social. Ya entonces había grietas en la unidad de la Vieja Guardia. En su carta a Mólotov, Lenin observó: "Aun una leve disensión en este estrato puede ser suficiente para debilitar... su autoridad en tal medida que (la Vieja Guardia) pierda su poder de decisión" y se vuelva incapaz de dominar los acontecimientos. Era necesario, por tanto, mantener a toda costa la solidaridad de la Vieja Guardia, mantener vivo en ella el sentido de su elevada misión y asegurar su supremacía política. Las purgas periódicas en el Partido no bastaban. Era menester restringir severamente la admisión de nuevos miembros, y éstos deberían ser sometidos a las pruebas más rigurosas. Por último, sugería Lenin, era preciso establecer dentro del Partido una jerarquía especial basada en los méritos y la veteranía revolucionaria. Ciertos puestos importantes sólo podrían ocuparlos personas que hubiesen ingresado en el Partido cuando menos en los primeros tiempos de la guerra civil. Otros puestos que implicaban una responsabilidad todavía mayor sólo estarían a disposición de quienes habían servido al Partido desde el comienzo de la Revolución. Las posiciones más altas se reservarían a los veteranos de la lucha clandestina contra el zarismo.[16]

Estas reglas estaban exentas todavía de todo favoritismo vulgar. La Vieja Guardia aún vivía de acuerdo con su austero código de moralidad revolucionaria. Bajo el *partmaximum*, un miembro del Partido, incluso uno que ocupara la posición más elevada, no podía percibir ingresos mayores que los de un obrero industrial especializado. Es cierto que algunos dignatarios se aprovechaban ya de ciertas deficiencias en los reglamentos y complementaban sus escasos ingresos mediante todo tipo de subterfugios. Pero tales casos eran todavía la excepción. Las nuevas reglas sobre la distribución de los puestos no tenía por objeto sobornar a la Vieja Guardia, sino garantizar que el Partido y el Estado siguieran siendo, en sus manos, instrumentos seguros para la construcción del socialismo.

La Vieja Guardia era un formidable grupo de hombres, unidos por los recuerdos de luchas heroicas libradas en común, por una fe inquebrantable en el socialismo

---

16- Véanse las resoluciones de la undécima Conferencia y del undécimo Congreso del Partido, en KPSS y Rezolutsiaj, vol. 1. pp. 595-596, 612. 628-630.

y por la convicción de que, en medio de la disolución y la apatía generales, las oportunidades de triunfo del socialismo dependían de ellos y casi exclusivamente de ellos. Los miembros de la Vieja Guardia obraban con autoridad, pero también, a menudo, con arrogancia. Eran abnegados, mas al mismo tiempo ambiciosos. Estaban animados por los sentimientos más elevados y eran capaces de incurrir en la crueldad inescrupulosa. Se identificaban con el destino histórico de la revolución, pero también identificaban ese destino con ellos mismos. En su intensa devoción al socialismo, llegaron a considerar la lucha por alcanzarlo como un asunto de su exclusiva pertenencia y casi como una cuestión personal; y se inclinaban a justificar su conducta y aun sus ambiciones privadas en los términos ' teóricos del socialismo.

En medio de las tribulaciones de aquellos años, la fuerza moral de la Vieja Guardia representaba un haber inestimable para el bolchevismo. El resurgimiento del comercio privado y la rehabilitación parcial de la propiedad privada hicieron cundir el desaliento en las filas del Partido. Muchos comunistas se preguntaban con inquietud adónde habría de conducir a la revolución la "retirada" que Lenin había ordenado. Éste parecía dispuesto a no detenerse ante nada con tal de estimular al comerciante y al agricultor privado. Puesto que el campesino se negaba a vender alimentos a cambio de papel moneda carente de valor, el dinero, despreciado bajo el Comunismo de Guerra como un vestigio de la vieja sociedad, fue "rehabilitado" y luego estabilizado. Nada podía obtenerse sin él. El gobierno redujo los subsidios que había otorgado a las empresas de propiedad estatal, y los trabajadores que no habían desertado de las fábricas durante los peores tiempos perdieron sus empleos. Los bancos estatales utilizaron sus escasos recursos para estimular a la iniciativa privada con créditos. El Comité Central le aseguró al Partido que, no obstante todo ello, el Estado, al conservar "los altos puestos de mando" de la industria en gran escala, sería capaz en todo caso de controlar la economía nacional. Pero los "altos puestos de mando" tenían un aspecto triste y poco prometedor: la industria de propiedad estatal se hallaba paralizada mientras el comercio privado empezaba a florecer. Entonces Lenin invitó a los antiguos concesionarios e inversionistas extranjeros a que volvieran a hacer negocios en Rusia, y sólo porque los inversionistas no respondieron dejó de reaparecer un importante elemento del capitalismo. Pero, ¿qué sucedería, se preguntaban los bolcheviques, si los concesionarios se decidieran al fin y al cabo a aceptar la invitación? Mientras tanto, el "nepista" crecía lleno de confianza en sí mismo, se enriquecía en las ciudades hambrientas y se mofaba de la revolución. En el campo, el kulak trataba de poner nuevamente bajo su férula al campesino asalariado; y aquí y allá él y sus subordinados empezaban a dominar el Soviet rural, mientras su hijo se hacía cabecilla en la filial local de la Juventud Comunista. En las universidades, profesores y estudiantes llevaban a

cabo manifestaciones y huelgas anticomunistas, y los comunistas eran golpeados por cantar La Internacional, el himno de la revolución. ¿Dónde terminaría la retirada? La Oposición Obrera se lo preguntó a Lenin durante las sesiones del Comité Central y en las asambleas públicas. Una y otra vez Lenin prometió ponerle término a la retirada, y una y otra vez los acontecimientos lo obligaron a retirarse más aún. Los idealistas se escandalizaron. Desde las filas se hicieron acusaciones de "traición". A menudo un obrero, veterano de las Guardias Rojas, se presentaba ante su comité del Partido, rompía con indignación su carnet de miembro y se lo arrojaba a la cara al secretario. A tal grado era esto característico de la época, que la descripción de tales escenas puede hallarse en muchas novelas contemporáneas y los jefes del Partido se refirieron a ellas con indisimulada preocupación.[17]

En medio de todo este desaliento, parecía que la revolución sólo podía apoyarse en la Vieja Guardia, en su fe indomeñable y en su voluntad de hierro. Pero, ¿podía hacerlo, en efecto?

Al término de la guerra civil Trotsky descendió del tren militar que le había servido como cuartel de campo y en el que, durante tres años trascendentales, se movió de un lugar de peligro a otro a lo largo de un frente de 8.000 kilómetros, interrumpiendo sus viajes sólo para hacer breves consultas y apariciones públicas en Moscú. El tren militar fue colocado en un museo, su tripulación de maquinistas, mecánicos, ametralladoristas y secretarios fue disuelta y Trotsky tomó sus primeras vacaciones desde la revolución. Las pasó en el campo, no lejos de Moscú, cazando. pescando, escribiendo y preparándose para un nuevo capitulo de su vida. Cuando regresó a Moscú, cuyo portavoz había sido durante todos estos años, era casi un extraño allí. Había tenido su primer atisbo de la antigua capital al terminar el siglo, cuando fue llevado a la prisión de Butyrki para aguardar allí su deportación a Siberia, y así fue como vio por primera vez, a través de las rejas de un vagón-cárcel, la ciudad de sus futuros triunfos y derrotas. No regresó a Moscú sino veinte años más tarde, en marzo de 1918, durante la crisis de Brest-Litovsk, después que el gobierno bolchevique salió de Petrogrado y se instaló en el Kremlin. Poco después partió para el frente. Cada vez que regresaba se sentía como fuera de lugar en la creciente "aldea de los zares", la Tercera Roma de los eslavófilos, con sus iglesias bizantinas, sus bazares asiáticos y su lánguido fatalimo oriental. Sus vínculos revolucionarios, tanto en 1905 como en 1917. habían sido con Petrogrado, la rival de Moscú y ventana de Rusia a Europa, y siempre se sentía más a gusto

17- Manuilsky, por ejemplo, protestó en el undécimo Congreso del Partido contra e1 hecho de que al veterano de la guerra civil que rompía su carnet de miembro se le rodeara de un halo de heroísmo, cuando debía ser tratado como un traidor. Comparó el estado de ánimo prevaleciente con la depresión que siguió a las derrotas de la revolución en 1849 y 1907. II Syezd RKP (b), pp. 461-463.

entre los ingenieros, constructores de barcos y electricistas de Petrogrado que entre los obreros de Moscú, empleados en su mayoría en la industria textil y todavía más semejantes, en su aspecto y su conducta, a los muzhiks que a los habitantes de las ciudades.

Más fuera de lugar aún se sentía entre las murallas y las torres del Kremlin, en las tortuosas callejuelas de la antigua fortaleza, a la sombra de sus almenas que reverberaban con los tañidos de viejas campanas, entre sus catedrales, arsenales, cuarteles, torres carcelarias y campanarios, en los salones dorados de sus palacios, rodeado de innumerables iconos milagrosos que los zares habían traído desde todos los territorios conquistados. Con su esposa y sus hijos ocupó cuatro pequeñas piezas en el edificio Kavalersky, antigua residencia de los funcionarios de la Corte. Al otro lado del corredor vivían Lenin y Krúpskaya. Las dos familias compartían el comedor y el cuarto de baño. A Lenin se le veía con frecuencia jugando en el corredor o en el cuarto de baño con los niños de los Trotsky. De cuando en cuando un viejo amigo, Rakovsky, Manuilsky o algún otro, llegado de las provincias en gestiones oficiales, se alojaba con la familia. La vida doméstica de los Trotsky seguía siendo tan modesta como cuando vivían como exiliados en una buhardilla de París o en un casa de vecindad en Viena. Ahora tal vez la pobreza era mayor, pues los alimentos escaseaban incluso en el Kremlin.[18] Los muchachos -en 1921 Liova tenía quince años y Seriozha trece- recibían poca atención de sus padres: aun a su madre la veían sólo durante breves momentos: ella pasaba sus días en el Comisariado de Educación, donde encabezaba el Departamento de Artes.

El magnífico escenario del Kremlin contrastaba extrañamente con el modo de vida de sus nuevos moradores. Trotsky describe la impresión, entre divertida y embarazosa, que le causó a la familia la conducta de un viejo sirviente de la Corte que les servía a la mesa. El hombre utilizaba platos de palacio adornados con el águila imperial y constantemente volvía los platos, ora en una dirección, ora en otra, de suerte que el emblema del zar siempre quedara en el centro, de frente al comensal.[19] Desde todos los rincones "la maciza barbarie moscovita" acechaba a los dirigentes bolcheviques; y cuando los tañidos de las viejas campanas interrumpían su conversación, Trotsky y Lenin se miraban, "como si los dos nos hubiésemos sorprendido pensando lo mismo: atrincherado en aquel rincón, nos acechaba el pasado". El pasado hacía algo más: luchaba contra ellos. En todo caso,

---

18- Arthur Ransome relata que cuando, en 1919. le dio a Bujarin un poco de sacarina para el té, éste la consideró como un gran obsequio; una comida en el cuartel general de Zinóviev consistía en "sopa con hilachas de carne de caballo... un poco de kasha... té y un terrón de azúcar", Six Weeks in Russia, pp. 13, 56.

19- Mi vida, tomo II, p. 98.

Trotsky, como él mismo habría de confesarlo, nunca se adaptó al Kremlin. Guardó las distancias, y sólo su sentido de ironía histórica se regocijaba observando la intromisión de la revolución en el venerado sagrario de Moscovia.

La inquietante sensación de que el término de la guerra civil representaba un anticlímax en su destino, hizo presa en el ánimo de Trotsky. Este reprimió la sensación mediante un esfuerzo de optimismo consciente, el optimismo que nunca debe abandonar al revolucionario, y confió en nuevos triunfos para su causa y para sí mismo. Pero, dispersas en sus discursos y sus escritos, había ya nostálgicas notas sobre la época heroica de la revolución y la guerra civil, ahora concluida. No es que idealizara aquella era, durante la cual, como él mismo lo expresó, el garrote del muzhik sirvió como "el mejor instrumento" de la revolución: aquel misino garrote primitivo con que los campesinos habían expulsado antaño a Napoleón y ahora al terrateniente del suelo ruso. Tampoco pasaba por alto la pesada herencia de aquella época: las furias destructivas desencadenadas por la guerra civil, que se vengaban de la República Soviética a medida que ésta acometía sus tareas constructivas. Pero pese a todas sus miserias, desventuras y crueldades, los años de destrucción también habían sido años de creación, y él evocaba el poderoso ímpetu, el valor y las grandes esperanzas que los habían caracterizado, e intuía el vacío que dejaban tras de sí.[20]

Su cerebro y sus energías estaban ahora ocupados sólo a medias. El Comisariado de la Guerra no era ya el eje del gobierno. El ejército había sido desmovilizado. A comienzos de 1922 había sido reducido a una tercera parte de sus efectivos. También iba perdiendo su idealismo y su fervor revolucionarios. Los veteranos de la guerra civil habían salido de las filas, y los nuevos conscriptos que ocupaban los cuarteles parecían tan exangües y apáticos como los hijos de los campesinos que habían llenado los mismos cuarteles en los días del zar. Las circunstancias obligaron al Comisario de la Guerra a archivar sus amados planes para transformar al ejército en una milicia moderna, democrática y socialista, y le impusieron la aburrida rutina de la administración y el adiestramiento. Trotsky pasaba su tiempo despiojando al ejército, enseñándole a lustrarse las botas y a limpiar sus rifles, y persuadiendo a los mejores comandantes y comisarios a que permanecieran en sus puestos. Instó al Comité Central a que detuviera el éxodo en masa de los comunistas del ejército, y el Comité Central intentó poner en práctica prohibiciones formales. Pero éstas resultaron ineficaces. En las conferencias nacionales, Trotsky imploró una y otra

20- Véanse, por ejemplo, la alocución de Trotsky a los comandantes y comisarios de la guarnición de Moscú el 25 de octubre y su discurso al concluir las maniobras del ejército en septiembre de 1921, Kak Vooruzhalas Revolutsia, vol. III, libro 1.

vez a los comisarios políticos que se resistieran al "infeccioso estado de ánimo pacifista" y se quejó del relajamiento que amenazaba a la moral del Ejército Rojo. Luchó por mantener al ejército incontaminado por el "espíritu de la *sujarevka*" y de utilizarlo como instrumento de una Kulturkamp marxista contra la suciedad, el atraso y la superstición de la Madre Rusia, y, sobre todo, de mantener vivas en él la tradición revolucionaria y la conciencia intemacionalista.[21]

Éste fue el periodo en que los jóvenes comandantes de la guerra civil, entre ellos los futuros mariscales de la Segunda Guerra Mundial, obtuvieron un adiestramiento adecuado y el Ejército Rojo fue dotado de sus reglamentos. Trotsky fue el inspirador, y en parte el autor, de éstos. Resulta curioso, por ejemplo, observar la afinidad entre los "Reglamentos de Infantería" de Trotsky y el Catecismo del Soldado de Cromwell. "Tú eres un igual entre tus camaradas", instruían los Reglamentos de Infantería al soldado del Ejército Rojo. "Tus superiores son tus hermanos con mayor experiencia y mejor educados. En el combate, durante el adiestramiento, en los cuarteles o en el trabajo, debes obedecerlos. Una vez que hayas salido de los cuarteles, eres absolutamente libre..." "Si te preguntaren de que manera luchas, tú contestarás: 'Lucho con el rifle, la bayoneta y la ametralladora, Pero también lucho con la palabra de la verdad. Se la dirijo a los soldados del enemigo, que son también obreros y campesinos, para que sepan que en realidad yo soy su hermano, no su enemigo'."

El amor de Trotsky por las palabras, tanto las sencillas como las suntuosas, y su sentido de la forma y el color se combinaron en la creación de un nuevo y vistoso espectáculo concebido para estimular la imaginación del recluta y para desarrollar en el ejército la convicción de que no era mera carne de cañón regimentada. En las celebraciones del Primero de Mayo y de los aniversarios de la revolución, él salía a caballo, escoltado por los comandantes de la guarnición de Moscú, por las puertas de Spasky en el Kremlin hasta la Plaza Roja para pasar revista a la guarnición formada en columnas. A su voz de: "¡Salud, camaradas!", las tropas respondían al unísono: "¡Servimos a la Revolución!", y el eco resonaba como un trueno contra las torres de la Catedral de San Basilio y sobre las tumbas de los mártires de la revolución al pie de las murallas del Kremlin. Aún no se había instituido ninguna pompa o ceremonia mecánica. Después de la revista, el Comisario de la Guerra se unía a los demás miembros del Comité Central que, desde una destartalada tribuna de madera o desde un repleto camión militar, presenciaban el desfile de soldados y obreros.[22]

21- Véase el Informe Anual del Comité Central en el Apéndice a 11 Syezd RKP (b) pp. 637-664: Pyat Let Soviétskoi Vlasti; y Kak Vooruzhalas Revolutsia, vol. III, passim.

22- Morizet, Chez Lénini et Trotski, pp. 108-111. Serge y Rosmer ofrecen en sus escritos vivi

La aparición y las palabras de Trotsky todavía entusiasmaban a las multitudes. Pero él no parecía encontrar ya con su auditorio el íntimo contacto que lograba infaliblemente durante la guerra civil, el contacto que Lenin establecía invariablemente por medio de su aparición discreta y su expresión sencilla. Trotsky, en la tribuna, aparecía agigantado, y sus palabras resonaban con todos sus viejos tonos heroicos. Pero el país estaba cansado de heroísmos, de grandes panoramas, altas esperanzas y gestos arrebatadores: y Trotsky aún sufría el descenso de su popularidad causado por sus recientes intentos de militarizar el trabajo. Su genio oratorio todavía hechizaba a cualquier asamblea. Pero el hechizo estaba afectado ya por la duda y aun la suspicacia. La grandeza y los méritos revolucionarios de Trotsky no se ponían en duda; pero, ¿no era él demasiado espectacular, demasiado ampuloso y, tal vez, demasiado ambicioso?

Sus ademanes teatrales y su estilo heroico no habían sido extraños para la gente en años anteriores, cuando estaban en consonancia con el drama de la época. Ahora sugerían cierto histrionismo. Y, sin embargo, él se conducía así porque no podía hacerlo de otro modo. No buscaba la manera de aparecer agigantado; sencillamente no podía evitarlo. Hablaba en un lenguaje intenso y dramático, no por afectación o para lograr un efecto teatral, sino porque ése era su lenguaje más natural, el más adecuado para expresar su pensamiento dramático y su emoción intensa. Podríamos aplicarle las palabras con que Hazlitt describió a un hombre tan diferente de Trotsky como fue Burke. Les "daba un arma a sus adversarios al mezclar los sentimientos y las imágenes con su razonamiento", y "no estando acostumbrada a tal espectáculo en la región de la política", la gente "se engañaba y no podía distinguir la fruta de las flores..." "La generalidad del mundo" tenía como siempre "la preocupación de desalentar cualquier ejemplo de brillantez innecesaria". Pero "su oro no era menos valioso por estar forjado en formas elegantes", y "la fuerza de la comprensión de un hombre no siempre debe estimarse en proporción exacta con su falta de imaginación. Su comprensión no era menos real porque no era la única facultad que poseía".

Como Burke, Trotsky era "comunicativo, difuso, magnífico". Él también conversaba en privado de igual manera que hablaba en público, y se dirigía a su familia y a sus amigos con las mismas imágenes, el mismo ingenio e incluso las mismas cadencias rítmicas que usaba en la tribuna y en sus escritos. Si era un actor,

das y favorables descripciones de Trotsky en esos años. De los muchos relatos de testigos presenciales y semblanzas, favorables y hostiles, mencionaremos aquí sólo unos cuantos: L.-O. Frossard, Sous le Signe de Jaurés y De Jaurés a Lénine; B. Bajanov, Avec Staline dans le Kremlin; R. Fischer, Stalin and Germán Cornmunism: F. Brupbachcr, 60 Jahre Ketzer; Clare Sheridan. Russian Portraits; los primeros escritos de Rádek, Bujarin, Sadoul, Eastman. Holitscher. L. Fischer

entonces era uno que actuaba de idéntica manera en el proscenio, en el salón o en su casa, uno para el que el teatro y la vida eran la misma cosa. Era indudablemente el personaje heroico en la acción histórica, y debido a ello debía de parecerle irreal y antinatural a una generación prosaica o desilusionada, y fuera de lugar, como un extraño, en la atmósfera antiheroica de los primeros tiempos de la NEP.

No hay necesidad, sin embargo, de exagerar el aspecto romántico del carácter de Trotsky. Éste siguió siendo tan fuerte en su realismo como siempre. En todo caso, no era el veterano "rezagado y superfino en el escenario". Se lanzó con vigor sobre los nuevos problemas económicos y sociales planteados por la NEP, y de ninguna manera contempló a la NEP a través del prisma del fundamentalismo revolucionario. Inmerso en los problemas de la hacienda, la industria, el comercio y la agricultura, presentó al Politburó y al Comité Central proposiciones específicas a las cuales nos referimos posteriomente en forma más detenida. Usó toda su inspiradora elocuencia para defender la "retirada" poco inspiradora, y se presentó como el exponente de la NEP ante la Internacional Comunista en sus tercero y cuarto Congresos en 1921 y 1922.[23] Dedicó más tiempo y energías que antes a la Internacional, en cuyo Comité Ejecutivo opuso resistencia a la inclinación de Zinóviev y Bujarin a alentar levantamientos inoportunos y precipitados en el extranjero, como la *Marzaktion* alemana. Presidió la comisión francesa de Ja Comintern e intervino en el manejo de los asuntos de cada una de las principales secciones de la Internacional.

Sin embargo, el Comisariado de la Guerra, las preocupaciones económicas nacionales y la Comintern no absorbían toda su energía. Se mantenía atareado con una legión de otras actividades, cada una de las cuales habría sido ocupación de tiempo completo para cualquier hombre de menos vitalidad y capacidad. Presidió, por ejemplo, la Sociedad de los Ateos antes de que Yaroslavsky se hiciera cargo de su dirección. La presidió con un espíritu de esclarecimiento filosófico menos propenso a producir los excesos, ofensivos a los sentimientos de los creyentes, que estropearon la labor de la Sociedad bajo la dirección de Yaroslavsky. (Trotsky incluso presidió una comisión secreta encargada de confiscar y recoger tesoros eclesiásticos con los que hubieron de pagarse los alimentos importados del extranjero para mitigar el hambre en la región del Volga.)[24] En ese momento era el principal inspirador intelectual de Rusia y el más eminente crítico literario. Hablaba con frecuencia en reuniones de científicos, médicos, bibliotecarios, periodistas y hombres de otras profesiones, explicándoles la posición del marxismo frente a

23- Chetviortyi Vsemirnyi Kongress Kominterna, pp. 74-111; y Trotsky, Pyat Let Kominterna, pp. 233-240, 460-510.
24- The Trotsky Archives.

las cuestiones que los ocupaban. Al mismo tiempo resistía dentro del Partido la tendencia, que ya se iba haciendo evidente, a imponerle una mortal uniformidad a la vida cultural del país.[25] En muchos artículos y discursos insistió, en un tono más popular, en la necesidad de civilizar el tosco modo de vida ruso, de refinar las costumbres, incrementar la higiene, mejorar el lenguaje hablado y escrito que se había degradado desde la revolución, ampliar y humanizar los intereses de los miembros del Partido, etc., etc. Con Lenin un tanto alejado ya de la atención pública, él fue el portavoz principal y más autorizado del Partido en aquellos últimos años de la era de Lenin.

Su temperamento romántico tampoco se rebeló todavía contra el rispido realismo con que el Partido, o más bien la Vieja Guardia, establecía y consolidaba su monopolio político. Tanto después como antes de la promulgación de la NEP, Trotsky fue indudablemente uno de los disciplinarios más severos, aunque sus llamados a la disciplina se fundaban en la argumentación persuasiva y en la apelación a la razón. Aún exaltaba el "derecho histórico" del Partido[26] y sostenía que los procedimientos de la democracia proletaria no podían observarse bajo condiciones de inestabilidad social y caos, que el destino de la revolución no debía hacerse depender de los inestables estados de ánimo de una clase obrera reducida y desmoralizada, y que el deber de los bolcheviques para con el socialismo consistía en mantener su "dictadura férrea" por todos los medios a su alcance. Una vez había insinuado que el monopolio político del Partido era una medida de emergencia que se revocaría tan pronto como la situación se normalizara, pero eso no era lo que decía ahora. Más de un año después del levantamiento de Kronstadt, al escribir en Pravda sobre los indicios de recuperación económica y el "movimiento ascendente" que se notaba en todos los campos, planteó la cuestión de si no habría llegado ya el momento de poner término al sistema unipartidista y de revocar la proscripción de los mencheviques cuando menos. Su respuesta fue un "no" categórico.[27] Ahora justificaba el monopolio no tanto en razón de las dificultades internas de la república cuanto del hecho de que la república era una "fortaleza sitiada" dentro de la cual no podía tolerarse ninguna oposición, por débil que fuese. Abogó por el mantenimiento del sistema unipartidista durante todo el período del aislamiento internacional de Rusia, que él, sin embargo, no esperaba que durara tanto como duró. Recordando que él mismo había ridiculizado en una ocasión los intentos del gobierno por suprimir la oposición política y había demostrado que en última instancia tales intentos eran ineficaces, disculpó su aparente cambio de

---

25- Véase el Capítulo III del presente libro.

26- Véase El profeta armado, pp. 464-465.

27- Pravda, 10 de mayo de 1922; y Pyat Let Kominterna, pp. 373-374.

actitud con el siguiente razonamiento, que más tarde sería esgrimido contra él: "Las medidas represivas", escribió, "no logran cumplir su cometido cuando un gobierno y un régimen anacrónicos las aplican contra fuerzas históricas nuevas y progresistas. Pero, en manos de un gobierno históricamente progresista, pueden servir como medios muy reales para eliminar rápidamente del campo de lucha a las fuerzas que han sobrevivido a su tiempo."

Reafirmó esta concepción en junio de 1922, durante el famoso proceso de los social-revolucionarios. Hizo una denuncia brillante y feroz de los acusados, a los que achacó la responsabilidad por el atentado de Dora Kaplán contra la vida de Lenin y otros actos terroristas. El proceso tuvo lugar en el mismo momento en que se celebraba la "conferencia de las tres Internacionales" en Moscú. En esa conferencia, que se proponía establecer un "frente unido" entre los partidos comunistas y socialistas en el Occidente, Bujarin y Rádek representaban a los bolcheviques. Los dirigentes socialdemócratas occidentales protestaron contra el proceso, y, a fin de facilitar las negociaciones, Bujarin y Rádek prometieron que los acusados no serían condenados a muerte. Lenin se indignó por la concesión de Bujarin y Rádek al "chantaje" y por su disposición a tolerar la intervención de los reformistas europeos en los asuntos internos soviéticos. La indignación de Trotsky no fue menor. Pero, a fin de evitar el fracaso de la conferencia, propuso una transacción mediante la cual se pronunciaría una sentencia de muerte que después sería suspendida bajo la condición expresa de que el Partido Social-Revolucionario se abstuviera de cometer y alentar nuevos
atentados terroristas.[28]

La actitud disciplinaria de Trotsky se manifestó igualmente dentro del Partido. En nombre del Comité Central condenó a la Oposición Obrera ante el Partido y la Internacional Comunista. Desde el décimo Congreso, en el que su actividad y sus concepciones habían sido condenadas, la Oposición Obrera había seguido atacando a la dirección del Partido en forma cada vez más enconada. Shliápnikov y Kolontai acusaban al gobierno de fomentar los intereses de la nueva burguesía y de los kulaks, de pisotear los derechos de los obreros y de traicionar abiertamente a la revolución. Derrocados en el Partido y amenazados con la expulsión por Lenin, los jefes de la Oposición Obrera apelaron contra Lenin a la Internacional Comunista. En el Ejecutivo de la Internacional, Trotsky presentó el alegato contra ellos y obtuvo el rechazo de su apelación.[29] Posteriormente, en el duodécimo

28- Pravda, 16 y 18 de mayo y 18 de junio de 1922; Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII., pp. 294-298: The Second and Third International and the Vienne Union; Trotsky, Mi vida, tomo II, pp. 305-306.

Congreso del Partido ruso, en la primavera de 1922, cuando volvió a plantearse el asunto, Trotsky actuó una vez más como fiscal.[30] Habló sin mala voluntad y sin rencor, e incluso con cierta simpatía cordial para la Oposición, pero ello no obstante sostuvo con firmeza sus acusaciones. La Oposición Obrera, dijo, obró de acuerdo con sus derechos cuando tomó la medida sin precedentes de apelar a la Internacional contra el partido ruso. Lo que él les reprochaba a Shliápnikov y Kolontai era haber introducido un tono intolerablemente, violento en la disputa y haberse referido a sí mismos y al Partido en términos de "nosotros" y "ellos", como si Shliápnikov y Kolontai "tuvieran ya otro partido en reserva". Semejante actitud, dijo, conducía al cisma y les hacía el juego a los enemigos de la revolución. Defendió al gobierno, su política rural, sus concesiones a la propiedad privada y también su opinión, atacada con igual vigor, de que el futuro deparaba "un prolongado período de coexistencia pacífica y de cooperación práctica con los países burgueses".[31.]

La Oposición Obrera no era la única que expresaba la desilusión. En el undécimo Congreso, el último al que asistió Lenin, Trotsky se vio atacado junto con éste por viejos amigos íntimos: Antónov-Ovseienko, quien habló sobre la capitulación del Partido frente al kulak y el capitalismo extranjero;[32] Riazánov, quien tronó contra la desmoralización política prevaleciente y contra la forma arbitraria en que el Politburó gobernaba al Partido;[33] Lozovsky y Skripnik, el comisario ucraniano, quienes protestaron contra el método excesivamente centralista de gobierno, que, en palabras del segundo, recordaba demasiado a la Rusia "una e indivisible" de antaño;[34] Bubnov, todavía deceinista, quien habló sobre el peligro de la "degeneración pequeñoburguesa" del Partido;[35] y Preobrazhensky. uno de los principales teóricos de la economía y antiguo secretario del Comité Central. [36] Un día la mayor parte de los críticos habrían de ser miembros eminentes de la Oposición "trotskista", y un día el propio Trotsky apelaría, como Shliápnikov y Kolontai, a la Internacional contra el Comité Central ruso. Pero por el momento, aplaudido con entusiasmo por Lenin, se enfrentó a la Oposición como portavoz de la Vieja Guardia bolchevique, exigiendo disciplina, disciplina y más disciplina.

Y, sin embargo, seguía siendo un extraño en la Vieja Guardia también: figurando en ella pero sin pertenecer a ella. Incluso en este Congreso de 1922, Mikoyán,

29- II Syezd RKP (b), apéndice
30- Ibid., pp. 138-157.
31- Ibid., p. 144.
32- Ibid . pp. 80 84.
33- Ibid., pp. 83-87.
34- Ibid., pp. 77-79.
35- Ibid., pp. 458-460.
36- Ibid.. pp. 89-90.

todavía por entonces un joven delegado armenio, afirmó tal cosa desde la tribuna sin que nadie lo contradijera. En el transcurso del debate, Lenin, Zinóviev y Trotsky habían expresado su inquietud acerca de la fusión del Partido y el Estado y habían hablado sobre la necesidad de separar, en cierta medida, sus funciones respectivas. Mikoyán comentó entonces que no le sorprendía escuchar tal opinión en labios de Trotsky, que era "un hombre del Estado pero no del Partido", pero ¿cómo podían Lenin y Zinóviev exponer tales ideas.[37] Mikoyán no hablaba por propia inspiración. Resumía lo que muchos miembros de la Vieja Guardia pensaban pero todavía no expresaban en público: a sus ojos, Trotsky era el hombre del Estado, mas no del Partido.

Ahora, cuando la Vieja Guardia se encontró elevada a unas alturas nunca antes soñadas, por encima del pueblo, de la clase obrera y del Partido, empezó a cultivar su propio pasado, y también las leyendas que la rodeaban, con un fervor del que nunca está completamente exento ningún grupo de veteranos con recuerdos de grandes batallas libradas y de grandes victorias ganadas en común. La nación había sabido poco o nada sobre los hombres que, habiéndose elevado desde la oscuridad de un movimiento clandestino, regían ahora sus destinos. Ya era tiempo de informarle al pueblo quiénes eran esos hombres y qué habían hecho. Los historiadores del Partido desenterraron los archivos y se dispusieron a reconstruir su epopeya. La historia que contaron fue de un heroísmo, una sabiduría y una devoción a la causa casi sobrehumanos. La historia no fue, en modo alguno, inventada a sangre fría. Una buena parte de ella era verdadera, y los historiadores creían sinceramente aun en aquellas cosas que no eran del todo verdaderas. Cuando los miembros de la Vieja Guardia se miraban en el opaco espejo del pasado, inevitablemente veían que ese espejo se iluminaba y los reflejos de sus personas en él se agigantaban gracias al fulgor retrospectivo de la revolución victoriosa. Pero cuando escrutaban ese espejo veían invariablemente en él a Trotsky como su antagonista, el menchevique, el aliado de los mencheviques, el jefe del Bloque de Agosto y el sañudo polemista que había sido peligroso para ellos incluso cuando luchaba solo. Releían todos los virulentos epítetos que él y Lenin habían intercambiado antaño en controversia abierta y los archivos, que contenían manuscritos y cartas desconocidos, revelaron muchas observaciones duras que cada uno de los dos había hecho acerca del otro. Cada documento que tuviera relación con el pasado, por trivial que fuera, era atesorado y publicado con reverencia. Así se planteó la cuestión de si las antiguas diatribas antibolcheviques de Trotsky debían publicarse o no. Olminsky, el encargado de los archivos del Partido, consulto al propio Trotsky cuando la carta de éste a Chjeidze -escrita en 1912 y en la que se describía a Lenin como "intrigante",

37- Ibid., pp. 453-457.

"desorganizador" y "explotador del atraso ruso"- fue descubierta en los archivos de la policía zarista.[38] Trotsky se opuso a la publicación: sería una tontería, dijo, llamar la atención sobre los desacuerdos que se habían superado hacía mucho tiempo. Además, no pensaba que todo lo que había dicho de los bolcheviques fuera erróneo, pero no se sentía inclinado a entrar en complicadas explicaciones históricas. El documento ofensivo no fue publicado, pero su contenido era demasiado picante para que no circularan copias entre viejos militantes de confianza. Así, comentaron éstos entre sí. fue como Trotsky denigró a Lenin en una carta. ¿Y dirigida a quién? A Chjeidze, el viejo traidor; ¡y todavía dice que no estaba equivocado del todo! Cierto era que Trotsky había rectificado ampliamente desde entonces. En 1920, cuando Lenin cumplió cincuenta años, Trotsky le rindió su homenaje y escribió una semblanza que era tan incisiva en su verdad psicológica cuan rebosante de admiración.[39] Con todo, los curiosos episodios del pasado hacían recordar a quienes nunca habían sentido más que adoración por el fundador del Partido cuán relativamente reciente era la conversión de Trotsky al bolchevismo.

No eran sólo los recuerdos de viejas disputas lo que le impedía a la Vieja Guardia ver en Trotsky a uno de los suyos. La vigorosa personalidad de éste no se había fundido en la Vieja Guardia ni había asumido su color protector. Trotsky superaba a los viejos "leninistas" por su pura fuerza intelectual y vigor de voluntad. Por lo general llegaba a sus conclusiones, aun cuando éstas coincidieran con las de los demás, partiendo de sus propias premisas, a su propio modo y sin referirse a los axiomas consagrados por la tradición del Partido. Hacía conocer sus opiniones con una facilidad y una libertad que contrastaban notablemente con el laborioso estilo de las fórmulas ortodoxas con que se expresaban la mayoría de los discípulos de Stalin. Hablaba con autoridad, no como uno de los escribas.

La misma amplitud y variedad de sus intereses intelectuales despertaba una disimulada suspicacia en los hombres que, por necesidad, abnegación o temperamento, se habían acostumbrado a concentrarse estrechamente en las cuestiones de política y organización y se enorgullecían de su estrechez como de una virtud.

Así, pues, casi todo en él -su mente fecunda, su audacia oratoria, su originalidad literaria, su capacidad y su energía de administrador, sus precisos métodos de trabajo, las exigentes demandas de esfuerzo que les hacía a sus colaboradores y subordinados, su independencia, su falta de trivialidad y aun su incapacidad para la conversación insustancial - creaba en los miembros de la Vieja Guardia

---

38- The Trotsky Archives. La carta de Trotsky a Olminsky está fechada el 6 de diciembre de 1921.

39- Pravda, 23 de abril de 1920.

un sentimiento de inferioridad. Trotsky nunca se tomaba la molestia de descender al nivel de aquéllos y ni siquiera se le ocurría pensar que podría hacerlo. No sólo no sobrellevaba a los necios, sino que siempre les hacía sentir que eran necios. Los hombres de la Vieja Guardia se sentían mucho más a gusto con Lenin, cuya jefatura siempre habían aceptado y quien por lo general trataba de no herir sus susceptibilidades. Cuando Lenin, por ejemplo, atacaba alguna actitud política sabiendo que algunos de sus seguidores la compartían, se cuidaba de no atribuírsela a quienes deseaba disuadir de ella, y así siempre les permitía efectuar la retirada sin pérdida de prestigio. Cuando se proponía convertir a alguien a su propia manera de pensar, conversaba con el hombre en tal forma que éste salía convencido de que él mismo, por su propio razonamiento y no bajo la presión de Lenin, había cambiado su punto de vista. Trotsky poseía poca de esa sutileza; rara vez podía resistir la tentación de recordarles sus errores a los demás y de insistir en su superioridad y previsión.

Su misma previsión, no menos real por ostentosa, era ofensiva. Su mente inquieta e inventiva asombraba, conturbaba e irritaba constantemente. No les permitía a sus colegas y subordinados abandonarse a la inercia de las circunstancias y las ideas. No bien acababa el Partido de adoptar una nueva política, él ponía al descubierto las "contradicciones dialécticas" de ésta, señalaba sus consecuencias, anticipaba nuevos problemas y abogaba por nuevas decisiones. Era, por naturaleza, un creador de dificultades. Sus juicios, aun cuando en la mayoría de los casos resultaban correctos, inevitablemente provocaban resistencia. La rapidez con que trabajaba su mente dejaba a los demás sin aliento, agotados, resentidos y distanciados.

Y, sin embargo, siendo casi un extraño en Moscú, en el Kremlin y en el seno de la Vieja Guardia, seguía dominando junto a Lenin el escenario de la revolución.

En abril de 1922 ocurrió un incidente que contribuyó en buena medida a enturbiar las relaciones entre Lenin y Trotsky. El 11 de abril, en una sesión del Politburó, Lenin propuso el nombramiento de Trotsky como presidente suplente del Consejo de Comisarios del Pueblo. En forma categórica y un tanto altiva, Trotsky declinó el nombramiento. La negativa, y la manera como fue expresada, molestaron a Lenin, y el incidente fue muy explotado en las nuevas controversias que, añadidas a las viejas animosidades. dividieron al Politburó.[40]

Lenin había abrigado la esperanza de que Trotsky aceptaría ser su suplente en la dirección del gobierno. Hizo la proposición una semana después del nombramiento de Stalin como Secretario General. Aun cuando se suponía que la Secretaría General sólo tendría la función de dar cumplimiento a las decisiones del Politburó y el Comité Central, el nombramiento de Stalin tenía por objeto reforzar la disciplina

---

40- The Trotsky Archives.

en las filas del Partido. Lenin, como ya sabemos, había exigido ya la expulsión de los jefes de la Oposición Obrera, y en el Comité Central no pudo obtener, por falta de un solo voto, la mayoría necesaria de dos terceras partes.[41] Contaba con que Stalin pondría en vigor la prohibición de la oposición organizada en el seno del Partido que el décimo Congreso había acordado en sesión secreta. En esas circunstancias, era casi inevitable que la Secretaría General asumiera amplios poderes discrecionales.

Lenin tenía ciertas aprensiones en relación con el nombramiento de Stalin, pero, habiéndolo facilitado, trataba aparentemente de contrarrestarlo colocando a Trotsky en un puesto de influencia y responsabilidad comparables en el Consejo de Comisarios. Es posible que haya concebido esta distribución de cargos entre Stalin y Trotsky como un medio de lograr la separación del Partido y el Estado, sobre cuya necesidad había insistido en el Congreso. Para que la separación fuese efectiva era necesario, al parecer, que el funcionamiento del aparato gubernamental estuviera bajo la dirección de un hombre tan enérgico como el que habría de manejar el aparato del Partido.

De acuerdo con el proyecto de Lenin, sin embargo, Trotsky no sería el único vice-Primer Ministro. Ríkov, quien también era jefe del Consejo Supremo de la Economía Nacional, y Tsurupa, el Comisario de Suministros, tenían ya el mismo puesto. Posteriormente Lenin propuso que Kámenev también ocupara un cargo paralelo.[42] Cada vice-Premier supervisaba ciertas ramas de la administración o grupos de Comisariados. Pero aunque nominalmente Trotsky sólo habría de ser uno de tres o cuatro vice-Primeros Ministros, cabe poca duda de que la intención de Lenin era hacer que Trotsky actuara como su verdadero segundo en el mando. Sin ningún título formal, Trotsky de todas maneras había actuado como tal, por la pura fuerza de su iniciativa, en todas las esferas del gobierno; y la proposición de Lenin tenía por objeto regularizar y reforzar su posición.

La intensidad del deseo de Lenin de que Trotsky ocupara el puesto queda revelada por el hecho de que volvió sobre el asunto una y otra vez e hizo la misma proposición varias veces en el transcurso de nueve meses. Cuando la presentó por primera vez en abril, aún no estaba enfermo y la idea de su sucesión probablemente no había pasado aún por su mente. Pero ya se sentía fatigado por el exceso de trabajo. Padecía largos períodos de insomnio y se vio obligado a tratar de aligerar la carga de sus responsabilidades. Antes de terminar el mes de mayo sufrió el primer ataque de parálisis, y no reanudó sus actividades hasta octubre. Empero,

---

41- Esto sucedió el 9 de agosto de 1921. El hecho se mencionó frecuentemente en el undéci mo Congreso del Partido. Syezd RKP (b), pp. 605-608 el pessim.
42- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 299-306, 316-318

el 11 de septiembre, enfermo todavía y advertido por los médicos de la necesidad de tomar un descanso absoluto, le telefoneó a Stalin pidiéndole que la cuestión del nombramiento de Trotsky fuera planteada nuevamente, de la manera más formal y urgente, ante el Politburó. Por último, a principios de diciembre, cuando el problema de la sucesión le causaba ya una grave preocupación a Lenin, volvió a insistir en el asunto, esta vez ante Trotsky y en privado.

¿Por qué rehusó Trotsky? Tal vez se sintió herido en su orgullo por una disposición que lo habría puesto formalmente en pie de igualdad con los otros vice-Primcros Ministros, que sólo eran los ayudantes inferiores de Lenin. Dijo que no veía la razón para que hubiera tantos vice-Primeros Ministros, y comentó con sarcasmo sobre las funciones mal definidas y coincidentes de éstos.[43] También estableció una distinción entre la realidad y la apariencia de la influencia política, y sostuvo que Lenin le había ofrecido la apariencia. Todas las palancas del gobierno estaban en manos de la Secretaría del Partido, es decir, en manos de Stalin. El antagonismo entre Trotsky y Stalin había sobrevivido a la guerra civil. Siempre se manifestaba en las diferencias sobre la línea política y en las disputas relativas a los nombramientos que tenían lugar en el Politburó. Trotsky no abrigaba dudas de que. aun como suplente de Lenin, dependería a cada paso de las decisiones tomadas por la Secretaría General, que seleccionaba el personal bolchevique para los diversos departamentos gubernamentales y que por este solo hecho los controlaba efectivamente. En este punto, su actitud, al igual que la de Lenin, se contradecía a sí misma: deseaba que el Partido, o más bien la Vieja Guardia ejerciera el mando exclusivo del gobierno, y sin embargo trataba de impedir que el aparato del Partido interviniera en el funcionamiento del gobierno. Era imposible lograr las dos cosas simultáneamente, aunque sólo fuera porque la Vieja Guardia y el aparato del Partido eran en gran medida, aunque no absolutamente, idénticos. Después de rechazar la proposición de Lenin, Trotsky en un principio abogó en favor de su propio proyecto de reorganización de la administración; pero después se convenció de que ningún proyecto de ese tipo produciría los resultados apetecidos mientras los poderes de la Secretaría (y del Orgburó) no fueran reducidos.

Las animosidades personales y los desacuerdos administrativos estaban, como de costumbre, mezclados con diferencias más generales sobre línea política.

Lo que más preocupaba ahora al Politburó era la dirección de los asuntos económicos. Los lincamientos generales de la Nueva Política Económica no estaban en debate. Todos convenían en que el comunismo de guerra había fracasado y tenía que ser reemplazado por una economía mixta, dentro de la cual los sectores

43- Véanse los comentarios de Trotsky al Politburó del 18 de abril de 1922 en The Trotsky Archives

privado y socialista (es decir, de propiedad estatal) coexistieran y en cierto sentido compitieran entre sí. Todos veían en la NEP, no una medida de simple conveniencia provisional, sino una política a largo plazo, una política que establecía las condiciones para una transición gradual al socialismo. Todos daban por sentado que la NEP tenía un doble propósito: el objetivo inmediato era la reanimación de la economía con la ayuda de la iniciativa privada; y el propósito fundamental era el fomento del sector socialista y el aseguramiento de su extensión gradual sobre todo el campo de la economía. Pero si bien en estos términos generales la línea política contaba con la aceptación general, surgían diferencias cuando se trataba de traducir los principios generales a medidas específicas. Algunos dirigentes bolcheviques veían primordialmente la necesidad de estimular a la iniciativa privada, en tanto que otros, sin negar esta necesidad, deseaban sobre todo fomentar el sector socialista.

Durante los primeros años de la NEP el estado de ánimo prevaleciente fue el de una reacción extrema contra el comunismo de guerra. Los bolcheviques estaban deseosos de convencer al país de que no tenía por que temer una nueva recaída en el comunismo de guerra, y ellos mismos estaban convencidos de que tal recaída sería impermisible (excepto en caso de guerra). Nada era más importante que salvar a la economía de la ruina total, y ellos comprendían que sólo el agricultor y el comerciante privado podían empezar a salvarla. Pensaban, por consiguiente, que ningún incentivo que se les ofreciera al agricultor y al comerciante podía ser excesivo. Los resultados no tardaron en dejarse ver. Ya en 1922 los agricultores recogieron una cosecha que alcanzaba a unas tres cuartas partes de la producción normal de preguerra. Esto produjo un cambio radical en la situación del país, pues en un país agrícola primitivo una buena cosecha puede hacer maravillas. El hambre y las epidemias fueron vencidas. Pero este primer éxito de la NEP puso inmediatamente de relieve los peligros de la situación. La industria se recuperaba muy lentamente. En 1922 produjo solo una cuarta parte de su rendimiento de preguerra: pero incluso este ligero avance sobre los años anteriores ocurrió principalmente en la industria ligera, sobre todo en las fábricas de textiles. La industria pesada seguía paralizada. El país carecía de acero, carbón y maquinaria. Esto amenazó una vez más con inmovilizar a la industria ligera, que no podía reparar o renovar su maquinaria y carecía de combustibles. Los precios de los productos industriales se elevaron hasta quedar fuera del alcance de los consumidores. El alza se debía a una enorme demanda insatisfecha, al bajo nivel de aprovechamiento de las fábricas, a la escasez de materias primas, etc., y la situación se hizo peor aún debido a la falta de experiencia de los bolcheviques en la administración industrial y a la ineficiencia burocrática. El estancamiento en la industria amenazó con afectar adversamente a la agricultura y romper el "vínculo", todavía débil, entre la ciudad y el campo. El campesino era reacio a vender alimentos cuando no podía comprar productos

industriales con su dinero. Las concesiones a la agricultura y el comercio privados, con todo lo necesarias que habían sido, no podían resolver por sí solas el problema. Y tampoco podía contarse con que "el mercado" se hiciera cargo de éste y lo resolviera rápidamente, mediante la acción espontánea de la oferta y la demanda, sin detrimento de las aspiraciones socialistas del gobierno.

El gobierno no veía claramente la manera de afrontar la situación. Vivía de un día para otro, aplicando paliativos; y la elección de éstos la dictaba la reacción prevaleciente contra el comunismo de guerra. Los dirigentes bolcheviques se habían quemado los dedos en un intento temerario de abolir toda la economía de mercado, y ahora eran renuentes a intervenir en el funcionamiento del mercado. Bajo el comunismo de guerra habían desechado todos los escrúpulos para arrancarle alimentos y materias primas al campesino, de suerte que ahora deseaban sobre tocio apaciguar a éste. Abrigaban la esperanza de que la intensa y continua demanda de bienes de consumo mantendría en actividad a la industria, y que la industria pesada lograría de algún modo su recuperación. La misma actitud se manifestaba en la política hacendaría. Bajo el comunismo de guerra se supuso que el dinero y el crédito, despreciados como vestigios del antiguo orden, iban extinguiéndose gradualmente. Después el Comisariado de Hacienda y el Banco del Estado redescubrieron la importancia del dinero y el crédito y reinvirtieron sus recursos en empresas capaces de producir ganancias inmediatas más bien que en las de importancia nacional. Le inyectaron créditos a la industria ligera y descuidaron a la pesada. Hasta cierto punto, esta reacción contra el comunismo de guerra era natural e incluso útil. Pero los dirigentes del Partido como Ríkov y Sokólnikov, que estaban a cargo de los departamentos de economía y hacienda, tendían a llevar la reacción al extremo.

Debe recordarse que ninguna diferencia sobre la promulgación de la NEP había separado a Trotsky de los otros dirigentes. Él mismo había defendido el principio que servía de base a la NEP un año antes de que el Comité Central lo adoptara, y por eso tenía razones para reprochar a Lenin, en privado, que el gobierno estuviera atacando las cuestiones económicas urgentes con un retraso de año y medio o dos años.[44] Pero, habiendo sido el primero en abogar por la NEP, Trostky no sucumbió a la reacción extrema contra el comunismo de guerra. Se inclinaba menos que sus colegas del Politburó a creer que bastarían nuevas concesiones a los agricultores y comerciantes para asegurar la recuperación, o que el funcionamiento automático del mercado podría restaurar el equilibrio entre la agricultura y la industria y entre la industria pesada y la ligera. Tampoco compatría el reciente entusiasmo de

44- Declaraciones de Trotsky al Politburó el 7 de agosto de 1921 y el 22 de agosto de 1922, en The Trotsky Archives

Sokólnikov y Ríkov por las virtudes redescubiertas de la ortodoxia hacendaría.

Estas diferencias tuvieron poca o ninguna importancia en 1921 y 1922, antes de que la agricultura y el comercio privado cobraran vigor. Pero posteriormente empezó a desarrollarse una controversia fundamental. Trotsky sostenía que los primeros éxitos de la NEP exigían una revisión urgente de la política industrial, y que era imperativo acelerar el ritmo de la recuperación industrial. El "auge" en la industria ligera era superficial y tenía una base reducida, y no podría continuar por mucho tiempo a menos que a la industria ligera se le permitiera reparar y renovar su maquinaria. (La agricultura también necesitaba herramientas para mantener el progreso.) Era necesario, por lo tanto, un esfuerzo concentrado para romper el estancamiento de la industria pesada: el gobierno debería formular un "plan abarcador" para la industria en su conjunto, en lugar de confiarse al funcionamiento del mercado y al funcionamiento espontáneo de la oferta y la demanda. Debería establecerse un escalafón de prioridades económicas en el que la industria pesada tuviera preferencia. Los recursos materiales y humanos deberían concentrarse racionalmente en aquellas empresas de propiedad estatal que tenían una importancia básica para la economía nacional, en tanto que los establecimientos que no contribuían eficaz y rápidamente a la recuperación deberían cerrarse, aun cuando esto expusiera a sus trabajadores al desempleo temporal. La política hacendaría debería subordinarse a las necesidades de la política industrial y dejarse orientar por el interés nacional más bien que por la rentabilidad. Los créditos deberían canalizarse a la industria pesada, y el Banco del Estado debería hacer inversiones a largo plazo en la renovación del equipo de ésta. Tal reorientación de la política, argumentaba Trotsky. era tanto más urgente debido a la falta de equilibrio entre los sectores privado y socialista. La iniciativa privada ya estaba obteniendo ganancias, acumulando capital y ampliándose, mientras que el grueso de la industria de propiedad estatal operaba con pérdidas. El contraste entre los dos sectores creaba una amenaza para los objetivos socialistas de la política del gobierno.

Estas ideas, que treinta y cuarenta años después habrían de convertirse en axiomas incontestables, parecieron traídas por los cabellos en un principio. Todavía más traída por los cabellos pareció la insistencia de Trotsky en la necesidad de planificar. Que la planificación era esencial para una economía socialista era un axioma marxista que los bolcheviques, por su puesto, conocían muy bien y siempre habían aceptado en términos generales. Bajo el comunismo de guerra pensaron que se hallaban en una situación propicia el establecimiento de una economía plenamente planificada, y Trotsky no encontró entonces ninguna oposición cuando habló sobre la necesidad de un "plan único" para garantizar la reconstrucción económica equilibrada.[45] Poco antes del fin del comunismo de guerra, el 22 de febrero de

1921, el gobierno decidió crear la Comisión Estatal de Planificación. la Gosplan. Pero después de la promulgación de la NEP, cuando todos los esfuerzos fueron encaminados al resurgimiento de la economía de mercado, la idea de la planificación sufrió un eclipse. La idea había estado tan vinculada, en la mentalidad popular, con el comunismo de guerra, que un recordatorio de la misma parecía inoportuno. Cierto es que poco después de la promulgación de la NEP, el lo. de abril de 1921, la Comisión Estatal de Planificación fue constituida y Krzhizhanovsky nombrado para presidirla. Pero la nueva institución llevó una existencia vegetativa. Sus prerrogativas estaban mal definidas y eran pocos los que deseaban definirlas; no tenía facultades para formular una política a largo plazo ni para planificar o poner los planes en operación. Sólo asesoraba a los directores industriales en lo tocante a sus dificultades administrativas del momento.[46]

Casi desde el comienzo Trotsky criticó este estado de cosas. Sostuvo que, con la transición a la NEP. la necesidad de planificar se había hecho más urgente aún y que el gobierno se equivocaba al considerarla como una cuestión marginal o meramente teórica. Precisamente porque el país volvía a vivir bajo una economía de mercado, argumentó, debía tratar de controlar el mercado y de prepararse para ejercer el control. Volvió a plantear la demanda de un "plan único", sin el cual, dijo, era imposible racionalizar la producción; concentrar los recursos en la industria pesada **y** establecer el equilibrio entre los diversos sectores de la economía. Finalmente, pidió que se definieran claramente las prerrogativas de la Gosplan a fin de que ésta se convirtiera en una autoridad planificadora con todos los atributos necesarios, capacitada para estimar las capacidades productivas, los recursos de mano de obra y las existencias de materias primas, para fijar con varios años de anticipación las cuotas de producción y para asegurar "la proporcionalidad necesaria entre diversas ramas de la economía nacional". Ya el 3 de mayo de 1921, Trotsky le escribía a Lenin: "Lamentablemente, nuestro trabajo sigue efectuándose sin planificación y sin ninguna comprensión de la necesidad de un plan. La Comisión Estatal de Planificación representa una negación más o menos planificada de la necesidad de formular un plan económico práctico y realista para el futuro inmediato. .

El Politburó no acogió favorablemente sus argumentos. Lenin se le opuso. De acuerdo con la teoría marxista clásica, Lenin sostuvo que la planificación sólo podía ser efectiva en una economía altamente desarrollada y concentrada, no en un país con más de veinte millones de pequeñas granjas dispersas, una industria

45- Trotsky, Obras (ed. rusa), vol. XV. pp. 215-232. Aun entonces, sin embargo, Lenin le escribió en una breve y expresiva nota a Krzhizhanovsky: "Somos mendigos. Mendigos hambrientos y desamparados. Un plan abarcador... para nosotros, 'Utopía burocrática'." Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXV, p. 405.

46- Pyat Let Soviétikoi Vlasti, pp. 150-152.

desintegrada y formas bárbaramente primitivas de comercio privado. Lenin no negaba la necesidad de proyectos de desarrollo a largo plazo. Él mismo, en unión de Krzhizhanovsky, había elaborado un proyecto para la electrificación de Rusia y lo había presentado con el famoso apotegma de que "'Soviets más electrificación es igual a socialismo." Pero consideraba que la idea de un plan "general" que cubriera toda la industria nacionalizada era prematura y fútil. Trotsky replicó que aun el proyecto de electrificación de Lenin estaba montado al aire mientras no se basara en un plan general. ¿Cómo, preguntaba, podía planificarse la electrificación cuando no se planificaba el rendimiento de las industrias que debían producir las plantas de energía? Él también estaba consciente de que, bajo las condiciones existentes, el tipo de planificación con que había contado la teoría marxista era impracticable, porque esa teoría presuponía una sociedad moderna con fuerzas productivas altamente desarrolladas y plenamente socializadas. Pero el plan general que él pedía habría de afectar únicamente a las industrias de propiedad estatal, no al sector privado; y, en su opinión, no era demasiado temprano para aplicarlo. Veía una contradicción entre el hecho de la propiedad estatal y la inclinación del gobierno a dejar que las numerosas empresas estatales operaran sin coordinación. La propiedad nacional, argumentaba, había transformado a toda la industria en una sola empresa que no podía administrarse de manera eficiente sin un plan único. [47]

Ésta era una concepción audaz en su tiempo. Más audaz aún era la idea de la "acumulación primitiva socialista" que Trotsky empezó a exponer en 1922.[48] Era la adaptación de una de las nociones históricas de Marx a las condiciones de una revolución socialista en un país subdesarrollado. Marx había descrito como la época de la acumulación primitiva la fase inicial del desarrollo del capitalismo moderno, cuando la acumulación normal de capital apenas había comenzado o era todavía demasiado débil para permitir la expansión de la industria sobre la base de sus propios recursos, es decir, sobre la base de sus propias ganancias. La burguesía de los primeros tiempos no escatimó métodos violentos y "extraeconómicos" en su esfuerzo por concentrar en sus manos los medios de producción, y continuó usando esos métodos hasta que la industria capitalista fue lo suficientemente fuerte y rentable para reinvertir grandes ganancias en la producción y para adquirir una base que se autoperpetuaba y ampliaba dentro de su propia estructura. La expropiación del pequeño terrateniente campesino, el saqueo de las colonias, la piratería y más tarde los bajos salarios, fueron las fuentes principales de esa acumulación primitiva, que en Inglaterra. el país clásico del capitalismo, duró varios siglos. Sólo cuando este

47- Trotsky había argumentado sobre esta misma base incluso en vísperas de la promulgación de la NEP. Véase Obras (ed. rusa), vol. XV, pp. 215-232, 233-235

48- -Véase su alocución en el quinto Congreso de la Juventud Comunista el 11 de octubre de 1922. Obras (ed. rusa), vol. XXI. pp. 294-317.

proceso se desarrolló hasta un punto relativamente avanzado, se inició la era de la acumulación normal y las ganancias "lícitas" formaron la base principal, si bien no la única, para la inversión en gran escala y la industrialización continua.

¿En qué habría de consistir, pues, la acumulación socialista? Los marxistas nunca se habían imaginado que el socialismo también tendría que pasar por una fase de desarrollo comparable a la acumulación primitiva del capitalismo. Siempre habían dado por sentado que una economía socialista se edificaría sobre los cimientos de la riqueza industrial moderna acumulada por la sociedad burguesa y después nacionalizada. Pero en Rusia no había existido esa riqueza en grado suficiente, y menos aún quedaba de ella después de los estragos de los años recientes. Después de proclamar que su objetivo era el socialismo, los bolcheviques descubrieron que las bases materiales para el socialismo faltaban en Rusia. Primero tenían que crearlas. Tenían que emprender, argumentaba Trotsky, la acumulación primitiva que diferiría de sus predecesores en cuanto que se efectuaría sobre la base de la propiedad social.

Trotsky no tenía la intención de sugerir que un gobierno socialista debía o podía adoptar los métodos "sangrientos y vergonzosos" de explotación y saqueo que Marx había relacionado con la acumulación primitiva burguesa, ni que el socialismo debía llegar al mundo como había llegado el capitalismo: "chorreando sangre y lodo de la cabeza a los pies, por todos los poros". Pero la formación de capital intensiva y rápida era necesaria. La industria soviética no podía lograr aún su expansión mediante el proceso normal de reinvertir ganancias en la producción. Todavía, en su mayor parte, operaba con pérdidas: y aun cuando no fuera así, de todos modos sería incapaz de producir excedentes lo suficientemente grandes para sostener la industrialización rápida, condición *sine qua non* del socialismo. El fondo de acumulación de la nación podía incrementarse de una de dos maneras: o a expensas de las ganancias de los negocios y la agricultura privados, o a costa de la nómina de jornales de la nación. No fue sino algún tiempo después cuando Trotsky empezó a abogar por el cobro de impuestos más altos a los "nepistas" y a los campesinos más ricos. Por el momento, en 1922, se limitó a señalar con mucha fuerza que la economía se mantenía a expensas de los trabajadores y sólo así podía lograrse su reconstracción y expansión. Dijo, por ejemplo, en un Congreso de la Komsomol celebrado en octubre: "Nos hemos hecho cargo de un país arruinado. El proletariado, la clase gobernante en nuestro Estado, está obligada a emprender una fase que puede describirse como la de acumulación primitiva socialista. No podemos contentarnos con utilizar nuestros establecimientos industriales de antes de 1914. Éstos han sido destruidos y deben reconstruirse paso a paso por medio de un esfuerzo colosal de nuestra fuerza de trabajo." Y otra vez: la clase obrera "puede acercarse al socialismo sólo mediante los mayores sacrificios, agotando

toda su fuerza y entregando su sangre y sus nervios ..."[49]

Sus planteamientos suscitaron inmediata resistencia. Los miembros de la Oposición Obrera habían dicho ya que la sigla NEP significaba Nueva Explotación del Proletariado, y la broma se había convertido para entonces en úna especie de consigna. El razonamiento de Trotsky parecía ilustrar y subrayar la acusación. ¿No estaba tratando él, en realidad, de convencer a los trabajadores de que se sometieran a la nueva explotación? Trotsky replicaba que era correcto hablar de explotación sólo cuando se obligaba a trabajar a una clase en beneficio de otra. Él pedía a los trabajadores que lo hicieran en su propio beneficio. En el peor de los casos, decía, podría acusársele de que trataba de convencer a los trabajadores de que se "explotaran a sí mismos", puesto que él los exhortaba a hacer "sacrificios" y a entregar su "sangre y sus nervios" por el bien de su propio Estado proletario y de su propia industria socialista.[50]

Esta no era la primera vez que Trotsky apoyaba su posición en la identificación de la clase obrera con el Estado. En 1920 y 1921 había argumentado en los mismos términos contra la autonomía de los sindicatos. Los obreros, había dicho, no tenían intereses propios que defender contra su propio Estado. Lenin replicó entonces que el Estado proletario que invocaba Trotsky era todavía una abstracción: aún no era un Estado obrero propiamente dicho, a menudo tenía que crear un equilibrio entre los obreros y los campesinos, y, lo que era peor, sufría una deformación burocrática. Los obreros tenían el deber de defender a su Estado, pero también debían defenderse ellos mismos contra el Estado.[51] Cuando Trotsky volvió a sostener ahora que los intereses de la clase obrera y los de su Estado eran idénticos, quedó expuesto una vez más a la misma crítica. ¿No era en nombre de una idea abstracta como exhortaba a los trabajadores a aceptar el peso principal de la acumulación primitiva socialista? ¿No serían la burocracia, y tal vez aun el kulak y el "nepista", los principales beneficiarios? ¿Y cómo podría lograrse la acumulación primitiva socialista si la clase obrera se negaba a aceptar los sacrificios? Estas interrogantes habrían de cobrar una importancia mayor en los años venideros. Por ahora Trotsky replicó que la política por la que él abogaba no podía ni debía imponérseles a los trabajadores; sólo podía aplicarse con el consentimiento de éstos. La dificultad principal tenía, por lo tanto, un "carácter educativo": era preciso inculcar en los trabajadores la conciencia de lo que era necesario v de lo que se exigía de ellos, pues sin su buena voluntad y su entusiasmo socialista no podría lograrse nada.[52] Una vez más intentó tocar la fibra heroica de la clase obrera del mismo modo que lo había

49- Loc. cit.
50- Loc. cit.
51-10 Syezd RKP (b), pp. 208 sigs.; El profeta armado, pp. 465-466.
52- Obras (ed. rusa), vol. XXI, loe. cit.

hecho, con éxito abrumador, en 1919, cuando los Ejércitos Blancos amenazaban a Moscú y Petrogrado, y como había vuelto a intentarlo, con un completo fracaso, en el invierno de 1920-21. antes de la insurrección de Kronstadt. Debe añadirse que su defensa de la acumulación primitiva socialista no encontró, en esta fase, objeciones dentro del Politburó, aunque la mayor parte de sus miembros preferían no comprometer su popularidad y enfrentarse a los obreros con la franca exigencia de "su sangre y sus nervios".

Tales fueron las principales ideas económicas que Trotsky expuso en los primeros años de la NEP, cuando actuó en efecto como el precursor de la economía planificada soviética. No fue él, por otra parte, el único originador de dichas ideas. Lo que él decía representaba el pensamiento colectivo de un pequeño círculo de teóricos y administradores afines a Trotsky, aun cuando algunos de ellos no aprobaban sus actitudes disciplinarias. Según el propio Trotsky, Vladimir Smimov, el jefe de los decemistas, que ocupaba una posición en el Supremo Consejo de la Economía Nacional, fue el primero en acuñar el término "acumulación primitiva socialista".[53] Evgeni Preobrazhensky debe ser considerado como el principal exponente teórico de la idea: su obra La nueva economía, publicada en 1925, se distingue por una profundidad de razonamiento estrictamente teórico superior a la que puede encontrarse en los escritos de Trotsky; y Preobrazhensky indudablemente concibió sus tesis entre 1922 y 1923. Yuri Piatakov, que era el espíritu impulsor del Supremo Consejo de la Economía Nacional y argumentaba también en favor de un plan económico único, se sentía alarmado por la situación de la industria pesada y criticaba la política crediticia del Comisariado de Hacienda y del Banco del Estado.[54] Trotsky, sin duda, tomó prestadas algunas ideas de estos hombres y tal vez de otros también. Pero ellos se hallaban demasiado inmersos en la teoría o demasiado absorbidos por la administración para producir otra cosa que no fueran tratados abstractos o conclusiones empíricas fragmentarias. Trotsky fue el único que transformó sus ideas y conclusiones en un programa de política que defendió ante el Politburó y expuso frente a un auditorio de amplitud nacional.

Lenin continuó mostrando poco entusiasmo por el "plan único" y por la ampliación de los poderes de la Gosplan". Describió su plan de electrificación como el "único trabajo serio sobre el asunto" y desechó las "habladurías" sobre un plan "general". Stalin se pronunció en igual sentido, y además hizo todo lo posible por ahondar ladiferencias entre Lenin y Trotsky.[55] Los dirigentes secundarios,

53- 12 Syezd RKP (b), p. 321; E. A. Preobrazhensky, Nóvaya Ekonómika, vol. I. primera parte, p. 57.
54- The Trotsky Archives

Ríkov y Sokólnikov, veían la política de Trotsky como una intromisión en sus propias esferas de responsabilidad. Eran escépticos en cuanto a la planificación y se oponían a dotar de amplios poderes a la Gosplan. En su propio círculo comentaban -y andando el tiempo harían la acusación en público- que Trotsky exigía tales poderes para la Gosplan porque abrigaba la esperanza de asumir su dirección, y que, habiendo dejado de ser el dictador militar del país, ahora aspiraba a ser su amo económico. No sabemos si Trotsky deseaba en realidad ser director de la Gosplan. Pero aun si ése hubiese sido el caso, la aspiración difícilmente era reprobable. Criticó a Krzhizhanovsky. el jefe oficial de la Gosplan, por ineficiente,[56] pero nunca presentó su propia candidatura y defendió sus argumentos a base de los méritos intrínsecos de los mismos. Sin embargo, las ambiciones personales y los celos seccionales se dejaron sentir una y otra vez. Así, sus adversarios sugirieron que una Gosplan reforzada en sus atribuciones competiría con el Consejo del Trabajo y la Defensa que Lenin presidía con Trotsky como suplente. En una sesión del Comité Central que tuvo lugar el 7 de agosto de 1921, Trotsky replicó que, en su opinión, el Consejo debería seguir encargado de trazar la política superior, pero que la Gosplan debería traducir esa política en planes económicos específicos y supervisar su ejecución. Pero no logró el apoyo de la mayoría del Comité Central.[57]

Paralelamente a estas controversias, seguía vivo un conflicto sobre la Rabkrin o Inspectoría de Obreros y Campesinos. Stalin había sido jefe de la Rabkrin desde 1919 hasta la primavera de 1922, cuando fue nombrado Secretario General; pero aun después siguió ejerciendo una considerable influencia en el organismo. La Inspectoría tenía amplias y múltiples funciones: tenía el derecho de examinar la moral de los funcionarios de la administración pública, de inspeccionar sin previo aviso la labor de cualquier Comisariado, de cuidar la eficiencia de toda la administración y de formular medidas para incrementarla, Lenin abrigaba la intención de que la Rabkrin actuara como una especie de supercomisariado a través del cual la administración, que no estaba supervisada democráticamente, se supervisara a sí misma y mantuviera una autodisciplina estricta. En realidad, Stalin convirtió la Inspectoría en su propia policía privada dentro del gobierno. Ya en 1920 Trotsky atacó a la Rabkrin, alegando que sus métodos de inspección eran torpes e ineficaces, y que todo lo que hacía era obstruir el funcionamiento del aparato gubernamental. “No es posible”, dijo, “crear un departamento especial

55- Véase Stalin, Obras, vol. 5, p. 52, donde, en una carta a Lenin, describe las ideas de Trot sky sobre la planificación como las de “un artesano medieval que se imagina ser un personaje de Ibsen, llamado a ‘salvar’ a Rusia...”

56- Lenin se refirió a esta crítica en su carta al Politburó del 5 de mayo de 1922. Véase Obras ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 316-318.

57- The Trotsky Archives.

dotado de toda la sabiduría del gobierno y capaz de supervisar a todos los demás departamentos... En todas las armas del gobierno es cosa bien sabida que, cada vez que se presenta la necesidad de hacer algún cambio de política o alguna reforma de organización importante, es inútil buscar orientación en la Rabkrin. La propia Rabkrin constituye un ejemplo notable de la falta de correspondencia entre el decreto gubernamental y la maquinaria gubernamental, y se está convirtiendo ella misma en un poderoso factor de confusión y arbitrariedad." En todo caso, lo que se necesita en un organismo como la Rabkrin era "un horizonte amplio, una concepción amplia de los asuntos del Estado y la economía, una concepción mucho más amplia que la que poseen quienes llevan a cabo este trabajo". Trotsky describió a la Rabkrin como el refugio y asilo de inadaptados frustrados que habían suplido el rechazo de todos los demás comisariados y estaban "completamente aislados de todo trabajo genuino, creador y constructivo". No mencionó ni una sola vez a Stalin, en quien veía al superinadaptado elevado a la eminencia.[58]

Lenin defendió a Stalin y a la Rabkrin. Exasperado por la ineficiencia y la corrupción de la administración pública, ponía grandes esperanzas en la Inspectoría y se sentía irritado por lo que juzgaba era una vendetta personal de Trotsky. [59] Éste argumentaba que la confusión, cuando menos en los departamentos económicos, era el resultado de la organización defectuosa, que a su vez reflejaba la ausencia de todo principio orientador en la política económica. Las inspecciones por la Rabkrin no podían alterar esto: el remedio sólo podía hallarse en la planificación y en una Gosplan reformada. Tampoco era posible curar la incompetencia mediante el tratamiento de choque y la intimidación a que el comisariado de Stalin sometía a la administración pública. En un país atrasado, con las peores tradiciones de gobierno incivilizado y corrupto, decía Trotsky, la tarea principal consistía en educar sistemáticamente al personal del gobierno y en adiestrarlo en los métodos de trabajo civilizados.

Consideradas todas estas diferencias, la negativa de Trotsky a aceptar el puesto de vice-Primer Ministro resulta menos sorprendente. Él no podía, sin contradecirse, aceptar un puesto en el que habría tenido que poner en vigor una política económica que a su juicio carecía de foco y a orientar una maquinaria administrativa que según su opinión estaba organizada defectuosamente. Cuando, en el verano de 1922, Lenin lo instó a utilizar el puesto para llevar a cabo una campaña contra los abusos burocráticos del poder, él contestó que los peores abusos tenían su origen en la cúspide misma de la jerarquía del Partido. Se quejó de que el Politburó y el Orgburó se inmiscuían intolerablemente en los asuntos del gobierno y tomaban decisiones relativas a diversos comisariados sin dignarse consultar siquiera con los jefes de

58- Trotsky, Obras (ed. rusa), vol. XV. p. 223.
59- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, loc. cil. et passim.

esos comisariados. Era inútil, por consiguiente, luchar contra la arbitrariedad en la administración mientras el mal imperara sin oposición en el Partido.[60] Lenin no prestó oídos a la alusión de Trotsky. Siguió confiando en Stalin como Secretario General del Partido tanto como había confiado en él como jefe de la Rabkrin.

En el verano de 1922 se produjeron nuevos desacuerdos sobre la forma en que Moscú controlaba a las repúblicas y provincias no rusas de la Federación Soviética. Los bolcheviques habían garantizado a aquellas repúblicas el derecho a la autodeterminación, que incluía expresamente el derecho a separarse de la Federación Soviética; y la garantía había quedado consagrada en la Constitución de 1918. Al mismo tiempo, insistían en un gobierno estrictamente centralizado e infringían en la práctica la autonomía de las repúblicas no rusas. A principios de 1921, como se recordará, Trotsky protestó contra la conquista de Georgia, cuyo principal instigador había sido Stalin. En aquella ocasión, Trotsky se resignó a aceptar el hecho consumado e incluso defendió la conquista en un folleto especial.[61] Todavía más tarde, en la primavera de 1922. guardó silencio cuando en el undécimo Congreso del Partido varios bolcheviques eminentes acusaron al gobierno de Lenin de abandonar el principio de autodeterminación y de restaurar la Rusia "una e indivisible" de antaño. Poco después, sin embargo, él mismo repitió la acusación tras las puertas cerradas del Politburó: y fue una vez más en relación con Georgia y con las actividades de Stalin que el Conflicto hizo crisis.

Como Comisario de las Nacionalidades, Stalin acababa de ordenar la supresión del partido menchevique en Georgia. Cuando los destacados bolcheviques georgianos Mdivani y Majaradze protestaron contra esa orden, Stalin trató de intimidarlos y de ahogar sus protestas.[62] Su acción era hasta cierto punto consecuente con la tendencia general de la política bolchevique, pues si era correcto proscribir al partido menchevique en Moscú, no había razón aparente para que no se hiciera lo mismo en Tiflis. Trotsky había aprobado la proscripción en Rusia, pero atacó su extensión a Georgia. Señaló que los mencheviques rusos se habían desprestigiado debido a su actitud contrarrevolucionaria, en tanto que los georgianos todavía gozaban de fuerte apoyo popular. Esto era cierto, pero el argumento sólo habría sido convincente si los bolcheviques hubiesen basado todavía su gobierno en la democracia proletaria. Sonaba un tanto hueco una vez que se aceptaba la idea, como la aceptaba Trotsky, de que los bolcheviques tenían el derecho, por el bien

60- Véanse las cartas de Trotsky al Politburó del 22 de de agosto de 1922 y del 15, 20 y 25 de enero de 1923, en The Archives. También Mi vida, tomo II, pp. 315.

61- El profeta armado, pp. 433-434.

62- Mdivani. Majaradze, Ordzhonikidze, Yenukidze. Stalin y Bujarin ofrecieron sus versiones del conflicto en 12 Syezd RKP (b). pp. 150-176, 540-565. Véase también Deutschcr, Stalin, biografía política, pp. 226-234.

de la revolución, a mantener su monopolio político independientemente de que gozaran o no de apoyo popular. Del establecimiento del sistema unipartidista a la persecución de los bolcheviques georgianos que se oponían al sistema había sólo un paso, aunque éste fuera un paso de lo consecuente a lo absurdo. Stalin aplicó ahora, por primera vez, la represión a los miembros del partido bolchevique cuando trató de intimidar a Mdivani y Majaradze. También comprometió gravemente la política bolchevique respecto a las nacionalidades no rusas, la política de la que él mismo había sido inspirador y de cuya amplitud de criterio se ufanaban los bolcheviques.

Al defenderse. Mdivani y Majaradze se pronunciaron contra el principio ultracentralista de la política de Stalin. ¿Qué derecho, preguntaron, tenía ningún Comisariado en Moscú a tomar decisiones relativas a la vida política de Tiflis? ¿Dónde estaba la autodeterminación? ¿No se estaba obligando a las pequeñas nacionalidades a reintegrarse por la fuerza al Imperio ruso, "uno e indivisible"? Éstas eran preguntas pertinentes. Tanto más cuanto que en aquellos mismos momentos Stalin estaba preparando una nueva Constitución que sería mucho más centralista que su predecesora de 1918 y que coartaría y abrogaría los derechos de las nacionalidades no rusas y transformaría a la Federación Soviética de repúblicas en la Unión Soviética. Contra esta Constitución protestaron también los georgianos, los ucranianos y otros.

Cuando las protestas llegaron al Politburó, Trotsky las apoyó. Ahora veía confirmadas las aprensiones que lo habían llevado a oponerse en primera instancia a la anexión de Georgia. Veía en la conducta de Stalin un abuso de poder escandaloso y flagrante, que llevaba el centralismo a un exceso peligroso, ofendía la dignidad de las nacionalidades no rusas y las hacía pensar que la "autodeterminación" era un fraude. Stalin y Ordzhonikidze prepararon una acusación contra Mdivani y Majaradze y alegaron que estos "desviacionistas nacionales" se oponían a la introducción de la moneda soviética en Georgia, se negaban a cooperar con las repúblicas caucasianas vecinas y a compartir con ellas las escasas provisiones, y que generalmente actuaban con un espíritu de egoísmo nacionalista y en detrimento de la Federación Soviética en su conjunto. Tal conducta, si las acusaciones hubiesen sido ciertas, no era tolerable en los miembros del Partido. Trotsky no creía que las acusaciones fueran ciertas. Lenin y la mayoría de los miembros del Politburó veían el conflicto como una disputa familiar entre dos grupos de bolcheviques georgianos, y pensaban que lo más prudente para el Politburó era aceptar las opiniones de Stalin. Stalin era el experto del Politburó en aquellas cuestiones, y Lenin no veía razones para sospechar que Stalin precisamente, el autor del célebre tratado sobre El marxismo y las nacionalidades, que era el alegato clásico del Partido en defensa de la autodeterminación, pudiera ofender con intención malévola la dignidad na-

cional de sus propios compatriotas. Una vez más a Lenin le pareció que Trotsky obraba movido por la animosidad personal o por aquel "individualismo" que lo había llevado a oponerse al Politburó en tantas otras cuestiones. Una de las primeras medidas de Lenin al regresar a su puesto en octubre de 1922 fue la de reprender a Mdivani y Majaradze y sostener la autoridad de Stalin.

Al seguir estas disensiones en el Politburó y considerar el papel que Trotsky desempeñó en ellas, nos sorprende el cambio operado en el propio Trotsky en el término aproximado de un año. Durante la primera mitad de 1922, éste hablaba todavía fundamentalmente como el disciplinario bolchevique; durante la segunda mitad del año se hallaba ya en conflicto con los disciplinarios. El contraste se pone de manifiesto en muchas de sus actitudes, pero se hace más evidente cuando se recuerda que a comienzos de aquel año él incriminó, en nombre del Politburó, a la Oposición Obrera ante el Partido y ante la Internacional. A fines de año, sin embargo, él mismo pareció expresar opiniones sustentadas hasta entonces por aquella Oposición (y por los decemistas). La Oposición Obrera fue la primera que expresó confusamente el descontento de la militancia de base bolchevique con la NEP y que habló sobre la necesidad de dar a la política de la NEP una perspectiva socialista. La Oposición Obrera fue la primera que atacó a la nueva burocracia, protestó contra los abusos del poder y denunció los nuevos privilegios. Fueron esa Oposición y los decemistas quienes iniciaron la rebelión contra los poderes excesivos del aparato del Partido y quienes clamaron por la restitución de la democracia interna en el Partido. Trotsky en un principio los condenó y les advirtió que los bolcheviques no debían, bajo ninguna circunstancia, oponerse a los dirigentes del Partido en términos de "ellos" y "nosotros". Con todo, en el transcurso de 1922 pareció adoptar la mayor parte de sus ideas y asumir una actitud que habría de obligarlo a argumentar contra la mayoría del Politburó en términos de "ellos" y "nosotros". Parecía, en verdad, como si en el proceso de dominar a la Oposición Obrera él mismo se hubiera convertido a sus ideas y se hubiera convertido en el más eminente de sus nuevos partidarios.

En rigor de verdad, Trotsky había luchado durante todo ese tiempo con un dilema que preocupaba al Partido en general, sólo que él luchó más intensamente que los demás. Se trataba del dilema entre la autoridad y la libertad. Trotsky era casi igualmente sensible a las exigencias de ambas. Mientras la revolución luchó por su simple supervivencia, le concedió prioridad a la autoridad. Centralizó el Ejército Rojo, militarizó el trabajo, trató de lograr la absorción de los sindicatos por el Estado, predicó la necesidad de una burocracia fuerte pero civilizada, infringió la democracia proletaria y ayudó a someter a la oposición en el seno del Partido. Con todo, aun en esa fase, el "libertario" socialista vivía y se mantenía despierto en él; y a través de sus más severos llamados a la disciplina resonaba, como un

contrapunto, una poderosa nota de libertad socialista. En sus actos más inexorables y en sus palabras más adustas ardía aún una cálida humanidad que lo distinguía de otros disciplinarios. En la misma primera fase de la revolución señalaba ya con índice acusador al "nuevo burócrata", inculto, suspicaz y arrogante, que era un "lastre" pernicioso y una "verdadera amenaza para la causa de la revolución comunista", la causa que "sólo se justificará a sí misma cuando cada trabajador y cada trabajadora sienta que su vida se ha hecho más cómoda, más libre, más limpia y más digna".[63]

El fin de la lucha armada acentuó la tensión entre la autoridad y la libertad dentro del bolchevismo, y dentro de Trotsky también. La Oposición Obrera y los grupos afines a ella representaban una rebelión contra la autoridad. Lo que llevó a Trotsky a oponérseles fue su profunda comprensión de los hechos reales de la situación. Él no podía desechar fácilmente aquellas exigencias de la autoridad que tenían sus raíces en los hechos reales. Y tampoco podía conservar su paz de espíritu cuando veía que esa libertad -la libertad socialista- era arrancada de cuajo. Trotsky luchaba con un dilema real, en tanto que la Oposición Obrera agarraba sólo una de las alternativas y se aferraba a ella. Trotsky trataba de lograr un equilibrio entre la disciplina bolchevique y la democracia proletaria; y mientras más se inclinaba la balanza hacia la primera, más se inclinaba él a defender la segunda. Los desplazamientos decisivos que rompieron el equilibrio ocurrieron en los años de 1921 a 1923, y en esos años Trotsky fue oponiendo gradualmente las exigencias de la democracia interna del Partido a las de la disciplina.

Ello no obstante, no se convirtió en un simple "libertario", resentido por los abusos de la autoridad. Siguió siendo el estadista bolchevique, tan convencido como siempre de la necesidad de un Estado centralizado y de una fuerte derección partidaria, y tan atento como siempre a las prerrogativas de ambos. Atacaba el abuso, no el principio, de esas prerrogativas. En sus más airadas andanadas contra la burocracia y en sus más briosos alegatos en favor de la democracia interna del Partido, siguió resonando un marcado contrapunto disciplinario. Consciente de que "la burocracia representaba toda una época, no concluida aún, en el desarrollo de la humanidad" y de que sus males aparecían "en proporción inversa al esclarecimiento, los niveles culturales y la conciencia política de las masas",[64] se cuidó de no fomentar la ilusión de que era posible acabar de un solo golpe con todos esos males. Todavía ni siquiera atacó a la burocracia en general. Más bien apeló a sus hombres más progresistas y esclarecidos contra sus elementos atrasadbs y despóticos, y abrigó la esperanza de que los primeros, en unión de los trabajadores

63- El profeta armado, p. 391.
64- Trotsky, Obras (ed. rusa), vol. XV, pp. 218-221; El profeta armado, p. 460.

avanzados, fueran capaces de frenar, reeducar y, en caso necesario, eliminar a los segundos. Trotsky en verdad había cambiado de posición, acercándose a la Oposición Obrera y otros grupos afines y reconociendo implícitamente el aspecto racional de su rebelión contra la autoridad; pero, a diferencia de ellos, no se dejó arrastrar por la rebelión. No "rechazó" simplemente a la burocracia. Todavía luchaba con un dilema real, pero lo hacía de una manera distinta de la de antes y desde el extremo opuesto.

Es por eso que resulta imposible explicar con absoluta precisión el cambio en la actitud de Trotsky y definir con mayor exactitud qué lo produjo y cuándo ocurrió. Ningún acontecimiento aislado lo produjo, y no hubo un momento aislado en que se produjera. La política del Politburó se desplazó, en relación con muchos problemas, de una democracia obrera al Estado totalitario. Las ideas de Trotsky se desplazaron simultáneamente con la política bolchevique, pero en dirección opuesta. Él empezó a protestar contra los excesos del centralismo a medida que éstos se dejaban sentir. Empezó a defender los derechos de las pequeñas naciones a medida que esos derechos iban siendo violados. Chocó con el aparato del Partido a medida que el aparato se independizaba del Partido y sometía al Partido y al Estado. Debido a que los procesos contra los cuales él reaccionó se desarrollaron gradualmente y de manera ambigua, sus reacciones también fueron graduales y vagas. En ningún momento sintió la necesidad de una revisión drástica de sus concepciones, porque lo que decía ahora, en su fase antiburocrática, lo había dicho también en su fase disciplinaria, aunque con menos énfasis y en un contexto diferente. Pasó de una fase a la otra casi sin darse cuenta.

En medio del desplazamiento de líneas políticas, destacó algo relativamente estable: la rivalidad entre Stalin y Trotsky. Ésta se hacía patente, como recordará el lector, incluso en la dirección de la guerra civil; y había nacido de un antagonismo casi instintivo de temperamentos, antecedentes, inclinaciones políticas y ambiciones personales. En esta rivalidad, Stalin desempeñó el papel activo y ofensivo: él se sentía ofendido por la inferioridad del lugar que ocupaba. Trotsky no cobró conciencia de la rivalidad sino lentamente, y no fue sino con renuencia como empezó a reaccionar y a verse envuelto en ella. Hasta entonces, la vigorosa personalidad de Lenin había mantenido la rivalidad en el trasfondo y ésta no había adquirido una significación inás amplia, pues todavía no se identificaba con ningún conflicto claro de líneas políticas e intereses. En 1922 empezó a producirse la identificación. Como administrador del aparato del Partido, Stalin, apoyado por el momento por Lenin, vino a representar a la autoridad en su manifestación extrema, para hacer valer sus pretensiones y obtener obediencia. Un profundo conflicto de líneas políticas e intereses empezó a cobrar forma, a absorber el antagonismo personal e incluso a concentrarse en éste, hasta que el antagonismo personal quedó

eclipsado y sin embargo intensificado por el conflicto más general.

Una descripción de los desacuerdos en que Trotsky se opuso a Lenin. a Stalin y a la mayoría del Politburó, podría producir una imagen unilateral de la verdadera posición de aquél en la dirección bolchevique. El biógrafo se inclinará a poner de relieve los acontecimientos y las situaciones de las cuales se derivaron las luchas posteriores de Trotsky con Stalin y que tuvieron, por consiguiente, la mayor importancia para el destino del primero. Estos acontecimientos y situaciones, sin embargo, no tuvieron el mismo relieve para sus contemporáneos. Y las discordias relatadas aquí no fueron tampoco las más importantes en la determinación del lugar de Trotsky entre los dirigentes bolcheviques, especialmente en sus relaciones con Lenin. Las controversias se limitaron al ámbito del Politburó. El Partido y el país no se enteraron de ellas. La opinión popular seguía asociando el nombre de Trotsky con el de Lenin, y ante los ojos del mundo aquél era uno de los principales inspiradores de la política bolchevique. Y, en rigor de verdad, sus desacuerdos con Lenin no sobrepasaron, en la balanza de su labor común, a su sólido e íntimo acuerdo sobre un número incomparablemente mayor de problemas nacionales y extranjeros.

Como Comisario de la Guerra, Trotsky continuó disfrutando del pleno apoyo de Lenin. Aun después de la guerra civil tuvo que enfrentarse a la "oposición militar" que había impugnado su política en años anteriores. Tujachevsky siguió tratando de ganarse el apoyo del Partido para su idea predilecta de un Estado Mayor Internacional del Ejército Rojo. Frunze y Voroshílov, alentados por Zinóviev y Stalin, siguieron tratando de obtener la aprobación oficial de sus concepciones de la "estrategia proletaria" y de la "doctrina militar ofensiva". Las cuestiones eran lo bastante importantes como para que el undécimo Congreso del Partido las ventilara en una sesión especial secreta.[65] Trotsky obtuvo finalmente el rechazo formal de las demandas de sus adversarios, y en ello lo ayudó la cirunstancia de que contaba con el apoyo de la autoridad de Lenin. Éste había aprendido a valorar a tal grado su labor militar, que aceptaba casi automáticamente su criterio en ese campo. Un curioso incidente puede citarse como ejemplo. Después del alzamiento de Kronstadt, Lenin sugirió a Trotsky el hundimiento o la "clausura" de la Flota del Báltico. Los marinos, a su juicio, no eran dignos de confianza; la flota era inútil; consumía carbón, alimentos y ropas, de los que el país carecía desesperadamente; y por consiguiente su eliminación sería una ganancia neta. Trotsky se opuso. Estaba decidido a conservar la flota y tenía la seguridad de que podría reorganizarla y conseguir un cambio en su moral. El asunto se resolvió de la manera más informal,

---

65- El discurso de Trotsky pronunciado en esa sesión figura en Kak Vooruzhalas Revolutsia, vol. III, libro 2, pp. 244 sigs. Véase El profeta armado, pp. 442-443.

por medio de pequeñas notas privadas que Trotsky y Lenin intercambiaron durante una sesión del Politburó. Lenin aceptó las seguridades de Trotsky y la flota se salvó.[66]

Lenin también hizo saber repetidamente al Partido y a la Internacional la estimación que le merecía Trotsky como intérprete del marxismo, y le prestó su apoyo entusiasta a la notable influencia que Trotsky ejerció sobre la vida cultural de Rusia. (Este aspecto de la actividad de Trotsky lo examinaremos en un capítulo posterior.) Ambos rechazaron la ambición de ruidosos grupos de escritores y artistas, especialmente el llamado *Proletkult*, de auspiciar una "cultura proletaria" y una "literatura proletaria". En las cuestiones de la educación, a las que desde el fin de la guerra civil ambos atribuían una importancia capital, y en todos los asuntos relativos a la defensa del marxismo, ambos aconsejaron cautela y tolerancia, y ambos repudiaron con firmeza los enfoques burdos, la arrogancia y el fanatismo que algunos miembros influyentes del Partido empezaban a exhibir.

Trotsky mostró también una iniciativa sumamente activa y constante en la dirección de la política exterior. Los problemas importantes de la diplomacia eran resueltos por un pequeño comité compuesto por Lenin, Trotsky y Kámenev, quienes invitaban a Chicherin, el Comisario de Relaciones Exteriores, y con frecuencia también a Rádek, a participar en las deliberaciones. Los esfuerzos de la diplomacia soviética iban dirigidos entonces a la consolidación de la paz y al establecimiento de relaciones con la Europa burguesa. Trotsky, como recordará el lector, había utilizado toda su influencia para lograr la conclusión definitiva de la paz con Polonia en 1921, una paz que Lenin no había favorecido con mucho entusiasmo. Igualmente se había esforzado por obtener el consentimiento del Politburó para la demarcación de las fronteras y para la conclusión de la paz con las pequeñas repúblicas del Báltico.[67] Ya en 1920 Trotsky había instado a Lenin a buscar la reconciliación con la Gran Bretaña; pero pasó algún tiempo antes de que Lenin atendiera al consejo. Pero la iniciativa más importante de Trotsky en el campo diplomático se produjo a comienzos de 1921 cuando inició una serie de gestiones audaces y sumamente delicadas que a la larga desembocaron en la firma del Tratado de Rapallo con Alemania, que fue con mucho la proeza más notable de la diplomacia soviética en las dos décadas que van del Tratado de Brest-Litovsk al pacto germano-soviético de 1939.

Como Comisario de la Guerra, Trotsky anhelaba equipar al Ejército Rojo con

---

66- Esto sucedió en la sesión del 21 de marzo de 1921, The Trotsky Archives. Unos meses más tarde Trotsky mencionó el incidente en un discurso público, Kak Vooruzhales Revolutsia, vol. III, libro 1, p. 81.

67- Véase El profeta armado, pp. 423-429.

armas modernas. La industria soviética de armamentos, primitiva y deteriorada, no podía suministrarlos. Por medio de sus agentes en el extranjero, Trotsky compró municiones dondequiera que pudo, incluso en un país tan distante como los Estados Unidos. Pero las compras eran fortuitas y el Ejército Rojo dependía peligrosamente de los suministros extranjeros. Trotsky estaba empeñado en construir, con ayuda extranjera, una industria de armamentos moderna en Rusia. Pero, ¿dónde obtener esa ayuda? ¿Qué burguesía consentiría en ayudar a edificar el poderío militar de un gobierno comunista? Sólo existía un país al que era posible acercarse con posibilidades de éxito: Alemania. Bajo los términos del Tratado de Versalles, a Alemania se le había prohibido fabricar municiones. Sus fábricas de armamentos, las más modernas de Europa, estaban inactivas. ¿No podría tentarse a sus propietarios a que proporcionaran equipo y asesoramiento tecnológico si la proposición se hacía en forma suficientemente atractiva? A comienzos de 1921 Víctor Kopp, el antiguo menchevique que había colaborado antaño en la Pravda vienesa, estableció, por indicaciones de Trotsky, contactos secretos con las grandes empresas de Krupp, Blohm und Voss y Albatross Werke. En fecha tan temprana como el 7 de abril de 1921 informó que dichas empresas estaban dispuestas a cooperar y a proporcionar el equipo y la ayuda tecnológica necesaria para fabricación de aeroplanos, submarinos, artillería y otras municiones en Rusia. Durante todo el año los emisarios viajaron entre Moscú y Berlín, y Trotsky mantuvo a Lenin y a Chicherin informados de cada fase de las negociaciones. El Politburó lo autorizó a continuar éstas en el más estricto secreto, y él manejó los hilos durante todos estos preliminares del Tratado de Rapallo, hasta que llegó el momento de que los diplomáticos entraran en acción. [68]

A medida que las negociaciones avanzaron, las transacciones fueron abarcando zonas más amplias. No sólo las industrias de armamento estaban inactivas. La antigua y espléndida oficialidad también estaba ociosa. Sus miembros, por consiguiente, aceptaron de buena gana servir como instructores de los soldados y aviadores rusos; y, a cambio de ello, se les permitió adiestrar secretamente en Rusia a cuadros militares alemanes que no podían ser preparados en su propio país. Así echaron los cimientos de la prolongada cooperación entre Reichswehr y el Ejército Rojo, que habría de durar toda una década después de la salida de Trotsky del poder y que contribuyó en gran medida a la modernización de las fuerzas armadas soviéticas antes de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, hasta la primavera de 1922 todas estas negociaciones fueron tentativas. Tanto en Moscú como en Berlín había vacilaciones, pues en ambas

---

68- El informe de Kopp y las notas de Trotsky y Lenin se encuentran en The Trotsky Archives.

capitales la diplomacia veía aún con esperanzas la posibilidad de un *rapprochement* con las potencias de la Entente en la venidera Conferencia de Génova, la primera reunión internacional a la que tanto Alemania como la Rusia soviética, hasta entonces proscritas diplomáticamente, habían sido invitadas. Sólo cuando esas esperanzas quedaron defraudadas se firmó el Tratado de Rapallo. El Tratado fue un arreglo "realista y práctico" más bien que una genuina alianza. Deseosos de obtener para sí las mayores ventajas posibles a través del toma y daca, los bolcheviques se cuidaban, por lo general, de no estimular el revisionismo y un movimiento de desquite en el Reich, aunque ellos mismos habían denunciado desde el primer momento, como cuestión de principio, el Tratado de Versalles, cuando su gobierno ni siquiera había sido reconocido por Alemania y cuando los recuerdos del Diklat de Brest-Litovsk eran todavía recientes.

Trotsky, en particular, se esforzó por impedir cualquier vinculación de la política soviética con el nacionalismo alemán. Tanto después como antes de Rapallo trató de mejorar las relaciones de Rusia con Francia. En el otoño de 1922 recibió en el Kremlin a Edward Herriot, quien, como dirigente del Cartel de Gauche, llegaría a ser posteriormente Primer Ministro de la República Francesa. Herriot ha descrito la visita detalladamente, recordando el poder de convicción con que Trotsky argumentó en favor del mejoramiento de las relaciones entre los dos países. Le aseguró a Herriot que sólo la ciega hostilidad de la Entente había movido a Rusia a entenderse con Alemania, primero en Brest-Litovsk y después en Rapallo; y que el Tratado de Rapallo no contenía ninguna cláusula dirigida contra Francia. Evocó la tradición jacobina francesa y apeló a los estadistas y a la opinión pública de Francia para que comprendieran mejor a la Revolución Rusa. Mientras Trotsky hablaba sobre la afinidad entre el jacobinismo y el bolchevismo, recuerda Herriot, un destacamento de soldados del Ejército Rojo pasó cantando La Marselles en francés, y a través de la ventana abierta las palabras *Nous saurons mourir pour la liberté* irrumpieron en el salón de conferencias. [69]

La importancia que la diplomacia había cobrado ahora en los asuntos soviéticos estaba relacionada con las derrotas del comunismo fuera de Rusia. En Europa la marea revolucionaria había entrado en reflujo, y la Internacional Comunista se hallaba varada. Sus partidos encabezaban sólo a una minoría de la clase obrera europea y no estaban en condiciones de emprender con posibilidad de éxito un ataque frontal contra el orden burgués. Sin embargo, la mayoría de los Partidos Comunistas se negaban a reconocer la derrota y se inclinaban a confiar en su propia fuerza y a seguir efectuando rebeliones y golpes, con la esperanza de que si lo hacían con la suficiente perseverancia, acabarían por arrastrar consigo a la mayoría

69- E. Herriot. La Russie nouvelle, pp. 157-158.

de los trabajadores. La necesidad de una reorientación de la Internacional se había dejado sentir hacía tiempo, y ésta fue la tarea que acometieron conjuntamente Lenin y Trotsky. En relación con la Internacional, actuaron en una asociación estrecha e íntima que, hasta donde puede determinarse, no fue perturbada ni una sola vez por la más leve discordia.[70]

Ni Trotsky ni Lenin habían abandonado su creencia fundamental de que la Revolución de Octubre en Rusia había iniciado una era de revolución proletaria internacional, y Trotsky habría de aferrarse a esta convicción durante las dos décadas siguientes, hasta el fin de su vida. Pero ahora llegó a comprender que la lucha de clases fuera de Rusia era más complicada y prolongada de lo que él y otros se habían imaginado en un principio. Dejó de dar por descontado el resultado de esa lucha, y se decidió a despejar la falsa seguridad que prevalecía en la Internacional acerca de esto y de otras ilusiones "ultraizquiérdistas". Así, en junio de 1921, hizo una vigorosa crítica de aquellos comunistas que sostenían que el advenimiento del socialismo era "inevitable".[71] Semejante creencia en el progreso predeterminado de la sociedad, dijo, se basaba en una interpretación errónea, "mecanicista", del enfoque marxista de la historia.

La humanidad no se ha movido siempre e invariablemente hacia adelante... Ha conocido en su historia largos períodos de estancamiento. Ha conocido recaídas en la barbarie. Ha habido casos... en que la sociedad, después de alcanzar cierto nivel de desarrollo, fue incapaz de mantenerse en ese nivel... La humanidad nunca puede detenerse completamente. Cualquier equilibrio que pueda alcanzar como resultado de las luchas entre las clases y las naciones, es inestable por su propia naturaleza. Una sociedad que no avanza debe retroceder. Una sociedad de la que no emerge ninguna clase capaz de asegurar su progreso, se desintegra. Entonces queda abierto el camino a la barbarie.

Esa había sido la causa principal del colapso de las civilizaciones antiguas: las clases gobernantes de Roma y Grecia habían entrado en decadencia, y las clases explotadas, los esclavos, habían sido inherentemente incapaces de encabezar la acción revolucionaria y la lucha política. Eso constituía una advertencia para nuestra época. La decadencia del orden burgués era innegable. Cierto era que el capitalismo norteamericano seguía siendo una fuerza dinámica y expansiva, aunque incluso en los Estados Unidos el socialismo podría desarrollar los recursos de la nación de manera más racional y con mayores beneficios para la nación que el capitalismo. Pero el capitalismo europeo se hallaba históricamente al término de su

70- Lenin y Trotsky fueron los dos únicos dirigentes bolcheviques elegidos como Presidentes Honorarios en el tercer Congreso de la Internacional. Tretii Vsemirnyi Kongress Kominterna, p. 16.

71- Pyat Let Kominterna, pp. 266-305.

existencia. No desarrollaba en grado importante sus fuerzas productivas, no tenía ningún papel progresista que desempeñar, no podía abrir nuevos horizontes. Si ello no fuera así, toda idea de revolución proletaria en nuestro tiempo sería quijotesca. Pero aunque el capitalismo europeo estaba en decadencia, el orden burgués no había sufrido ni sufriría un colapso por sí mismo. Era necesario derrocarlo, y sólo la clase obrera podía hacer tal cosa mediante la acción revolucionaria. Si la clase obrera fracasaba en esta tarea, entonces la sombría predicción de La decadencia de Occidente de Oswald Spenglcr se convertiría en realidad. La historia enfrentaba a los trabajadores con un reto, como si les dijera: "Debéis saber que si no derrocáis a la burguesía, pereceréis bajo las ruinas de la civilización. ¡Intentad cumplir vuestra tarea!" [72]

Mientras tanto, el capitalismo europeo había resistido los efectos de la guerra mundial y de las crisis de posguerra. Las clases poseedoras de Europa occidental habían aprendido sus lecciones de la Revolución Rusa: no se dejaron tomar por sorpresa como el zarismo, y movilizaron todos sus recursos e ideas estratégicas. La aparición del fascismo -Trotsky dijo esto en 1922, el año de la marcha de Mussolini sobre Roma- era un síntoma de esa movilización; y existía el peligro, añadió, de que "un Mussolini alemán" también pudiera llegar al poder.[73]

Todo esto encerraba un grave presagio para el desarrollo ulterior de la revolución socialista. Todo el desarrollo, con su peculiar secuencia de fases que no habían previsto los marxistas anteriores, podría poner al socialismo en desventaja. La revolución proletaria habría producido los mejores resultados si hubiese ocurrido primero en los Estados Unidos o, como segunda opción, en la Gran Bretaña, sobre un trasfondo de recursos productivos altamente desarrollados. En lugar de eso, la revolución había triunfado en Rusia, donde sólo había encontrado posibilidades limitadas de demostrar sus ventajas. Y se hallaría en una situación más desfavorable aún en los países de Asia y África, más atrasados que Rusia. Esto llevó a Trotsky a hacer el melancólico comentario de que "La historia parece estar desenrollando su madeja desde la otra punta", es decir, desde los países menos maduros.[74]

No dejó de abrigar la esperanza de que "la madeja" todavía pudiera desenrollarse desde la otra punta también, la occidental y europea. Las demoras de la revolución, la movilización de la contrarrevolución, la perspectiva de un estancamiento de la lucha de clases y de la decadencia de la civilización europea, no eran para él cosas inevitables que debieran aceptarse con actitud fatalista, sino peligros contra los que era preciso obrar para evitarlos. Las posibilidades eran todavía abnimadoramente

---

72- Loc. cit.
73- Op cit., p. 563
74- Op. cit., pp. 429-430.

favorables para la revolución, pero mucho dependía de la actitud de los Partidos Comunistas. Éstos tenían el deber de sacar a la sociedad europea del impasse. Tenían que luchar para conquistar el puesto de mando. Y sólo podrían tener éxito si se convertían en partidos militantes y conscientes, versados en la estrategia y las tácticas de la revolución, y se acostumbraban a coordinar sus esfuerzos bajo una estricta disciplina internacional. Estaban condenados a fracasar si no seguían siendo más que una variante radical de los antiguos Partidos Socialdemócratas, si acariciaban ilusiones sobre el parlamentarismo burgués y si se limitaban a trabajar dentro del marco de su respectiva política nacional. Pero con igual seguridad fracasarían si, al reaccionar contra la tradición socialdemócrata, se convertían en sectas estrechas, centradas en sí mismas, rígidas en sus perspectivas y sus tácticas; si se contentaban con boicotear en forma puramente negativa y árida las instituciones de la sociedad burguesa, en lugar de fomentar la idea revolucionaria aun desde dentro de esas mismas instituciones: y si continuaban tratando de tomar por asalto los bastiones del capitalismo sin prestar la debida atención a las circunstancias y al equilibrio de fuerzas.

Los Partidos Comunistas no tenían por delante, de inmediato? oportunidades revolucionarias. Su tarea consistía en reunir fuerzas y en ganarse a la mayoría de los trabajadores, sin cuyo apoyo ninguna revolución podría triunfar jamás.

En unión de Lenin, Trotsky elaboró las tácticas del "frente unido",[75] cuya esencia era la siguiente: los Partidos Comunistas, todavía demasiado débiles para derrocar el orden establecido, debían ser los participantes más activos en las luchas cotidianas de los trabajadores por mejores salarios, jomadas de trabajo más cortas y libertades democráticas. No debían cambiar la idea del socialismo por las bagatelas del sindicalismo y la reforma parlamentaría, sino llevar a la lucha por las "demandas parciales" su propio espíritu y propósito revolucionarios. Debían hacer comprender a los trabajadores cuán deleznables eran todas las conquistas que podían lograr bajo el capitalismo, y movilizarlos así, incluso a través de la lucha por tales conquistas, para la batalla final. Los social demócratas dirigían la lucha por las "demandas parciales" en tal forma que constreñían la energía militante de los trabajadores dentro del marco del capitalismo, y utilizaban la reforma como una desviación de la revolución. Los comunistas, por el contrario, debían utilizarla como el trampolín de la revolución.

Pero, puesto que los comunistas tenían que luchar por conquistas parciales y por reformas, compartían cierto terreno común, por reducido que fuese, con los

75- Trotsky presentó el "Informe sobre la Crisis Mundial y las Tareas de la Internacienal" en la segunda sesión del Congreso, el 23 de junio de 1921. Rádek presentó el "Informe sobre las Tácticas", en lugar de Zinóviev, quien se inclinaba a la oposición de "ultraizquierda". Tretii Vsemirnyi Kongress Kominterna.

socialdemócratas y los sindicalistas moderados, y con ellos debían coordinar su acción dentro de un frente unido. Esto debería eliminar cuando menos una consecuencia peligrosa de la fundamental e irremediable escisión entre el reformismo y el comunismo: debería superar la división de la clase obrera e impedir la dispersión de sus energías. Si bien marcharían separados, los comunistas y los reformistas golpearían conjuntamente a la burguesía dondequiera que fueran amenazados por ella o pudieran arrancarle concesiones. La acción común debería extenderse a los parlamentos y las elecciones, en las que los comunistas deberían estar dispuestos a apoyar a los socialdemócratas. Pero el principal campo de lucha del frente unido se hallaba fuera de los parlamentos: en los sindicatos, en la industria y "en la calle". Los comunistas tenían que perseguir un doble objetivo: tratar de asegurar el éxito inmediato del frente unido y al mismo tiempo hacer valer su propio punto de vista dentro del frente unido, a fin de alejar a los trabajadores socialdemócratas de los hábitos mentales reformistas y de desarrollar en ellos una conciencia revolucionaria.

Lenin había expuesto esas ideas desde 1920, en El "izquierdismo": enfermedad infantil del comunismo, donde analizó el daño que le hacían al comunismo los sectarios ultrarradicales incapaces de razonar. La necesidad de un rechazo firme y formal del "ultrarradicalismo" se hizo urgente después del levantamiento de marzo de 1921 en Alemania. Fue entonces cuando Lenin presentó proposiciones sobre la nueva política ante el Ejecutivo de la Internacional, tropezando con la fuerte oposición de Zinóviev. Bujarin, Bela Kun y otros. Por un momento pareció que los ultrarradicales impondrían su punto de vista. No fue sino después de animados debates, en el transcurso de los cuales Lenin y Trotsky se enfrentaron conjuntamente a la oposición que el Ejecutivo decidió autorizar la política de "agrupar fuerzas" e instruyó tanto a Lenin como a Trotsky a que la expusieran en el próximo Congreso de la Internacional.[76]

En el Congreso, celebrado en julio de 1921, los ultrarradicales dieron la batalla.

76- Alfred Rosmer ofrece una descripción informativa de esos días en Moscou sous Lénine, pp. 172-188. Rádek, Pyat Let Kominterna, vol. II, prefacio. En el Ejecutivo, Lenin pronunció un discuro en el que declaró su plena solidaridad con Trotsky y atacó enérgicamente a Bela Kun, el portavoz de la ultraizquicrda, describiendo repetidas veces a Kun como un "necio". El texto completo del discurso, que yo leí hace muchos años, no estaba a mi disposición cuando escribí el presente libro. Trotsky publicó algunos extractos del mismo en su Bulleten Oppozitsü (diciembre de 1932). Lenin dijo: "He venido aquí para protestar contra el discurso de Belan Kun, quien se manifestó en contra del camarada Trotsky en lugar de defenderlo, que fue lo que debió haber hecho si hubiese deseado actuar como un auténtico marxista... El camarada Trotsky tenía mil veces la razón... He considerado mi deber apoyar, en todas sus partes esenciales, todo lo que el camarada Trotsky ha dicho..." Lenin también apoyó a Trotsky contra Cachin y Frossard, que representaban en el Congreso al ala de extrema derecha. (Ibid.)

Ellos ejercían una fuerte influencia sobre los partidos de Alemania, Italia y Holanda, y derivaban su fuerza de una poderosa corriente emotiva en toda la Internacional. Los Partidos Comunistas habían nacido en medio de una lucha desesperada contra los jefes de los viejos Partidos Socialistas. a quienes imputaban haber apoyado la "matanza imperialista" de 1914-18, la subsiguiente represión de la revolución en Europa, el asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y una actitud ambigua frente a la intervención europea en Rusia. No en balde muchos comunistas se sintieron sorprendidos e indignados cuando escucharon ahora a Lenin y Trotsky exhortarlos a reconocer la derrota, aunque fuera provisionalmente, y a cooperar con los odiados "social-imperialistas" y "social-traidores". Esto, para los ultrarradicales. significaba la capitulación e incluso la traición.

En el Congreso, al igual que anteriormente en el Ejecutivo, Trotsky y Lenin tuvieron que utilizar todo su prestigio y su elocuencia para impedir el triunfo de la oposición: llegaron incluso a amenazar con dividir a la Internacional si ésta apoyaba a los ultrarradicales.

El Congreso votó en favor de la nueva política. Pero lo hizo con reservas mentales y sin una clara comprensión de las cuestiones en disputa. Lenin y Trotsky habían asignado a los Partidos Comunistas la doble tarea de luchar hombro con hombro con los reformistas contra la burguesía y de ganar para sí la influencia que los reformistas ejercían sobre la clase obrera. La idea del frente unido encarnaba toda la experiencia táctica de los bolcheviques, que habían luchado efectivamente contra el zarismo en primer lugar, después contra los "cadetes" y después contra Kornílov, en una especie de frente unido con los mencheviques y los social-revolucionarios, hasta que por último predominaron sobre éstos también. El éxito de los bolcheviques no se había logrado exclusivamente gracias a la habilidad de sus dirigentes, sino al colapso de todo un orden social y al subsiguiente desplazamiento de la derecha a la izquierda que es típica de toda revolución clásica. ¿Podría tal táctica, aun cuando fuera la única realista desde el punto de vista comunista, aplicarse fuera de Rusia con similares posibilidades de éxito? En Europa el viejo orden había recobrado cierto grado de estabilidad que producía un confuso pero perceptible desplazamiento de la izquierda a la derecha. Esto por sí solo tendía a asegurar el predominio de los reformistas dentro de cualquier frente unido. Tampoco había, por otra parte, entre los comunistas europeos un solo dirigente con una maestría táctica comparable a la de Lenin o a la de Trotsky. Y así los comunistas europeos resultaron incapaces de aplicar el frente unido en sus dos aspectos. Algunos tomaron muy en serio su deber de cooperar con los socialdemócratas con la mayor sinceridad. Otros deseaban, sobre todo, desprestigiar a los socialdemócratas. Algunos veían el frente unido como un esfuerzo serio por unificar a la clase obrera en la lucha por las demandas parciales. Otros lo veían como un simple truco de astucia. Otros más oscilaban

entre las opiniones contrarias. Y así la Internacional empezó a dividirse en alas de derecha y de izquierda y en grupos intermedios y extremos, los "centristas" y los "ultraizquierdistas".

En el Congreso, Trotsky y Lenin lucharon principalmente contra la oposición de los ultrarradicales, de suerte que en algunos momentos parecieron alentar al ala derecha. Trotsky, en particular, habló cáustica y desdeñosamente sobre los ultrarradicales como, por ejemplo, Arkadi Máslov y Ruth Fischer, los jefes de la organización comunista de Berlín, describiéndolos como gente de cabeza hueca que se dejaba arrastrar por las emociones y de la que se podía esperar una caída en el oportunismo más carente de principios.[77] Todos los elementos moderados del Congreso lo aplaudieron con entusiasmo, y el 'aplauso se convirtió en ovación cuando, en nombre de la mayoría de los delegados, Klara Zetkin, la famosa veterana del comunismo alemán, le rindió un solemne y conmovedor homenaje.[78]

En el siguiente Congreso, el cuarto, Lenin, ya enfermo, sólo habló brevemente y con gran dificultad; y Trotsky ocupó el primer plano como principal exponente de la estrategia y la táctica de la Internacional. Abogó una vez más por el frente unido. Fue un paso más lejos e instó a los Partidos Comunistas a que apoyaran, bajo ciertas condiciones, a los gobiernos socialdemócratas e incluso bajo circunstancias especiales, en situaciones prerrevolucionarias, cuando tales coaliciones pudieran allanarle el camino a la dictadura proletaria- a que participaran en tales gobiernos. [79] La oposición se sintió indignada. Desde el primer día de su existencia, la Internacional había declarado, como axioma de su política, que ningún Partido Comunista debía entrar jamás en ningún gobierno de coalición: su tarea consistía en destruir el aparato estatal burgués, no en tratar de capturarlo desde adentro. Sin embargo, el Congreso aceptó la innovación táctica, y los Partidos Comunistas recibieron instrucciones de aprovechar las oportunidades de formar coaliciones gubernamentales con los socialdemócratas. Esta decisión hubo de cobrar una importancia decisiva en la crisis del comunismo alemán en el otoño de 1923.

Tales fueron los esfuerzos tácticos por medio de los cuales Trotsky (y Lenin) trataron todavía de "desenrollar la madeja de la revolución" desde su punta "apropiada", la europea.

Durante todo el verano de 1922 los desacuerdos en el Politburó sobre los problemas internos del país se prolongaron sin que se llegara a una conclusión. La disensión entre Lenin y Trotsky persistió. El 11 de septiembre, desde su retiro en Gorki, en las afueras de Moscú, Lenin se comunicó con Stalin y le pidió que

---

77- Trotsky, Pyat Let Kominterna, pp. 228 sigs.

78- Tretii Vsemirnyi Kongress Kominterna, p. 58.

79- Véase el informe de Trotsky sobre el cuarto Congreso en su Pyat Let Kominterna.

presentara una vez más en el Politburó, y con la mayor urgencia, una moción proponiendo el nombramiento de Trotsky como vice-Primer Ministro. Stalin dio a conocer la moción por teléfono, a los miembros y miembros suplentes del Politburó que se hallaban en Moscú. Él mismo y Ríkov votaron a favor de la proposición; Kalinin declaró que no tenía objeción, y Tomsky y Kámenev se abstuvieron. Nadie votó en contra. Trotsky declinó una vez más el nombramiento.[80] Como Lenin había insistido en que la elección era urgente porque Ríkov estaba a punto de abandonar sus funciones en uso de licencia, Trotsky replicó que él también saldría de vacaciones dentro de poco y que, de todos modos, estaba muy ocupado con los trabajos relativos al próximo Congreso de la Internacional. Sus excusas carecían de pertinencia porque Lenin no había pensado en el nombramiento como una medida encaminada sólo a cubrir una vacante en la temporada de vacaciones. Sin esperar la decisión del Politburó, Trotsky salió de Moscú. El 14 de septiembre el Politburó se reunió y Stalin presentó una moción sumamente perjuidicial para Trotsky. La resolución, en efecto, lo censuraba por abandono del deber.[81] Las circunstancias del caso indican que Lenin debe de haber instado a Stalin a formular esta resolución o que Stalin contaba cuando menos con su consentimiento para ello.

Menos de un mes más tarde un acontecimiento inesperado puso fin al pugilato entre Lenin y Trotsky. A comienzos de octubre, el Comité Central adoptó ciertas decisiones relativas al monopolio del comercio exterior. El gobierno soviético se había reservado el derecho exclusivo de comerciar con otros países y había centralizado todas las transacciones comerciales con el extranjero. Esta era una medida decisiva de "proteccionismo socialista" -el término fue acuñado por Trotsky [82]- concebido para defender a la débil economía soviética de las presiones hostiles y las fluctuaciones imprevisibles del mercado mundial. El monopolio también impedía que las empresas privadas extendieran su actividad al comercio exterior, exportando bienes esenciales, importando otros superfinos y alterando más aún el equilibrio económico del país. Las nuevas decisiones del Comité Central, tomadas en ausencia de Trotsky y Lenin, no llegaban al extremo de admitir que las empresas privadas participaran en el comercio exterior, pero sí debilitaban el control central sobre las agencias comerciales soviéticas en el extranjero. Esto habría hecho posible que las empresas estatales individuales que operaban en los mercados extranjeros actuaran independientemente, atendiendo sobre todo a sus intereses seccionales y abriendo así una brecha en el "proteccionismo socialista". Con el tiempo, las empresas privadas también habrían utilizado la brecha en su provecho.[83]

80- The Trotsky Archives.
81- Ibid.
82- Preobrazhensky, op. cit., p. 79.

Lenin se opuso de inmediato a la decisión, describiéndola como una grave amenaza a la economía soviética. Lenin se sintió alarmado, irritado... y paralizado. En breves momentos, robados a la vigilancia de sus médicos y enfermeras, dictó notas y memorándums, protestas y exhortaciones, pero no pudo intervenir personalmente ante el Comité Central. Entonces, para su alivio, se enteró de que Trotsky tenía una opinión idéntica a la suya. Durante casi dos meses el problema quedó sin solución. El 13 de diciembre Lenin escribió a Trotsky: "Le suplico encarecidamente que se encargue de defender en la próxima sesión plenaria (del Comité Central) nuestra opinión común sobre la imperiosa necesidad de mantener y reforzar el monopolio del comercio exterior." Trotsky aceptó el encargo inmediatamente. Pero, dado que ya les había advertido en varias ocasiones a Lenin y al Politburó que su política estimulaba a la administración a someterse pasivamente a las fuerzas no controladas en la economía de mercado, señaló que la más reciente decisión del Comité Central demostraba que sus advertencias habían sido justificadas. Una vez más sostuvo la necesidad de coordinar y planificar y de conferirle amplios poderes a la Gosplan. Lenin todavía trató de dejar a un lado la cuestión de la Gosplan y le encareció a Trotsky que se concentrara en el monopolio del comercio. ''Creo que hemos llegado a un acuerdo total", volvió a escribirle, "y le pido a usted que dé a conocer nuestra solidaridad en la sesión plenaria". En caso de ser derrotados en la votación, Trotsky debería anunciar que ambos utilizarían todos los recursos para anular la votación: ambos atacarían al Comité Central en público.[84]

No hubo necesidad de recurrir a una acción tan drástica. Contrariamente a lo que temía Lenin, cuando el Comité Central revisó el asunto durante la segunda mitad de diciembre, Trotsky lo convenció con facilidad de que revocara su decisión. Lenin se entusiasmó. "Hemos tomado la posición sin disparar un tiro, comentó en una nota que le envió a Trotsky "con permiso del Profesor Forster".[85] "Propongo que no detengamos el ataque, sino que lo continuemos..." [86]

83- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 338-340.

84- Véanse la correspondencia entre Lenin y Trotsky del 12-27 de diciembre de 1922 en The Trotsky Archives, y Trotsky, The Stalin School of Falsificaron, pp 58-63.

85- Profesor Forster era uno de los médicos de Lenin.

86- Escribí los dos primeros capítulos del presente libro en 1954, basando la documentación, en gran medida, en The Trotsky Archives. No fue sino dos años más tarde, después de las revelaciones de Jruschov en el vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético, cuando algunos de estos importantes documentos se publicaron por primera vez en Moscú: y de entonces acá han sido incluidos en un volumen especial (vol. XXXVI) añadido a la cuarta edición de las Obras de Lenin. Al comparar los textos, no he tenido necesidad de alterar una sola coma en las citas tomadas de The Trotsky Archives. Todavía, sin embargo, no se ha publicado más que una fracción de la correspondencia de Lenin contenida en los Archives, por no mencionar otros documentos.

El incidente produjo entre los dos hombres un acercamiento mayor que el que había existido hacía algún tiempo. En los días siguientes Lenin reflexionó nuevamente sobre las críticas que Trotsky había hecho a la política económica durante los dos últimos años. Comunicó el resultado de sus reflexiones al Politburó en una carta fechada el 27 de diciembre:

Parece ser que el camarada Trotsky presentó esta idea (sobre las prerrogativas de la Gosplan) hace mucho tiempo. Yo me opuse... pero, después de reconsiderarla detenidamente, veo que se trata de una idea esencial y sensata: la Gosplan, en efecto, está un tanto apartado de nuestras instituciones legislativas... aunque ella posee la mejor información posible para hacer juicios correctos sobre las cuestiones (económicas).. En lo que a esto atañe, creo que se puede y se debe llegar a un entendido con el camarada Trotsky...[87]

Lenin comprendía que esta nota contrariaría a algunos miembros del Politburó: de ahí el tono de disculpa que se advierte en ella. El Politburó se sintió, en efecto, incomodado por la súbita conversión de Lenin y, pese a las profecias de Trotsky. resolvió no publicar las observaciones de Lenin.[88]

En las últimas semanas y días del año, Lenin se esforzó considerablemente por "llegar a un entendimiento con el camarada Trotsky" sobre otras cuestiones que los habían distanciado. A comienzos de diciembre instó una vez más a Trotsky a que aceptara el puesto de vice-Primer Ministro.[89] Esta vez lo hizo en una conversación privada, no en medio de las formalidades oficiales del Politburó. El problema de la sucesión era ya una de sus principales preocupaciones: poco después habría de escribir su testamento. Pero no le dio ninguna indicación de esto a Trotsky. En lugar de ello habló en un tono de grave ansiedad sobre los abusos del poder que veía hacerse cada vez peores y sobre la necesidad de frenarlos. Trotsky, en esta ocasión, no rechazó la oferta de plano. Repitió que una campaña contra los abusos burocráticos en el gobierno tendría poco o ningún resultado mientras tales abusos se toleraran en los organismos dirigentes del Partido. Lenin replicó que él estaba dispuesto a formar un "bloque" con Trotsky, es decir, a actuar conjuntamente contra la burocracia tanto en el Partido como en el Estado. Ninguno de los dos tuvo necesidad de mencionar nombres, y tampoco tuvieron tiempo de continuar

87- The Trotsky Archives; Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXVI, pp. 548-549. Lenin, de hecho, aceptó completamente la idea básica de Trotsky, pero no su imputación de incompetencia contra Kzhizhanovsky como jefe de la Gosplan.
88- The Trotsky Archives. Stalin observó evasivamente: "Supongo que no hay necesidad de publicar esto, especialmente en vísta de que no tenemos la autorización de Lenin."
89- Trotsky, Mi vida, tomo II, pp. 314-316.

las conversaciones y de formular algún plan de acción. Pocos días después Lenin sufrió otro ataque de su enfermedad.

En su última conversación, Lenin no le dio a Trotsky ninguna indicación de que estaba reflexionando nuevamente sobre otra cuestión acerca de la cual habían disentido: la política de Stalin en Georgia. También en relación con esto Lenin iba por fin a "llegar a un entendido con el camarada Trotsky". Estaba en la actitud de un hombre que, con un pie en la tumba, contempla retrospectivamente y con inquietud la obra de su vida y cobra una aguda conciencia de sus fallas. Unos meses antes, en el undécimo Congreso, dijo que a menudo había tenido la extraña sensación que experimenta el conductor de un vehículo cuando advierte que éste no se mueve en la dirección que él quiere imponerle. Fuerzas poderosas desviaban al Estado soviético de su rumbo correcto: el semibárbaro individualismo campesino de Rusia, la presión del mundo capitalista y, sobre todo, las arraigadas tradiciones autóctonas del gobierno absolutista incivilizado.[90] Después de cada período de enfermedad, cuando volvía a observar de nuevo los movimientos del aparato estatal, la alarma de Lenin se intensificaba; y con patética determinación luchaba para tomar el timón en sus manos paralizadas.

El vehículo, descubrió, se había metido en el surco -¡ay, tan conocido!- del chovinismo gran ruso. Durante la segunda mitad de diciembre Lenin reexaminó las circunstancias del conflicto con los bolcheviques georgianos, el conflicto en que él había tomado partido por Stalin. Recogió, depuró y cotejó cuidadosamente los datos. Se enteró de la brutalidad con que Stalin y Ordzhonikidze, el subordinado de Stalin, se habían comportado en Tiflis; descubrió que las acusaciones de que hacían objeto a los "desviacionistas" georgianos eran falsas, y se enfadó consigo mismo por haberle permitido a Stalin abusar de su confianza y oscurecer su criterio.

En ese estado de ánimo, el 23 y el 25 de diciembre, Lenin dictó la carta a sus seguidores que hubo de convertirse, en efecto, en su última voluntad y testamento. Se propuso ofrecerle orientación al Partido acerca de quienes, con el tiempo, serían llamados a dirigirlo. Caracterizó brevemente a los hombres que formaban el equipo dirigente, de modo que el Partido supiera cuáles, en su opinión, eran los méritos y los defectos de cada uno. Refrenó su emoción y pesó sus palabras de suerte que éstas expresaron un juicio basado en la observación de muchos años y no una opinión formada bajo el apremio del momento.

El Partido, escribió, debía cuidarse del peligro de una escisión en la que Stalin y Trotsky, "los dos dirigentes más eminentes del actual Comité Central", se enfrentarían como los principales adversarios. El antagonismo entre los dos hombres no reflejaba aún ningún conflicto fundamental de intereses de clase o

90- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 235-276.

de principios: todavía, sugería Lenin, no era más que un choque de personalidades. Trotsky era "el más capacitado" de todos los dirigentes del Partido, pero adolecía de una "excesiva confianza en sí mismo", de una "propensión a dejarse atraer demasiado por los aspectos puramente administrativos de los problemas" y de una inclinación a oponerse de manera individualista al Comité Central. En un dirigente bolchevique, éstos eran, por supuesto, defectos importantes que afectaban su capacidad para trabajar en equipo y su criterio. Con todo, añadía Lenin, el Partido no debía echarle en cara a Trotsky sus desavenencias prerrevolucionarías con el bolchevismo. El consejo implicaba que las desavenencias habían sido superadas hacía mucho, pero Lenin estaba consciente de que ésa no era necesariamente la opinión de sus discípulos.

Sobre Stalin dijo sólo lo siguiente: "Al convertirse en Secretario General, Stalin ha concentrado en sus manos un poder inmensurable; y yo no estoy seguro de que siempre sepa cómo utilizar ese poder con suficiente cautela." La advertencia era sugestiva, pero no concluyente. Lenin se abstuvo de ofrecer consejos explícitos y de enunciar preferencias personales. Pareció subrayar un tanto más los defectos de Trotsky que los de Stalin, aunque sólo fuera porque se ocupaba más detenidamente de las cualidades de Trotsky. Pronto, sin embargo, reconsideró su posición; y el 4 de enero de 1923 escribió la breve y trascendental posdata en que afirmaba que la rudeza de Stalin ya se "estaba haciendo intolerable en el puesto de Secretario General" y aconsejaba a sus seguidores a que "retiraran a Stalin" de ese puesto y nombraran en su lugar a "otro hombre... más paciente, más leal, más afable y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc." Si no se tomaba esta medida, el conflicto entre Stalin y Trotsky se haría más enconado, con consecuencias peligrosas para el Partido en su conjunto.[91] Lenin no abrigaba dudas de que su consejo de "retirar" a Stalin sólo podría colocar a Trotsky en la jefatura.

Las implicaciones del testamento, y aun de la posdata, no dan una idea completa de la fuerza de la nueva furia de Lenin contra Stalin y de su firme decisión de desprestigiarlo de una vez por todas. Fue entre el 25 de diciembre y el lo. de enero cuando Lenin llegó a esta decisión. El Congreso de los Soviets en el que Stalin proclamó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en lugar de la Federación establecida bajo la Constitución de 1918. se acababa de reunir.[92] Después de haber apoyado este cambio constitucional, Lenin sospechó ahora que el mismo anularía completamente la autonomía de las Repúblicas no rusas y restablecería en efecto la Rusia "una e indivisible". Se formó la opinión de que Stalin había utilizado la necesidad de un gobierno centralizado para ocultar la opresión de las pequeñas

91- -Lenin, Obras, (ed. rusa), vol XXXVI, pp. 545-546.
92- Stalin, Obras, vol. 5, p. 166.

nacionalidades. La sospecha se convirtió en certeza cuando Lenin llegó a una nueva comprensión del carácter de Stalin: rudo, taimado y falso. El 30 de diciembre, burlando una vez más a sus médicos y a su salud, Lenin empezó a dictar una serie de notas sobre la política que debería seguirse respecto a las pequeñas naciones. Este fue en efecto su último mensaje sobre el asunto, y estaba lleno de un sincero y apasionado remordimiento y de una santa ira.[93]

Escribió que se sentía "profundamente culpable ante los trabajadores de Rusia por no haber intervenido de manera suficientemente vigorosa y drástica en lo tocante a este notorio asunto..." Su enfermedad le había impedido hacerlo, aun cuando sí le había confiado sus temores y sus dudas a Zinóviev. Pero sólo ahora, después de haber escuchado el informe de Dzerzhinsky sobre Georgia, había visto con toda claridad "en qué especie de pantano" se había metido el Partido. Todo lo que había sucedido en Georgia y otros lugares pretendía justificarse a base de que el gobierno debía poseer una sola maquinaria o "aparato" administrativo integrado. "¿De dónde proceden tales afirmaciones?", preguntaba Lenin. "¿No proceden de ese mismo aparato ruso... (que hemos) tomado prestado del zarismo y al que sólo hemos cubierto con un barniz soviético?" Para las pequeñas naciones, "el derecho a separarse" de la Unión se estaba convirtiendo en una promesa vana. Las pequeñas naciones estaban expuestas en realidad a "la irrupción de ese auténtico ruso que es el chovinista gran ruso, esencialmente tan bribón y tan opresor como el típico burócrata ruso". Ya era tiempo de defender a las nacionalidades no rusas de ese "dzerzhymorda (el gran matón de la sátira de Gogol) verdaderamente ruso... La irreflexión del celo administrativo y la ojeriza de Stalin han desempeñado un papel fatal. Me temo que Dzerzhinski también... se ha distinguido por su actitud verdaderamente rusa (es bien sabido que los extranjeros rusificados son siempre mucho más rusos que los mismos rusos)."

La víspera de Año Nuevo Lenin continuó:

...el internacionalismo por parte de una... llamada gran nación (grande sólo por sus actos de opresión, grande sólo en el sentido en que el matón puede alegar grandeza), el internacionalismo, digo, por parte de tal nación no debe consistir en el simple respeto a la igualdad entre las naciones. Es necesario crear una (verdadera) igualdad que reduzca... la desigualdad real que se produce en la vida. El georgiano que trata este aspecto del asunto con desprecio y acusa a otros de ser "socialchovinistas" (ese georgiano que no es tan sólo un auténtico social-chovinista él mismo, sino un rudo y brutal matón al servicio de una Gran Potencia), ese georgiano está obrando contra los intereses de la solidaridad de clase proletaria... Nada perjudica tanto

---

93- -Lenin, op. cit.. pp. 553-559. Véanse también las memorias de L. A. Fotieva publicadas en Voprosy Istorii KPSS, núm. 4, 1957.

el desarrollo y la consolidación de esa solidaridad como la injusticia contra las pequeñas nacionalidades... Por eso es preferible pecar por exceso y no por falta de conciliación y benignidad frente a las minorías nacionales.

Los derechos de los georgianos, ucranianos y otras nacionalidades eran más importantes que la necesidad de la centralización administrativa que Stalin invocaba para justificar "una actitud cuasi-imperialista frente a las nacionalidades oprimidas". Si fuera necesario, concluía Lenin, la nueva Constitución auspiciada por Stalin, junto con la nueva organización centralista del gobierno, tendría que ser desechada del todo.

Después de expresarse con tanta angustia y con tan despiadada franqueza, Lenin aparentemente se propuso reflexionar más sobre el asunto y considerar qué medidas convenía tomar. Durante más de dos meses no le comunicó sus notas a ningún miembro del Politburó.

La transformación en la actitud de Lenin, que lo llevó a trastrocar tantas de sus líneas políticas fundamentales, puede parecer más sorprendente y súbita aún que en cambio que se había producido en Trotsky en 1921 y 1922

Aquélla también era el resultado del intenso conflicto entre el sueño y el poder de la revolución, conflicto que tenía lugar en la mente de Lenin, y no sólo en ella. En su sueño, el partido bolchevique veíase a sí mismo como un cuerpo disciplinado, y sin embargo interiormente libre y dedicado, de revolucionarios inmunes a la corrupción por el poder. Considerábase comprometido a observar la democracia proletaria y a respetar la libertad de las pequeñas naciones, pues sin ello no podía haber ningún avance genuino hacia el socialismo. En sus esfuerzos por convertir su sueño en realidad, los bolcheviques habían erigido un inmenso y centralizado aparato de poder al que habían ido cediendo gradualmente una porción cada vez mayor de su sueño: la democracia proletaria, los derechos de las pequeñas naciones y, finalmente, su propia libertad. Los bolcheviques no podían prescindir del poder si querían luchar por la realización de sus ideales; pero ahora su poder venía a oprimir y a eclipsar sus ideales. Así surgieron los dilemas más graves, y también una profunda escisión entre quienes se aferraban al sueño y quienes se aferraban al poder.

La escisión no estaba perfectamente delineada porque el sueño y el poder eran hasta cierto punto inseparables. Fue su lealtad a la revolución lo que llevó a los bolcheviques a organizar y poner en marcha su aparato de poder, que ahora funcionaba de acuerdo con sus propias leyes y por su propio impulso y les exigía a todos ellos su lealtad. En consecuencia, quienes se aferraban al sueño no se inclinaban en modo alguno a destruir el aparato del poder, y quienes se identificaban con el poder no abandonaban completamente el sueño. Los mismos hombres que en un momento defendían un aspecto del bolchevismo, corrían en el siguiente

momento a abrazar su aspecto opuesto. Nadie, en 1920-21, había ido más lejos que Trotsky en la exigencia de que todo interés y aspiración estuvieran totalmente subordinados a la "dictadura férrea". Ello no obstante, él fue el primero de los jefes bolcheviques que se volvió contra el aparato de esa dictadura cuando éste empezó a devorar al sueño. Cuando a continuación Trotsky se vio envuelto en la lucha por la sucesión de Lenin, muchos de quienes lo escucharon invocar los ideales de la revolución dudaron de su sinceridad y se preguntaron si no los estaría usando sólo como pretextos en la contienda por el poder. Lenin estaba exento de tal sospecha. Él era el jefe incontestable del Partido, y no tenía ni podía haber tenido ningún motivo ulterior cuando, en las últimas semanas de su actividad, confesó con un sentimiento de culpa que no había opuesto la suficiente resistencia a la nueva opresión de los débiles por los fuertes, y cuando usó su última onza de energía para asestarle un golpe al supercentralizado aparato del poder. Invocó el propósito de la revolución por lo que éste en sí mismo representaba, movido por una devoción profunda -desinteresada y llena de remordimientos- a ese propósito. Y cuando al final, agonizando y con la mente encendida, se movió para rescatar a la revolución de la carga que la abrumaba, fue a Trotsky a quien se volvió en busca de un aliado.

CAPÍTULO II

EL ANATEMA

Desde el comienzo de la guerra civil el Politburó obró como el cerebro y la suprema autoridad del Partido, aunque los estatutos de este no estipulaban ni siquiera su existencia. Los Congresos anuales sólo elegían un Comité Central al que se conferían los poderes más amplios para trazar las líneas políticas y manejar la organización, y el cual debía rendir cuentas al siguiente Congreso. En un principio, el Politburó sólo tomó decisiones sobre asuntos urgentes que se presentaban durante los intervalos semanales o quincenales entre las sesiones del Comité Central. Después, a medida que se amplió la variedad de asuntos que el Comité Central tenía que considerar, incluida una cantidad cada vez mayor de problemas gubernamem tales, y a medida que los miembros del Comité se vieron más y más absorbidos por las múltiples responsabilidades administrativas y tuvieron que ausentarse con frecuencia de Moscú, el Comité Central fue delegando gradual e informalmente algunas de sus prerrogativas en el Politburó. El Comité Central estuvo compuesto, en un tiempo, por una docena de miembros poco más o menos: pero después se hizo demasiado grande y complicado para poder trabajar efectivamente. En 1922 se reunió sólo una vez en dos meses, en tanto que los miembros del Politburó trabajaban en íntimo contacto cotidiano. En su labor, se adherían estrictamente al procedimiento democrático. Cuando las diferencias de opinión eran marcadas, adoptaban una decisión por simple mayoría. Fue dentro de esta estructura, como *primus Ínter pares*, que Lenin ejerció el poder supremo.[1]

Desde diciembre de 1922 el problema de la sucesión de Lenin fue la principal preocupación del Politburó. En principio, no obstante, el problema ni siquiera podía existir. Con o sin Lenin, se suponía que era el Politburó como organismo (y a través de él el Comité Central), quien gobernaba al Partido; y la voluntad del Politburó era la voluntad de su mayoría. El problema, pues, no consistía en quién sucedería a Lenin, sino en cómo se formarían los alineamientos en el Politburó sin Lenin y qué clase de mayoría se formaría para proporcionar una dirección estable. La estabilidad de la dirección se había fundado, en parte cuando menos, en la indiscutida autoridad de Lenin y en su capacidad de persuasión y habilidad táctica, que por lo general le permitían lograr una mayoría de votos en favor de sus proposiciones sobre cada una de las cuestiones que se iban planteando. Lenin no tuvo necesidad de formar, para este fin, ninguna facción especial propia en el seno del Politburó. El cambio que ocurrió en diciembre de 1922 o en enero de

1- KPSS v Rezolutsiaj, vol. I, pp. 525, 576-577, 657-658.

1923, cuando Lenin finalmente dejó de participar en las labores del Politburó, fue la creación de una facción especial cuyo único propósito era evitar que Trotsky lograra una mayoría que le permitiera ocupar el lugar de Lenin. Esa facción fue el triunvirato de Stalin, Zinóviev y Kámenev.

Los motivos que llevaron a Stalin a enfrentarse a Trotsky son bien claros. El antagonismo entre ambos databa de las primeras batallas de Tsaritsin en 1918;[2] y, más recientemente, las lacerantes críticas de Trotsky al Comisario de la Rabkrin y al Secretario General lo habían exacerbado. En diciembre de 1922 o en enero del año siguiente, Stalin no podía haber estado enterado del "bloque" que Lenin y Trotsky organizaban contra él, de la decisión que había tomado Lenin para sacarlo de la Secretaría General ni del ataque que éste preparaba contra su política en Georgia y su "chovinismo gran ruso". Pero intuyó el peligro.[3] Vio a Lenin y Trotsky actuando al unísono en lo tocante al monopolio del comercio y después a la Gosplan. Escuchó a Lenin tronar contra el desgobierno burocrático; y probablemente supo por Zinóviev que Lenin estaba preocupado por los acontecimientos en Georgia. Como Secretario General, Stalin había adquirido ya un poder enorme: la Secretaría General (y el Buró de Organización) había tomado en sus manos la mayor parte de las funciones ejecutivas del Politburó y le había dejado a éste las decisiones sobre alta política. Nominalmente, sin embargo, el Politburó ejercía control sobre la Secretaría y el Orgburó, y podía prolongar o negarse a prolongar la permanencia de Stalin en el cargo de Secretario General. Stalin estaba convencido de que no tenía nada bueno que esperar de un Politburó dominado por Trotsky. En aquel momento sólo deseaba conservar la influencia que había adquirido, más bien que ocupar el lugar de Lenin. Estaba consciente de que el Partido sólo veía en él al supremo técnico y manipulador de su aparato, pero no a un creador de línea política y exponente del marxismo, como era de esperarse que fuera el sucesor de Lenin. No cabe duda de que la ambición de Stalin resentía esa falta de apreciación, pero su cautela lo inducía a tomarla en cuenta.

Después de Lenin y Trotsky, Zinóviev era con mucho el miembro más popular del Politburó. Era Presidente de la Internacional Comunista, y en aquellos años, cuando el Partido ruso todavía no usaba a la Internacional como un simple instrumento, sino que se consideraba sometido a su autoridad moral, la Presidencia de la Internacional era la posición más elevada que podía ocupar cualquier bolchevique. Zinóviev era también el jefe de la Comuna del Norte, el Soviet de Petrogrado. Era un agitador y orador de tremenda fuerza, y se mantenía casi constantemente ante los ojos del Partido como uno de los gigantes de la revolución,

---

2- El profeta armado, pp. 388-391.

3- Véase Fotieva, "Iz Vospominanii o Lenine" en Voprosy Istorii KPSS, núm. 4, 1957

como encarnación viviente de la virtud bolchevique, indomable e implacable. Esta imagen popular de su personalidad no correspondía a su verdadero carácter, que era complejo y vacilante. Su temperamento oscilaba entre erupciones de energía febril y períodos de apatía, entre arranques de seguridad en sí mismo y crisis de depresión. Generalmente se sentía atraído por ideas y líneas políticas audaces que exigían el mayor coraje y firmeza para su realización. Su voluntad, sin embargo, era de naturaleza débil, vacilante y aun cobarde.[4] Era un maestro para recoger las ideas de Lenin y para servirle a éste de estentóreo y tempestuoso portavoz: pero carecía de una mente vigorosa propia. Era capaz de abrigar los sentimientos más elevados. En sus mejores momentos, en su vena idealista, impresionaba a sus oyentes con tal fuerza que en un solo discurso de tres horas y pronunciado en un idioma extraño, polemizando contra los exponentes más autorizados y brillantes del socialismo europeo, convenció a un dividido y titubeante Congreso del Partido Socialista Independiente Alemán a que se afiliara a la Internacional Comunista.[5] Su influjo sobre la imaginación de las multitudes rusas fue descrita por testigos presenciales como "demoníaca".[6] Ello no obstante, podía descender en un instante de los sentimientos más elevados a los ardides más mezquinos y a las más vulgares bromas demagógicas. Durante los muchos años que pasó junto a Lenin en Europa occidental, su mente ágil adquirió una considerable cantidad de conocimientos sobre el mundo: y a pesar de ello siguió siendo poco refinada y tosca. Su temperamento era cordial y afectuoso, pero también salvaje y brutal. Hombre genuinamente adherido al principio del internacionalismo y poseedor de una "perspectiva mundial", era al mismo tiempo un político provinciano que se inclinaba a resolver las cuestiones más trascendentales mediante regateos y maniobras de baja estofa. Se había elevado a una altura jamás soñada, y, devorado por la ambición, luchaba por llegar más alto aún: pero realizaba sus esfuerzos bajo el peso de la incertidumbre íntima y la duda de sí mismo.

El gran orgullo de Zinóviev consistía en haber sido el discípulo más cercano de

---

4- En una carta a Iván Smirnov (escrita en Alma Ata en 1928) Trotsky relata esta "breve conversación" que tuvo con Lenin poco después de la Revolución de Octubre: "Le dije a Lenin: 'El que me sorprende es Zinóviev. En cuanto a Kámenev, lo he conocido lo suficientemente bien para saber dónde termina el revolucionario en él y dónde empieza el oportunista. Pero no conocía personalmente a Zinóviev (antes de 1917); y por lo que me habían dicho de el y por las apariencias me imaginé que éste era el hombre que no se detendría ante nada y no le temería a nada. A esto replicó Vladimir Ilich: "Si él no siente miedo, eso sólo significa que no hay nada que temer..." The Archives

5- Véanse Protokoll über die Verhandlungen des Ausserordentlichen Parteitags zu Halle, y Zinóviev, Zwolf Tage in Deutschland.

6- Así se han expresado, entre otros. Heinrich Brandler y Angélica Balabánov.

Lenin durante los diez años entre 1907 y 1917, los años de reacción, aislamiento y desaliento, cuando ambos lucharon por mantener vivo al Partido y prepararlo para el gran día, y cuando, en el momento de las conferencias de Zimmerwald y Kientahl, juntos lanzaron al mundo la idea de la Tercera Internacional. Pero la gran vergüenza de Zinóviev, cuando menos en opinión propia y de sus compañeros, consistía en haber fracasado en la prueba de octubre de 1917, cuando se opuso a la insurrección y Lenin lo calificó de "esquirol de la revolución". Su vida política estaba desgarrada entre esta vergüenza y aquel orgullo. Hizo todo lo posible por sobreponerse a los recuerdos de 1917, y para ello contó con la ayuda de Lenin que, incluso en su testamento, instó al Partido a que no les recordara a Zinóviev y Kámenev su "error histórico". Hacia 1923 la mayoría de los miembros del Partido casi habían olvidado el grave incidente o no se inclinaban a escarbar en el pasado. La Vieja Guardia prefería asumir la misma actitud, aunque sólo fuera porque la escisión que se produjo en vísperas de la Revolución de Octubre los había afectado a todos y muchos de ellos se habían puesto entonces de parte de Zinóviev. Tanto más, por consiguiente, iluminaron los historiadores y los fabricantes de leyendas de la Vieja Guardia el período anterior, aquél en que residía el gran orgullo de Zinóviev. Si algún hombre podía hablar por la Vieja Guardia en ausencia de Lenin, era seguramente Zinóviev.

Era inconcebible que éste aceptara ahora la jefatura de Trotsky. No sólo estaba su memoria llena de los numerosos incidentes de sus disputas prerrevolucionarias, cuando, estimulado por Lenin, había hecho de Trotsky el blanco frecuente de sus invectivas.[7] No sólo estaba relacionada su gran vergüenza con el acontecimiento en que se fundaba la principal gloria de Trotsky: la Revolución de Octubre, sino que desde 1917 se había opuesto a Trotsky en casi todos los virajes decisivos de la política bolchevique. Fue el partidario más acérrimo de la paz de Brest-Litovsk, y alentó vagamente a la oposición militar contra Trotsky durante la guerra civil. En la primavera de 1919 Trotsky llegó a Petrogrado para organizar las defensas de la ciudad contra la ofensiva de Yudénich, después de que Zinóviev, el jefe oficial de la ciudad, había sucumbido al pánico. En ocasión del alzamiento de Kronstadt. Trotsky culpó a Zinóviev de haberlo provocado innecesariamente. Por otra parte, Zinóviev fue uno de los críticos más enérgicos de Trotsky en el debate sobre la militarización del trabajo y los sindicatos.[8] Más tarde, en el Politburó, votó contra Trotsky en relación con la política económica y la Gosplan, sólo para verse derrotado cuando Lenin "se pasó" al lado de Trotsky. Incluso en el Ejecutivo de la Internacional fue derrotado una vez más por Trotsky cuando éste, junto con Lenin,

7- Zinóviev, Obras (ed. rusa), vols. I, II y V; y Gegen den Strom
8- El profeta armado, capítulos X-XIII.

impuso la política del Frente Unido. No es de extrañarse, pues, que su actitud frente a Trotsky fuera de inconfesada admiración teñida de envidia y de aquel sentimiento de inferioridad que Trotsky suscitaba en tantos miembros de la Vieja Guardia.

La actitud de Zinóviev la compartía, en términos generales, Kámenev. La asociación política de estos dos hombres era tan estrecha que los bolcheviques los consideraban como sus Castor y Polux. Paradójicamente, sin embargo, no era la similitud sino el contraste de sus mentalidades y temperamentos lo que los hacía gemelos políticos. Kámenev, pese a que encabezaba la organización del Partido en la ciudad de Moscú, era mucho menos popular que Zinóviev pero mucho más respetado en el círculo íntimo de los dirigentes. Menos seguro de sí mismo en la tribuna pública, poco afecto a los alardes de oratoria y a las posturas heroicas, poseía un intelecto más vigoroso y cultivado y un carácter más firme que los de Zinóviev; pero carecía del fervor y la imaginación de éste. Era un hombre de ideas más bien que de consignas. A diferencia de Zinóviev, se sentía atraído generalmente por las ideas y las líneas políticas moderadas; pero la fuerza de sus convicciones marxistas lo inhibía en su moderación: su pensamiento teórico chocaba con su inclinación política. Su temperamento conciliador lo capacitaba para desempeñar bien el papel del negociador, y en los primeros tiempos Lenin lo usó con frecuencia como el representante principal del Partido en los contactos con otros partidos, especialmente cuando Lenin ansiaba un acuerdo. (También en las controversias internas del Partido, Kámenev actuaba como apaciguador y buscador de coincidencias entre puntos de vista opuestos.) Pero su moderación lo puso una y otra vez en conflicto con Lenin. Durante el proceso por "traición" contra los diputados bolcheviques a la Duma, a principios de la Primera Guerra Mundial, Kámenev declaró desde el banquillo de los acusados que él no era partidario del "derrotismo revolucionario" de Lenin; en marzo y abril de 1917, antes del regreso de Lenin a Rusia, orientó al Partido hacia la conciliación con los mencheviques; y en octubre se opuso a la insurrección. Con todo, no era valor lo que le faltaba. Y tampoco era un simple contemporizador. Tranquilo y reservado, exento de vanidad y ambiciones excesivas, ocultaba tras su flemática apariencia una infinita lealtad al Partido. Su carácter se puso de manifiesto el mismo día de la Revolución de Octubre: habiéndose opuesto públicamente a la insurrección, se presentó en el cuartel general de los insurgentes desde el primerísimo momento, se puso a su disposición y cooperó de todo corazón con ellos, responsabilizándose así por la política a la que se había opuesto y aceptando todos los riesgos políticos y personales que ello implicaba.[9]

9- Protokoly Tsentralnogo Komiteta, pp. 141-143; El profeta armado, p. 285

Lo que lo atraía con tanta fuerza hacia Zinóviev era probablemente el mismo contraste de sus caracteres. En cada uno de ellos alentaban impulsos que debían haberlos distanciado, pero en cada uno operaban también inhibiciones que mantenían a raya sus impulsos encontrados, con el resultado de que los dos hombres generalmente encontraban un punto de acuerdo entre los dos extremos en cuya dirección gravitaban.

Kámenev no compartía en grado alguno la intensa hostilidad de Zinóviev y Stalin contra Trotsky, su antiguó cuñado; y podría haber tolerado su jefatura más fácilmente que ellos. Fueron su pura devoción a la Vieja Guardia y su amistad con Zinóviev las que lo hicieron volverse contra Trotsky. Cualesquiera que fueran sus inclinaciones y gustos personales, Kámenev era sumamente sensitivo al estado de ánimo que prevaleciera entre los Viejos Bolcheviques y por él se dejaba arrastrar. Cuando ese estado de ánimo se manifestó contra Trotsky, Kámenev, lleno de presentimientos y descorazonado, lo acató. Él no abrigaba ni podía abrigar la esperanza de ganar algo para sí al formar parte del triunvirato, pues no ambicionaba convertirse en el sucesor de Lenin. Pero apoyó y alentó la impaciente ambición de su gemelo político, en parte porque estaba convencido de que era inofensiva, de que Zinóviev de todos modos no podría ocupar el lugar de Lenin y de que los triunviros en realidad dirigirían colectivamente al Partido: y en parte porque, en su moderación, Kámenev le tenía sincera temor a la personalidad dominante e imperiosa de Trotsky y a sus ideas y líneas políticas arriesgadas.

Zinóviev, Stalin y Kámenev, pese a todo lo que diferían en sus caracteres y motivos, eran carne y sangre de la Vieja Guardia: y juntos parecían encarnar todos los aspectos de la vida y la tradición del Partido. En Zinóviev se hallaban el élan y el atractivo popular del bolchevismo; en Kámenev, sus más serias aspiraciones doctrinales y su refinamiento; y en Stalin la confianza en sus propias fuerzas y el sentido práctico de su sólido y fogueado caucus. Cuando hicieron causa común para vedar el acceso de Trotsky a la jefatura, dieron expresión a la desconfianza y a la aversión instintiva que sentían muchos miembros de la Vieja Guardia. Todavía no tenían intenciones de eliminarlo del Partido, ni siquiera de sus organismos de dirección. Reconocían sus méritos y deseaban que ocupara un lugar prominente en el Politburó. Pero no lo consideraban digno de ocupar el sitial de Lenin, y les horrorizaba la idea de que eso pudiera suceder si no se hacía algo contra él.

Los triunviros se comprometieron a concertar sus acciones y a obrar de común acuerdo.[10] Al hacerlo, arrastraron consigo automáticamente al Politburó. En

---

10- Stalin hizo la primera admisión pública de la existencia del triunvirato en el XII Congreso del Partido en abril de 1923. Véanse sus Obras, vol. 5, p. 240, y también mi Stalin, p. 244.

ausencia de Lenin el Politburó consistía sólo de seis miembros: los triunviros, Trotsky, Tomsky y Bujarin. Aun cuando Trotsky se hubiese ganado a Tomsky y Bujarin, los votos se habrían dividido en partes iguales. Pero mientras él, Bujarin y Tomsky no formaran una facción y votaran independientemente, bastaba con que uno de ellos votara con los triunviros o se abstuviera para darles a éstos una mayoría. Los triunviros sabían de antemano que Tomsky no haría causa común con Trotsky. Obrero de la cabeza a los pies, bolchevique veterano y dirigente sindical en primer término, Tomsky era el miembro más modesto del Politburó. Le interesaba defender, dentro de ciertos límites y con cautela, las demandas y exigencias salariales de los trabajadores; y así, en 1920, fue el primero en oponerse a Trotsky en relación con la militarización del trabajo y en poner el grito en el cielo cuando Trotsky amenazó con "sacudir" a los sindicatos. Trotsky lo criticó ásperamente como el tipo anticuado de sindicalista que, por hábito prerrevolucionario, alentaba la actitud "consumidorista" en los trabajadores y no demostraba ninguna comprensión de la perspectiva "produccionista" del Estado socialista. Durante algún tiempo Tomsky dirigió a los sindicatos en una virtual rebelión contra el Partido. Fue destituido del Consejo Central de aquéllos y enviado "en misión oficial", que era una forma apenas disfrazada de exilio, al Turquestán. Después de la promulgación de la NEP, regresó al Kremlin y fue ascendido a miembro del Politburó. Pero la herida que le habían infligido seguía enconada, y su actitud reflejaba la hostilidad contra Trotsky, el militarizador del trabajo, que muchos sindicalistas bolcheviques sentían desde 1920.

Bujarin era el único miembro del Politburó que aún mantenía una actitud amistosa frente a Trotsky. Sin haber cumplido todavía los treinta y cinco años, era ya un "viejo" bolchevique y el principal teórico del Partido, brillante y profundamente culto. Lenin le criticaba su inclinación al escolasticismo y la angulosidad doctrinaria de sus ideas. Esas ideas, sin embargo, ejercían una fuerte influencia incluso sobre Lenin, quien a menudo las adoptaba y les daba una expresión más realista y flexible.[11] La mente de Bujarin era en verdad una mente angulosa, más fascinada por la nitidez lógica de las proposiciones abstractas que por las realidades confusas y capaces de crear confusión. Y, sin embargo, la angulosidad intelectual se combinaba en él con una sensibilidad y un impulso artísticos, una delicadeza de carácter y un sentido del humor jovial que, en ocasiones casi se asemejaba al de un escolar. Su lógica rígidamente deductiva y su empeñosa búsqueda de la abstracción y la simetría lo inducían a asumir posiciones extremas: durante años fue el jefe de los "comunistas de izquierda", y mediante un proceso de inversión radical habría de convertirse en el jefe del ala derecha del Partido.

11- La relación intelectual entre Bujarin y Lenin será examinada en mi Vida de Lenin.

Bujarin había estado en conflicto con Trotsky con tanta frecuencia como había estado de acuerdo. Durante la crisis de Brest-Litovsk encabezó a los partidarios de la guerra y se opuso a la "paz vergonzosa". Durante la guerra civil simpatizó con quienes se oponían a la disciplina y la organización centralista que Trotsky impartió al Ejército Rojo. Después, en el debate sobre los sindicatos, se acercó a Trotsky. Al igual que éste, y aún más apasionadamente, defendió los derechos de las nacionalidades no rusas y se puso de parte de los "desviacionistas" georgianos. Pero, independientemente de que su criterio fuera idéntico al de Trotsky o no, Bujarin se sentía atraído por este en virtud de un profundo afecto y por el hechizo que sobre él ejercía la personalidad de Trotsky.[12] El mismo Trotsky describe cómo Bujarin lo visitó en 1922, mientras el primero se encontraba aquejado de una ligera enfermedad, y le informó sobre el primer ataque de parálisis que había sufrido Lenin.

El pobre (Bujarin) me guardaba todavía aquella sumisión que él sabía guardar; es decir, una sumisión que tenía un cincuenta por ciento de histérica y un cincuenta por ciento de infantil. Me contó lo que sabía acerca de la enfermedad de Lenin y puso fin al relato echándose sobre la cama para abrazarme y decirme, entre lágrimas y suspiros:

-¡No se ponga usted enfermo, por favor!... Hay dos hombres en cuya muerte no puedo pensar sin espanto: Ilich y usted.

En otra ocasión sollozó sobre el hombro de Trotsky: "¿Qué están haciendo con el Partido? Lo están convirtiendo en un estercolero".[13] Pero con este único amigo en el Politburó, Trotsky no podía hacer mucho: los sollozos y los suspiros de Bujarin no servían de mucho en su enfrentamiento con los triunviros.

Además de estos miembros en propiedad del Politburó, había dos miembros suplentes: Ríkov, el jefe del Consejo Supremo de la Economía Nacional, y Kalinin, Jefe de Estado nominal. Ambos eran bolcheviques "moderados", ambos eran de origen campesino y ambos conservaban muchos rasgos del carácter y la actitud del muzhik. En ambos, la capacidad de percibir los estados de ánimo de la Rusia rural, las esperanzas y los temores del campesinado y también algunos de sus prejuicios, era tal vez mayor en ellos que en cualquier otro dirigente. Ambos encarnaban el elemento autóctono en el Partido -la "genuina índole rusa"- y todo lo que ello implicaba: un claro prejuicio antintelectual, la desconfianza frente al elemento

12- -"Trotsky, el brillante y heroico tribuno de la insurrección de Octubre, el infatigable y fogoso predicador de la revolución...", escribió Bujarin en su relato sobre los acontecimientos de 1917.

13- Trotsky. Mi vida, tomo II.

europeo, el orgullo en las raíces sociales y una cierta estolidez de perspectiva. Todo esto los predisponía contra Trotsky. El campesinado, como ya sabemos, se aferraba a la recuperada libertad de Ja propiedad privada y nada le inspiraba más temor que un regreso al comunismo de guerra. Ríkov y Kalinin eran los portavoces de ese temor en el seno del Partido. Ellos, más que nadie, intuían el peligro de ese regreso en las ideas de Trotsky sobre la planificación. Cuando Trotsky hablaba de la ausencia de toda idea orientadora en el Consejo Supremo de la Economía Nacional y de la inclinación de este a una variante soviética del *laissez faire*, tenía a Ríkov en mente. Ríkov, por su parte, veía en el proyecto de Trotsky sobre una nueva Gosplan una usurpación de sus propias prerrogativas, y algo más: una usurpación del principio básico de la NEP. Ríkov fue ahora el primero en dirigir contra Trotsky la acusación de que éste era hostil al campesinado, la acusación que había de resonar a través de todas las campañas contra Trotsky en los años venideros.[14]

Kalinin, por el contrario, sentía por Trotsky un profundo respeto y una sincera amistad que continuó expresando incluso en el período culminante de la campaña contra el trotskismo. La circunstancia de que fuera Trotsky quien auspiciara en 1919 la candidatura de Kalinin para el puesto de Jefe de Estado, debido a la excepcional simpatía de que gozaba Kalinin entre el campesinado, quizá tuvo que ver algo con esto.[15] Sin embargo, cuando Ríkov empezó a hablar de la hostilidad de Trotsky contra los campesinos. Kalinin indudablemente se sintió impresionado. Él carecía de opiniones firmes en cuanto a las proposiciones de Trotsky sobre la línea política general, de las que, en todo caso, no entendía gran cosa: pero concluyó, sin rencor, que lo más seguro e indicado era mantener a raya la influencia de Trotsky, una influencia que podría poner en peligro la "alianza entre los obreros y los campesinos".

Otros dos hombres, Dzerzhinsky y Níólotov, estaban por aquel entonces estrechamente ligados al Politburó, aunque no eran miembros del organismo. Dzerzhinsky, el jefe de la Cheka y la GPU, era el único en este grupo de dirigentes que no pertenecía a la Vieja Guardia. Procedía del Partido Socialdemócrata del reino de Polonia y Lituania, el partido fundado por Rosa Luxemburgo, y no se había unido a los bolcheviques sino en 1917. más o menos al mismo tiempo que Trotsky. Su partido de origen había adoptado frente a los bolcheviques, bajo la inspiración de Rosa Luxemburgo, una actitud que no se diferenciaba de la de Trotsky: criticaba tanto a los bolcheviques como a los mencheviques; y fue el único partido en la Internacional Socialista que aceptó la teoría de la revolución permanente de

14- Konferentsia RKP, pp. 6-7: 8 Vserossiiski Syezd Soviétov, pp. 100-102
15- Trotsky, Obras (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, p. 542.

Trotsky. Dzerzhinsky, aun después de haberse unido a los bolcheviques, siguió oponiéndose a Lenin en lo relativo a la autodeterminación de las nacionalidades no rusas; y, siguiendo una vez más a Rosa Luxemburgo, argumentaba que el socialismo no estimularía, sino que superaría, las tendencias separatistas entre las pequeñas naciones. Paradójicamente, este razonamiento intemacionalista llevó a Dzerzhinsky. el polaco de origen noble, a respaldar la política ultracentralista de Stalin y a actuar frente a los georgianos como portavoz de la nueva Rusia "indivisible".

Las opiniones de Dzerzhinsky, sin embargo, no habían pesado mucho hasta entonces dentro del Partido. Importante como el jefe de los servicios de seguridad de la revolución, no era sin embargo un dirigente político. Cuando los bolcheviques decidieron establecer la Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución, buscaron a un hombre con las manos absolutamente limpias para que se encargara del "trabajo sucio": y encontraron al hombre en Dzerzhinsky. Éste era incorruptible, abnegado e intrépido: un alma de profunda sensibilidad poética, constantemente movida a la compasión por los débiles y los afligidos.[16] Al mismo tiempo, su devoción a su causa era tan intensa que lo convertía en un fanático dispuesto a incurrir en cualquier acto de terror siempre y cuando estuviera convencido de que era necesario para la causa. Con su vida en permanente tensión entre su elevado idealismo y la carnicería que era su ocupación cotidiana, vehemente, agotando su propia fuerza vital como una llama, era considerado por sus camaradas como el extraño "santo de la revolución" perteneciente a la misma estirpe de Savonarola. La desgracia de Dzerzhinsky era que su carácter incorruptible no estaba aliado a una mente vigorosa y discemidora. Su necesidad era servir a la causa, y llegó a identificar la causa con su partido adoptivo y después al Partido con sus dirigentes, con Lenin y Trotsky hasta hacía poco, y ahora con los triunviros tras los cuales veía a la Vieja Guardia. No perteneciendo él mismo a la Vieja Guardia, se sentía tanto más ansioso de servir a sus intereses, y así vino a ser más bolchevique que los propios bolcheviques, del mismo modo que, según Lenin, era más gran ruso que los propios grandes rusos.

Por pura falta de personalidad Mólotov contrastaba notablemente con Dzerzhinsky. Aunque todavía no cumplía los treinta años, ya ocupaba una alta posición en la jerarquía: había sido Secretario del Comité Central antes de que Stalin fuera nombrado Secretario General, y después continuó trabajando como ayudante principal de Stalin. Aun en esta fase temprana de su carrera, su estrechez de miras y su lentitud mental eran proverbiales en los círculos bolcheviques; parecía

16- La correspondencia privada de Dzerzhinsky, publicada en Z Pola Walki y otras revistas polacas, revelan rasgos interesantes de su carácter

desprovisto de todo talento político e incapaz de cualquier iniciativa. Por lo general hablaba en las conferencias del Partido como informante sobre algún punto de segundo o tercer orden, y su discurso era siempre tan insulso como el agua chirle. Descendiente de una familia intelectual y pariente de Seriabin, el gran músico, parecía todo lo contrario de un intelectual: un hombre sin ideas propias. No podía haberle faltado chispa en grado absoluto -en 1917 la había dejado verpero ya se le había extinguido del todo.

Mólotov era el ejemplo casi perfecto del revolucionario convertido en funcionario; y le debía su ascenso a lo completo de su conversión. Poseía unas pocas virtudes peculiares que lo ayudaban: paciencia infinita, flema imperturbable, sumisión a los superiores y una infatigable y casi mecánica laboriosidad, que a juicio de sus superiores compensaban su mediocridad e incompetencia. Desde muy temprano se adhirió como una sombra a Stalin; y también desde muy temprano incubó una intensa antipatía, teñida de temor, frente a la persona de Trotsky. Es conocida la anécdota de que Trotsky en cierta ocasión se presentó en la Secretaría, disgustado por algo que se había hecho allí, y aludiendo implícitamente a Mólotov, zarandeó verbalmente a los torpes burócratas de la Secretaría. "Camarada Trotsky", tartamudeó Mólotov, "camarada Trotsky, no todos podemos ser genios".[17]

Así, pues, aun antes del comienzo de la lucha por la sucesión, Trotsky se encontraba casi solo en el Politburó. El primer indicio de que se tramaba una acción concertada contra él lo tuvo en las primeras semanas de 1923 -todo un año antes de la muerte de Lenin- cuando en las sesiones del Politburó se vio atacado por Stalin con una ferocidad y una inquina del todo injustificadas.[18] Stalin lo fustigó por su rechazo del puesto de vice-Primer Ministro. Puso en tela de juicio los motivos de Trotsky e insinuó que éste se negaba a responder al llamado del deber porque, en su sed de poder, no se contentaba con ser uno de los delegados de Lenin. Después acusó a Trotsky de pesimismo, mala fe y hasta derrotismo, basándose en las razones más endebles. Así, por ejemplo, para demostrar el "derrotismo" de Trotsky, le atribuyó una desmesurada importancia a una frase que Trotsky pronunció una vez en una conversación privada con Lenin, diciendo que "el cuclillo pronto hará sonar el toque de difuntos por la República Soviética".[19]

Stalin tenía varios propósitos en mente. Todavía contaba con la posibilidad de que Lenin volviera a su puesto, y por eso volvió a poner sobre el tapete la cuestión del nombramiento que Lenin había propuesto, con la esperanza de introducir esa cuña entre Lenin y Trotsky. Sabía que nada podía ser más embarazoso para Trotsky que

---

17- Bajanov, Avec Staline dans le Kremlin, p. 139.

18- The Trotsky Archives.

19- En el folklore eslavo el cuclillo es ave de mal agüero.

la insinuación de que éste ambicionaba heredar la posición de Lenin. El cálculo era sagaz. Trotsky se sintió herido en lo vivo. Él tenía mejores razones para desear el regreso de Lenin, que pondría en acción el "bloque" preparado por ambos. Y aun aparte de esto, Trotsky estaba tan seguro de su propia posición en el Partido y en el país y de su superioridad sobre sus adversarios, que no se sentía inclinado a luchar por la sucesión. No trató de reclutar partidarios ni aliados, y ni siquiera se le ocurrió maniobrar para asegurarse posiciones. Con todo, las acusaciones e insinuaciones de Stalin eran tales, que para Trotsky era tan absurdo refutarlas como peligroso ignorarlas. Lo que Stalin buscaba era arrancarle a Trotsky las negativas y las excusas que dan pie para decir *Qui s'excuse s'accuse.* Una vez que un hombre en una posición comparable a la de Trotsky es acusado de ambicionar el poder, ninguna negativa de su parte puede despejar la sospecha suscitada, a menos que el acusado renuncie en el momento a todos sus puestos, se acoja al ostracismo y renuncie incluso a expresar sus opiniones. Trotsky. por supuesto, no estaba dispuesto a hacer tal cosa. Una y otra vez había explicado que no podía comprender qué papel provechoso podría desempeñar como uno de los vice-Primeros Ministros cuyas funciones coincidían, y que la división del trabajo en el gobierno era defectuosa porque "cada Comisario desempeña demasiadas tareas y cada tarea es desempeñada por demasiados Comisarios". Ahora añadió que, como vice-Primer Ministro, no dispondría de ningún aparato a través del cual pudiera trabajar y de ninguna influencia. "Mi nombramiento para tal puesto tendría como resultado, a mi juicio, mi anulación política." Negó la imputación de pesimismo y derrotismo: era cierto que había dicho lo del "cuclillo que haría sonar el toque de difuntos por la República Soviética" cuando trataba de hacerle ver a Lenin los ruinosos efectos del despilfarro económico y del papeleo; pero su propósito -¿hacía falta decirlo?- era remediar esos males, no sembrar el pánico.[20] A tales futilezas había descendido el camorreo en el Politburó: y la situación se prolongó por varias semanas durante las cuales Trostky, aguardando el regreso de Lenin, se abstuvo de contraatacar.

Tenía razones para aguardar. Los informes médicos sobre el estado de Lenin eran alentadores. Aun desde su lecho de enfermo, Lenin le asestaba golpe tras golpe a Stalin con una implacable determinación que sorprendía a Trotsky. Lo correcto, sostenía éste, era dejar a Lenin la iniciativa en aquel asunto. A comienzos de febrero, Lenin formuló, *Inter alia*, una dura crítica a la Rabkrin y se la comunicó al Politburó. Aunque Stalin ya se había retirado de la Rabkrin, el ataque de Lenin lo afectaba personalmente porque hacía claro que, a juicio de Lenin, el Comisariado había sido un completo fracaso bajo la dirección de Stalin. Lenin se refería a los

20- Véanse los papeles de enero de 1923 en The Trotsky Archives

vicios del Comisariado en términos casi idénticos a los que Trotsky había utilizado: "falta de cultura", "chapucería", "desgobierno y arbitrariedad burocráticos", etc., e insertaba intencionadas observaciones sobre "la burocracia en el Partido también". Lenin concluía haciendo proposiciones encaminadas a reorganizar la Rabkrin, reducir su personal y establecer una Comisión Central de Control que habría de hacerse cargo de muchas de las funciones de la Rabkrin. Durante varias semanas Trotsky exigió la publicación de la crítica de Lenin, pero el Politburó se negó.[21]

Al mismo tiempo Trotsky presentó un plan para una reorganización radical del Comité Central y de sus diversas agencias, y apoyó el plan en un examen crítico de la situación del Partido. El Comité Central, dijo con énfasis, había perdido contacto con la base y se había transformado en un aparato burocrático autosuficientc. Ésta fue la cuestión en torno a la cual habría de desatarse públicamente la controversia en el siguiente otoño; pero ya en enero y febrero Trotsky la planteó ante el Politburó con una franqueza aun mayor que la que habría de permitirse posteriormente en el debate público. En algunos detalles, tales como el tamaño del Comité Central y las relaciones de éste con la Comisión Central de Control, su plan difería del de Lenin. Los triunviros explotaron al máximo estas diferencias diciendo que Trotsky no sólo desairaba a Lenin al negarse a ser su delegado, sino que también trataba de desviar al Partido de las ideas de aquél sobre organización. En esta fase del desarrollo de los acontecimientos, los estratos superiores de la jerarquía empezaban a enterarse de la disputa en el Politburó, y nada podía ser más perjudicial para la posición de Trotsky ante ellos, como presunto sucesor de Lenin, que una campaña de rumores según la cual aparecía oponiéndose a Lenin en casi todas las cuestiones. Las palabras de los triunviros tenían por objeto sostener tal campaña. Sus acusaciones quedaban registradas en las minutas del Politburó y puestas a la disposición de miembros del Comité Central que las divulgaban sin pérdida de tiempo entre sus amigos y subordinados.

La campaña venía desarrollándose hacía ya algún tiempo cuando Trotsky reaccionó por primera vez contra ella. El 23 de febrero de 1923 le dirigió al Comité Central una carta en la que decía: "Algunos miembros... han expresado la opinión de que el plan del camarada Lenin tiene por objeto preservar la unidad del Partido, en tanto que el propósito de mi proyecto es crear una escisión''. Esta insinuación la había urdido y propagado una camarilla que, de hecho, ocultaba los escritos de Lenin a los miembros del Partido. Trotsky reveló lo que había sucedido en el Politburó: "Mientras la mayoría... sostenía que era imposible publicar siquiera la

---

21- Lenin. Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 440 sigs. La carta de Trotsky a todos los miembros del Comité Central del 23 de febrero de 1923 en The Archives. Véanse también las memorias de Fotieva en Voprosy Istorii KPSS, núm. 4. 1957.)

carta de Lenin, yo... no sólo insistí en su publicación, sino que defendí las ideas esenciales de la carta, o, para decirlo más exactamente, aquellas de sus ideas que me parecían esenciales". "Me reservo", concluía, "el derecho de denunciar estos hechos ante todo el Partido, si fuere necesario. para refutar una insinuación (cuyos autores) han gozado de una impunidad excesiva en virtud de que yo casi nunca he reaccionado contra la insinuación.[22] La ocasión para la "denuncia" habría de ser el duodécimo Congreso del Partido, convocado para abril. La amenaza era característica de Trotsky: consideraba que el código no escrito de lealtad interna del Partido lo obligaba a notificar a sus adversarios cualquier acción que pensara tomar contra ellos. Así se privaba de la ventaja de la sorpresa y les daba tiempo de parar el golpe. Esto era exactamente lo contrario de la táctica de Stalin. Trotsky, sin embargo, ni siquiera se proponía cumplir su amenaza. Su propósito era tan sólo frenar a Stalin y ganar tiempo mientras aguardaba a que Lenin se recuperara. Obtuvo un resultado importante: el 4 de marzo Pravda publicó por fin el ataque de Lenin a la Rabkrin.

El 5 de marzo, mientras él también se encontraba recluido por enfermedad, Trotsky recibió de Lenin un mensaje de la mayor importancia y urgencia.[23] Lenin le suplicaba que hablara en defensa de los "desviacionistas" georgianos en la próxima sesión del Comité Central. Éste era el primer contacto de Trotsky con Lenin desde su conversación sobre el "bloque" en diciembre, y el primer indicio que tenía del cambio de actitud de Lenin respecto al asunto georgiano. "Le ruego a usted muy encarecidamente", decía Lenin, "que se encargue de defender en el Comité Central del Partido la causa de Georgia. El asunto está encomendado de momento a los cuidados de Stalin y Dzerzhinsky, de cuya imparcialidad no puedo fiarme. Antes al contrario. Si usted quisiera hacerse cargo de la defensa, quedaría tranquilo". Lenin enviaba adjunta una copia de sus notas sobre la política de Stalin respecto a las nacionalidades (que hemos resumido en el capítulo anterior). Estas notas le dieron por primera vez a Trotsky una idea completa de la forma implacable en que Lenin se proponía llevar a cabo el ataque: en comparación con ello, su crítica de la Rabkrin parecía benigna. Las secretarias de Lenin añadían que éste había preparado, para usar sus propias palabras, una "bomba" contra Stalin que estallaría en el Congreso. Más aún, en un último momento de una agotadora tensión mental y de voluntad, instó a Trotsky a que no mostrara debilidad ni vacilación, a que no confiara en ninguna "componenda turbia" que Stalin pudiera proponer, y por último, pero no por ello menos importante, que no le diera ningún aviso del ataque a Stalin ni a sus socios. Al día siguiente, él mismo envió un mensaje a los "desviacionistas"

22- The Trotsky Archives.

23- Mi vida, tomo II, pp. 322-323; The Stalin School of Falsification, pp. 69-70.

georgianos, comunicándoles su cordial solidaridad y prometiéndoles su apoyo. Al mismo tiempo aproximadamente, Trotsky se enteró por Kámenev de que Lenin había escrito una carta a Stalin en la que lo amenazaba con "romper todas las relaciones personales".[24] Stalin se había comportado en una forma ofensiva con Krúpskaya cuando ésta recogía información para Lenin sobre el asunto georgiano, y cuando Lenin lo supo apenas pudo contener su indignación. Decidió, según le dijo Krúpskaya a Kámenev, "anular a Stalin políticamente".

¡Qué momento de satisfacción y triunfo moral fue éste para Trotsky! Como en tantas ocasiones anteriores. Lenin por fin reconocía que Trotsky siempre había tenido la razón. Como con tanta frecuencia había sucedido antes, la audaz previsión de Trotsky lo había condenado durante algún tiempo a la soledad política y había dado lugar a la disensión entre él y Lenin; y así como los acontecimientos lo habían reivindicado y habían hecho llegar a Lenin a conclusiones idénticas a las suyas, primero en relación con la Gosplan y después con la Rabkrin y la "burocracia del Partido", ahora también lo reivindicaban en relación con Georgia. Trotsky se sintió seguro de que el triunvirato estaba perdido y Stalin derrotado. Él era el vencedor y podía dictar sus condiciones. Sus adversarios pensaron lo mismo. Cuando Kámenev, en nombre de ellos, visitó a Trotsky el 6 de marzo, estaba alicaído, dispuesto a recibir su castigo y ansioso de apaciguar a Trotsky.[25]

No hacía falta mucho apaciguamiento. La venganza de Trotsky consistió en mostrar magnanimidad y perdón. Olvidando la advertencia de Lenin, aceptó de inmediato una "componenda turbia". Lenin se proponía destituir a Stalin y Dzerzhinsky y hasta expulsar del Partido "por dos años" a Ordzhonikidze (su discípulo predilecto de antaño) debido al brutal comportamiento de este último en Tiflis. Trotsky le aseguró a Kámenev que él mismo no propondría medidas tan severas. "Me opongo", le dijo, "a que se destituya a Stalin. se expulse a Ordzhonikidze y se separe a Dzerzhinsky... Por lo demás estoy sustancialmente de acuerdo con Lenin".[26] Todo lo que le pedía a Stalin era que enmendara su proceder: que se comportara lealmente con sus colegas, que le ofreciera disculpas a Krúpskaya y que dejara de intimidar a los georgianos. Stalin acababa de preparar unas "tesis", que habría de someter al Congreso del Partido, sobre la política a seguirse frente a las nacionalidades no rusas. Debía hablar ante el Congreso sobre este punto como informante del Comité Central. Ansioso de justificar su propio comportamiento, había puesto gran énfasis

24- Esta carta la leyó Jruschov en el XX Congreso y está incluida en el texto de su discurso publicado en los EE. UU. y en la Gran Bretaña, pero no en el vol. XXXVI de las Obras (ed. rusa) de Lenin... ni en Kommunist, núm. 9, 1956 Fotieva sólo sugiere la existencia de esta carta.

25 Trotsky, Mi vida, tomo II, p. 327.

26- Loc. cit.

en la condenación de los "nacionalismos locales". Trotsky propuso que Stalin reformulara su resolución, insertando una denuncia del chovinismo gran ruso y de la Rusia "una e indivisible" y dándoles a los georgianos y a los ucranianos firmes seguridades de que en lo sucesivo sus derechos serían respetados. Esto era todo lo que le exigía a Stalin: ningún acto de contrición y ninguna disculpa personal. Bajo estas condiciones, estaba dispuesto a dejar que Stalin continuara ocupando el puesto de Secretario General.

Bajo estas condiciones, por supuesto, Stalin se mostró dispuesto a rendirse o cuando menos a simular que se rendía. Verse amenazado con la ruina política, sentir la ira de Lenin estallar sobre su cabeza, y en ese mismo momento ver a Trotsky tendiéndole la mano en ademán de auxilio, era un giro de la fortuna que no podía menos que agradecer. Aceptó las condiciones de Trotsky sin pérdida de tiempo. Reformuló sus "tesis" e insertó todas las enmiendas de Trotsky. En cuanto a las otras condiciones... bueno, todas las ofensas que había inferido y todas las heridas que había causado eran, según dijo, resultado de malas interpretaciones y él sólo deseaba hacer todas las rectificaciones necesarias.

Mientras Kámenev aún continuaba actuando como intermediario, Lenin sufrió otro ataque de su enfermedad. Todavía habría de vivir otros diez meses; pero paralizado, privado del habla la mayor parte del tiempo y sumido periódicamente en la inconsciencia, su tormento era tanto mayor por cuanto que en los intervalos de lucidez tenía la aguda e impotente conciencia de la intriga que se urdía tras bastidores. La noticia de la recaída de Lenin representó un alivio inmediato para los triunviros. Pocos días después de haberse sometido mansamente a Trotsky, volvieron a trabajar una vez más con redoblada energía, pero con mayor cautela, para eliminarlo de la sucesión. Trotsky todavía se consideraba dueño de la situación. No abandonaba la esperanza de que Lenin se recuperaría. En todo caso, tenía en sus manos los mensajes y los manuscritos de Lenin; y si se presentaba con ellos en el Congreso, especialmente con las notas sobre la cuestión georgiana, el Partido no abrigaría sombra de duda sobre la posición de Lenin. Los triunviros, concluyó, seguramente sabían esto y, temiendo la denuncia, se adherirían a la transacción.

Los triunviros sabían que Trotsky había prometido a Lenin encargarse de la defensa de los desviacionistas georgianos y poner en conocimiento del Congreso las opiniones de Lenin. (Kámenev ya había leído las notas sobre Georgia.) La principal preocupación de Stalin consistía ahora en convencer a Trotsky de que no cumpliera esa promesa. ¿No había hecho él, Stalin, todo lo que Trotsky le había exigido? En efecto, lo había hecho, y Trotsky consintió en someter las notas de Lenin al Politburó y dejar que éste decidiera si las comunicaba al Congreso y en qué forma lo haría. El Politburó resolvió que las notas no debían ser publicadas en ningún caso y que sólo algunos delegados escogidos deberían conocer su contenido

de manera estrictamente confidencial. No era así como Lenin había esperado que Trotsky se comportara cuando lo instó a mantenerse inflexible, a informar al Congreso con absoluta franqueza y a rechazar cualquier componenda. Pero todas las exhortaciones y advertencias de Lenin fueron ignoradas por Trotsky, que con su magnánima actitud ayudó a los triunviros a ocultar al mundo la confesión de vergüenza y culpa de Lenin en su lecho de muerte por el resurgimiento del espíritu zarista en el Estado bolchevique. Las notas de Lenin sobre la política respecto a las nacionalidades no rusas hubieron de permanecer desconocidas por el Partido durante treinta y tres años.[27]

Examinando los hechos a posteriori, el comportamiento de Trotsky parece increíblemente tonto. Aquél era el momento en que sus adversarios estaban ocupando posiciones, y cada una de las acciones de Trotsky pareció dirigida a facilitarles la tarea. Años más tarde comentó con cierta melancolía que si el hubiese hablado en el duodécimo Congreso, con la autoridad de Lenin respaldándolo, probablemente habría derrotado a Stalin allí mismo, pero que a la larga Stalin todavía habría vencido.[28] La verdad es que Trotsky se abstuvo de atacar a Stalin porque se sentía seguro. Ningún contemporáneo, y él menos que nadie, veía en el Stalin de 1923 la amenazante e imperiosa figura en que habría de convertirse. Para Trotsky era casi una mala broma el hecho de que Stalin, el personaje voluntarioso y taimado, pero desgarbado y mediocre, fuera su rival. Él no habría de concederle importancia; no habría de rebajarse a su nivel, ni siquiera al de Zinóviev; y, sobre todo, no habría de darle al Partido la impresión de que él también participaba en el indecoroso juego a que se entregaban los discípulos de Lenin sobre el féretro todavía vacío de éste. La conducta de Trotsky fue tan torpe y tan absurda como tiene que serlo la de cualquier personaje de un gran drama involucrado súbitamente en una farsa vil.

Y la farsa, ciertamente, no escaseó. Cuando el Politburó se reunió en vísperas del Congreso, Stalin propuso que Trotsky rindiera el informe principal en nombre del Comité Central, es decir en el papel que hasta entonces siempre se le había reservado a Lenin. Trotsky declinó la proposición, diciendo que Stalin, como Secretario General, era el llamado a presentar el informe. Stalin, todo modestia y humildad, replicó: "De ningún modo. El Partido no lo comprendería. Debe hacer el informe el miembro más popular del Comité Central.[29] El "miembro más popular", que sólo unas semanas antes había sido acusado de ambición de poder, se replegó ahora para demostrar que la acusación era infundada, facilitando así su propio derrocamiento por los triunviros. El Politburó decidió que Zinóviev presentara el

---

27- Fueron publicadas por primera vez en Kommunist en junio de 1956.
28- Mi vida, tomo II, p. 320.
29- Trotsky. Stalin, p. 455.

informe que el Partido estaba acostumbrado a escuchar de labios de Lenin.

Cuando el duodécimo Congreso se reunió por fin, a mediados de abril, su apertura constituyó la ocasión para un espontáneo despliegue de reconocimiento a Trotsky. Como era costumbre, el presidente leyó los saludos enviados al Congreso por las células del Partido, los sindicatos y los grupos de obreros y estudiantes de todo el país. En casi todos los mensajes se rendía homenaje a Lenin y a Trotsky. Sólo de cuando en cuando los saludos aludían a Zinóviev y Kámenev, y el nombre de Stalin apenas era mencionado. La lectura de los mensajes continuó durante varias sesiones, y no dejó dudas sobre quién habría sido el sucesor de Lenin si el Partido hubiese sido llamado a elegirlo en aquel momento.[30]

Los triunviros se sintieron sorprendidos e incómodos, pero tenían poco que temer. Lenin no estaba presente para hacer estallar su "bomba"; y Trotsky, después de prometer que él tampoco la haría estallar, cumplió su promesa. No hizo ante el Congreso ni la menor alusión a cualquier desavenencia entre él y los triunviros, y él mismo se mantuvo en un discretísimo segundo plano. Mientras tanto, los triunviros se movían tras bastidores. Sus agentes ponían a los delegados al tanto de la crisis en la dirección y utilizaban contra Trotsky incluso el homenaje que éste acababa de recibir. Hacían todo lo posible por convencer a los delegados provinciales de los peligros que, según ellos, eran inherentes a la extraordinaria popularidad de Trotsky: ¿no fue así como ascendió al poder Bonaparte. el "sepulturero" de la Revolución Francesa? ¿Podía confiarse en que el imperioso y ambicioso Trotsky no abusaría de su popularidad? ¿No era preferible, en ausencia de Lenin, la "dirección colectiva" de hombres menos notables, pero a los que el Partido conocía y en los cuales confiaba, en lugar de la preminencia de Trotsky? Tales preguntas, susurradas en tono de preocupación, suscitaron aprensiones en muchos delegados. Los bolcheviques estaban acostumbrados a referirse al gran precedente francés y a pensar en términos de analogías históricas. Ocasionalmente miraban en torno suyo tratando de descubrir entre sus dirigentes al imprevisible personaje -el Danton potencial o el Bonaparte en cierne- que pudiera sorprender peligrosamente a su revolución. Entre todos los dirigentes, ninguno parecía tan afín a Danton como Trotsky, y a ninguno, también en apariencia, le venía tan bien como a Trotsky la máscara de un Bonaparte. En opinión de muchos viejos bolcheviques, la preminencia de Trotsky representaba un riesgo; y, pensándolo bien, parecía más seguro, en verdad, que el Partido fuera dirigido por un equipo de camaradas menos brillantes pero más dignos de confianza.[31]

30- 12 Syezd RKP (b), pp. 89, 488, 496, 502-503

31- Un crítico de mi Stalin, en el que yo menciono esta campaña de murmuraciones, escribe: "Lo de que (Trotsky) fuera considerado por algunos comunistas como un Bonaparte en potencia es un descubrimiento que han hecho sólo muy recientemente autores como el Sr.

Los triunviros se comportaron con deliberada modestia. Declararon que su única razón para aspirar a la confianza del Partido era su condición de discípulos leales y probados de Lenin. Fue en este Congreso donde Zinóviev y Kámenev iniciaron la exaltada glorificación de Lenin que posteriormente habría que convertirse en un culto estatal.[32] No cabe duda de que la exaltación, en parte, era sincera: éste era el primer Congreso bolchevique sin Lenin, y el Partido ya se sentía huérfano. Los triunviros explotaron este estado de ánimo, sabiendo que la glorificación de Lenin reflejaría gloria sobre aquellos a quienes el Partido había conocido como sus discípulos más antiguos. Con todo tuvieron que trabajar arduamente para convencer al Congreso de que ellos hablaban con la voz de Lenin. Los delegados estaban inquietos. Recibieron a Zinóviev con un hosco silencio cuando éste se adelantó a presentar el informe principal. Sus exageradas y hasta ridiculas expresiones de adoración por Lenin disgustaron a los delegados más conscientes y de mayor sentido crítico; pero éstos eran una minoría y no protestaron por temor a ser mal interpretados.

Los triunviros hicieron a continuación exhortaciones a la disciplina, la unidad y la unanimidad. Cuando el Partido se veía privado de su jefe, tenía que cerrar sus filas. "Toda crítica de la línea del Partido", exclamó Zinóviev, "incluso una llamada crítica 'de izquierda', es ahora, objetivamente, una crítica menchevique". [33] Lanzó esta advertencia a Kolontai, Shliápnikov y sus seguidores; y excitándose a medida que hablaba les dijo que ellos eran más perniciosos aún que los mencheviques. Aunque ostensiblemente iban dirigidas sólo contra la Oposición Obrera, sus palabras tenían implicaciones más amplias: le hacía ver a cualquier crítico poten-

---

Deutscher... En el momento de los hechos nadie lo advirtió." (G. L. Arnold en Twentieth Century, julio de 1951.) No siempre le es posible a un autor citar textualmente una "campaña de murmuraciones": y en el Stalin yo me referí a esta campaña particular sobre la base de lo que había escuchado personalmente acerca de ella en Moscú, cuando los recuerdos de la misma todavía eran recientes. Entretanto, Alfred Rosmer, quien en 1923 se encontraba en Moscú como miembro del Ejecutivo de la Comintern y estaba muy bien informado do los asuntos relativos a la persona de Trotsky. ha publicado sus memorias, y he aquí lo que dice al respecto: "Pero ahora [en 19231 un rumor que uno escuchaba en todas partes indicaba una maniobra bien urdida... 'Trotsky se imagina ser un Bonaparte' o 'Trotsky quiere conducirse como un Bonaparte'. El rumor circulaba en todos los rincones del país. Los comunistas que llegaban a Moscú venían a contármelo; comprendían que algo se preparaba contra Trotsky y me decían: "Usted debe ponerlo en guardia". Rosmer, Moscou sous Lenine, p. 283. Más referencias a esta "campaña de murmuraciones" se encuentran también en la literatura contemporánea. En Since Lenin Died, de Eastman, se le dedica todo un capítulo bajo el título de "La fracción anti-Bonaparte."

32- Véanse los discursos inaugurales de Kámenev y Zinóviev en 12 Syezd RKP (b).

33- 12 Syezd RKP (b), pp. 46-47.

cial el tipo de denuncia a que tendría que enfrentarse. La máxima de que toda crítica sería considerada a priori como una herejía menchevique era una novedad: nunca antes se había declarado nada parecido. Empero, la máxima podía deducirse del argumento que Zinóviev había presentado en el Congreso anterior, cuando dijo que, como consecuencia de su monopolio político, los bolcheviques habían descubierto la existencia de dos o más partidos potenciales en el seno de su partido, y que uno de éstos estaba formado por "mencheviques inconscientes". Interesado únicamente en las cirunstancias inmediatas de la lucha por el poder y lleno de confianza en sí mismo, Zinóviev fue ahora un paso más lejos y describió a todo adversario del grupo dirigente como un portavoz potencial de aquellos mencheviques "inconscientes" e inarticulados. De ello se desprendía que los dirigentes, fuesen quienes fuesen, tenían el derecho e incluso el deber de suprimir a los adversarios dentro del Partido en la misma forma en que habían suprimido a los verdaderos mencheviques. De esta manera formuló Zinóviev lo que habría de. ser el canon de la autosupresión bolchevique.

Este llamado a la disciplina y la nueva concepción de la unidad no dejaron de ser impugnados. Los miembros de la Oposición Obrera y otros disidentes subieron a la tribuna para denunciar al triunvirato y exigir su disolución. Lutovínov, un militante distinguido, protestó contra la "infalibilidad papal" y la inmunidad a la crítica que Zinóviev había reclamado para el Politburó.[34] Kossior, otro viejo bolchevique, sostuvo que el Partido estaba gobernado por una camarilla, que la Secretaria General perseguía a los críticos, que Stalin, durante su primer año al frente de ese organismo, había destituido y perseguido a los dirigentes de organizaciones tan importantes como las de los Urales y Petrogrado, y que las declaraciones sobre la dirección colectiva eran un fraude. En medio de una gritería, Kossior exigió que el Congreso revocara la prohibición, aprobada en 1921. de los agrupamientos internos en el Partido.[35]

Los triunviros, sin embargo, dominaron el Congreso: Kámenev lo presidió, Zinóviev enunció la línea política y Stalin manipuló el aparato del Partido. Renunciaron a mantener en secreto su alianza: en respuesta a la impugnación de la Oposición Obrera, reconocieron en tono desafiante la existencia del triunvirato.[36] Pero en el seno del triunvirato se dejaba sentir ya un desplazamiento: Zinóviev iba perdiendo su posición de triunviro principal. Se había excedido en sus planteamientos, antagonizando a muchos delegados y atrayendo sobre su persona

34- Ibid., pp. 105-106

35- Ibid.. pp. 92-95. Otro orador se refirió al volante anónimo que circuló en el momento del Congreso y que exigía la eliminación del triunvirato del Comité Central. Dicho orador sugirió que el volante era obra de la Oposición Obrera. Ibid., p. 136

36- Stalin, Obras, vol. 5. p. 240.

la mayor parte de los ataques de las bancas. La conducta más discreta de Stalin le ganó prestigio. Los ojos de los delegados se volvieron apreciativamente hacia él cuando Noguín, un antiguo e influyente miembro moderado del Comité Central, hizo su elogio, alabando el discreto pero vital trabajo de dirección que aquél había realizado en la Secretaría General. "Esencialmente", dijo Noguín, "el Comité Central constituye el aparato básico que pone en marcha toda la actividad política en nuestro país. El Buró de la Secretaría es la parte más importante del aparato".[37] Incluso algunos de los descontentos apelaron al sentido común de Stalin contra la extravagancia y la demagogia de Zinóviev.

La posición de Stalin ganó mayor realce en el debate sobre la política que debía seguirse frente a las nacionalidades no rusas, el mismo debate que hubiera podido acarrear su ruina. Los georgianos habían ido a Moscú con la esperanza de obtener el fuerte apoyo que Lenin les había prometido.[38] No lo obtuvieron. Rakovsky, que era el jefe del gobierno ucraniano pero no tenía suficiente influencia en Moscú, se hizo cargo de su defensa. ¿Se proponía Moscú, preguntó, rusificar a las pequeñas nacionalidades del mismo modo que los gendarmes zaristas.[39] Los georgianos quedaron perplejos y confundidos cuando escucharon al propio Stalin hablar con virtuosa indignación contra la violación de los derechos de las nacionalidades no rusas y cuando descubrieron que sus propias denuncias del chovinismo gran ruso figuraban en el texto de las "tesis" de Stalin. Este espectáculo, resultado de la transacción entre Trotsky y Stalin, les pareció una mofa de todas sus quejas y protestas. En vano exigieron que, cuando menos, se diera lectura a las notas de Lenin. Los miembros del Politburó se mostraron enigmáticamente reticentes. Sólo uno de ellos, Bujarin, rompió la conspiración del silencio y en gran y conmovedor discurso -que hubo de ser el canto del cisne de Bujarin como jefe del comunismo de izquierda- defendió a las pequeñas nacionalidades y denunció las simulaciones de Stalin. Exclamó que el rechazo del gran chovinismo ruso por parte de Stalin era pura hipocresía y que la atmósfera del Congreso, donde estaba reunida la élite del Partido, lo demostraba: cada una de las palabras pronunciadas desde la tribuna contra el nacionalismo georgiano o ucraniano suscitaban tempestuosos aplausos, mientras que la más moderada alusión al chovinismo gran ruso era recibida con ironía o con un silencio helado.[40] Fue con un silencio helado que los delegados recibieron el discurso del propio Bujarin. Stalin, envalentonado por la actitud del Congreso, pudo permitirse ahora atenuar el significado y el alcance del ataque de Lenin contra su política y derrotar a los "desviacionistas".

37- 12 Syezd RKP (b), p. 63.
38- Ibid., pp. 150-151
39- Ibid.. pp. 528-534.
40- 12 Syezd RKP (b), pp. 561-565.

Trotsky siguió los debates con actitud impasible o ausentándose de la sala. Observó escrupulosamente los términos de su transacción con los triunviros y el principio de "solidaridad de gabinete" del Politburó. Este principio no impidió a Zinóviev hacer a Trotsky objeto de pullas alusivas a su "obsesión con la planificación". [41] Trotsky no reaccionó. Se mantuvo imperturbable cuando los oradores de la Oposición Obrera exigieron la disolución del triunvirato y atacaron a la Secretaría General. No tuvo un solo gesto de aliento para los descorazonados georgianos; y cuando inició el debate sobre las nacionalidades abandonó la sala, amparándose en la excusa de que tenía que atender a la preparación de su propio informe al Congreso.[42]

Cuando finalmente, el 20 de abril, Trotsky se dirigió al Congreso, dejó de lado las cuestiones que habían suscitado tanto calor y pasión y se refirió exclusivamente a la política económica.[43] Éste, sin duda, era un gran tema, en el que Trotsky veía la clave de todos los demás problemas; y al fin tuvo oportunidad de presentar en forma cabal y ante un auditorio en escala nacional las ideas que hasta entonces sólo había elaborado con poca cohesión o únicamente dentro del círculo cerrado de los dirigentes. Era parte de su convenio con los triunviros el que se le autorizara a presentar sus concepciones como una declaración de política oficial, aunque el Politburó disintiera de sus concepciones tanto como él disentía de la política de Stalin respecto a las nacionalidades no rusas. Trotsky concedía la mayor importancia a la oportunidad de presentar su política económica como la línea" oficial del Partido: y ello, a su juicio, probablemente justificaba en parte sus concesiones a los triunviros. Y, de hecho, ningún miembro del Politburó lo contradijo abiertamente mientras el Congreso discutió su informe.

Trotsky exhortó al Partido a convertirse en dueño del destino económico del país y a aplicarse a la grande y difícil tarea de la acumulación primiva socialista. Pasó revista a la experiencia de dos años de la Nueva Política Económica y redefinió sus principios. El doble propósito de la NEP, sostuvo, consistía en desarrollar los recursos económicos de Rusia y en encauzar ese desarrollo por vías socialistas. El aumento en la producción industrial todavía era lento e iba a la zaga de la recuperación en la agricultura privada. Así surgía una discrepancia entre los dos sectores de la economía, y la discrepancia se reflejaba en las "tijeras" que se abrían entre los altos precios industriales y los bajos precios agrícolas. (Este término metafórico que

41- Ibid.. pp. 45-46.

42- Ibid.. p. 577. Sin embargo, sólo un mes más tarde Trotsky volvió a atacar en Pravda la política de Stalin en Georgia, sin mencionar a Stalin. Trotsky escribió que si el chovinismo gran ruso lograba salirse con la suya en el Cáucaso, la invasión soviética resultaría ser "el peor crimen". Obras (ed. rusa), vol. XXL pp. 317-326.

43- 12 Syezd RKP (b), pp. 282-322.

Trotsky acuñó vino a formar parte, en poco tiempo, del lenguaje de los economistas de todo el mundo.)[44] Puesto que los campesinos no podían comprar los productos industriales y no tenían incentivos reales para vender sus propios productos, las "tijeras" amenazaban cortar nuevamente los vínculos económicos entre la ciudad y el campo y destruir la alianza política entre el obrero y el campesino. Las "tijeras" deberían cerrarse mediante la reducción de los precios industriales más bien que mediante la elevación de los agrícolas. Era necesario racionalizar, modernizar y concentrar la industria; y ello requería planificación.

La planificación fue su tema principal. No abogó, como alegaron más tarde sus adversarios, por el abandono de la NEP, en favor de la planificación. Instó al Partido a pasar de la "retirada" a una ofensiva socialista dentro de la estructura de la NEP. "La Nueva Política Económica", dijo, "es el campo de batalla que nosotros mismos hemos creado para la lucha entre nosotros y el capital privado. Lo hemos creado, lo hemos legalizado v en él nos prononemos librar la lucha seriamente y durante largo tiempo"[45] Lenin había dicho que la NEP había sido concebida "seriamente y para largo tiempo": y los adversarios de la planificación citaban la frase con frecuencia. "Sí, seriamente y para largo tiempo", replicó Trotsky, "pero no para siempre. Hemos introducido la NEP para derrotarla en su propio terreno y utilizando en buena medida sus propios métodos. ¿En qué forma?

Haciendo uso efectivo de las leyes de la economía de mercado... y también interviniendo, a través de nuestra industria de propiedad estatal, en el juego de esas leyes y ampliando sistemáticamente la esfera de la planificación. A la larga extenderemos la planificación a toda la esfera del mercado, absorbiendo y aboliendo así el mercado".[46]

Las concepciones bolcheviques sobre la relación entre la planificación y la economía de mercado eran todavía sumamente vagas. La mayoría de los bolcheviques consideraban que la NEP era casi incompatible con la planificación. Veían en la NEP un acto de apaciguamiento de la propiedad privada en el que habían tenido que incurrir obligados por la debilidad. Pensaban que la necesidad de tal apaciguamiento duraría años, y por lo tanto era necesario subrayar la estabilidad de la NEP y fortalecer la confianza de los campesinos y los comerciantes en ella. Sólo en un futuro más o menos remoto podría el Partido derogar las concesiones que le había hecho a la propiedad privada y abolir la NEP, y sólo entonces serta posible organizar una economía planificada. Esta concepción habría de servir de base a la política de Stalin a lo largo de la década, durante la cual primero se resistió a la

---

44- Ibid., pp. 292-293.
45- Ibid., p. 285.
46- 12 Syezd RKP (b), p. 331.

planificación en nombre de la NEP y posteriormente decretó la "abolición" de la NEP en beneficio de la planificación, "liquidó" el comercio privado y destruyó la agricultura privada.

Según la concepción de Trotsky, la NEP no había sido concebida tan sólo para apaciguar a la propiedad privada. Había creado la estructura para la cooperación, la competencia y la lucha a largo plazo entre el sector socialista y el sector privado de la economía. La cooperación y la lucha eran para él aspectos dialécticamente opuestos de un mismo proceso. En consecuencia, instó al Partido a proteger y ampliar el sector socialista, incluso mientras propiciaba y ayudaba a desarrollar al sector privado. La planificación socialista no suplantaría un día a la NEP de un solo golpe. La planificación debería desarrollarse dentro de la economía mixta hasta que el sector socialista, en virtud de su creciente preponderancia, absorbiera, transformara o eliminara al sector privado y desbordara el marco de la NEP. En el plan de Trotsky no había lugar para ninguna abolición "súbita" de la NEP, para la prohibición del comercio privado ni para la destrucción violenta de la agricultura privada, como tampoco lo había para ninguna proclamación de la "transición al socialismo". Esta diferencia entre el enfoque de Trotsky y el de Stalin sólo habría de manifestarse en forma marcadísima al finalizar la década. De inmediato, sin embargo, y debido a la insistencia de Trotsky en la necesidad de una política de ofensiva socialista, muchas personas lo juzgaron básicamente opuesto a la NEP.

No es necesario examinar aquí los detalles económicos del razonamiento de Trotsky ni sus argumentos en favor de la acumulación primitiva socialista, ya que en el capítulo anterior hemos resumido sus ideas sobre el asunto. Baste decir que su discurso y las "Tesis" que presentó figuran entre los documentos más importantes sobre la historia económica soviética, y que en ellos trazó una perspectiva de varías décadas para la economía soviética, las décadas durante las cuales la evolución de la Unión Soviética habría de ser determinada por los procesos de la formación forzosa de capital en una economía subdesarrollada pero nacionalizada en gran medida. El historiador marxista podría, en efecto, describir esas décadas, las décadas stalinianas, como la era de la acumulación primitiva socialista; y podría hacerlo en términos de la exposición de la idea que hizo Trotsky en 1923.[47]

Pero sean cuales fueran los méritos históricos de la ejecutoria de Trotsky en el duodécimo Congreso y sea cual fuera el interés que esa ejecutoria pueda tener para cualquier estudio de las ideas marxistas, lo cierto es que no mejoró la posición de Trotsky para la lucha que tenía por delante. Su idea central estaba, en general, más allá de la comprensión de su auditorio. El Congreso, como de costumbre, se

47- En años posteriores el propio Trotsky habló raras veces, si no es que nunca, de la "acumulación primitiva socialista

sintió impresionado, pero esta vez lo impresionó más el *élan* que el contenido de su discurso. Las pocas implicaciones de su pensamiento que la masa de delegados pudo aprehender eran tales que suscitaban aprensión y hasta suspicacia. Algunos no pudieron dejar de preguntarse si Trotsky al fin y al cabo, no exhortaba al Partido a abandonar la NEP y volver a la desastrosa política del comunismo de guerra. Cuando él exigió que la producción industrial se concentrara en un número reducido de grandes empresas eficientes, quedó planteado el problema de qué sucedería con los obreros que perderían sus empleos a causa del cierre de las fábricas ineficientes. Cuando él sostuvo que la clase obrera debería soportar el peso principal de la reconstrucción industrial, no hizo el menor esfuerzo por suavizar el duro impacto de sus palabras. Por el contrario, le dio a su pensamiento un énfasis adicional que sólo podía alarmar y anonadar a muchos obreros. "Podrá haber ocasiones", dijo, "en que el gobierno no pueda pagar salarios, o cuando sólo pueda pagar la mitad de los salarios y ustedes, los obreros, tengan que prestarle (la otra mitad) al Estado".[48] Fue así, "quitándoles la mitad de sus salarios a los obreros", como Stalin fomentó más tarde la acumulación; pero entonces les dijo a los obreros que el Estado les estaba pagando el doble o el triple de los salarios que habían devengado antes. Cuando Trotsky planteó esta cuestión ante el Congreso con toda su franqueza y su honradez despiadada, los obreros se sintieron más impresionados por lo despiadado que por la honradez. No pudieron dejar de preguntarse si Trotsky no les estaba diciendo otra vez, como cuando les dijo al formar los Ejércitos del Trabajo, que ellos debían adoptar el punto de vista del productor y no el del consumidor. Nada podía ser más fácil para los agentes de los triunviros que confirmar esta sospecha en el ánimo de los obreros.

¿Y cómo, se preguntaban otros, afectaría la política de Trotsky al campesinado? ¿No llevaría al Partido a un choque con el muzhik? Ríkov y Sokólnikov habían dicho ya, en el Politburó y en el Comité Central, que sí lo empujaría. Un incidente significativo ocurrido en el Congreso dio mayor relieve a la cuestión. En el debate, Krasin, el viejo compañero de Trotsky, se dirigió directamente a éste y le preguntó si había medido hasta sus últimas consecuencias las implicaciones de la acumulación primitiva socialista. El capitalismo de los primeros tiempos, señaló Krasin, no sólo había remunerado mal a los obreros y se había apoyado en la "abstinencia" de los empresarios para fomentar la acumulación. También había explotado a las colonias: había "saqueado continentes enteros": había destruido a los pequeños propietarios campesinos de Inglaterra: y había arruinado a los tejedores artesanales de la India, sobre cuyos huesos, que "blanqueaban las llanuras de la India", se había erigido

---

48- 12 Syezd RKP (b), p. 315.

la moderna industria textil. ¿Llevaba Trotsky la analogía a su conclusión lógica?[49]

Krasin planteaba la cuestión sin intención hostil, abordándola desde su punto de vista particular: como Comisario de Comercio Exterior había tratado de persuadir al Comité Central de la necesidad de incrementar el comercio exterior... y de hacerle más concesiones al capital extranjero. Trataba de hacerle ver al Congreso que, puesto que como bolcheviques no podían despojar a los campesinos ni saquear colonias -todo el mundo daba esto por sentado-, debían tratar de conseguir empréstitos extranjeros: y que el capital extranjero podría ayudar a Rusia a llevar a cabo la acumulación primitiva y a evitar los horrores que habían acompañado a tal acumulación en Occidente. Los bolcheviques, sin embargo, habían descubierto ya que tenían pocas posibilidades de conseguir créditos extranjeros bajo condiciones aceptables; y así la cuestión que Krasin planteaba conservaba su plena vigencia: ¿de dónde provendrían los recursos necesarios para la acumulación rápida? Cuando Krasin habló del saqueo del campesinado y de los "huesos blanqueóos" de los tejedores artesanales de la India. Trotsky saltó para negar que él hubiese "propuesto nada parecido".[50] Y decía la verdad. Sin embargo, ¿no conducía la lógica de su actitud, al fin y al cabo, al "saqueo del campesinado"? El hecho de que Trotsky saltara para negarlo implica que sentía cernirse sobre su cabeza una nube de suspicacia, no más grande todavía que la mano de un hombre.

Habiendo dicho lo suficiente para antagonizar a los obreros y para suscitar en el Partido el temor a un choque con el campesinado, Trotsky se ganó a continuación la enemistad de los directores y administradores industriales. No podía dejar de decir las cosas más impopulares una vez que estaba convencido de que lo que tenía que decir era de vital importancia y de que tenía el deber de decirlo. Y así describió la situación de la industria con colores tan sombríos y fustigó a la nueva burocracia económica en forma tan despiadada por su presunción, engreimiento e ineficiencia, que ésta resintió el latigazo y buscó la manera de desquitarse. Si Trotsky, replicaron los administradores, veía la economía en colores tan sombríos y se sentía tan disgustado con el trabajo de sus dirigentes, era porque no podía contentarse con nada que no fuera la Utopía de una economía planificada.[51]

Así, lenta pero inexorablemente, comenzaron a desenvolverse y acumularse las circunstancias que a la larga conducirían a la derrota de Trotsky. Éste dejó pasar la oportunidad de apabullar a los triunviros y desprestigiar a Stalin. Abandonó a sus aliados. No actuó como portavoz de Lenin con la determinación que Lenin había esperado de él. No apoyó ante el Partido entero a los georgianos y a los

---

49- Ibid., pp. 351-352
50- Loc. cit.
51- Ibid., pp. 322-350 et passim

ucranianos que había defendido en el Politburó. Mantuvo silencio cuando el clamor por la democracia interna del Partido se elevó desde las bancas. Expuso ideas económicas cuya trascendencia histórica escapaba a su auditorio, pero que sus adversarios podían tergiversar fácilmente para convencer a los obreros, campesinos y burócratas de que Trotsky no era su amigo y de que todas las clases y grupos sociales debían temblar ante la sola idea de que él pudiera convertirse en el sucesor de Lenin. Al mismo tiempo, los triunviros trataron asiduamente de complacer a todo el mundo, prometiéndole algo a cada clase y grupo social, tolerando todo género de engreimiento y halagando toda vanidad imaginable.

Por último, Trotsky fortaleció directamente a los triunviros cuando declaró su "inconmovible" solidaridad con el Politburó y el Comité Central e invitó a la base del Partido a ejercer "en esta coyuntura crítica" la más estricta moderación de sus actos y la máxima vigilancia. Hablando sobre una moción que exhortaba a la unidad y la disciplina en ausencia de Lenin, afirmó: Yo no seré el último entre nosotros en defender (esta moción), en ponerla en vigor y en combatir sin piedad a cuantos traten de infringirla".[52] "Si en el actual estado de ánimo", añadió, "el Partido nos pone en guardia enfáticamente contra cosas que le parecen peligrosas, el Partido tiene razón, aun cuando exagere, porque lo que tal vez no sería peligroso en otras circunstancias debe parecer doble y triplemente sopechoso en la actualidad." En este estado de alarma y de suspicacia exacerbada, a los triunviros, por supuesto, les resultaba fácil imponerse y ahogar a la oposición. Trotsky compartía con ellos la ansiedad por el golpe que la muerte de Lenin representaría para el Partido; y en su deseo de fortalecer al Partido debilitó su propia posición dentro de éste. Es indudable que confiaba en la lealtad de los triunviros. Pese a la poca estima en que los tenía, los trataba como a camaradas y esperaba de ellos que se comportaran con cierta propiedad frente a él. No se imaginaba que aquéllos explotarían sus gestos desinteresados en su inmediato y personal provecho.

El Comité Central ampliado que fue elegido por el duodécimo Congreso confirmó a Stalin en su puesto de Secretario General. Trotsky no hizo ningún esfuerzo por impedirlo; en todo caso, no propuso ningún otro candidato, como sabía que lo habría hecho Lenin. En ausencia de Lenin, de todos modos, no tenía ninguna posibilidad de desplazar a Stalin. Los triunviros dominaban el Politburó y, a través de éste, al Comité Central lo mismo que antes. También dominaban la nueva Comisión Central de Control, elegida para actuar como el supremo tribunal disciplinario del Partido. El hombre escogido para presidirla fue Kuíbyshev, colaborador cercano de Stalin.

Los triunviros no tenían ninguna razón para precipitar un enfrentamiento decisivo

52- 12 Syezd RKP (b), p. 320

con Trotsky. Éste no ofrecía ninguna provocación y aquéllos todavía no se sentían seguros sobre cómo reaccionaría el Partido si el conflicto se hacía público. Con todo, Stalin no perdió tiempo en la preparación del escenario. Utilizó sus amplios poderes de nombramiento para eliminar de los puestos importantes, en el centro y las provincias, a los miembros que probablemente seguirían a Trotsky; y llenó las vacantes con partidarios del triunvirato o, preferiblemente, de su propia persona. Tuvo buen cuidado de justificar los ascensos y las destituciones de acuerdo con los méritos de cada caso, y para ello le resultó muy útil la regla, establecida por Lenin, de que los nombramientos debían hacerse con base en el número de años que un miembro había militado en el Partido. Esta regla favorecía automáticamente a la Vieja Guardia, especialmente a su *caucus*.

Fue en el transcuro de este año, 1923, cuando Stalin haciendo pleno uso de este sistema de patronazgo, se convirtió imperceptiblemente en el amo del Partido. Los funcionarios que él nombraba como secretarios regionales o locales sabían que sus posiciones y su confirmación en los puestos no dependían de los miembros de la organización local, sino de la Secretaría General. Esta falange de secretarios vino a "sustituir" al Partido y aun a la Vieja Guardia, de la cual formaba un sector importante. Mientras más se acostumbraban los secretarios regionales y locales a actuar uniformemente bajo las órdenes de la Secretaría General, más iba sustituyendo ésta al Partido en su conjunto. En teoría, el Partido todavía era gobernado por el Comité Central y por las decisiones de los Congresos. Pero de ahora en adelante un Congreso del Partido no podía ser más que una patraña: por regla general sólo los candidatos de la Secretaría General tenían la oportunidad de ser elegidos como delegados.

Trotsky observaba este cambio en el Partido, aprehendía su significación, pero no podía hacer nada para detenerlo. Sólo de una manera pudo haber tratado de contrarrestarlo: apelando abiertamente a la base y exhortándola a resistir las imposiciones de la Secretaría General. Pero, puesto que Stalin estaba respaldado por el Politburó y por la mayoría del Comité Central, ello habría sido una incitación contra la dirección recientemente elegida y legalmente constituida. Ningún miembro aislado del Politburó, ni siquiera el que gozara de la mayor autoridad, podía arriesgarse a hacer tal cosa. Menos que nadie podía Trotsky correr el riesgo, después de haberle ocultado al Partido sus diferencias con los triunviros, después de haber proclamado solemnemente su solidaridad con ellos y de haberse comprometido a actuar como el guardián más celoso y vigilante de la disciplina. Si hubiese intentado levantar al Partido contra los triunviros, habría dado la impresión de que obraba con hipocresía, movido por rencores personales o por la ambición de ocupar el lugar de Lenin.

Por el momento sólo podía oponerle resistencia a Stalin dentro del Politburó y

del Comité Central. Pero allí estaba aislado y sus palabras contaban poco. Incluso Bujarin se inclinaba cada vez más a los triunviros. (Entre los cuarenta miembros del nuevo Comité Central, Trotsky sólo tenía tres amigos políticos: Rakovsky, Rádek y Piatakov.) Las sesiones del Politburó que tenían lugar en su presencia se iban convirtiendo en meras formalidades: todas las cartas estaban barajadas contra él y el verdadero Politburó trabajaba en su ausencia. Así, poco después del duodécimo Congreso, empezó a sufrir las consecuencias de sus dilaciones. Ya era el prisionero político de los triunviros. Incapaz de lograr nada contra ellos dentro de los organismos de dirección del Partido e incapaz de emprender ninguna acción contra ellos desde afuera, sólo podía darse tiempo y esperar a que algún acontecimiento abriera una nueva perspectiva.

En el verano de 1923 Moscú y Petrogrado se vieron súbitamente sacudidos por una fiebre política. Durante julio y agosto se produjo una gran inquietud en la industria. Los obreros consideraban que se les estaba obligando a soportar una parte excesiva del peso de la recuperación industrial. Sus salarios eran una mera pitanza, y a menudo no recibían ni siquiera eso. Los directores industriales, que operaban las empresas con pérdidas y sin contar con subsidios y créditos estatales, no habían podido pagarles a los trabajadores, les debían salarios atrasados hacía meses y recurrían a dolorosos fraudes y trucos para reducir sus nóminas de pago. Los sindicatos, renuentes a perturbar el resurgimiento industrial, se negaban a presentar demandas. Finalmente, en muchas fábricas estallaron huelgas espontáneas, que se propagaron y fueron acompañadas por violentas explosiones de descontento. Los sindicatos se vieron cogidos por sorpresa, y lo mismo les sucedió a los dirigentes del Partido. La amenaza de una huelga general se dejaba sentir en el ambiente, y el movimiento parecía estar a punto de convertirse en una rebelión política. Desde los días del alzamiento de Kronstadt no había habido tanta tensión en la clase obrera ni tanta alarma en los círculos gobernantes.

La conmoción fue más intensa por lo inesperada. Los círculos gobernantes habían contemplado la situación económica con actitud satisfecha y habían alardeado de una constante mejoría. No habían recibido señales oportunas de las dificultades que se aproximaban, o, si les llegó alguna advertencia, la pasaron por alto. Al ser despertados rudamente, empezaron a buscar a los culpables que habían incitado a los obreros. En los niveles inferiores, en los comités del Partido, la conmoción hizo que la gente se preguntara más seriamente cómo era posible que después de dos años de la promulgación de la NEP existiera todavía tanto y tan profundo descontento. ¿Qué valor tenían, preguntaron, los informes oficiales sobre el progreso económico? ¿No habían pecado los dirigentes del Partido de excesiva satisfacción consigo mismos y no habían perdido contacto con la clase obrera? No tenía mucho sentido ponerse a buscar culpables si tales preguntas quedaban sin respuesta.

Los culpables no fueron fáciles de encontrar. El origen de la agitación en favor de las huelgas no podía hallarse en los residuos de los partidos antibolcheviques que, rigurosamente reprimidos, habían estado inactivos. La suspicacia oficial se volvió hacia la Oposición Obrera. Pero los dirigentes de ésta también habían sido sorprendidos por las huelgas. Intimidada por las constantes amenazas de expulsión, la Oposición Obrera se había replegado y estaba desintegrándose. Sus grupos dispersos, sin embargo, habían participado en cierta medida en la agitación huelguística, que en lo fundamental era espontánea. La más importante de esas fracciones era el Grupo Obrero, encabezado por tres trabajadores: Miasnikov, Kuznetsov y Moiséiev, todos ellos miembros del Partido desde 1905 cuando menos. En abril y mayo, inmediatamente después del XII Congreso, hicieron circular un manifiesto en el que denunciaban la Nueva Explotación del Proletariado y exhortaban a los obreros a luchar por la democracia soviética.[53] En mayo Miasnikov fue arrestado. Pero sus seguidores continuaron propagando sus ideas. Cuando las huelgas estallaron, se preguntaron si no debían ir a las fábricas para hacer un llamado a la huelga general. Todavía estaban discutiendo el asunto cuando la GPU los arrestó a todos, unas veinte personas en total.[54]

El descubrimiento de que este grupo y otros similares, como el de La Verdad Obrera, habían estado activos en las fábricas causó entre los dirigentes del Partido un desaliento que parecía completamente desproporcionado en relación a su causa. Pero, pequeños y todo, estos grupos tenían muchos contactos en el Partido y los sindicatos. Los militantes bolcheviques de base escuchaban sus argumentos con simpatía abierta o disimulada. Puesto que los sindicatos no expresaban las quejas de los obreros, y puesto que el Partido no les prestaba ninguna atención considerable, las pequeñas sectas políticas, de no ser reprimidas, pendían adquirir rápidamente una amplia influencia y ponerse a la cabeza del descontento. Los instigadores de la revuelta de Kronstadt no habían sido más numerosos ni influyentes, y donde hay mucho material inflamable unas cuantas chispas pueden producir una conflagración. Los dirigentes del Partido buscaron la manera de apagar las chispas. Resolvieron suprimir al Grupo Obrero y a La Verdad Obrera sobre la base de que los miembros de esas organizaciones no se consideraban ya obligados por la disciplina del Partido y llevaban a cabo una agitación semiclandcstina contra el gobierno. Dzerzhínsky fue encargado de la represión. Cuando se puso a investigar las actividades de los presuntos culpables, descubrió que inclusq miembros del Partido de cuya lealtad no cabía dudar los consideraban como camaradas y se negaban a prestar testimonio

53- El manifiesto fue publicado por simpatizadores alemanes del grupo en Berlín en 1924. Das Manifest der Arbeitergruppe der Russischen Koinrnunistischen Partri,
54- V. Sorin. Rabóchaya Gruppa, pp. 97-112. El grupo aparentemente tenía 200 miembros en Moscú.

contra ellos. Dzerzhinsky se dirigió entonces al Politburó para pedirle que declarara que todo miembro del Partido tenía el deber de denunciar ante la GPU a quienes realizaban dentro del Partido acciones agresivas contra los dirigentes oficiales.

El asunto se planteó en el Politburó inmediatamente después de que Trotsky y los triunviros habían tenido varios choques que habían envenenado sus relaciones; y la petición de Dzerzhinsky era más de lo que él podía digerir. Trotsky no deseaba en modo alguno defender al Grupo Obrero ni a ninguna otra facción disidente de tipo parecido. No protestó cuando los partidarios de estos grupos fueron encarcelados. Aunque sostenía que una buena parte de su descontento era justificada y que muchas de sus críticas eran fundadas, no simpatizaba con sus burdas y anárquicas acciones. Tampoco se sentía inclinado a apoyar la agitación en la industria. No veía cómo el gobierno podría satisfacer las demandas de los obreros cuando la producción industrial todavía era insignificante: no servía de nada pagar salarios más altos cuando los salarios no podían comprar mercancías. Veía que las huelgas, al demorar la recuperación, sólo empeoraban las cosas; y se negó a conquistar popularidad haciendo promesas imposibles de cumplir o explotando las quejas. En lugar de ello, abogó nuevamente por el cambio que reclamaba hacía tiempo la política económica. Tampoco se inclinaba en modo alguno a apoyar la demanda de democracia soviética en la forma extrema en que la habían planteado la Oposición Obrera y sus fracciones. Pero hizo constar su oposición a la forma en que los triunviros y Dzerzhinsky se proponían afrontar las dificultades y a la obstinación con que se referían a los síntomas del descontento en lugar de examinar la causa profunda de éste. Cuando vio que el Politburó estaba a punto de ordenar a los miembros del Partido que se espiaran y delataran los unos a los otros, el disgusto se apoderó de él.

La petición de Dzerzhinsky había planteado un problema delicado, porque la actitud de los bolcheviques frente a la GPU no se asemejaba en nada a la altiva repugnancia con que el buen demócrata burgués ve normalmente a cualquier policía política. La GPU era la "espada de la revolución", y todos los bolcheviques se habían sentido orgullosos de cooperar con ella en su actividad contra los enemigos de la resolución. Pero después de la guerra civil, cuando se produjo la reacción contra el terror, muchos de quienes habían ingresado como voluntarios en el personal de la GPU la abandonaron de buena gana. "Sólo los santos o los sinvergüenzas pueden servir en la GPU", se quejó Dzerhinsky por aquel entonces ante Rádek y Brandler, "pero ahora los santos me están abandonando y dejando solo con los sinvergüenzas".[55] Con todo, esta GPU adulterada era todavía el guardián del monopolio bolchevique del poder. Hasta entonce lo había defendido únicamente de

55- Esto se lo relató Brandler al autor de este libro.

sus enemigos externos. Guardias Blancas, mencheviques, social-revolucionarios y anarquistas. La cuestión que se planteaba ahora era si la GPU también debía defender ese monopolio contra sus supuestos enemigos bolcheviques. De ser así, no podía hacerlo si no era actuando dentro del propio Partido.

Trotsky no le pidió de manera tajante al Politburó que rechazara la petición de Dzerzhinsky. Evadió la cuestión y se refirió al problema de fondo. "Me parece", escribió en una carta dirigida al Comité Central el 8 de octubre de 1923, "que informar a la organización del Partido sobre el hecho de que sus comités están siendo utilizados por elementos hostiles, es una obligación tan elemental de sus miembros que no debería ser necesario aprobar una resolución especial en ese sentido seis años después de la Revolución de Octubre. La petición misma en favor de tal resolución constituye un síntoma sumamente alarmante junto con otros no menos claros." [56] Era una indicación del abismo que separaba ahora a los dirigentes de la base, el abismo que se había ensanchado especialmente a partir del XII Congreso y que el sistema de patronazgo de Stalin había profundizado.

Cuando Trotsky hizo esta afirmación, los triunviros le recordaron que él mismo había gobernado a los sindicatos, bajo el comunismo de guerra, a través de los funcionarios nombrados por él. Trotsky replicó diciendo que aun en el período culminante de la guerra civil "el sistema de nombramientos dentro del Partido no llegó a ser una décima parte de lo que es ahora. El nombramiento de los secretarios de los comités provinciales constituye actualmente la regla. Eso le crea al Secretario una posición esencialmente independiente de la organización local.. Trotsky no impugnó explícitamente las prerrogativas del Secretario General; sólo lo instó a utilizarlas con moderación y prudencia. Confesó que en el último Congreso, cuando escuchó los alegatos presentados allí en favor de la democracia proletaria, muchos de ellos "me parecieron exagerados y en buena medida demagógicos, porque una democracia obrera plenamente desarrollada es incompatible con el régimen dictatorial". Sin embargo, el Partido no debía seguir viviendo bajo la alta presión de la disciplina do la guerra civil. Ésta "debe cederle lugar a una responsabilidad partidaria más viva y más amplia. El régimen actual... dista mucho más de cualquier democracia obrera que el régimen del período más riguroso del comunismo de guerra". "La selección sccretarial" era la causa de la "inaudita burocratización del aparato del Partido". La jerarquía de los secretarios "creaba la opinión partidaria", disuadía a los miembros de expresar e incluso de poseer opiniones propias y se dirigía a la base sólo con palabras de mando y emplazamiento. No cabía sorprenderse, pues, de que el descontento que no podía "disiparse mediante el intercambio abierto de opiniones en las reuniones del

56- Max Eastman, Since Lenin Died, pp. 142-143.

Partido y mediante la influencia de la masa de miembros sobre la organización del Partido... se acumulara en secreto y diera origen a conflictos y tensiones".[57]

Trotsky renovó también su ataque contra la política económica de los triunviros. El fermento dentro del Partido, sostuvo, se intensificaba debido a la inquietud en la industria: y esto era consecuencia de la falta de previsión económica. Ya había descubierto que el único triunfo que los triunviros le habían permitido anotarse en el XII Congreso, el triunfo en aras del cual les había cedido tanto terreno, era espurio: el Congreso había adoptado sus resoluciones sobre política industrial, pero éstas habían seguido siendo letra muerta. Ahora, al igual que antes, la administración económica se caracterizaba por la ineficiencia y la confusión. Nada se había hecho para convertir a la Gosplan en el centro orientador de la economía. El Politburó creó una serie de comités para investigar los síntomas de la crisis en lugar de ir a sus raíces. El propio Trotsky había sido invitado a formar parte de un comité encargado de estudiar el problema de los precios, pero se había negado a aceptar la encomienda. No deseaba, declaró, participar en una actividad dirigida a eludir los problemas y a posponer las decisiones.

Inmediatamente antes de que Trotsky formulara estas críticas había tenido sus choques ya mencionados con los triunviros. Algunos de éstos tuvieron lugar durante las deliberaciones sobre la situación en Alemania, donde, según Trotsky, la agitación provocada por la ocupación francesa del Ruhr les ofrecía a los comunistas alemanes una oportunidad excepcional. Otros choques se desarrollaron cuando los triunviros propusieron cambios en el Consejo Militar Revolucionario presidido por Trotsky. Zinóviev estaba empeñado en introducir en el Consejo a Stalin o cuando menos a Voroshílov y Lashévich. No es del todo clara la razón que lo indujo a hacer esa proposición, ni si actuó de acuerdo con Stalin o movido por el deseo de ganar para los triunviros una participación decisiva en el control de los asuntos militares; o si ya estaba comprometido en una acción sutil contra Stalin encaminada a desplazarlo de la Secretaría General.[58] Lo cierto es que cuando Zinóvicv presentó su moción, Trotsky, ofendido e indignado, declaró que renunciaba, en señal de protesta, a todos los puestos que desempeñaba: el Comisariado de la Guerra, el Consejo Militar Revolucionario, el Politburó y el Comité Central. Pidió que se le enviara al extranjero "como un soldado de la revolución" para ayudar al Partido Comunista alemán a preparar su revolución. La idea no era una ocurrencia repentina. El jefe del Partido alemán. Heinrich Brandler, acababa de llegar a Moscú, y como abrigaba dudas sobre su capacidad y la de sus camaradas para encabezar una insurrección, les había planteado con toda seriedad a Trotsky y a Zinóviev la posibilidad de

57- Ibid.

58- Véase más adelante, p. 227.

que el primero se trasladara de incógnito a Berlín o Sajonia para hacerse cargo de las operaciones revolucionarias.[59] La idea sedujo a Trotsky, y el peligro de la misión excitó su valor personal. Desilusionado por el giro que habían tomado los acontecimientos en Rusia, disgustado con las intrigas en el Politburó y tal vez cansado ya de ellas, pidió que se le encomendara osa misión. Contribuir una vez más a la victoria de una revolución combatiente le resultaba más atractivo que saborear el fruto agusanado de una revolución victoriosa.

Los triunviros no podían dejarlo ir. En Alemania podría hacerse doblemente peligroso. Si iba, triunfaba y regresaba como vencedor, los eclipsaría como el jefe reconocido de la revolución rusa tanto como de la alemana. Pero si algo le sucedía, si caía en manos del enemigo de clase o si moría luchando, el Partido sospecharía que los triunviros le habían encomendado una misión condenada al fracaso para deshacerse de él; y ni Stalin ni sus aliados podían arriesgarse todavía a incurrir en tal sospecha. No podían permitir ni que Trotsky ganara los laureles de una nueva victoria revolucionaria ni que se ciñera siquiera la corona del mártir. Salieron del trance convirtiendo la dolorosa escena en una farsa. Zinóviev replicó que él mismo, como Presidente de la Internacional Comunista, iría a Alemania "como un soldado de la revolución" en lugar de Trotsky. Entonces Stalin intervino, y con un despliegue de hombría de bien y sentido común dijo que el Politburó no podía prescindir de ninguna manera de los servicios de cualquiera de sus dos miembros más eminentes y queridos. Tambien no podía aceptar la renuncia de Trotsky al Comisariado de la Guerra y al Comité Central, que crearía un escándalo de primera magnitud. Por lo que a él mismo tocaba, Stalin accedería de buen grado a permanecer excluido del Comité Militar Revolucionario si ello pudiera restaurar la armonía. El Politburó aceptó la "solución" de Stalin, y Trotsky, comprendiendo lo grotesco de la situación, abandonó el salón en mitad de la reunión "dando un portazo al salir"[60]

Tal era el estado de cosas en el Politburó inmediatamente antes de que Dzerzhinsky hiciera su proposición y de que Trotsky escribiera la carta del 8 de octubre, en la que enfrentaba a los triunviros con un claro desafío. Éstos no se alarmaron

---

59- La fuente de esta afirmación es Brandler.

60- El ex-secretario de Stalin subraya así el carácter grotesco del incidente: "La escena tuvo lugar en el Salón del Trono. La puerta del Salón es enorme y maciza. Trotsky corrió hacia ella, la haló con toda su fuerza, pero la puerta sólo se abría con suma lentitud. Algunas puertas no se prestan a los portazos. En su furia, sin embargo. Trotsky no se dio cuenta de ello, y todavía hizo otro violento esfuerzo por cerrar la puerta. Pero ésta se cerraba con la misma lentitud con que se abría. Y así, en lugar de presenciar un gesto dramático que indicaba un rompimiento histórico, observamos a una triste e impotente figura que luchaba con una puerta. Bajanov, Avec Staline dans le Kremlin, pp. 76-77.

más de lo debido, porque Trotsky no había hecho pública la controversia: su carta estaba dirigida únicamente a los miembros del Comité Central que tenían derecho a conocer los secretos del Politburó.

Sin embargo, una semana más tarde, el 15 de octubre, cuarenta y seis miembros prominentes del Partido hicieron una declaración solemne dirigida contra la dirección oficial y que criticaba la política de ésta en términos casi idénticos a los que Trotsky había empleado. Declaraban que el país estaba amenazado por la ruina económica porque "la mayoría del Politburó" no tenía ninguna política y no veía la necesidad de una dirección y una planificación de la industria con un propósito definido. No exigían ningún cambio concreto en la dirección; sólo instaban al Politburó a que. se colocara a la altura de su tarea. Los cuarenta y seis protestaban también contra el predominio de la jerarquía de los secretarios y contra la supresión de la discusión, alegando que los Congresos y las Conferencias regulares del Partido, llenos de delegados por designación, habían dejado de ser representativos. A continuación, yendo más lejos que Trotsky. los cuarenta y seis exigían que la prohibición de los agrupamientos en el seno del Partido fuera abolida o atenuada porque le senda a una facción como pantalla para ocultar su dictadura sobre el Partido, inducía a los miembros descontentos a formar grupos clandestinos y minaba la lealtad de éstos al Partido. "La lucha interna en el Partido se libra tanto más enconadamente cuanto más se libra en silencio y en secreto." Por último. los firmantes de la declaración pedían que el Comité Central convocara a una Conferencia extraordinaria para examinar la situación.[61]

Los cuarenta y seis se hacían eco de las críticas de Trotsky tan fielmente que los triunviros no pudieron menos que sospechar que éste era el inspirador directo, si acaso no el organizador de su protesta.[62] Dieron por descontado que los cuarenta y seis se habían unido para formar una facción sólida. La actitud de Trotsky era, en realidad, más reservada de lo que pensaban los triunviros. Cierto era que entre los cuarenta y seis se encontraban sus íntimos amigos políticos: Yuri Piatakov, el más capaz y esclarecido de los administradores industriales; Evgueni Preobrazhensky, el economista y ex-Secretario del Comité Central; Liev Sosnovsky, el talentoso colaborador de Pravda; Iván Smirnov, el vencedor de Kolchak; Antónov-Ovseienko, el héroe de la insurrección de octubre y ahora principal comisario político del Ejército Rojo; Murálov, el comandante de la guarnición de Moscú, y otros. Trotsky les había confiado sus pensamientos y sus preocupaciones a estos hombres, e incluso había mantenido a algunos de ellos al tanto de sus conversaciones íntimas

---

61- The Trotsky Archives

62- La responsabilidad de Trotsky por la acción de los cuarenta y seis fue un punto central del debate en la XIII Conferencia del Partido en enero de 1924.

con Lenin.[63] Ellos formaban el círculo dirigente de la llamada Oposición de 1923 y representaban el elemento "trotskista" en ésta. Pero los cuarenta y seis no eran un grupo homogéneo. Entre ellos había también partidarios de la Oposición Obrera y de los deccmistas, como V. Smirnov, Saprónov, Kossior, Bubnov y Osinsky, cuyas opiniones diferían de las de los trotskistas. Muchos de los firmantes añadieron a la declaración común serias reservas sobre puntos especiales o claras expresiones de disidencia. La declaración aludía con igual énfasis a dos problemas: la planificación económica y la democracia interna en el Partido. Pero algunos firmantes se interesaban primordialmente por lo primero en tanto que otros concedían mayor importancia a lo segundo. Hombres como Preobrazensky y Piatakov exigían libertad de crítica y discusión debido fundamentalmente a que se oponían a políticas económicas específicas y abrigaban la esperanza de que, mediante el debate, pudieran convertir a otros a su manera de pensar; mientras que miembros como Saprónov y Sosnovsky se hallaban en la oposición principalmente porque defendían la libertad dentro del Partido por lo que ésta valía en sí. Los primeros expresaban las aspiraciones de la élite avanzada y culta de la propia burocracia bolchevique, en tanto que los segundos representaban un rechazo de la burocracia en general. Lejos de formar una facción sólida, los cuarenta y seis constituían una coalición poco compacta de grupos e individuos unidos solamente por un vago denominador común de descontentos y aspiraciones.

¿Puede considerarse a Trotsky como el auspiciador directo de esta coalición, o hasta qué punto es lícito hacerlo? La pregunta no admite respuesta categórica. El mismo Trotsky la contestó negativamente, en tanto que sus adversarios alegaron que su negación era un ardid al que recurría con el objeto de evadir la responsabilidad de formal una facción.[64] Sin embargo. no adujeron ninguna prueba específica; y los cuarenta y seis no obraron como una facción coherente con una línea de conducta y disciplina claramente distinguible. Incluso muchos años después de la muerte de Trotsky, muchos de quienes se habían mantenido a su lado sostuvieron que él observaba las reglas de la disciplina de manera tan estricta, que no podía haber sido el auspiciador de esta particular expresión de protesta. A la luz de todo lo que se sabe sobre la conducta de Trotsky en relación con tales asuntos, es posible aceptar como vertladera esa afirmación. Sin embargo, cabe dudar de que él no tuviera, como también se sostiene, ningún conocimiento previo de la acción de los cuarenta y seis o de que ésta lo tomara por sorpresa. Preobrazhensky, Murálov, Antónov-Ovseienko indudablemente lo mantenían al tanto de lo que hacían, y no habrían hecho lo que hacían sin algún estímulo de su parte. De suerte que,

63- Mi vida, tomo II, p. 314.
64- 13 Konferentsia RKP (b), pp. 46, 92-102, 104-113; 13 Syezd RKP (b), pp. 156 sigs

aun cuando Trotskv no haya sido formalmente responsable de sus acciones, debe considerársele como su animador real.

Los cuarenta y sois dirigieron su protesta al Comité Central con la petición de que el Comité, de acuerdo con la costumbre largamente establecida, la pusiera en conocimiento del Partido. Los triunviros rechazaron la petición. Más aún. amenazaron con aplicar sanciones disciplinarias si los propios firmantes hacían circular el documento entre los miembros del Partido. Al mismo tiempo, agentes del Comité Central fueron enviados a las células para denunciar a los autores de la protesta inédita. A continuación se efectuó una sesión ampliada del Comité Central para discutir la declaración de los cuarenta y seis y la carta de Trotskv del 8 de octubre.[65] Al responderle a Trotsky, los triunviros repitieron las acusaciones que Stalin le había hecho en las reuniones del Politburó en enero v febrero. Trotsky, alegaron, actuaba movido por la ambición de poder y, aferrándose a la máxima de "todo o nada", no sólo se negaba a desempeñar funciones como delegado de Lenin, sino incluso a cumplir con sus deberes normales. Luego ennumeraron todas las cuestiones en relación con las cuales habían disentido de Trotsky durante los años recientes: pero callaron el hecho de que en lo tocante a casi todos esos problemas Lenin había coincidido a la larga con Trotskv. El Comité Central aprobó las acusaciones y censuró a Trotsky. También reprendió a los cuarenta vseis, calificando su protesta conjunta como una infracción de la prohibición de las facciones aprobada en 1921. En cuanto a Trotsky. el Comité Central no lo acusó directamente de organizar la facción, pero lo hizo moralmcnte responsable de la falta que le imputaba a los cuarenta y seis.

La condenación puso de relieve el círculo vicioso en que so hallaba cualquier oposición incipiente bajo las reglas disciplinarias de 1921. Los cuarenta y seis habían hecho su pronunciamiento precisamente para exigir que esas reglas fueran revocadas o mitigadas. Pero bastaba con que ellos hablaran en favor de una revisión de las reglas para quedar expuestos a la acusación de que ya las habían violado. La prohibición de las agrupaciones dentro del Partido se perpetuaba a sí misma y era irreversible: bajo ella no era posible iniciar ningún movimiento en favor de su revisión. Establecía dentro del Partido la disciplina cuartelada que puede ser alimento para un ejército pero que es veneno para una organización política: la disciplina que le permite a un solo hombre expresar una queja, pero que considera como amotinamiento la expresión conjunta de esa misma queja por varios hombres.

Los triunviros no podían reprimir fácilmente este "amotinamiento" particular. Los amotinados no eran simples soldados rasos, sino cuarenta y seis generales de la revolución. La mayoría de ellos tenía un historial heroico en la guerra civil.

65- KPSS u Rezolutsiaj, vol. I, pp. 776-768.

Muchos habían sido miembros del Comité Central. Algunos se habían unido a los bolcheviques en 1917, junto con Trotsky; otros habían sido bolcheviques desde 1904. Su protesta no podía ser ocultada. Al condenarla ante las células y al llamar a éstas a solidarizarse con la condena, pero sin dejarles conocer el documento denunciado, los triunviros despertaron una intensa suspicacia. El Partido se vio invadido de rumores alarmantes. Los triunviros tuvieron que abrir cuando menos una válvula de seguridad: el 7 de noviembre, en ocasión del sexto aniversario de la revolución, Zinóviev hizo una declaración solemne en la que prometía restaurar la democracia dentro del Partido. Como prueba de la validez de la promesa, Pravda y otros periódicos abrieron sus páginas a la discusión e invitaron a los miembros del Partido a escribir con franqueza sobre todos los problemas que los preocupaban.

Iniciar un debate después de "tres años de silencio" era una empresa arriesgada.[66] Los triunviros lo sabían. Abrieron la discusión en Moscú y la pospusieron cñ las provincias. Pero no bien acababan de abrir una válvula de seguridad cuando los golpeó la presión de una fuerza insospechada. Las células del Partido en Moscú estaban en actitud de rebelión. Recibían a los dirigentes oficiales con hostilidad y aclamaban a los portavoces de la oposición. En algunas asambleas en las grandes fábricas, los propios triunviros fueron objeto de escarnio y perdieron las votaciones por amplio margen.[67] La discusión se centró inmediatamente en la declaración de los cuarenta y seis, quienes ahora estaban en libertad de exponer sus opiniones ante los militantes de base. Piatakov era su portavoz más agresivo y efectivo; dondequiera que iba obtenía fácilmente grandes mayorías en favor de resoluciones redactadas en un lenguaje sumamente enérgico. Antónov-Ovseienko habló ante las organizaciones partidarias de la guarnición; y poco después de iniciado el debate, una tercera parte cuando menos de esas organizaciones habían tomado partido por la oposición. El Comité Central de la Juventud Comunista y la mayoría de las células de la Komsomol en Moscú hicieron lo mismo. Las universidades fueron presa de la excitación, y una amplia mayoría de células estudiantiles declararon su apoyo entusiasta a los cuarenta y seis. Los jefes de la oposición reaccionaron con júbilo. Según una versión, llegaron a sentirse tan seguros de su fuerza que discutieron entre sí la proporción en que estarían dispuestos a compartir con los triunviros el control sobre el aparato del Partido.

Los triunviros se asustaron. Cuando vieron de que lado se inclinaba la votación en las células de la guarnición, resolvieron que no debía permitirse que éstas siguieran votando. Destituyeron inmediatamente a Antónov- Ovseienko de su puesto de

66- En la XIII Conferencia del Partido Rádek habló de los "tres años de silencio" que precedieron a la discusión. 13 Konferentsia RKP (b), pp. 135-137.

67- Esto lo admitió Ríkov. Ibid., pp. 83-91. Véase también la descripción de Preobrazhensky de la crisis en el Partido. Ibid., pp. 104-113.

principal comisario político del Ejército Rojo, alegando que éste había amenazado al Comité Central al afirmar que las fuerzas annadas se alzarían "como un solo hombre" en favor de Trotsky, "el jefe, organizador e inspirador de las victorias de la revolución".[68] Antónov-Ovseienko, en realidad, no había amenazado con ninguna revuelta militar. Lo que había querido decir y en efecto dijo fue que las células militares del Partido estaban "como un solo hombre" detrás de Trotsky. Ésta, sin duda, fue una afirmación exagerada e impulsiva, pero no distaba mucho de la verdad. Antónov-Ovseienko, por otra parte, no había actuado ilegalmente al llevar la discusión a las células militares. Éstas tenían el mismo derecho que las células civiles a participar en el debate y a votar sobre la línea política; y nunca antes se les había negado ese derecho. Pero fuera irreprochable o no la conducta de Antónov (Trotsky sostuvo que éste pudo haberse mostrado más prudente en una situación delicada), los triunviros decidieron que no podían dejarlo a la cabeza de la sección política del ejército. A continuación se produjeron las destituciones de otros críticos. La Secretaría General, violando los estatutos disolvió el Comité Central de la Komsomol y lo reemplazó con funcionarios designados.[69] Otros partidarios de la oposición fueron objeto de represalias disciplinarias, y todos los recursos imaginables fueron utilizados para obstruir el desarrollo de la controversia.

Todo esto, sin embargo, no alivió la tensión. Los triunviros decidieron entonces confundir a la oposición arrebatándole su propia bandera. Formularon una resolución especial que denunciaba enérgicamente "el régimen burocrático dentro del Partido" en términos que parecían plagiados de Trotsky y los cuarenta y seis; y proclamaron el Nuevo Rumbo que habría de garantizar plena libertad de expresión y crítica a los miembros del Partido.

Durante todo noviembre, mientras Moscú era presa de la excitación, Trotsky no participó en la controversia pública. Un accidente de mala salud lo redujo al silencio. A fines de octubre, durante una excursión de cacería en la región pantanosa aledaña a Moscú, había contraído una infección palúdica; y durante aquellos meses decisivos tuvo que guardar cama atacado por la fiebre. Resulta curioso observar cómo tales accidentes -primero la enfermedad de Lenin y después la del propio Trotsky- contribuyeron a la concatenación de los acontecimientos que fue determinada más esencialmente por los factores básicos de la situación. "Puede uno prever las revoluciones y las guerras", comenta Trotsky en Mi vida. "En cambio, no es tan fácil prever las consecuencias que pueden derivarse de una excursión de caza a los patos, en el otoño."[70] Indudablemente fue una desventaja

---

68- Ibid., p. 124.
69- 14 Syezd VKP (b), p. 459.
70- Mi vida, tomo II, pp. 351 sigs.

considerable para Trotsky el hecho de que en esta etapa crítica le fuera negado el uso de su voz viya y del contacto directo con un auditorio.

Aquellos fueron días terribles (escribió su esposa); días en que Liov Davidovich hubo de luchar duramente contra los vocales del Buró Político. Era él solo, y enfermo, a luchar contra todos. A causa de su enfermedad, las sesiones se celebraban en nuestro domicilio. Sentada en la alcoba de al lado, le oía hablar. Hablaba con todo su ser, y parecía, por la pasión y la "sangre" con que hablaba, como si con cada uno de aquellos discursos diese una parte de sus fuerzas. Y luego, venían las réplicas frías e inertes de los otros... Al terminar aquellas sesiones, a Liov Davidovich le subía bruscamente la temperatura, y tenía que salir del despacho empapado de sudor hasta los huesos, a cambiarse de ropa y meterse en la cama. Había que poner a secar la ropa interior y el traje, que estaba como si saliese de un río.[71]

Cuando los triunviros decidieron confundir a la oposición por medio de una resonante proclamación del Nuevo Rumbo, quisieron que Trotsky suscribiera la proclamación. Le pidieron que pusiera su firma junto a las de ellos al pie del texto que le habían plagiado. Trotsky no podía negarse sin darle al Partido la impresión de que era él quien obstruía el camino hacia su libertad; y abrigaba la esperanza de que la inauguración formal de un debate público le diera cuando menos la oportunidad de ventilar en forma abierta las cuestiones en tomo a las cuales había luchado contra los triunviros en la intimidad del Politburó. Con todo, no podía dejar de sospechar que lo que aquéllos le pedían era que refrendara una promesa vacía. Sólo unas pocas semanas más tarde, uno de los jefes de la oposición comparó esta proclama con el Manifiesto de Octubre de 1905, aquella promesa de libertades constitucionales que el zar había hecho en un momento de debilidad y que revocó tan pronto como recuperó su fuerza.[72] En octubre de 1905 el joven Trotsky, al presentarse por primera vez ante las multitudes revolucionarias de San Petersburgo, estrujó en el puño el Manifiesto del zar y le advirtió al pueblo: "Hoy nos han dado esta libertad de papel y mañana nos la quitarán y la harán pedazos como yo lo estoy haciendo ahora ante vuestros ojos".[73] Ahora, en 1923, no podía comparecer ante las multitudes para hacer pedazos el "nuevo Manifiesto de Octubre" frente a ellas. Éste sería proclamado en nombre del Politburó del cual él era miembro; y él luchaba por reformar, no subvertir, el gobierno establecido. Así, pues, cuando el Politburó le trajo hasta su lecho la moción sobre el Nuevo Rumbo, él sólo pudo tratar de introducir enmiendas destinadas a hacer que la promesa de libertad interna en el Partido resultara tan clara y enfática como fuera posible y comprometiera

---

71- Op. cit., tomo II, pp. 353-354.

72- Véase el discurso de Saprónov en 13 Konferentsia RKP (b), pp. 131-133

73- El profeta armado, p. 128.

en consecuencia a los triunviros. El Politburó aceptó todas sus enmiendas y el 5 de diciembre aprobó la moción por unanimidad.[74] Sin embargo, a pesar de haber votado en favor, Trotsky no pudo dejar de repetir. en cierta forma, su gesto de 1905.

Lo hizo en unos cuantos artículos breves que escribió para Pravda y que aparecieron posteriormente en su folleto El Nuevo Rumbo.[75] Estos artículos continenen, resumidas, la mayor parte de las ideas que inmediatamente se convirtieron en el sello distintivo del "trotskismo". Trotsky empezó con un ensayo que apareció el 4 de diciembre, el día antes de que el Politburó votara sobre el Nuevo Rumbo. Era un ataque un tanto velado al "burocratismo" en su propio departamento, el ejército, "y... en otras partes". Los vicios del burocratismo, escribió, se ponen de manifiesto cuando la gente "deja de pensar en las cosas cabalmente; cuando emplea de manera farisaica frases convencionales sin reflexionar en lo que significan; cuando da las órdenes acostumbradas sin preguntarse si son racionales; cuando se asusta de cada nueva palabra, de cada crítica, de cada iniciativa, de cada señal de independencia... [76] La mentira "edificante" era el pan de cada día del burocratismo. Podía hallarse en las historias del Ejército Rojo y de la guerra civil, donde la verdad era sacrificada en aras de la leyenda burocrática. "Al leer, se pensaría que en nuestras filas sólo hay héroes; que cada soldado arde en deseos de combatir; que el enemigo siempre es superior en número; que todas nuestras órdenes son razonables y adecuadas a la ocasión; que la ejecución siempre es brillante; y así sucesivamente." El efecto edificante de tales leyendas es en sí mismo una leyenda. El .soldado rojo las escuchaba como "su padre escuchaba las Vidas de los Santos: iguales de magníficas y edificantes. pero ajenas a la verdad".

El supremo heroísmo, en el arte militar como en la resolución, consiste en el apego a la verdad y el sentido de responsabilidad. No defendemos el apego a la verdad desde el punto de vista del moralista abstracto que enseña que el hombre nunca debe mentir ni engañar a su prójimo. Tal palabrería idealista es pura hipocresía en una sociedad clasista en la que existen intereses antagónicos, ludias y guerras. El arte militar en particular incluye, como es preciso que incluya, la simulación, la sorpresa y el engaño. Pero una cosa es engañar al enemigo consciente y deliberadamente y en nombre de una causa por la cual se da la vida misma; y otra cosa es difundir información perjudicial y falsa y garantías de que "todo marcha bien"... en un espíritu de pura adulación.

74- El texto apareció en Pravda el 7 de diciembre de 1923.

75- Las citas que aparecen en las páginas siguientes han sido tomadas de la edición norteamericana del folleto, pero el texto de la traducción al inglés ha sido retocado ocasionalmente después de compararlo con el original. (Para la traducción al español nos hemos apegado, naturalmente, a la versión de Deutscher. N. del T.)

76- L. Trotsky, The Neiv Course, pp. 99-105.

Trotsky establecía a continuación un paralelismo entre el ejercito y el Partido, especialmente entre sus actitudes frente a la tradición. El joven comunista guardaba con la Vieja Guardia la misma relación que el subalterno militar con sus superiores. Tanto en el Partido como en el ejército los jóvenes ingresan en una organización ya forjada que sus mayores tuvieron que construir a partir de nada. En el uno y en el otro, por consiguiente. la tradición tiene una "enorme importancia": sin ella no puede haber un progreso sostenido.

Pero la tradición no es un canon rígido ni un manual oficial; no puede aprenderse de memoria ni aceptarse como un evangelio; no todo lo que la vieja generación diga puede creerse tan sólo porque lo diga "bajo su palabra de honor". Por el contrario, la tradición debe ser conquistada, por decirlo así, mediante el esfuerzo íntimo; debe ser elaborada por uño mismo de manera crítica y así debe ser asimilada. De otro modo toda la estructura estará asentada en la arena. Yo he hablado de los representantes de la "Vieja Guardia"... que les imparten la tradición a los jóvenes al modo de Famusov (personaje de la comedia clásica rusa): "Aprended imitando a los mayores: a nosotros, por ejemplo, o a nuestro difunto tío." Pero ni el tío ni sus sobrinos pueden enseñamos nada que valga la pena aprender.

Es incontestable que nuestros viejos cuadros, que han prestado servicios inmortales a la revolución, gozan de una enorme autoridad ante los ojos de los jóvenes militares. Y eso está muy bien porque asegura el vínculo indiscutible entre los mandos superiores e inferiores y su ligazón con las filas. Pero con una condición: que la autoridad de los viejos no anule la personalidad de los jóvenes y muy especialmente que no los aterrorice... Cualquier hombre adiestrado para sólo decir: "Sí, señor" es una nulidad. Refiriéndose a tales personas decía el viejo satírico Saltykov: "Siguen diciendo sí, sí, sí, hasta que lo meten a uno en un lío."[77]

Éste fue el primer ataque de Trotsky a la Vieja Guardia. Pero estaba formulado en términos tan generales y elusivos, que muy pocas personas aprehendieron su significación. El Partido y el país todavía no tenían indicios de sus diferencias con el Politburó y lo consideraban responsable de la política oficial. Tanto era así que cuando los cuarenta y seis, al dirigirse a las células, alegaron contar con el apoyo de Trotsky, Stalin pudo replicar que aquéllos no tenían derecho a sostener tal cosa porque Trotsky, lejos de estar de acuerdo con la oposición, era uno de los disciplinarios más resueltos entre los dirigentes.[78] Esto, parece ser, fue la gota de agua que colmó el vaso de la paciencia de Trotsky. El 8 de diciembre escribió una Carta Abierta a las asambleas del Partido en la que hacía clara su posición.

77- Ibid. p. 104
78- Stalin, Obras, vol. 5, pp. 390-391.

[79] Describía el Nuevo Rumbo como un viraje histórico, pero les advertía a los militantes de base que algunos de los dirigentes pensaban ya en rectificaciones y trataban de anular el Nuevo Rumbo en la práctica. El Partido, decía, tenía la Urea y el deber de liberarse de la tiranía de su propio aparato. Los militantes de base debían confiar únicamente en sí mismos, en su propio criterio, su propia iniciativa y su propio valor. Cierto era que el Partido no podía prescindir de su aparato y que el aparato tenía que funcionar en forma centralizada. Pero debía ser el instrumento del Partido, no su amo; y ¡as necesidades del centralismo debían armonizarse y equilibrarse con las exigencias de la democracia. "Durante este último período no hubo tal equilibrio."

"La idea, o cuando menos el sentir, de que el burocratismo amenaza llevar al Partido a un callejón sin salida, se ha generalizado considerablemente. Varias voces se han elevado para señalar el peligro. La resolución sobre el Nuevo Rumbo es la primera expresión oficial del cambio que ha tenido lugar en el Partido. Sólo será efectiva en la medida en que el Partido -es decir, sus 400.000 miembros desee y logre hacerla efectiva." Algunos dirigentes, temerosos de ello, argumentaban ya que la masa de miembros no tenía la suficiente madurez para que el Partido pudiera autogobernarse democráticamente. Pero era precisamente la tutela burocrática lo que le impedía a la masa alcanzar la madurez política. Era correcto "ser rigurosamente exigentes con quienes desean ingresar en el Partido y permanecer en él", pero una vez que hubiesen sido admitidos debían estar en libertad de ejercer todos los derechos que se les reconocían a los miembros. A continuación exhortaba a los jóvenes a hacer valer sus opiniones y a no considerar que la autoridad de la Vieja Guardia era absoluta. "Es sólo mediante la constante colaboración activa con los jóvenes, dentro del marco de la democracia, como la Vieja Guardia puede mantener a la Vieja Guardia como un factor revolucionario." De otra suerte, se osificaría y degeneraría en una burocracia.

Ésta fue la primera vez que Trotsky se enfrentó a la Vieja Guardia con la acusación, todavía muy condicionada, de "degeneración burocrática". En apoyode la acusación evocó una analogía elocuente: recordó el proceso mediante el cual la Vieja Guardia de Ja Segunda Internacional se había transformado de una fuerza revolucionaria en una fuera reformista, sacrificando su grandeza y su misión histórica en aras de sus propios aparatos partidarios. Pero al bolchevismo no lo amenazaba únicamente un divorcio entre las generaciones. Más peligroso aún era el divorcio entre el Partido y la clase obrera. Sólo el 15 o el 16 por ciento de sus miembros eran obreros industriales. Trotsky exigió "un ingreso cada vez mayor de elementos de la clase obrera en el Partido", y concluyó su Carta con un tempestuoso

79- The New Course, pp. 89-98.

grito de batalla:

¡Fuera la obediencia pasiva, la nivelación mecánica por parte de las autoridades, la supresión de la personalidad, el servilismo y el arribismo! Un bolchevique no es tan sólo un hombre disciplinado: es un hombre que en cada caso y en cada cuestión se forja una firme opinión propia y la defiende con valor e independencia no sólo contra sus enemigos, sino dentro de su propio Partido. Hoy tal vez se hallará en la minoría ... se someterá... pero esto no siempre significa que esté equivocado. Es posible que haya visto o comprendido una nueva tarca o la necesidad de un viraje antes que los demás. Planteará insistentemente la cuestión una segunda, una tercera y una décima vez, si fuere necesario. Al hacerlo le hará a su Partido un servicio que lo ayudará a enfrentarse perfectamente armado a la nueva tarea o le permitirá efectuar el viraje sin trastornos orgánicos y sin convulsiones facciónales. [80]

Éste era el meollo de la cuestión. Trotsky planteaba la idea de un partido que permitiera la libertad de diversas corrientes de pensamiento en su seno siempre y cuando que éstas fueran compatibles con su programa; y oponía esta idea a la concepción del partido monolítico que los triunviros habían presentado ya como parte integrante de la esencia del bolchevismo. El partido, por supuesto, no debía "fragmentarse en facciones"; pero el "faccionalismo" no era más que una reacción extrema y morbosa contra el centralismo excesivo y la actitud prepotente de la burocracia. No era posible desterrarla mientras subsistiera su causa. Por consiguiente, era necesario "renovar el aparato del Partido", "reemplazar a los burócratas momificados con elementos nuevos que estén en estrecho contacto con la vida del Partido en su conjunto", y, sobre todo, retirar de los puestos de dirección a "aquellos que. a la primera palabra de crítica, de objeción o de protesta, blanden los rayos de las sanciones... el Nuevo Rumbo debe empezar por hacerle sentir a cada uno de que ahora en adelante nadie se atreverá a aterrorizar al Partido".

Así, después de una demora de casi nueve meses, Trotsky lanzó por fin, él solo, la bomba que había tenido la esperanza de hacer estallar junto con Lenin en el XII Congreso. La demora fue fatal. Stalin ya había llevado a cabo la reorganízacción del aparato del Partido y había colocado a sus subordinados, y en menor medida a los de Zinóviev, en todas las posiciones claves y en todas las filiales del Partido. Mediante la insinuación, la calumnia y la intriga los había preparado cabalmente para el esperado choque con Trotsky. Y ahora puso a su falange de secretarios en acción.

Cuando la Carta de Trotsky fue leída en las asambleas del Partido, se desató un pandemonio. Muchos recibieron la Carta como el mensaje que habían esperado durante mucho tiempo, como el llamamiento inspirador del gran revolucionario que

---

80- The New Course, p. 94.

al fin les había vuelto la espalda a los fariseos y había vuelto a ponerse a la cabeza de los humildes y los humillados. Incluso muchos miembros de la oposición, contra los cuales él había actuado recientemente como acusador, respondieron con fervor y reconocieron que, aun en su severidad para con ellos, había obrado únicamente por motivos puros y elevados. "Nos dirigimos a usted, camarada Trotsky", escribió uno de ellos, "como al jefe del Partido Comunista Ruso y de la Internacional Comunista, cuyo pensamiento revolucionario ha permanecido ajeno al exclusivismo de casta y a la estrechez de criterio". "Me acerco a usted, camarada Trotsky", escribió otro, "como a uno de los dirigentes de la Rusia soviética al que le son extrañas las consideraciones de venganza política".[81] Pero muchos bolcheviques se sintieron añonados por la sombría imagen del Partido que él había trazado y por su acerbo lenguaje; y algunos se sintieron ofendidos por lo que consideraban como un insulto injustificado al Partido, si no como una puñalada en su espalda. En todas partes los secretarios encabezaron y organizaron este último sector de la opinión bolchevique, lo exacerbaron, lo exitaron al máximo y le confirieron un peso que no guardaba proporción con su fuerza real, poniendo a su disposición todos los medios de expresión, la mayor parte del tiempo dedicado a los debates en las asambleas y las columnas de discusión en los periódicos principales y en los boletines locales que desempeñaban un enorme papel en la formación de la opinión en las provincias.

En las reuniones de los comités, los partidarios de la oposición abrumaron a menudo al aparato partidario por su superioridad numérica y por la calidad de sus razonamientos. Pero cuando terminaban las reuniones, con toda su ruido y su vehemencia, eran los secretarios quienes hablaban en nombre de los comités, quienes manejaban las resoluciones aprobadas y quienes decidían si convenía suprimirlas o no, y en el segundo caso, qué divulgación debía dárseles. Una vez que un secretario se había enfrentado a la actitud indomable de una asamblea, se preparaba cuidadosamente para la siguiente, la llenaba de sus partidarios y declaraba fuera de lugar o silenciaba a la oposición.

El debate debía terminar con la celebración de la XIII Conferencia del Partido. Los preparativos de la Conferencia también estaban en manos de los secretarios. La elección de los delegados era indirecta y se desarrollaba en varias etapas. En cada etapa los secretarios comprobaban cuántos simpatizantes de la oposición habían sido elegidos, y se encargaban de que fueran eliminados en la siguiente etapa. Nunca se reveló cuántos votos fueron depositados a favor de la oposición en las células de base de Moscú. Los cuarenta y seis alegaron, sin que nadie los contradijera, que en

81- Yaroslavsky citó estas cartas en la XIII Conferencia del Partido con la intención de desprestigiar a Trotsky. 13 Konjerentsia RKP (b), p. 125.123

la Conferencia regional, que era escalafón inmediatamente superior a las células de base, habían obtenido no menos del 36 por ciento. Sin embargo, en la Conferencia de la gubernia, que era el escalafón siguiente, esa proporción se redujo al 18 por ciento. La oposición concluyó que. si su representación había sido cercenada en la misma proporción a todo lo largo del proceso electoral, entonces contaba con la gran mayoría de la organización de Moscú.[82] Esto era casi seguramente cierto, pero los secretarios estaban por encima de la mayoría.

Los triunviros deseaban poner fin rápidamente a la contienda. Replicaron a la Carta de Trotsky con una ensordecedora andanada de contra-acusaciones. Era desleal por parte de Trotsky, dijeron, votar con la totalidad del Politburó en favor del Nuevo Rumbo y a continuación poner en entredicho las intenciones del Politburó. Era criminal incitar a los jóvenes contra la Vieja Guardia, depositaría de la virtud y la tradición revolucionarias. Era malvado de su parte tratar de volver a la masa del Partido contra el aparato, pues todo buen viejo bolchevique sabía cuánta importancia le había concedido el Partido a su aparato y cuánto cuidado y devoción le había prodigado. Trotsky tergiversaba la prohibición de las facciones: él sabía que ésta era esencial para la unidad del Partido y no se atrevía a exigir abiertamente su revocación, pero trataba de minarla subrepticiamente. Mentía a sabiendas cuando calificaba al régimen partidario de burocrático, y jugaba con fuego cuando provocaba un peligroso apetito de democracia en las masas. Pretendía hablar en nombre de los obreros, pero se dirigía a los estudiantes y a la intelectualidad, es decir, a la galería pequeñoburguesa. Hablaba sobre los derechos y la responsabilidad de la militancia de base sólo para encubrir su propia irresponsabilidad, su *folie de grandeur* y su frustrada ambición dictatorial. Su odio al aparato del Partido, su injuriosa actitud frente a la Vieja Guardia, su temerario individualismo, su desdén por la tradición bolchevique, sí, y su notoria "subestimación" del campesinado, demostraban claramente que en el fondo seguía siendo un extraño en el seno del Partido, un hombre ajeno al leninismo, un semimenchevique contumaz. Al aceptar convertirse en el portavoz de todos los diversos grupos de la oposición, se había erigido, aunque fuera inconscientemente, en jefe de todos los elementos pequeñoburgueses que presionaban al Partido por los cuatro costados, tratando de quebrantar su unidad y de inyectar en él sus propias actitudes, prejuicios y pretensiones.[83]

En la larga historia de las oposiciones internas en el Partido, ninguna tuvo que soportar una carga tan abrumadora de imputaciones y ninguna fue aplastada en

---

82- Ibid., pp. 131-133.

83- Véanse, por ejemplo, las réplicas de Stalin en Obras, vol. 5, pp. 405-409, y vol. 6, pp. 5-46.

forma tan despiadada como la Oposición de 1923. En comparación, la Oposición Obrera fue tratada razonablemente, casi con generosidad; y las oposiciones que habían estado activas antes de 1921 habían disfrutado, por regla general, de una irrestricta libertad de expresión y organización. ¿Qué explicación cabe dar a la vehemencia y la furia con que el aparato del Partido se echó entonces sobre su crítico principal?

Los triunviros no eran capaces de enfrentarse a Trotsky en su propio terreno, en el terreno de la argumentación razonada. El ataque de Trotsky era demasiado peligroso: su Carta Abierta y sus escasos artículos sobre el Nuevo Rumbo habían resonado como grandes campanadas que suscitaban alarma, ira y militancia. Con todo, los triunviros no recurrieron únicamente a la falsificación y la represión. También denunciaron y explotaron al máximo la mayor parte de las debilidades e inconsecuencias, reales o aparentes, que había en la actitud de Trotsky. Éste defendía en todo momento el monopolio bolchevique del poder; y exhortaba al Partido, en forma mucho más persuasiva que los triunviros, a cuidarlo como la única garantía de la supervivencia de la revolución, reafirmando su propio deseo de defenderlo y consolidarlo. Sólo se oponía al monopolio del poder que la Vieja Guardia ejercía dentro del Partido y a través del aparato. Para sus adversarios no era difícil demostrar que lo segundo era la secuela necesaria de lo primero, y que el Partido sólo podría mantener su monopolio delegándolo en la Vieja Guardia. Trotsky sostenía que a los 400.000 miembros debía permitírseles expresar su criterio y participar plenamente en la determinación de la línea política. ¿Por qué, entonces, preguntaban sus adversarios, le había negado el Partido ese derecho a la masa de sus miembros, por inspiración de Lenin y con el consentimiento de Trotsky? ¿No era porque en el Partido se habían infiltrado elementos extraños, exmencheviques. oportunistas y hasta "nepistas"? ¿No era cierto que incluso algunos bolcheviques auténticos se habían malquistado con sus camaradas y habían sido corrompidos por el poder y los privilegios? Trotsky afirmaba que la purga en la que centenares de miles de miembros habían sido expulsados debía de haber purificado suficientemente al Partido y resturado su integridad. Pero, ¿no habían declarado repetidamente Lenin y el Comité Central que ése no era el caso? ¿No habían previsto nuevas purgas periódicas? ¿No habían convenido todos ellos con Zinóviev en que era inevitable que el Partido, en virtud de su monopolio, tuviera en su seno "mencheviques y social-revolucionarios inconscientes"? Una sola purga no podía eliminar esos elementos extraños, y menos aún a los inmaduros. Una vez expulsados, era seguro que reaparecerían: entraban en el Partido de buena y de mala fe con cada grupo de nuevos miembros. Después que había sido necesario expulsar a una tercera parte de los miembros en un año, ¿cómo podía "el Partido" confiar en el criterio de la masa y permitirle que ejerciera plenos derechos?

Trotsky protestaba contra la autorrepresión irracional del bolchevismo, que, sin embargo, era una consecuencia ineluctable de la represión por parte de los bolcheviques de todos sus enemigos. Si se toleraba la libre competencia de las corrientes políticas dentro del Partido, ¿no daría lugar eso a que los "mencheviques inconscientes" se articularan, formaran un sector de opinión definido y escindieran al Partido? El sistema monolítico hacía que la masa heterogénea no cobrara conciencia de que era heterogénea e inarticulada, y así aseguraba, mecánicamente, la unidad. Algunos de los partidarios más esclarecidos de los triunviros comprendían que los peligros que señalaba Trotsky eran muy reales: la Vieja Guardia podía degenerar y el sistema monolítico creaba necesariamente el descontento y suscitaba rebeliones esporádicas que también podrían dar lugar a los cismas. Pero el Partido, fuera cual fuere el camino que escogiera, tenía que enfrentarse a los peligros. Bajo el control monolítico, cuando menos ningún movimiento cismático podría propagarse tan fácilmente como en una organización democráticamente gobernada. El aparato del Partido lo descubriría a tiempo, lo destruiría en germen y mantendría al resto del Partido más o menos inmune.

En otras palabras, el Partido estaba en peligro de perder su perspectiva socialista proletaria, en peligro de "degenerar", lo mismo si confiaba su futuro a la masa de sus miembros que si lo dejaba en manos de la Vieja Guardia. La difícil situación se derivaba del hecho de que la mayoría de la nación no compartía la perspectiva socialista, de que la clase obrera estaba todavía desintegrada y de que, al no propagarse la revolución al Occidente, Rusia se había visto obligada a depender, material y espiritualmente, de sus propios recursos. La posibilidad de "degeneración" era inherente a esta situación; y lo que había que determinar era si su causa principal residía en la masa heterogénea de miembros o en la Vieja Guardia. Era muy natural que la Vieja Guardia, o más bien su mayoría, confiara infinitamente más en su propia tradición y carácter socialistas que en el criterio y los instintos políticos de los 400.000 miembros nominales del Partido. Cierto era que Trotsky no le pedía a la Vieja Guardia que se anulara a sí misma: sólo la instaba a que mantuviera su autoridad mediante métodos democráticos. Pero la Vieja Guardia no consideraba -probablemente con razón- que pudiera hacer tal cosa. Temía correr el riesgo y tenía un interés creado en la conservación de sus privilegios políticos.

La reforma dentro del Partido por la que abogaba Trotsky podía defenderse como el primer paso en la restauración de aquellas instituciones soviéticas libres que el Partido había tratado de establecer en 1917, es decir, como el comienzo deun retomo a una democracia obrera y del desmán* telamiento gradual del sistema unipartidista. Esta idea no estaba lejos de la mente de Trotsky;[84] pero no le dió

84- Véanse las observaciones de Trotsky sobre el voto secreto en la URSS en una "Carta a l

expresión, ya sea porque no creyera llegado el momento de impugnar y debilitar el sistema unipartidista o porque no deseara exponerse a nuevas y dañinas acusaciones ni complicar la controversia innecesariamente. Es probable que ambos motivos hayan influido en su actitud. En realidad, sin embrago, Trotsky reclamaba un doble privilegio para los bolcheviques: el monopolio de la libertad y el monopolio del poder. Estos dos privilegios eran incompatibles. Si los bolcheviques deseaban conservar su poder, tenían que sacrificar su libertad.

Había otra debilidad en la actitud de Trotsky. Éste instaba al Partido a que conservara su perspectiva socialista proletaria. Al mismo tiempo señalaba que los obreros industriales formaban sólo una pequeña minoría -una sexta parte- de los miembros del Partido. La mayoría se componía de directores industriales, funcionarios de la administración pública, oficiales del ejército, comisarios, funcionarios del Partido, etc. (Algunos de éstos eran de extracción proletaria, pero iban asimilándose cada vez más a la burocracia profesional que los Soviets habían heredado del zarismo. Así, pues, era precisamente bajo el régimen de democracia interna en el Partido que la influencia de los obreros estaba condenada a ser insignificante y que los elementos burocráticos estaban destinados a conservar la posición dominante. Trotsky, por consiguiente, instaba al Partido a reclutar más obreros y a "fortalecer sus células proletarias". Pero también insistía en que el Partido debía proceder con cautela y reglamentar cuidadosamente la admisión de nuevos miembros provenientes de la clase obrera para no verse inundado por una masa políticamente inmadura e incivilizada.[85] Este estado de cosas parecía sumamente paradójico desde cualquier ángulo que se le examinara. La aplicación de reglas democráticas no podía democratizar al Partido porque ello sólo podía fortalecer a la burocracia; y el Partido no podía ganar mayor esclarecimiento y conciencia socialista abriéndole sus puertas a la clase obrera.

¿En qué consistía, pues, la perspectiva socialista del Partido? Seria fácil concluir que los dirigentes bolcheviques, incluido Trotsky, creían en una mitología que no guardaba relación con la composición social del Partido ni con su verdadera actitud frente a las clases trabajadoras. La controversia interna bolchevique se desarrollaba ciertamente, en parte cuando menos, en términos cuasi-mitológicos que reflejaban aquel sustitutismo que había llevado al Partido (y posteriormente a la Vieja Guardia) a considerarse a sí mismo como el *locum tenens* de la clase obrera. Ninguno de los dos bandos en controversia podía admitir franca y plenamente la sustitución. Ninguno podía decir que los bolcheviques estaban condenados a luchar por alcanzar el ideal del socialismo sin el apoyo del proletariado, pues tal admisión habría sido

---

os amigos" del 21 de octubre de 1928. The Trotsky Archives
85- The New Course, pp. 20-21.

incompatible con toda la tradición del marxismo y el bolchevismo. Tuvieron que construir elaborados razonamientos y un lenguaje peculiar y ambiguo, con sus propias convenciones, concebido para ocultar y explicar de alguna manera este triste estado de cosas. Los triunviros fueron los peores pecadores en este aspecto, y la mitología del susti- tutismo finalmente se congeló en los rígidos cultos del stalinismo posterior. Pero incluso el propio Trotsky, si bien se esforzaba por revertir en parte el proceso de la sustitución y luchaba por desgarrar el tejido cada vez más denso de la nueva mitología, no pudo evitar que éste lo envolviera.[86]

En rigor de verdad, la burocracia bolchevique era ya la única fuerza organizada y políticamente activa tanto en la sociedad como en el Estado. Se había apropiado el poder político que se le había escapado de las manos a la clase obrera, se había colocado por encima de todas las clases sociales y era politicamente independiente de ellas. Y, pese a todo, la perspectiva socialista del Partido no era un mero mito. No se trataba tan sólo de que la burocracia bolchevique se viera subjetivamente a sí misma como el exponente del socialismo y que cultivara, a su manera, la tradición de la revolución proletaria. Objetivamente también, por la fuerza de las circunstancias, tenía que operar como el principal agente y promotor del desarrollo del'país hacia el colectivismo. Lo que en última instancia gobernaba la conducta y los lincamientos políticos de la burocracia era el hecho de que ésta tenía a su cargo los recursos de propiedad pública de la Unión Soviética. Ella representaba los intereses del "sector socialista" de la economía contra los del "sector privado", más bien que los intereses específicos de cualquier clase social; y sólo en la medida en que el interés general del "sector socialista" coincidía con el interés general o "histórico" de la clase obrera, podía la burocracia bolchevique pretender que actuaba en nombre de esa clase.

El "sector socialista" tenía sus propias pretensiones y su propia lógica de desarrollo. Su primera pretensión era que se la debía garantizar contra la restauración generalizada del capitalismo e incluso contra un resurgimiento parcial pero voluminoso de la empresa privada. Su lógica de desarrollo exigía la planificación y coordinación de todas las ramas de propiedad pública de la economía y su rápida expansión. La alternativa era la contracción y la decadencia. La expansión tenía que

86- Así. refiriéndose a las analogías entre el bolchevismo y el jacobinismo que hacían los mencheviques y los liberales, como "superficiales e inconsecuentes", Trotsky escribió que la caída de los jacobinos había sido causada por la inmadurez social de sus partidarios, y que la situación de los bolcheviques era "incomparablemente más favorable" en este sentido. "El proletariado forma el núcleo así como el ala izquierda de la revolución (rusa)... El proletariado es tan fuerte políticamente que mientras permite, dentro de ciertos límites, la formación de una nueva burguesía... hace posible que el campesinado participe... directamente... en el ejercicio del poder estatal". Ibid., p. 40. (Cursivas de I. D.)

efectuarse, en parte al menos, a costa del "sector privado", mediante la absorción de los recursos de este. Esto habría de conducir a un conflicto entre el Estado y la propiedad privada; y en este conflicto la burocracia bolchevique sólo podía tomar partido, en última instancia, por el "sector socialista". Cierto era que aun entonces no podría llegar al socialismo, pues éste presuponía la abundancia económica, altos niveles de vida populares, de educación y de civilización general, la desaparición de los contrastes sociales marcados, el cese de la dominación del hombre sobre el hombre y un clima espiritual correspondiente a esta transformación general de la sociedad. Pero, para el marxista, la economía nacionalizada era el prerrequisito esencial del socialismo, sus verdaderos cimientos. Era perfectamente concebible que, aun sobre esos cimientos, no pudiera erigirse el edificio del socialismo; pero era inimaginable que pudiera erigirse sin ellos. Eran estos cimientos del socialismo los que la burocracia bolchevique no podía dejar de defender.

En la etapa a que ha llegado nuestra narración, los años de 1923 y 1924, la burocracia bolchevique sólo tenía una vaga conciencia de la naturaleza del interés al que estaba vinculada. Su propio dominio, que no tenía antecedentes, sobre los recursos industriales de la nación la colocaba, por decirlo así, en una situación embarazosa y le causaba perplejidad; y la burocracia 90 sabía muy bien cómo ejercer ese dominio. Veía con inquietud, e incluso con temor, al campesinado amante de la propiedad; e incluso se inclinaba, por el momento, a prestar más atención a los reclamos del segundo que a los del "sector socialista". Sólo después de una serie de sobresaltos y luchas internas hubo de verse empujada la burocracia bolchevique a identificarse exclusiva e irrevocablemente con el "sector socialista" y sus necesidades.

Fue parte del destino peculiar de Trotsky el que, aun mientras lo declaraba la guerra a las pretensiones políticas y a la arrogancia de la burocracia, tuviera que tratar de hacerle ver su "misión histórica". Su defensa de la acumulación primitiva socialista estaba dirigida a este fin. Sin embargo, esta acumulación, en las circunstancias bajo las cuales habría de tener lugar, difícilmente podía reconciliarse con la democracia obrera. No podía esperarse que los obreros le entregaran voluntariamente "la mitad de sus salarios" al Estado, como se lo pedía Trotsky, a fin de fomentar la inversión nacional. El Estado sólo podía tomar esa "mitad de salarios" por la fuerza, y para hacer tal cosa tenía que privarlos de todos los medios de protesta y destruir los últimos vestigios de una democracia obrera. Los dos aspectos del programa que Trotsky expuso en 1923 habrían de resultar incompatibles en el futuro inmediato, y en ello residía la debilidad fundamenta] de su posición. La burocracia atacó furiosamente una parte de su programa, la que reclamaba una democracia obrera; pero al cabo de mucha resistencia, vacilación y demora, hubo de poner en práctica la otra parte que se refería a la acumulación primitiva socialista.

A fines del año. mientras los preparativos para la XIII Conferencia y la campaña contra la oposición estaba en todo su apogeo, la salud de Trotsky se deterioró. La fiebre no cedía y el paciente sufría de agotamiento físico y depresión. El presentimiento de una derrota inminente empezó a hacer presa en su ánimo. La campaña contra él, con sus implacables andanadas de acusaciones, tergiversaciones y añagazas, todavía le parecía casi irreal; pero no dejaba de suscitar en él una sensación de impotencia.

Trotsky sólo podía defenderse razonando, pero sus razonamientos eran ahogados por la batalla. (Incluso la publicación de El nuevo rumbo fue demorada por las imprentas públicas, con el fin de que el folleto no pudiera llegar a las células antes de la inauguración de la XIII Conferencia.) Su estado de ánimo oscilaba entre la tensión y la apatía. Y así. cuando sus médicos le ordenaron que abandonara el Moscú aterido por las heladas -el invierno fue exccpcionalmente riguroso ese año- y tomara una cura de reposo en la costa caucasiana del Mar Negro, ello representó para él una oportunidad de escapar a la opresiva atmósfera de la capital.[87]

Estaba preparándose para el viaje cuando, el 16 de enero de 1924, se inauguró la XIII Conferencia. Los triunviros prepararon una resolución en la que denunciaban violentamente a Trotsky y a los cuarenta y seis, acusándolos de incurrir en una "desviación pequeñoburguesa del leninismo". Las sesiones se dedicaron casi por entero a esta cuestión. En ausencia de Trotsky, Piatakov, Preobrazhensky, V.Smimov y Rádek defendieron los planteamientos de la oposición. Los triunviros y sus partidarios replicaron con virulencia y sus réplicas llenaron las columnas de los periódicos. El resultado no pudo sorprender a nadie. La Secretaría General había manipulado las elecciones de manera tan cabal, que la moción que condenaba a Trotsky fue aprobada con sólo tres votos en contra. Aun a la luz de las versiones que sobre la influencia de la oposición ofrecieron en la Conferencia los partidarios de Zinóviev y Stalin, esta votación fue tan ridiculamente falsa que sólo debió haber tenido el efecto de una broma pesada e insolente.[88] Pero los triunviros pasaron por

87- Un boletín sobre la salud de Trotsky, firmado por Semashko, Comisario de Salubridad, y cinco médicos del Kremlin, hablaba de influenza, catarro en los órganos respiratorios superiores, inflamación de las glándulas bronquiales, fiebre persistente (que no excedía de los 38° C), pérdida de peso y apetito y reducción de capacidad de trabajo. Los médicos consideraban necesario relevar al paciente de todos sus deberes y aconsejarle que saliera de Moscú y se sometiera a una "cura climática durante dos meses cuando menos". El boletín, firmado el 21 de diciembre de 1923, apareció en Pravda el 8 de enero de 1924.

88- Según Ríkov, Piatakov obtuvo una votación mayoritaria en favor de las mociones de la Oposición en todas las células del Partido en Moscú en las cuales hablo. (13 Konferentsia RKP (b), pp. 83-91.) Yaroslavsky afirmó que una tercera parte de las células militares del Partido en Moscú habían votado por la Oposición antes de que se pusiera término a la discusión en la guarnición, y que la mayoría de las células estudiantiles habían hecho lo mismo. Ibid.,

alto deliberadamente todas las normas de la conducta política normal. Su propósito era hacerle ver al Partido que no se detendrían ante nada y que toda resistencia era inútil. Las células aprendieron ahora que, por mucho que gritaran o protestaran, no tenían la menor posibilidad de influir en las decisiones oficiales. Esto por sí solo bastó para poner de manifiesto la impotencia de la oposición y para cundir el desaliento en sus filas.

El 18 de enero, sin esperar el veredicto, Trotsky emprendió un lento viaje hacia el sur. Tres días más tarde su tren se detuvo en Tiflis. Allí, mientras el tren maniobraba para hacer un cambio de vías, recibió un mensaje cifrado de Stalin informándole la muerte de Lenin. Trotsky sintió el golpe como si no lo hubiera esperado: hasta el último momento los médicos de Lenin, y Trotsky aún más que ellos, habían creído que salvarían la vida del enfermo. Trotsky escribió con dificultad un breve mensaje luctuoso para los periódicos. "Lenin ya no existe. Estas palabras caen sobre nuestra mente con el mismo peso que una roca gigantesca en el océano".[89] El último destello de la esperanza de que Lenin regresaría, anularía la obra de los triunviros y haría trizas sus resoluciones condenatorias, se había extinguido.

Durante un momento Trotsky se preguntó si debería regresar a Moscú.[90] Se puso en comunicación con Stalin y le pidió indicaciones. Stalin le dijo que el entierro se efectuaría al día siguiente, de modo que él, Trotsky, no podría llegar a tiempo; y le aconsejó que continuara su viaje para lograr su curación. En realidad, el entierro de Lenin tuvo lugar varios días después, el 27 de enero. Stalin, por supuesto, tenía sus razones para mantener alejado a Trotsky durante las elaboradas ceremonias en el transcurso de las cuales los triunviros aparecieron ante el mundo como los sucesores de Lenin. Desde Tiflis, Trotsky, abatido por la fiebre, continuó viajando hacia el balneario de Sujum. Allí, en el soleado clima semitropical, entre palmeras, mimosas florecidas y camelias, tendido en el balcón de un sanatorio frente al mar, evocó en soledad las extrañas vicisitudes de sus relaciones con Lenin: la cordialidad con que éste lo recibió por primera vez en Londres en 1902, las marcadas discrepancias subsiguientes, su posterior reconciliación y los años tempestuosos y triunfales durante los cuales habían empuñado juntos el timón de la revolución. Era como si la parte triunfante de sí mismo hubiese descendido a la tumba junto con Lenin.

Más evocaciones, fiebre, oscuridad, soledad. Un cordial mensaje de la débil y desconsolada viuda de Lenin le trajo ahora una migaja de consuelo al hombre cuyas proezas y poderío habían asombrado al mundo hacía tan poco tiempo: Krúpskaya le escribió que, justamente antes de morir, Lenin había leído la semblanza que de

---

pp. 123-126.
89- Trotsky, O'Lenine, pp. 166-168.
90- Mi vida, tomo II, p. 369.

él había escrito Trotsky y había quedado visiblemente conmovido, especialmente a causa de la compaparación que Trotsky hacía entre él y Marx. Krúpskaya deseaba además enterar a Trotsky de que Lenin había abrigado hasta el fin el sentimiento de amistad que le había demostrado en su primer encuentro en Londres.[91]

Después volvió la melancolía, y la imaginación del enfermo siguió alimentándose de recuerdos hasta que una carta de su hijo Liova lo devolvió a las duras realidades del momento. Liova describía el gran funeral, teatralmente pomposo, en Moscú y la procesión de enormes multitudes hasta el féretro de Lenin; y expresaba el angustiado asombro que le había causado la ausencia de su padre.

Sólo entonces, aparentemente, al leer la descorazonada carta de su hijo adolescente, se le ocurrió a Trotsky que había cometido un error al no regresar a Moscú. Las multitudes que desfilaban frente al féretro de Lenin observaron con aprensión a los miembros del Politburó que montaban guardia junto a éste y notaron la ausencia de Trotsky. Su imaginación había sido excitada por el simbolismo de las ceremonias; y en ese estado de ánimo se preguntaron por qué Trotsky no estaba allí. ¿Sería tal vez a causa de las diferencias que, según los triunviros, lo habían distanciado del difunto y a causa de su "desviación pequeñoburguesa del leninismo"?

La ausencia de Trotsky no sólo provocó rumores y habladurías en Moscú, sino que dejó el campo libre a sus adversarios. Este fue un período de intensa actividad en el Kremlin y de importantes decisiones. La sucesión de Lenin en el gobierno y en el Partido se estaba resolviendo de la manera más formal. Ríkov ocupó el lugar de Lenin como Predsovnarkom o Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo; y el lugar de Ríkov en el supremo Consejo de la Economía Nacional lo tomó Dzerzhinsky. (Ríkov fue nombrado Predsovnarkom porque había sido el suplente de Lenin; si Trotsky hubiese aceptado ese puesto habría sido difícil ascender a Ríkov por encima de él.) A continuación los triunviros hicieron un nuevo y más decidido intento de obtener el control del Comisariado de la Guerra. Relevaron del Comisariado a Skliansky, el fiel ayudante de Trotsky, y enviaron una delegación especial a Sujum para informar a Trotsky que Frunze, partidario de Zinóviev, tomaría el lugar de Skliansky (un año más tarde Frunze sucedería al propio Trotsky como Comisario de la Guerra. El Politburó y el Comité Central también estaban poniendo en práctica las decisiones de la XIII Conferencia contra la oposición: más partidarios de la oposición fueron destituidos, depuestos o reprendidos. La sección de propaganda trabajaba a todo vapor para instaurar el culto a Lenin, bajo el cual los escritos de éste habrían de ser citados como el Evangelio contra toda disensión

91- Muchos años más tarde, después que Trotsky había sido exiliado, Krúpskaya 1e dijo al conde M. Károlyi y a su esposa: "Él (Trotsky) amaba muy profundamente a Vladimir Ilich; al enterarse de su muerte se desmayó y no se recuperó durante dos horas." Mcmoirs of Michael Károlyi, p. 265.

y crítica, el culto concebido primordialmente como un "arma ideológica" contra el trotskismo.

Y en el último término, pero no por ello menos importante, los triunviros siguieron robándole banderas a Trotsky. Éste se había referido a la debilidad de las "células proletarias" como la causa principal de la deformación burocrática del Partido y había instado al Partido a reclutar más miembros de la clase obrera. Esta demanda, indudablemente, le había conquistado simpatías entre los obreros. Los triunviros resolvieron iniciar inmediatamente una espectacular campaña de reclutamiento en las fábricas. Pero, en tanto que Trotsky había aconsejado una cuidadosa selección, ellos decidieron reclutar en masa, aceptar a cualquier obrero que descara ingresar y prescindir de todas las pruebas y condiciones acostumbradas. En la XIII Conferencia recomendaron el reclutamiento, de un solo golpe, de 100.000 obreros. Después de la muerte de Lenin abrieron aún más las puertas del Partido: entre febrero y marzo de 1924 fueron inscritos 240.000 obreros.[92] Esto fue una burla del principio bolchevique de organización, que exigía que el Partido, en cuanto élite y vanguardia del proletariado, sólo debía aceptar a los elementos políticamente avanzados y curtidos en la lucha. En la masa de nuevos miembros, los políticamente inmaduros, los atrasados, los mediocres y los dóciles, los arribistas y los serviles, formaban una proporción considerable. Los triunviros los llamaron apresuradamente a su lado, los acogieron con los brazos abiertos, halagándolos y exaltando el certero e infalible instinto de clase y la conciencia clasista que los habían traído al Partido.

Este reclutamiento -la "promoción leninista"- fue presentada como el homenaje espontáneo de la clase obrera a Lenin y como el remozamiento del Partido. Los triunviros, en efecto, le estaban diciendo a Trotsky: "Creiste que te ganarías a los obreros enfrentándolos a los burócratas y argumentando que debía fortalecerse el elemento proletario en el Partido. Pues bien, lo hemos fortalecido, y lo hemos hecho sin ninguno de tus escrúpulos; hemos sonsacado a un cuarto de millón de obreros para hacerlos miembros del Partido. ¿Y cuál ha sido el resultado? ¿Se ha ennoblecido por ello el Partido, se ha hecho más democrático o más socialista-proletario en su perspectiva? ¿Se ha debilitado la burocracia?" La "promoción leninista" les procuró de hecho a los triunviros una devota clientela a la que posteriormente recurrirían en la lucha contra la oposición. Trotsky sabía lo que significaba esa explotación demagógica de su idea, pero no podía pronunciar una palabra contra la "promoción leninista". De haberlo hecho, habría sido abucheado como el enemigo de los obreros y el hipócrita que primero había simulado el deseo de ver más proletarios en el Partido, pero que ahora hacía patente el temor que les

92- Véase el informe de Mólotov sobre la "Promoción Lenin" en 13 Syezd RKP (b), pp. 516 sigs

tenía y su verdadera naturaleza pequeñoburgucsa. Así, pues, le puso al mal tiempo buena cara e incluso se unió al coro de elogios a la "promoción leninista".[93]

La actitud de melancólico desapego de Trotsky en un momento tan crítico para su destino y el del Partido fue resultado en cierta medida, por supuesto, de su enfermedad. Pero más debilitante aún fue su sensación de que la marea se alzaba contra él. Era una marca que nadie había sondeado, y él trató de medirla y calibrarla en términos marxistas. Llegó a la conclusión de que la revolución había entrado en reflujo y que él y sus amigos estaban sufriendo el embate de un mar de fondo reaccionario. La naturaleza de la reacción era confusa en sí misma y creaba confusión: parecía, y hasta cierto punto lo era, una prolongación de la revolución. Trotsky estaba convencido de que su deber era oponerle resistencia, pero no veía claramente de qué medios debía valerse ni cuáles eran las perspectivas. Era una marca turbia y viscosa la que lo echaba hacia atrás. Ninguna de las grandes cuestiones en tomo a las cuales había luchado en el Politburó podía hacerse resaltar en forma clara. Todo era borroso. Las cuestiones más importantes eran rebajadas al nivel de la intriga sórdida. Si él, como alegaban sus adversarios, hubiese ambicionado el poder personal, se habría comportado de manera muy diferente, por supuesto. Pero a todo su ser le repugnaba la rebatiña, y semi-conscientemente tal vez se alegraba de eludirla refugiándose en su melancólica soledad del Cáucaso.

En la primavera, mejorada su salud, regresó a Moscú. El Partido trabajaba en los preparativos del XIII Congreso, convocado para mayo. El Comité Central y los delegados más importantes se reunieron el 22 de mayo para conocer el testamento de Lenin, que había permanecido hasta entonces bajo la custodia de Krúpskaya. La lectura del documento fue como un rayo caído de un ciclo sereno. Los presentes escucharon con absoluta perplejidad el pasaje en que Lenin castigaba la rudeza y la deslealtad de Stalin e instaba al Partido a relevarlo de la Secretaría General. Stalin pareció quedar aplastado. En medio de toda la adoración a la memoria de Lenin, entre las interminables genuflexiones y juramentos de "considerar sagrada la palabra

---

93- En un discurso pronunciado en Tiflis (el 11 de abril de 1924) Trotsky dijo: "El hecho político más importante de los últimos meses... ha sido el ingreso de obreros industriales en las filas de nuestro Partido. Ésta es la mejor forma en que (la clase obrera) demuestra su voluntad... y expresa su confianza en el Partido Comunista Ruso... Ésta es una prueba verdadera, segura c infalible... mucho más genuina que cualquier elección parlamentaria." (Tomado de Trotsky, Zapad i Fortok, p. 27.) Juzgando retrospectivamente a esta "prueba" doce años más tarde, Trotsky escribió: "Aprovechándose de la muerte de Lenin, el grupo gobernante anunció una 'promoción leninista'... El objetivo político de esta maniobra era disolver la vanguardia revolucionaria en un material humano crudo (sin experiencia y sumiso)... El plan tuvo éxito... la 'promoción leninista' fue un golpe de muerte para el Partido de Lenin." The Revolution Betrayed, pp. 97-98.

de Lenin", parecía inconcebible que el Partido pasara por alto la recomendación de Lenin.

Pero una vez más Stalin fue salvado por la confianza de sus futuras víctimas. Zinóviev y Kámenev, que tenían su destino en sus manos, acudieron a rescatarlo. Imploraron a sus camaradas que mantuvieran a Stalin en su puesto. Usaron todo su ardor y su talento histriónico para persuadirlos de que, cualquiera que fuese la culpa de Stalin en opinión de Lenin, la falta no era grave y Stalin la había rectificado ampliamente. La palabra de Lenin era sagrada, exclamó Zinóviev, pero si el propio Lenin hubiese presenciado, como lo habían hecho todos ellos, los sinceros esfuerzos de Stalin por enmendarse, no habría instado al Partido a destituirlo. (En realidad, la difícil situación de Stalin le convenía a Zinóviev, que ya le temía pero no se atrevía a romper la alianza. Zinóviev esperaba ganarse la gratitud de Stalin y recuperar la posición de triunviro principal.)

Todos los ojos se volvieron hacia Trotsky: ¿se levantaría éste, denunciaría la farsa y exigiría el cumplimiento de la voluntad de Lenin? Trotsky no pronunció una palabra. Hizo patente el desprecio y el disgusto que le inspiraba el espectáculo con meras muecas expresivas y encogimientos de hombros. No pudo obligarse a hablar sobre un asunto con el que su propia posición estaba tan obviamente relacionada. Los presentes resolvieron pasar por alto la recomendación de Lenin sobre Stalin. Pero en ese caso el testamento de Lenin no podría publicarse, pues haría evidente y pondría en ridículo toda la faramalla del culto a Lenin. Con la protesta de Krúpskaya, el Comité Central votó por una abrumadora mayoría en favor de la supresión del testamento. Hasta el último momento, como si la repugnancia que sentía hubiese paralizado su capacidad de reaccionar, Trotsky se mantuvo en silencio.[94]

El XIII Congreso se reunió en la última semana de mayo. Los triunviros le pidieron que repitiera letra por letra el anatema contra Trotsky que la Conferencia, con menos autoridad, había pronunciado en enero. El Congreso se convirtió en una orgía de denuncias. Zinóviev tronó y fulminó: "Ahora es mil veces más necesario que nunca que el Partido sea monolítico"[95] Meses antes había instado a sus dos colegas a que ordenaran la expulsión de Trotsky del Partido e incluso su arresto: pero Stalin, juiciosamente, se negó a hacer tal cosa y se apresuró a declarar en *Pravda* que no se contemplaba ninguna acción contra Trotsky y que

94- Bajanov, quien actuó como secretario en esta reunión, describe la escena como testigo presencial (op. cit.¡ pp. 43-47). Trotsky reconoce implícitamente la autenticidad de la versión de Bajanov. (Trotsky, Stalin, p. 467.) En The Suppressed Testament of Lenin, Trotsky añade este detalle: "Rádek, que estaba sentado junto a mí mientras se daba lectura al testamento... se inclinó hacia mí para decirme: 'Ahora no se atreverán a ir contra usted.` Yo repuse: 'Al contrario, ahora tendrán que ir hasta el límite, y además lo antes posible'."p. 17.
95- 13 Syezd RKP ib), p. 112.

una dirección del Partido que no incluyera a Trotsky era "inconcebible".[96] En el Congreso, Zinóviev volvió a la carga; y en un momento de fatal imprudencia exigió no sólo que Trotsky "depusiera las armas", sino que compareciera ante el Congreso para retractarse. Mientras Trotsky no lo hiciera, afirmó, no habría paz en el Partido.[97] Esta era la primera vez en la historia del Partido que un miembro se veía enfrentando a una demanda de retractación. Y aun este Congreso, empeñado como estaba en pronunciar un anatema contra Trotsky, se escandalizó. La masa de delegados se puso de pie para tributar una ovación a Krúpskaya cuando ésta, sin apoyar a Trotsky, expresó una enérgica y digna protesta contra la "exigencia psicológicamente imposible" de Zinóvicv.[98]

En una sola ocasión se defendió Trotsky.[99] Habló sosegada y persuasivamente, dejando entrever una resignada aceptación de la derrota; pero se negó de plano a retractarse de una sola de sus críticas. No deseaba atizar la hoguera ni quemar sus naves. Sostuvo que había formulado todas sus críticas en los términos de la resolución del Politburó sobre el Nuevo Rumbo, y que no había nada en lo que él había dicho o escrito que no hubiesen dicho o escrito también, en una u otra forma, sus adversarios. Incluso hizo constar su desacuerdo con algunos de los cuarenta y seis que habían exigido la libertad de formar grupos dentro del Partido. "La imputación de que estoy en favor de que se permita la creación de grupos es falsa", dijo. "Es cierto que cometí el error de enfermarme en el momento crítico y que no tuve la oportunidad... de negar ésta y muchas otras imputaciones... Es imposible establecer cualquier distinción entre una facción y un grupo." Repitió, sin embargo, que las líneas políticas erróneas y el defectuoso régimen interno del Partido eran la causa de que las diferencias de opinión, que sólo debían haber sido transitorias, se hicieran permanentes, se enconaran y desembocaran en el "faccionalismo". A la exigencia de retractación de Zinóviev replicó:

Nada podría ser más sencillo y más fácil, moral o políticamente, que admitir ante nuestro propio Partido que uno se ha equivocado... Para eso no hace falta ningún gran heroísmo moral... Camaradas, ninguno de nosotros desea ni puede tener razón contra el Partido. En última instancia el Partido siempre tiene la razón, porque es el único instrumento histórico que la clase obrera posee para la solución de sus tareas fundamentales. Ya he dicho que nada sería más fácil que decir ante el Partido que todas estas críticas y todas estas declaraciones, advertencias y protestas eran totalmente erróneas. Sin embargo, camaradas, yo no puedo decir tal cosa porque no la creo. Sé que uno no debe tener la razón contra el Partido. Uno sólo puede

96- Pravda, 18 de diciembre de 1923.
97- 13 Syezd RKP (b), p. 113.
98- Ibid., pp.. 235-237.
99- Ibid., pp., 153-168.

tener razón con el Partido y a través del Partido, porque la historia no ha creado ningún otro medio para la realización de nuestra propia razón. Los ingleses suelen decir: "Mi país, con razón o sin ella." Con mucha mayor justificación podemos decir nosotros: "Mi partido, con razón o sin ella... sin razón en ciertas cuestiones parciales y específicas o en ciertos momentos.. Sería ridículo y casi indecoroso hacer cualquier declaración personal aquí, pero yo tengo la esperanza de que, en caso de necesidad, yo no sea el combatiente más insignificante en la más insignificante de las barricadas bolcheviques.[100]

Trotsky concluyó su defensa diciendo que aceptaría el veredicto del Partido aun cuando fuera injusto. Pero la aceptación, para él, significaba el sometimiento a la disciplina en la acción, no en el pensamiento. "Camaradas, yo no puedo decir tal cosa porque no la creo": estas palabras resaltaban, en su sencilla desnudez y porfía, entre todos los razonamientos sutiles, los argumentos incisivos y las exhortaciones imaginativas en que abundaba su discurso. Su calma y su moderación enfurecieron a los secretarios del Partido. Doblegado pero no vencido, disciplinado pero no arrepentido, les parecía a todos ellos tanto más desafiante. Su voz sonaba en sus oídos como el grito de sus propias conciencias intranquilas; y trataron de ahogarla con insultos. No lograron arrancarle ninguna réplica. Sólo cuando el Congreso se acercaba a su término salió Trotsky a la Plaza Roja para hablar ante una concentración de los niños "comunistas" de Moscú, los "pioneros". Los saludó como la "nueva jornada" que un día entraría en el taller de la revolución para relevar a los viejos, fatigados y corrompidos.[101]

Ya para entonces toda la Internacional Comunista estaba envuelta en la controversia. Los triunviros tuvieron que explicar y justificar su actitud ante los comunistas extranjeros, de quienes ansiaban obtener un claro apoyo a la condenación de Trotsky para presentárselo al Partido ruso. Pero los comunistas europeos -y en aquellos años la influencia de la Internacional se limitaba todavía virtualmente a Europa- se sentían alarmados por lo que sucedía en Moscú y conturbados por la violencia de los ataques contra Trbtsky. Para ellos Trotsky había sido la encamación de la revolución rusa, de su leyenda heroica y del comunismo internacional. Debido a su estilo europeo de expresión, se habían sentido más cerca de él que de cualquier otro dirigente ruso. Él había sido el autor de los vibrantes manifiestos de la Internacional, que en sus ideas, su lenguaje y su impacto hacían

100- Ibid., pp. 165-166. (Cursivas de I.D.)

101- El discurso está publicado como apéndice de las actas del Congreso. Ibid. Max Eastman, quien se encontraba presente en el Congreso, relata que instó a Trotsky a que adoptara una actitud más militante y a que leyera desde la tribuna el testamento de Lenin, pero Trotsky no se dejó convencer. La versión de Eastman la confirma el propio Trotsky en una carta a Murálov, escrita desde su exilio en Alma Ata en 1928 (The Trotsky Archives).

recordar el Manifiesto Comunista de Marx y Engels. Él había sido el estratega y el táctico de la Internacional, así como su inspirador. Los comunistas europeos no podían comprender qué era lo que hacía volverse a Zinóviev, el Presidente de la Internacional, y a los otros dirigentes rusos contra Trotsky; y temían a las consecuencias que el conflicto podría tener para Rusia y para el comunismo internacional. Su primer impulso, por consiguiente, fue defender a Trotsky.

Antes de terminar el año de 1923 los comités Centrales de dos Partidos Comunistas importantes, el francés y el polaco, protestaron ante Moscú contra la difamación de Trotsky y exhortaron a los antagonistas a zanjar sus diferencias en un espíritu de camaradería.[102] Esto sucedió poco después de que Brandler, en nombre de su Partido, le pidió a Trotsky que asumiera la dirección de la proyectada insurrección comunista en Alemania. Los triunviros resintieron las protestas y temieron que Trotsky, derrotado en el Partido ruso, pudiera todavía movilizar a la Internacional contra ellos. Zinóviev vio en la acción de los tres Partidos un desafío a su autoridad presidencial.

En aquel momento la Internacional estaba agitada por la derrota que acababa de sufrir en Alemania. Las cuestiones relacionadas con la derrota, la crisis que condujo a ésta y la política del Partido alemán, cuestiones que en sí mismas constituían asunto suficiente para un debate, quedaron ligadas inmediatamente a la disputa en el Partido ruso.[103]

La crisis alemana se inició cuando los franceses ocuparon el Ruhr a principios de 1923. La región se convirtió en un foco de intensa resistencia alemana; y pronto todo el Reich fue presa de un vigoroso movimiento nacionalista de protesta contra el Tratado de Versalles y sus consecuencias. En un principio los partidos burgueses encabezaron el movimiento, y los comunistas se vieron marginados. Pero más urde esos partidos, poco seguros del resultado final, empezaron a vacilar y a replegarse, especialmente cuando los conflictos sociales amenazaron con profundizar la

102- Souvarine habló sobre la protesta francesa Congreso del Partido ruso (13 Syezd RKP (b), pp. 371-373.) La protesta polaca se encuentra en los archivos del Partido Comunista Polaco. (Deutscher, "La tragedie du communisme polonais entre deux guerres", en Les Temps Modernes, marzo de 1958.)

103- Las fuentes utilizadas para esta descripción de la crisis alemana son: los numerosos ensayos de Trotsky, las reminiscencias y las explicaciones que Brandler le dio al autor: Ruth Fischer, Stalin and Germán Communism; Thalheimer, 1923, Eine verpasste Revolution?; los análisis de Rádek, Zinóviev y Bujarin; el ensayo de Kuusinen en Za Leninizm; The Lesson of thc Germán Events (un acta de la sesión de enero de 1924 del Ejecutivo de la Comintern dedicada al debate sobre Alemania); las actas de los Congresos y Conferencias de la Comintern y de los Partidos Comunistas soviético y alemás en los que se ventiló la cuestión; y, finalmente, la amplia discusión que se desarrolló en la prensa comunista internacional durante más de diez años después de 1924

inquietud política. La economía de Alemania quedó desquiciada. La devaluación de la moneda tuvo lugar con catastrófica rapidez. Los obreros, cuyos salarios eran devorados por la inflación, estaban furiosos e impacientes por pasar a la acción. Los comunistas, que no habían vuelto a levantar cabeza desde el levantamiento de marzo de 1921, sintieron que un fuerte viento inflaba sus velas. En julio su Comité Central llamó a la clase obrera a prepararse para una decisión revolucionaria. Sin embargo, la confianza en su fuerza y su capacidad para la acción revolucionaria no era muy profunda, y tampoco la compartían lodos aquellos que tenían que ver con ella. Rádek, que se encontraba en Alemania como representante del Ejecutivo de la Internacional, advirtió a Moscú que el Partido alemán era exageradamente optimista y corría el peligro de incurrir en un nuevo aborto insurreccional. Zinóviev y Bujarin alentaban a los alemanes, sin proponer ningún curso de acción definida. En esta etapa, en julio, Trotsky dijo que no estaba suficientemente informado sobre la situación en Alemania para expresar un juicio.

Posteriormente, Trotsky llegó a la conclusión de que Alemania estaba en efecto a punto de entrar en una situación agudamente revolucionaria y de que al Partido alemán no sólo se le debía alentar a que siguiera una linca audaz, sino que se le debía ayudar a elaborar un plan claro de acción revolucionaria que culminara en una insurrección armada. La fecha de la insurrección debía señalarse de antemano de modo que el Partido alemán pudiera desarrollar la lucha a través de las fases preliminares, preparar a la clase obrera y desplegar sus fuerzas con vistas al desenlace final. El Ejecutivo vaciló. No sólo Rádek, sino Stalin también, ponían en duda la realidad de la "situación revolucionaria" y sostenían que era necesario sofrenar a los alemanes.[104] Zinóviev continuó incitándolos, pero sin comprometerse a apoyar el plan insurreccional. El Politburó, embebido en sus problemas internos, discutió el asunto con cierta ligereza; y Zinóviev comunicó la posición general del organismo a los dirigentes de la Internacional. Un tanto desganadamente se decidió señalarle al Partido alemán el camino de la revolución, ayudarlo en los preparativos militares y, por último, incluso fijar una fecha para el levantamiento. La fecha debía ser lo más próxima posible al aniversario de la insurrección bolchevique, de modo que fuera "el Octubre alemán".

En septiembre, Heinrich Brandler, el jefe del Partido alemán, llegó a Moscú para consultar al Ejecutivo. Albañil en sus años juveniles y discípulo de Rosa Luxemburgo, táctico sagaz y cauteloso y organizador de talento, Brandler no estaba convencido de que las circunstancias favorecieran a la revolución. Cuando le expresó sus dudas a Zinóviev -dudas muy similares a las que el propio Zinóviev había abrigado en vísperas del Octubre ruso-, éste, desgarrado entre la vacilación

104- Véase mi Stalin, p. 363.

y el deseo de actuar resueltamente, optó por vencer las objeciones de Brandler con razonamientos acalorados y puñetazos sobre el escritorio. Brandler cedió. En su propio partido, especialmente en la organización de Berlín que dirigían Ruth Fischer y Arkadi Máslov, la impaciencia por pasar a la acción y la confianza en el triunfo habían ganado mucho terreno. Brandler creyó haber encontrado la misma confianza en Moscú, pues supuso que Zinóviev hablaba en nombre de todo el Politburó. Y, sin abandonar del todo sus reservas, llegó a la conclusión de que si los dirigentes del único Partido Comunista victorioso pensaban, al igual que los berlineses, que la hora había sonado, él debía retirar sus objeciones.

Fue en este momento, al sentir, como él mismo lo expresó, que no era "un Lenin alemán", cuando Brandler pidió al Politburó que comisionara a Trotsky para dirigir la insurrección. En lugar de Trotsky, el Politburó delegó a Rádek y Piatakov. Se formuló un plan de acción que se centraba en Sajonia, la provincia natal de Brandler, donde la influencia comunista era poderosa y los socialdemócratas encabezaban el gobierno provincial, y donde éstos y los comunistas habían actuado ya en un frente unido. Brandler y algunos de sus camaradas debían ingresar en el gobierno de Sajonia y usar su influencia para armar a los trabajadores. De Sajonia el levantamiento habría de propagarse a Berlín, Hamburgo, Alemania central y el Ruhr. Según Brandler -y su testimonio sobre este punto lo confirman otras fuentes-, tanto Zinóviev como Trotsky le impusieron la aceptación de este plan.[105] Más aún, Zinóviev, a través de sus agentes en Alemania, forzó el desarrollo de los acontecimientos a tal grado que el gobierno de coalición en Sajonia se formó por órdenes telegrafiadas desde Moscú: fue mientras viajaba de regreso a Alemania cuando Brandler se enteró, leyendo un periódico comprado en una estación de ferrocarril en Varsovia, de que ya era ministro.[106]

Aun cuando las condiciones en Alemania hubiesen favorecido a la revolución, la artificialidad y la torpeza del plan y la lejanía de su dirección y su control habrían bastado para producir un fracaso. Las condiciones eran probablemente menos favorables y la crisis social en Alemania menos profunda de lo que se suponía. Desde el verano la economía había empezado a recuperarse, el marco se estabilizó y la atmósfera política se hizo más tranquila. El Comité Central no logró agitar a la masa obrera y prepararla para la insurrección. El proyecto de armar a los trabajadores abortó: los comunistas hallaron vacíos los arsenales en Sajonia. Desde Berlín el gobierno central envió una expedición militar contra la provincia roja. Y así, cuando llegó el momento del levantamiento, Brandler, apoyado por Rádek y

105- Ruth Fischer, op. cit.. pp. 311-313; el discurso de Zinóviev en The Lessons of the German Evenir, pp. 36-37 sigs. y en 13 Konferentsia RKP (b), pp. 158-178; y Trotsky, Uroki Oktiabriá.

106- Esto se lo relató el propio Brandler al autor de este libro.

Piatakov. canceló las ordenes de batalla. Sólo debido a una falla en los enlaces, los insurgentes entraron en acción en Hamburgo. Lucharon solos y, después de un combate desesperado que duró varios días fueron aplastados.

Estos acontecimientos habían de tener un poderoso impacto en la Unión Soviética. Ellos destruyeron las posibilidades de una revolución en Alemania y Europa por muchos años, desmoralizaron y dividieron al Partido alemán y, al coincidir con reveses similares en Polonia y Bulgaria, tuvieron el mismo efecto sobre la Internacional en su conjunto. Le impartieron al comunismo ruso una profunda y definida sensación de aislamiento, una falta de fe en la capacidad revolucionaria de las clases obreras europeas y aun cierto desdén por éstas. De este estado de ánimo se derivó gradualmente una actitud de autosuficiencia revolucionaría y de egocentrismo por parte de los rusos, actitud que habría de encontrar su expresión en la doctrina del Socialismo en un Solo País. El desastre alemán se convirtió inmediatamente en uno de los puntos de controversia en la lucha por el poder en Rusia. Tanto los comunistas rusos como los alemanes se abocaron al análisis de las causas de la derrota a fin de fijar las responsabilidades. En el Politburó, los triunviros y Trotsky se inculparon mutuamente.

A primera vista, no existía ninguna relación entre el fiasco alemán y la controversia rusa. Las líneas de división eran diferentes e incluso se cruzaban. Rádek y Piatakov, los dos "trotskistas", habían sido desde el principio cuando menos tan escépticos como Stalin acerca de las posibilidades de triunfo en Alemania; fueron ellos quienes respaldaron a Brandler cuando éste canceló las órdenes para la insurrección. Por otra parte, Zinóviev después de vacilar, había aprobado el plan para el levantamiento, cuyo iniciador había sido Trotsky: pero también aprobó la cancelación de las órdenes de marcha. Trotsky estaba convencido de que el Partido alemán y la Internacional habían desperdiciado una oportunidad excepcional; y sostuvo que Zinóviev y Stalin eran cuando menos tan responsables de ello como Brandler. Los triunviros replicaron que el levantamiento había sido estropeado localmente por los dos trotskistas, e insistieron en el '"oportunismo" de Brandler y en la necesidad de destituirlo de la dirección del Partido alemán.

En lo tocante a Brandler, la actitud de los triunviros obedecía a motivos diversos. Los miembros de base del Partido alemán se habían vuelto enconadamente contra Brandler, y la organización de Berlín clamaba por su destitución. Zinóviev estaba ansioso por aplacar el clamor y salvar su prestigio y el de la Internacional convirtiendo a Brandler en chivo expiatorio. Al destituir a éste e instalar a Fischcr y Máslov en la dirección del Partido alemán, Zinóviev convirtió a este Partido en su feudo personal.

Zinóviev tenía otra razón para insistir en el castigo ejemplar de Brandler: sospechaba que éste y sus amigos en el Comité Central alemán simpatizaban con

Trotsky. Al denunciar a Brandler como partidario de Trotsky, Zinóviev también se proponía culpar a éste de la "capitulación" de aquél. Finalmente, Brandler, incapaz de descifrar las rivalidades, descoso de desligar la cuestión alemana de los problemas rusos y de salvar su posición, declaró su apoyo a la dirección oficial rusa, es decir, a los triunviros. Ello, sin embargo, no lo salvó.

Tal era la situación en enero de 1924, cuando el Ejecutivo de la Internacional se reunió para investigar formalmente la derrota alemana. La reunión fue precedida por muchas maniobras y sustituciones en los Comités Centrales de los Partidos extranjeros, con el fin de asegurar de antemano el apoyo del Ejecutivo a Zinóviev. Cuando el Ejecutivo se reunió, Trotsky se encontraba enfermo en una aldea no muy distante de Moscú. No dio a conocer sus opiniones, pero le pidió a Rádek que hiciera constar su protesta conjunta contra la destitución de Brandler y los cambios en el Comité Central alemán, Rádek comunicó la protesta, pero como le interesaba primordialmente defender la política seguida por él y Brandler, le dio al Ejecutivo la impresión de que Trotsky se solidarizaba con esa política; y ello permitió a los triunviros vincular una vez más a Trotsky con el "ala derecha" del Partido alemán.[107] En rigor de verdad Trotsky nunca dejó de criticar la conducta de Brandler, y el hecho de que éste hubiese declarado ahora su apoyo a los triunviros no podía ganarle las simpatías de Trotsky. Ello no obstante, Trotsky se opuso por principio a la instalación en Moscú de una "guillotina" para los dirigentes comunistas extranjeros. Los partidos extranjeros, sostuvo, debían estar en libertad de aprender de sus propias experiencias y errores, de manejar sus propios asuntos y eligir sus propios dirigentes. La destitución de Brandler establecía un precedente pernicioso.

Así, Trotsky exigió para la Internacional la misma libertad interna que reclamaba para el Partido ruso; y lo hizo con el mismo resultado. Zinóviev tenía ya el dominio absoluto de la Internacional. Había destituido a algunos de aquellos dirigentes extranjeros que instaron al Politburó a moderar su vehemencia contra Trotsky. Otros se dejaron intimidar y ofrecieron disculpas por su faux pas. En consecuencia, el Ejecutivo, aunque no logró llevar su investigación sobre Alemania a una conclusión clara, dejó inmaculada la reputación de Zinóviev y aprobó las destituciones y los ascensos que éste había ordenado. Esto le permitió posteriormente obtener el respaldo de la Internacional para la acción de los triunviros contra Trotsky y los cuarenta y seis.

En mayo, en el XIII Congreso del Partido ruso, los dirigentes viejos y nuevos

---

107- The Lessons of the Germán Evenls, p. 14. Véanse también las cartas de Trotsky acerca de esto a A. Treint y A. Neurath, escritas en 1931 y 1932 y publicadas en The New International (febrero de 1938).

de todos los partidos europeos aparecieron en la tribuna para hacerse eco del anatema contra Trotsky. Un solo delegado extranjero, Boris Souvarine, director de L'Humanité, medio ruso y medio francés, elevó su voz de protesta declarando que el Comité Central francés había decidido, por veintidós votos contra sólo dos, protestar contra los ataques a Trotsky, sin que ello implicara necesariamente su solidaridad con la oposición; pero que él, personalmente, compartía las opiniones de Trotsky y no abjuraría de ellas. La voz solitaria de Souvarine no hizo más que subrayar la derrota de Trotsky.[108]

Un mes más tarde, el V Congreso de la Internacional -el llamado "Congreso de bolchevización"- se reunió en Moscú para sellar la excomunión de Trotsky, a la que se añadió una denuncia contra Rádek y Brandler. Característico de la actitud del Congreso fue un discurso pronunciado por Ruth Fischer, la nueva jefe del Partido alemán. Joven, estridente, sin ninguna experiencia ni mérito revolucionario, y sin embargo, idolatrada por los comunistas de Berlín, la Fischer hizo llover vituperios sobre Trotsky, Rádek y Brandler, esos mencheviques, oportunistas y "liquidadores de los principios revolucionarios" que habían "perdido la fe en la revolución alemana y europea". Pidió una Internacional monolítica, basada en el modelo del Partido ruso, en la cual no tedrían cabida la disención y la confrontación de opiniones. "Este congreso mundial no debe permitir que la Internacional sea trasformada en una aglomeración de todo tipo de tendencias; debe lanzarse con audacia por el camino que conduce a un solo partido bolchevique mundial".[109] Portavoces de los Partidos francés, inglés y norteamericano siguieron el ejemplo; y, sin escatimar insultos ni injurias, desafiaron a Trotsky a que compareciera ante el Congreso y presentara sus opiniones.[110] Trotsky se negó a participar en ninguna disputa. Por una parte, consideraba que toda disputa era inútil ahora. Y, por otra, habiendo sido amenazado ya con la expulsión del Partido si insistía en la controversia, tal vez sospechó que el desafío era una trampa. Así, pues, declaró que aceptaba el veredicto del Partido ruso y que no tenía intenciones de recurrir en apelación a la Internacional. Sin embargo aun su silencio fue recibido como prueba de su actitud reprobable: haciéndose eco de Zinóviev, varios delegados le exigieron, como mínimo, la retractación.[111] Él puso oídos sordos a la exigencia; y durante las tres semanas completas que duró el Congreso éste no oyó más que vituperios soeces contra el hombre al que los cuatro Congresos anteriores habían escuchado con profundo respeto y adoración. Esta vez ni una sola voz se levantó para vindicarlo. (Souvarine ya había sido expulsado del Partido francés por haber

108- 13 Syesd RKP (b), pp. 371-373.
109- Vsemirnyi Kongress Kominterna, vol. I, pp. 175-192
110- Ibid., pp. 550-559
111- Ibid., vol. II, pp. 156-157.

traducido y publicado El nuevo rumbo de Trotsky.) [112] Con todo, Trotsky todavía escribió el último de sus grandes manifiestos de la Comintern para este Congreso. Pero no fue reelegido como miembro propietario del Ejecutivo. Stalin tomó su lugar.

¿Qué explicación tenía el cambio ocurrido en la Internacional? Sólo unos cuantos
meses antes, sus tres Partidos más importantes tuvieron suficiente coraje y dignidad para oponerse a los triunviros. Ahora todos ofrecieron un espectáculo de sometimiento y degradación de sí mismo;. Zinóviev, como ya sabemos, en el transcurso de esos meses había reorganizado, dislocado o deshecho a voluntad los Comités Centrales alemán, francés y polaco. Pero, ¿por qué aceptaron sus dictados esos Comités y los Partidos que había tras ellos? La mayoría de los dirigentes destituidos habían guiado a sus Partidos desde el día de su fundación y habían gozando de gran autoridad moral; empero, en ninguna parte los miembros de base se alzaron para defenderlos y para negarse a aceptar las órdenes del Ejecutivo y reconocer como dirigentes a los hombres designados por Zinóviev. Éste sólo necesitó unas cuantas semanas, o a la sumo unos cuantos meses, para llevar a cabo lo que tenía el aspecto de un completo trastrocamiento en todo el movimiento comunista. Pero la facilidad con que lo llevó a cabo indicaba una profunda debilidad en la Internacional. Sólo un organismo enfermo podía dejarse subvertir así de un solo golpe.

Lenin y Trotsky habían fundado la Internacional con la esperanza de que esta atraería bajo sus banderas a la mayoría, cuando menos, del movimiento obrero europeo.[113] Esperaban que se convirtiera en lo que su nombre proclamaba: un partido mundial situado por encima de fronteras e intreses nacionales, no una recatada y platónica asociación de partidos nacionales estilo de la Segunda Internacional. Lenin y Trotsky creían en la unidad fundamental de los procesos revolucionarios en el mundo; y esta unidad, a su juicio, hacía esencial que la nueva organización poseyera una vigorosa dirección y disciplina internacionales. Las Veintiuna Condiciones de afilación. que el II Congreso adoptó en 1920, tenían por objeto darle a la Internacional una Constitución apropiada a este propósito, y establecer, entre otras cosas, una dirección centralizada y fuerte en el Ejecutivo. Trotsky había apoyado esa Constitución con todo su entusiasmo.[114] Por sí,misma, la Constitución no estaba concebida para asegurar la preponderancia del Partido ruso en la Internacional. Todos los Partidos estaban representados en el Ejecutivo de una

---

112- Ibid., p. 181.
113- El profeta armado, p. 413.
114- Ibid., p. 426.

manera democrática. Sus escasos miembros rusos no disfrutaban, en principio, de ningún privilegio. El internacionalismo implicaba la subordinación de los puntos de vista nacionales al interés más general del movimiento en su conjunto, pero no, ciertamente, a ningún punto de vista nacional ruso. Si la revolución hubiese triunfado en cualquiera de los países europeos importantes, o si cuando menos los Partidos Comunistas en éstos hubiesen crecido en fuerza y confianza, tales dirección y disciplina internacionales podrían haber cobrado realidad. Pero el reflujo de la revolución en Europa tendió a transformar a la Internacional en un apéndice del Partido ruso. La seguridad de sus secciones europeas en sí mismas era débil y fue menguando de año en año. Los Partidos derrotados desarrollaron un sentimiento de inferioridad y se acostumbraron a recurrir a los bolcheviques, que eran los únicos practicantes victoriosos de la revolución, para que se enfrentaran a sus problemas, resolvieran sus dilemas y tomaran sus decisiones por ellos. Los bolcheviques respondieron, en un principio, por razones de solidaridad, después por hábito y finalmente por propio interés, hasta que llegaron a sentirse excesivamente bien dispuestos a tirar de los hilos que los Partidos extranjeros se habían atado ellos mismos. La dirección y la disciplina internacionales se convirtieron en realidad en dirección y disciplina rusas; y todas las amplias prerrogativas que los Veintiún Puntos le habían conferido al Ejecutivo internacional en que Lenin y Trotsky habían puesto sus esperanzas, pasaron casi imperceptiblemente a los miembros rusos del Ejecutivo.

Este estado de cosas suscitó las aprensiones de Lenin. Éste recordó los recelos de Engels sobre la preponderancia del Partido alemán en la Segunda Internacional y señaló que la supremacía del Partido ruso podría ser no menos nociva.[115] Trató de infundirles mayor confianza en sí mismos a los comunistas extranjeros e incluso sugirió el traslado del Ejecutivo de Moscú a Berlín u otra capital europea a fin de alejarlo de la constante presión de los intereses y preocupaciones rusos. Sin embargo, la mayoría de los comunistas extranjeros prefirieron tener el centro de su Internacional al abrigo del Moscú Rojo en lugar de exponerlo a la persecución y a los asaltos de la policía en las capitales burguesas.

Las aprensiones de Lenin resultaron del todo justificadas. A medida que transcurrieron los años la intervención de los miembros rusos del Ejecutivo en los asuntos del comunismo extranjero fue adquiriendo un carácter de intromisión cada vez más marcado. Zinóviev gobernaba a la Internacional con fruición, extravagancia y falta de tacto y escrúpulos. Pero aun el mismo Trotsky se encontró, como

---

115- Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXXIII, pp. 392-394. Observaciones más explícitas en este sentido se encuentran en las declaraciones, todavía inéditas, que hizo Lenin en el Ejecutivo de la Internacional

miembro del Ejecutivo, implicado en el ejercicio de una tutela que era inherente a la situación. Como presidente de la comisión francesa de la Comintern, supervisaba con plenos poderes la actividad cotidiana de los comunistas franceses. Los Partidos alemán, italiano, español y británico solicitaban ávidamente sus consejos en lo tocante a todo problema importante y aun a los detalles de su actividad; y él daba sus consejos libremente.

Esto lo llevó a hacer pronunciamientos y a sostener una voluminosa correspondencia que en sí mismos constituyen un comentario ininterrumpido sobre la historia de aquellos años decisivos, un comentario rico en ideas, chispeante de ingenio y, a menudo, asombrosamente previsor.[116] Pero algunas partes de la correspondencia revelan también la tutela. Aquí, por ejemplo, emplaza perentoriamente a Frossard. el dirigente francés, a enfrentarse a graves pero no injustificadas acusaciones en el alto tribunal de la Internacional en Moscú. Allí censura a los directores de la prensa comunista y prescribe la línea táctica y hasta los tópicos y el estilo para sus periódicos. Aquí reprende a L'Humanité por publicar trabajos de colaboradores dudosos. Allí nuevamente fija la fecha en que el Partido francés debe expulsar, como había resuelto hacerlo, a todos los masones y a "todos los arribistas". En varias ocasiones actúa como árbitro entre grupos rivales y les dicta el camino a seguir.[117] Éstos, es cierto, son casos extremos y excepcionales. Nunca intimidó ni coaccionó a sus subordinados en la Comintern, como lo hicieron Zinóviev y Stalin; y siempre contó con que ellos expresaran su opinión libremente en relación con los asuntos del Partido ruso, con la misma franqueza con que él se expresaba sobre la conducta de sus Partidos. No era culpa suya que los comunistas extranjeros raramente se sintieran lo suficientemente seguros de sí para decir Jo que pensaban. Trotsky todavía trataba al Ejecutivo como un organismo verdaderamente internacional y actuaba en su nombre partiendo de los principios generales del comunismo y no de ningún punto de vista peculiarmente ruso. Fue en este espíritu como utilizó los amplios poderes que los Veintiún Puntos le habían conferido al Ejecutivo.

La preponderancia real del Partido ruso, sin embargo, facilitaba en grado sumo la utilización de los Veintiún Puntos como la estructura constitucional para el establecimiento de una dictadura rusa de *facto*. Esto fue lo que Zinóviev hizo aun antes de 1923, cuando todavía Lenin y Trotsky lo refrenaban. Más tarde todas las influencias moderadoras desaparecieron. Además, la democracia interna no podía sobrevivir en la Internacional después de extinguirse en el Partido ruso. Los

116- Véase su Pyat Let Kominterna, publicado también en inglés bajo el título de The First Five Years of the Communist International, vols. I y II

117- Ibid., vol. II, pp. 124-184; Rosmcr, Moscou sous Lénine, pp. 236-260; Frossard De Jaures á Ienine.

hábitos del "sustitutismo" se propagaron a todo el movimiento; y los jefes de la Vieja Guardia llegaron a considerarse como los custodios no sólo de la clase obrera rusa, sino de la de todos los países.

En 1923-24 Zinóviev y Stalin se propusieron efectivamente remodelar el movimiento europeo a semejanza de la nueva imagen rusa. No podían tolerar en la Internacional la oposición que estaban empeñados en suprimir dentro de su propio Partido. Del mismo modo que habían usado la prohibición rusa de las facciones partidarias en 1921 para destruir !a influencia de Trotsky en el ámbito nacional, utilizaron los amplios poderes de que gozaban bajo los Veintiún Puntos para destruir su influencia en el extranjero. Trotsky había apoyado tanto la prohibición de 1921 como los Veintiún Puntos. Sus adversarios planearon sus acciones en tal forma que cada paso que daban parecía una simple aplicación de los principios y antecedentes establecidos con el consentimiento de Trotsky, si no es que por iniciativa suya. Lo agredieron con sus propias armas, sólo que él nunca había empleado esas armas con propósito y brutalidad comparables. Ocasionalmente había amenazado a los comunistas extranjeros con sanciones disciplinarias; Zinóviev y Stalin los destituyeron, los depusieron y los denunciaron en masa. Él había exigido que la Comintern, de acuerdo con su programa, no tolerara el pacifismo burgués, la masonería y el "social-patriotismo". Ellos la purgaron del "trotskismo" que hasta entonces había sido casi sinónimo del comunismo.

En mayo el XIII Congreso del Partido ruso cerró el debate que había iniciado con la proclamación del Nuevo Rumbo. Trotsky no podía reanudar la controversia sin exponerse a ser acusado de indisciplina; y no hizo ningún intento de reanudarla. En una ocasión describió con admiración la disciplina voluntaria que había inducido a Jaurés a poner, cuando fue necesario, "su cuello bovino bajo el yugo de la disciplina partidaria". Trotsky puso ahora su propio cuello bajo un yugo mucho rnás pesado y se abstuvo de discutir en público la política económica y el régimen interno del Partido, que habían sido declarados tabú. Con todo, no podía resignarse a ser calificado de semimenchevique culpable de una "desviación pequeñoburguesa del leninismo". Impedido de discutir las cuestiones decisivas del momento, recurrió a la historia para vindicarse. La oportunidad se presentó cuando la Editorial del Estado, que cumplía una decisión anterior del Comité Central al efecto de publicar una edición en varios volúmenes de las Obras de Trotsky, preparó para las prensas el libro que contenía sus discursos y escritos de 1917. Trotsky lo prologó con un extenso ensayo titulado "Las Lecciones de Octubre". El volumen apareció en el otoño de 1924, e inmediatamente provocó una tempestad.

Los discursos y escritos de Trotsky en 1917 constituían una vigorosa réplica al baldón de menchevique contumaz que se le había endilgado, pues le recordaban al Partido el papel que su autor había desempeñado en la revolución y la inquebrantable

militancia con que entonces se había enfrentado a los mencheviques. Tal recordatorio hacía falta. La memoria histórica de las naciones, clases sociales y partidos es corta, especialmente en tiempos de grandes conmociones, cuando los acontecimientos de un año expulsan de las mentes de las personas los acontecimientos de años anteriores, cuando en la vida política las generaciones o grupos coetáneos se suceden vertiginosamente, cuando los veteranos de las luchas iniciales menguan rápidamente en número, se dispersan o ceden al agotamiento y la fatiga, y cuando los jóvenes se lanzan a nuevas luchas con mayor o menor ignorancia de lo que ha sucedido antes. En 1924, quienes habían pertenecido al Partido bolchevique desde los primeros días de 1917 constituían ya menos del uno por ciento de la suma total de miembros. Para la masa de miembros jóvenes, la revolución era ya un mito tan impreciso como heroico. Las luchas políticas anteriores, con todos sus complicados alineamientos, parecían aún más remotas e irreales. El joven comunista daba por sentado, por ejemplo, que los bolcheviques y los mencheviques siempre se habían opuesto irreconciliablemente, como lo habían hecho hasta donde alcanzaba su memoria. Le resultaba casi inconcebible que hubiesen formado, durante muchos años, dos facciones del mismo partido que invocaban principios comunes, que disputaban y se enemistaban, pero que también trataban repetidamente de zanjar sus diferencias. Más inconcebible aún era que muchos dirigentes bolcheviques hubiesen intentado hacer las paces con los mencheviques en fecha tan reciente como 1917.

Los jóvenes, por consiguiente, se sintieron consternados al enterarse de que el Comisario de la Guerra había sido una vez menchevique o semi-menchevique; y muchos de ellos se inclinaban a creer a los triunviros cuando éstos sostenían que un menchevique estaba condenado a ser siempre menchevique. Nada podía sacudir esa creencia con más fuerza que la lectura cuidadosa de los discursos y escritos de Trotsky en 1917, los cuales ponían de manifiesto la mendacidad de la reciente campaña antitrots- kista. Así Trotsky, con sólo volver a publicar sus viejos textos, les daba el mentís a sus adversarios: pero en “Las Lecciones de Octubre” los desafiaba directamente.

Trotsky ofrecía en su ensayo su propia interpretación de la historia y la tradición del Partido, una interpretación que no sólo lo vindicaba a él. sino que también impugnaba el historial de la mayoría de sus atacantes. La historia del Partido, escribió, se dividía en tres períodos claramente demarcados: los años de la preparación para 1917, la prueba decisiva de 1917 y la era posrevolucionaria. Cada uno de estos periodos tenía sus propios problemas, peculiaridades y significación. Pero había sido en el segundo período cuando el bolchevismo alcanzó su clímax. Un partido revolucionario se prueba en los hechos de la revolución, del mismo modo que un ejército se prueba en los hechos de las batallas. Sus jefes y sus miembros

se juzgan en última instancia de acuerdo con su conducta durante esta prueba; en comparación con esto, su comportamiento durante el período preparatorio tiene poca importancia. un bolchevique no debía ser juzgado por lo que dijo o hizo antes de 1917. en el transcurso de las confusas y en parte "insignificantes maniobras de la política del exilio", sino por lo que dijo e hizo en 1917. El razonamiento, aun cuando Trotsky le daba la forma personal de la narración histórica, era pro domo sua: sus propias vinculaciones prerrevolucionarias con el menchevismo pertenecían a las "insignificantes maniobras de la política del exilio", pero su posición como jefe de la insurrección de Octubre era inobjetable. De acuerdo con el mismo criterio, el historial de sus adversarios les era adverso: ellos acaso habían sido buenos "leninistas" durante los años de la preparación pero resultaron deficientes en 1917.

Trotsky examinó las dos grandes crisis sufridas por el Partido en 1917: en abril, cuando Lenin tuvo que vencer la resistencia del ala derecha del Partido -los "viejos bolcheviques", como los llamaba el propio Lenin- antes de que pudiera persuadir al Partido a que tomara el rumbo de la revolución socialista; y en vísperas de la Revolución de Octubre, cuando la misma ala derecha se amilanó ante la insurrección. La vacilación y los errores de algunos de los dirigentes, argumentó Trotsky, no menoscababan logros bolcheviques. El Partido era un organismo vivo con sus fricciones y divergencias de opinión. Sin embargo, los bolcheviques debían tener conciencia de los hechos; aun un partido revolucionario incluye necesariamente elementos consenadores que frenan su progreso, especialmente cuando el Partido se enfrenta a un viraje radical y tiene que tomar decisiones audaces. El filo de su argumentación iba dirigido en primer término contra Zinóviev y Kámenev, los ''esquiroles de la revolución", pero también contra Ríkov. Kalinin y los otros dirigentes de la Vieja Guardia que se habían opuesto a la política de Lenin en 1917. Trotsky, de hecho, ponía en tela de juicio el derecho de los triunviros a hablar como los únicos intérpretes auténticos de la doctrina bolchevique y, en un sentido más general, la pretcnsión de la Vieja Guardia de representar a la tradición leninista en su pureza. La moraleja implícita, pero obvia, de su historia era que esa tradición no era en modo alguno tan sencilla y constante como se le quería hacer creer a la gente: la Vieja Guardia representaba a aquel "viejo bolchevismo" que Lenin había repudiado porque se aferraba a consignas anacrónicas y recuerdos que ya carecían de pertinencia, en tanto que la actitud de Trotsky estaba en plena armonía con el bolchevismo de 1917 bajo cuyo signo el Partido había triunfado.

De la historia y las alusiones contemporáneas, Trotsky pasaba a continuación al acontecimiento crítico más reciente: el fracaso del comunismo en Alemania. Sus temas principales en "Las Lecciones de Octubre" eran el papel de la dirección en una situación revolucionaria y la estrategia y la táctica de la insurrección. Ningún

Partido Comunista, argumentaba, puede crear oportunidades revolucionarias a voluntad, pues éstas se presentan sólo como el resultado de la descomposición relativamente lenta de un orden social; pero un partido puede desperdiciar su oportunidad por falta de una dirección resuelta. En los asuntos de la revolución hay también un flujo que debe "aprovecharse con la marea"; si se deja pasar es posible que no vuelva a presentarse durante décadas. Ninguna sociedad puede vivir mucho tiempo en la tensión de la crisis social aguda. Si no le encuentra alivio a esa tensión en la revolución. se lo encuentra en la contrarrevolución. Unas cuantas semanas, e incluso unos cuantos días, pueden bastar para inclinar la balanza a un lado u otro. Si durante esas semanas o días los comunistas no se deciden por la vía insurreccional y posponen la acción, creyendo que la situación revolucionaria se prolongará y ofrecerá nuevas oportunidades, entonces ciertamente "todo el viaje de su vida termina en los escollos y las frustraciones". Eso le habría sucedido al viaje de los bolcheviques si los adversarios de la insurrección hubiesen impuesto su criterio; y eso le sucedió al comunismo alemán en 1923. Rusia había ofrecido la prueba positiva del papel decisivo de la dirección revolucionaria; Alemania ofrecía la evidencia negativa. La misma mentalidad conservadora que el ala derecha bolchevique puso de manifiesto en 1917 era la responsable de la derrota en Alemania. Resultaba obvio a quién iba dirigido este dardo de la conclusión de Trotsky: el hombre que había hablado en nombre del ala derecha bolchevique en 1917 era ahora Presidente de la Internacional Comunista.

Los triunviros respondieron con una descarga cerrada: movilizaron legiones de propagandistas e historiadores, e incluso comunistas extranjeros, para el contraataque.[118] Durante todo el otoño y el invierno toda la vida política del país fue eclipsada por esta controversia que ha pasado a los anales del bolchevismo con el extraño nombre de "el debate literario". Puesto que era imposible refutar de plano las aseveraciones de Trotsky sobre la actitud de Zinóviev y Kámenev en 1917, los defensores de éstos replicaron diciendo que aquél había exagerado fantásticamente sus errores, que sólo había habido disensiones fortuitas y superficiales entre ellos y Lenin, y que en el Partido jamás había existido ninguna ala derecha o corriente conservadora de opinión especialmente caracterizada. Trotsky, dijeron, se había inventado tal cosa a fin de desprestigiar no sólo a la Vieja Guardia, sino a todo el conjunto de la tradición leninista, y a fin de atribuirse a sí mismo y al trotskismo méritos totalmente imaginarios.

Para probar sus afirmaciones, los triunviros y sus historiadores tuvieron que

118- Las más importantes de las réplicas a Trotsky fueron recogidas en un grueso volumen titulado Za Leninizm, que incluye los textos de Stalin, Zinóviev, Kámenev, Bujarin, Ríkov, Sokólnikov, Krúpskaya. Mólotov, Bubnov, Andreiev. Kviring. Stepánov. Kuusinen, Kolárov, Gúsev v Melnichansky

oponer a la interpretación de Trotsky sus propias versiones de los acontecimientos de 1917, versiones dirigidas a realzar su propio prestigio y a empequeñecer el papel que Trotsky había desempeñado. Esto se hizo tímidamente en un principio, pero más tarde con creciente audacia y falta de respeto a la verdad. Así, no se negó en un principio que Trotsky había desempeñado un papel destacado: pero éste, se dijo, no había sido superior al que desempeñaron sus adversarios del presente. A continuación el propio Stalin intervino con una interpretación prop-a. Declaró que el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, presidido por Trotsky, no había sido en modo alguno el cuartel general de la insurrección de octubre, como lo habían sostenido hasta entonces todos los textos históricos, con excepción de uno. Stalin afirmó que un "Centro" más o menos ficticio, del que Trotsky ni siquiera fue miembro, pero en el cual participó Stalin, había dirigido el levantamiento.[119] Esta versión estaba tan buidamente fraguada que incluso los stalinistas la recibieron en un principio con incómoda ironía. Pero una vez lanzada la versión empezó a infiltrarse obstinadamente en los nuevos trabajos históricos hasta que llegó a los libros de texto, donde hubo de permanecer como la única versión autorizada durante treinta años. Así se inició esa prodigiosa falsificación de la historia que andando el tiempo habría de descender como un alud destructor sobre los horizontes intelectuales de Rusia: comenzó como un mero intento de reforzar las refutaciones de Zínóviev y Kámenev. a ios que más adelante habría de presentar, junto con Bujarin,Ríkov, Tomsky y tantos otros dirigentes bolcheviques, como los saboteadores y traidores de la Revolución de Octubre y como espías extranjeros. En 1924 la mayoría de las futuras víctimas de la falsificación se unieron en un frenético esfuerzo por arrojar a Trotsky a las sombras.

Con todo, mientras Trotsky siguiera librando su combate sobre el terreno de los acontecimientos de 1917, su posición era formidable. Los triunviros, por consiguiente, hicieron todo lo posible por desplazarlo de ese terreno y llevarlo a la época prerrevolucionaria, la época de su oposición al bolchevismo. Establecieron un canon de rígida continuidad en las líneas políticas del Partido y un canon de su infalibilidad virtual. Cualquiera que como Trotsky, dijeron, se hubiera opuesto ininterrumpidamente al bolchevismo durante un largo período, estaba fundamentalmente equivocado; y esto tenía que reflejarse sin remedio en sus actitudes posteriores. Haciendo una parodia del determinismo, los canonistas inculcaron en la mente, del Partido la idea de que ningún error o desviación política, ya fuera colectivo o individual, podía considerarse como una ocurrencia casual. (La regla no era aplicable, por supuesto, a los errores de los propios triunviros.) Cada error tenía sus causas o "raíces" profundas en la peculiar conformación,

119- Stalin, Obras, vol. 6, pp. 340-347.

perqueñoburguesa o de otra índole, de cualquier grupo o individuo determinado. Un error importante pesaba sobre quien lo hubiese cometido con la funesta gravedad del pecado capital. La caída de Trotsky databa de sus primeros días de menchevique, no sólo de las "maniobras de la política del exilio", sino de su actitud fundamental frente a los problemas capitales de la época. En el intervalo de octubre, su alma pequeñoburguesa luchó por alcanzar la gracia. El Partido abrigó la esperanza de ayudarlo y "asimilarlo". Pero una y otra vez su obstinada naturaleza menchevique se ponía de manifiesto.

A la luz de esta caracterización, los desacuerdos que Trotsky había tenido con Lenin desde la revolución adquirían también un siniestro significado que hasta entonces había pasado inadvertido. Los desacuerdos principales habían sido dos: el tocante a la paz de Brest-Litovsk y el relativo a la política sobre los sindicatos. (Los otros desacuerdos en los que Lenin reconoció sus errores fueron ignorados.) Acerca de estos dos casos se publicaron innumerables folletos y artículos que ofrecían nuevas versiones encaminadas a probar que en ambas ocasiones se había revelado el incorregible antileninismo de Trotsky y a establecer una relación directa entre la oposición de éste a Lenin y su ataque a los sucesores de Lenin. Los contextos de las viejas controversias, los verdaderos alineamientos, los motivos, las vacilaciones, las contradicciones y las virtudes y fallas humanas de los actores fueron omitidos por completo en las nuevas versiones. Al Partido se le mostró una imagen de sí mismo y de sus dirigentes que se asemejaba a aquellos frescos primitivos del Último Juicio, en los que los virtuosos, cuyos rostros no expresan más que devoción, ascienden en línea recta al cielo mientras los pecadores, símbolos concentrados del vicio, se precipitan a la condenación.

Mientras la controversia se desplazaba hacia atrás y hacia adelante en el tiempo y volvía nuevamente a los años 1905-6, el origen de todos los errores y las desviaciones de Trotsky fue descubierto por fin en su teoría de la revolución permanente. Ésta fue declarada su herejía capital. Sin embargo, en ningún momento desde 1917 había impugnado el Partido esa teoría; los primeros ensayos de Trotsky sobre la misma habían sido reeditados en ruso y en numerosas traducciones como una enunciación autorizada de la doctrina comunista. Aun ahora sus dos principios cardinales -que la Revolución Rusa tenía que pasar de la fase burguesa a la fase socialista, y que ella sería el prólogo de la revolución mundial- seguían siendo ideas de curso corriente del Partido, y no podían ser refutadas abiertamente. Los polemistas desenterraron unos cuantos comentarios hostiles que Lenin hizo en 1906: al sostener todavía entonces que la Revolución Rusa sólo tendría un carácter burgués, Lenin había dicho a continuación que Trotsky hablaba de una consumación socialista porque "se saltaba" la fase burguesa y "subestimaba" la importancia del campesinado. En vista de lo que había sucedido en 1917. estos comentarios habían

perdido toda pertinencia. Ello no les impidió ahora a los polemistas repetir en los círculos del Partido que la propensión característica de Trotsky consistía en "saltar las etapas intermedias necesarias" y en "subestimar al campesinado". Cierto es que no era fácil conciliar esta acusación con la otra imputación de que Trotsky era un menchevique impenitente -los mencheviques, lejos de "saltarse" la fase burguesa de la revolución, se negaban a salir de ella- y hacía falta mucho razonamiento puramente escolástico para vencer esta dificultad lógica. Sin embargo, como en todas las disputas de este tipo, lo que importaba no era la lógica ni la verdad histórica de la argumentación, sino su contenido implícito, su relación con la línea política del momento y la impresión que les causaba a los no iniciados.

La insistencia en la supuesta inclinación de Trotsky a "subestimar al campesinado" tenía una obvia relación con la política del momento: los triunviros y Ríkov habían empezado a calificar a Trotsky de enemigo del *muzhik* desde el año anterior. Ahora le dieron validez retrospectiva y tinte histórico a esa calificación. Más significativo aún era el contenido implícito de índole general. Para la mentalidad popular, la Revolución Permanente sugería una persepectiva de constante convulsión y lucha interminable, y la imposibilidad de que la Revolución Rusa se asentara y alcanzara cierto grado de estabilización. Al denunciar la Revolución Permanente, los triunviros explotaban el anhelo popular de paz y estabilidad.

En rigor de verdad, la teoría de Trotsky postulaba efectivamente que el destino de la Rusia bolchevique dependía en última instancia de la propagación de la revolución al extranjero. Pero las esperanzas de esa propagación se habían visto frustradas muchas veces y acababan de sufrir su revés más grave en Alemania. Los bolcheviques se sentían más aislados que nunca y encontraban una defensa psicológica en su satisfecha convicción acerca de la autosuficiencia revolucionaria de Rusia. La teoría de Trotsky ofendía y ridiculizaba esa convicción. De ahí la intensa irritación que empezaba a suscitar entre los cuadros bolcheviques la mera mención de la Revolución Permanente. Esos cuadros sentían una vehemente necesidad emocional de despojar a la teoría de Trotsky de toda respetabilidad ideológica. No fue por azar que en el otoño de 1924 Stalin. al revisar sus propias concepciones anteriores, formulara la doctrina del Socialismo en un Solo País, que vino a ser la contrapartida de la Revolución Permanente. Stalin exaltó la autosuficiencia de la Revolución Rusa y, en consecuencia, le ofreció al Partido un consuelo ideológico por sus frustradas esperanzas internacionalistas.[120]

Es fácil comprender por qué y cómo el "debate literario" debilitó más aún la posición de Trotsky. El debate creó en la mentalidad pública una imagen contradictoria de Trotsky que por una parte lo presentaba como un semimenchevique

120- Véase mi Stalin, pp. 266-276.

inveterado y por la otra como un "ultrarradical" y extremista igualmente inveterado que trataba de involucrar al Partido en peligrosas aventuras en la propia Rusia y en el extranjero. En Rusia, se decía, estaba empeñado en malquistar a los bolcheviques con los campesinos, a los que nunca había comprendido. En el extranjero, veía constantemente oportunidades revolucionarias donde no existía ninguna. La misma aberración lo había llevado a oponerse a la Paz de Brest-Litovsk v a culpar a Zinóviev por la derrota de la revolución en Alemania. El hecho de que Trotsky también hubiese criticado a Zinóviev por estimular levantamientos condenados al fracaso en el extranjero, de que se hubiese opuesto a la marcha sobre Varsovia en 1920. se hubiese esforzado consecuentemente por normalizar las relaciones con los países capitalistas, y hubiese sido el primero en abogar por la política de la NEP a fin de pacificar a los campesinos... todos estos hechos y otros similares, que contradecían la imagen del aventurero ultrarradical, no importaban. Los hechos, las ficciones y las argucias escolásticas estaban tan entreverados que Trotsky vino a convertirse en el Quijote del comunismo, patético tal vez, pero también peligroso, al que sólo la sabiduría y la calidad de estadista de los triunviros podían sofrenar y volver inofensivo.

Muchos miembros del Partido, incluso algunos de los propios partidarios de Trotsky. sostenían que en "Las Lecciones de Octubre" éste había escogido mal su terreno.[121] Debía haberse concentrado, decían, en las cuestiones que realmente importaban en lugar de desenterrar los errores de Zinóviev y Kámenev en 1917. Cierto es que Trotsky había hecho esto último en defensa propia, después que los triunviros sacaron a la luz todos los incidentes ya olvidados de sus controversias con Lenin y después que le impidieron discutir las cuestiones del momento. Pero la mayoría de la gente pronto olvidó "quién había empezado el pleito", y le reprochó a Trotsky que reavivara las rencillas del pasado. Los escritores oficiales citaron en contra de Trotsky los pasajes del testamento suprimido de Lenin en el que éste le suplicaba al Partido que no les echara en cara sus "errores históricos" a Zinóviev y Kámenev. Incluso Krupskaya, acatando ese ruego, se dejó convencer de que debía refutar a Trotsky y decir que éste había exagerado las desavenencias entre Lenin y sus discípulos, ¡jorque el destino de la revolución dependía de la actitud del Partido y de la clase obrera en general y no de las disensiones en el seno de un reducido círculo de dirigentes.[122] Esta era una crítica elocuente, dirigida como iba contra el defensor de la democracia interna del Partido. El amor propio de los bolcheviques había sido herido de todos modos por Trotsky, en cuyas evocaciones la dirección del Partido aparecía como un conjunto indolente y vacilante de hombres que nunca

121- Trotsky, The Stalin School of Falsification, p. 90.
122- Krúpskaya, "K Voprosu ob Urokakh Oktyabrya". en Za Leninizm, pp. 152- 156

habrían cumplido con su deber si no hubiesen sido espoleados y empujados a la acción por Lenin.

El debate tuvo una consecuencia adicional que fue muy embarazosa para Trotsky. Algunos elementos de la dispersada oposición antibolchevique, que hasta entonces lo habían odiado con toda su alma, empezaron a poner en él sus esperanzas.[123] Era inevitable que así fuera. En un sistema unipartidista, algunos de los enemigos reprimidos del gobierno, imposibilitados ya de luchar bajo sus propias banderas, aplaudirán a cualquier disidente importante aun cuando éste pertenezca al partido gobernante y sin tomar en cuenta las razones de su disensión. Tienden a ver como héroe propio a cualquiera que sea estigmatizado por el grupo gobernante como adversario peligroso. La circunstancia de que Trotsky exigiera libertad de expresión, aunque sólo fuera dentro del Partido, lo favorecía cuando menos a los ojos de algunos antibolcheviques que no veían ningún futuro para su propia causa sin alguna libertad de expresión. Ésta no era, ni mucho menos, la actitud prevaleciente entre los antibolcheviques. Muchos, o tal vez la mayoría de éstos, veían con regocijo la caída del hombre a quien consideraban el principal culpable de su derrota en la guerra civil. Pero los triunviros explotaron al máximo cualquier signo de simpatía real o espuria por Trotsky que pudiera descubrirse fuera del Partido, en tanto que él, por las mismas razones, se esforzaba por no decir ni hacer nada que pudiera estimular tal simpatía. Esto explica en buena medida su comedimiento, sus largos silencios y su constante y enfática reiteración de su solidaridad con los triunviros frente a los enemigos comunes.

Por último, el "debate literario" tuvo un efecto importante en los propios triunviros. El resultado del debate fue el desprestigio de todos los participantes con la única excepción de Stalin, cuyo prestigio, por el contrario, ganó realce. Trotsky concentró su ataque en Zinóviev y Kámenev, que habían expresado y hecho constar claramente sus objeciones a la insurrección de octubre. Stalin, que en 1917 había sido menos coherente y mucho más evasivo, era ahora mucho menos vulnerable. Zinóviev y Kámenev necesitaban ahora, sin duda, su apoyo moral; y recibieron de él, con alegría, los testimonios que los acreditaban como buenos bolcheviques.[124] Esto ayudó a Stalin a establecerse definitivamente como el triunviro principal. Así, inconscientemente. Trotsky ayudó a derrotar a sus futuros aliados y a enaltecer a su adversario más importante y peligroso.

La tempestad provocada por "Las Lecciones de Octubre" hizo insostenible la posición de Trotsky como Comisario de la Guerra. Los triunviros lo habían

---

123- M. Eastman, Since Lenin Died, pp. 128-129: Bajanov, Avec Staline dans le Kremlin, p. 86.

124- Stalin, Obras, vol. 6, p. 343.

denunciado en tales términos, que no podían dejar en sus manos la dirección de los asuntos militares del país, aunque sólo un año antes no se hubiesen atrevido a aceptar su renuncia. Ahora actuaron abiertamente para separarlo del Comisariado.

En ninguna fase de la lucha hizo Trotsky el menor intento de apelar ai ejército contra ellos. Refrenó a aquellos de sus partidarios que, como Antónov-Ovseienko, se vieron tentados de involucrar en la controversia a las células militares que, de acuerdo con los estatutos del Partido, tenían derecho a expresar su opinión. Debe añadirse, por otra parte, que los portavoces oficiales nunca le imputaron a Antónov-Ovseienko una falta más grave que la mencionada: nunca hablaron de ninguna conjura ni de preparativos para un golpe militar; y reconocieron en más de una ocasión la influencia moderadora de Trotsky.[125] Cuando se hicieron alusiones a su ambición bonapartista. fue sólo como murmuraciones privadas. Trotsky no fue acusado de incurrir en un solo acto encaminado a explota: políticamente su posición como Comisario de la Guerra. Él reconocía como principio intocable la autoridad del Politburó sobre el ejército. En consecuencia, aceptó, aunque no sin protestar, el relevo o la destitución de sus partidarios de los puestos de mayor influencia en su Comisariado y el nombramiento de su adversario para ocupar los mismos.[126]

Sería fútil especular si Trotsky pudo haber tenido éxito en caso de intentar un golpe militar. En los primeros momentos del conflicto, antes de que la Secretaría General comenzara a desplazar y reorganizar el personal del Partido en el ejército, sus posibilidades de éxito pueden haber sido grandes; posteriormente menguaron. Trotsky nunca trató de probar suerte. Estaba convencido de que un pronunciamiento militar sería un revés irreparable para la revolución, aun cuando él estuviera vinculado con el movimiento. En el XIII Congreso declaró que veía en el Partido "el único instrumento histórico que la clase obrera poseía para la solución de sus tareas fundamentales"; v no podía tratar de destruir ese instrumento con las manos del ejército. Sostenía que el ejército, en cualquier conflicto con el Partido tendría que depender del apoyo de las fuerzas contrarrevolucionarias y ello lo condenaría a desempeñar un papel reaccionario. Cierto es que veía "degeneración" en el Partido. pero ésta consistía en el divorcio entre los dirigentes y la base y en la pérdida por parte del Partido de su base democrática. La tarea. a su juicio, consistía en reconstruir esa base y en reconciliar a los dirigentes con los miembros de fila. La salvación de la revolución residía, en último término, en un resurgimiento político "desde abajo", desde el fondo de la sociedad. La acción militar "desde arriba"

125- En la XIII Conferencia hasta los oradores oficiales se refirieron a la influencia moderadora de Trotsky: véase, por ejemplo, el discurso de Lominadze en 13 Konferentsia RKP (b), p. 113.

126- Mi vida, tomo II. p. 374.

sólo podría instaurar un régimen más alejado aún de una democracia obrera que el actual gobierno. Tal era la "lógica de las cosas", y él no creía poder oponérsele. Colocó su propia persona y su acción dentro del marco de las fuerzas sociales que determinaban el desarrollo de los acontecimientos: consideró que su propio papel estaba subordinado a esas fuerzas; y su objetivo, que era el resurgimiento de la democracia proletaria, le dictó la elección de sus recursos.

En el transcurso del año 1924 la dirección del Comisariado de la Guerra se le escapó de las manos. A través de Frunze y Unschlicht, los triunviros extendieron gradualmente su control a todo el cuerpo de comisarios políticos del ejército; y entonces no sintieron escrúpulos en involucrar a las fuerzas armadas en el conflicto interno del Partido. Presentaron en las células militares resoluciones que condenaban a Trotsky por haber publicado "Las Lecciones de Octubre": y convocaron una conferencia nacional de los comisarios políticos a cuya consideración sometieron una moción que exigía la salida de Trotsky del Comisariado de la Guerra. En esos días Trotsky sufrió un nuevo ataque palúdico y, según parece, ni siquiera se defendió ante los comisarios. La conferencia aprobó sin contratiempos la moción que exigía su destitución. Seguidamente Trotsky sufrió la misma repulsa por parte do la célula comunista en el Consejo Militar Revolucionario, el Consejo que él había presidido desde el día de su creación. Como remate, una sesión plenaria del Comité Central fue convocada para el 17 de enero, y el "caso Trotsky" figuró como primer punto de la agenda.

El 15 de enero Trotsky dirigió una carta al Comité Central en la que se excusaba, por razones de enfermedad, de asistir a la sesión; pero declaró que había pospuesto su salida de Moscú (pensaba volver nuevamente al Cáucaso) para contestar a las preguntas y ofrecer las explicaciones que pudieran pedírsele. En forma concisa y con cólera contenida, replicó a las principales acusaciones que se le hacían. Esta fue su única réplica a los críticos de "Las Lecciones de Octubre". A continuación pedía que se le relevara inmediatamente de sus deberes como Presidente del Consejo Militar Revolucionario y declaraba: "Estoy dispuesto a desempeñar cualquier función que me asigne el Comité Central, en cualquier puesto o sin ningún puesto y, sobra decirlo, bajo cualesquiera condiciones de control partidario".[127]

En el Politburó, Zinóviev y Kámenev propusieron pedirle al Comité Central la expulsión de Trotsky del Politburó y del Comité. Una vez mas, provocando la irritación de ambos, Stalin se negó a suscribir la petición; y Zinóviev y Kámenev se preguntaron si Stalin no estaría pensando en hacer las paces con Trotsky a expensas de ellos. El Comité Central decidió que Trotsky siguiera ocupando su lugar en el

127- El texto completo de la carta se encuentra en Eastman, Since Lenin Died, pp. 155-158.

Comité y en el Politburó. pero lo amenazó una vez más con la expulsión si se enfrascaba en cualquier nueva controversia.[128] El Comité Central declaró entonces que el "debate literario" quedaba cerrado; pero al mismo tiempo giró instrucciones a todos los departamentos de propaganda para que continuaran la campaña "que esclarecería a todo el Partido... sobre el carácter antibolchevique del trotskismo, que había comenzado en 1903 y terminaba con "Las Lecciones de Octubre". Otra campaña debería hacer claro al país en general, no sólo a los miembros del Partido, el peligro que el trotskismo representaba para la "alianza de obreros y campesinos". Puesto que a Trotsky no se le permitía replicar, esto se convirtió en un "debate unilateral". El Comité Central, por último, "declaró imposible que Trotsky continuara trabajando en el Consejo Militar Revolucionario".

Así, con los distintivos de la infamia superpuestos a las insignias de su faina, con gritos de denuncia resonando en sus oídos, amordazado e impedido incluso de defenderse, Trotsky salió del Comisariado y del Ejército que había encabezado durante siete largos y trascendentales años.

128- Popov, Outline History of the CPSU, vol. II, p. 216: KPSS v Rezolutsiaj, vol. I, pp. 913-921.

CAPÍTULO III

"NO SÓLO DE POLÍTICA .."

"No sólo de política vive el hombre..fue el título que Trotsky le dio a un breve ensayo suyo que apareció en Pravda en el verano de 1923.[1] Menos que nadie podía él vivir sólo de política. Aun en los momentos más vitales de la lucha por el poder sus actividades literarias y culturales absorbieron una gran parte de sus energías: y esas actividades lo ocuparon más aún cuando salió del Comisariado de la Guerra y la controversia en el seno del Partido se aplacó durante algún tiempo. No es que Trotsky tratara de escapar de la política. Su interés en la literatura, el arte y la educación siguió siendo político en un sentido más amplio. Pero Trotsky se negaba a detenerse en la superficie de los asuntos públicos. Convirtió la lucha por el poder en una lucha por el "alma" de la revolución; y al hacerlo le dio nuevas dimensiones y nueva profundidad al conflicto en que estaba enfrascado.

La intensidad con que se dedicó al trabajo literario durante los choques más decisivos en el Politburó puede juzgarse a base de los siguientes hechos escasos. En el verano de 1922, cuando se negó a aceptar el puesto de vice-Primer Ministro bajo Lenin y, dando lugar a la censura del Politburó, se tomó unas vacaciones, dedicó la mejor parte de su descanso a la crítica literaria. La Editorial del Estado había recogido sus ensayos prerrevolucionarios sobre literatura para publicarlos en un volumen especial de sus Obras, y él concibió el propósito de escribir un prefacio que examinara la situación de las letras rusas desde la revolución. El "prefacio" fue creciendo hasta convertirse en una obra independiente. Trotsky le dedicó todo su tiempo libre, pero no llegó a concluirlo. Reanudó la redacción durante sus siguientes vacaciones de verano, en 1923, cuando su conflicto con los triunviros, complicado por las expectativas de una revolución en Alemania, se acercaba a su culminación; y esta vez regresó a Moscú con el manuscrito de un nuevo libro, Literatura y Revolución. listo para la imprenta.

En el transcurso del verano siguiente escribió una serie de artículos sobre las costumbres y la moralidad de la Rusia posrevolucionaria, que posteriormente fueron recogidos en Problemas de la vida cotidiana. Los temas que trató fueron: la vida familiar bajo el nuevo régimen; la burocracia "esclarecida y no esclarecida"; "urbanidad y cortesía"; "el vodka, la Iglesia y el cine": "las blasfemias en el idioma ruso", etc. Habló en muchas asambleas de educadores, bibliotecarios, agitadores, periodistas y "corresponsales obreros", y en sus discursos se refirió al prosaísmo, el descuido y la falta de vitalidad a que había descendido la prensa,

---

1- Pravda, 10 de julio de 1923; Obras (ed. rusa), vol. XXI, pp. 8-12.

e insistió en la necesidad de restaurar la pureza y el vigor de la lengua rusa, plagada ahora de jerga partidaria y lugares comunes. Durante el mismo verano y el otoño siguiente trató temas tan diversos como un análisis comparativo de los ciclos económicos en los siglos XIX y XX (sobre los cuales publicó un breve pero sustancioso tratado en el Vestnik (El Mensajero} de la Academia Socialista)[2] y la controversia entre dos escuelas de psicología: la de Pávlov y la de Freud. Trotsky estaba familiarizado hacía tiempo con la teoría de Freud, y estudió los trabajos de Pávlov a fin de prepararse para intervenir en la controversia con un alegato en favor de la libertad de investigación y de la tolerancia frente a la escuela freudiana. En 1924 también escribió y publicó en forma de libro los esbozos biográficos de Lenin en los que, al presentar al fundador del bolchevismo en toda su dimensión humana, hizo implícitamente su crítica del "icono" oficial de Lenin y del incipiente culto leninista.

En estos escritos trató de golpear la raíz y no tan sólo los síntomas de los males que asediaban a la revolución: el atraso espiritual de la Madre Rusia, que no era menos importante que su pobreza económica. Expresó que la necesidad de la "acumulación primitiva cultural" era cuando menos tan urgente como la necesidad de la acumulación industrial. Describió el terreno en que empezaba a crecer el stalinismo, y trató de cambiar el clima en el que habría de florecer. De ahí la importancia que atribuía a las costumbres y a la moralidad y a los "pequeños asuntos" de la vida cotidiana, mostrando cómo afectaban éstos a los asuntos del Estado. Su tratamiento de tales temas queda ejemplificado insuperablemente por lo que escribió acerca de los hábitos blasfemos peculiarmente nisos:

El lenguaje insultante y las blasfemias son un legado de la esclavitud, la humillación y la falta de respeto a la dignidad del hombre, a la dignidad propia y a la de los demás... Me gustaría que nuestros filólogos, lingüistas y folkloristas me dijeran si conocen en cualquier otro idioma términos tan disolutos, viscosos y bajos como los que tenemos en ruso. Hasta donde yo sé, nada o casi nada parecido existe fuera de nuestro país. El lenguaje blasfemo en nuestras clases socialmente inferiores era el resultado de la desesperación, la amargura y, sobre todo, de la esclavitud sin esperanza ni evasión. El lenguaje blasfemo de nuestras clases altas, el lenguaje que salía de las gargantas de la aristocracia y de los funcionarios, era el resultado del régimen clasista, del orgullo de los propietarios de esclavos y del poder inconmovible... Dos corrientes de procacidad rusa -el lenguaje blasfemo de los amos, los funcionarios y los policías, grueso y rotundo: y el lenguaje blasfemo, hambriento, desesperado y atormentado de las masas- han teñido toda la vida rusa con matices despreciables...

2- Obras (ed. rusa), vol. XII, pp. 357-363.

La revolución, sin embargo, es primordialmente el despertar de la personalidad humana en las masas, en esas masas que supuestamente no poseían ninguna personalidad. Pese a la crueldad ocasional y a la sanguinaria inexorabilidad de sus métodos, la revolución... se caracteriza por el creciente respeto a la dignidad del individuo y por una atención cada vez mayor a los débiles. Una revolución no es digna de llamarse tal si no ayuda, con todo su poderío y con todos los medios a su alcance, a la mujer, doble y triplemente esclavizada en el pasado, a ponerse en el camino del progreso individual y social. Una revolución no es digna de llamarse tal si no prodiga el mayor cuidado posible a los niños... en cuyo beneficio se ha hecho. Pero, ¿cómo puede uno crear una nueva vida basada en la consideración mutua, en el respeto a sí mismo, en la verdadera igualdad de las mujeres..., en el eficaz cuidado de los niños, en medio de una atmósfera envenenada por el rugiente fragoroso y resonante lenguaje blasfemo de los amos y los esclavos, ese lenguaje que no perdona a nadie y que no se detiene ante nada? La lucha contra el "lenguaje procaz" es un requisito esencial de la higiene mental, de la misma manera que la lucha contra la suciedad y las sabandijas es un requisito de la higiene física...

Los hábitos psicológicos, que pasan de generación en generación y saturan todo el clima de la vida, son sumamente tenaces... ¿Con cuánta frecuencia nos lanzamos en Rusia impetuosamente hacia adelante, agotamos nuestras fuerzas y después dejamos que las cosas sigan a la deriva como antaño?... Esto es cierto no sólo de las masas incivilizadas, sino también de los llamados elementos avanzados y responsables en nuestro régimen social actual. Es innegable que las viejas formas prerrevolucionarias de lenguaje procaz siguen todavía en uso. seis años después de Octubre, y que incluso están de moda en los círculos "de arriba"... Nuestra vida está formada por los contrastes más notables.[3]

En esta lucha contra las tradiciones persistentes y resurgentes de un modo de vida que había tenido sus raíces en la servidumbre, Trotskv habría de sufrir una derrota tan cruel como la que sufrió en el terreno político. Pero mostró una profunda comprensión histórica de la naturaleza de la fuerzas que habrían de abrumarlo. Las "dos corrientes de la procacidad rusa" habrían de fundirse en el stalinismo y de imponerle sus "matices despreciables" a la propia revolución. Quince años después, durante las grandes purgas, las dos corrientes se convirtieron en una marejada: entonces fue posible que un Fiscal General se dirigiera a los reos, hombres que habían ocupado las más altas posiciones en el Estado y en el Partido, en términos tales como "¡Tú, hijo de un toro y un puerco!", y que los más altos magistrados remataran sus obsesivas peroratas con el grito de: "¡Maten a los perros rabiosos!" La procacidad se desbordó de los tribunales a las fábricas, las granjas, las redacciones

3- Pravda, 16 de mayo de 1923; Obras (cd. rusa), vol. XXI, pp. 26-31.

y las aulas universitarias, y durante varios años su estruendo ensordeció a toda Rusia. Fue como si varios siglos de blasfemias se hubiesen condensado en un solo momento, cobrado vida en el stalinismo y estallado sobre el mundo.

La Revolución de Octubre había dado nuevos impulsos a la vida cultural, pero también la había trastornado completamente y había creado enormes dificultades. Éste habría sido el efecto de cualquier revolución,, aun en las circunstancias más favorables y aún contando con el apoyo de los elementos cultos de la nación. El efecto se agravó inmensamente cuando la principal fuerza motriz de la revolución fue una clase oprimida, desleída y neceseriamente inculta. Cierto es que los dirigentes bolcheviques eran hombres de la intelectualidad y que algunos de ellos poseían una amplia y profunda educación. Pero eran tan sólo un puñado. Los "cuadros" eran en su mayoría obreros semicultos y personas también semicultas de extracción pequeñoburguesa. El Partido los había adiestrado en la política, en la organización y algunas veces en la filosofía general del marxismo. Pero con excesiva frecuencia su enfoque de los asuntos culturales demostraba que un poco de (cultura) puede ser peor que la ignorancia completa.

La mayoría de la intelectualidad había recibido a la Revolución de Octubre con hostilidad. Algunos de sus miembros perecieron en la guerra civil. Muchos emigraron. De los que sobrevivieron y permanecieron en Rusia, muchos sirvieron al nuevo régimen como "especialistas". Incluso unos pocos se ligaron con entusiasmo a la revolución e hicieron todo lo posible por elevar culturalmente a la nación. Pero muchos de los intelectuales eran, o demasiado rígidos en sus hábitos mentales conservadores o bien demasiado pusilánimes o demasiado mediocres y seniles para que pudieran ejercer una influencia intelectual considerable y fructífera. Se sentían ofendidos cuando se les ponía bajo las órdenes de comisarios autodidactos o semicultos. Por otra parte, los comisarios a menudo carecían de confianza en sí mismos, eran suspicaces y se inclinaban a disfrazar su inseguridad interior con la jactancia y la fanfarronada. También estaban fanáticamente convencidos de la justicia de su causa y de que habían hallado en el marxismo -en el cual, necesariamente, también estaban sólo instruidos a medias- la clave para resolver todos los problemas de la sociedad, incluidos los de la ciencia y el arte. Tanto más. por consiguiente, se aferró la intelectualidad a sus prejuicios característicos y a la altanera convicción de que el marxismo no podía enseñarles nada, de que la *Weltanschauung* de éste era un mero "fárrago de medias verdades a medio elaborar". Así se creó un abismo insalvable entre ellos y los nuevos grupos gobernantes.

Trotsky, como Lenin, Bujarin, Lunacharsky, Krasin y otros pocos, hizo todo lo posible por tender un puente sobre el abismo. Exhortó a los comisarios y a los secretarios del Partido a que trataran a los intelectuales con consideración y respeto; e instó a los intelectuales a mostrar una mayor comprensión de las necesidades

de la época y del marxismo. Estas exhortaciones surtieron su efecto, pero el abismo, si bien reducido, no desapareció. A continuación empezó a ensancharse nuevamente. A medida que la jerarquía del Partido empezó a liberarse de todas las formas de control público y a acostumbrarse al gobierno arbitrario, se inclinó más y más a imponerles sus dictados al científico, al hombre de letras y al artista. También empezó a desarrollar sus propias ambiciones y a estimular las aspiraciones "culturales" que halagaban su vanidad de *parvenú* y parecían, sin embargo, tener los méritos de la innovación revolucionaria. Así se acuñaron las consignas de la "cultura proletaria", el "arte proletario" y la "literatura proletaria", que pronto adquirieron el mismo género de popularidad de que había gozado anteriormente en el ejército la "doctrina estratégica proletaria".[4]

Trotsky se consideró obligado a frenar la intolerancia y a poner de manifiesto la futilidad de las consignas sobre la cultura y el arte proletarios. La tarea no era fácil. La idea de una cultura proletaria resultaba atractiva para algunos intelectuales bolcheviques y para los obreros jóvenes en los que la revolución había despertado el anhelo de lograr acceso a la educación, pero en los cuales había liberado también instintos iconoclastas. En el trasfondo se hallaba la anárquica hostilidad de los campesinos contra todo lo que había estado vinculado con el modo de vida de la aristocracia, incluidos sus "valores culturales". (Cuando el muzhik incendiaba la mansión de su terrateniente, dejaba a menudo que la biblioteca y las pinturas fueran pasto de las llamas porque sólo veía en ellas una parte de las propiedades del terrateniente.) Los bolcheviques teorizantes racionalizaron esta actitud iconoclasta presentándola como un rechazo seudomarxista de la vieja "cultura de clases" que debía ser eliminada. El *Prolelkult* proclamó el advenimiento de la ciencia y el arte proletarios. Los doctrinarios de este grupo de escritores y artistas argumentaban con cierta plausibilidad que, así como había habido épocas feudales y burguesas en la historia de la civilización, la dictadura proletaria debía inaugurar una cultura propia, imbuida de conciencia de clase marxista, de internacionalismo militante, materialismo, ateísmo, etc., etc. Algunos sostenían que el marxismo constituía ya por sí mismo esa nueva cultura. Los exponentes y los partidarios de tales concepciones se esforzaron por obtener el apoyo del Partido e incluso por hacer de dichas ideas los principios orientadores de la política educativa.

Tanto Lenin como Trotsky repudiaron la teoría del Proletkult. Lenin, sin embargo, se limitó a unas cuantas declaraciones breves y tajantes y le dejó el campo a Trotsky. a cuyos intereses correspondía mejor la discusión del problema. Más adelante veremos cómo libró Trotsky la lucha contra el Proletkult. Las pretensiones del Proletkult, sin embargo, eran tan solo la expresión más extrema de una inclinación

4- Véase El profeta armado, pp. 440-444.

ampliamente difundida más allá de los círculos del Proletkult, especialmente entre los activistas del Partido que tenían a su cargo los asuntos educativos y culturales: una inclinación a resolver tales asuntos por decreto, a dictar la línea y a intimidar a quienes eran demasiado cultos, demasiado inteligentes o demasiado independientes para obedecer. Fue esta actitud, de la cual habría de derivarse la política cultural del stalinismo, la que Trotsky trató infatigablemente de vencer: "El Estado es una organización compulsiva", dijo en un discuro a los educadores, "y en consecuencia los marxistas en los puestos de mando pueden sentirse tentados a desempeñar incluso su labor cultural y educativa entre las masas trabajadoras de acuerdo con el principio de: 'He aquí la verdad que os ha sido revelada: arrodillaos ante ella.' Nuestro gobierno, por supuesto es un gobierno riguroso. El Estado obrero tiene el derecho y el deber de aplicar la compulsión. Usamos la fuerza despiadada contra los enemigos de la clase obrera. Pero en la educación de la clase obrera, el método de 'aquí está-la-verdad-poneos-de- rodillas'... contradice la esencia misma del marxismo".[5]

Tales exhortaciones y advertencias llenan muchas páginas en La cultura de un periodo de transición, volumen XXI de las Obras de Trotsky. Los decretos dirigidos a los científicos y las prohibiciones de sus teorías "no pueden acarrearnos más que perjuicio y vergüenza", insistió Trotsky, prefigurando el perjuicio y la vergüenza de los pronunciamientos de Stalin sobre las herejías lingüísticas y biológicas, por no mencionar las sociológicas. Conviene añadir que Trotsky no razonó en esta forma sólo después de haber sido obligado a pasar a la oposición. Ya en enero de 1919 había escrito, por ejemplo:

Nuestro partido... nunca fue y nunca podrá convertirse en un adulador de la clase obrera... La conquista del poder no transforma por sí misma a la clase obrera ni la dota de todas las virtudes: sólo abre ante ella la oportunidad de aprender, de desarrollar su mente y de superar sus deficiencias. Por medio de un intenso esfuerzo los grupos dirigentes de la clase obrera rusa han llevado a cabo una labor de gigantesca significación histórica. Pero aun en esos grupos hay todavía mucho conocimiento a medias y mucha semicompetencia.[6]

Con este conocimiento a medias y con esta semicompetencia se trabó Trotsky en combate una y otra vez. Lenin, al introducir la NEP, les dijo a los bolcheviques que

---

5- Trotsky pronunció este discurso en junio de 1924. inmediatamente después que el XIII Congreso había denunciado su "desviación del leninismo". Obras (ed. rusa), vol. XXI. pp. 133-163.

6- Obras (ed. rusa), vol. XXI, pp. 97-98.

tenían que "aprender a comerciar". No era menos importante, añadió Trotsky, que "aprendieran a aprender".[7]

Era pernicioso, reiteró, abordar el "legado cultural" del pasado con menosprecio nihilista. La clase obrera tenía que tomar poseción de ese legado y preservarlo. El marxista no debía aceptarlo indiscriminadamente en su totalidad; debía considerar el legado cultural dialécticamente y advertir sus contradicciones históricamente creadas. Las conquistas de la civilización habían servido hasta entonces a un doble propósito: habían ayudado al hombre a obtener conocimientos y dominio sobre la naturaleza y a desarrollar sus propias capacidades; pero también habían servido para perpetuar la división de la sociedad en clases y la explotación del hombre por el hombre. En consecuencia, algunos elementos del legado tenían significación y validez universales, mientras que otros estaban vinculados a sistemas sociales caducos o en vías de caducar.[8] El enfoque comunista del legado cultural debía ser, por lo tanto, selectivo. Por regla general, el cuerpo principal del pensamiento estrictamente científico del pasado había sido poco deformado relativamente, por el hecho de haberse desarrollado en una sociedad clasista. Era en la creación ideológica, especialmente en las nociones sobre la sociedad misma, donde la dominación del hombre por el hombre se reflejaba de manera más directa. Pero aún allí los elementos que reflejaban la opresión clasista y servían para perpetuarla se hallaban ligados íntimamente con otros elementos a través de los cuales el hombre llegaba a conocerse a sí mismo, perfeccionaba su mente, ampliaba su inteligencia, adquiría comprensión de sus emociones, aprendía a dominarse a sí mismo y, por ende, superaba en cierta medida las limitaciones de sus circunstancias sociales. A eso se debía que obras de arte creadas hacía cientos y hasta miles de años siguieran fascinando al hombre moderno y haciendo vibrar una cuerda en él, incluso mientras estaba empeñado en hacer la revolución proletaria o en construir el socialismo. Sin duda alguna, el constructor del socialismo debía revisar críticamente, utilizando los criterios del materialismo dialéctico, todos los valores heredados; pero esto no tenía nada que ver con el rechazo terminante o la charlatanería seudomarxista. Antes de que los valores culturales del pasado pudieran ser sometidos a la crítica, debían ser asimilados cabalmente; y antes de que el marxista se decidiera a revisar desde su punto de vista cualquier campo del conocimiento, debía dominarlo primero "desde adentro".

7- Ibid., p. 260.

8- Trotsky habló del doble papel de la máquina que ha elevado la capacidad productiva del obrero, pero que, bajo el capitalismo, también ha servido como un instrumento de explotación. Sin embargo, el socialismo no puede renunciar ni renuncia al uso de la máquina. Esto es obvio para todo el mundo, pero el mismo razonamiento es válido para la mayor parle de los logros de la civilización.

Dirigiéndose a la antigua intelectualidad, Trotsky razonaba desde el punto de vista opuesto: trataba de persuadirla de que no podía vivir sólo del legado cultural y de que debía reeducarse y hallar su lugar en la sociedad soviética. Le preocupaba en particular la posición de los científicos y los tecnólogos, ante quienes disertó una y otra vez sobre la relación entre el marxismo y la ciencia. Su propio interés en el tema recibió un estímulo cuando, después de su salida del Comisariado de la Guerra, fue nombrado jefe de la Comisión de Desarrollo Electrotécnico y del Comité de Industria y Tecnología. Un nuevo campo de estudio se abrió ante él, un campo que lo había atraído en su primera juventud y que después había abandonado en favor de la actividad revolucionaria. Ahora se convirtió en "mitad administrador y mitad estudiante". "Los que más me interesaban", escribe,[9] "eran los institutos científico-técnicos, que habían cobrado gran desarrollo en los Soviets, gracias al régimen de centralización de la industria. Me dediqué a visitar todos los laboratorios que pude, a asistir con la mayor atención a los experimentos, a escuchar las explicaciones de los mejores especialistas, y, en las horas libres, me puse a estudiar libros de química e hidrodinámica..." Estos intereses se hallan vigorosamente reflejados en su escritos de los años 1925 y 1926. Al mismo tiempo qdc aprendía de los científicos, les servía de tutor en la sociología y en la filosofía marxista de la ciencia. Probablemente fue influido por la Dialéctica de la naturaleza de Engels, cuyas primeras ediciones alemana y rusa aparecieron en Moscú en 1925. Trotsky no hace ninguna referencia explícita a esa obra, pero es improbable que no la haya leído; y en algunos puntos sigue de cerca la línea de pensamiento de Engels.

Cuando menos tres de sus incursiones en la filosofía de la ciencia merecen ser mencionadas aquí: una disertación sobre Mendeléyev, pronunciada en el Congreso Pan-Ruso de Científicos en septiembre de 1925, en ocasión de un aniversario del gran químico; una conferencia sobre "Cultura y Socialismo", dictada en el Club de la Plaza Roja en febrero de 1926: y un discurso sobre "Radio, Ciencia, Tecnología y Sociedad" en el Congreso para la difusión del radio celebrado en marzo del mismo año.

En Trotsky no había ningún rasgo del filósofo profesional. Nunca buceó en las profundidades de la gnoseología, como lo hizo Lenin en Empiriocriticismo y Materialismo. No intentó ninguna exposición sistemática de los principios de la dialéctica; prefirió aplicarlos a los análisis políticos e históricos en lugar de exponerlos en abstracto. Sin embargo, es difícil leer sus obras sin advertir tras ellas la presencia de una filosofía bien formada, del profundo pensamiento que él había dedicado a los problemas del método, y de su erudición amplia aunque no muy sistemática. Trotsky manejaba esa erudición con soltura, evitaba los sesudos

9- Trotsky, Mi vida, tomo II. p. 387.

pronunciamientos del sabio, y como de propósito hablaba el lenguaje del *dilttante*. Pese a ello, o tal vez precisamente por ello, sus pocos ensayos sobre la dialéctica de la ciencia figuraban entre las más esclarecedoras y lúcidas exposiciones marxistas del asunto.

Nada se hallaba más lejos de la mente de Trotsky que cualquier intento de imponer la política sobre la ciencia. Defendía el derecho, y aun el deber, del científico a mantenerse políticamente desinteresado en el transcurso de la investigación y el estudio. Esto, sin embargo, no debía impedir que el científico viera cuál es el lugar de la ciencia en la sociedad. No existía contradicción entre el desinterés del científico individual y la profunda relación de la ciencia en su conjunto con los conflictos sociales de su época. De manera similar, un soldado o un revolucionario individual puede luchar y dar su vida desinteresadamente, pero un ejército y un partido deben tener intereses y aspiraciones definidas que defender.

El desapego y la objetividad rigurosa en la investigación son necesarios, pero no suficientes. Uno de los más vitales intereses de la propia ciencia consiste en que el científico posea un perspectiva filosófica amplia y moderna. El científico, por regla general, no posee tal perspectiva. Y a ello se debe una dicotomía característica en la mente del científico. En el campo de su especialidad o en su laboratorio, éste es implícitamente un materialista. pero fuera de ellos su pensamiento es la mayor parte de las veces confuso, anticientífico, inclinado al idealismo e incluso a concepciones sencillamente reaccionarias. En ningún gran pensador fue más evidente esta dicotomía que en Mendeléyev. Como científico, fue uno de los más grandes materialistas de todos los tiempos; sin embargo, vivió atrapado en las creencias y prejuicios más conservadores de su tiempo y fue un devoto del zarismo decadente. Cuando formuló su Ley Periódica, confirmó la verdad del principio dialéctico que ocupa un lugar central en el pensamiento marxista y asevera que los cambios cuantitativos, lo mismo en los procesos naturales que en los sociales, se convierten al llegar a ciertos puntos en cambios cualitativos. De acuerdo con la Ley Periódica, las alteraciones cuantitativas en los pesos atómicos tienen como resultado diferencias cualitativas entre los elementos químicos. Sin embargo. Mendeléyev no pudo advertir la inminencia del gran cambio cualitativo -la revolución- en la sociedad rusa.

‘‘Conocer a fin de poder predecir y actuar’’ fue la máxima del gran descubridor, que comparaba la creación científica con la construcción de un puente de hierro sobre un precipicio: no es necesario, decía Mendeléyev, descender y buscar un apoyo para el puente en el fondo del precipicio; basta con encontrar apoyo en uno de los bordes y luego tender a través de éste un arco exactamente pesado que descanse con seguridad en el otro borde.

Lo mismo es cierto de todo pensamiento científico. Éste debe basarse en los

cimientos graníticos de la experiencia; pero la generalización, como el arco del puente, se separa del mundo de los hechos a fin de intersectarlo nuevamente en otro punto precisamente anticipado...

Ese momento de la creación científica... cuando la generalización se transforma en pronóstico y el pronóstico se prueba con éxito a través de la experiencia, da invariablemente a la mente humana la más or- gullosa y verdadera satisfacción.[10]

Mendeléyev el ciudadano, sin embargo, rehuyó toda generalización sociológica y toda predicción política. Vio con absoluta falta de comprensión el surgimiento en Rusia de la escuela de pensamiento marxista que se formó en el transcurso de una controversia con los populistas (narodniki) acerca, precisamente, de un pronóstico sobre la forma en que evolucionaría la sociedad rusa.

El caso de Mendeléyev ilustra, pues, la difícil situación del científico moderno: su falta de una visión integral del mundo e incluso de la ciencia. La ciencia, por necesidad, trabaja empíricamente; y la especialización y fragmentación del conocimiento acompañan su progreso. Con todo, mientras mayores sean la especialización y la fragmentación, más urgente es la necesidad de una concepción unificadora del mundo; de lo contrario, la mente del pensador se constriñe dentro de su especialidad y aun dentro de ésta su progreso se dificulta. La falta de comprensión filosófica y la desconfianza frente al pensamiento generalizador han sido responsables de mucha confusión científica y de muchos palos a ciegas que pudieron evitarse. El marxismo le ofrece al científico una visión integral de la naturaleza y la sociedad humana, una visión que. lejos de ser un artificio arbitrario o una ficción de la mente metafísica, concuerda invariablemente con la variada experiencia empírica de la ciencia.[11]

10- Obras (ed. rusa), vol. XXI, p. 276.

11- Engels. en la Dialéctica de la naturaleza, señala que Descartes se anticipó en 200 años a los descubrimientos de la ciencia sobre la conservación de la energía, cuando afirmó que la masa del movimiento en el universo no cambia. Si los científicos hubiesen aprehendido el pensamiento de Descartes habrían hecho sus descubrimientos mucho antes. Esto era cierto, a fortiori, por lo que toca a la "hipótesis nebulosa" de Kant. "Si la gran mayoría de los estudiosos de la naturaleza hubiesen sentido menos aversión por el pensamiento (filosófico), la aversión que Ncwton expresó en su advertencia: 'Física, Cuídate de la Metafísica', habrían derivado necesariamente del descubrimiento de Kant... conclusiones que les habrían ahorrado interminables rodeos... El descubrimiento de Kant fue el punto de partida de todo el progreso ulterior (es decir, de la superación del punto de vista estático y de la adopción del punto de vista dinámico de la naturaleza en su conjunto). Si las investigaciones hubiesen seg uido inmediatamente esta dirección, la ciencia de la naturaleza estaría mucho más avanzada de lo que está en la actualidad. Pero, ¿qué de bueno podía aportar la filosofía? El trabajo de Kant no tuvo ningún efecto inmediato y fue preciso que transcurrieran varios años antes de que Laplace y Herschcl... lo reivindicaran." Dialektic der Natur, pp. 14, 62.

La unidad y la diversidad del pensamiento del hombre era el gran tema de Trotsky. Tomando una vez más la obra de Mendeléyev como punto de partida, examinó la estructura de la ciencia moderna. Mendeléyev había descubierto que la química tiene su fundamento en la física y que las reacciones químicas son causadas por las propiedades físicas y mecánicas de las partículas. La fisiología, prosiguió Trotsky, guarda con la química la misma relación que la química con la física: no en vano se la describe como "la química aplicada de los organismos vivientes". "La fisiología científica, es decir, materialista, no tiene nada que ver con ninguna Fuerza Vital especial y supraquímica (como la concebían los vitalistas y neovitalistas) a fin de explicar los procesos que le interesan. La psicología, a su vez, descansa en los fundamentos de la fisiología. Del mismo modo que el fisiólogo en su investigación estricta no puede hacer ningún uso del concepto de Fuerza Vital, el psicólogo tampoco puede enfrentarse a ninguno de sus problemas específicos remitiéndose al 'alma'. Tiene que relacionar las experiencias psíquicas con los fenómenos de la existencia fisiológica." Esto es lo que hace la escuela de Freud cuando revela que los impulsos sexuales del hombre se encuentran en la base de muchos de sus estados mentales; y esto es a fortiori lo que hace la escuela de Pávlov cuando trata al alma humana como un complicado sistema de reflejos fisiológicamente condicionados. Finalmente, la moderna ciencia de la sociedad es inseparable de la comprensión que el hombre ha adquirido de las leyes que gobiernan a la naturaleza; esa ciencia ve a la sociedad como una parte peculiar de la naturaleza.

Así, sobre los cimientos establecidos por la mecánica y la física, se erige la vasta estructura de la ciencia contemporánea, con todas sus diversas partes interrelacionadas y constituyente de un todo singular. Sin embargo, unidad no es uniformidad. Las leyes que gobiernan una ciencia no pueden sustituir a las que gobiernan otra. Aun cuando Mendeléyev haya probado que los procesos químicos son en última instancia físicos o mecánicos, la química no puede ser reducida directamente a física. Menos aún puede reducirse la fisiología a química, o la psicología y la biología a fisiología. Y tampoco es posible deducir simplemente las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana de las leyes que rigen la naturaleza. En cierto sentido, el objetivo último de la ciencia puede seguir siendo el de explicar la infinita variedad de fenómenos naturales y sociales por medio de unas cuantas leyes generales y elementales?[12] Pero el pensamiento científico avanza hacia ese objetivo en tal forma que da la impresión de hallarse cada vez más lejos

---

12- Engels, en la obra antes citada, expresa la opinión de que, cuando menos "en el actual estado del conocimiento", estas leyes generales y elementales sólo pueden formularse en términos filosóficos, es decir, en términos de la dialéctica, pero no de la ciencia natural

del mismo, a saber, por medio de la división y especialización del conocimiento y de la formulación y elaboración de leyes siempre nuevas, particulares y detalladas. La concepción, por ejemplo, de que las reacciones químicas están determinadas en última instancia por las cualidades físicas de las partículas, fue el comienzo de todo conocimiento químico: pero no ofreció por sí misma una sola clave para entender una sola reacción química. "La química trabaja con sus propias claves; y sólo encuentra esas claves en sus propios laboratorios, a través de la experiencia empírica y la generalización, la hipótesis y la teoría." La fisiología, conectada como está a través de los sólidos canales de la química orgánica y fisiológica con la química en genera], tiene sin embargo, sus métodos y leyes propios. Lo mismo sucede con la biología y la psicología. Cada ciencia busca apoyo en las reglas de otra sólo "en última instancia"; y cada ciencia se aplica a una esfera tan particular, en la que los fenómenos elementales aparecen en combinaciones tan complejas, que cada una de esas esferas exige un enfoque. métodos de indagación e hipótesis que le son peculiares a ella sola. Es a través de la diversidad como se hace patente la unidad de la ciencia.

En el estudio de la naturaleza, la autonomía de cada esfera se da por sentada; ningún estudioso serio se permite confundir las leyes que rigen en una esfera con las que son válidas en otra. Sólo en los razonamientos sobre la sociedad, en la historia, la economía y la política, sigue siendo endémica tal confusión y arbitrariedad metodológica. En estas disciplinas no es necesario reconocer ninguna ley, o de lo contrario las leyes de la ciencia natural son proyectadas burdamente al estudio de la sociedad, como lo hacen, por ejemplo, los darwinistas metidos a sociólogos y los neomalthusianos.[13]

Trotsky trazó a continuación un amplio panorama del avance de la ciencia "en las últimas décadas" y sus implicaciones filosóficas Ese avance, afirmó, constituía un triunfo casi ininterrumpido para el materialismo dialéctico, un triunfo que,

13- Trotsky ilustró este punto citando a J. M. Keynes, quien, durante una visita i Moscú en 1925, en una conferencia pronunciada en el Consejo Supremo de la Economía Nacional, explicó el desempleo en la Gran Bretaña en razón de la tasa de aumento de la población británica. Keynes (según una información publicada en Ekonomícheskaya Zhizn el 15 de septiembre de 1925) añadió: "Yo supongo que la pobreza de Rusia antes de la guerra era causada, en gran medida, por un crecimiento excesivo de la población. En la actualidad también se nota un exceso considerable del índice de natalidad sobre el de mortalidad. Éste es el mayor peligro para el futuro económico de Rusia." Por aquel entonces aún había desempleo en Rusia. Pero tres años después, cuando la economía planificada estaba establecida. y durante décadas posteriores, uno de los "mayores peligros" fue la escasez de mano de obra y el crecimiento demasiado lento de la población, hecho éste que demuestra palmariamente la impropiedad de aplicar el concepto malthusiano o neo- malthusiano de la "presión de la población sobre los medios de subsistencia" a la economía de una sociedad en expansión industrial.

paradójicamente, los filósofos e incluso los científicos se mostraban renuentes a reconocer. “Los éxitos de la ciencia en el dominio sobre la materia, por el contrario, son acompaña dos por una lucha filosófica contra el materialismo?’ El descubrimiento de la radiactividad en particular había estimulado a los filósofos a derivar conclusiones antimaterialistas. Sin embargo, sus argumentos sólo eran efectivos en la crítica de la antigua física y de la variante mecanicista del materialismo filosófico relacionado con ella. El materialismo dialéctico nunca se había vinculado a la antigua física; antes al contrario, la había trascendido a mediados del siglo XIX. con bastante anterioridad a los científicos. Al insistir únicamente en la primacía del ser -la “materia”- respecto del pensamiento, el materialismo dialéctico no se identifica con ninguna concepción particular de la estructura de la materia y sólo concede a tales concepciones una validez relativa, considerándolas como etapas en el progreso del conocimiento empírico. A los científicos, en cambio, les resulta difícil desligar d materialismo filosófico de tal o cual fase de su indagación sobre la naturaleza de la materia. Bastaría con que aprendieran a abordar los problemas con un actitud más amplia, a combinar el razonamiento inductivo con el deductivo y el pensamiento empírico con el abstracto, para que pudieran ver sus propios descubrimientos con una mejor perspectiva, evitaran atribuirles una significación filosófica absoluta e incluso preveían más claramente las transiciones de una fase de la ciencia a otra. Muchos científicos que disertaban sobre las supuestas implicaciones antimaterialistas de la radiactividad no eran capaces ni siquiera de ver adonde los conducía el descubrimiento de la radiactividad, y veían con escepticismo la posibilidad de dividir el átomo. Criticando esta actitud. Trotsky dejó constancia de la siguiente predicción :

Los fenómenos de la radiactividad nos conducen directamente al problema de la liberación de la energía interior del átomo... La principal tarea de la física contemporánea consiste en extraer del átomo su energía latente, en abrir una válvula de modo que esa energía brote con toda su fuerza. Entonces será posible reemplazar el carbón y el petróleo por la energía atómica, que se convertirá en nuestro combustible y fuerza motriz básicos.

Refutando a los escépticos, exclamó:

Ésta no es en modo alguno una tarea imposible, ¡y qué horizontes abrirá su solución! .. el pensamiento científico y teconlógico se aproxima al punto de una gran transformación; y así la revolución social de nuestra época coincide con una revolución en la indagación del hombre acerca de la naturaleza de la materia y en

su dominio sobre ésta.[14]

Trotsky hizo esta profecía el lo. de marzo de 1926. No habría de vivir para verla convertida en realidad: moriría casi en vísperas de su realización.

De sus incursiones en la filosofía de la ciencia, una merece recordarse en especial: su alegato en defensa del psicoanálisis freudiano. Ya en los primeros años de la década de los veintes la escuela de pensamiento freudiana se vio sometida a un feroz ataque que habría de desterrarla de la Unión Soviética durante muchas décadas. Para muchos miembros influyentes del Partido, la escuela, con su énfasis excesivo en el sexo, parecía sospechosa e incompatible con el marxismo. Sin embargo, la intolerancia respecto al freudianismo no era exclusiva de los bolcheviques; eran tan marcada, cuando menos, en los círculos académicos políticamente conservadores, entre los seguidores de Pávlov que estaban empeñados en establecer un monopolio virtual en favor de sus propias enseñanzas. Tenían sobre los freudianos la ventaja de que su escuela se había desarrollado en suelo ruso y de que resultaba atractiva para los intelectuales marxistas porque parecía la más obviamente materialista de las dos. Así, pues, los comunistas y los académicos formaron una curiosa alianza contra el psicoanálisis.

Trotsky. como ya sabemos, se sintió preocupado por esta situación ya desde 1922. Ese año escribió una carta a Pávlov en la que trataba de vindicar el freudianismo y, con mucho tacto, encarecía a aquél que ejerciera influencia en favor de la tolerancia y la libertad de investigación. No se sabe si Trotsky llegó a enviar la carta, pero sí la incluyó en el volumen XXI de sus Obras. Pávlov, a lo que parece, ignoró la petición. En el calor de la subsecuente crisis política, Trotsky no pudo insistir en el asunto. Pero volvió a plantearlo en 1926, y en esta ocasión protestó públicamente contra la atmósfera de adulación servil que rodeaba ya a la escuela de Pávlov. Habló con el debido respeto y admiración sobre las enseñanzas del propio Pávlov, que a su juicio estaban "en completa armonía con el materialismo dialéctico" y "destruían la división entre la fisiología y la psicología". Pávlov consideraba que "los reflejos básicos eran fisiológicos y que el sistema de reflejos tenía como resultado la conciencia"; también juzgaba que "la acumulación de la cantidad fisiológica produce una nueva cualidad 'psicológica'". Pero Trotsky habló con ironía sobre las exageradas pretensiones de la escuela de Pávlov, especialmente sobre su jactancia de que podía explicar el funcionamiento más sutil de la mente humana, e incluso la creación poética, como el trabajo de los reflejos condicionados solamente. Ciertamente, observó Trotsky, el método de Pávlov es "experimental y minucioso: se acerca a sus generalizaciones paso a paso: parte de la saliva del perro y avanza hacia la poesía"; pero "el camino hacia la poesía apenas puede

14- Obras (ed. rusa), vol. XXI. p. 416. (Cursivas de I. D.)

vislumbrarse todavía".

Protestó contra la detracción del freudianismo tanto más enérgicamente por cuanto sostenía que las enseñanzas de Freud, al igual que las de Pávlov eran inherentemente materialistas. Las dos teorías, sostuvo, difieren en cuanto a los métodos de indagación, no en cuanto a la filosofía.[15] Pávlov adoptaba el método estrictamente empírico y procedía concretamente de la fisiología a la psicología. Freud postulaba de antemano el impulso fisiológico que se encuentra detrás de los procesos psíquicos, y su enfoque era más especulativo. Podía sostenerse que los freudianos le concedían demasiada importancia al sexo a expensas de otros factores; pero una controversia sobre este punto quedaría aún dentro del marco del materialismo filosófico. El psicoanalista "no asciende desde los fenómenos inferiores (fisiológicos) hasta los superiores (psicológicos) y desde los reflejos básicos hasta los complicados. En lugar de ello, intenta salvar todas las etapas intermedias de un solo salto, un salto de arriba hacia abajo, desde el mito religioso, el poema lírico o el sueño directamente hasta la base fisiológica de la psique humana". Trotsky resumió la comparación en una imagen llamativa:

Los idealistas nos dicen... que el "alma" es un pozo sin fondo. Tanto Pávlov como Freud piensan que la fisiología forma su fondo. Pávlov, como el buzo, se sumerge hasta las últimas profundidades e investiga minuciosamente el pozo desde allí hacia arriba. Freud se inclina sobre el pozo y con una mirada penetrante intenta escudriñar sus aguas siempre cambiantes y agitadas y explorar o adivinar la forma de las cosas que se encuentran allá abajo.

El método experimental de Pávlov tenía, por supuesto, cierta ventaja sobre el enfoque parcialmente especulativo de Freud, que en ocasiones llevaba al psicoanalista a conjeturas fantásticas. Con todo, sería demasiado simple y burdo declarar que el psicoanálisis es incompatible con el marxismo y volverle la espalda. En todo caso, tampoco estamos obligados a aceptar el freudianismo. Éste es una hipótesis de trabajo. Puede producir, y de hecho produce, deducciones y conjeturas que señalan hacia una psicología materialista. A su debido tiempo la experimentación proporcionará las pruebas. Mientras tanto, no tenemos ni razón ni derecho a dictar la prohibición de un método que, aun cuando pueda ser menos seguro, trata de anticipar resultados a los que el método experimental sólo se

15- En su carta a Pávlov, Trotsky razonaba sobre la afinidad de las dos escuelas con las siguientes palabras: "Las enseñanzas de usted acerca de los reflejos condicionados abarca, a mi juicio, la teoría de Freud como un caso particular. La sublimación de la energía sexual... no es sino la formación, sobre una base sexual, de los reflejos condicionados n más uno. n más dos. y de los reflejos de grados ulteriores." Ibid., p. 260.

aproxima con mucha lenlitud.[16]

El alegato de Trotsky cayó en oídos sordos. Andando el tiempo la teoría psicoanalítica fue desterrada de las universidades soviéticas. Menos específicamente, pero más categóricamente aún, Trotsky defendió la teoría de la relatividad de Einstein;[17] pero para el ‘‘materialismo” eclesiástico de la era de Stalin esa teoría también se convirtió en anatema; y sólo después de la muerte de Stalin hubo de ser “rehabilitada”.

En sus ensayos sobre filosofía de la ciencia, Trotsky pese a lo bien informado que estaba y a la inspiración que mostró en ocasiones, era más bien un aficionado. No así, sin embargo, en lo que se refiere a su crítica literaria. El fue, en esos años, el más notable de los críticos rusos. Su Literatura y Revolución influyó poderosamente en los escritores de *Krasnaya Nov*. la principal revista literaria de la época, y especialmente en su director. A. Vofonsky, trotskista declarado y ensayista distinguido. Aun en la actualidad, casi cuatro décadas después de su publicación, el libro permanece insuperado no sólo como un examen del Sturm und Drang revolucionario en las letras rusas y como una denuncia anticipada del sofocamiento de la creación artística por el stalinismo, sino más generalmente como un ensayo de crítica literaria marxiste. El libro está escrito con un íntimo sentimiento frente al arte y la literatura, con original perspicacia. elocuencia e ingenio cautivantes y, en sus últimas páginas, con un poder de visión que alcanza raras alturas de sublimidad poética.

También en el campo de la literatura Trotsky le declaró la guerra a la actitud iconoclasta y a la presunción y la arrogancia seudorrevolucionarias. Exigió libertad de expresión para todas las escuelas artísticas y literarias, cuando menos mientras no abusaran de esa libertad para fines clara e inequívocamente contrarrevolucionarios. Una vez más. la actitud iconoclasta y la intolerancia se hacían patentes no sólo, y ni siquiera principalmente, entre los miembros del Partido. Eran todavía más características de diversos grupos de escritores y artistas jóvenes. Nuevas escuelas rebeldes proliferaron en el arte y la literatura. En circunstancias normales, esas escuelas, con sus innovaciones y sus ataques a la autoridades artísticas establecidas, tal vez habrían excitado la curiosidad y creado un barullo en círculos relativamente reducidos, y podrían haberse abierto paso, como lo habían hecho tantos de sus predecesores, de la oscuridad al reconocimiento, sin mucha alharaca política en su recorrido.

16- Ibid., pp. 430-431. Que Trotsky tuviera razón o no al decir que el método de Pávlov producía resultados más lentamente que el de Freud. es cosa que deben decidir los expertos. Trotsky recalcó que su defensa del freudianismo no debía confundirse con la indulgencia frente al “seudofreudianismo vulgar” que estaba en boga entre el público burgués.
17- Pod Známenem Marksizma, num. 1.

Pero, dadas las circunstancias, las rivalidades de las capillas literarias y sus controversias trascendieron los límites normales. Las nuevas escuelas reclamaban para sí una importantísima significación política, se anunciaban como precursoras de la revolución y trataban de desacreditar a las escuelas anteriores como socialmente reaccionarias y artísticamente anacrónicas.

El Proletkult como ya sabemos, clamaba por la aceptación oficial de su "escuela de pensamiento" e incluso por un monopolio. Sus escritores. Lebedinsky. Pletnev. Tretiakov y otros, encontraron una tribuna en dos revistas, Kuznitsa y Oktyabr, y posteriormente fundaron su propia y militante *Na Postu*. Puesto que Bujarin, como director de Pravda, y Lunacharsky como Comisario de Educación, patrocinaban el Proletkult, fue necesario el pronunciamiento de Lenin para rechazar sus pretensiones. Cuando los escritores del Proletkult atribulados por el repudio, se volvieron hacia Trotsky pidiéndole su protección, éste les contestó que él en todo caso defendería su derecho a expresar sus opiniones libremente, pero que estaba completamente de acuerdo con Lenin en cuanto a lo pernicioso e insustancial de todas las consignas sobre la literatura y el arte. Incluso los más moderados lugares comunes acerca de una "nueva época socialista en el arte" o de un "un nuevo renacimiento revolucionario en la literatura" carecían de valor: "Las artes han revelado una terrible impotencia, como siempre sucede al comienzo de una gran época... Al igual que el búho, el ave de la sabiduría, el pájaro cantor de la poesía también se deja escuchar después de la puesta del sol. Durante el día se hacen las cosas, y sólo en el crepúsculo el sentimiento y la razón comprenden lo que ha sucedido."

Era erróneo culpar a la revolución por la lastimosa situación en que se hallaba el artista. El "pájaro cantor de la poesía" se dejaba escuchar menos aún en el campo de la contrarrevolución. En un cáustico estudio sobre la literatura de la emigración, Trotsky señaló que, aunque la mayor parte de los escritores rusos famosos se habían ido al extranjero, no habían producido allí una sola obra digna de mención. Tampoco los "emigrados del interior" -los escritores dentro de Rusia que pensaban y sentían lo mismo que los emigrados escritores como Zinaída Guippius, Evgueni Zamiatin[18] y aun Andréi Biely tenían gran cosa de que alardear. Pese a todas sus indudables dotes, estos escritores, inmersos en un insensible egoísmo, eran incapaces de responder al drama de su tiempo. En el mejor de los casos, se refugiaban en el misticismo. Así hasta Biely. el más notable de todos, "se muestra siempre preocupado por su propio yo, cuenta historias acerca de su propio yo,

18- Algunos de estos escritores emigraron posteriormente. La novela de Zamiatin, Nosotros, escrita en el exilio, le sirvió de modelo a Georgc Orwell para su 1984.

camina alrededor de su propio yo, olisquea su propio yo y lame su propio yo".[19] La Guippius cultivaba un cristianismo elevado, ultramundano, místico y erótico; sin embargo, ‘‘bastaba que la dura bota de un Guardia Rojo le pisara su cafo lírico para que ella dejara escapar en seguida un grito en el que se podía reconocer a la bruja obsesionada con la sacrosanta propiedad". (Pero, puesto que a la poetisa no le faltaba talento, en su grito de bruja había indudablemente una cualidad poética.) Por su apego a los valores espurios de un sistema social superado y por su enajenación respecto de su época, estos escritores le resultaban repulsivos y grotescos a Trotsky. Ellos expresaban a su juicio, todo lo que carecía de valor en la antigua intelectualidad. Ecribió una semblanza mínima de uno de los tipos de esa intelectualidad, un "emigrado del interior" por excelencia:

Cuando cierto esteta demócrata constitucional, después de hacer un largo viaje en un vagón de mercancías calentado por una estufa, nos dice, farfullando entre dientes, cómo él, un europeo refinadísimo, con una estupenda dentadura postiza, la mejor del mundo, y con un conocimiento detallado de las técnicas del ballet egipcio, fue reducido por esta zafia revolución a viajar con despreciables cargadores de costales llenos de piojos, entonces sentimos que nos sube a la garganta una náusea provocada por sus dientes postizos, sus técnicas de ballet y en general toda su "cultura" birlada en los puestos de mercado de Europa; y crece en nosotros la convicción de que el último piojo de nuestro más rústico cargador de costales es más importante en la mecánica de la historia y más necesario, por decirlo así, que este egoísta refinadamente "culto" y estéril en todos los sentidos.[20]

Habiendo despachado en forma un tanto sumaria a los "emigrados del interior", Trotsky pasó a examinar las tendencias más creadoras en la literatura. Criticó y defendió a los *paputchiki* o "compañeros de ruta". Él mismo acuñó este término para describir a aquellos escritores que, sin abrazar el comunismo, "recorrían una parte del camino con la revolución", pero que al llegar a cierto punto tal vez la abandonarían para seguir su propio camino.[21] Tales eran, por ejemplo, los "*imaginistas*", una escuela literaria cuyos poetas más notables eran Essenin y Kluyev. Éstos habían llevado la personalidad y la imaginación del muzhik a la

19- Literatura i Revolutsia, p. 36.

20- -"Cargadores de costales": gente que, durante la guerra civil y los años de hambre, viajaba con sus costales a través del país en busca de alimentos. Algunas veces los traficantes del mercado negro en pequeña escala eran descritos también como cargadores de costales. Debido a la destrucción del material rodante, la gente viajaba mayormente en vagones de mercancías. Ibid.f pp. 26-27.

21- El vocablo se utiliza en todo este capítulo en su sentido original y no en el que ha adquirido de entonces acá en el lenguaje político.

poesía. Trotsky mostró cómo componían sus imágenes abigarradas y llenas de colorido en la misma forma en que el muzhik gustaba de adornar su *izba*. En sus poemas podían sentirse tanto la atracción como la repulsión que la revolución ejercían entre el campesinado. La ambigüedad de su actitud dotaba de tensión artística y de significación social a su obra. Ellos eran los "narodniki poéticos de la era de Octubre". El hecho de que esta actitud hallara una expresión conmovedora no era más que natural en un país campesino, y no se daba únicamente entre los imaginistas. Boris Pilniak, cuyo talento Trotsky tenía en gran estima, compartía con ellos el apego al primordial primitivismo de Rusia que la revolución había socavado. En consecuencia, Pilniak "aceptaba" el bolchevismo y "rechazaba" el comunismo, concibiendo al primero como el aspecto elemental "peculiarmente ruso" y en parte asiático de la revolución, y al segundo como el elemento moderno, urbano, proletario y predominantemente europeo. Con más rigor escribió Trotsky sobre Marietta Shaginián, quien se había "reconciliado" con la revolución sólo partiendo de una especie de cristianismo fatalista y de una total indiferencia artística frente a todo lo que se encontrara, metafóricamente hablando, "fuera de su salón". (La *Shaginián* fue una de las poquísimas figuras literarias de este grupo que sobrevivió a las purgas stalinistas y resurgió como ganadora de un Premio Stalin.)

Trotsky describió a Alexander Blok también como un paputehik, pero lo situó en una categoría aparte. La poesía de Blok había recibido un primer y poderoso estímulo de parte de la revolución de 1905. Su desgracia consistió en que sus mejores años creadores pertenecieron, al período muerto entre dos revoluciones, entre 1907 y 1917; y él nunca pudo hacer las paces con la vacuidad de esos años. Su poesía era, pues romántica, simbólica, amorfa, irreal; pero bajo su superficie existía el supuesto de un modo de vida muy real... El simbolismo romántico es una evasión de la realidad sólo en la medida en que se evade de su cualidad concreta...; esencialmente, sin embargo, el simbolismo es un modo de transformar y elevar la vida... El lirismo constelado, nevado e informe de Blok refleja un medio ambiente y una época... más allá de los cuales ese lirismo se encontraría, como un borrón nebuloso, suspendido en un vacío. No sobrevivirán a su tiempo ni a su autor.

Pero el 1917 sacudió una vez más a Blok y le impartió "un sentido de movimiento, propósito y significación. Él no fue el poeta de la revolución. Pero, habiéndose marchitado en el infecundo período de la vida y el arte prerrevolucionarios, empuñó ahora la brújula de la revolución. De ese contacto nació Los doce el más significativo de todos sus poemas, el único que sobrevivirá y pasará a los siglos". A diferencia de la mayoría de los críticos posteriores, Trotsky no consideró Los doce como una apoteosis de la revolución. sino como el "canto del cisne de aquel arte individualista que trataba de unirse a la revolución". "Esencialmente, fue un grito de desolación por un pasado que moría; pero el grito fue tan grande y la desolación

tan intensa que se elevó hasta convertirse en un grito de esperanza en el futuro."

Los futuristas constituían el grupo literario más vigoroso y vociferante de aquellos años. Sus miembros clamaban por un rompimiento con todo lo passé, insistían en la supuesta relación básica entre el arte y la tecnología, introdujeron términos técnico-industriales en su lenguaje poético y se identificaron con el bolchevismo y el internacionalismo.[22] Trotsky dedicó un estudio detallado y perspicaz a esta tendencia. Desechó los éxtasis tecnológicos de los futuristas como reflejos del atraso ruso:

Con excepción de la arquitectura, el arte se basa en la tecnología... sólo en la medida en que ésta constituye la base de la actividad civilizada en general. En la práctica, la dependencia del arte, especialmente del arte verbal, respecto de la tecnología material es insignificante. Uno puede escribir un poema sobre los rascacielos, los dirigibles y los submarinos aun cuando uno viva en los confines de la gubemia de Riazán: puede uno escribirlo con el muñón de un lápiz en un pedazo de papel de estraza. El hecho de que haya rascacielos, dirigibles y submarinos en Norteamérica basta para encender la fresca imaginación de Riazán: la palabra del poeta es el más transportable de todos los materiales.

La identificación del futurismo con la revolución proletaria era, además, impugnable.-No era mera casualidad que en Italia la misma escuela poética se viera absorbida por el fascismo[23] En ambos países los futuristas, al hacer su primera aparición, fueron rebeldes artísticos sin inclinaciones políticas definidas. De no haberse visto atrapados en violentas convulsiones políticas antes de tener tiempo suficiente para dulcificarse, se habrían entregado a todas las tentaciones literarias, habrían luchado y logrado reconocimiento y habrían terminado apoltronados en la respetabilidad. Su rebeldía literaria adquirió el color político de los acontecimiento que ocurrían en tomo suyo: los del fascismo en Italia y los del bolchevismo en Rusia. Esto era tanto más natural cuanto que lo mismo el fascismo que el bolchevismo atacaban, desde sus opuestos puntos de vista, el *passéisme* político de la burguesía. Los futuristas rusos, sin duda, se habían sentido atraídos genuinamente por la fuerza dinámica de la Revolución de Octubre; y por ello confundían su rebelión bohemia con el auténtico equivalente artístico de la revolución. Debido a que ellos

22- -"Sólo el 'arte futurista`` se basa en el colectivismo. Sólo el arte futurista representa el acto del proletariado en nuestro tiempo", escribió N. Alonan, el "teórico" del grupo, en Iskusstvo Kommuny en 1918.

23- En un apéndice a Literatura y Revolución, Trotsky publicó un memorándum sobre los orígenes del futurismo italiano y su relación con el fascismo, escrito a petición suya por Antonio Gramsci, el teórico comunista italiano y fundador de Ordine Nuovo. Poco después Gramsci regresó a Italia y pasó el resto de su vida en las cárceles de Mussoltni. Durante su estadía en Moscú, Gramsci gozó de la confianza de Trotsky.

mismos habían roto con ciertas tradiciones artísticas, alardeaban de su desprecio por el pasado y se imaginaban que, junto con ellos, la revolución, la clase obrera y el Partido pugnaban por romper con "siglos de tradición" en todos los campos. Los futuristas, comentó Trotsky, tenían "una idea muy pobre de los siglos". El clamor contra la tradición se justificaba mientras iba dirigido a un público literario y contra la inercia de estilos y formas establecidos. Pero sonaba a hueco cuando "iba dirigido a la clase obrera, que no necesita ni puede romper con ninguna tradición literaria porque no posee en absoluto tal tradición". La vehemente cruzada contra el *passéisme* era una tormenta en el vaso de agua de la intelectualidad, un estallido de nihilismo bohemio. "Nosotros los marxistas siempre hemos vivido dentro de la tradición. y no por ello hemos dejado de ser revolucionarios."

Los futurista pretendían, además, que su arte era colectivista, agresivo, ateo y, por lo tanto, proletario. "Los intentos", replicó Trotsky, "de derivar por vía de la deducción un estilo artístico de la naturaleza del proletariado, de su colectivismo, dinamismo, ateísmo, etc., son puro idealismo v sólo pueden producir ingeniosas filosofías caseras, alegorías arbitrarias y... *diletlantismo* provinciano."

Se nos dice que el arte no es un espejo, sino un martillo; que no refleja las cosas, sino que las transforma. Pero hoy en día se aprende a manejar hasta un martillo por medio de un "espejo", es decir, por medio de una película sensitiva que fija todas las fases del movimiento... ¿Cómo podemos transformarnos nosotros mismos y nuestras vidas sin mirar el "espejo" de la literatura?

Su actitud crítica frente a los futuristas no impedían a Trotsky reconocer sus méritos literarios, y los reconoció tanto más generosamente en virtud de que los militantes del Partido veían con malos ojos la oscuridad y las excentricidades experimentales de aquéllos. Puso a los comunistas en guardia contra la "apresurada intolerancia" que considera al arte experimental como un fraude o como el capricho de una intelectualidad decadente.

La lucha contra el antiguo vocabulario y la antigua sintaxis poética fue, a pesar de todas sus... extravagancias, una rebelión progresista contra el vocabulario cerrado..., contra un impresionismo que sorbe la vida a través de una pajilla y contra un simbolismo perdido en... la vacuidad celestial... La obra de los futuristas ha sido, en este sentido vital y progresista... ha eliminado de la poesía muchas palabras y giros que habían perdido contenido; ha revitalizado otras palabras y giros; y en algunos casos ha logrado crear nuevas palabras y giros... Esto es válido no sólo para las palabras individuales, sino también para el lugar de cada palabra entre otras palabras, para la sintaxis.

Cierto era que los futuristas se habían excedido en la innovación; pero "lo mismo ha sucedido incluso con nuestra revolución: tal es el pecado de todo movimiento vivo. Los excesos se desechan y se desecharán, pero el esencial saneamiento y

la indudable renovación revolucionaria del lenguaje poético tendrán efectos duraderos". Lo mismo debía decirse en favor de las nuevas técnicas en el ritmo y la rima. Éstas no debían abordarse con un espíritu estrechamente racionalista; la necesidad del ritmo y la rima por parte del hombre es irracional, y "el sonido de la palabra forma el acompañamiento acústico de su significado". "Claro está que la abrumadora mayoría de la clase obrera no puede preocuparse todavía por estos problemas. Ni siquiera su vanguardia ha tenido tiempo hasta ahora para prestarles atención, porque hay tareas más urgentes. Pero también tenemos un futuro por delante. Y esto nos exige una actitud más atenta, una actitud precisa, como la de un artesano frente a su oficio, una actitud artística frente al lenguaje, el instrumento esencial de la cultura, no sólo en la poesía sino aún más en la prosa." Para manejar y pesar las palabras, sus significados y sus matices, se necesitan "instrumentos micrometricos". En lugar de estos, campeaban por sus respetos la triviliadidad y la rutina ajenas a todo refinamiento. "En uno de sus aspectos, el mejor de ellos, el futurismo es una protesta contra la chapucería, esa poderosísima escuela literaria que tiene sus representantes influyentes en todos los campos." Desde este punto de vista, Trotsky tuvo algo que decir en favor incluso de la escuela "formalista" y del principal exponente de sus ideas. Víctor Shklovsky, aunque criticó su exclusiva concentración en la forma: en tanto que el formalista cree que en el principio fue el verbo, el marxista piensa que en el principio fue el acto: "la palabra sigue al acto como su sonido sombra".

Un ensayo especial en Literatura y Revolución se ocupa de Mayakovsky, el más talentoso de los futuristas que posteriormente fue canonizado como el bardo del comunismo. Trotsky sostenía que Mayakovsky sufría sus peores caídas artísticas precisamente allí donde como comunista alcanzaba el más alto nivel. Ello no era sorprendente: Mayakovsky se esforzaba uor ser comunista, pero la perspectiva de un poeta no depende de su Pasamiento y su esfuerzo conscientes, sino de su percepción semiconscíente y su sentimiento subconsciente y del cúmulo de imágenes e impresiones que el poeta haya absorbido durante su infancia temprana. La revolución fue para Mayakovsky una "experiencia genuina y profunda" porque abatió con sus rayos y sus relámpagos el embotamiento y la inercia de la vieja sociedad que Mayakovsky odiaba a su manera y con los que no había tenido tiempo de hacer las paces. El poeta se adhirió con entusiasmo a la revolución, pero no se fundió ni pudo fundirse con ella. Esto lo atestigua el estilo poético de Mayakovsky:

El impulso dinámico de la revolución y su sevem coraje atraen a Mayakovsky mucho más intensamente que el carácter masivo de su heroísmo y el colectivismo de sus problemas y experiencias. Del mismo modo que el antropomorfista griego asimilaba ingenuamente las fuerzas de la naturaleza a su propia persona, así nuestro

poeta, el Mayakomorfista, llena con su propio yo las plazas, las calles y los campos de la revolución ... Su pathos dramático se eleva con frecuencia a una tensión extraordinaria, pero detrás de la tensión no hay siempre una fuerza verdadera. El poeta es demasiado conspicuo: les concede demasiado poca autonomía a los sucesos y a Jos hechos. No es la revolución la que lucha contra los obstáculos, sino Mayakovsky el que despliega su poderío atlético en la arena de las palabras, efectuando en ocasiones auténticos milagros, pero a menudo levantando con heroico esfuerzo pesas notoriamente vacías... Mayakovsky habla en todo momento sobre sí mismo en primera y tercera personas... Para alzar al hombre, lo alza hasta Mayakovsky. Adopta un tono de familiaridad frente a los más majestuosos fenómenos históricos... Se yergue con un pie en el Mont Blanc y el otro en el Elbrus. Su voz tonante supera al trueno. ¿Qué de extraño tiene que... las proporciones de las cosas terrenales se desvanezcan y que no quede ninguna diferencia entre lo pequeño y lo grande? Mayakovsky habla sobre el amor, el más íntimo de los sentimientos, como si se refiriera a la migración de los pueblos... No cabe duda de que este estilo hiperbólico refleja en cierta medida el frenesí de nuestra época. Pero esto no le confiere una justificación artística general. Es imposible ahogar con la propia voz el estruendo de la guerra y la revolución, pero es fácil quedarse ronco en el intento... Mayakovsky, con demasiada frecuencia, grita donde conviene hablar; y por eso su grito, donde se necesita el grito, suena poco adecuado.

Las imágenes sobrecargadas de Mayakovsky, a menudo hermosas en sí mismas, destruyen con igual frecuencia la unidad del todo y paralizan el movimiento.

El exceso de imágenes dinámicas conduce a la detención... cada frase, cada giro y cada metáfora está concebida para lograr el máximo rendimiento y para alcanzar el límite superior, la cumbre. Por eso el conjunto carece de un máximo... (y) el poema no tiene cumbre...

La refutación de la idea de "cultura proletaria" constituye la parte central y más polémica de Literatura y Revolución. En el prefacio, Trotsky ofrece el siguiente resumen sucinto de su razonamiento:

Es fundamentalmente erróneo oponer la cultura y el arte proletarios a la cultura y el arte burgueses. La cultura y el arte proletario nunca existirán. El régimen proletario es provisional y transitorio. Nuestra revolución deriva su significación histórica y su grandeza moral del hecho de que construye los cimientos de una sociedad sin clases y de la primera cultura verdaderamente universal.

No se debe razonar, jx>r consiguiente, a base de analogías históricas y concluir que, puesto que la burguesía ha creado su propia cultura y su propio arte, el proletariado

hará lo misino. Pero no es únicamente el "prósisito" de la revolución proletaria -su esfuerzo por llegar a una cultura sin clases- lo que invalida el paralelismo.[24] Lo que milita contra éste más vigorosamente aún es una diferencia básica en los destinos históricos de las dos clases. El modo de vida burgués se desarrolló orgánicamente en el transcurso de varios siglos, mientras que la dictadura del proletariado podrá durar años o décadas, pero no más; y su lapso vital está lleno de violentas luchas de clases que dejan poco margen, si es que dejan alguno, para el desarrollo de una nueva cultura.

Todavía somos soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Debemos lavar nuestras camisas, cortamos y cepillamos el pelo, y antes que nada limpiar y engrasar nuestros fusiles. Todo nuestro actual trabajo económico y cultural no es más que un intento de lograr algún orden entre dos batallas y dos marchas.. . Nuestra época no es la época de una nueva cultura. Todo lo que podemos hacer es abrirle el camino. En primer término debemos adquirir los elementos más importantes de la vieja civilización...

La burguesía pudo crear su propia cultura porque, aun bajo el feudalismo y el absolutismo, aun antes de haber conquistado la preponderancia política, poseía riquezas, poder social y educación, y se hallaba presente en casi todos los campos de la actividad espiritual. La clase obrera puede ganar en la sociedad capitalista, a lo sumo, la capacidad de derrocar esa sociedad; pero, siendo una clase desposeída, explotada e inculta, emerge del dominio burgués en una condición de indigencia cultural, y por eso no puede originar una nueva fase significativa en el desarrollo de la mente inhumana.[25] En realidad, no era la clase obrera, sino pequeños grupos de miembros del Partido e intelectuales (quienes también en este campo "sustituían" a la clase), los que aspiraban a crear una cultura proletaria. Sin embargo, "no puede crearse ninguna cultura de clase a espaldas de una clase". Ni tampoco es posible fabricarla en laboratorios comunistas. Quienes sostienen haber encontrado ya la cultura proletaria en el marxismo, hablan por ignorancia: el marxismo ha sido tanto el producto como la negación del pensamiento burgués, y hasta ahora ha aplicado su dialéctica principalmente al estudio de la economía y la política, en tanto que la cultura es "la suma total de los conocimientos y las capacidades que caracterizan a

24- -"El proletariado ha tomado el poder precisamente para ponerle termino de una vez por todas a la cultura clasista y para abrirle el camino a una cultura humana universal. No pocas veces parece que nos olvidamos de esto."
25- -"La burguesía asumió el poder cuando estaba plenamente armada con la cultura de su tiempo. El proletariado asume el poder cuando está plenamente armado sólo con su aguda necesidad de ganar acceso a la cultura."

la sociedad en su conjunto, o cuando menos a su clase gobernante".

La contribución de la clase obrera a la literatura y el arte es insignificante. Resulta ridículo hablar de poesía proletaria a base de las obras de unos cuantos poetas-obreros talentosos. Los logros artísticos que estos poetas pueden reclamar se los deben a su aprendizaje con los poetas "burgueses" e incluso preburgueses. Aun cuando sus escritos sean inferiores, son sin embargo valiosos como documentos humanos y sociales. Pero considerar esos escritos como un arte nuevo que inaugura una nueva época, es un insulto al proletariado, "un pronunciamiento de demagogia populista". "El arte para el proletariado no puede ser un arte de segunda clase. Los escritores del Proletkult declaman mucho acerca de la literatura y la pintura 'nuevas, monumentales y dinámicas'. Pero, ¿dónde, camaradas, está ese arte 'del gran lienzo y el gran estilo', ese arte 'monumental'? ¿Dónde está? ¿Dónde?" Hasta entonces todo había sido baladronadas, jactancias y ataques injustificados a los adversarios del Proletkult: los imaginistas, los futuristas, los formalistas y los paputehiki, sin cuyas obras la literatura soviética quedaría totalmente empobrecida y en posesión únicamente de los dudosos "pagarés" del Proletkult.

Como era lógico prever. Trotsky fue acusado de eclecticismo, de humillarse ante la cultura burguesa, de alentar el individualismo burgués y de negarle al Partido el derecho y el deber de "ejercer la dirección" en la literatura y el arte. Él replicó:

El arte debe encontrar su propio camino... Los métodos del marxismo no son sus métodos. El Partido ejerce la dirección sobre la clase obrera, pero no sobre (todo) el proceso histórico. Hay algunos campos en los cuales el Partido dirige en forma directa e imperiosa. Hay otros campos en los que supervisa... y aun otros en los que sólo puede ofrecer su cooperación. Hay, por último, campos en los que sólo puede orientarse y mantenerse al tanto de lo que está ocurriendo. El campo del arte no es un campo en que el Partido esté llamado a ejercer el mando.

Los ataques exagerados contra el individualismo estaban fuera de lugar: el individualismo ha desempeñado un doble papel: ha tenido sus efectos reaccionarios, pero también los ha tenido progresistas y revolucionarios. La clase obrera no ha sufrido por un exceso, sino por una atrofia, del individualismo. La personalidad del obrero no está todavía lo suficientemente formada y diferenciada; y formarla y desarrollarla era tan importante como darle un adiestramiento industrial. Es absurdo temer que el arte del individualismo burgués pueda minar su sentido de solidaridad de clase. "Lo que el obrero absorberá de Shakespeare, Pushkin, Goethe y Dostoyevski es... una idea más compleja acerca de la personalidad humana. sus pasiones y sus sentimientos".[26]

En el capítulo final del libro, Trotsky examinó "certidumbres e hipótesis" sobre las perspectivas del futuro. Las "certidumbres" sólo se referían al "arte de la revolución". Sobre el "arte socialista", que sólo nacería en una sociedad sin clases, únicamente podían hacerse conjeturas. El arte de la revolución, palpitante con todos los conflictos de clases y las pasiones políticas de la época, pertenece a una era de transición, al "reino de la necesidad", no al de la libertad. Sólo en una sociedad sin clases podrá fructificar plenamente la solidaridad humana; y sólo entonces "resonarán poderosamente en la poesía socialista esos sentimientos que nosotros, los revolucionarios, no nos atrevemos a llamar por su nombre porque el hipócrita y el canalla han manoseado y gastado las palabras; sólo en la sociedad sin clases resonarán en la poesía los sentimientos de la amistad desinteresada, del amor al prójimo y de la compasión sincera".[27]

La literatura de la revolución todavía sólo buscaba a tientas su expresión. Se argumentaba que debía ser realista. En el amplio sentido filosófico, esto era cierto: el arte de nuestra época no podría alcanzar la grandeza a menos que fuera profundamente sensitivo a la realidad social. Pero era ridículo tratar de fomentar el realismo en el sentido más estrecho, como una escuela literaria. No era cierto que tal escuela sería inherentemente "progresista": por sí mismo el realismo no es ni revolucionario ni reaccionario. Su edad de oro en Rusia correspondió a la época de la literatura aristocrática. Como reacción contra el realismo se produjo el estilo tendencioso de los escritores populistas, contra los cuales reaccionaron a su vez los futuristas. La mutación de estilos ocurrió sobre un trasfondo social definido y reflejó cambios en el clima político; pero también siguió su propia lógica artística y sus propias leyes. Cualquier nuevo estilo se desenvuelve a partir del viejo estilo, como su negación dialéctica: revive y desarrolla algunos de los elementos de éste y abandona otros.

Toda escuela literaria está contenida potencialmente en el pasado, pero se desarrolla a través de un rompimiento hostil con éste. La relación entre la forma y el contenido... está determinada por el hecho de que la nueva forma se descubre, se proclama y evoluciona bajo la presión de una necesidad interna, una demanda psicológica colectiva que, como todas las otras cosas..., tiene sus raíces sociales. De allí la dualidad de toda tendencia literaria: por una parte, cualquier tendencia aporta algo nuevo a las técnicas de la creación artística..., y por la otra expresa demandas sociales definidas... Éstas incluyen demandas individuales porque la clase social habla a través del individuo; y demandas nacionales porque la actitud de la nación está determinada por la de su clase dominante, que es dominante

26- Literatura i Revolutsia, p. 166.
27- Ibid., p. 170.

también en su literatura.[28]

El hecho indudable de que la literatura ha servido como vehículo de las aspiraciones sociales no justifica a nadie que pase por alto o falsifique su lógica artística y que trate ya sea de canonizar o de prohibir cualquier estilo. Algunos críticos reaccionaban burdamente contra el simbolismo. Sin embargo, "no era el simbolismo ruso el que había inventado el símbolo. Sólo lo había incorporado a la lengua rusa modernizada. El arte del futuro, ciertamente, no renunciará a los logros de simbolismo", como tampoco renunciará a los géneros y las formas tradicionales, aun cuando algunos críticos recliazaban esos géneros y esas formas por anticuados, diciendo que la sátira y la comedia eran anacrónicas y que la tragedia estaba muerta porque era incompatible con una filosofía de la vida materialista y atea. El sepelio de los viejos géneros era cuando menos prematuro. Todavía había lugar para un "Gogol soviético" o un "Goncharov soviético" que expondrían despiadadamente "la vieja y la nueva suciedad", los viejos y los nuevos vicios y la pereza mental que podía hallarse en la sociedad soviética.[29]

Quienes hablaban de la extinción de la tragedia sostenían que la religión, el destino, el pecado y la penitencia se encuentran en el centro del motivo trágico. Contra este argumento Trotsky señaló que la esencia de la tragedia reside en el conflicto más general entre la mente despertada del hombre y su medio ambiente limitador, un conflicto que es inseparable de la existencia del hombre y que se manifiesta en diferentes formas en diferentes etapas de la historia. El mito religioso no había creado a la tragedia; sólo la había expresado "en el lenguaje imaginativo de la infancia de la humanidad". El destino, tal como lo concebían los antiguos, y las Pasiones Cristianas medievales, no aparecían en el teatro de Shakespeare, producto artístico de la Reforma. Shakespeare señala, por lo tanto, un avance significativo respecto de la tragedia griega: "su arte es más humano": muestra las pasiones terrenales del hombre que trascienden al hombre mismo y se transforman en una especie de Destino. Lo mismo puede decirse del teatro de Goethe. Con todo, la tragedia puede elevarse aún más. Su heroe puede convertirse en el hombre derrotado no por *hubris*, los dioses, ni siquiera por su propia pasión, sino por la sociedad:

Mientras el hombre no sea dueño de su organización social, esa organización se cierne sobre él como el Destino mismo... La lucha por el comunismo que Babeuf libró anticipándose a su tiempo, en una sociedad inmadura, fue como la lucha del héroe clásico contra el Destino... La tragedia de la pasión personal restringida

28- Ibid., pp. 172-173.

29- El nuevo satírico tenía que lidiar con la censura soviética. Trotsky le prometió ayudarlo en la lucha siempre y cuando que su sátira atacara a los males sociales en bien de la revolución.

es demasiado simple para nuestro tiempo: hoy vivimos en una época de pasión social. La sustancia de la tragedia contemporánea se encuentra en el choque entre el individuo y una colectividad o entre colectividades hostiles representadas por individuos. Nuestro tiempo es una vez más un tiempo de grandes propósitos... el hombre intenta liberarse de toda confusión mística e ideológica y de reconstruir la sociedad y reconstruirse a sí mismo... Esto es más grande que el juego infantil de los antiguos... o los desvarios monásticos de la Edad Media, o la suposición de que un individualismo que arranca a la personalidad humana de su medio ambiente social, la agota completamente y luego la arroja a un vacío de pesimismo...[30]

(El nuevo artista) proyectará los grandes propósitos de nuestro tiempo en el arte. Es difícil prever si el dramaturgo de la revolución creará "alta" tragedia. Pero el arte socialista seguramente le dará nueva vida... como también dará nueva vida a la comedia, porque el nuevo hombre querrá reír, a la novela y a la poesía lírica, porque el amor del nuevo hombre será más bello y más grande... y él meditará nuevamente sobre el nacimiento y la muerte... La decadencia de las viejas formas no es en modo alguno absoluta ni final... todas tendrán su renacimiento... Lo que importa es que el poeta de la época venidera medite y sienta nuevamente las meditaciones y los sentimientos del hombre.[31]

Pese a lo hipotéticas que eran todas las prefiguraciones del socialismo, Trotsky pensaba que podían distinguirse algunas curiosas indicaciones en las innovaciones confusas y en ocasiones hasta carentes de significado en que abundaba el arte soviético de aquellos años. En el teatro, Meyerhold buscaba una nueva síntesis "biomecánica" del drama, el ritmo, el sonido y el color; y Taírov trataba de "derribar la barrera", entre el escenario y el público, entre el teatro y la vida. La pintura y la escultura se esforzaban por salir del estancamiento en que se habían sumido después del agotamiento de los estilos figurativos. En la arquitectura, la escuela "constructivista" de Tatlin rechazaba las formas ornamentales, abogaba por el "funcionalismo" y trazaba ambiciosos planos de ciudades-jardines y edificios públicos dignos de una sociedad socialista. Estos planes, por desgracia, no tomaban en cuenta las posibilidades materiales; pero contenían, en opinión de Trotsky, elementos racionales y valiosas premoniciones intuitivas:

Todavía no podemos permitimos pensar en la arquitectura, la más monumental de todas las artes... La construcción en gran escala todavía debe posponerse. Los autores de estos gigantescos proyectos.. . tienen un respiro para volver a reflexionar... Tatlin sin embargo, está incondicionalmente en lo correcto cuando

---

30- Literatura i Revolutsia, pp. 180-181.
31- Ibid., pp. 181-182.

descarta el estilo nacionalmente limitado, la escultura alegórica, las molduras en estuco, los arabescos, la ornamentación superflua, y trata de subordinar todo el diseño al correcto uso constructivo de los materiales... Sí también tiene razón en lo que parece ser su capricho personal, el uso del cubo giratorio, la pirámide y el cilindro de cristal, es algo que todavía tiene que probar.. En el futuro, tales tareas monumentales como la planificación de ciudades-jardines, proyectos modelos de viviendas, ferrocarriles y bahías, tocarán en lo vivo no sólo a los arquitectos... sino a la más amplia masa del pueblo. La imperceptible acumulación en forma de hormiguero de barrios y calles, ladrillo por ladrillo, de generación en generación, cederá lugar a la construcción titánica... con mapa y compás en mano. La muralla entre el arte y la industria se vendrá abajo. El gran estilo del futuro tendrá por objeto la creación de forma, no la ornamentación... Pero sería erróneo ver esto como la... autoeliminación del arte frente a la tecnología... Es justo esperar la desaparición del abismo entre el arte y la naturaleza, pero esto no sucederá porque el arte retroceda, en el sentido de Rousseau, al hombre en su condición natural, sino porque acercará a la naturaleza a sí mismo, al arte. La actual ubicación de montañas y ríos, campos y praderas, bosques y costas marítimas no deben considerarse de ninguna manera definitivas. El hombre ya ha efectuado algunos cambios nada insignificantes en el mapa de la naturaleza. Pero éstos no son más que ensayos de escolar en comparación con lo que vendrá. Si la fe sólo podía hacer la promesa de mover montañas, la tecnología, que no acepta nada por razones de fe, las derribará y las desplazará realmente. Hasta ahora sólo lo ha hecho para fines industriales y comerciales (minas y túneles). En el futuro lo hará en una escala incomparablemente mayor, de acuerdo con productivos-artísticos abarcadores. El hombre hará un nuevo inventarío de montañas y ríos. Enmendará la naturaleza seriamente y más de una vez. A la larga reconstruirá la Tierra a su gusto... y no tenemos razones para temer que su gusto será deficiente.

Aquí, por último, Trotsky despliega su visión del hombre en el reino de la libertad, en una moderna versión marxista de:

La abominable máscara ha caído, el hombre queda
Sin cetro, libre, ilimitado, pero hombre
Igual, sin clase, sin tribu y sin nación.
Exento del asombro, la adoración, el grado, soberano
De sí mismo; justo, afable, sabio; ¿pero el hombre
Sin pasión? No, mas libre de culpa o de dolor.

Había quienes, con Nietzsche, sostenían que una sociedad sin clases, si alguna

vez llegaba a existir, sufriría por exceso de solidaridad y que llevaría una pasiva existencia de rebaño en la que el hombre, extinguidos sus instintos de lucha y competencia, degeneraría. Sin embargo, el socialismo, lejos de suprimir el instinto humano de emulación, lo redimiría dirigiéndolo a propósitos más elevados. En una sociedad libre de antagonismos de clase no habría competencia por las ganancias ni lucha por el poder político; y las energías y pasiones del hombre se concentrarían en la emulación creadora en los campos de la tecnología, la ciencia y el arte. Surgirían nuevos "partidos" que rivalizarían en cuanto a las ideas, a la planificación de las viviendas, las tendencias en la educación, los estilos en el teatro, en la música y en los deportes, en cuanto a los proyectos de canales gigantescos, la fertilización de los desiertos, la regularización del clima, nuevas hipótesis químicas, y así por el estilo. Estas contiendas, "excitantes, dramáticas, apeonadas", abarcarían a la sociedad en su conjunto y no tan sólo a corriffis sacerdotales. "El arte, por consiguiente, no se verá privado de esas variedades de energía nerviosa y estímulos psicológicos colectivos" que producen nuevas ideas e imágenes. La gente se dividirá en "partidos" artísticos rivales según su temperamento y su gusto. La personalidad humana crecerá, se refinará y desarrollará esa cualidad inestimable que le es inherente: "la cualidad de no contentarse nunca con lo que se ha logrado".

Éstas, indudablemente, eran perspectivas remotas. Lo que había por delante, de inmediato, era una época de feroz lucha de clases y guerras civiles de las cuales la humanidad emergería empobrecida y desamparada. A continuación la lucha contra la pobreza y la penuria en todas sus formas duraría décadas, y durante ese tiempo la naciente sociedad socialista se entregaría a una "pasión por lo que hoy son los mejores aspectos del norteamericanismo": la expansión industrial, los récords de productividad y la comodidad material. Pero esta fase también pasaría; y a continuación se abrirían horizontes que la imaginación todavía ni siquiera era capaz de concebir:

Los sueños actuales de algunos entusiastas... de impartir una cualidad teatral y una armonía rítmica a la existencia del hombre, encajan bien y coherentemente con esta perspectiva... La pesada rutina de alimentar y criar niños.. . pasará de la familia individual a la iniciativa social... La mujer emergerá por fin de la semiesclavitud... Las experimentos socio-educativos... evolucionarán con un impulso que ahora es inconcebible. El modo de vida comunista no crecerá ciegamente como los arrecifes de coral en el océano. Será edificado conscientemente.

Será controlado por el pensamiento crítico. Será dirigido y corregido... El hombre aprenderá a desplazar ríos y montañas., a construir palacios del pueblo en las alturas del Mont Blanc y en el fondo del océano; y le impartirá a su existencia no sólo riqueza y color y tensión dramática, sino también un carácter altamente

dinámico. No bien empiece a formarse una corteza en la existencia humana, la misma estallará bajo la presión de nuevos... inventos y logros.

Por fin el hombre se dedicará en serio a armonizar su propio ser. Se propondrá impartir mayor precisión, conciencia de propósito, economía y en consecuencia belleza a los movimientos de su propio cuerpo en el trabajo, en la marcha y en el juego. Deseará dominar los procesos semi-conscientes e inconscientes de su organismo: la respiración, la circulación de la sangre, la digestión, la reproducción; y tratará, dentro de los límites inevitables, de subordinarlos al control de la razón y la voluntad... El Homo sapiens, hoy estancado... se tratará a sí mismo como el objeto de los más complejos métodos de selección artificial y de adiestramiento psicofísico.

Estas perspectivas se desprenden de todo el desarrollo del hombre. Éste empieza por expulsar la oscuridad de la producción y la ideología, por romper, por medio de la tecnología, la bárbara rutina de su trabajo y por derrotar a la religión por medio de la ciencia... Después, por medio de la organización socialista, elimina la espontaneidad ciega y elemental de las relaciones económicas... Por último, en los rincones más profundos y sombríos del inconsciente... acecha la naturaleza del hombre mismo. En ella, claramente, concentrará éste el esfuerzo supremo de su mente y de su iniciativa creadora. La humanidad no habrá dejado de arrastrarse ante Dios, el Zar y el Capital sólo para entregarse dócilmente a oscuras leyes de la herencia y a la selección sexual ciega... El hombre se esforzará por dominar sus propios sentimientos, por elevar sus instintos a la altura de su mente consciente y por hacer claridad en ellos, por canalizar su fuerza de voluntad hasta sus profundidades inconscientes; y en esta forma se elevará él mismo a una nueva eminencia, se desarrollará hasta convertirse en un tipo biológico y social superior: en el superhombre, si os parece.

Es tan difícil decir de antemano cuáles son los límites del dominio de sí mismo que el hombre será capaz de alcanzar, como prever hasta dónde podrá desarrollar su dominio técnico sobre la naturaleza. La constructividad social y la autoeducación psicofisica vendrán a ser los dos aspectos gemelos de un solo proceso. Todas las artes -la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música, la arquitecturale impartirán a ese proceso una forma sublime... El hombre se hará incomparablemente más fuerte, más sabio, más sutil; su cuerpo se hará más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más musical. Las formas de su existencia adquirirán una dinámica cualidad teatral. El hombre corriente se elevara a la estatura de Aristóteles, Goethe, Marx. Y sobre esas alturas se alzarán nuevas cumbres.

Es de dudarse que Trotsky supiera que Jefferson había prefigurado de manera similar "el progreso... físico o intelectual, hasta que cada hombre sea potencialmente un

atleta en su cuerpo y un Aristóteles en su mente". Trotsky estaba influido más bien por los utopistas franceses, desde Condorcet hasta Saint Simón. Como Condorcet, también encontró en la contemplación del futuro "un asilo en el que no podían acosarlo los pensamientos sobre sus perseguidores, y donde él vivía en su mente con el hombre restaurado en sus derechos y su dignidad y olvidaba al hombre atormentado y corrompido por la codicia, el temor o la envidia". Su visión de la sociedad sin clases había estado implícita, por supuesto, en todo el pensamiento marxista, influido como estaba por el socialismo utópico francés. Pero ningún escritor marxista antes o después de Trotsky ha contemplado la gran perspectiva con ojos tan realistas y con imaginación tan encendida.

Toda la concepción "trotskista" de la cultura y el arte quedó pronto bajo fuego. Ella ofendía al militante partidario semiculto en virtud de su misma amplitud y complejidad. Agraviaba al burócrata a quien le negaba el derecho de controlar y regimentar la vida intelectual. También antagonizaba a las sectas literarias ultrarrevolucionarias cuyas pretensiones se negaba a aceptar. Así se formó en el campo cultural un "frente" anti-trotskista bastante amplio, que fue sostenido, reforzado y finalmente absorbido por el frente político. La lucha contra la influencia de Trotsky como crítico literario se hizo parte del esfuerzo por destruir su autoridad política; y así sus adversarios declararon que sus concepciones sobre el arte eran parte integrante de la herejía trotskista más general.[32] Su ataque se centró en la negación, por parte de Trotsky, de la posibilidad de una cultura proletaria, pues era en este punto donde él desafiaba más provocativamente los intereses creados que se estaban formando; y fue denunciado por exponer una variante del liberalismo burgués. Sólo una parte muy pequeña de la gran masa de argumentos dogmáticos producidos en relación con este asunto conserva algún interés. La mayor parte

32- Treinta y cinco años después de la publicación de Literatura y revolución, la lucha contra la influencia de Trotsky en la critica literaria soviética continuaba aún. Durante la "desestalinización" de mediados de la década de los cincuentas, muchos de los escritores que habían sido acusados de trotskismo y perecieron durante las grandes purgas de los treinta, fueron rehabilitados: y pronto los custodios de la ortodoxia tuvieron que enfrentarse a un resurgimiento de la influencia "trotskista" en la literatura. En mayo de 1958, un escritor declaró en la revista Znamia: "A. Voronsky, crítico y director de Krósnaya Nov, bien conocido en aquellos años [los veintes], estuvo decididamente bajo la influencia de las concepciones trotskistas sobre literatura. Ahora, es cierto, se ha revelado que Voronsky no estuvo relacionado con el movimiento trotskista clandestino. Ha sido rehabilitado, por lo que a esto se refiere, al igual que otros escritores injustamente acusados. Ello no obstante, sus... principios teóricos estaban tomados de la estética burguesa e idealista y mezclados con ideas trotskistas." El escritor dedicaba varias páginas a las ideas literarias expuestas por el propio Trotsky a fin de refutarlas nuevamente, pero sin recurrir a los extremos de la falsificación y las injurias stalinistas.

de dichos argumentos fue virtualmente repudiada por sus propios inspiradores, especialmente por el propio Stalin cuando algún tiempo después rechazó brutalmente todas las pretensiones de los escritores y artistas "proletarios", disolvió sus organizaciones y los persiguió sin piedad. A mediados de la década de los veintes, sin embargo, Stalin halagó toda ambición literaria y cultural, por poco madura que fuera, a fin de "movilizar" en su favor a la intelectualidad y la semiintelectualidad.

De los argumentos esgrimidos contra Trotsky, sin embargo, uno o dos merecen mención aquí. Así, por ejemplo, Lunacharsky criticó a Trotsky apoyándose en que, al reconocer únicamente las grandes culturas feudales y burguesas y la cultura del socialismo que habría de surgir en el futuro, consideraba a la dictadura proletaria como un vacío cultural y veía el presente como un hiato estéril entre un pasado creador y un futuro creador. Ésta fue también la sustancia de una crítica más específica que hizo Bujarin en una conferencia sobre política literaria convocada por el Comité Central en febrero de 1925.[33] Si bien reconocía que Trotsky había defendido su posición en forma sumamente impresionante, que Lenin también había asumido una actitud muy crítica frente a la "cultura proletaria", y que una clase obrera revolucionaria podía ejercer la dirección política pero no la cultural, Bujarin sostenía no obstante que el proletariado alcanzaría con el tiempo la preponderancia cultural y le impartiría su propio carácter a la creación espiritual de la última época de la sociedad clasista. El error de Trotsky, a juicio de Bujarin, consistía en que aquél imaginaba que la dictadura proletaria y la transición al socialismo tendrían una duración tan breve que no permitirían el surgimiento de ninguna cultura de clase proletaria distintiva. No tomaba en cuenta el "ritmo desigual" del desarrollo social y político en diferentes países, la probabilidad e incluso la certeza de que esto fragmentaría el proceso de la revolución internacional en muchas fases separadas, prolongando considerablemente la dictadura proletaria y dejando tiempo, en consecuencia, para la formación de una cultura y un arte peculiares de ésta.

En el razonamiento de Bujarin (que formaba parte de su argumentación y la de Stalin en favor del socialismo en un solo país) había cierta verdad. Cuando Trotsky afirmaba: "Somos soldados en marcha. Tenemos un día de descanso. Nuestro actual.. . trabajo cultural no es sino un intento de lograr algún orden entre dos batallas y dos marchas", sugería en verdad una rápida sucesión de las "batallas" principales de la revolución internacional que debía abreviar radicalmente la era de la dictadura proletaría y la transición al socialismo. Esta expectativa estaba presente en todas sus predicciones políticas y también en los acentos con que él había expuesto su concepción de la revolución permanente. aunque no era esencial para la concepción misma. Con todo, el "día de descanso" entre el asalto bolchevique de

33- Krásnaya Nov, mayo de 1925.

1917-20 y la siguiente gran "batalla" de la revolución habría de durar no menos de un cuarto de siglo: y un marxista bien podría preguntarse cuánto habrá de durar el "día de descanso" que ha seguido a la Revolución China. Trotsky indudablemente subestimó la duración de la dictadura proletaria y, en consecuencia, la medida en que esa dictadura habría de adquirir un carácter burocrático.

Sin embargo, su error más que evidente en este respecto no invalida su razonamiento contra la "cultura proletaria". Por el contrario, le da una fuerza todavía mayor. El hecho de que la dictadura y la transición al socialismo duraran mucho más de lo que él previo, no determinó que la era de transición fuera culturalmente más fructífera y más creadora, sino todo lo contrario. El stalinismo no engendró ninguna cultura proletaria. En lugar de ello se empeñó en la "acumulación primitiva cultural" es decir, en una rápida y extensiva difusión de la educación en masa y en la asimilación de la tecnología occidental. El hecho de que esto tuviera lugar dentro de la estructura de las relaciones sociales creadas por la revolución explica el ritmo y la intensidad del proceso y le da su inmensa significación histórica. De todas maneras, el logro consistió casi enteramente en la absorción por parte de la Unión Soviética del legado de la civilización burguesa y preburguesa, no en la creación de una nueva cultura. Aun este logro fue estropeado por el culto stalinista con su despotismo dogmático, su fetichismo, su horror a toda influencia extranjera y su temor a la iniciativa independiente. La "acumulación cultural" fue "primitiva" en más de un sentido: fue acompañada por la supresión o el falseamiento de aquellos valores culturales más refinados y complejos que Trotsky ansiaba preservar y desarrollar bajo una dictadura proletaria. Cuando él afirmó: "Nuestra época no es la época de una nueva cultura: todo lo que podemos hacer es prepararle el camino", resumió de antemano, sin saberlo, la historia cultural de toda la era de Stalin e incluso de su secuela. Durante toda esa era, la Unión Soviética, con la cabeza y las manos ensangrentadas, sólo pudo acercarse al camino que conduce a una nueva cultura: el camino en que ahora apenas acaba de poner el pie.

CAPÍTULO IV

UN INTERVALO

Después de la salida de Trotsky del Comisariado de la Guerra tuvo lugar una pausa en su lucha dentro del Partido, que duró todo el año de 1925 y hasta el verano de 1926. Durante este período Trotsky no se expresó polémicamente en público acerca de los problemas que habían constituido el centro de los debates de 1923 y 1924. Ni siquiera tras las puertas cerradas del Comité Central y del Politburó intentó mantener viva la discusión. Reconoció su derrota y se sometió a las restricciones que el Comité Central le había impuesto.

Durante esta pausa, la "Oposición de 1923" no existió en forma organizada alguna. Trotsky, en efecto, la había disuelto. "No debemos hacer nada en este momento", les aconsejó a sus perplejos y desconcertados seguidores, "no debemos luchar abiertamente de ninguna manera. Sólo debemos mantener nuestros contactos, conservar los cuadros de la Oposición de 1923 y esperar hasta que Zinóviev se haya gastado[1]". Si hubiese obrado de otra manera, iniciando nuevas protestas y manifestaciones de oposición, él y sus partidarios habrían tenido que enfrentarse de inmediato a la amenaza de expulsión del Partido o cuando menos de sus organismos dirigentes. Trotsky tenía todas las razones para suponer que los triunviros no se abstendrían de recurrir a represalias extremas.

Buena prueba de que en este período Trotsky y sus partidarios estaban desesperadamente ansiosos de evitar una renovación de la lucha, la constituye el siguiente episodio: en 1925 Max Eastman, el escritor norteamericano. publicó *Since Lenin Died* (*Desde que Lenin murió*), un libro en el que daba una versión exacta, la primera que veía la luz. de la lucha por la sucesión de Lenin y en el que citaba la sustancia del testamento de éste. Eastman, que también había escrito una semblanza de Trotsky. *The Portrait of a Youth* (*Retrato de un joven),* había estado en Moscú, se había solidarizado con la Oposición y había obtenido del propio Trotsky la información sobre el testamento de Lenin y la lucha por la sucesión, e incluso le había rogado a Trotsky que actuara con más agresividad y diera lectura al testamento en el XIII Congreso. Le había sometido el manuscrito de Since Lenin Died a Rakovsky en París y había recibido una respuesta indirecta que expresaba una plena aprobación. Tenía, por consiguiente, todas las razones para pensar que

---

1- V. Serge, Le Tournant obscure, p. 97; Mémoires d'un révolutionnaire, p. 229. Serge le atribuye esta "directiva" en una ocasión al propio Trotsky y en una segunda ocasión a Víctor Elzin. el ayudante de Trotsky. Elzin. en todo caso, habría expresado la opinión de Trotsky sobre este asunto

la obra contaría con la bendición de Trotsky también.[2] Trotsky, en verdad, le quedó agradecido a Eastman con quien mantuvo relaciones cordiales hasta diez años después, cuando Eastman se volvió contra el comunismo. Sin embargo, el amistoso servicio de Eastman le resultó embarazoso: los triunviros acusaron a Trotsky de haber cometido una crasa indiscreción, lo apremiaron a que publicara una refutación de las revelaciones de Eastman y lo amenazaron con sanciones disciplinarias si se rehusaba. Los colaboradores más íntimos de Trotsky, a quienes este consultó, se sentían tan renuentes a verse envueltos en una lucha por aquel incidente, que instaron a Trotsky a negar toda responsabilidad. El Politburó, sin embargo, no se contentó con esto. Exigió una refutación categórica de la versión de Eastman sobre el testamento c incluso dictó los términos de la refutación. Una vez más, "el grupo dirigente de la Oposición", como dice Trotsky, le pidió que cediera en bien de la paz.[3] Y así, el Iº de septiembre de 1925 apareció en el *Bolshevik* una declaración firmada por Trotsky al efecto de que "toda referencia al 'testamento' (de Lenin), supuestamente suprimido o violado, es una invención malévola y está totalmente dirigida contra la verdadera voluntad de Lenin y los intereses del Partido que él fundó". La declaración fue reproducida por todos los periódicos comunistas extranjeros y ávidamente citada posteriormente por Stalin.[4] Aunque tales negaciones hechas por consideraciones tácticas no son raras en política, ésta fue particularmente irritante para Trotsky. Después de haber observado casi pasivamente la supresión del testamento, que era su título virtual a la sucesión, ahora tenía que comparecer como testigo perjuro contra sí mismo y en favor de Stalin. todo ello a fin de posponer una reanudación de las hostilidades en el seno del Partido.

En tales circunstancias no era fácil "mantener los contactos y conservar los cuadros de la Oposición de 1923". Para cualquier grupo político, la inacción, no importa cuán justificada esté por consideraciones tácticas, es una experiencia sumamente penosa. Un pequeño grupo de intelectuales y obreros muy avanzados pueden llenar el intervalo con estudios y discusiones dentro de su propio círculo. Pero para cualquier grupo más amplio especialmente si está compuesto por

---

2- -"Yo le mostré el manuscrito a Rakovsky. . escribe Eastman en una carta al autor del presente libro, "y le dije que lo publicaría o no según lo que él decidiera. Madame Rakovsky lo devolvió con elogios entusiastas, y ésa fue, pensé yo, toda la 'autorización' que era posible obtener bajo las circunstancias".

3- --"Yo le mostré el manuscrito a Rakovsky. . escribe Eastman en una carta al autor del presente libro, "y le dije que lo publicaría o no según lo que él decidiera. Madame Rakovsky lo devolvió con elogios entusiastas, y ésa fue, pensé yo, toda la 'autorización' que era posible obtener bajo las circunstancias".

4- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. X, p. 175.

obreros industriales, la inactividad equivale en la mayoría de los casos al suicidio político: mina su fe en su causa, amortigua su fervor y engendra indiferencia o desesperación. Tales fueron los efectos de la espera en la mayoría de los grupos de la Oposición, que se redujeron y desintegraron. Así, en Leningrado había, a principios de 1926, no más de unos treinta trotskistas que, agrupados alrededor de Alexandra Bronstein-Sokolóvskaya, la primera esposa de Trotsky, todavía se mantenían en estrecho contacto y se reunían regularmente. Muchos centenares de oposicionistas anteriormente organizados habían desaparecido en una tierra de nadie política. En Moscú los "cuadros" trotskistas eran mucho más numerosos y activos, pero en las grandes ciudades y poblaciones de provincia, en Jarkov, Kíev, Odesa y en otros lugares, la fuerza de la Oposición menguó tanto como en Leningrado.

Los jefes de la Oposición, unidos por vínculos de amistad política y personal, formaron alrededor de Trotsky un estrecho círculo que se reunía frecuentemente para deliberar. En él figuraban algunos de los intelectos y caracteres más vigorosos que podían encontrarse en el partido bolchevique. En cuanto a habilidad política, experiencia y logros revolucionarios, este círculo era indudablemente superior al equipo que encabezaba la facción de Stalin y gobernaba al Partido. Rakovsky, Rádek, Prcobrazhensky, Yoffe, Antónov-Óvseienko, Piatakov, Serebriakov, Krestinsky, Iván Smirnov, Murálov, Mrachkovsky y Sosnovsky habían sido prominentes en los primeros años de la revolución y la guerra civil y habían ocupado puestos de la mayor responsabilidad.[5] Marxistas de amplias concepciones, ajenos al convencionalismo, fértiles en recursos y llenos de brío, ellos representaban a los elementos más avanzados o internacionalistas del Partido.

De todos estos hombres. Rádek era con mucho el más famoso, aunque no el más importante. Él era, después de Trotsky, el panfletario bolchevique más brillante y agudo. Hombre de genio vivo, estudioso perspicaz de los hombres y de la política, extraordinariamente sensitivo a los estados de ánimo de los medios sociales más diversos, Rádek había auspiciado algunas de las más importantes iniciativas de Lenin en la diplomacia y en la política de la Comintem. Europa era su hogar. Al igual que Dzerzhinsky, había llegado al bolchevismo procedente del Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania, el partido de Rosa Luxemburgo que había sido fuertemente influido por las ideas de Trotsky.[6] También tenía tras de sí muchos años de tempestuosa actividad en la extrema izquierda del socialismo

5- Rakovsky, Yoffe y Krestinsky eran ahora embajadores en Londres, París, Tokio y Berlín, pero seguían manteniendo estrechas relaciones con Trotsky.

6- En ese Partido, sin embargo. Rádek y Dzerzhinsky habían sido adversarios de Rosa Luxcmburgo y habían estado más cerca de los bolcheviques y habían más de cerca de los bolcheviques que el resto del partido.

alemán; había sido un precursor y uno de los fundadores de la Internacional Comunista. Cuando poco después de la Revolución de Octubre llegó a Rusia, fue admitido inmediatamente en el círculo íntimo de los dirigentes; acompañó a Trotsky a Brcst-Litovsk y encabezó, en unión de Bujarin y Dzerzhinsky. a los comunistas de izquierda en su oposición a la paz. Después del colapso de la monarquía de los Hohenzollern, Lenin lo envió en una misión clandestina a Alemania, donde debía ayudar a organizar el recién fundado Partido Comunista. Hizo un viaje peligroso y arriesgado a través del "cordón sanitario" que se había tendido alrededor de Rusia y llegó de incógnito a Berlín justamente antes de que Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueran asesinados. Fue arrestado por la policía y encarcelado. Allí, mientras el terror blanco asolaba a Berlín y su propia vida pendía de un hilo, realizó una hazaña de extraordinaria versatilidad: se las arregló para establecer contacto con prominentes diplomáticos, industriales y generales alemanes, y en su celda sostuvo con ellos, especialmente con Walter Rathenau, que habría de ser Ministro de Relaciones Exteriores en la era de Rapallo, conversaciones encaminadas a abrir la primera brecha en el "cordón sanitario"[7] También desde su celda mantuvo contactos clandestinos con el Partido Comunista alemán y ayudó a formular su política.

Precursor del socialismo revolucionario, Rádek también tenía algunos de los rasgos del jugador. Se sentía en su elemento tanto cuando tejía una intriga diplomática como cuando, en calidad de topo de la revolución, se movía en los subterráneos de la clandestinidad. Dueño de un ojo observador y de una mente despejada, diagnosticó el reflujo de la revolución en Europa antes de que otros dirigentes bolcheviques lo advirtieran; y abogó por el frente unido. Cuando regresó a Alemania en 1923, vio la misma situación y frenó a Brandler para que no se lanzara a lo que él consideraba un intento revolucionario condenado al fracaso. Su afición al rejuego político, sin embargo, lo descarrió: y en su "discurso de Schlageter" hizo un ambiguo llamado a los extremistas desesperados del nacionalismo alemán. A su regreso a Moscú, se le hizo cargar con la responsabilidad de la derrota alemana y de su asociación con Trotsky. Expulsado de las secciones europeas de la Comintern, fue nombrado, en 1925, Rector de la Universidad Sun Yatsen en Moscú, precisamente en los momentos en que se dejaban sentir las primeras sacudidas de la revolución china: su tarea consistía en adiestrar propagandistas y agitadores para el joven movimiento comunista chino.[8] Inquieto, enemigo del fariseísmo, bohemio

7- Véanse las memorias de Rádek en Krasnaya Nov, núm. 10, octubre de 1926: R. Fischer, Stalin and Germán Communism, pp. 203-211.

*8- Antes de 1914 Rádek había analizado los acontecimientos revolucionarios en el Oriente colonial y semi*colonial en el Przeglad Social-Demokratyczny. la revista teórica polaca de Rosa Luxemburgo.

en apariencia, mordaz e inclinado a las posturas cínicas, muchos lo consideraban un personaje errátil y hasta poco digno de confianza. Rádek, sin embargo, fue el blanco de muchos vituperios por parte de los adversarios que temían su actitud irrespetuosa, sus pullas y su sarcasmo demoledor. El carácter del hombre era, en verdad, mucho más sólido de lo que sugería su apariencia, aunque hubo de deteriorarse terriblemente bajo el peso del terror stalinista. Su talante bohemio y sus actitudes cínicas ocultaban una fe ardiente que le repugnaba exhibir, y aun sus pullas y sus burlas estaban llenas de pasión revolucionaria.

En el círculo dirigente de la Oposición, Rádek descargaba los choques eléctricos de su intelecto y su humor. Era muy apegado a Trotsky, con quien tenía mucho en común en cuanto a la amplitud de su experiencia internacional. De ese apego dio muestra en su ensayo "Trotsky, el Organizador de la Victoria", escrito en 1923. [9] Trotsky veía con cierta aprensión las impulsivas improvisaciones políticas de Rádek, pero sentía un cordial afecto por el hombre y admiraba su talento.[10] Si bien desconfiaba del jugador que había en Rádek, no dejaba de sentirse estimulado por sus observaciones y sus ideas y celebraba las salidas del gran bromista y satírico.

El carácter de Preobrazhensky contrastaba vigorosamente con el de Rádek. Preobrazhensky era un teórico y, probablemente, el economista bolchevique más original. Leninista desde 1904, había sido coautor, con Bujarin, del ABC del Comunismo, el una vez famoso compendio de doctrina bolchevique: y fue secretario del Comité Central leninista. Abandonó ese puesto y le dejó el lugar a Mólotov cuando la disciplina del Partido se hizo demasiado rígida para él. Como crítico de esa disciplina fue un precursor de Trotsky, cuya actitud disciplinaria criticó en el XI Congreso, a principios de 1922. Más adelante ese mismo año, sin embargo, los dos hombres se acercaron; Preobrazhensky fue una de las pocas personas a las que Trotsky confió sus planes y contó sus conversaciones privadas con Lenin y su acuerdo para formar el "bloque" contra Stalin. Autor de trabajos importantes sobre historia económica, hombre de rara erudición y gran capacidad de análisis. Preobrazhensky era fundamentalmente un estudioso que seguía su línea de razonamiento a cualesquiera conclusiones que lo condujeran, sin importarle cuán impopulares fuesen ni cuánto daño pudieran causar a su posición dentro del Partido. Pensaba en teoremas elaborados y masivos, y en su Nueva Economía hizo el primer intento serio y todavía insuperado de aplicar las "categorías" de El Capital de Marx a la economía soviética. Sólo se permitió la publicación del volumen introductorio, y aun éste fue suprimido poco después y confinado al olvido. Con todo.

9- K. Rádek, Portrety i Pamflety, pp. 29-34.

10- Véase la correspondencia de Trotsky con Rádek en The Trotsky Archives y "Rádek and the Opossition" en Écrits, vol I, pp. 160-163.

La Nueva Economía sigue siendo un hito del pensamiento marxista. Su análisis premonitorio de los procesos de acumulación primitiva socialista seguirá teniendo vigencia mientras existan en el mundo países subdesarrollados que luchen por industrializarse sobre una base socialista. Muchos consideraban a Preobrazhensky, más bien que a Trotsky, como el autor del programa económico de la Oposición: él, en todo caso, creó su fundamento teórico. Existían, sin embargo, divergencias implícitas entre sus concepciones y las de Trotsky: pero éstas no se hicieron explícitas ni produjeron un conflicto político serio sino en 1928, el año en que los dos hombres fueron desterrados de Moscú.

Piatakov era el administrador industrial más destacado entre los bolcheviques. Mientras que Preobrazhensky le proporcionaba teoremas a la Oposición, Piatakov asentaba los teoremas en el terreno firme de la experiencia práctica. Lenin, en su testamento, describe a Piatakov como uno de los dos principales diligentes de la nueva generación -el otro era Bujarin- y como un administrador de excepcional habilidad y energía, pero como un hombre desprovisto de criterio político. Esta unilateralidad era característica también del oposicionista: Piatakov compartía las opiniones de la Oposición en cuanto a la política económica, pero se mantenía al margen de su "batalla de ideas" y desaprobaba sus ataques a la dirección del Partido. Ello no obstante, distaba de ser un carácter tímido. Sólo unos cuantos años antes, él y su hermano habían encabezado a los bolcheviques en Ucrania cuando ésta estaba ocupada por Denikin; y allí, tras las líneas enemigas, organizó el sabotaje, creó destacamentos guerrilleros y dirigió la lucha. Los Guardias Blancos capturaron a los dos hermanos y, junto con otros rojos, los pusieron frente a un pelotón de fusilamiento. La orden de ejecución se estaba cumpliendo y su hermano ya había sido fusilado cuando el pelotón tuvo que huir ante los rojos que habían capturado la ciudad y se acercaban al lugar donde se efectuaba la matanza. Desde el paredón junto al cual yacían los cadáveres de su hermano y de sus camaradas más íntimos, Piatakov pasó directamente a asumir el mando, de los Guardias Rojos. Tales eran los antecedentes del hombre que dentro y fuera de la Oposición fue el espíritu impulsor y el principal organizador del esfuerzo de industrialización soviético durante quince años, y que hubo de acabar en el banquillo de los acusados, "confesando" haber sido un saboteador, traidor y espía extranjero.

La mayoría de los otros jefes de la Oposición eran hombres de temple heroico. Preobrazhensky había desafiado tremendos peligros cuando encabezaba el movimiento clandestino bolchevique en los Urales durante los años de la contrarrevolución. Una vez, al ser capturado por la policía zarista y sometido a proceso, tuvo a Kerensky como abogado defensor. Éste, ansioso de salvar a su defendido, declaró ante el tribunal que Preobrazhensky no participaba en ningún movimiento revolucionario. El acusado se puso de pie, desautorizó a su defensor

y proclamó sus convicciones revolucionarias. Encabezó a los bolcheviques de los Urales en 1917 y durante la primera parte de la guerra civil. Rakovsky, cuya larga y valerosa lucha hasta 1914 ha sido narrada en El profeta armado,[11] dirigió las fuerzas comunistas durante la guerra civil en la Besarabia, donde los Guardias Blancos le pusieron precio a su cabeza. Regresó a Rusia y llegó a ser Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania. No hace falta recordar aquí el papel desempeñado por Antónov-Ovseienko en la insurrección de Octubre y en la guerra civil.[12] Murálov había sido, al igual que Antónov, uno de los héroes legendarios de la revolución de 1905, y en octubre de 1917 encabezó a los Guardias Rojos de Moscú en el asalto al Kremlin. Posteriormente fue comandante de la región militar de Moscú e Inspector del Ejército. Trotsky lo describe como un "magnífico gigante tan valiente como bondadoso". Agrónomo de profesión, daba, en los intervalos entre las batallas, consejos agrícolas a los campesinos y "tratamiento médico a los hombres y a las vacas". Ivan Smirnov había encabezado el ejército que derrotó a Kolchak en Siberia. Serebriakov fue uno de los más enérgicos comisarios políticos en los frentes de la guerra civil. Sosnovsky había dejado su huella como agitador en la línea de fuego y como observador vigilante y crítico de la moral y las costumbres: su pluma era una de las mejores en el periodismo soviético.

Pese a todo su valor e inteligencia, estos hombres no veían por el momento ningún camino claro ante ellos. Deseaban, por encima de todo, permanecer en el Partido; y sólo podían permanecer en él manteniendo baja la cabeza. Observaron los acontecimientos y las maniobras de sus adversarios y esperaron que sucediera algo que les permitiera volver al primer plano.

Trotsky, aun cuando mantenía baja la cabeza, no depuso sus armas. Por medio de alusiones indirectas continuó criticando al régimen oficial y su política. Todo lo que decía, aun cuando lo dijera en un tono deliberadamente inofensivo, era un comentario sobre lo que hacían sus adversarios, y más aún sobre lo que pensaban, lo mismo cuando se refería a la tosquedad del burócrata ruso, que al estilo pedestre de los periódicos o a los errores que el Partido cometía en los asuntos culturales. Y nunca desvió su atención de aquellos problemas capitales de la política, nacional e internacional, en los que se iba acumulando el material para futuras controversias.

En mayo de 1925, casi cinco meses después de haber salido del Comisariado de la Guerra, Trotsky fue nombrado miembro del Supremo Consejo de la Economía Nacional, como subordinado de Dzerzhinsky. El nombramiento estaba preñado de ironía: Dzerzhinsky no era economista ni tenía autoridad para formular una línea política; sólo la intención de humillar a Trotsky movió a los triunviros a colocarlo

---

11- El profeta armado, pp. 196-197.
12- Véase Ibid., pp. 209, 277-280, 397-398.

bajo las órdenes de Dzerzhinsky. Ni siquiera consultaron a Trotsky, pero éste no podía rehusar el puesto fácilmente. Cuando renunció al Comisariado de la Guerra, había declarado que estaba "dispuesto a desempeñar cualquier tarea, bajo cualesquiera condiciones de control del Partido", y no podía eludir ese compromiso. Lejos estaban los días en que había podido declinar el puesto de suplente de Lenin.

Dentro del Consejo de la Economía Nacional, Trotsky presidió tres comisiones: el Comité de Concesiones, la Dirección de Desarrollo Electrotécnico y la Comisión Industrial Tecnológica. El Comité de Concesiones había sido creado en los primeros días de la NEP, cuando Lenin abrigaba la esperanza de volver a atraer a los antiguos concesionarios y otros inversionistas extranjeros para que ayudaran a la recuperación económica de Rusia. Esas esperanzas se habían desvanecido. Los bolcheviques le temían demasiado al capital extranjero para poder atraerlo; y los inversionistas extranjeros les temían demasiado a los bolcheviques para cooperar con ellos. El Comité de Concesiones estaba al cabo de la calle. En su oficina, en un pequeño hotel de un solo piso fuera del Kremlin, Trotsky recibía ocasionalmente a algún visitante extranjero que solicitaba información sobre las posibilidades de buscar oro en Siberia o de fabricar lápices en Rusia.

Con el tiempo, sin embargo, Trotsky convirtió en un baluarte la jaula en que lo habían metido. Auxiliado por los secretarios que habían servido en su tren militar durante la guerra civil, inició una investigación sobre el estado de las concesiones y del comercio exterior de Rusia. Esto lo llevó a investigar los costos de la producción industrial en el país y en el extranjero y a hacer un estudio comparativo de la productividad de la mano de obra rusa y la occidental. La investigación puso de manifiesto el atraso industrial de la nación: mostró que la productividad de la mano de obra rusa era sólo una décima parte de la norteamericana. Trotsky ilustró con diagramas gráficos la pobreza del equipo industrial de Rusia. Así, por ejemplo, mientras que los Estados Unidos poseían 14 millones y la Gran Bretaña un millón de teléfonos, la Unión Soviética sólo poseía 190.000. La extensión de sus vías férreas era de 69.000 kilómetros contra 405.000 en los Estados Unidos. El consumo de electricidad per cápita era de sólo 20 kilovatios comparados con 500 kilovatios en los EE. UU.[13]

Pese a la obviedad de los datos, su presentación enfática causó una conmoción. Los portavoces oficiales hablaban con gran presunción del progreso industrial de Rusia desde la guerra civil, cuando la producción había sido prácticamente nula, o comparaban las cifras del momento con las de 1913, y se felicitaban por los resultados. Trotsky sostuvo que hacían falta nuevas escalas de comparación y que el progreso de los años recientes debía medirse de acuerdo con las normas del

13- Obras (ed. rusa), vol. XXI, pp. 419-420.

Occidente industrial y no del atraso nacional.[14] La nación no podría ponerse sobre sus pies a menos que tuviera una conciencia despiadadamente clara del bajo nivel del que había partido. "A menudo se dice que nosotros trabajamos 'casi' como los alemanes o como los franceses. Yo estoy dispuesto a declararle la guerra santa a este 'casi'. Casi no quiere decir nada... Debemos comparar costos de producción, debemos descubrir cuánto cuesta un par de zapatos aquí y cuánto cuesta en el extranjero, debemos comparar la calidad de los artículos y el tiempo que se necesita para producirlos. Sólo entonces podremos hacer comparaciones con los países extranjeros".[15] "No debemos quedarnos a la zaga de los demás", concluía. "Nuestra consigna primera y esencial... es la de no quedamos rezagados. Sí, nos encontramos extraordinariamente retrasados respecto de los países capitalistas avanzados.. ."

Al lanzar esta consigna -"No debemos quedarnos rezagados"- Trotsky se adelantó en varios años a Stalin, pero a diferencia de éste se empeñó en hacerle ver a Rusia toda la distancia que había que recorrer. Comprendía que esto implicaba riesgos políticos: la gente, al considerar con ánimo realista la pobreza de Rusia y al medir su miseria en toda su profundidad, podría caer en el cinismo o la indolencia. Stalin, cuando emprendió la industrialización, prefirió mantener a las masas en la ignorancia acerca del prodigioso ascenso y el inhumano esfuerzo que se exigía de ellas. Trotsky confiaba en el coraje y la madurez del pueblo. "No nos burlemos de nosotros mismos ni nos asustemos, camaradas. Pero recordemos firmemente estas cifras: debemos hacer estas mediciones y comparaciones con el fin de alcanzar al Occidente a cualquier precio, y de sobrepasarlo".[16] Así volvió a emerger de los pequeños tecnicismos administrativos bajo los cuales se habían propuesto sepultarlo los triunviros, se colocó nuevamente en el centro del debate sobre la política económica y renovó la lucha en favor de la industrialización que había iniciado en 1922-23 Como Presidente de la Dirección de Desarrollo Electrotécnico se entregó de lleno a la electrificación. Viajó a lo largo y a lo ancho del país, investigó los recursos, examinó proyectos de construcción de plantas eléctricas, planificó su ubicación y produjo informes al respecto. De uno de esos viajes regresó para instar al Politburó a que adoptara un proyecto para la utilización de los rápidos del Dniéper, el proyecto que se hizo famoso como el Dnieprostroy, una de las hazañas de la construcción industrial en la década siguiente. Cuando presentó por primera vez la idea, a principios de 1926, el Politburó le hizo poco

14- Ibid., pp. 44-45. Véase el discurso de Trotsky del 7 de diciembre de 1925. Durante la mayor parte de la era de Stalin los propagandistas oficiales evitaron hacer comparaciones entre Rusia y el Occidente
15- Ibid., pp. 397-405.
16- Ibid., p. 419.

caso. Stalin comentó que la planta de energía planeada no le sería más provechosa a Rusia que un gramófono a un muzhik que ni siquiera poseía una vaca.[17] Trotsky apeló entonces al entusiasmo y a la imaginación de los jóvenes. En un discurso ante la Komsomol dijo:

Recientemente inauguramos la planta eléctrica de Shatura, una de nuestras mejores instalaciones industriales, establecida sobre una ciénaga de turba. La distancia de Moscú a Shatura es sólo un poco más de cien kilómetros. Al alcance de una pedrada, podría decirse, y sin embargo, ¡que diferencia en las condiciones! Moscú es la capital de la Internacional Comunista. Recorremos unas cuantas veintenas de kilómetros y nos encontramos con parajes aislados, nieve, abetos, lodo congelado y bestias salvajes. Aldeas de cabañas de troncos, dormidas bajo la nieve. Desde el tren se alcanzan a ver las huellas del lobo sobre la nieve. Donde hoy se levanta la planta de Shatura, merodeaba hace unos años el reno. Torres de metal de exquisita construcción marcan ahora todo el camino desde Moscú... y bajo estas torres sacarán las zorras y las lobas a sus cachorros esta primavera. Así es toda nuestra civilización, llena de contradicciones extremas: logros supremos de la tecnología y del pensamiento generalizados y parajes siberianos primitivos.

Shatura se yergue sobre ciénagas; tenemos muchas ciénagas, muchas más que plantas eléctricas. Tenemos muchas otras fuentes de combustibles que sólo aguardan a ser transformadas en energía. En el sur, el Dniéper atraviesa la más rica región industrial, y está desperdiciando el peso prodigioso de su presión, retozando sobre los rápidos seculares y esperando a que nosotros embridemos su corriente, la frenemos con presas y la obliguemos a dar luz a las ciudades, a mover fábricas y a enriquecer las tierras de cultivo. Pues bien, ¡la obligaremos![18]

La industrialización, por supuesto, no era un fin en sí misma; era parte de "la lucha por el socialismo con que está vinculado inseparablemente todo el futuro de nuestra civilización". Una vez más, en contraste con el Stalin de años posteriores, Trotsky insistió en que, mientras se luchaba por alcanzar al Occidente, la URSS no debía tratar de aislarse de éste. Él había sido un vigoroso defensor del monopolio del comercio exterior y el creador de la idea del "proteccionismo socialista*'; pero la finalidad de ese proteccionismo, sostenía, no era aislar la industria socialista, sino, por el contrario, permitirle establecer vínculos estrechos y múltiples con la economía mundial. Cierto era que el "mercado mundial" haría presión sobre la economía

17- Trotsky citó textualmente la afirmación de Stalin contenida en las actas de la sesión de abril de 1926 del Comité Central. Véase la "Declaración Personal" de Trotsky del 14 de abril de 1927, en The Trotsky Archives.
18- Obras (ed. rusa), vol. XXI, p. 437.

socialista de Rusia y la sometería a pruebas severas y hasta peligrosas. Pero estas pruebas no podían evitarse; era preciso encaradas con audacia. Los peligros a los que Rusia estaba expuesta en virtud del contacto con la economía capitalista más avanzada serían compensados por las ventajas decisivas que se derivarían de la división internacional del trabajo y de la asimilación de la tecnología superior del Occidente. Aislado, el desarrollo económico de Rusia sufriría deformaciones y retraso. Al razonar así, Trotsky entraba nuevamente en conflicto implícito con el pensamiento económico oficial, que ya se iba fijando en concepciones de autosuficiencia nacional: el socialismo en un solo país presuponía una economía soviética cerrada. Trotsky razonó en efecto contra las premisas esenciales de la doctrina de Stalin aún antes de que se iniciara la controversia sobre ésta.

Después de la *débácle* dé 1923 en Alemania, Trotsky emprendió la tarea de hacer un nuevo análisis de la situación internacional y de las perspectivas del comunismo. La Comintern, deseosa de salvar su prestigio, aminoró la importancia de su revés, predijo una nueva situación revolucionaria en Alemania y alentó las líneas políticas de "ultraizquierda".[19] Cuando, a principios de 1924, se formó el primer gobierno laborista británico bajo la dirección de Ramsay MacDonald, y cuando Edouard Herriot, encabezando el Cartel de Gauche, llegó a ser Primer Ministro de Francia, algunos de los dirigentes comunistas consideraron estos gobiernos como "regímenes de Kerensky" destinados a prepararle el camino a la revolución. En oposición a esto, Trotsky señaló que era necesario "distinguir entre el flujo y el reflujo de la revolución", que a la clase obrera alemana le tomaría tiempo recuperarse de la derrota y que ni en Inglaterra ni en Francia debían esperarse acontecimientos revolucionarios rápidos.

Sin embargo, todavía sostenía que el mundo capitalista era incapaz de recobrar un equilibrio duradero. Veía el principal factor aislado de su inestabilidad, y la cuestión central de la política mundial en general, en la preponderancia de los Estados Unidos. En los años 1924 y 1925, Trotsky analizó una y otra vez el ascenso económico de los Estados Unidos y sus consecuencias en el mundo. Predijo enfáticamente el surgimiento de los Estados Unidos como la principal potencia mundial destinada a inmiscuirse en los asuntos.de todos los continentes y a extender su red de bases militares y navales por todos los océanos. Acuñó sus conclusiones en términos tan categóricos que la mayor parte de lo que dijo pareció exagerado en la década de los años veinte. Ésta fue la época del "Plan Dawes", de la intervención norteamericana relativamente tímida y sólo tentativa en los asuntos europeos, que, después de

---

19- Véase el discurso de Zinóviev en el V Congreso de la Comintern (Piatyi Vsemirnyi Kongress Kom. Internatsionala), pp. 64 sigs.; también las declaraciones de R. Fischcr, ibid.. pp. 175-192.

1929, habría de ser seguida por una vuelta al aislacionismo que duró más de una década. La expansión en escala mundial del poderío norteamericano, que Trotsky prefiguró, sólo podía verse entonces en embrión, si acaso podía verse del todo. La base económica para la expansión estaba allí: el ingreso nacional de los Estados Unidos era ya dos veces y media mayor que los ingresos combinados de la Gran Bretaña, Francia, Alemania y el Japón. El ascenso de los Estados Unidos iba acompañado por el empobrecimiento, la "balcanización" y la descomposición de Europa. Trotsky concluyó, por consiguiente, que "la superioridad sobre Europa que Gran Bretaña tuvo en su período de apogeo es insignificante en comparación con la superioridad que los Estados Unidos han adquirido sobre el mundo entero, incluida Gran Bretaña".[20]

Era cierto que las clases gobernantes tanto de los Estados Unidos como de Europa cobraban conciencia lentamente de la plena significación de este desplazamiento: iban mentalmente a la zaga de los acontecimientos. "El norteamericano apenas comienza a tener conciencia de su importancia internacional... Norteamérica todavía no ha aprendido a hacer que su dominación sea real. Pero con el tiempo aprenderá, y lo hará a costa de la carne y los huesos de Europa".[21] Las tradiciones del aislacionismo y el pacifismo norteamericanos, arraigadas en la geografía y la historia, eran frenos que contenían la expansión; pero estaban condenados a ceder ante la fuerza dinámica de las nuevas realidades. Los Estados Unidos se verían obligados a asumir la jefatura del mundo capitalista. El impulso expansivo era inherente a su propia economía, y lo intensificaba el hecho de que el capitalismo europeo dependía, para su supervivencia, de la ayuda norteamericana. En este punto Trotsky hizo su célebre y apasionadamente impugnada predicción de que los Estados Unidos "pondrían a Europa a vivir de raciones norteamericanas y luego le dictarían su voluntad. Después de ocupar el lugar de Gran Bretaña como el taller y el banco del mundo, los Estados Unidos también estaban ocupando el lugar de Gran Bretaña como la primera potencia naval e imperial del mundo".[22] Para ello no tenía que echarse encima la carga de posesiones coloniales, que con tanta frecuencia habían sido una sangría al mismo tiempo que una fuente de riqueza para el imperialismo británico. "Norteamérica siempre encontrará bastantes aliados y colaboradores en todo el mundo -la potencia más fuerte siempre los encuentra- y junto con los aliados encontrará también las bases navales necesarias".[23] En consecuencia, "estamos entrando en una época de desenvolvimiento agresivo del

20- Europa und Amerika, p. 22.
21- Ibid., p. 36.
22- En la Conferencia Naval de Washington en 1922 la Gran Bretaña había renunciado, de hecho, a las formas tradicionales de supremacía naval británica.
23- Europa und Amerika, p. 42.

militarismo norteamericano".[24]

A quienes, excesivamente impresionados por el aislacionismo y el pacifismo norteamericanos, ponían en duda esta predicción, Trotsky les replicó que los Estados Unidos seguían las huellas de Alemania. Al igual que Alemania, pero incomparablemente más poderosos, los Estados Unidos habían llegado tardíamente al grupo de las grandes naciones industriales. "¿Cuánto tiempo hace que los alemanes eran considerados como soñadores empedernidos, como una 'nación de poetas y pensadores?" Sin embargo, unas cuantas décadas de desarrollo industrial bastaron para transformar a la burguesía alemana" en un exponente del imperialismo más brutal. Mucho menos tiempo sería necesario para una transformación similar en los Estados Unidos. En vano se consolaban los gobernantes británicos diciéndose que actuarían como tutores políticos y diplomáticos de los inexpertos norteamericanos. Tal vez lo harían, pero sólo durante un breve período, hasta que los norteamericanos aprendiesen las artes del imperialismo y adquiriesen confianza en sí mismos. A fin de cuentas, el peso del poderío norteamericano tendría la última palabra. Aun en la actualidad el "yanqui inexperto" gozaba de claras ventajas sobre el refinado y sutil imperialista británico: podía presentarse como el libertador de los pueblos coloniales de Asía y Africa, ayudando a liberar de la opresión británica a los hindúes, egipcios y árabes; y el mundo creía en su pacifismo y su generosidad.

Sin embargo, la tarea de detener la descomposición de Ja Europa burguesa era superior a las fuerzas de Norteamérica. El predominio norteamericano era en sí mismo una fuente de inestabilidad para Alemania, Francia y Gran Bretaña, pues era primordialmente a expensas de estos países como crecía el poderío norteamericano. El desequilibrio económico entre Europa y los Estados Unidos se reflejaría una y otra vez en su comercio y sus balanzas de pagos, en crisis financieras y en convulsiones de todo el sistema capitalista. Los Estados Unidos, por otra parte, tampoco eran inmunes: mientras más dependiera de ellos el mundo, más dependería la República trasatlántica del mundo y más se vería envuelta en el amenazante caos mundial.

¿La conclusión? "El bolchevismo no tiene un enemigo más fundamental y más irreconciliable que el capitalismo norteamericano"[25] Estas eran "las dos fuerzas básicas y antagónicas de nuestra época". Dondequiera que el comunismo avanzara, tropezaría con las barreras erigidas por el capitalismo norteamericano; y en cualquier parte del mundo en que los Estados Unidos intentaran su expansión, se verían enfrentados a la amenaza de la revolución proletaria: "...si el capital norteamericano

24- Véase el discurso de Trotsky del 25 de octubre de 1925 publicado en Pravda el 5 de noviembre de 1925

25- Europa und Amerika, p. 47. Trotsky relata que poco después de la Revolución de Octubre le dijo medio en broma a Lenin que dos nombres, el de Lenin y el de Wilson, eran "las antípodas apocalípticas de nuestro tiempo".

penetra en China..., encontrará allí, entre las masas del pueblo chino, no la religión del norteamericanismo, sino el programa político del bolchevismo traducido al chino".

En este duelo de titanes, el capitalismo norteamericano tenía todas las ventajas materiales. Pero el bolchevismo aprendería de Norteamérica y asimilaría su tecnología superior. Para los bolcheviques sería más fácil lograr esto que para los capitalistas norteamericanos poner al mundo a vivir de las raciones norteamericanas. "El bolchevismo norteamericanizado derrotará y aplastará al norteamericanismo imperialista".[26] Los Estados Unidos podrían presentarse como "libertadores" de los pueblos coloniales y contribuir así a la descomposición del imperio británico, pero no lograrían establecer su propia supremacía sobre las razas de color. Y tampoco lograrían, a la larga, desterrar al comunismo de Europa.

De ninguna manera subestimamos el poderío de los Estados Unidos. Al valorar las perspectivas de la revolución partimos de una clara comprensión de los hechos... Sin embargo, somos de la opinión que el propio poderío norteamericano... es la primera palanca de la revolución europea. No pasamos por alto el hecho de que esta palanca se moverá, tanto política como militarmente, con una terrible fuerza contra la revolución europea... Sabemos que el capital norteamericano, una vez que esté en juego su existencia, desplegará una incalculable energía combativa. Todo lo que sabemos por la historia y por nuestra propia experiencia acerca de la lucha de las clases privilegiadas en defensa de su hegemonía, palidecerá hasta la insignificancia en comparación con la violencia que el capital norteamericano desencadenará sobre la Europa revolucionaria.[27]

¿Cómo, entonces, se preguntaba Trotsky, podría mantenerse firme el comunismo? Trotsky no esperaba que el choque entre las dos "fuerzas antagónicas básicas" tuviera lugar mientras el comunismo estuviera atrincherado solamente en la franja oriental de Europa y en partes de Asia. Como siempre, contaba con la revolución en Europa occidental y estaba convencido de que, para resistir el embate y el bloqueo norteamericanos, los pueblos del Continente tendrían que formar "los Estados Unidos Socialistas de Europa".

Nosotros, los pueblos de la Europa zarista, hemos resistido durante años el bloqueo y la guerra civil. Hemos temido que soportar la miseria, las privaciones, la pobreza y las epidemias... Nuestro mismo atraso resultó ser nuestra ventaja. La revolución ha sobrevivido porque pudo apoyarse en su gigantesco *hinterland* rural... La perspectiva para la Europa industrializada. .. sería diferente. Una Europa desunida no sería capaz de resistir... La revolución proletaria implica su integración. Los

26- Ibid., p. 49.
27- Ibid., p. 91

economistas, pacifistas, especuladores, chiflados y charlatanes burgueses gustan de parlotear sobre los Estados Unidos de Europa. Pero la burguesía, dividida contra sí misma, no puede crearlos. Sólo
la clase obrera victoriosa será capaz do unificar a Europa... Nosotros le serviremos a la Europa socialista como un puente hacia el Asia... Los Estados Unidos Socialistas de Europa, junto con nuestra Unión Soviética, ejercerá una tremenda atracción magnética sobre los pueblos de Asia... Y el gigantesco bloque de las naciones de Europa y Asia quedará establecido entonces como una fuerza inconmovible y se enfrentará a los Estados Unidos.[28]

La perspectiva de un Armagedón de lucha de clases global fue objeto, al cabo de cierto tiempo, de severas críticas que la calificaron de pura fantasía.[29] Trotsky, sin duda, exageraba lo que en el momento era sólo una de las tendencias que operaban en la política mundial. En las dos décadas siguientes otras tendencias se hicieron presentes en un primer plano: tanto los Estados Unidos como Rusia recayeron en un aislacionismo relativo; Europa, con el Tercer Reich erigido en su centro, se convirtió una vez más en el centro tormentoso del mundo; y las conquistas y amenazas de dominación de Hitler hicieron a los Estados Unidos y la URSS aliados provisionales. Sin embargo, Trotsky hizo sus predicciones en los primeros años de la Paz de Versalles, cuando Alemania todavía estaba postrada, cuando Hitler no era más que un oscuro aventurero provinciano y el poderío militar de Alemania era incapaz de hacer valer sus pretensiones. Sólo había tenido lugar un débil preludio del conflicto entre los dos bloques, que no se plantearía plenamente sino después de la Segunda Guerra Mundial. Basándose en el preludio, Trotsky adivinó el esbozo, la trama y el *leitmotiv* del verdadero drama. Se adelantó tanto a su tiempo que, más de treinta años después, una buena parte de su predicción todavía no ha sido confirmada por los acontecimientos; pero una parte tan considerable de la predicción ha sido confirmada, que pocas personas se aventurarían a descartarla totalmente como una quimera.

Sobre el trasfondo general de la alterada relación entre Europa y Norteamérica, Trotsky ofreció una perspectiva más detallada del futuro de un solo país en *Where is Britain Going? (¿Adonde va la Gran Bretaña?)* Escribió este libro a principios de 1925. precisamente cuando Moscú empezaba a atribuir gran importancia

28- Ib id., pp. 90-91.

29- El lector recordará que tanto Trotsky como Lcnin hablaron en favor de los Estados Unidos Socialistas de Europa desde los primeros meses de la Primera Guerra Mundial (véase El profeta armado, p. 223). La consigna todavía fue incluida en el Manifiesto drl V Congreso de la Comintern que Trotsky escribió en 1924. Poco después, sin embargo, la Comintern renunció a la consigna y a la idea de los Estados Unidos Socialistas de Europa como un sueño trotskista

a un nuevo vínculo establecido entre los sindicatos soviéticos y los británicos. Durante el anterior mes de noviembre una delegación encabezada por A. A. Purcell, presidente del Congreso de las Tradc Unions británicas, había visitado la capital soviética y hecho una solemne promesa de amistad y solidaridad con la Revolución Rusa. Los dirigentes soviéticos respondieron fervorosamente, abrigando la esperanza de haber encontrado aliados firmes en Purcell, Cook y otros jefes izquierdizantes, recientemente elegidos, de las trade unions británicas; y estaban tanto más dispuestos a cultivar la nueva "amistad" cuanto que el Partido Comunista británico era débil e insignificante. La política ultra-izquierdista de la Comintern se aproximaba a un punto muerto y debía ser remplazada por tácticas más moderadas. Se llegó a concebir la idea de que la revolución tal voz "entraría en Gran Bretaña por el amplio portal de las trade unions" más bien que por el "estrecho sendero del Partido, Comunista". En mayo -cuando Trotsky acababa de redactar su libro- Tomsky encabezó una delegación soviética al Congreso anual de las trade unions británicas y constituyó, con la aprobación del Politburó, el Consejo Sindical Anglosoviético, que habría de ocupar un lugar importante en la controversia interna del Partido el año siguiente.

En su libro, Trotsky hablaba de la inminencia de una crisis social de primera magnitud en Gran Bretaña. El predominio norteamericano, el envejecimiento del equipo industrial británico y las tensiones y ios conflictos en el Imperio se combinaban para preparar dicha crisis. Gran Bretaña había salido de la Primera Guerra Mundial victoriosa pero maltrecha y agotada. La victoria ocultaba su debilidad, pero no podría hacerlo por mucho tiempo. Los gobiernos británicos mantenían las apariencias de una cooperación apacible y amistosa con los Estados Unidos, bajo la cual alentaba un conflicto irremediable. Los británicos estaban renunciando "pacíficamente" a su hegemonía financiera, a sus privilegios comerciales y a su supremacía naval; pero no podrían seguir haciendo tal cosa indefinidamente, según Trotsky: el proceso tenía que culminar en un choque armado. Por otra parte, la disolución del Imperio Británico, inevitable tanto en virtud del fin del predominio naval británico como del ascenso de los pueblos coloniales, no podría diferirse por mucho tiempo. Gran Bretaña había perdido las ventajas estratégicas de su insularidad. Por último, desde 1918 el sistema de Versalles y la desorganización de la economía alemana habían ocultado la inferioridad industrial británica respecto de Alemania. Pero Alemania, ayudada por los Estados Unidos, recuperaba fuerzas rápidamente y había reaparecido ya como el competidor más directo y peligroso de Gran Bretaña en el mercado mundial, trastornando sus balanzas comerciales y de pagos y agravando todos los elementos de la debilidad británica. Todo esto, concluía Trotsky, indicaba peligrosas tensiones anglonorteamericanas, preñadas de guerra, y una violenta intensificación de la lucha de clases que plantearía, sin

duda, una situación revolucionaria en las Islas Británicas.

Vistos retrospectivamente, tanto el realismo de este análisis como los errores de perspectiva resaltan claramente. Trotsky no se imaginó que los británicos pudieran escapar a un conflicto armado con los Estados Unidos, aunque él mismo había demostrado convincentemente que tal conflicto habría sido una locura suicida para la Gran Bretaña burguesa. Aunque Trotsky fue tal vez el primero de los analizadores que captó todas las implicaciones de la nueva superioridad de Norteamérica, su concepción del Imperio Británico tenía aún cierto carácter casi Victoriano o eduardiano: Trotsky no pudo concebir que los británicos renunciaran "pacíficamente" y "hasta el fin" a su supremacía frente a los Estados Unidos. Y vio la decadencia del poderío británico como un colapso cataclísmico crónico y prolongado proceso que hubo de ser.

Pese a sus errores de pronóstico, *¿Adúnde va la Gran Bretaña?* es el alegato más efectivo, o tal vez el único, en favor de la revolución proletaria y del comunismo en Gran Bretaña que jamás se haya hecho. Este fue el choque de Trotsky con el socialismo fabiano y su doctrina de la "inevitabilidad del gradualismo"; y durante mucho tiempo después del choque el fabianismo no pudo recuperarse intelectualmente del asalto. [30] Con rápidas y tajantes estocadas, Trotsky lo despojó de sus pretensiones socialistas y puso de manifiesto su dependencia respecto de las tradiciones conservadoras y liberales, su carácter rancio e insular, su afectación provinciana y la estrechez de su mentalidad empírica, su hipocresía pacifista y su arrogancia nacional, su esnobismo y su sumisión frente a la opinión establecida, su actitud fetichista ante la religión, la monarquía y el imperio: en una palabra, todas las cualidades que hacían a MacDonald, Thomas, los Snowdens y los demás dirigentes laboristas de la época incapaces de ponerse a la cabeza de un movimiento socialista militante y que los convertía en adversarios de la revolución que consumían con gusto los frutos de luchas pasadas, pero retrocedían llenos de pánico ante cualquier nuevo conflicto social. A Trotsky no le cabía duda de que, en la crisis que se avecinaba, esos dirigentes considerarían como su tarca principal el mantener a la clase obrera mentalmente sojuzgada, moralmentc desarmada e incapaz de actuar.

La índole despiadada de su razonamiento fue muy amenizada, pero escasamente atenuada, por el humor con que lo desarrolló:

Los criadores de palomas británicos, por medio de la selección artificial, logran variedades especiales, con un pico cada vez más corto. Pero llega un momento

---

30- Un crítico norteamericano comentó en el Baltimore Sun (21 de noviembre de 1925) que desde los días de Lutero el mundo nunca había escuchado nada parecido a la virulenta invectiva de Trotsky.

en que el pico de un nuevo régimen es tan corto que la infeliz criatura es incapaz de romper el cascarón del huevo y el pichón perece, sacrificado a la abstención compulsoria de las actividades revolucionarias, y se detiene el progreso ulterior de las variedades de picos cortos. Si nuestra memoria no nos engaña, MacDonald puede enterarse de esto leyendo a Darwin. Habiéndonos adentrado en el camino de las analogías con el mundo orgánico por las que MacDonald siente tanta predilección, podemos decir que el arte político del burgués británico consiste en acortar el pico revolucionario del proletariado de modo que no pueda llegar a romper el cascarón del Estado capitalista. El pico del proletariado os su partido. Si contemplamos a MacDonald, a Thomas, al Sr. y la Sra. Snowden. tenemos que confesar que la labor de la burguesía al seleccionar picos cortos y picos blandos ha sido coronada por un éxito asombroso...[31]

La escuela fabiana se enorgullecía de su tradición peculiarmente británica, que se negaba a adulterar mezclándola con el marxismo extranjero. Trotsky replicó que los fabianos sólo cultivaban los aspectos conservadores de su tradición nacional y menospreciaban o suprimían sus aspectos progresistas.

Los MacDonalds no heredaron del puritanismo su vigor revolucionario, sino sus prejuicios religiosos. De los owenistas no recibieron el fervor comunista, sino la hostilidad utopista a la lucha de clases. De la historia política pretérita de Gran Bretaña, los fabianos tomaron únicamente la dependencia mental del proletariado respecto de la burguesía. La historia les presentó sus partes traseras a estos caballeros, y lo que allí leyeron vino a ser su programa.[32]

Para beneficio de los mancistas jóvenes, Trotsky recapituló las dos principales tradiciones revolucionarias inglesas, la cromwelliana y la cartista. Vio a los puritanos esencialmente como innovadores políticos, luchadores y fomentadores de intereses de clase bien definidos, como hombres que, tras sus mantos bíblicos, ocupaban un lugar intermedio entre la Reforma alemana con su filosofía religiosa y la Revolución Francesa con su ideología laica. Lutero y Robespierre se daban la mano en la personalidad de Cromwell.[33] Caducas como eran muchas de las ideas de Cromwell, especialmente su intolerancia religiosa, este seguía siendo sin embargo un maestro de la revolución de cuyas enseñanzas bien podrían servirse provechosamente los comunistas británicos. Una nota de afinidad se insinuaba en la apreciación que del Comandante de los Ironsides hacía Trotsky: "...es imposible dejar de advertir ciertos rasgos que asemejan marcadamente la existencia y el carácter del ejército de Cromwell al carácter del Ejército Rojo... Los guerreros de

31- Where is Britain Going?, p. 67.
32- Ibid., p. 47.
33- Ibid., p. 127.

Cromwell se consideraban puritanos primero y soldados sólo en segundo lugar, del mismo modo que los nuestros se consideran revolucionarios y comunistas primero y soldados después".[34] Pese a su irreverencia frente al Parlamento, Cromwell preparó el escenario para el parlamentarismo y la democracia británicos. Aquel "león difunto del siglo XVII", aquel constructor de una nueva sociedad, estaba todavía más vivo políticamente que los numerosos perros vivientes de la jauría fabiana. Lo mismo podía decirse de los cartistas militantes, cuyo legado reverdecería el laborismo británico una vez que perdiera la fe en la magia del gradualismo. Las consignas y los métodos de acción del cartismo seguían siendo preferibles al "eclecticismo azucarado de MacDonald y a la estupidez economista de los Webb". El movimiento cartista fue derrotado porque se adelantó a su tiempo ("una obertura histórica", lo llamó Trotsky), pero "reviviría sobre una base histórica nueva e inconmensurablemente más amplia".[35]

Trotsky veía en el Partido Comunista, con todo y lo débil que era, el único heredero legítimo de esas tradiciones. Descartaba como una "ilusión monstruosa" la esperanza de que cualesquiera fabianos o jefes sindicales izquierdizantes pudieran ofrecerle una orientación revolucionaria a los obreros británicos. Era cierto que el Partido Comunista británico tenía una fuerza numérica insignificante y que el fabianismo parecía formidable e inconmovible. Pero, ¿acaso no había parecido formidable e inconmovible el liberalismo británico precisamente en vísperas de su colapso como partido? Cuando el Partido Laborista vino a ocupar el lugar que había dejado vacante el liberalismo, estaba encabezado por los hombres del Partido Laborista Independiente que había sido un grupo pequeño. La conmoción de los grandes acontecimientos hace que las estructuras políticas viejas y aparentemente sólidas se derrumben y que surjan otras nuevas. Eso sucedió después de la conmoción de la Primera Guerra Mundial y volvería a suceder. El ascenso del fabianismo era "sólo una breve etapa en el desarrollo revolucionario de la clase obrera", y "MacDonald está sentado en una silla más bamboleante aún que la de Lloyd George".

Trotsky se preguntó, con disimulada aprensión, si el comunismo británico sería capaz de colocarse a la altura de las circunstancias. Pero una vez más el optimismo revolucionario lo ofuscó del mismo modo que en otras ocasiones había ofuscado a Marx. "No tenemos la intención de profetizar", escribió Trotsky, "cuál será el tempo de este proceso (de la revolución en Gran Bretaña), pero en todo caso se medirá en años, o a lo sumo en lustros, seguramente no en décadas".[36] En años posteriores Trotsky argumentó que en el momento decisivo, en 1926, las fórmulas tácticas de

34- Ibid., p. 126.
35- Ibid., p. 14. "¡ La colmena de la revolución bulle demasiado bien esta vez!", añadió Trotsky, p. 52
36- The Nation, 10 de marzo de 1926.

Stalin y Bujarin, la política del Consejo Anglo-Soviético, lisiaron al comunismo británico. El historiador está obligado a poner en duda que esas fórmulas, con todo lo inadecuadas que fueron indudablemente, hayan sido la causa de la prolongada impotencia del comunismo británico, que treinta años después todavía vegetaba como una secta en la periferia de la vida política británica. Sin embargo, la gran crisis social que Trotsky predijo estuvo a punto de iniciarse con la huelga de los mineros ingleses, que fue la más larga y la más obstinadamente sostenida en la historia industrial; y durante la huelga general Gran Bretaña avanzó hasta el borde de la revolución.

El libro de Trotsky suscitó una gran controversia en Gran Bretaña. H. N. Brailsford la inició con un prefacio a la edición inglesa. Al mismo tiempo que reconocía los méritos excepcionales de Trotsky como analizador y escritor y su íntimo conocimiento de la historia y la política inglesas.

Brailsford escribió que, ello no obstante, Trotsky no entendía bien las tradiciones democráticas y de anticonformismo religioso del movimiento obrero británico y "el instinto de obediencia a la mayoría arraigado en la mentalidad inglesa''. Ramsay MacDonald,[37] George Lansbury [38] y otros descartaron las ideas de Trotsky como conceptos erróneos de un extranjero. Bertrand Russell, en cambio, sostuvo que "Trotsky estaba perfectamente familiarizado con las peculiaridades políticas del movimiento obrero inglés", y convenía en que el socialismo es incompatible con la Iglesia y el Trono. Russell, sin embargo, pensaba que sólo un enemigo del pueblo británico podía incitarlo a la revolución, cuya secuela sería un bloqueo norteamericano o tal vez una guerra en la que Gran Bretaña estaría condenada a la derrota.[39] Otros escritores resintieron la falta de respeto y el desprecio con que Trotsky trató a MacDonald. aunque unos cuantos años más tarde, cuando MacDonald rompió con el Partido Laborista, la mayoría de esos críticos hicieron trizas al "traidor".

Trotsky respondió a sus críticos en varias ocasiones.[40] En una respuesta a Russell, negó toda intención de incitar a los obreros británicos a la revolución en beneficio de la Unión Soviética. En ningún país, escribió, deberían los obreros actuar en beneficio de la Unión Soviética a menos que sus actos fuesen dictados por sus propios intereses. Pero el pacifismo racionalista de Russell no lo convencía:

Las revoluciones, por regla general, no se hacen arbitrariamente. Si fuera posible trazar de antemano el sendero revolucionario en forma racionalista, entonces, probablemente, también sería posible evitar la revolución misma. La revolución es una expresión de la imposibilidad de reconstruir la sociedad clasista con métodos

37- The Nation, 10 de marzo de 1926.
38- Labour Weekly de Lansbury, 27 de febrero de 1926.
39- New Leader, 26 de febrero de 1926.
40- Pravda, 11 de febrero y 14 de marzo de 1926

racionalistas. Los razonamientos lógicos, aun cuando Russell los convirtiera en fórmulas matemáticas, son impotentes contra los intereses materiales. Las clases gobernantes dejarán perecer a la civilización, junto con las matemáticas, antes que renunciar a sus privilegios... No es posible eludir estos factores irracionales. Del mismo modo que en las matemáticas usamos magnitudes irracionales a fin de llegar a conclusiones completamente realistas, también en la política revolucionaria... podemos insertar un sistema social en un orden racional sólo cuando reconocemos francamente las contradicciones inherentes en la sociedad a fin de poder superarlas por medio de la revolución...[41]

Los comunistas británicos, en un principio, recibieron la obra de Trotsky con júbilo y entusiasmó: el gigante había acudido a reforzar sus escasas fuerzas.[42] Más tarde ese mismo año, sin embargo, bajo el ala del Consejo Anglo-Soviético, reconsideraron su actitud y empezaron a sentirse incómodos a causa del ataque de Trotsky contra los dirigentes sindicales izquier-dizantes. (Aun anteriormente, en noviembre de 1925, Trotsky fue criticado severamente, sobre esta base, por el comunista ruso-norteamericano M. Olgin, que hasta poco antes había sido su ferviente admirador.)[43] En la primavera de 1926 el Partido Comunista británico radicó una querella ante el Politburó ruso contra la "hostilidad" de Trotsky, y éste tuvo que refutar la acusación.[44]

Fue durante este intervalo en la lucha entre Trotsky y sus adversarios cuando en el seno del partido bolchevique tuvo lugar un gran reagrupamiento de hombres e ideas y cuando una nueva y fundamental división se produjo entre sus dirigentes y en su base, división que constituye el trasfondo de la historia política de los quince años siguientes.

Los años intermedios de la década de los veintes se describen a menudo como los días apacibles de la NEP, como el único período entre 1917 y la mitad del siglo durante el cual el pueblo soviético disfrutó de tranquilidad y paz y saboreó cierto grado de bienestar. Esta imagen no puede aceptarse sobre la base de su realidad aparente. Lo que le da a este período su aspecto cuasi-idílico es su contraste con el que lo precedió y con el que habría de seguirle. Los años intermedios de la década de los veintes no conocieron ninguna de las sangrientas luchas y conmociones ni de las hambres de los primeros años veintes y treintas. El transcurso del tiempo iba cicatrizando las heridas que la nación había sufrido. La recuperación económica ganaba terreno. Los agricultores cultivaban sus tierras y recogían sus cosechas. La

41- Kuda Idet Angliya? (Vtoroi Vypusk), p. 59.
42- Véase, por ejemplo, la reseña de R. Palme Dutt en Labour Monthly, abril de 1926.
43- Die Freiheit, 15 de noviembre de 1925.
44- The Trotsky Archives, extractos relativos a las sesiones del Politburó de los primeros ías de junio de 1926.

industria ya no estaba paralizada. Los puentes y las vías férreas que habían sido volados, las casas incendiadas y las escuelas bombardeadas se habían reconstruido. Las minas inundadas ya habían vuelto a producir. Los vínculos entre la ciudad y el campo estaban restablecidos. El comercio privado florecía. Los clientes del comercio no cargaban ya costales llenos de billetes de banco depreciados: el rublo, todavía un tanto tambaleante, había readquirido la misteriosa respetabilidad del dinero. Se respiraba incluso un aire de prosperidad en las plazas y las avenidas de las ciudades.

Sin embargo, esta prosperidad era en buena medida engañosa. La gran república soviética, ahora unificada y cuyo territorio abarcaba desde las fronteras con Polonia y el Báltico hasta los confines del antiguo Imperio, seguía atenazada por la pobreza cruel y plagada de tensiones sociales. Sólo una sexta parte de la nación vivía en las ciudades, y ni siquiera una décima parte de su mano de obra estaba empleada en la industria. La recuperación era dolorosamente lenta. Las minas y las fábricas todavía producían menos de tres cuartas partes del volumen de preguerra; no producían motores, ni máquinas-herramientas, ni motores de automóviles, ni productos químicos, ni fertilizantes, ni maquinaria agrícola modeina. La Unión Soviética no poseía aún la mayor parte de las industrias esenciales para la sociedad moderna. El floreciente comercio privado, que en buena parte era bárbaramente primitivo y fraudulento, cubría la miseria nacional como con un espumarajo.

Es cierto que los campesinos consumían los productos de sus campos agrandados y, por primera vez en tiempo inmemorial, comían su pan hasta llenarse. Pero ésta era una "prosperidad" en el más bajo nivel de civilización. Se disfrutaba en ausencia de necesidades y comodidades superiores, en medio de la miseria, la oscuridad y el primitivismo rural. Alrededor de una tercera parte de la población rural, que no cosechaba sus propios alimentos, estaba excluida aún de este tipo de bienestar. Debido a que los campesinos comían más que antes, los habitantes de las ciudades tenían que comer menos: consumían sólo dos terceras partes de los alimentos y la mitad de la carne que solían consumir bajo el régimen zarista. También quedaban menos productos para la exportación: Rusia ahora sólo vendía aproximadamente una cuarta parte del trigo que solía exportar. Como antaño, la mayor parte de su población vestía harapos e iba descalza. Sólo en dos aspectos importantes, a lo que parece, había tenido lugar un progreso notable: en la higiene y en la educación. Los rusos usaban más jabón y tenían más escuelas que en cualquier época anterior.

De las tensiones sociales, el antagonismo crónico entre la ciudad y el campo era la más peligrosa. El habitante de las ciudades tenía la sensación de que era víctima del agricultor, que indudablemente era el principal beneficiario de la revolución. El muzhik, por su parte, pensaba que la población urbana lo explotaba. Ambos sentimientos tenían cierta justificación. Los trabajadores urbanos ganaban mucho

menos que antes de la revolución y había dos millones de desempleados, casi tantos como los que estaban empleados en la industria en gran escala. Los obreros comparaban su propia pobreza con la abundancia de alimentos en el campo. Los campesinos resentían el hecho de que tenían que pagar por los productos industriales más del doble de lo que pagaban antes de 1914, mientras que por sus propios productos no obtenían mucho más del precio de preguerra. Cada una de las dos clases se imaginaba que la otra la explotaba. En realidad, ambas eran "explotadas" por la pobreza de la nación.

Ni la ciudad ni el campo representaban, sin embargo, un interés uniforme. Cada uno estaba desgarrado por sus propias contradicciones. El obrero urbano sabía que el "nepista", el intermediario y el burócrata lo despojaban del fruto de su trabajo. El pagaba altos precios por los alimentos que al campesino le pagaban tan mal: el intermediario que controlaba nueve décimas partes del comercio al menudeo se apropiaba la diferencia. En la fábrica, el obrero se enfrentaba al administrador, que actuando en representación del Estado-patrono, lo privaba de su participación en la administración de la fábrica, mantenía bajos los salarios y exigía más producción y más trabajo.[45] Junto al administrador se encontraban el funcionario sindical y el secretario de la célula del Partido, que se inclinaban cada vez menos en favor del obrero y a menudo actuaban como árbitros en las disputas laborales. El Estado-patrono, en realidad, pocas veces podía satisfacer las demandas de los obreros. El ingreso nacional era reducido, la productividad baja y la necesidad de capital de inversión urgente. Cuando el administrador, el funcionario sindical y el secretario del Partido exhortaban al obrero a producir más, éste maldecía a sus nuevos "patronos", pero no se atrevía a plantear sus demandas ni a declararse en huelga. Fuera de las fábricas había largas colas de hombres ansiosos de obtener trabajo. Una vez más, como bajo el capitalismo, el "ejército de reserva de los desempleados" ayudaba a deprimir los salarios y las condiciones de trabajo de los empleados.

Las divisiones en el campesinado eran menos marcadas, pero no menos reales. Los muzhiks se habían beneficiado de las reformas agrarias y de la NEP en grados desiguales. El sector medio del campesinado se había fortalecido. Ahora había muchos más pequeños propietarios, más *serednyaks*, que vivían del producto de sus tierras sin tener que trabajar las de los agricultores más ricos y sin emplear mano de obra en sus propias granjas. De cada diez campesinos, tres o cuatro pertenecían a esta categoría. Uno o tal vez dos eran kulaks que empleaban mano de obra, agrandaban sus granjas y comerciaban con la ciudad. Cinco de los diez eran campesinos pobres, bednyaks, que habían adquirido unas cuantas hectáreas

45- Sólo uno de cada cinco o seis obreros estaba empleado en la industria de propiedad privada

de los grandes fundos de los terratenientes, pero que rara vez poseían un caballo o instrumentos de labranza. Le tomaban en alquiler el caballo y los instrumentos al kulak, al que también le compraban semillas y alimentos y le cogían dinero prestado. Para pagar la deuda, el *bednyak* trabajaba en los campos del kulak o le cedía en cultivo una parte de su propia pequeña parcela.

Las realidades de la vida rural chocaban a cada paso con la política bolchevique. El gobierno de Lenin había decretado la nacionalización de la tierra junto con la expropiación del terrateniente. En la teoría y en la ley los campesinos estaban en posesión de la tierra sin poseerla. Se les prohibía venderla y rentarla. Los bolcheviques habían abrigado la esperanza de limitar así la desigualdad y de impedir el crecimiento del capitalismo rural. Lenta, pero seguramente, la vida saltó estas barreras. En innumerables transacciones diarias, que ninguna administración podía descubrir, la tierra pasaba de unas manos a otras; y las relaciones capitalistas se desarrollaban: los ricos se hacían más ricos y los pobres más pobres. Cierto era que esto no pasaba de ser la forma rudimentaria y sumamente burda de capitalismo rural: según las normas de cualquier sociedad burguesa avanzada, aun el kulak ruso era un agricultor pobre. Pero tales normas carecían de pertinencia. El hecho de que la nueva estratificación del campesinado se desarrollara en un nivel económico extremadamente bajo no aminoraba sus efectos, sino que los agudizaba. La posesión de unos cuantos caballos y arados, de una reserva de trigo y de un poco de dinero en efectivo le daban a un hombre un poder más directo sobre otro que el que puede darle a cualquiera la posesión de mucho más capital en una sociedad burguesa rica. Diez años después de la revolución, los salarios de los jornaleros agrícolas que no poseían tierra (y a los que no debe confundirse con los campesinos pobres) eran inferiores en un 40%, aproximadamente, a los que les habían pagado los terratenientes de la época zarista. Su día de trabajo era mucho más largo y sus condiciones de trabajo apenas un poco mejores que las del esclavo. El antiguo terrateniente empleaba muchos jornaleros en su fundo, mientras que el kulak sólo empleaba unos cuantos, y en consecuencia los jornaleros no podían organizarse contra éste y defenderse tan eficazmente como solían hacerlo contra el terrateniente. El *bednyak*, en algunos casos, era más explotado y estaba más indefenso aún que el antiguo jornalero.

En estas relaciones se hallaban los gérmenes de un conflicto social violento, pero el conflicto no podía desarrollarse y encontrar expresión. Pese a lo mucho que los pobres de las aldeas resintieran la rapacidad del kulak, dependían completamente de éste y raras veces estaban en condiciones de enfrentársele. las más de las veces el campesino rico encabezaba una comunidad aldeana dócil, desviaba el resentimiento contra su propia persona y lo encauzaba contra la ciudad, los obreros, los agitadores del Partido y los comisarios.

Todas estas tensiones dentro de la ciudad y del campo y entre una y otro agravaban la fricción entre las numerosas nacionalidades de la Unión Soviética. Ya hemos visto cómo operó esa fricción en la transición del comunismo de guerra a la NEP y hemos escuchado las censuras de Lenin al *derzhimorda*, el despreciable burócrata ruso, como culpable principal. Con el transcurso de los años las cosas empeoraron. La centralización cada vez más estricta del gobierno favorecía automáticamente a la nacionalidad rusa contra la ucraniana, la bielorrusa y la georgiana, por no mencionar las nacionalidades y tribus más primitivas del Asia soviética. El chovinismo gran ruso que emanaba de Moscú excitaba y exacerbaba los nacionalismos locales en las repúblicas periféricas. El kulak y el "nepista" eran nacionalistas por instinto. En la misma Rusia eran chovinistas gran rusos. En las otras repúblicas eran nacionalistas antirrusos. La intelectualidad era sumamente susceptible a los estados de ánimo prevalecientes. Entre los obreros industriales el internacionalismo iba de capa caída. La clase obrera se reconstituía y aumentaba en tamaño absorbiendo nuevos elementos del campo, elementos que traían consigo a las fábricas todas las inclinaciones políticas del campesinado, la desconfianza frente a lo extranjero e intensas lealtades regionales.

De cuando en cuando las tensiones hacían crisis. En el otoño de 1924 un levantamiento campesino estalló en Georgia y fue ahogado en sangre. Señales menos violentas, pero más persistentes, del antagonismo campesino frente al gobierno se dejaron sentir por todas partes. En las elecciones a los Soviets que tuvieron lugar en marzo de 1925, más de dos terceras partes de los electores se abstuvieron de votar en muchos distritos rurales, y el gobierno tuvo que ordenar nuevas elecciones. Hubo una agitación esporádica en favor de Soviets campesinos independientes. Aquí y allá kulaks enérgicos y politizados favorecían sus intereses y ambiciones a través de los Soviets existentes e incluso de las células rurales del Partido. En las aldeas se producían numerosos actos aislados de terrorismo. Los agitadores del Partido enviados desde la ciudad eran asesinados a palos. Los "corresponsales obreros" que informaban a los periódicos sobre la explotación de los jornaleros agrícolas eran linchados. El agricultor poderoso había aprovechado al máximo las oportunidades que le ofrecía la NEP, y ahora se sentía constreñido por las limitaciones de ésta y trataba de eliminarlas abierta o subrepticiamente. Hacía presión en favor de un aumento de los precios de los alimentos, del permiso para vender y rentar tierras, de la libertad irrestricta para emplear mano de obra asalariada, en suma, de una "neo-NEP".

Todo esto prefiguraba una crisis nacional que podría posponerse durante un par de años sólo para hacerse más peligrosa posteriormente. El partido gobernante tenía que buscar una solución. Sin embargo, el propio partido se veía cada vez más afectado por las divisiones que desgarraban a la nación. Tres corrientes principales

de opinión bolchevique se formaron en 1925. El Partido y su Vieja Guardia se escindieron en un ala derecha, una izquierda y un centro. En muchos sentidos, la división era nueva. En ninguna de las muchas luchas fraccionales anteriores había habido nada parecido. Nunca antes las líneas divisorias habían sido tan claras y estables. Las facciones y los grupos habían nacido y se habían extinguido junto con los problemas que habían dado origen a sus diferencias. Los alineamientos habían cambiado con las controversias. Los adversarios en una disputa hacían causa común en la siguiente disputa, y viceversa. Las facciones y los grupos no habían tratado de perpetuarse y no habían tenido una organización o disciplina rígidas. Este estado de cosas empezó a cambiar desde el levantamiento de Kronstadt, pero sólo ahora el cambio se hizo completo y general. Desde el Politburó y el Comité Central hasta la base, el Partido se desgarró, aunque en los niveles inferiores las diferencias permanecieron inexpresadas. Los problemas que causaban la división no sólo eran nuevos en gran medida; nueva y preñada de consecuencias era, sobre todo, la finalidad de la división.

Lo que en ocasiones resultaba alarmante era la forma en que los hombres se reagrupaban y adoptaban nuevas posiciones. Como en cualquier movimiento político, también entre los bolcheviques algunos se habían inclinado siempre a la moderación, otros se habían mostrado propensos al radicalismo y aun otros habían sido contemporizadores habituales. En el reagrupamiento de 1925, muchos siguieron siendo fieles a sus antecedentes. Ríkov y Tomsky, por ejemplo, que siempre habían estado lejos de los comunistas de izquierda, hallaron naturalmente su lugar a la cabeza de la nueva derecha. La mayoría de los contemporizadores, especialmente los administradores profesionales del aparato del Partido, tomaron posiciones en el centro. De los radicales persistentes, algunos se habían unido ya a la Oposición Obrera, a los decemistas o a los trotskistas; otros todavía no se ubicaban definitivamente. Pero también ocurrieron conversiones extrañas e inesperadas. Bajo la presión de nuevas circunstancias y dificultades y después de prolongados exámenes de conciencia, algunos bolcheviques, entre ellos los dirigentes más destacados, abandonaron actitudes o posturas habituales y asumieron otras nuevas que parecían negar todo lo que habían defendido hasta entonces. Los hombres quemaban las cosas que habían adorado y adoraban las cosas que habían quemado.

En parte, las nuevas diferencias eran consecuencias del hecho de que algunos de los grupos e individuos ejercían el poder y otros no. Muchos comunistas de izquierda que habían ocupado puestos públicos durante siete u ocho años, gozando de gran influencia y disfrutando los privilegios del poder, llegaron a enfocar los asuntos públicos desde el punto de vista del gobernante, no del gobernado. Por otra parte, un bolchevique "moderado" que había vivido todos esos años entre las masas y había compartido sus experiencias, expresaba, quisiéralo o no, su

desilusión y hablaba como un "ultraizquierdista". El realineamiento también tenía otras causas. Bajo el sistema unipartidista, los antagonismos de clase más generales que acabamos de examinar no podían encontrar una expresión política legítima: por consiguiente, la encontraron ilegítima e indirecta dentro del partido único. Los agricultores ricos no podían enviar sus representantes a Moscú para plantear demandas ante una asamblea nacional o para actuar como grupos de presión. Los obreros no podían contar con que sus delegados nominales dieran a conocer sus quejas libre y plenamente. Sin embargo, cada clase social ejercía su presión en formas no políticas. Los campesinos ricos controlaban las existencias de trigo de las que dependía el aprovisionamiento de la población urbana: entre el 6 y el 10% de los agricultores producían más de la mitad de los excedentes de trigo que llegaban al mercado. Esto les daba un arma poderosa: reteniendo los suministros creaban periódicamente agudas escaseces de alimentos en las ciudades, o bien se negaban a comprar productos industriales excesivamente caros, que se acumulaban entonces en los patios de las fábricas y en los almacenes. Así aparecieron síntomas de sobreproducción en un país que realmente sufría por la insuficiencia de la producción. Los obreros, disgustados e ineficientes, ahogaban su descontento en vodka. El alcoholismo desenfrenado y generalizado hizo terribles estragos en la salud y la moral popular. Pese a los esfuerzos que el Partido hacía por neutralizar las presiones sociales antagónicas y por aislarse de ellas, no era inmune a las mismas. La escasez de alimentos y las existencias de productos industriales que no se vendían abrieron brutalmente los ojos de sus miembros frente a las realidades. Algunos bolcheviques eran más sensibles a las demandas de los obreros; otros eran más susceptibles a la presión de los campesinos. La gran escisión entre la ciudad y el campo tendía a reproducirse dentro del Partido y dentro de su círculo dirigente.

Hacía varios años que Zinóviev había hablado de los "mencheviques inconscientes" que podían encontrarse junto a los leninistas "auténticos" dentro del partido bolchevique y que formaban otro partido potencial en sus filas. Más importante aún resultaba ahora el partido potencial de los "social-revolucionarios inconscientes". Los social-revolucionarios auténticos, al igual que sus predecesores políticos, los populistas, se habían distinguido por su predisposición en favor de los muzhiks, a quienes no trataban ni como kulaks ni como bednyaks, a quienes glorificaban como trabajadores de la tierra en general, cuyos intereses se negaban a subordinar a los de los obreros industriales y cuyos anhelos de propiedad privada no les parecían incompatibles con el socialismo. Confusos en sus teorías y adictos a las generalidades sentimentales, los social-revolucionarios habían representado una antítesis agraria del colectivismo del proletariado urbano, una variante cuasifisiocrática del socialismo. Era muy natural que tal ideología ejerciera una influencia poderosa en una nación cuyas cuatro quintas partes vivían en la

tierra y de la tierra. Los bolcheviques habían suprimido al partido que exponía esta ideología, pero no habían destruido los intereses, la emoción ni la actitud que la animaban. Esa emoción y esa actitud invadieron ahora sus propias filas. Allí, en un ambiente tradicionalmente hostil a las ideas populistas, la actitud no podía expresarse en los términos acostumbrados. Se reflejaba a través del prisma de la tradición marxista y se manifestaba en términos bolcheviques. Esta tendencia había recibido un fuerte impulso gracias a la campaña antitrotskista, por medio de la cual los triunviros trataron de desprestigiar a Trotsky presentándolo como el enemigo del muzhik. La acusación era, en parte, una invención deliberada; pero también resumía un sentimiento real. Subsiguientemente la tendencia neopopulista ganó fuerza hasta que, durante la pausa en la lucha contra el trotskismo, desembocó en el surgimiento de la nueva ala derecha en el Partido.

El hombre que salió a la palestra como inspirador, teórico c ideólogo de la derecha íue Bujarin. Su aparición en este papel fue un tanto desconcertante. Desde los días de la paz de Brest-Litovsk, Bujarin había sido el principal portavoz del comunismo de izquierda, rígidamente adherido a un punto de vista "estrictamente proletario". Había denunciado agresivamente el "oportunismo" de Lenin, se había opuesto a la disciplina militar de Trotsky y había defendido a las nacionalidades no rusas contra Stalin. Después, a principios de 1923, había simpatizado con las ideas radicales de Trotsky. En los años de 1924 y 1925, sin embargo, su nombre se convirtió en el símbolo de la moderación, del "oportunismo" y de la inclinación al campesino acomodado. La conversión no fue fortuita en modo alguno. El comunismo de izquierda de Bujarin se había basado en sus expectativas de una revolución a corto plazo en Europa, en la que tanto habían confiado todos los dirigentes bolcheviques, pero tal vez ninguno tanto como Bujarin. Todos ellos habían visto en la revolución europea la posibilidad de que Rusia escapara de su pobreza y su atraso. Ninguno había creído que, con una clase obrera pequeña y rodeada de muchos millones de campesinos amantes de la propiedad, se pudiera avanzar hacia la meta socialista. Menos que nadie lo creía Bujarin. Con ávido entusiasmo había esperado que los obreros occidentales se rebelaran, derrocaran a su burguesía y le tendieran sus manos solícitas a Rusia. Bujarin había rodeado a ios obreros occidentales con una aureola de idealización revolucionaria, exagerando desmesuradamente su conciencia de clase y su militancia. Había rechazado la paz de Brest-Litovsk con suma indignación porque temía que el espectáculo de la Rusia bolchevique doblegándose ante los Hohenzollern pudiera desalentar y desmoralizar a las clases obreras europeas, y que el bolchevismo aislado de éstas y a solas con el campesinado ruso se encontrara en un callejón sin salida.

Bujarin descubrió ahora, en 1925, que el bolchevismo en verdad se había quedado a solas con el campesinado ruso. Dejó de contar con la revolución en

Occidente y junto con Stalin proclamó el "socialismo en un solo país". Con la misma seguridad con que había hablado hasta entonces sobre el inminente colapso del capitalismo mundial, diagnosticó ahora su "estabilización". Desde este nuevo ángulo volvió a contemplar la situación nacional. No podía humanamente aceptar la conclusión a que lo llevaba todo su razonamiento anterior: que la Revolución Rusa se encontraba en un callejón sin salida. En lugar de ello concluyó que, puesto que los obreros occidentales habían fracasado como aliados, el bolchevismo debía reconocer que los muzhiks eran sus únicos amigos verdaderos. Y se volvió hacia ellos con el mismo fervor, la misma esperanza y la misma capacidad de idealización con que hasta entonces había mirado al proletariado europeo. Es cierto que bajo la inspiración de Lenin el Partido siempre había cultivado "la alianza de los obreros y los campesinos". Pero nunca desde 1917 le habían ofrecido amistad los bolcheviques al agricultor rico, y Lenin siempre había considerado a los campesinos medianos e incluso a los pobres como "aliados vacilantes" a quienes el señuelo de la propiedad podría convertir en enemigos. Una alianza tan difícil e incierta no satisfacía ahora a Bujarin. Este deseaba cimentar la alianza en lo que parecía una base más amplia y firme. Se propuso convencer a sus camaradas de que debían apoyarse en el campesinado en general, dejar de enfrentar al muzhik pobre contra el rico, y poner sus esperanzas en el "agricultor fuerte". Esto equivalía a abandonar la lucha de clases en la Rusia rural. El propio Bujarin, inhibido por sus viejos hábitos mentales o por consideraciones tácticas, se abstuvo de extraer todas estas conclusiones. Quienes sí las extrajeron e hicieron explícitas fueron sus discípulos, Maretsky, Stetsky y otros jóvenes "profesores rojos" que exponían las ideas neopopulistas en las universidades, los departamentos de propaganda y la prensa.

Bujarin también se dejaba llevar por consideraciones más prácticas. Dentro de la estructura de la NEP, la "alianza" de los bolcheviques con los campesinos pobres había dado pocos resultados positivos, si no era que ninguno. Los campesinos pobres, y aun los medianos, no podían alimentar a las ciudades. Producían, a lo sumo, lo suficiente para alimentarse a sí mismos. El bienestar, e incluso la supervivencia, de los obreros urbanos dependía de la pequeña minoría de agricultores ricos. Éstos, por supuesto, deseaban vender sus productos, pero vendían para hacerse más ricos, no para sobrevivir. Su capacidad de regateo era sumamente grande. Nunca antes, en verdad, había sido tan unilateral, tan brutal y tan obvia la dependencia de la ciudad respecto del campo. El gobierno y el Partido no podían mejorar la situación vejando e incomodando a los kulaks e incitando a los pobres contra ellos. Hostigado por las requisiciones y los controles de precios, resentido por las restricciones a las ventas, al arrendamiento de tierras y al empleo de mano de obra, el kulak araba menos, cosechaba menos y vendía menos. El gobierno sólo podía hacer una de

dos cosas: o quebrantar la fuerza del kulak o permitirle acumular riqueza. Ni un solo grupo dentro del Partido sugería la expropiación de los kulaks. para todos los grupos la expropiación de millones de agricultores era todavía inconcebible y, desde un punto de vista marxista, impermisible.[46]

Había, por lo tanto, un realismo y una lógica peculiares en la conclusión de Bujarin de que el Partido debía permitir que el agricultor rico se hiciera más rico. El propósito de la NEP, argumentaba, era usar a la iniciativa privada en la reconstrucción de Rusia; pero no podía esperarse que la iniciativa privada desempeñara su papel a menos que obtuviera ciertas recompensas. El interés superior del socialismo residía en el aumento del ingreso nacional, y ese interés no se perjudicaría si ciertos grupos e individuos se hacían más ricos junto con la nación. Por el contrario, al llenar sus propias arcas enriquecerían a la sociedad en su conjunto. Éste fue el razonamiento que indujo a Bujarin a lanzar su famoso llamado a los campesinos: "¡Enriquecéos!"

Lo que Bujarin pasaba por alto era que el campesino rico buscaba enriquecerse a expensas de otras clases: les pagaba salarios bajos a los jornaleros, exprimía a los agricultores pobres, les compraba sus tierras y trataba de imponerles a ellos y a los obreros urbanos precios más altos por los alimentos. Eludía el pago de impuestos y hacía lo posible por pasarles esta carga a lo pobres. [47] Se esforzaba por acumular capital a expensas del Estado y en consecuencia, hacía más lenta la acumulación dentro del sector socialista de la economía. Bujarin se refería a aquella parte del cuadro social en la que los intereses de las diferentes clases y grupos y de los diversos "sectores" se consideraban complementarios y coincidentes, de modo que el kulak, el bednyak, el obrero, el administrador industrial y hasta el "nepista" aparecían como una hermandad feliz. Este aspecto del cuadro era bastante real, pero sólo constituía una parte de él. Bujarin pasaba por alto la otra parte, donde todo era discordia y conflicto y donde la hermandad se convertía en una cuadrilla de enemigos que trataban de degollarse entre sí. Como un Bastiat bolchevique. Bujarin ensalzaba *les harmonies economiques* de la sociedad soviética bajo la NEP y oraba porque nada perturbara esas armonías. Oraba de torio corazón porque

---

46- Puesto que el 10% cuando menos de los veinte millones y pico de granjas pertenecían a los kulaks, la expropiación habría afectado de inmediato entre dos y tres millones de propiedades, aun cuando no se hubiera expropiado a los campesinos medianos. El estrato superior del campesinado mediano era a menudo imposible de distinguir de los kulaks, de modo que el número de los afectados habría sido mucho mayor en todo caso.

47- El impuesto agrícola único que regía entonces favorecía al kulak. El bednyak que le arrendaba parte de su propia tierra al kulak, a fin de obtener el caballo y los aperos necesarios para cultivar la otra parte, pagaba por lo general el impuesto agrícola sobre la tierra arrendada al kulak. Los impuestos indirectos se iban haciendo cada vez más importantes en el presupuesto soviético y, como siempre, pesaban más sobre los pobres que sobre los acomodado.

tenía un fuerte presentimiento de las furias que descenderían sobre la tierra con la "liquidación de los kulaks como clase".

La primera gran controversia en la que Bujarin desarrolló sus ideas fue la que sostuvo teniendo como adversario a Preobrazhensky. el trotskista. El trotskismo. con su énfasis puramente marxista en el conflicto y el antagonismo de clases y en la primacía de los intereses socialistas sobre los privados, era la antítesis obvia de la actitud populista: y, dentro de sus grupos respectivos, los dos coautores del ABC del Comunismo representaban los polos opuestos del pensamiento bolchevique. La controversia se desarrolló antes de terminar el año de 1924 cuando Preobrazhensky publicó algunos fragmentos de su Nueva Economía.

Preobrazhensky basaba toda su argumentación en la necesidad imperativa de una industrialización rápida, de la cual dependía todo el futuro del régimen socialista de Rusia. Debido a su atraso, la URSS sólo podría industrializarse por medio de la acumulación primitiva socialista. Contrariamente a las suposiciones de Bujarin. esta era, por definición, antagónica a la acumulación privada. Intemacionalmente, el resultado final de la contienda entre el capitalismo y el socialismo lo determinarían la riqueza, la eficiencia y la fuerza cultural relativas de los dos sistemas. Rusia había entrado en la contienda con una estructura anticuada y esencialmente pre-industrial. No estaba en condiciones de permitirse ninguna "competencia libre" con el "capitalismo monopolista" del Occidente. Tenía que adoptar un "monopolismo socialista" y aferrarse a él hasta que sus fuerzas productivas hubiesen alcanzado el nivel que ya había logrado la nación capitalista más poderosa: los Estados Unidos. [48] (Preobrazhensky argumentaba que, aun cuando Rusia no se encontrara sola y toda Europa hubiese derrocado el régimen capitalista, toda Europa todavía tendría que empeñarse. aunque mucho menos forzosamente y por menos tiempo, en la acumulación primitiva socialista debido a que sus recursos productivos serían inferiores a los del capitalismo norteamericano.

¿Cuál es la esencia, se preguntaba Preobrazhenskv de la acumulación primitiva socialista? En un país subdesarrollado, la industria socialista no puede producir por sí misma los recursos necesarios para una industrialización rápida. Sus ganancias o excedentes sólo pueden constituir una parte, y en todo caso una parte pequeña, del fondo de acumulación que se precisa. El resto hay que sacarlo de lo que en otras circunstancias habría ido a engrosar los salarios y de las ganancias e ingresos obtenidos por el sector privado de la economía. (Para expresarlo en términos keynesianos. los ahorros de la industria nacionalizada son demasiado pequeños en relación con las necesidades de inversión, y en consecuencia, los ahorros privados deben suministrarle a la industria nacionalizada la porción

48- E. A. Preobrazhensky, Nóvaya Ekonomika, vol. I, parte I, pp. 101-140.

principal de su capital de inversión.) Las necesidades de la acumulación en el sector socialista le imponen límites un tanto estrechos a la acumulación privada: y al gobierno le corresponde iiñponer los límites. El Estado obrero está obligado, en cierto sentido, a "explotar" al campesinado durante este período de transición. No puede hacer concesiones a los intereses del consumidor; debe llevar adelante, en primer término, el desarrollo de la industria pesada. La resultante escasez relativa de bienes de consumo implica diferentes niveles de consumo para diversos grupos sociales, privilegios materiales para los administradores, técnicos, científicos, obreros especializados y otros. Con todo lo repugnante que es, esta desigualdad no puede producir nuevos antagonismos de clase. La burocracia privilegiada no forma una nueva clase social. Las discrepancias en los ingresos de los burócratas y los trabajadores no son diferentes, en su naturaleza y su significación social, de las diferencias "normales" entre los salarios de los obreros especializados y los no especializados. Constituyen una desigualdad dentro de una misma clase, no un antagonismo entre clases hostiles. Tal desigualdad debe y puede desaparecer sólo con el incremento de la riqueza social y la educación universal, que atenuarán y a la larga abolirán la distinción entre el trabajo especializado y el no especializado y entre el trabajo manual y el mental. Entretanto, "debemos adoptar el punto de vista de la producción y no el del consumo... Aún no vivimos en una sociedad socialista con su producción para el consumidor. Nos hallamos en el período de la acumulación primitiva socialista, vivimos bajo el talón de hierro de la ley de esa acumulación".[49]

En esta etapa de transición, el Estado obrero ha renunciado ya a las ventajas peculiares del capitalismo, pero no se beneficia todavía de las ventajas del socialismo. Ésta es "la etapa más crítica en la vida del Estado socialista... es una cuestión de vida o muerte el que efectuemos esta transición lo más rápidamente posible v alcancemos el punto en que el sistema socialista funciona con todas sus ventajas..."[50]

Preobrazhensky no sugería que durante la transición industrial los salarios industriales y los ingresos de los campesinos fueran efectivamente reducidos (como lo fueron en la era de Stalin). Lo que quería decir y dijo fue que, como resultado de la acumulación intensiva, el ingreso nacional aumentaría rápidamente y que junto con él deberían aumentar los ingresos de los obreros y los campesinos: pero éstos aumentarían menos rápidamente, de suerte que una alta proporción del ingreso nacional pudiera dedicarse a las inversiones.

Preobrazhensky sostenía que la "ley" de la acumulación se imponía por

49- Ibid., p. 240.
50- Ibid., p. 63.

sí misma como una "fuerza objetiva", comparable en algunos sentidos a las "leves" del capitalismo que determinaban el comportamiento económico de los hombres, independientemente de que tuvieran conciencia o no de esas leyes e independientemente también de sus propias ideas e intenciones. La lev de la acumulación primitiva socialista obligaría a la larga a los administradores de la industria nacionalizada, es decir, a los dirigentes del Partido, a emprender la industrialización intensiva, pese a toda su renuencia al respecto. Por el momento muchos de ellos recibieron con aprensión y hasta con aversión la proposición de que la industria de propiedad estatal debía, para poder desarrollarse, absorber recursos del sector privado, socializarlo gradualmente y transformar muchos millones de granjas dispersas, diminutas o improductivas en cooperativas de productores mecanizadas y organizadas en gran escala. Sin embargo, las "opiniones subjetivas" de los encargados de la dirección de los asuntos económicos no tenían necesariamente una importancia decisiva: "la actual estructura de nuestra economía de propiedad estatal demuestra con frecuencia ser más progresistas que todo nuestro sistema de dirección económica".[51] La nueva burocracia podría* resistirse a la lógica de la época de transición, pero tendría que actuar de acuerdo con ella. Preobrazhensky aún suponía que la revolución se propagaría a la Europa occidental en un futuro no muy remoto. Aun así, el problema de la acumulación primitiva "ocuparía el centro de nuestra atención durante dos décadas cuando menos".[52] Lo ha ocupado durante cuatro décadas, y lo sigue ocupando todavía.

Trotsky no compartía plenamente las opiniones de Preobrazhensky, aunque la idea básica les era común a ambos. Se abstuvo, sin embargo, de enfrascarse en cualquier discusión pública de las diferencias. No quería crearle una situación difícil a Preobrazhensky, quien no tardó en ser objeto de fuertes ataques. En aquel momento sus diferencias no tenían mayor importancia política. Sólo cuatro años más tarde, después que los dos fueron desterrados de Moscú, hubieron de cobrar significación y de contribuir a un rompimiento doloroso.

La misma forma abstracta en que Preobrazhensky presentó su razonamiento resultaba poco atractiva para Trotsky. Éste abordaba el mismo problema más empíricamente, aunque también menos metódicamente. Con la total indiferencia del erudito respecto a la táctica, Preobrazhensky, al referirse a la necesidad de que el Estado obrero subdesarrollado "explotara al campesinado", ponía un arma en manos de los propagandistas anti- trotskistas. Cierto era que hablaba de explotación sólo en el sentido estrictamente teórico en que el marxista habla de la explotación capitalista de los obreros mejor pagados, en razón de que éstos producen más valor

51- Ibid., p. 184.
52- Ibid., p. 254.

del que representan sus salarios. Preobrazhensky argumentaba que. en el intercambio entre los dos sectores de la economía, el sector socialista sacaría del sector privado un valor más del que pondría en él, aunque con el incremento del ingreso nacional la masa del valor aumentaría también en el sector privado. Los críticos oficiales, sin embargo, echaron mano de la frase provocativa, le atribuyeron su significado vulgar y la tergiversaron de tal modo que Preobrazhensky aparecía diciendo que el empobrecimiento y la degradación del campesinado eran concomitantes necesarias de la acumulación. Éste intentó enmendarse y "retiró" la frase. La enmienda empeoró las cosas, pues sugería que los críticos no habían estado del todo errados.

El lector recordará que en el XII Congreso, cuando Trotsky habló sobre la acumulación primitiva socialista, Krasin preguntó si ésta no implicaría la explotación del campesinado, y que Trotsky se puso de pie de un salto para decir que no. [53] Preobrazhensky hacía ahora la misma pregunta y contestaba afirmativamente. Desde el punto de vista de la evidencia interna, la respuesta era demasiado tajante y rígida para Trotsky. Éste, en todo caso, se negaba a sustentar la opinión de que el campesinado por regla general tendría que soportar la carga de la acumulación primitiva de principio a fin.[54] Trotsky tampoco abogaba por un ritmo de industrialización tan forzado como el que preveía Prcobrazhensky. Entre ambos había diferencias aún más profundas. Prcobrazhensky, pese a todas sus referencias a la revolución internacional, construía su teorema en tal forma que implicaba que la acumulación primitiva socialista podría ser concluida por la Unión Soviética sola o tal vez por ésta en asociación con otras naciones subdesarrolladas. Esta posibilidad le parecía irreal a Trotsky. quien no veía cómo la Unión Soviética podría elevarse por sí misma al nivel industrial alcanzado por el Occidente: v era una posibilidad que creaba una oportunidad de reconciliación intelectual con el "socialismo en un solo país". Trotsky tampoco podía convenir con Prcobrazhenskv en cuanto a que la "fuerza objetiva" o la lógica de la acumulación primitiva se impondría por sí misma a los dirigentes del Partido y los convertiría en sus agentes, independientemente de sus ideas e intenciones. Ésta era una idea que a Trotsky debe de haberle parecido demasiado rígidamente determinista y aun fatalista, que confiaba demasiado en el desarrollo automático del socialismo y demasiado poco en la conciencia, la voluntad y la acción de los hombres en lucha.

Éstas, sin embargo, eran todavía diferencias platónicas que sólo contenían el germen de la desavenencia política. Aun cuando Trotsky pensara que Preobrazhensky se había excedido en la defensa de la industrialización, ésta era al fin y al cabo la

---

53- Véase pp. 104-105 del presente libro

54- En el debate. Bujarin subrayó esta diferencia entre Trotsky y Preobrazhensky. Bujarin. Kritika Ekonomicheskoi Platformy Oppozitsii, p. 56.

causa de ambos. Si bien sostenía que Preobrazhensky había demostrado demasiado poco tacto político al referirse al campesinado, él mismo veía tan críticamente como Preobrazhensky la complaciente actitud oficial frente al agricultor fuerte. En abstracto, el teorema de La Nueva Economía podría haber concebido la transición al socialismo dentro de un solo Estado nacional industrialmente subdesarrollado. Pero, políticamente. Preobrazhenskv no era en modo alguno partidario del socialismo en un solo país. Por último, por mucho que confiara en que las leyes de la acumulación habrían de prevalecer sobre el conservadorismo económico de los dirigentes del Partido, no contaba únicamente con el funcionamiento de esas leyes, sino que seguía siendo un luchador que exhortaba a los bolcheviques a cumplir con su deber y a no esperar hasta que la necesidad los obligara a hacerlo. Trotsky. por lo tanto, seguía las controversias de Prcobrazhensky con simpatía, si bien con reservas.

Bujarin atacó toda la concepción de Preobrazhensky calificándola de "monstruosa". [55] Explotó al máximo la frase relativa a la explotación del proletariado. Si los bolcheviques actuaban sobre la base de las ideas de Preobrazhensky, afirmó, destruirían la alianza de los obreros con el campesinado y demostrarían que el proletariado (o quienes gobernaban en su nombre) se había convertido en una nueva clase explotadora que trataba de perpetuar su dictadura. La industria de propiedad estatal no podía ni debía desarrollarse a base de "devorar" al sector privado de la economía. Por el contrario, sólo apoyándose en éste podría lograr algún progreso importante.[56] Según el esquema de Preobrazhensky, el mercado campesino desempeñaba un papel subordinado: su autor veía el principal mercado para los productos de la industria de propiedad estatal dentro de esa misma industria, en su demanda cada vez mayor de bienes de producción. En oposición a esta idea, Bujarin argumentó que en un país como Rusia el mercado campesino debía formar la base de la industrialización. Era primordialmente la demanda rural de bienes la que debería dictar el ritmo del desarrollo industrial. Él, Bujarin, temía y se sentía alarmado por las "tendencias parasitariamente monopolistas" de una economía de propiedad estatal; y veía en la libertad económica irrestricta del campesinado el principal contrapeso, si no el único, de tales tendencias.

Aquí, sin embargo, Bujarin se veía atrapado en un dilema fundamental, pues su argumento iba en contra de la esencia misma del socialismo. ¿Dónde, preguntaba Bujarin, si no en el mercado campesino, hallaría la industria de propiedad estatal "los estímulos que nos obligarían a avanzar, que garantizarían nuestro progreso y

---

55- Bujarin, Kritika Ekonotnícheskoi Platformy Oppozitsii, p. 21
56- Ibid., p. 16.

sustituirían al estímulo económico privado, el estímulo de la ganancia?" [57] Puesto que la propiedad campesina era, según la concepción marxista, incompatible con el socialismo plenamente desarrollado, Bujarin en realidad ponía en tela de juicio al socialismo marxista en general. Implicaba que el sector socialista no podía hallar dentro de sí ningún sustituto eficaz para el estímulo de la ganancia, y en consecuencia tenía que buscar el impulso para su propio progreso en el estímulo de la ganancia que operaba en el sector privado.[58] Con una actitud cuasi-populista, Bujarin esperaba que el campesino salvara a la nación del predominio monopolista de la economía de propiedad estatal. Sostenía que al campesino no sólo debía permitírsele enriquecerse con el producto de su tierra, sino que las necesidades del campesino debían determinar el ritmo del avance de la nación hacia el socialismo. Bajo tales circunstancias el avance sería lento, incluso muy lento, pero eso era inevitable: "...avanzaremos a pasos cortitos, tirando de nuestra gran carreta campesina".[59] En esta imagen del progreso de Rusia había tal vez más de Tolstoi que de Marx, y ninguna imagen podía contrastar más con ella que la de Preobrazhensky: "Debemos efectuar esta transición lo más rápidamente posible... Vivimos bajo el talón de hierro de la ley de la acumulación primitiva". Eran dos programas irreconciliables.

Mientras dos teóricos libraron la controversia en un lenguaje más o menos esotérico, ésta no generó mucha pasión fuera de círculos reducidos. Pero era inevitable que las cuestiones fueran planteadas en forma más popular y ocuparan el centro de un debate político más general. No fue la Oposición trotskista, reducida al silencio y dispersada, la primera en plantearlas. La reacción más vigorosa contra el neopopulismo de Bujarin, contra su "galanteo" al agricultor acomodado y su reconciliación virtual con el atraso industrial de Rusia, provino de Leningrado. Fue principalmente en la organización partidaria de esa ciudad, encabezada por Zinóviev, donde empezó a formarse una nueva izquierda como contrapeso de la nueva derecha. Leningrado había seguido siendo la más proletaria de las ciudades

---

57- Preobrazhensky replicó que la presión de los obreros que defendían sus intereses de consumidores debería constituir el contrapeso decisivo de los rasgos parasitarios de una economía burocráticamente administrada. Tal presión sólo podría hacerse sentir cuando los obreros estuvieran en libertad de defender sus intereses contra el Estado, es decir, bajo las condiciones de una democracia obrera.

58- El Partido en general, y Bujarin con él, seguía sosteniendo el esquemático proyecto de Lenin para el desarrollo de cooperativas en la agricultura. Esto, sin embargo, no afectaba a la política práctica. Preobrazhensky argumentaba que aun el proyecto de Lenin era inadecuado porque no ponía el énfasis en las cooperativas de producción, sino en otras formas menos importantes de la cooperación.

59- Bujarin, Kritika Ekonomícheskoi Platformy Oppozitsü, p. 9.

soviéticas. Tenía las tradiciones marxistas y leninistas más arraigadas. Sus obreros sentían más agudamente que nadie la necesidad de una política industrial audaz. Los establecimientos fabriles y los astilleros de la ciudad, privados de hierro y acero, estaban paralizados. Menos que nadie podían los leningradenses aceptar que los *muzhiks* dictaran el ritmo de la reconstrucción industrial. Y menos que nadie podían reconciliarse con la idea de que sólo habrían de avanzar lentamente y arrastrar con paciencia la enorme y pesada carreta campesina. Todo el antagonismo de la Rusia urbana frente al inerte conservadorismo de la Rusia rural se centró en la antigua capital. La organización partidaria, aun cuando estaba dirigida burocráticamente y hacía mucho que no era representativa de los obreros, no podía dejar de reflejar en alguna medida los descontentos prevalecientes. Sus organizadores y agitadores tenían que vérselas con grandes masas de desempleados y eran influidos por sus resentimientos y su impaciencia. El estado de ánimo popular infectó a varios niveles de la jerarquía partidaria local y los impulsó a tomar posición contra la nueva derecha. Durante la mayor parte de 1925 Zinóviev encabezó el ataque contra la escuela de Bujarin. Toda la Comuna del Norte se puso en pie de lucha. La Komsomol se enfrascó apasionadamente en la disputa y la prensa de Leningrado abrió fuego sin ambajes.

Al mismo tiempo se produjo una nueva escisión en el Politburó. Una vez que los triunviros derrotaron a Trotsky y lo sacaron del Comisariado de la Guerra, su solidaridad se quebrantó. Mólotov relató posteriormente que la discordia empezó en enero de 1925, cuando Kámenev propuso que Stalin tomara el lugar de Trotsky en el Comisariado de la Guerra. Según Mólotov, Kámenev y Zinóviev trataban de sacar así a Stalin de la Secretaría General.[60] (Mucho antes, desde octubre de 1923, Zinóviev y Kámenev habían acariciado esta idea e incluso habían sondeado a Trotsky. Éste, sin embargo, consideró que no había razones para hacer causa común con Zinóviev, a quien juzgaba el más perverso de sus adversarios.[61] El propio Stalin sitúa el comienzo de este conflicto a fines de 1924, cuando Zinóviev propuso la expulsión de Trotsky del Partido y Stalin replicó que él estaba en contra del "método de la amputación, el método de la sangría".[62] Cuando Trotsky salió del Comisariado, Zinóviev propuso que se le asignara un puesto de poca importancia en la industria del cuero, y Stalin convenció al Politburó de que le diera un nombramiento menos humillante. Zinóviev, enojado, apeló a la organización de

60- Véase 14 Syezd VKP (b) p. 484.

61- Las revelaciones de Voroshilov acerca de esto, hechas en presencia de Trotsky. no fueron negadas por éste. Ibtd., pp. 388-389. Zinóviev las confirmó en lo sustancial. Ibid., pp. 454-456

62- -"Hoy se amputa a uno, mañana a otro, pasado mañana a un tercero, quién quedaría entonces en el Partido?" Stalin, Obras ed. rusa), vol. VII, pp. 379-380.

Lcningrado, acusando a Stalin y a otros miembros del Politburó de favorecer a Trotsky y de ser "semi-trotskistas" ellos mismos.

En estas maniobras mezquinas, sin embargo, no se había hecho patente todavía ninguna divergencia de criterio sobre la línea política. No fue sino en la última semana de abril de 1925 cuando los miembros del Comité Central observaron señales de un rompimiento político entre los triunviros. En el texto de una resolución preparada para la próxima Conferencia del Partido, Stalin se proponía proclamar el socialismo en un solo país. Había formulado la idea unos meses antes, pero ahora trataba por primera vez de obtener la aprobación oficial e incorporarla en la doctrina del Partido. Zinóviev y Kámenev se opusieron. Ninguno de los triunviros, sin embargo, deseaba escandalizar al Partido revelando su desunión tan poco tiempo después de su enfrentamiento con Trotsky. Le echaron tierra al asunto y se pusieron de acuerdo sobre una resolución ambigua cuyos párrafos iniciales le recordaban al Partido que Lenin nunca había creído en el socialismo en un solo país, y en su conclusión le reprochaban a Trostky la misma actitud.[63] Con este texto incongruente en sus manos, los triunviros presentaron un frente común en la Conferencia y lo mantuvieron en lo relativo a las decisiones de importancia práctica inmediata. La Conferencia votó en favor de una ampliación de la libertad en la agricultura y el comercio privados, de una reducción en los impuestos agrícolas, de la abolición de las restricciones al arrendamiento de tierras y del empleo de jornaleros asalariados en la agricultura. En estas decisiones se hizo patente una marcada influencia de la escuela de pensamiento de Bujarin. Sin embargo, ninguno de los dirigentes se opuso a tilas, en parte porque a todos los había alarmado una mala cosecha y todos reconocían la necesidad de ofrecer nuevos incentivos a los agricultores: y en parte porque estas resoluciones también estaban fraseadas en forma ambiguá, de modo que cada uno podía interpretarlas a su gusto.

Durante otros cuatro o cinco meses -todo el verano- la disensión entre los triunviros no se hizo pública. Zinóviev y los leningradenses sólo atacaron a Bujarin y Ríkov y a los "profesores rojos" neopopulistas. Al hacer tal cosa, ayudaron a Stalin a consolidar su posición. El Politburó aún estaba constituido por siete miembros: Stalin, Trotsky, Zinóviev, Kámenev, Bujarin, Rikov y Tomsky. Los jefes de la nueva derecha, Bujarin, Ríkov y Tomsky, se aliaron con Stalin y formaron con él la mayoría. La aritmética de la votación en el Politburó era tan sencilla que, si Zinóviev y Kámenev sólo hubieran deseado sacar a Stalin, habrían tratado de hacer causa común con Bujarin en lugar de atacarlo. Hicieron lo contrario porque, en aquella situación, las cuestiones de convicción y las diferencias fundamentales eran más importantes para ellos que los cálculos de provecho personal.

63- KPSS v Rezolutsiyaj, vol. II. pp. 46-50: Popov, op. cit.f vol. II. p. 239

Mientras tanto, la crisis en el campo se intensificó. Las concesiones hechas a los agricultores acomodados no lograron apaciguarlos. En el verano las entregas de trigo fueron muy inferiores a lo que se esperaba. El gobierno se vio súbitamente obligado a suspender la exportación de trigo y a cancelar pedidos de maquinaria y materias primas en el extranjero que habrían de pagarse con los fondos percibidos por el trigo. La recuperación industrial sufrió un revés grave aunque provisional. Los alimentos escasearon en las ciudades y el precio del pan aumentó. Los dirigentes del Partido tuvieron que considerar de nueva cuenta las medidas que deberían tomarse para aliviar la tensión entre la ciudad y el campo. Bujarin instó al Politburó a que ofreciera a los agricultores concesiones adicionales y nuevos incentivos (fue en esta ocasión cuando concluyó una de sus exhortaciones a los campesinos con el llamado de: "¡Enriqueceos!"). Insistió en la necesidad de eliminar por fin las restricciones que frenaban la acumulación de capital en la agricultura. A quienes se escandalizaron por su petición y expresaron su temor al kulak, Bujarin les replicó: "Mientras estemos en harapos,... el kulak podrá derrotamos económicamente. Pero no hará tal cosa si le permitimos depositar sus ahorros en nuestros bancos. Lo ayudaremos, pero él también nos ayudará. A la larga, el nieto del kulak nos estará agradecido por haber tratado en esta forma a su abuelo."[64] Los discípulos de Bujarin volvieron a ser más explícitos, hablaron del advenimiento de la neo-NEP y elaboraron la concepción de que sería posible integrar pacíficamente al agricultor acomodado al socialismo. Uno de ellos, Bogushevsky, argumentó en el Bolshevik, el órgano de política del Comité Central, que el kulak no era ya una fuerza social con la que había que lidiar: era un mero espantajo, un "fantasma,r o un "tipo social decrépito del que sólo habían sobrevivido unos cuantos especímenes".[65]

Leningrado replicó con un clamor de indignación. Sus obreros descubrían cada día nuevas pruebas de la fuerza y de la capacidad de ataque del kulak.., en las panaderías. En el Comité de Moscú, Kámenev, mostrando con estadísticas recientes el grado de dependencia en que habían caído las ciudades respecto de una pequeña minoría del campesinado para la obtención de los productos de primera necesidad, dio la señal de alarma ante la propensión del Comité Central a aceptar este estado de cosas y a ceder más terreno aún frente al clamor por una neo-NEP. Los lenin- gradenses exigieron que el Partido apelara nuevamente al campesinado pobre contra el rico. Señalaron que, debido a sus intentos de congraciarse con el kulak, el Partido se había ganado la enemistad de la gran masa de campesinos pobres y medianos y les había permitido a los kulaks convertirse en los dirigentes

64- Bolshevik, núm. 8, 1925.
65- Ibid., núms. 9-10. 1925.

virtuales de la Rusia rural. Esto era indudablemente cierto [66] Pero el punto débil en el razonamiento de los críticos era precisamente que los campesinos pobres y aun los medianos no producían los excedentes de alimentos que las ciudades necesitaban. Más que nunca, en consecuencia, se resistía la jerarquía del Partido a "atizar la lucha de clases en el campo" y a atraerse la hostilidad de los kulaks. Los comités rurales se sentían renuentes a organizar a los jornaleros agrícolas y a apoyar sus demandas. Se empezó a hablar con insistencia de una inminente devolución de las tierras nacionalizadas a los agricultores privados. En Georgia, el Comisario de Agricultura publicó "tesis" -es decir, el proyecto de un decreto- en tal sentido, y se esperaba que decretos similares fuesen promulgados en el resto del Cáucaso y en Siberia. El propio Stalin no veía ninguna razón para no entregar a los campesinos los títulos de propiedad de la tierra, "incluso durante cuarenta años". Él también desalentó con firmeza la "incitación a la lucha de clases en el campo".[67]

La controversia se desplazó entonces de la política del momento a las cuestiones subyacentes. ¿Hicimos o no hicimos, preguntaban los leningradenses, una revolución proletaria? ¿Vamos a sacrificar los intereses vitales de los obreros a los de los campesinos acomodados? ¿Qué le está sucediendo a nuestro Partido que lo hace abandonar la lucha de clases en el campo y lo convierte en un promotor del capitalismo rural? ¿Qué es lo que lleva a nuestro principal teórico a gritar: Enriquecéos"? ¿Por que tantos de nuestros dirigentes se muestran resignados y dispuestos a reconciliarse con el atraso de Rusia? ¿Dónde está nuestro fervor revolucionario de antaño? Los leningradenses concluían que todo aquello por lo que habían luchado estaba en peligro, que los ideales del Partido se estaban adulterando y los principios leninistas se estaban abandonando. Se preguntaron si la revolución no había llegado a un punto de agotamiento, como les había sucedido en su tiempo a otras revoluciones, especialmente a la francesa. No fue Zinóviev, ni Trotsky ni ninguno de los intelectuales ilustres, sino Piotr Zalutsky, un obrero autodidacto y secretario de la organización de Leningrado, el primero que planteó en un discurso público una analogía significativa entre el estado actual del bolchevismo y el jacobinismo en decadencia, y el primero que dio la voz de alarma sobre el peligro "termidoriano" que amenazaba a la revolución (idea que más adelante hallaremos en el centro mismo de todas las denuncias de Trotsky contra

---

66- Más tarde ese mismo año, en el XIV Congreso, los portavoces stalinistas admitieron los hechos. Mikoyán, por ejemplo, declaró: "Estamos haciendo grandes esfuerzos para volver a ganamos al campesino medio, que se ha convertido en el prisionero político del kulak". 14 Syezd VKP (b), pp. 188-189. Con más eufemismo, Mólotov declaró: "En la actualidad todavía no dirigimos verdaderamente al campesino medio". Ibid., p. 476.

67- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VII, pp. 123, 173-181 et passim

el stalinismo) .[68]

El bolchevismo, dijo Zalutsky, podía caer en la decadencia en razón de su propia latitud. Sus destructores podrían surgir de su propio seno, de entre aquéllos de sus dirigentes que sucumbían a los estados de ánimo reaccionarios. Desde Leningrado se elevó un clamor por la rehabilitación de la revolución. ¡Que nuestros gobernantes permanezcan fieles a la clase obrera y a los ideales del socialismo! ¡Que la igualdad siga siendo nuestro ideal! ¡El Estado obrero podrá ser muy pobre para hacer que nuestro sueño de igualdad se convierta en realidad, pero que no se burle del sueño!

Zinóviev se hizo el portavoz de este estado de ánimo. A principios de septiembre escribió un ensayo titulado "La Filosofía de la Época", que el Politburó le permitió publicar sólo después de recortarle sus partes más provocativas. "¿Queréis saber con qué sueña la masa del pueblo en nuestros días?", decía uno de los pasajes censurados:

Sueña con la igualdad... Si queremos ser portavoces genuinos del pueblo, debemos ponernos a la cabeza de su lucha por la igualdad... ¿En nombre de qué se alzó la clase obrera, y con ella la vasta masa del pueblo, en los grandes días de Octubre? ¿En nombre de qué siguieron a Lenin al fuego de los combates? ¿En nombre de qué... siguieron la bandera de Lenin en los primeros años difíciles?... En nombre de la igualdad...[69]

Para esas mismas fechas, aproximadamente, Zinóviev publicó también su libro Leninismo, que combinaba una interpretación de la doctrina del Partido con un examen crítico de la sociedad soviética. Zinóviev ponía al descubierto los conflictos y las tensiones existentes entre el sector privado y el socialista, y señalaba que aun en el sector socialista había fuertes elementos de "capitalismo de Estado". La propiedad nacional de la industria representaba allí al elemento del socialismo; pero las relaciones entre el Estado-patrono y los obreros, la administración burocrática y los salarios diferenciales exhibían las marcas del capitalismo. Por primera vez, Zinóviev saltó aquí a la palestra con una crítica al socialismo en un solo país. Aun cuando la Unión Soviética hubiera de permanecer aislada por un tiempo indefinido, sostenía Zinóviev, podría lograr un progreso considerable en la construcción del socialismo; pero, pobre, atrasada y expuesta a peligros externos e internos, no podía abrigar la esperanza de alcanzar el socialismo pleno. No podría elevarse económica y culturalmente por encima del Occidente capitalista,

---

68- 14 Syezd VKP (b), pp. 150-152.

69- Los pasajes censurados fueron citados por Uglanov en el XIV Congreso, Ibid., p. 195.

abolir las diferencias de clase y hacer que el Estado se extinguiera gradualmente. La perspectiva del socialismo en un solo país era, por consiguiente, irreal; y los bolcheviques no tenían necesidad de enfrentar al pueblo con semejante gana, especialmente en vista de que ello implicaría el abandono de las esperanzas de revolución en el extranjero y un rompimiento con el internacionalismo leninista. Éste era el meollo de la nueva división. La nueva derecha formulaba su política en términos estrictamente nacionales y aislacionistas. La izquierda se adhería a la tradición internacionalista del Partido, pese a todas las derrotas que el comunismo internacional había sufrido.

En esta etapa, en el verano de 1925, Stalin y sus seguidores definieron su actitud como una actitud centrista. En parte por convicción y en parte por cálculo oportunista, debido a que dependía del apoyo de Bujarin y Ríkov, Stalin apoyó la política pro-muzhik. Pero frenó los impulsos de sus aliados derechistas y repudió sus manifestaciones más francas, como el Enriqueceos!" de Bujarin.[70] Cauteloso, astuto y sin que le importaran un comino las sutilezas lógicas y doctrinales, Stalin tomó ideas y consignas prestadas tanto de la derecha como de la izquierda y las combinó, a menudo con mucha incongruencia. En esto residía una gran parte de su fuerza. Se las arregló para hacer confusos todos los problemas y todos los debates. A los críticos que lo atacaban por cualquiera de sus pronunciamientos, siempre era capaz de presentarles otra afirmación que expresaba exactamente lo contrario. Sus fórmulas eclécticas eran una dádiva a la burocracia o a los indecisos habituales; pero al mismo tiempo atraían a muchas mentes honradas, pero tímidas o confundidas. Como en cualquier facción "centrista", también entre los stalinistas algunos se inclinaban a la izquierda y otros a la derecha, Kalinin y Voroshílov estaban cerca de Bujarin, en tanto que Mólotov, Andréiev y Kaganóvich eran "stalinistas de izquierda". Las diferencias entre sus propios partidarios también indujeron a Stalin a mantener cierta distancia respecto de la derecha. Sólo en lo tocante a un problema -el socialismo en un solo país- era completa su solidaridad con Bujarin.

A principios de octubre el Comité Central inició los preparativos para el XIV Congreso del Partido, convocado para fines de año. Cuatro miembros del Comité -Zinóviev, Kámenev, Sokólnikov y Krúpskaya- formularon una declaración conjunta en la que exigían un debate libre en el que los miembros del Partido pudiesen expresar sus ideas sobre todas las divergencias de opinión que habían surgido. Con esta acción, los dos triunviros dieron a conocer su intención de apelar a la base del Partido contra Stalin y Bujarin.

Sokólnikov no compartía todas las concepciones de Zinóviev y Kámenev. Como Comisario de Hacienda, había hecho todo lo posible durante los años recientes

70- Stalin, op. cit., p. 159.

para estimular a la iniciativa privada, y muchos lo consideraban como un pilar de la derecha. Pero él también se había sentido inquieto a causa del rumbo que iba tomando la política oficial y del creciente poder de Stalin, y respaldó la exigencia de un debate. Krúpskaya apoyaba firmemente a Zinóviev y Kámenev y los alentó a que divulgaran sin ambages en todo el Partido las diferencias existentes en el Politburó. La viuda de Lenin no se reconciliaba todavía con el hecho de que, en desafío a la voluntad de su marido, Stalin hubiese seguido siendo Secretario General; y veía con hostilidad la creciente influencia de la escuela de pensamiento de Bujarin. Había tratado de manifestarse contra ella, pero el Politburó no se lo había permitido. Su voz tenía mucho peso ante los miembros del Partido que sabían cuán prolongada e íntima había sido su asociación con Lenin, no sólo como esposa sino como secretaria y colaboradora. Krúpskaya ansiaba ahora expresarse en favor de la interpretación de Zinóviev del leninismo y contra el socialismo en un solo país.

Al solicitar un debate abierto, los cuatro miembros obraron de acuerdo con los estatutos y las costumbres: el Partido todavía nunca había celebrado un Congreso sin una discusión preliminar. Ello no obstante, el Comité Central se negó a permitir un debate, y obligó a Zinóviev y a Kámenev a abstenerse de toda crítica pública a la política oficial. Los dos triunviros se vieron colocados así en la misma situación en que ellos habían puesto anteriormente a Trotsky. Expresar sus ideas en público era actuar contra el principio de solidaridad gubernamental que ellos estaban obligados a respetar como miembros del Comité Central y del Politburó. Pero dejar de expresarse era actuar contra su propia conciencia y contra su propio interés político. Mientras ellos guardaron silencio y sus partidarios atacaron sólo a los bujarinistas, Stalin laboró infatigablemente para desalojarlos del poder. Kámenev había ejercido hasta entonces la influencia dominante en el comité de Moscú. En el transcurso del verano la Secretaría General eliminó sigilosamente de sus puestos a los lugartenientes de Kámenev y llenó las vacantes con partidarios seguros de la nueva mayoría. En I.eningrado, sin embargo, Zinóviev y sus seguidores estaban firmemente atrincherados, y por el momento Stalin no pudo hacer nada contra ellos. El propio Zinóviev tenía que mantener las apariencias de unanimidad en el Comité Central, pero sus seguidores estaban en libeitad de hablar. Estaban Henos de ira y pasión y dispuestos a lanzar su ataque contra la política oficial en pleno Congreso.

Entre octubre y diciembre Moscú y Leningrado se enfrascaron en una intensa, enconada y mal disimulada lucha. En ambas capitales las elecciones de delegados al Congreso fueron fraudulentas: Moscú sólo eligió a los designados por Stalin y Bujarin, en tanto que todos los delegados de Leningrado resultaron ser partidarios de Zinóviev. Cuando tres días antes de la inauguración del Congreso el Comité

Central volvió a reunirse, se hizo claro que nada podría impedir un conflicto abierto. Zinóviev y Kámencv habían resuelto impugnar públicamente el informe oficial sobre política y presentar su propio contrainforme. El 18 de diciembre, cuando se inició el Congreso, Zinóviev abrió el ataque y en Leningradskaya Pravda calificó así a sus adversarios:

Se desgañitan hablando de la revolución internacional, pero presentan a Lenin como el inspirador de una revolución socialista socialmente limitada. Luchan contra el kulak, pero lanzan la consigna de Enriquecéos!" Vociferan acerca del socialismo, pero proclaman la Rusia de la NEP como país socialista. "Creen" en la clase obrera, pero llaman en su ayuda al campesino rico.

La polémica entre bujarinistas y zinovievistas duraba ya muchos meses y el conflicto entre los triunviros hervía a fuego lento hacía casi un año. Éste, podría haberse pensado, era el realineamiento que Trotsky había esperado, la oportunidad de actuar. Sin embargo, durante todo este tiempo él se mantuvo al margen de los acontecimientos, guardando silencio sobre las cuestiones que dividían al Partido, como si le pasaran inadvertidas. Trece años más tarde, cuando compareció ante la Comisión Dewey en México, confesó que en el XIV Congreso vio con asombro que Zinóviev, Kámenev y Stalin chocaban como enemigos. "La explosión me tomó absolutamente por sorpresa", dijo. "Durante el Congreso aguardé con incertidumbre, porque toda la situación cambió y se me hizo absolutamente oscura".[71]

Este recuerdo, tantos años después de los hechos, puede parecer increíble; pero está plenamente confirmado por lo que su autor escribió en apuntes inéditos de su diario durante el mismo Congreso.[72] A la Comisión Dewey le explicó que fue tomado por sorpresa porque, aunque era miembro del Politburó, los triunviros le habían ocultado cuidadosamente sus disensiones y habían ventilado sus diferencias en ausencia suya, dentro del *caucus* secreto que actuaba como verdadero Politburó.

La explicación, aunque verdadera, explica

poco. Por una parte, la importantísima controversia sobre el socialismo en un solo país se había librado ya en público. Trotsky no pudo haber pasado por alto su significación si hubiese seguido su desarrollo. Evidentemente no lo hizo. Por otra parte, Zinóviev, Kámenev, Krúpskaya y Sokólnikov no presentaron su exigencia de un debate abierto en un caucus secreto, sino en la sesión plenaria del Comité Central en octubre. Pero, aun cuando no lo hubiesen hecho, y aun cuando la controversia pública sobre el socialismo en un solo país no hubiese ofrecido ningún indicio de la nueva escisión, el hecho de que un observador tan cercano, tan

---

71- The Case of León Trotsky, pp. 322-323.

72- Véase el resumen de estos apuntes en las pp. 240-241. El texto se encuentra en The Trotsky Archives.

interesado y tan perspicaz como Trotsky no haya advertido el rumbo que llevaban los acontecimientos y no haya reparado en los muchos augurios, seguiría siendo un misterio. ¿Cómo pudo dejar de oír los retumbos que llegaban hacía meses desde Lenigrado?

Su sorpresa, debemos concluir, fue el resultado de una falla de observación, intuición y análisis. Más aún, no es posible creer que Rádek, Preobrazhensky, Smirnov y sus otros amigos no hayan advertido lo que estaba sucediendo y que ninguno de ellos llamara la atención de Trotsky al respecto. Es evidente que la mente de éste permanecía cerrada. El hombre vivía como en otro mundo, envuelto en sí mismo y en sus ideas. Estaba absorto en sus preocupaciones científicas e industriales y en su trabajo literario, que lo protegían en cierta medida de la frustración a que estaba expuesto. Eludía los asuntos internos del Partido. Plenamente convencido de su superioridad y lleno de desprecio por sus adversarios, disgustado con los métodos y los ardides polémicos, perdió el interés en sus maniobras. Se sometió a la disciplina con que ellos le habían atado las manos, pero mantuvo erguida su cabeza y los ignoró. Unos cuantos años más tarde alguien le contó a su biógrafo en Moscú que él solía asistir puntualmente a las sesiones del Comité Central, en las que ocupaba su asiento, abría un libro -casi siempre una novela francesa- y se embebía en la lectura a tal punto que no se enteraba de las deliberaciones. Aun cuando la anécdota fuera inventada, fue bien inventada, pues revela en parte el estado de ánimo de Trotsky. Éste podía volverles la espalda a sus adversarios, pero no podía observarlos con desinterés. Estaba demasiado cerca de ellos: los veía como los hombres pequeños, los bribones y fulleros que eran en ocasiones, y olvidaba a medias que también eran los jefes de un gran Estado y un gran Partido y que lo que decían y hacían tenía inmensas consecuencias históricas.

Si Trotsky hubiese mantenido sus oídos abiertos a lo que los leningradenses estaban diciendo, no podría haber dejado de comprender inmediatamente que éstos defendían las causas que él mismo había defendido y atacaban las actitudes que él mismo había atacado. Como oposicionistas, partían de donde él se había detenido. Al argumentar partían de sus premisas; retomaban sus razonamientos para llevarlos más lejos. Él había criticado la falta de iniciativa del Politburó, su descuido de la industria y su excesiva solicitud frente al sector privado de la economía. Lo misino hacían los leningradenses. Él había observado con aprensión el espíritu de estrechez mental nacional que inducía a la jerarquía del Partido a formular su política y a pensar en el futuro en términos de autosuficiencia. Movidos por el mismo antagonismo a la "estrechez mental nacional", Zinóviev y Kámenev fueron los primeros en saltar a la palestra con una crítica al socialismo en un solo país. A Trotsky, las ideas de Bujarin y Stalin sobre este asunto deben de haberle parecido en un principio una torpe charlatanería dogmática indigna de ser comentada, y

en consecuencia se abstuvo de hacer cualquier comentario durante casi año y medio, mientras el socialismo en un solo país iba convirtiéndose en la nueva ortodoxia bolchevique, la ortodoxia que él habría de combatir hasta el fin de su vida. Zinóviev y Kámenev estaban más conscientes del significado sintomático de la nueva doctrina. Trotsky no podía dejar de estar de acuerdo con sus argumentos contra tal doctrina, puesto que ellos los extraían del arsenal del internacionalismo marxista clásico. Y el clamor de igualdad que se alzaba en Leningrado no podía menos que tocar una fibra en él. Zinóviev, Kámenev, Sokólnikov y Krúpskaya no hacían más que repetir a Trotsky cuando protestaban contra la práctica de ahogar la opinión del Partido. Al igual que él, hablaban de la impía alianza del "nepista", el kulak y el burócrata; y al igual que él, pedían el resurgimiento de la democracia proletaria. Trotsky había puesto en guardia al Partido contra la "degeneración" de sus dirigentes; y ahora la misma advertencia resonaba de manera más enérgica y alarmante aún en el clamor de los leningradenses contra el peligro "termidoriano". Éstas eran las ideas y las consignas que él habría de recoger más adelante y de exponer en los años venideros. Sin embargo, cuando las oyó en labios de sus adversarios de antaño, "aguardó con incertidumbre" durante varios meses críticos; y sus adeptos aguardaron con él.

Lo que contribuyó a su confusión y a la de sus seguidores fue que todos ellos se habían acostumbrado a considerar a Zinóviev y a Kámenev como los jefes del ala derecha del Partido. Nadie había contribuido más que Trotsky a difundir esta opinión. En las Lecciones de Octubre, le había recordado al Partido la oposición de Zinóviev y Kámenev a la Revolución de Octubre. También había argumentado que en 1923 Zinóviev empujó a los comunistas alemanes a la "capitulación" porque su actitud seguía siendo la misma de 1917. Y cuando le dijo al Partido que su Vieja Guardia podría degenerar y convertirse, al igual que la jerarquía de la Segunda Internacional, en un "aparato" conservador y burocrático, casi señaló con un índice acusador a Zinóviev y Kámenev. No cabe sorprenderse, pues, de que los observara con incredulidad cuando se presentaron como los portavoces de una nueva izquierda. Sospechó una actitud demagógica en ellos. La sospecha, aunque no era del todo infundada, le liizo difícil comprender que el cambio de posiciones era real y que formaba parte del reagrupamiento de hombres e ideas a que había dado origen la situación sumamente crítica que prevalecía en el país. La conversión de Zinóviev y Kámenev no era menos genuina ni menos sorprendente que aquélla mediante la cual Bujarin, el ex-jefe de los comunistas de izquierda, se había convertido en el ideólogo de la nueva derecha: las dos conversiones, indudablemente, se complementaban. La política bolchevique oficial del momento tendía con tanta fuerza a la derecha, que algunos de quienes apenas ayer habían encabezado el ala derecha se sintieron temerosos de las consecuencias y emprendieron un brusco

viraje a la izquierda.

Las ambiciones y los celos personales también desempeñaron, indudablemente, su papel: Zinóviev y Kámenev trataban de despojar a Stalin de su poder. Pero habrían tenido una mejor oportunidad de hacerlo si hubiesen optado por fomentar, junto con Bujarin. el aislacionismo y el neo-populismo. En lugar de ello, tomaron partido por las tradiciones proletarias e internacionalistas del leninismo que se habían hecho impopulares entre los hombres del aparato del Partido, de quienes dependía el resultado inmediato de la contienda. Las concepciones básicas y los hábitos mentales de Zinóviev y Kámenev, así como los estados de ánimo que imperaban entre sus partidarios, les fijaban límites a sus ambiciones personales. Independientemente de la timidez o el oportunismo con que se habían comportado en ocasiones importantes, habían sido los discípulos más cercanos de Lenin; eran constitucionalmente incapaces de renunciar a la influencia que los había formado. Otros podían volverle la espalda a la clase obrera europea y glorificar, sinceramente o no, al muzhik: ellos no podían hacerlo. Otros podían exaltar el socialismo autosuficiente de Rusia; para ellos la idea misma era absurda y repugnante. La actitud frente a estas cuestiones, sin embargo, formaba la línea divisoria que ahora separaba a las diversas corrientes dentro del bolchevismo.

Este cambio de posiciones mostraba un aspecto adicional. Al igual que Trotsky y Lenin antes que ellos, Zinóviev y Kámenev luchaban con el dilema de la autoridad y la libertad, o de la disciplina partidaria v la democracia proletaria. Ellos también sentían la tensión entre el poder y el sueño de la revolución. Ellos habían sido los disciplinarios. Ahora estaban hartos de la disciplina mecánica y rígida que ellos mismos habían impuesto. Zinóviev había campeado durante años por el escenario político, rugiendo órdenes de mando, tramando y conspirando, destituyendo y ascendiendo a otros, acumulando poder para la revolución y para sí mismo: había vivido como obsesionado y ebrio de autoridad. Ahora venía el despertar, el amargo sabor de boca de los excesos pasados y el anhelo de encontrar el camino de regreso al irrecuperable manantial prístino de la revolución. Junto con él, muchos miembros de la Vieja Guardia habían seguido las mismas inclinaciones y sufrido las mismas perplejidades y desencantos hasta que, sin saberlo, asumieron actitudes indistinguibles de las de los trotskistas a quienes acababan de ayudar a derrotar. Todo los empujaba a hacer causa común con los hombres de la Oposición de 1923.

Si Trotsky había de darse la mano con Zinóviev y Kámenev, este era el momento de hacerlo. Hasta comienzos de 1926 la base desde la cual operaban los leningradenses seguía intacta. El aparato administrativo de la ciudad y la provincia estaba en manos de Zinóviev. Éste contaba con un numeroso contingente de ardientes partidarios. Controlaba periódicos influyentes. Poseía los recursos materiales para librar una lucha prolongada y sostenida. En suma, era todavía, en su Comuna del Norte, el amo

de una poderosa fortaleza. También era Presidente de la Internacional Comunista, aunque Stalin ya estaba activo en el cuartel general de ésta, minando la influencia de Zinóviev. En algunos aspectos, la posición de Zinóviev cuando entró en conflicto con Stalin era mucho más fuerte que la de Trotsky en cualquier momento. Este nunca se había preocupado por poner sus manos sobre los instrumentos del poder personal; y así, después de una carrera que conmovió al mundo, empezó su lucha contra los triunviros casi con las manos vacías. A éstos les resultó sumamente fácil calificarlo de extraño al bolchevismo. Mucho más difícil era, para Stalin y Bujarin, denunciar a Zinóviev, Kámenev y Krúpskaya como mencheviques inveterados. El conflicto se planteaba ahora claramente entre dos sectores de la Vieja Guardia bolchevique. Una coalición de Trotsky y Zinóviev, si se hubiese realizado antes de la derrota del segundo, habría sido formidable. Pero ninguno de ellos y ninguna de las dos facciones estaba lista. Sus agravios y odios mutuos, y los recuerdos de los golpes y los insultos que se habían infligido, eran demasiado recientes para permitir una alianza.

A continuación se produjo uno de los momentos más extraños en la vida política de Trotsky. El 18 de diciembre se inauguró el XIV Congreso, el último al que él habría de asistir. De principio a fin el Congreso fue el escenario de una tormenta política como el Partido nunca había presenciado en su larga y tempestuosa historia. Ante los ojos de todo el país los nuevos antagonistas lucharon y se asestaron terribles golpes. El destino del Partido y de la Revolución estaba en la balanza. Casi todas las grandes cuestiones que habrían de preocupar a Trotsky durante el resto de su vida fueron ventiladas allí. Cada uno de los nuevos antagonistas tenía sus ojos puestos en Trotsky, preguntándose por quién tomaría partido y esperando su palabra con el aliento contenido. Pero durante toda la quincena que duró el Congreso, Trotsky guardó silencio. No tuvo nada que decir cuando, ante un auditorio sacudido por la emoción, Zinóviev recordó el testamento de Lenin y su advertencia sobre el abuso del poder por parte de Stalin, ni cuando se refirió al peligro que amenazaba al socialismo desde el bando del kulak, el "nepista" y el burócrata. Trotsky contempló impasible la trascendental escena en que, después de que Kámenev protestó con gran fuerza contra la instauración del régimen autocrático en el Partido, la mayoría escogida de antemano, echando espumarajos de rabia e insultando al orador, aclamó por primera vez a Stalin como el Jefe "en torno al cual se unía el Comité Central leninista".

Trotsky tampoco se levantó para declarar su solidaridad con Krúpskaya cuando ésta habló sobre el efecto cmbrutecedor del culto leninista, cuando encareció a los delegados que discutieran los problemas que tenían por delante con actitud razonadora, en lugar de ahogar los debates bajo un alud de citas sin sentido tomadas de los escritos de su marido, y cuando, por último, recordó a modo de

advertencia cómo la campaña contra Trotsky había degenerado en calumnias y persecuciones. Éste escuchó como si no le interesara la controversia en torno al socialismo en un solo país, uno de los grandes debates del siglo. No se sintió movido a hacer un solo gesto de protesta o desacuerdo cuando Bujarin hizo la defensa del socialismo en un solo país y cuando habló de construir el socialismo "a paso de tortuga". Los triunviros revelaron la historia íntima de sus desacuerdos, en los quo la persona de Trotsky había desempeñado un papel tan importante: Stalin relató cómo Zinóviev y Kámenev habían pedido la cabeza de Trotsky y cómo él se había opuesto. Zinóviev describió cómo él y Stalin, violando los estatutos, disolvieron el Comité Central de la Komsomol después de que la abrumadora mayoría de éste se había declarado solidaria de Trotsky. Oradores de todas las facciones le rindieron homenajes y buscaron congraciarse con él. Mientras Krúpskaya hablaba, una voz anónima gritó desde las bancas: "¡Liev Davidóvich, te has ganado nuevos correligionarios!" Lashévich, hasta entonces uno de sus adversarios más enconados, reconoció que Trotsky no había estado del todo equivocado en 1923. Los stalinistas y los bujarinistas le prodigaron sus elogios: Mikoyán encaró a la nueva oposición con el noble ejemplo de Trotsky, que, después de ser derrotado, había acatado escrupulosamente la disciplina partidaria. Yaroslavsky les reprochó a los leningradenses su rabioso y persistente antitrotskismo. Tomsky contrastó la "cristalina lucidez de las ideas de Trosky" y la integridad de su conducta con el atolondramiento y las evasivas de Zinóviev y Kámenev. Kalinin habló del resentimiento y el disgusto que siempre le habían inspirado los intentos de Zinóviev y Kámenev por hundir a Trotsky. Cuando Zinóviev defendió su derecho a disentir de la política oficial y se quejó de que ninguna oposición había sido tratada con tanta rudeza, los stalinistas y los bujarinistas lo abrumaron con los recuerdos de las cosas que él le había hecho a Trotsky. Entonces, rematando una gran peroración, Zinóviev exhortó al Congreso a echar al olvido las viejas diferencias y a reformar la dirección del Partido de suerte que todos los sectores de opinión bolchevique se unieran y cooperaran. Los ojos de toda la asamblea se fijaron entonces en Trotsky: ¿no tenía nada que decir el gran hombre y el gran orador? Sus labios no se abrieron. Guardó silencio incluso cuando Andréiev pidió que se concedieran al Comité Central nuevas prerrogativas para lidiar más eficazmente con los disidentes, es decir, para quebrarle el espinazo a la nueva Oposición. Esta había sido derrotada ampliamente en la votación, pero antes de su clausura el Congreso recibió con un clamor de indignación las noticias de que en Leningrado se efectuaban turbulentas manifestaciones contra sus decisiones: los leningradenses continuaban luchando dentro de su fortaleza. Y hasta el final los labios de Trotsky no dejaron escapar una sola palabra.[73]

Los papeles privados de Trotsky nos permiten vislumbrar cuáles fueron sus pensamientos en aquella ocasión. En un apunte hecho el 22 de diciembre, observó que había "un grano de verdad" -pero no más- en la opinión expresada por algunos delegados de que los leningradenses continuaban la obra de la Oposición trotskista. La alharaca desatada en 1923 acerca de la hostilidad del trotskismo frente al campesinado le había allanado el camino al ncopopulismo que ahora estaba de moda y contra el cual reaccionaban los leningradenses. Era natural que así lo hicieran, aunque ellos habían encabezado la campaña contra el trotskismo. La intensa animosidad del Congreso contra la facción de Zinóviev reflejaba en el fondo la hostilidad del campo contra la ciudad. Podría pensarse que esta opinión debió haber inducido a Trotsky a hacer causa común inmediatamente con los leningradenses. Pero las cuestiones en debate y las divisiones no le parecían aún tan claras como habían parecido hasta entonces en su propio análisis: y él abrigaba ciertas esperanzas que lo indujeron a aguardar.

Trotsky se preguntaba por qué Sokólnikov, especialmente, el ultramoderado que debía estar de parte de Bujarin, sé había unido a los leningradenses. Lo desconcertaba el hecho de que la división se hubiese producido entre Moscú y Leningrado. El conflicto artificialmente gestado entre ambas, observó, ocultaba un conflicto subyacente más profundo. Él abrigaba la esperanza de que las organizaciones de las dos capitales se unieran y reafirmaran conjuntamente las aspiraciones de los elementos socialistas-proletarios contra la derecha pro-muzhik. Contaba con que todos los "verdaderos bolcheviques" se alzaran contra la burocracia: sólo eso podría liberar a la organización partidaria de Moscú del agarre estrangulador de Stalin. La situación todavía era fluida. Trotsky esperaba una especie de alud político, del cual el rompimiento entre los triunviros era apenas el comienzo, que sacudiera al Partido y produjera el reagrupamiento de fuerzas decisivo, de mucha mayor

73- Sólo hizo un Zwischenruf en el debate. Cuando Zinóviev explicó que el año anterior había pedido la expulsión de Trotsky del Politburó porque, después de todas las acusaciones que se le habían hecho a éste, era ilógico reelegirlo al Politburó, Trotsky comentó: "¡Correcto!". Ruth Fischer, que se hallaba en Moscú durante el Congreso pero no tuvo acceso a éste, sino que recibía informes diarios de Bogrebinsky, subordinado de Stalin y "delegado de la GPU", escribe: "Bogrebinsky estaba particularmente interesado en Trotsky ... Ambos grupos le temían ... y ahora ambos abrigaban la esperanza de atraérselo; la actitud de Trotsky podría haber sido decisiva entre los delegados vacilantes de las provincias. Trotsky, comentaba Bogrebinsky cada día, se había visto bien o mal, había hablado con tal o cual persona. 'Hoy vi a Trotsky en el corredor. Hablaba con algunos de los delegados y pude escuchar parte de la conversación. No dijo nada sobre las cuestiones decisivas. No apoyó a la Oposición, ni siquiera con indirectas o alusiones. Eso es formidable. Esos perros de Leningrado se van a llevar una buena paliza' ". R. Fischer, Stalin and Germán Communism, p. 494.

amplitud y significación. Entonces las líneas divisorias serían menos fortuitas y corresponderían a las contradicciones fundamentales entre la ciudad y el campo, el obrero y el campesino, el socialismo y la propiedad privada. Mientras tanto, él no se inclinaba en modo alguno a echar su suerte con los jefes "vociferantes, vulgares y justamente desprestigiados" de la Oposición de Lenin- grado. Hay un soplo de Schadenfreude en estos apuntes escritos en el diario de Trotsky mientras éste contemplaba la derrota de Zinóviev y Kámenev, como si estuviera diciéndoles: "¡Ustedes se lo buscaron! ¡Ustedes se lo buscaron!"

Con todo, Trotsky no podía entregarse al *Schadenfreude* por mucho tiempo; su carácter no se lo permitía. Quisicralo o no, tenía que acudir al rescate de los derrotados. No bien se hubo dispersado el Congreso, el Comité Central se reunió para considerar las medidas destinadas a domeñar a Leningrado. Stalin propuso destituir en primer término al cuerpo de redacción de Leningradskaya Pravda y convertir ese periódico en el portavoz de la política oficial. A continuación, Zinóviev debía ser destituido y Kírov nombrado para ocupar su lugar en la jefatura de la Comuna del Norte. El látigo debía caer sobre los leningradenses. En este momento Trotsky rompió su silencio para manifestar su oposición a las represalias.[74] No contemplaba una alianza con Zinóviev y Kámenev, pero al tratar de protegerlos ofendió inmediatamente a Stalin, que había venido cortejándolo para apaciguarlo.

Un curioso incidente se produjo en esta sesión del Comité Central. Bujarin habló en favor de las medidas propuestas por Stalin. Kámenev protestó. Era extraño, dijo, que Bujarin, que siempre se había opuesto a las represalias drásticas contra los trotskistas, pidiera ahora el látigo. "¡Ah, pero él ha llegado a tomarle gusto al látigo!", comentó Trotsky. Bujarin, como tomado por sorpresa, respondió: "Usted cree que yo he llegado a lomarle gusto, pero ese gusto me hace temblar de la cabeza a los pies."[75] En este grito de angustia se revelaban súbitamente las aprensiones con que Bujarin apoyaba a Stalin. De este incidente data un "contacto privado" que Trotsky reanudó con Bujarin "después de un largo intervalo": una relación bastante amistosa, pero políticamente estéril y de corta duración, de la cual se encuentran rastros en su correspondencia.[76] Todavía "temblando de la cabeza a los pies", Bujarin hizo todo lo posible por persuadir a Trotsky de que no acudiera en auxilio de Zinóviev. Trató de hacerle ver que la libertad del Partido no estaba en juego en este caso y que Zinóviev, que no toleraba él mismo ninguna oposición, no era ningún defensor de la democracia interna del Partido. Trotsky no negó esto, pero argumentó que Stalin seguramente no era mejor, y que el mal residía

---

74- N. Popov. Outline History of the CPSU, vol. II, p. 255.
75- The Trotsky Archives.
76- Ibid

en una disciplina monolítica y en el voto unánime que tanto Stalin como Zinóviev imponían. Esto último había hecho posible que, en vísperas del Congreso, las dos organizaciones más importantes, las de Moscú y Lenin-grado, hubiesen aprobado sus respectivas resoluciones por "unanimidad del cien por ciento". Trotsky no abrigaba simpatías por los leningradenses. pero no podía dejar de oponerse a la falsa disciplina; e instó a Bujarin a que se uniera a él en un esfuerzo común por restaurar "un régimen sano dentro del Partido". Bujarin, sin embargo, temía que al pedir más libertad obtuvieran menos, y llegó a la conclusión de que quienes exigían democracia interna en el Partido eran en realidad los peores enemigos de ésta y que la única manera de salvar la que quedaba era no usándola.

Mientras estas patéticas pláticas "confidenciales" tenían lugar. Stalin perdió las esperanzas de usar a Trotsky contra Zinóviev y Kámenev. Antes quizá que el propio Trotsky. comprendió que las dos oposiciones tendrían que darse la mano. En consecuencia, dio la señal para iniciar una nueva campaña contra Trotsky. Le interesaba especialmente que Trotsky no pudiera hablar en las asambleas comunistas en los distritos obreros. Uglanov, que había reemplazado a Kámenev como jefe de la organización de Moscú, se encargó de ello. Bajo todo género de pretextos, a Trotsky se le negó admisión en las células. Como por entonces hablaba con frecuencia en las reuniones de hombres de ciencia y otros intelectuales, se les dijo a los miembros de las células proletarias que él prefería hablarle a la burguesía antes que enfrentarse a los obreros. Los agitadores oficiales dejaron de distinguir entre trotskistas y zinovievistas. incitaron a los militantes de base contra ambos e insinuaron oscuramente que no era accidental que los dirigentes de unos y otros fueran judíos: ésta era. sugirieron, una lucha entre el genuino y nativo socialismo ruso y elementos extranjeros que trataban de pervertirlo.

En otra carta a Bujarin, fechada el 4 de marzo, Trotsky describió las vejaciones y las infamias de que había vuelto a ser objeto. Contrariando totalmente su inclinación, se refirió a las connotaciones antisemitas de la propaganda de los agitadores. "Me parece", escribió, en un intento de despertar a Bujarin a la realidad, "que lo que nos une a nosotros dos. miembros del Politburó, es todavía bastante para que tratemos de corroborar los hechos serena y concienzudamente: ¡¿es verdad, es posible que en nuestro Partido, en Moscú, en las células obreras, se esté llevando a cabo impunemente una agitación antisemita?![77] Una quincena más tarde, en una reunión del Politburó, hizo la misma pregunta con asombro e indignación. Los miembros del Politburó se encogieron de hombros, declararon no saber nada o le restaron importancia al asunto. Bujarin se sonrojó de turbación y vergüenza, pero no podía volverse contra sus compañeros y aliados. En todo caso, a estas alturas su "contacto

77- Ibid

privado" con Trotsky iba tocando a su fin.

No era casual que los agitadores recurrieran al antisemitismo: seguían instrucciones de Uglanov y éste a su vez las recibía de Stalin, que era todo menos escrupuloso en la elección de sus medios. Pero había medios a los que no habría podido recurrir ni siquiera un año o dos antes: y la explotación del prejuicio antijudío era uno de ellos. Ésta había sido la ocupación predilecta de los peores reaccionarios zaristas, y aún en 1923 y 1924 el Partido y su Vieja Guardia estaban demasiado imbuidos de internacionalismo para tolerar tal prejuicio, no digamos ya para explotarlo. Pero la situación iba cambiando. La nueva derecha apelaba vagamente a las emociones nacionalistas, y mientras éstas ganaban ímpetu, el clima político se alteraba en tal medida que aun los comunistas no veían ya con malos ojos las alusiones antisemitas que se hacían en sus círculos. La desconfianza frente al "extranjero" era, después de todo, sólo un reflejo de aquel egocentrismo ruso cuya abstracción ideológica era el socialismo en un solo país.

Los judíos, de hecho, eran conspicuos en la Oposición, aunque allí figuraban junto a la flor y nata de la intelectualidad y los obreros no judíos. Trotsky, Zinóviev. Kámenev. Sokólnikov y Rádek eran todos judíos.[78] (Por otra parte, había muy pocos judíos entre los stalinistas. y menos aún entre los bujarinistas). Pese a su cabal "asimilación" y rusificación, y a su hostilidad frente a la religión mosaica lo mismo que a cualquier otra, todavía era discemiblc en ellos ese "judaismo" que es la quintaesencia del modo de vida urbano en toda su modernidad, espíritu progresista, inquietud y unilateralidad. Sin duda alguna, las imputaciones de que ellos eran políticamente hostiles al muzhik eran falsas y, en labios de Stalin, aunque tal vez no en los de Bujarin, insinceras. Pero los bolcheviques de extracción judía se inclinaban menos que nadie a idealizar a la Rusia rural en su primitivismo y su barbarie y a tirar "a paso de tortuga" de la carreta campesina nativa. Ellos eran, en

78- En 1918. mientras Ucrania estaba bajo la ocupación alemana y era gobernada por Skoropadsky. los rabinos de Odesa «anatematizaron a Trotsky y a Zinóviev. (Zinóviev, Obras, cd. rusa, vol. XVI. p. 224). Los Guardias Blancos, por su parte, explotaron en su propaganda la condición de judío de Trotsky y alegaron que Lenin también era judío. Ecos curiosos de esto pueden hallarse en el folklore y la novelística soviéticos de los primeros años de la década de los veintes. En uno de los cuentos de la escritora Seyfulina. un rnuzhik dice: "Trotsky es uno de los nuestros, un ruso y un bolchevique. Lenin es un judío y un comunista". En el cuento de Isaac Babel, "Sal", una campesina le dice a un soldado del Ejército Rojo: "Vosotros no pensáis en Rusia. Vosotros no salváis más que a los judíos... A Lenin y a Trotsky..." El soldado rojo le replica: "De los judíos no se habla ahora, ciudadana desvergonzada. Los judíos no tienen nada que ver en esto. Por lo demás, de Lenin no quiero hablar: pero Trotsky es el valeroso hijo del gobernador de Tambov, y aunque pertenecía a otra clase se ha puesto al lado de la clase trabajadora. Como se libra a un condenado a trabajos forzados, así Lenin y Trotsky nos llevan a nosotros por el libre camino de la vida".

cierto sentido, los "cosmopolitas desarraigados" contra los que Stalin descargaría su ira abiertamente en su vejez. Él ideal del socialismo en un solo país no era capaz de atraer a estos hombres. Por regla general, el judío progresista o revolucionario -trátese de Spinoza o Marx. Heine o Freud. Rosa Luxemburgo o Trotsky- era particularmente propenso a superar en su mente las limitaciones religiosas y nacionales y a identificarse con una visión universal de la humanidad. También era. por lo tanto, particularmente vulnerable cuando ciertos fanatismos religiosos o emociones nacionalistas se exacerbaban. Spinoza y Marx, Heine y Freud, Rosa Luxemburgo y Trotsky sufrieron todos ellos excomunión, exilio y asesinato moral o físico. Y los escritos de todos ellos fueron quemados en la hoguera.

La fuerza de la Oposición de Leningrado fue destruida en las primeras semanas de 1926.[79] Los leningradenses no podían dejar de acatar las órdenes de Stalin. Desafiarlas era desafiar la autoridad del Comité Central, que respaldaba a Stalin, y la legalidad del Congreso que había elegido al Comité. Hasta ahí no estaban dispuestos a llegar Zinóviev y Kámenev, que, al igual que Trotsky, todavía eran miembros de ese Comité. Ambos habían declarado abiertamente que Stalin había amañado las elecciones de delegados al Congreso y que el Comité Central representaba al aparato del Partido, no a éste. Pero una cosa era declarar eso y otra muy distinta proclamar que las decisiones del Congreso y del Comité Central carecían de validez y negarse a acatarlas. Para Zinóviev y Kámenev particularmente, habría sido peligroso impugnar la legitimidad del último Congreso: ¿no habían amañado ellos, ¡unto con Stalin. las elecciones de delegados al XIII Congreso en la misma forma en que Stalin amañó las del XIV? De haber impugnado la autoridad del Comité Central, los leningradenses se habrían constituido virtualmente en un partido separado, rival del Partido Comunista de toda la Unión. Era inconcebible que hicieran tal cosa. Todos ellos habían aceptado el sistema unipartidista como un *sine qua non*. Nadie había mostrado mayor celo que el propio Zinóviev al afirmar este principio y al derivar de el las conclusiones más exageradas y absurdas. Un desafío de Leningrado a Moscú habría equivalido casi a una declaración de guerra civil.

Y así, cuando Kírov se presentó en Leningrado como representante plenipotenciario de Stalin y con autorización para tomar el mando de la Comuna del Norte, a Zinóviev

79- Después del XIV Congreso, los bujarinistas y los stalinistas contaron con una mayoría aumentada en el Comité Central. El nuevo Politburó quedó formado por nueve miembros en lugar de siete: Stalin, Trotsky. Zinóviev, Bujarin, Ríkov, Tomsky. Kalinin, Mólotov y Voroshílov. Con Kalinin y Voroshílov vacilando entre la derecha y el centro, la facción de Stalin era numéricamente un tanto más débil que la de Bujarin. Kámenev era ahora sólo miembro alterno del Politburó. Los otros miembros alternos eran Uglanov, Rudzutak, Dzerzhinsky y Petrovsky.

no le quedó más alternativa que ceder. Casi de la noche a la mañana todos los comités locales del Partido, sus órganos de prensa, sus múltiples organizaciones y todos los recursos de que había dispuesto hasta entonces la oposición, pasaron a manos de los funcionarios designados por Stalin y Kírov. Dos lugartenientes de Zinóviev habían controlado las fuerzas armadas de Leningrado: Lashévich, como comisario político de la guarnición y de la zona militar, y Bakáiev, como jefe de la GPU. Ambos entregaron sus puestos, aunque Lashévich, por ser vice-Comisario de la Defensa, siguió siendo miembro del gobierno central. Esto acarreó una débácle moral. Mientras los dirigentes estuvieron rodeados de la aureola del poder, pareció que todo Leningrado estaba con ellos. Ahora la gran ciudad proletaria dio la impresión de ver su destino con indiferencia. Los obreros de Viborg, el antiguo bastión del bolchevismo, fueron los primeros en abandonarlos. Durante años Zinóviev los había intimidado y coaccionado, de modo que ahora no prestaron atención a sus alegatos en nombre de los obreros y a su grito en defensa de la igualdad, los alegatos y el grito que habrían de recordar con nostalgia unos cuantos años más tarde, cuando ya era demasiado tarde. Los hombres sencillos vieron la conmoción como un pleito entre grandes personajes con el que ellos no tenían nada que ver. Incluso los que asumían una actitud menos cínica y simpatizaban con la oposición, se callaron sus sentimientos: el desempleo era rampante y el castigo a la "deslealtad" podía ser la perdida del trabajo y de los medios de subsistencia. Así, los partidarios activos de la oposición de Leningrado se redujeron a unos cuantos centenares de veteranos de la revolución, un pequeño y compacto grupo de hombres que se mantenían fieles a sus ideales y a sus jefes y que gradualmente descubrieron que todas las puertas se les habían cerrado.

La facilidad y rapidez con que Stalin doblegó a los leningradenses puso de manifiesto que las esperanzas que Trotsky había abrigado en los días del XIV Congreso eran infundadas. No hubo ninguna señal de un nuevo reagrupamiento, ninguna señal de aquella movilización de los obreros comunistas contra los burócratas con que él había contado. La lucha de los leningradenses no había dado lugar a ningún movimiento de solidaridad, ni siquiera episódico, en las células de Moscú. El aparato del Partido trabajó con mortal eficacia, quebrantando toda resistencia allí donde surgía o aplastándola antes de que surgiera. Esto, de por sí, indicaba la debilidad de la resistencia. La clase obrera ya no estaba dispersa y desintegrada como unos cuantos años antes, pero carecía de conciencia y vigor políticos y de la habilidad necesaria para hacer valer sus opiniones. Y era precisamente un resurgimiento político en el seno de esa clase lo que Trotsky esperaba cuando supuso que Moscú y Leningrado se unirían para dar la pelea. Zinóviev y Kámenev también habían abrigado esa esperanza. En el XIV Congreso abogaron por un retorno a la democracia proletaria y dijeron que la clase obrera ya no estaba

tan fragmentada y desmoralizada como en los primeros años de la década de los veintes, cuando los dirigentes del Partido no podían confiar en el instinto y el criterio políticos de la clase. Bujarin replicó entonces que Zinóviev y Kámenev se engañaban, que la clase obrera había crecido numéricamente absorbiendo jóvenes analfabetos recién llegados del campo, que en consecuencia todavía era políticamente inmadura, y que aún no era el momento de un retomo a la democracia proletaria. El vacío que encontró ahora a su alrededor la Oposición de Leningrado indicaba que Bujarin se hallaba más cerca de la verdad que Zinóviev y Kámenev. La clase obrera era apática e indiferente. aunque su apatía no se debía tan sólo a su inmadurez inherente, sino también a la intimidación burocrática que Bujarin trataba de justificar. Sea cual fuere la verdad de las cosas, a Trotsky debe de habérsele hecho claro para entonces que no tenía nada que ganar manteniendo una actitud de espera. Con todo, después del Congreso pasaron más de tres meses sin que los trotskistas y los zinovievistas se aproximaran un centímetro entre sí. Trotsky, Zinóviev y Kámenev habían dejado de hablarse desde 1923; y aún siguieron sin dirigirse la palabra.

Fue sólo en abril de 1926 cuando se rompió el hielo. En una sesión del Comité Central Ríkov presentó una declaración de política económica. Kámenev sometió una enmienda que instaba al Comité a tomar nota de la "diferenciación social cada vez más marcada entre el campesinado" y a frenar el desarrollo de la agricultura capitalista. Trotsky sometió una enmienda por separado: estaba de acuerdo con la apreciación que hacía Kámenev de las condiciones rurales, pero añadía que la lentitud del desarrollo industrial privaba al gobierno de los recursos que necesitaba para ejercer una influencia lo suficientemente vigorosa sobre la agricultura. Durante la discusión, Kámenev, que como antiguo presidente del Consejo del Trabajo y la Defensa se sentía responsable en cierta medida de la política industrial que Trotsky criticaba, hizo algunos comentarios hirientes sobre Trotsky. El Comité Central rechazó la enmienda de Trotsky. Kámenev y Zinóviev, según parece, se abstuvieron de votar. Entonces cuando la enmienda de Kámenev fue sometida a votación, Trotsky la apoyó. Aquí comenzó el viraje. A medida que la sesión continuó desarrollándose, los tres hombres volvieron a encontrarse en el mismo bando. Abandonaron las actitudes rígidas y se acercaron, hasta que, al término de la sesión, ya actuaban virtualmente como aliados políticos.

Sólo ahora se reunieron privadamente los tres hombres por primera vez en varios años. Fue una reunión extraña, llena de exámenes de conciencia, de confesiones sorprendentes, suspiros de arrepentimiento y alivio, aprensiones, advertencias alarmantes y proyectos esperanzados. Zinóviev y Kámenev se mostraron ansiosos de borrar las diferencias pasadas. Lamentaron la ceguera que los había llevado a denunciar a Trotsky como el archienemigo del leninismo. Admitieron que habían

fabricado las acusaciones contra él para expulsarlo de la dirección. Pero, ¿no se había equivocado él también al atacarlos a ellos, al recordarle al Partido sus conflictos con Lenin en 1917 y al desprestigiarlos a ellos y no a Stalin? Zinóviev y Kámenev se sentían aliviados de haberse librado por fin de la red de una intriga grotesca, la red que ellos mismos habían tejido, y de haber regresado al pemsamiento y la acción políticos serios y honrados.

A medida que relataban los diversos incidentes de la intriga, hablaron de Stalin en tono de chanza y remedaron, frente a la leve impaciencia de Trotsky el comportamiento y los acentos de aquél; pero a continuación recordaron sus tratos con él y sintieron el estremecimiento con que se recuerda una pesadilla. Describieron su astucia, su perversidad y su crueldad. Dijeron que ambos habían escrito, y depositado en lugar seguro, cartas en las que declaraban que, en caso de morir súbita e inexplicablemente, el mundo debería saber que Stalin era el responsable de su desaparición; y le aconsejaron a Trotsky que hiciera lo mismo. [80] Afirmaron que Stalin no había mandado matar a Trotsky en 1923 o 1924 sólo porque temía que algún joven trotskista fervoroso se decidiera a vengarlo. Zinóviev y Kámenev, indudablemente, deseaban vituperar a Stalin y convencer a Trotsky de que ellos habían ejercido una influencia moderadora sobre aquél. El propio Trotsky no tomó sus revelaciones muy en serio sino muchos años después, cuando las Grandes Purgas le hicieron recordarlas. Resultaba difícil, en verdad, compaginar lo que parecía una sangrienta intriga palaciega en el Kremlin de los primeros zares con el Kremlin de la Tercera Internacional, en el que resonaban las disputas ideológicas acuñadas en términos marxistas. ¿Había hechizado la antigua fortaleza de los zares a los discípulos de Lenin? Stalin, añadieron Zinóviev y Kámenev, no estaba interesado en disputas sobre ideas: todo lo que ansiaba era el poder. Lo que no lograron explicar fue cómo pudieron ellos, si lo que decían era cierto, mantener su alianza con él durante tanto tiempo.

De estas aterradas y aterradoras historias y sombrías alusiones, los dos hombres pasaron a los planes para el futuro. Expresaron las esperanzas más desorbitadas. No tenían duda de que todo podía cambiarse aún de un solo golpe. Bastaría, dijeron, con que los tres aparecieran juntos en público, reconciliados y unidos, para despertar el entusiasmo entre los bolcheviques y volver a poner al Partido en el camino justo. Raras veces ha dado paso tan fácilmente el pesimismo más sombrío al optimismo más inocente.

¿Qué explicación tenía su optimismo? Hacía apenas unos meses que ambos habían disfrutado del poder en toda su plenitud. Hacía sólo unas semanas que Zinóviev había perdido su feudo de Leningrado, y todavía era Presidente de la Internacional

80- L. Trotsky, Stalin (ed. inglesa), p. 417.

Comunista. Su caída había sido tan rápida y repentina que se negaban a creer que era real. Se habían acostumbrado a ver que un solo movimiento de sus cabezas ponía en movimiento los pesados engranajes del Partido y del Estado. Todavía sentían en sus oídos el estruendo de la aclamación popular, una falsa aclamación que no provenía de los sentimientos del pueblo sino que había sido producida artificialmente por el aparato del Partido. De repente un silencio de muerte los rodeó. Ellos lo juzgaron una aparición engañosa, un malentendido o un incidente pasajero. La causa de ese silencio era su rompimiento con Stalin, a quien ellos mismos habían colocado, o cuando menos así les parecía, a la cabeza del Partido. Pero, ¿quién era Stalin? Un maniobrero zafio, semiculto, torpe, un inadaptado al que ellos habían salvado repetidas veces de la ruina porque lo habían considerado útil en su juego contra Trotsky. Nunca habían dudado que Stalin, como hombre, como dirigente y como bolchevique, no le llegaba a los tobillos a Trotsky. Ahora que habían hecho causa común con éste, nada sería más fácil, seguramente, que barrer a Stalin de su camino y volver a poner al Partido bajo su dirección conjunta. [81] Trotsky meneó la cabeza: él no compartía el optimismo de Zinóviev y Kámenev. Conocía mejor el sabor de la derrota. Durante años había conocido el peso pleno del aparato del Partido que lo golpeaba y lo empujaba al ostracismo. Tenía una comprensión más profunda de los procesos (pie habían deformado al Partido, de la "degeneración burocrática" cuyo progreso él había observado, impotente, desde 1922. Y tras el aparato del Partido percibía, más claramente que Zinóviev y Kámenev, la barbarie abismal de la vieja Madre Rusia, que no podía superarse de la noche a la mañana. También le causaban aprensión la inconstancia y la debilidad de sus nuevos aliados. No podía olvidar todo lo que había sucedido entre ellos. Con todo, no regateó su perdón; y trató de templar los nervios de los otros dos para una larga lucha contra la corriente.

Él mismo no había perdido todas las esperanzas. También pensaba que la reconciliación entre ellos conmovería al Partido. Zinóviev y Kámenev se declararon voluntariamente dispuestos a hacer la admisión pública de que Trotsky siempre había tenido la razón ai prevenir al Partido contra su propia burocracia. Trotsky, a

---

81- Ruth Fischcr describe cómo Zinóviev, en una conversación con ella, "tocó, casi tímidamente" el asunto de su alianza con Trotsky. "Ésta es", dijo, "una lucha por el poder estatal. Necesitamos a Trotsky, no sólo porque sin su brillante intelecto y su amplio apoyo no podremos ganar el poder estatal, sino también porque, después de haberlo ganado, necesitaremos una mano fuerte que haga volver a Rusia y a la Internacional al sendero del socialismo. Por otra parte, nadie más es capaz de organizar al ejército. Stalin no se nos ha enfrentado con manifiestos, sino con el poder, y sólo podemos enfrentarnos a él con un poder mayor, no con manifiestos. Lashévich está con nosotros, y si Trotsky y nosotros hacemos causa común, venceremos". R. Fischcr, op. cit., pp. 547-548.

su vez, aceptó decir que él se había equivocado al atacarlos a ellos como los jefes de esa burocracia cuando debió haber concentrado su fuego en Stalin. Él también abrigaba la esperanza de que, al hacer causa común, las dos oposiciones no sólo combinarían sus fuerzas, sino que las multiplicarían. La Vieja Guardia, después de todo, había mirado con respeto a Zinóviev y Kámenev. Se sabía que la viuda de Lenin simpatizaba con ellos. En el grupo que encabezaba a la Oposición de Leningrado, aunque menos notable que el círculo que rodeaba a Trotsky. figuraban hombres eminentes como Lashévich, el vice-Comisario de la Defensa, Smilgá, uno de los comisarios políticos más capaces de la guerra civil y economista distinguido, Sokólnikov, Bakáiev, Evdokímov y otros. Con tales hombres y con Preobrazhensky, Rádek, Rakovsky, Antónov-Ovseienko, Sinirnov, Murálov, Krestinsky, Serebriakov y Yoffe, por no mencionar a otros, la Oposición Conjunta dispondría de mucho más talento y prestigio que el que podían reunir Stalin y Bujarin. Y, pese a todo, aún se produciría, si bien con retraso, un resurgimiento político en la clase obrera que inflaría el velamen de la Oposición.

Los aliados no tuvieron tiempo de hacer planes precisos ni aun de definir claramente los puntos de su acuerdo. Uno o dos días después de su primera reunión privada, Trotsky tuvo que salir de Rusia para someterse a tratamiento médico en el extranjero. La fiebre maligna que había padecido durante los últimos años aún persistía, pasando a veces de los 39° C, incapacitándolo durante la mayor parte de los momentos críticos de la lucha y obligándolo a pasar muchos meses en el Cáucaso. (Allí pasó los inviernos de 1924 y 1925 y los primeros meses de la primavera). Los médicos rusos no pudieron hacer un diagnóstico y le recomendaron que consultara con especialistas alemanes. El Politburó no se opuso a su viaje al extranjero, pero insistió en que lo emprendiera bajo su propia responsabilidad. A mediados de abril, en compañía de su esposa y una pequeña escolta, llegó a Berlín sin barba y de incógnito, haciéndose pasar por un pedagogo ucraniano apellidado Kuzmienko. Pasó la mayor parte de su tiempo en una clínica privada, donde se sometió a tratamiento y a una operación de las amígdalas; pero en sus ratos desocupados recordó libremente la ciudad, observando el Berlín deprimido de aquellos años, tan diferente de la capital imperial que él había conocido, asistiendo a un desfile del Primero de Mayo y a un festival del vino en las afueras de la ciudad, etc. Disfrutó la oportunidad de ‘‘moverme con la masa sin llamar la atención, sentirme como unaparte orgánica del aquel todo anónimo, limitándome a oír y a observar”.[82] Pero su verdadera identidad al fin fue descubierta y la policía alemana

82- -“Sólo una vez hube de posar la vista en mí, al decirme la persona que me acompañaba: ‘Ahí están vendiendo retratos de usted. Por aquellos retratos nadie hubiera sido capaz de identificar al consejero Kuzmienko del Comisariado ucraniano de Instrucción Pública”. Mi vida, tomo II, p. 397.

le advirtió al director de la clínica que algunos rusos blancos emigrados planeaban un atentado contra la vida del paciente. Trotsky se trasladó, bajo una fuerte escolta, a la Embajada soviética y poco después regresó a Rusia, con su fiebre tan alta como siempre. Nunca se ha descubierto si la alarma acerca del atentado tenía algún fundamento.[83]

Durante su estadía en Berlín, que duró unas seis semanas, Trotsky se sintió agitado por dos acontecimientos políticos de importancia desigual. En Polonia, el mariscal Pilsudski, apoyado por el Partido Comunista, acababa de dar un golpe de estado que lo convirtió en dictador. En Gran Bretaña, la prolongada huelga de los mineros del carbón acababa de desembocar en la gran huelga general. El absurdo comportamiento de los comunistas polacos era resultado, en parte, de la complicada situación imperante en su país, pero en parte se debía también a la confusión creada en la Comintern por las campañas antitrotskistas: el Partido polaco había puesto en práctica, en pequeña escala, la política que al mismo tiempo impulsó a los comunistas chinos a apoyar al general Chiang Kaishek y al Kuomintang. La huelga general británica confirmaba las predicciones que Trotsky había hecho en *¿Adónde va Inglaterra*? [84] e inmediatamente sometió a la Comintern a nuevas tensiones. Los dirigentes británicos del Consejo Anglo-Soviético hicieron todo lo posible por terminar la huelga antes de que se convirtiera en una explosión revolucionaria; y, ansiosos de salvar su propia responsabilidad, se negaron a aceptar la ayuda que los sindicatos soviéticos ofrecieron a los huelguistas. Así. el Consejo Anglo-Soviético se hundió en el ridículo. Los dirigentes sindicales británicos, sin embargo, sacaron todavía algunas ventajas de su existencia: en la fase crítica de la huelga general, los comunistas, por temor a crearle una situación difícil al Consejo, fueron sumamente reticentes en sus críticas a la conducta de los dirigentes sindicales británicos. Trotsky, aún antes de regresar a Moscú, atacó en Pravda la política del Consejo Anglo-Soviético en el que Stalin y Bujarin habían puesto grandes esperanzas.[85]

83- Mientras permaneció en la Embajada en Berlín, Trotsky pasó muchas horas discutiendo con Krestinsky. el embajador, y E. Varga, el economista más destacado de la Comintem. El tema de sus discusiones con Varga fue el socialismo en un solo país. Varga admitió que, como teoría económica, la doctrina de Stalin no valía nada, que el socialismo en un solo país era una fábula, pero que. ello no obstante, era políticamente útil como una consigna capaz de inspirar a las masas atrasadas. Al registrar la discusión en sus papeles privados, Trotsky comentó, a propósito de Varga, que éste era "el Polonio de la Comintern". The Trotsky Archives.

84- En su autobiografía Trotsky dice que la confirmación se produjo antes de lo que él había esperado. Mi vida, tomo II, p. 403

85- Pravda, 26 de mayo de 1926. Mientras tanto, Stalin eliminó a los partidarios de Zinóvicv del Ejecutivo de la Comintern. En una sesión celebrada en mayo el Ejecutivo votó la destitución de Fischer y Máslov, Treint, Domsky y otros dirigentes zinovievistas de los Partidos

Fue sólo después del regreso de Trotsky cuando éste y los dos ex-triunviros emprendieron en serio la unificación de sus facciones. La tarea no fue fácil. Por una parte, la facción trotskista se había dispersado y era necesario reagruparla. Su fuerza resultó ser muy inferior a lo que había sido en 1923. Por otra parte, los seguidores de las dos facciones no estaban en modo alguno ansiosos de unirse. Sus viejas animosidades no habían desaparecido aún. Todavía desconfiaban los unos de los otros. Entre los compañeros de Trotsky, algunos favorecían la coalición, pero otros, como Antónov-Ovseienko y Rádek, preferían aliarse a Stalin mejor que a Zinóviev. Otros más no querían saber de ninguno de los dos. "Stalin nos traicionará", dijo Mrachkovsky, "y Zinóviev huirá". Los trotskistas de base en Leningrado se negaron incluso en un principio a identificarse ante los zinovievistas, que los habían perseguido y a quienes ocultaban sus movimientos casi en la misma medida en que antaño se los ocultaban a la Ojrana zarista. ¿Qué sucederá, preguntaban, si los zinovievistas cambian de opinión y hacen las paces con Stalin? Entonces nos habremos entregado a nuestros enemigos. Trotsky tuvo que enviar a Preobrazhensky a Leningrado a aplacar esos temores y a convencer a sus partidarios recalcitrantes de que aceptaran la coalición. Los zinovievistas no se sentían menos desconcertados. Cuando la noticia de la proyectada coalición llegó por primera vez a Leningrado, corrieron a Moscú a reprochar a sus dirigentes por su "rendición al trotskismo". Zinóviev y Lashévich tuvieron que explicar que el trotskismo era un espantajo que ellos mismos habían inventado y que ya no les era útil. La confesión no podía dejar de sobresaltar a los desafortunados leningradenses que habían tomado en serio y repetido las acusaciones de Zinóviev contra Trotsky. Pero incluso cuando las aversiones mutuas quedaron superadas o atenuadas y las dos facciones empezaron a fundirse, los miembros de ambas sentían que estaban haciendo un mal casamiento.[86]

También entre los jefes se había enfriado el entusiasmo de los primeros momentos. Zinóviev y Kámenev empezaron a abrigar aprensiones. No tenían la intención de llevar sus diferencias con las facciones dominantes al punto de un rompimiento irremediable. La acusación de que se habían "rendido al trotskismo" los inquietaba. Después de admitir que habían agraviado a Trotsky, aún tenían su historial que defender; les interesaba salvar la gloria semiespuria del ''leninismo puro" que se habían adjudicado. Y así, cuando Trotsky, a su regreso, analizó los acontecimientos de las últimas semanas y empezó a argumentar que los comunistas polacos habían apoyado el golpe de Pilsudski porque la Comintern les había ordenado luchar por aquella "dictadura democrática de obreros y campesinos" que

alemán, francés y polaco.
86- V. Serge. Le tournant obscure, p. 102.

Lenin había propugnado en 1905, y no por la dictadura proletaria, Zinóviev y Kámenev no pudieron estar de acuerdo con él. Aquella "dictadura proletaria" era tabú para su "viejo bolchevismo"; y, aunque no era muy importante en el caso de Polonia, [87] habría de despuntar una y otra vez en la controversia sobre China el año siguiente. También les causó mala impresión la dureza con que Trotsky atacó al Consejo Anglo-Soviético, diciendo que éste nunca había tenido ninguna utilidad y debía ser disuelto. Zinóviev estaba dispuesto a criticar al Politburó y a los comunistas británicos por "coquetear" con los jefes de las trade unions, pero no a "desbaratar" al Consejo que él había ayudado a auspiciar. Sobre todo, era renuente a romper con aquellos miembros de la Vieja Guardia que apoyaban a Stalin con reservas o vacilaban y les pedían moderación a todas las facciones. En suma, los dos ex-triunviros estaban dispuestos a hacer causa común con Trotsky, pero ya estaban tratando de evitar un ataque abierto a Stalin y Bujarin. Así, pues, no bien acababa Trotsky de aliarse con ellos cuando tuvo que zanjar diferencias y hacer concesiones. Prometió a Zinóviev y Kámenev respetar el tabú de la "dictadura democrática de obreros y campesinos" y dejar de lado su exigencia de que el Consejo Anglo-Soviético fuese disuelto. Esto le permitió ponerse de acuerdo con ellos, en medida considerable, acerca de otras cuestiones.

La batalla empezó a librarse, en parte por iniciativa de Stalin. en los primeros días de junio. Inmediatamente después del regreso de Trotsky, Stalin le lanzó en el Politburó dos acusaciones nuevas e incongruentes, pero dañinas: Trotsky, dijo, exhibía una intolerable "hostilidad al Partido Comunista británico"; y en los asuntos nacionales daba pruebas de mala voluntad y derrotismo perverso cuando declaraba que "le temía a una buena cosecha".[88] Trotsky refutó estas acusaciones tan bien como pudo. Después, el 6 de junio, le dirigió una carta desafiante al Politburó, diciendo que a menos que el Partido fuera reformado cabal y honradamente, despertaría un día para encontrarse bajo el mando sin disfraz de un autócrata.

Así reanudó su lucha abierta con Stalin. Su elección del momento para volver a luchar no fue del todo voluntaria: la actividad y la apurada situación de la Oposición de Leningrado lo indujeron a entrar nuevamente en la refriega en este momento. En todo caso, los años de espera en silencio o escudado en la reticencia tocaron a su

87- Incluso Bujarin y Stalin reprobaron la acción de lo» comunistas polacos. Véase Deutscher, "La Tragédie du Communisme Polonais" en Les Temps Modernas, marzo de 1958

88- La primera acusación se basaba en una queja del Partido Comunista británico; la segunda en una declaración en la que Trotsky había dicho que el problema de las relaciones entre la ciudad y el campo seguiría siendo agudo independientemente de que la cosecha de ese año fuese buena o mala. Si la cosecha era mala, habría escasez de alimentos; y si era buena, el kulak se haría más fuerte, más seguro de sí. y aumentaría su poder de regateo. The Trotsky Archives.

fin. Él sabía que no le habían servido de nada: todas las “componendas” con Stalin, contra las que lo había prevenido Lenin. habían sido en vano. Estaba dispuesto a transigir con Zinóvicv y Kámenev a fin de mantenerlos alineados contra Stalin, pero también estaba resuelto a luchar sin ellos. Le había tomado la medida a su implacable enemigo y sabía que no había retirada posible. Había vivido estos últimos años para luchar en otra ocasión. Ahora la ocasión había llegado y la suerte estaba echada.

CAPÍTULO V

LA CONTIENDA DECISIVA: 1926-1927

La Oposición Conjunta luchó contra los stalinistas y los bujarinistas durante unos dieciocho meses. En todo esc tiempo Trotsky vivió enfrascado en una batalla política tan intensa que comparados con ella, sus choques anteriores con todos los triunviros fueron meras escaramuzas. Infatigable, implacable, poniendo en tensión todos sus nervios, utilizando incomparables recursos de razonamiento y persuasión, abarcando una gama excepcional de ideas y lincas políticas, y finalmente apoyado por un gran sector. probablemente la mayoría, de la Vieja Guardia que hasta entonces lo había desdeñado, hizo un esfuerzo prodigioso por despertar al partido bolchevique y por influir sobre el rumbo ulterior de la revolución. Como luchador, la posteridad tal vez tendrá que reconocer que en 1926 y 1927 fue más grande que en 1917. La fuerza de su intelecto fue la misma. La llama de su pasión revolucionaria ardió con la intensidad y el fulgor de siempre. Y dio pruebas de una fuerza de carácter superior a la que había necesitado y demostrado en 1917. Ahora luchaba con adversarios dentro del campo de la revolución, no con enemigos de clase; y para esta lucha se requería un valor no sólo mayor, sino de diferente naturaleza. Algunos años después sus mismos adversarios, cuando narraban en privado los incidentes de esta contienda y describían sus formidables ataques y su comportamiento bajo el fuego, presentaban la imagen de un Titán caído. Aun cuando se regocijaban con su caída, seguían recordando con admiración la grandeza que ellos habían batido.[1]

Los otros dirigentes, por supuesto, también llevaron a la contienda fuertes pasiones, los recursos de sus intelectos nada comunes y profundamente versados en el marxismo, la ingeniosidad táctica y una energía y una determinación que. aun en los más débiles de ellos, eran todavía muy superiores a las ordinarias. Las cuestiones en tomo a las cuales lucharon figuraban entre las más importantcs y trascendentales que en cualquier época hayan sido motivo de disputa entre los hombres: el destino de 160 millones de personas y la suerte del comunismo en Europa y Asia.

Sin embargo, esta gran contienda tuvo lugar en un terrible vacío. En cada uno de los bandos sólo participaron pequeños grupos. La nación permaneció muda. Nadie sabía ni podía saber lo que ésta pensaba, e incluso era difícil conjeturar cómo estaban divididas sus simpatías. La lucha se libró en torno a cuestiones de vida o muerte para la nación, pero se libró por encima de ella. A primera vista,

---

1- Nos referimos a los relatos sobre la lucha que nos hicieron muchos miembros del Partido en Moscú en el año 1931.

nada de lo que la nación sentía o pensaba podía afectar el resultado de la contienda, puesto que la masa de la población estaba privada de todos los medios de expresión política. Con todo, los adversarios en ningún momento apartaron sus ojos de. los obreros y los campesinos, pues aun cuando éstos eran poco capaces de expresar sus opiniones con coherencia, de su actitud dependía en última instancia el resultado de la lucha. Para vencer, las facciones gobernantes sólo necesitaban la pasividad de las masas, en tanto que la Oposición necesitaba para su éxito el despertar y la actividad política de éstas. Por consiguiente, las primeras tenían la tarea más fácil: era mucho más sencillo confundir a las masas y engendrar la apatía en ellas que hacerlas comprender las cuestiones en discusión y activar su espíritu. La Oposición, además, en sus intentos de apelar al pueblo, se vio trabada desde el principio por sus propias inhibiciones. Por considerarse un sector del partido gobernante y por seguir reconociendo la responsabilidad exclusiva del Partido frente a la revolución, la Oposición no podía apelar con la conciencia tranquila a la clase obrera, cuyo grueso estaba fuera del Partido, contra sus adversarios. Sin embargo, a medida que la lucha se desarrolló y fue haciéndose más enconada, la Oposición se vio obligada a tratar de encontrar apoyo precisamente entre esa masa de trabajadores. Entonces sintió el peso pleno del estado de ánimo popular dócil e indolente. Nadie sufrió a causa de esto más intensamente que Trotsky, quien lanzaba sus rayos y centellas al vacío.

Por otra parte, las cuestiones en debate, vistas retrospectivamente. no parecen tan reales como les parecieron a los protagonistas. Algunos de los problemas principales hubieron de hacerse borrosos poco después del término de las disputas: y, junto con ellos, algunas de las divisiones que habían parecido profundas e inzanjables se atenuaron o desaparecieron. Stalin denunció a Trotsky, con fría violencia, como el enemigo del campesino, en tanto que Trotsky presentó a Stalin como el amigo del kulak. El estruendo de esas recriminaciones todavía llenaba el aire cuando Stalin emprendió la aniquilación del kulak. De manera similar, Stalin previno al país contra la "superindustrialización" que Trotsky supuestamente postulaba: pero a continuación él mismo se lanzó precipitadamente por el mismo camino que acababa de condenar como pernicioso.

A medida que la lucha se desarrolla, una especie de bruma envuelve también a la mayoría de los personajes. Si al continuar esta narración tenemos presente la suerte que finalmente corrieron Zinóviev. Kámenev. Bujarin, Ríkov, Tomsky y muchos otros, nos sorprenden la inconstancia y la futilidad de su comportamiento, aun cuando podamos discernir sus móviles. Cada uno de estos hombres está completamente sumergido en las tarcas del día o del momento y es totalmente incapaz de ver más allá de ellas y de precaver los males del día siguiente. No sólo Stalin y los acontecimientos los empujan a su perdición, sino que ellos mismos se empujan

entre sí; y en diversas ocasiones lo hacen con un furor obsesivo que desfigura sus caracteres y deforma sus mentes. Las imponentes figuras de los jefes se reducen y se esfuman. Se convierten en víctimas indefensas de las circunstancias. Los gigantes se transforman en mariposillas de luz que acuden ciegamente, atropellándose entre sí. a la llama que acaba por consumirlos. Sólo dos figuras parecen enfrentarse hasta el fin en una realidad irreductible y una hostilidad sin tregua: Trotsky y Stalin.

En el verano de 1926 la Oposición Conjunta organizó febrilmente a sus partidarios. Envió emisarios a las filiales del Partido en Moscú y Leningrado para establecer contacto con los miembros cuya actitud critica frente a la política oficial era conocida, para organizados en grupos de oposición e inducirlos a servir de portavoces de la Oposición en sus células. Deseosa de extender la red de sus grupos, la Oposición también envió sus emisarios a muchas ciudades de provincia, proporcionándoles instrucciones, papeles y "tesis" relativas a sus actitudes.

Las idas y venidas de los emisarios no tardaron en atraer la atención de la Secretaría General, que se mantenía al tanto de los movimientos de quienes se sospechaba que simpatizaban con la Oposición. Los trotskistas y los zinovievistas fueron llamados a las oficinas del Partido para que explicaran sus actividades. Los comités del Partido, cuando so enteraban de que se estaba efectuando una reunión de oposicionistas, enviaban a sus representantes locales a disolverlas sobre la base de que eran ilegales. Cuando esto no daba resultado, despachaban pandillas de fanáticos y rufianes a disolverlas por la fuerza. La Oposición se vio así obligada a organizarse más o monos clandestinamente. Sus miembros se reunían subrepticiamente en los hogares de obreros humildes en los caseríos suburbanos. Cuando las pandillas los seguían hasta allí y los dispersaban, se reunían en pequeños grupos en los cementerios, los bosques de las afueras, etc., y colocaban centinelas y enviaban patrullas para proteger sus reuniones. El largo brazo de la Secretaría General llegaba también hasta estos remotos v extraños lugares de reunión. No faltaron los incidentes grotescos. Un día. por ejemplo, los sabuesos del comité de Moscú descubrieron una reunión clandestina en un bosque de las afueras de la ciudad. La reunión la presidía un alto funcionario del Ejecutivo de la Comintern, lugarteniente de Zinóviev. y en ella hacía uso de la palabra nada menos que Lashevich, vice-Comisario de la Defensa. Zinóviev. como Presidente de la Internacional Comunista, utilizaba los recursos de su oficina para diseminar la propaganda de la Oposición y para hacer contactos con sus grupos. La sede de la Internacional vino a ser, por decirlo así, la guarida de la Oposición; y este hecho también atrajo rápidamente la atención de Stalin.

Tales fueron las circunstancias bajo las cuales la Oposición logró reclutar y organizar a varios millares de partidarios regulares. Los cálculos sobre el número real de sus miembros, de los cuales aproximadamente la mitad eran trotskistas y

la otra mitad zinovievistas, oscilan entre 4.000 y 8.000 afiliados.[2] Los restos de la Oposición Obrera, unos cuantos centenares a lo sumo, también declararon su adhesión. La Oposición Conjunta deseaba movilizar a todos cuantos estuviesen dispuestos a militar en ella, sin tomar en cuenta divergencias pasadas; aspiraba a convertirse en la gran agrupación de todos los disidentes bolcheviques. Podría decirse, por consiguiente, que sufrió una decisiva derrota inicial cuando no logró reclutar un número mayor de partidarios. En comparación con la militancía total del Partido, que sumaba tres cuartos de millón de miembros aproximadamente, unos cuantos millares de oposicionistas constituían una pequeña minoría.

Sin embargo, la fuerza de las facciones no debe considerarse únicamente a la luz de estas cifras. La gran mayoría del Partido era como una masa gelatinosa, compuesta por miembros dóciles y obedientes, faltos de opinión y voluntad propias. Ya hacía más de cuatro años que Lenin había declarado que el Partido era virtualmcnte nulo como organismo formulador de línea política y que sólo la Vieja Guardia, el "reducido estrato" que no contaba con más de unos cuantos millares de miembros, era el custodio de las tradiciones y los principios bolcheviques.[3] El resultado de la campaña de reclutamiento de la Oposición debe juzgarse a la luz de esta declaración. La Oposición no obtuvo su apoyo de la masa inerte, sino de los elementos reflexivos, activos y enérgicos, pertenecientes en su mayoría a la Vieja Guardia, y en parte de los militantes jóvenes. Los oportunistas y los arribistas se mantuvieron al margen. El espectáculo de las reuniones disueltas a golpes y las amenazas estentóreas que los fanáticos stalinistas y bujarinistas proferían contra los partidarios de la Oposición, ahuyentaron a los pusilánimes y a los cautelosos. Los escasos contemporizadores que en 1923 todavía le habían apostado al caballo perdedor y se habían descrito a sí mismos como trotskistas, tuvieron ahora la oportunidad de redimirse afiliándose a las facciones gobernantes. Los varios millares de trotskistas y zinovievistas eran, al igual que los revolucionarios profesionales de antaño, hombres y mujeres que abrigaban convicciones profundas y afrontaban graves riesgos personales. La mayoría de ellos se habían destacado entre los cuadros bolcheviques en los momentos más críticos y habían tenido muchos vínculos políticos con la clase obrera. Es dudoso que el núcleo de las facciones gobernantes haya sido más fuerte, incluso numéricamente. Por el momento los bujarinistas parecían gozar de mayor popularidad que los stalinistas; ello no obstante, dos años más tarde habrían de ser derrotados mucho más fácilmente que la Oposición Conjunta, aunque uno de sus jefes presidía el Consejo de Comisarios del Pueblo, otro los sindicatos y otro más la Internacional Comunista. En cuanto a la facción stalinista, su fuerza no

2- La cifra menor procede de fuentes stalinistas y la mayor de fuentes trotskistas.
3- Véanse pp. 32-33.

residía en su ta maño, sino en el completo dominio del aparato del Partido por su jefe. Esto le permitía utilizar todos los recursos del Partido, amañar las elecciones, fabricar mayorías, ocultar el carácter faccional y personal de su política y, en suma, identificar a su propia facción con el Partido. A lo sumo, sólo unas 20.000 personas participaron por propia decisión, directa y activamente, en el trascendental conflicto dentro del Partido.

La Oposición Conjunta proclamó oficialmente su existencia en una sesión del Comité Central que tuvo lugar a mediados de julio.[4] Poco después de la apertura de la sesión, Trotsky dio lectura a una declaración política en la que él, Zinóviev y Kámenev, al tiempo que lamentaban sus pasadas disputas, declaraban su propósito común de liberar al Partido de la tiranía de su aparato y de laborar por la restauración de la democracia interna en el Partido. La Oposición definía su actitud como la de la izquierda bolchevique, que defendía los intereses de la clase obrera contra el campesinado rico, la burguesía "nepista" y la burocracia. El primero de sus objetivos era un aumento en los salarios industriales. El gobierno había decretado una congelación de salarios que sólo podría modificarse cuando mediara la justificación de un aumento en la productividad. Contra esto, la Oposición sostenía que la situación de la clase obrera era tan desesperada -los salarios eran más bajos aún que antes de la revolución- que para lograr un aumento en la productividad era necesario primero mejorar las condiciones de vida de los obreros. Éstos deberían estar en libertad de presentar sus demandas a través de los sindicatos y de contratar con la administración industrial, en lugar de ser obligados a someterse a los dictados de los administradores y de ver a los sindicatos convertidos en instrumentos obedientes del Estado. La Oposición exigía también una reforma en el sistema de impuestos. El gobierno obtenía sus ingresos, en proporción cada vez mayor, de los impuestos indirectos, cuya carga la soportaban, como siempre, los pobres. Esta carga, sostenía la Oposición, debería ser aligerada, y la burguesía de la NEP debería ser obligada a pagar impuestos más altos sobre sus ganancias.[5]

4- Ésta fue una sesión conjunta del Comité Central y la Comisión Central de Control, que duró del 14 al 23 de julio. The Trotsky Archives, KPSS v Rezolutsiyaj, vol. II, pp. 148-169. N. Popov, Outline History of the CPSU, vol. II, pp. 274 sigs. L. Trotsky, Mi vida, tomo II, pp. 386-422. E. Yaroslavsky, Aus der Geschichte der Komm. Partei d. Sowjetunión, vol. II. pp. 394 sigs.

5- La Oposición consideraba escandaloso que el gobierno obtuviera una cuantiosa proporción de sus ingresos del monopolio estatal del vodka y adquiriera así un interés creado en la intoxicación alcohólica de las masas. Lo que el gobierno ganaba como productor de vodka lo perdía como empresario industrial debido a la ineficiencia de los obreros borrachos y a un alto índice de accidentes en la industria. El gobierno justificaba el monopolio del vodka con el argumento de que éste combatía eficazmente el consumo en masa, más desastroso aún, del alcohol de producción doméstica. Éste era, según el consenso general, un problema difícil.

La Oposición abordaba los problemas del campo desde un punto de vista paralelo. En esta esfera también exigía una reforma tributaria, sosteniendo que el impuesto agrícola único, entonces en vigor, beneficiaba a los ricos. Demandaba que la gran masa de los *bednyaks*, que constituía entre el 30 y el 40% de todos los pequeños propietarios rurales, fuese eximida del pago de impuestos, y que el resto de los campesinos pagasen un impuesto progresivo que afectaría más a los kulaks. La Oposición abogaba además por la colectivización de la agricultura. No proponía la colectivización forzosa o en escala general, ni la "liquidación del *kulak* como clase", sino una reforma a largo plazo que se llevaría a cabo gradualmente, con el consentimiento del proletariado y fomentada por la política de créditos del gobierno y la utilización de los recursos industriales. Ninguna de las demandas de la Oposición iba más allá de un aumento de 50% en los impuestos a los kulaks y de préstamos virtualmente obligatorios de trigo que le permitirían al gobierno incrementar las exportaciones y llevar adelante la importación de maquinaria industrial. Frente a las enérgicas refutaciones oficiales, la Oposición sostenía que el producto de los nuevos impuestos y de los préstamos de trigo capacitarían al gobierno para aumentar los fondos de inversiones industriales, pese al aumento en los salarios y a la reducción de los impuestos a los campesinos pobres.

El programa de la Oposición culminaba con la demanda de una industrialización más rápida. Una vez más Trotsky, esta vez con el apoyo de Zinóviev y Kámenev. acusó al gobierno de ser incapaz de prever y planificar. Tan tímida había sido la política oficial y a tal punto se había resignado al "paso de tortuga", que por regla general el desarrollo industrial se adelantaba a las previsiones oficiales. En 1925 las industrias del hierro v el acero y los transportes alcanzaron los objetivos que, según el Supremo Consejo de la Economía Nacional, debían haber alcanzado en 1930. ¡Qué ímpetu mucho mayor podría impartirle a la economía una dirección previsora y vigorosa! El XIV Congreso se había declarado en favor de elevar los objetivos y acelerar el ritmo de desarrollo. Pero sus resoluciones no habían tenido ningún efecto práctico: una burocracia plagada de hábitos rutinarios sencillamente las pasaba por alto. Para vencer la inercia era necesario, cuando menos, un plan abarcador y específico que cubriera cinco u ocho años por adelantado. "Dadnos un verdadero Plan Quinquenal", fue la consigna presentada por la Oposición.

La Oposición propuso que el gobierno, en vía de experimento, suspendiera tentativamente el monopolio del vodka durante uno o dos años. La mayoría rechazó esta proposición. Durante la primera semana de la Revolución de Octubre, como se recordará, los bolcheviques tuvieron que lidiar con la plaga de la borrachera en masa que pertenecía al legado de la Madre Rusia. (El profeta armado, pp. 298-299.) Diez años más tarde la plaga no había desaparecido; era utilizada por los gobernantes como un recurso fiscal y mantenía a las masas políticamente embrutecidas.

Mientras más firmemente abogaba la Oposición por el desarrollo del sector socialista, más categóricamente rechazaba el socialismo en un solo país. Éste se convirtió en el punto "ideológico" central de la disputa. La Oposición repudiaba la idea de un socialismo nacionalmente autosuficiente como incompatible con la tradición leninista y los principios marxistas. Sostenía que, pese a todos los retardos en la propagación de la revolución internacional, el Partido no tenía razones para contemplar el futuro de la URSS en una situación de aislamiento ni para descartar de antemano la perspectiva de acontecimientos revolucionarios en el extranjero. La construcción del socialismo duraría, en todo caso, muchas décadas y no unos cuantos años. ¿Por que suponer entonces que la Unión Soviética permanecería sola todo este tiempo como un Estado obrero? Esto era lo que suponían los stalinistas y los bujarinistas. De otra suerte no habrían insistido con tanta obstinación en que el Partido debía aceptar el socialismo en un solo país como un artículo de fe.

En este punto, pues, estaba en juego toda la orientación internacional del Partido. Suponer de antemano que la Unión Soviética tendría que constmir el socialismo en aislamiento del principio al fin era abandonar la perspectiva de la revolución internacional; y abandonar esa perspectiva ora negarse a laborar por ella e incluso obstruirla. La Oposición sostenía que, al "eliminar" la revolución internacional de su concepción teórica, Stalin y Bujarin tendían a eliminarla también de su política práctica. La estrategia de la Comintern estaba va fuertemente influida por las ideas de Bujarin sobre la "estabilización del capitalismo"; y tanto Stalin como Bujarin. señalaban Trotsky y Zinóviev, estaban llevando al comunismo europeo, si no hacia su autoliquidación, cuando menos hacia un acomodamiento con los partidos de la Segunda Internacional y los sindicatos reformistas. Este acomodamiento tomaba la forma do un frente unido "oportunista" en el que los Partidos Comunistas seguían la orientación de los socialdemócratas y se adaptaban a la actitud reformista. El ejemplo más notable de tales tácticas -que eran la negación misma de las directivas formuladas en anteriores Congresos de la Internacional Comunista- era el Consejo Anglo-Soviético. Éste era el resultado de un pacto entre los jefes de los sindicatos en los dos países. En ningún aspecto ponía ni podía poner a los comunistas en contacto con las masas reformistas para poder influir en ellas. En ningún aspecto, por consiguiente, fomentaba ni podía fomentar el pacto la lucha de clases en la Gran Bretaña. Por el contrario, argumentaba la Oposición, al cultivar la amistad con los jefes sindicales británicos mientras estos frenaban la lucha obrera e incluso rompían una huelga general, los comunistas soviéticos contribuían a la confusión de los obreros británicos, que no podían distinguir entre sus amigos y sus enemigos. Trotsky y, en menor medida. Zinóviev y Kámenev concentraron su ataque en el Consejo Anglo-Soviético como el epítome de aquel abandono tácito del propósito revolucionario que ellos veían como la premisa y el corolario del socialismo en un

solo país.

La declaración que Trotsky leyó en la sesión de julio del Comité Central contenía pocas cosas que él con sus aliados no hubiesen dicho anteriormente. Pero ésta era la primera ocasión en que presentaban juntas las críticas y proposiciones en una declaración general de política y enfrentaban a las facciones gobernantes con un desafío conjunto. La reacción fue vehemente. Los debates fueron acalorados y la exacerbación fue intensificada por un incidente sombrío. Dzerzhinsky, excitado y enfermo, pronunció un largo y violento discurso denunciando a los jefes de la Oposición, especialmente a Kámenev. Durante dos horas el agudo timbre de su voz taladró los oídos de sus oyentes. Después, al abandonar la tribuna, sufrió un ataque cardíaco, se desplomó y murió en el vestíbulo ante los ojos del Comité Central.

El Comité Central rechazó de inmediato la demanda de una revisión de la escala de salarios presentada por la Oposición. Los jefes de la mayoría sostuvieron que los productos manufacturados eran escasos y que los aumentos de salarios, si no guardaban relación con la productividad, provocarían una inflación y empeorarían en lugar de mejorar las condiciones de vida de los obreros. El Comité Central se negó a eximir de impuestos a los agricultores pobres y a hacer más onerosos los de otros grupos. Se resistió a la demanda de acelerar la industrialización y, finalmente, reafirmó su apoyo a la política de Stalin y Bujarin en la Comintern y en particular al Consejo Anglo-Soviético. Pero en lo tocante a todas estas cuestiones las facciones gobernantes actuaron con ánimo cohibido y en actitud defensiva; y no fue sobre la base de argumentos políticos, sino de disciplina partidaria, como Stalin contraatacó.

Stalin acusó a los jefes de la Oposición de haber formado una facción formal dentro del Partido, violando así la prohibición leninista promulgada hacía más de cinco años. Dirigió su golpe al sector más débil de la Oposición, el zinovievista. Acusó a Zinóviev de abusar de su posición como Presidente de la Internacional Comunista y de fomentar la actividad de la Oposición desde ese puesto; condenó a Lashévich y a un grupo de oposicionistas de menor importancia por la celebración de la reunión “clandestina” en el bosque a las afueras de Moscú; y, por último, presentó el caso de un tal Ossovsky, que había expresado la opinión de que la Oposición debería constituirse en un movimiento político independiente y enfrentarse al partido de Stalin y Bujarin con abierta hostilidad desde afuera. en lugar de actuar como una oposición leal desde adentro. Trotsky declaró que él mismo y la Oposición eran ajenos a tal idea, pero señaló que si algunos miembros llegaban a perder su fe en el Partido y toda esperanza de reformarlo desde adentro, la culpa de ello la tenían los dirigentes que habían hecho todo lo posible por obstruir todo intento de reforma. El Comité Central resolvió expulsar a Ossovsky del Partido, de destituir a Lashévich como miembro del Comité Central y vice-Comisario de la

Guerra, y de privar a Zinóviev de su puesto en el Politburó.[6]

Así, en este primer choque, la Oposición Conjunta sufrió un duro revés. La expulsión del Partido de uno de sus afiliados, aun cuando se tratara de un "extremista" poco conocido, fue una advertencia amenazante. Con la destitución de Lashévich, la Oposición quedó aislada del Comisariado de la Guerra. El peor golpe fue, por supuesto, la eliminación de Zinóviev del Politburó. Puesto que Kámenev, desde el XIV Congreso, sólo había sido miembro alterno, ambos ex-triunviros habían perdido su derecho al voto en el Politburó; y sólo Trotsky, entre los jefes de la Oposición, conservó su puesto. Era en virtud de su posición en el Politburó que Zinóviev había presidido la Internacional Comunista; ahora era inconcebible que siguiera haciéndolo. El hecho de que Stalin se hubiese atrevido a destituir al hombre a quien hasta hacía poco muchos habían considerado el triunviro más importante, era una señal de su extraordinaria fuerza y confianza en sí mismo. Tomó la medida con relampagueante rapidez y observando puntillosamente todas las sutilezas estatutarias. La proposición para destituir a Zinóviev fue presentada debidamente ante el Comité Central, el único organismo que tenía el derecho de nombrar y relevar a los miembros del Politburó; y fue aprobada por una mayoría abrumadora.

A estas alturas ya no había nada, en teoría, que le impidiera a Stalin privar también a Trotsky de su puesto en el Politburó. Sin embargo, no estaba seguro de poder obtener la misma mayoría abrumadora para nuevas represalias, y comprendió que una muestra de moderación sólo podría fortalecer su posición. Golpeando a la Oposición por partes preparaba mejor a la opinión del Partido para el enfrentamiento final. Mientras tanto, tenía poco que temer de las declaraciones de principios y de política de la Oposición o de sus manifestaciones de protesta efectuadas en el Comité Central o en el Politburó. Poco de lo que los jefes de la Oposición decían allí lograba filtrarse hasta las células en la base del Partido, y menos aún llegaba a la prensa. Mientras esto fuese así y la coalición goljernante mantuviese su solidaridad, las batallas verbales en el Politburó y el Comité Central no llevaban a la Oposición a ninguna parte.

Precisamente por ello, a la Oposición no le quedaba otra cosa que hacer que apelar a los miembros de base contra el Politburó y el Comité Central. En el verano de 1926 Trotsky y Zinóviev ordenaron a sus partidarios que dieran a conocer sus opiniones comunes a todos los miembros del Partido, que difundieron las declaraciones de política, materiales y "tesis" y se hicieran oír en las células. Los propios jefes de la

---

6- N. Popov. Outline History of the CPSU, vol. II pp. 279-292; E. Yaroslavsky op. cit., Parte II, cap. 10; The Trotsky Archives; Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VIII, pp. 176-203; KPSS v Rezolutsiyaj, vol. II, pp. 160-166.

Oposición fueron a las fábricas y a los talleres para hablar en las asambleas de los trabajadores. Trotsky hizo apariciones sorpresivas en grandes asambleas celebradas en la fábrica de automóviles y en los talleres ferroviarios de Moscú. Pero los jefes de la Oposición no corrieron mejor suerte en sus esfuerzos por formar opinión en el Partido desde abajo que desde arriba. El aparato del Partido se les había adelantado. Sus agentes, fanáticos y provocadores los recibían en todas partes con abucheos, ahogaban sus palabras con terribles algarabías, intimidaban a los auditorios, disolvían las asambleas por la fuerza y hacían físicamente imposible que los oradores obtuvieran la atención de los oyentes. Por primera vez en casi treinta años, por primera vez desde que había iniciado su carrera de orador revolucionario, Trotsky se encontró impotente frente a una multitud. Contra]a insolente gritería con que era recibido y los obsesivos abucheos y siseos, sus razonamientos más convincentes, su genio para la persuasión y su sonora y poderosa voz no valían de nada. Los insultos a que se veían sometidos otros oradores eran todavía más brutales. Se hizo claro que la primera apelación coordinada de la Oposición a los miembros del Partido había fracasado.

Stalin, posteriormente, se jactó de que había sido la militancia bolchevique de base, buena y honrada, la que le había infligido a la Oposición su bien merecido rechazo. La Oposición replicó que él había incitado contra ella a los peores elementos, lumpenproletarios y maleantes que no le permitieron a los militantes sanos familiarizarse con las opiniones de la Oposición. Stalin, en verdad, no obedeció a ningún escrúpulo, y la gritería con que sus agentes recibían a Trotsky difícilmente podía confundirse con "la voz del pueblo". Esto, sin embargo, no explica plenamente la humillante experiencia de la Oposición. Las pandillas de rufianes podían disolver las grandes asambleas porque la mayoría simpatizaba con ellos o cuando menos era indiferente. Un auditorio interesado y disciplinado generalmente sabe cómo expulsar o silenciar a los alborotadores que tratan de impedirle que escuche y forme sus propias opiniones. Detrás de los maleantes con sus abucheos había muchedumbres silenciosas, dóciles o pasivas hasta el punto de considerar que no valía la pena esforzarse por mantener el orden. En el fondo, fue la apatía de los militantes de base la que derrotó a la Oposición.

Y, sin embargo, las demandas que la Oposición había planteado en favor de los obreros, como la del aumento de salarios, tenían por objeto destruir la apatía. ¿Por qué, entonces, no suscitaron una reacción favorable? En lo tocante a los salarios, las facciones gobernantes maniobraron para dar la impresión de que cedían. En julio se habían negado categóricamente a considerar la demanda, declarando que un aumento de salarios le acarrearía grandes perjuicios a la economía nacional. Pero en septiembre, viendo que sus adversarios se disponían a apelar a los militantes de base, Stalin y Bujarin se les adelantaron y prometieron un aumento para beneficiar

a los grupos de obreros peor pagados y más descontentos. La excusa que se dio para el cambio de política fue que la situación económica había mejorado radicalmente, aunque tal mejoramiento no ocurrió ni podía ocurrir en el término de dos meses. La Oposición se apuntó así un éxito parcial, pero se vio privada de su argumento más efectivo. Stalin la desconcertó más aún cuando empezó a apropiarse las ideas de Trotsky sobre política industrial. Todavía no estaba preparado, ni mucho menos, para emprender la industrialización en escala general; pero, al redactar sus resoluciones y declaraciones, hizo suyas muchas fórmulas e incluso pasajes enteros de Trotsky.

Los lineamientos de la política rural fueron oscurecidos de manera similar. Stalin insistió en que las diferencias entre las facciones gobernantes y la Oposición no tenían que ver con el trato que debía dársele al kulak, sino al campesino medio. El clamor contra el kulak en el XIV Congreso había surtido su efecto, despertando en los cuadros del Partido una suspicacia furtiva frente a la escuela neopopulista. Bujarin ya no podía permitirse hablar en público sobre la necesidad de apaciguar al agricultor rico. El clima de opinión bolchevique había cambiado: el kulak volvió a ser reconocido como el enemigo del socialismo. Aunque el gobierno todavía se resistía a hostilizarlo y se negaba a aumentar la carga de sus impuestos, tampoco estaba en actitud de hacerle nuevas concesiones. Toda idea de una neo-NEP quedó descartada ahora. No era que las cosas hubiesen mejorado. Atrapada entre presiones contrapuestas, la política oficial se fijó en la inmovilidad. Así dominaron en ella los aspectos negativos de ambas posiciones: no podía contar ni con las ventajas que habría acarreado el apaciguamiento del kulak, ni con las que habrían producido las medidas sociales y fiscales rigurosas. La Oposición aún tenía un argumento poderoso. Stalin, sin embargo, logró desviar la atención del problema: acusó a Trotsky y a Zinóviev de tratar de empujar al Partido a un conflicto con los muchos millones de campesinos medios, aquellos muzhiks por excelencia que no eran explotadores, cuyo apego a la propiedad privada era por consiguiente inofensivo, y cuya buena voluntad era esencial para la alianza entre el proletariado y el campesinado.

La Oposición, en verdad, no tenía nada en contra de los campesinos medios.[7] No le pedía al Partido que les apretara las clavijas fiscales; y la masa de serednyaks, apenas autosuficientes en sus pequeñas propiedades, no podían aportar gran cosa en todo caso a la solución del problema alimenticio de la nación. Sin embargo, la acusación de que la Oposición estaba pidiendo la cabeza del *serednyak* perjudicó su

---

7- La Oposición alegaba, sin embargo, que los stalinistas y los bujarinistas ocultaban a menudo la fuerza de la agricultura capitalista mediante el recurso de clasificar al kulak como serednyak.

causa. Una vez más, como en 1923 y 1924, legiones de propagandistas describieron a Trotsky como el archienemigo del campesinado, y añadieron que Zinóviev y Kámenev se habían contagiado de la hostilidad de Trotsky contra el muzhik. En las células del Partido, los militantes se sintieron totalmente confundidos por las acusaciones y contraacusaciones. Habían escuchado con aprensión los alegatos de Bujarin en favor del agricultor rico; y ahora veían con igual desconfianza, cuando menos, las intenciones de Trotsky y Zinóviev. Lo que menos podían desear los obreros, de origen rural en su mayoría, era un conflicto con el campesinado. Lo que deseaban en primer termino era la seguridad. Y puesto que eso era lo que Stalin parecía ofrecerles, se sintieron renuentes a poner sus manos en el fuego por la Oposición.

La fuerza de Stalin radicaba en su identificación con el anhelo popular de paz, seguridad y estabilidad. Trotsky daba la impresión, una vez más, de contrariar ese anhelo y de ofenderlo. La fatiga de las masas y su temor a los experimentos arriesgados formaron un transfondo constante de la lucha. Esa fatiga y ese temor los explotó Stalin más intensamente aún cuando trató de justificar su política exterior. Una vez más describió a Trotsky como el Quijote del comunismo que podría arrastrar al Partido a las más peligrosas aventuras.

Trotsky (dijo, defendiendo al Consejo Anglo-Soviético) no torna como punto de arranque de su política de gestos espectaculares a hombres concretos, a obreros concretos y existentes... sino a unos hombres ideales, incorpóreos, revolucionarios de pies a cabeza... La primera manifestación de esa política la tuvimos en la época de la paz de Brest-Litovsk, cuando Trotsky no firmó el acuerdo de paz germano-ruso e hizo un gesto espectacular contra el acuerdo, suponiendo que con gestos se podría levantar contra el imperialismo a los proletarios de todos los países... Vosotros, camaradas, sabéis perfectamente qué caro nos costó aquel gesto. ¿A quién favoreció aquel gesto espectacular? A... todos los que se esforzaban por estrangular al Poder Soviético, entonces todavía no fortalecido... No, camaradas, no aceptaremos esa política de gestos espectaculares; no la aceptaremos hoy, como no la aceptamos en la época de la paz de Brest-Litovsk... no queremos que nuestro Partido se convierta en un juguete en manos de nuestros enemigos.[8]

La comparación entre la paz de Brest-Litovsk y el Consejo Anglo-Soviético era del todo incongruente: ni siquiera un rompimiento total entre los dirigentes sindicales soviéticos y británicos -y debido a las objeciones de Zinóviev, la Oposición no exigía tal cosa- podía exponer ni remotamente a la Unión Soviética a peligros comparables con los que había tenido que arrostrar durante la crisis de Brest-Litovsk. La acusación era más grotesca aún cuando la hacía Bujarin, puesto

8- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VIII, pp. 190-191.

que en 1918 éste encabezó a la facción guerrerista que sólo fue derrotada cuando Trotsky, de cuyo voto dependía la decisión sobre el problema, votó en favor de la paz.[9] Pero, ¿quién conocía y quién recordaba los detalles de aquel gran drama? La memoria del partido bolchevique era corta, y por ello era tan fácil despertar en él el temor a los "gestos espectaculares" de Trotsky.

Este fue también el estado de ánimo en que el bolchevique común y corriente escuchó los debates sobre el socialismo en un solo país. Le resultaba sumamente difícil juzgar el problema a base de los hechos concretos. La controversia, en la medida en que no se había empantanado en tergiversaciones y añagazas, la libraban dos escuelas de economistas, una de las cuales concebía la "construcción del socialismo" dentro de un sistema nacionalmente contenido en sí mismo, y la otra lo veía en el contexto de la más amplia división internacional del trabajo. Sólo los miembros más cultos del Partido podían seguir la discusión en este nivel. Los militantes de base no podían comprender por qué Zinóviev y Kámenev insistían en que los recursos internos de Rusia, aun cuando eran lo suficientemente abundantes para permitir un progreso considerable, no bastarían para el establecimiento del socialismo plenamente desarrollado. Mucho menos podían digerir el razonamiento de Trotsky que tenía sus raíces en estratos más profundos del pensamiento marxista. Trotsky sostenía que, aun cuando la revolución socialista podría confinarse durante algún tiempo en el ámbito de un solo Estado, el socialismo no podría realizarse dentro del marco de ningún Estado nacional, ni siquiera tratándose de uno tan vasto como la Unión Soviética o los Estados Unidos. El marxismo siempre había concebido el socialismo en términos de una comunidad internacional, porque sostenía que, históricamente, la sociedad tendía hacia la integración en una escala cada vez mayor. En la transición del orden feudal al burgués, Europa había superado sus particularismos medievales. La burguesía había creado el mercado nacional, y sobre la base de éste había adquirido forma el Estado nacional moderno. Pero las fuerzas productivas y las energías económicas de las naciones avanzadas no podían afianzarse dentro de fronteras nacionales, que ya habían trascendido incluso bajo el capitalismo con su división internacional del trabajo, el rasgo más notable del progreso alcanzado por el Occidente burgués.[10] Marx, que en este punto era discípulo fiel de Smith y Ricardo, había escrito en el Manifiesto Comunista:

La gran industria ha creado el mercado mundial... (que) aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transpone por

9- Véase El profeta armado, capítulo XI

10- En los años treinta Trotsky, consecuentemente, vio en la recaída del Occidente burgués en el nacionalismo económico (especialmente en la autarquía del Tercer Rcich) la señal más segura de su decadencia.

tierra... Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero... la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional... En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones.[11]

¿Cómo, entonces, preguntaba Trotsky, podía concebirse el socialismo limitado a su ámbito nacional, aislado y autosuficiente? El alto nivel de tecnología, eficiencia y abundancia que presuponía el socialismo, un nivel superior ai que había logrado el capitalismo, no podría alcanzarse dentro de una economía cerrada y atrasada. El socialismo dependía, más aún que el capitalismo, del "intercambio universal de las naciones". Debía llevar la división internacional del trabajo incomparablemente más lejos de lo que la burguesía jamás había soñado, y en tanto que ésta sólo la había realizado esporádica e inconscientemente, el socialismo la planificaría sistemática y racionalmente. La concepción del socialismo en un solo país era, por consiguiente, no sólo irreal, sino además reaccionaria, puesto que ignoraba la lógica del desarrollo histórico y la estructura del mundo moderno. Más enfáticamente aún que antes, Trotsky defendió la idea de los Estados Unidos de Europa como paso previo a una comunidad socialista mundial.

Sean cuales fueren los méritos o los deméritos de su razonamiento, el meollo de éste no estaba al alcance del bolchevique de base cuyo apoyo la Oposición trataba de ganarse. Dos años más tarde, cuando ya se hallaba en el destierro, Rádek, reflexionando sobre las causas de la derrota de la Oposición, le escribió a Trotsky diciéndole que ellos habían abordado su tarea como propagandistas, refiriéndose a grandes teorías abstractas, y no como agitadores políticos que se esforzaran por ganar apoyo para ideas populares y prácticas.[12] Rádek, indudablemente, escribió esto en un estado de ánimo derrotista -andando el tiempo habría de capitular ante Stalin- y no le hacía justicia a la Oposición. Las ideas prácticas que la Oposición había presentado (sus proposiciones sobre salarios, impuestos, política industrial, democracia proletaria, etc.) tampoco lograron impresionar a los militantes ordinarios del Partido. Con todo, había cierta verdad en las palabras de Rádek. La base del Partido estaba fatigada, desilusionada y tendía al aislacionismo. No la seducían las vastas perspectivas históricas que Trotsky le presentaba. Lo que anhelaba, como dijo Varga, era una doctrina de consolación que le recompensara los sacrificios que

---

11- Cursivas nuestras

12- Véase el memorándum de Rádek "Nado dodumat do kontsa", escrito en 1928 (sin fecha precisa), en The Trotsky Archives.

había hecho y los que ahora se le pedía que hiciera. El socialismo en un solo país era una hazaña de la creación mítica que habría de caracterizar todo el progreso del stalinismo y que trataba de ocultar el abismo entre la promesa bolchevique y su cumplimiento. Para Trotsky, esa creación mítica cra un nuevo opio para las masas que el Partido debía negarse a suministrar.

Nuestro Partido (escribió), en su periodo heroico, postuló sin reservas la revolución intemacionaí, no el socialismo en un solo país. Bajo esta bandera y con un programa que declaraba francamente que la Rusia atrasada... no podría alcanzar por sí sola el socialismo, nuestra juventud comunista vivió los años más duros de la guerra civil, soportando el frío, el hambre y las epidemias, realizó voluntariamente arduos trabajos en jornadas de fin de semana (*subbotniki*), estudió y pagó cada paso adelante con innumerables sacrificios. Los miembros del Partido y los *komsomoltsy* combatían en los frentes y (en sus días de descanso) se ofrecían como voluntarios para cargar leños en las estaciones de ferrocarril, no porque esperaran construir con aquellos leños el socialismo nacional, sino porque le servían a la causa de la revolución internacional, para la cual era esencial que la fortaleza soviética resistiera; cada leño iba a reforzar esa fortaleza... Los tiempos han cambiado... pero el principio conserva aún toda su vigencia. El obrero, el campesino pobre, el guerrillero y el joven comunista han demostrado por medio de toda su conducta hasta 1925 que no necesitan un nuevo evangelio. Son el funcionario que mira con desprecio a las masas, el ¡pequeño administrador que no desea que lo molesten y el parásito del aparato del Partido... quienes la necesitan. Son ellos quienes piensan ... que no se puede tratar con el pueblo sin una doctrina de consolación. .. El obrero que comprende que es imposible construir un paraíso socialista como un oasis en medio del infierno del capitalismo mundial, y que comprende que el destino de la República Soviética y el suyo propio dependen enteramente de la revolución internacional, ese obrero cumplirá sus deberes para con la Unión Soviética mucho más enérgicamente que aquél a quien se le dice y cree que ya tenemos "un socialismo al 90%".[13]

Desgraciadamente para la Oposición y para Trotsky, la masa fatigada y desilusionada, y no sólo el "pequeño funcionario y el parásito", respondía más favorablemente a la doctrina de consolación que a la heroica invocación de la revolución permanente. Y se engañaba con la ilusión de que Stalin le ofrecía el camino más seguro, más fácil y menos doloroso.

El socialismo en un solo país también halagaba el orgullo nacional del pueblo, en tanto que las exhortaciones intemacionalistas de Trotsky les sugerían a las mentes

---

13- Trotsky, The Third International After Lenin, p. 67. La traducción inglesa ha sido reformulada en parte.

simples que él sostenía que Rusia no podía depender de sus propias fuerzas y que su salvación vendría, en último término, de un Occidente en revolución. Esto sólo podía herir el amor propio de un pueblo que había hecho la más grande de las revoluciones, un amor propio que, pese a todas las miserias de la vida cotidiana, era muy real aun cuando estuviera curiosamente mezclado con la apatía política.

Trotsky se refería al atraso de Rusia como un obstáculo formidable para el socialismo. Las masas dirigidas por los bolcheviques tenían conciencia de su atraso, y la Revolución de Octubre fue su protesta contra el mismo. Pero las naciones, las clases y los partidos, al igual que los individuos, no pueden vivir indefinidamente con una conciencia aguda de su propia inferioridad. Empiezan a sentirse ofendidos cuando esa inferioridad se les recuerda con demasiada frecuencia, y se sienten insultados cuando sospechan que alguien está empeñado en recordársela. Los apologistas del socialismo en un solo país le restaron importancia al atraso de Rusia, le dieron explicaciones fáciles e incluso lo negaron.[14] Le dijeron al pueblo que podía lograr sin ayuda de nadie la consumación del socialismo, el supremo milagro de la historia. Lo que Stalin parecía abrir no era tan sólo el camino más fácil y seguro, sino el sendero del pueblo elegido del socialismo, el sendero de la peculiar misión revolucionaria de Rusia con que habían soñado generaciones de populistas. En verdad, dos creencias rivales y cuasi-mesiánicas parecían chocar entre sí: el trotskismo con su fe en la vocación revolucionaria del proletariado occidental, y el stalinismo con su glorificación del destino socialista de Rusia. Y puesto que la impotencia del comunismo occidental había quedado demostrada en repetidas ocasiones, era fácil prever cuál de las dos creencias habría de ser mejor acogida por el pueblo.

Sin embargo, pese a toda su fe optimista en la inminencia de la revolución en Occidente, era Trotsky, más bien que sus adversarios, quien por regla general analizaba con actitud más realista la situación internacional contemporánea. Su idealismo revolucionario no le impedía abordar de manera rigurosamente realista las situaciones específicas, lo mismo en el campo diplomático que en el movimiento comunista. Sin embargo, por su naturaleza misma, este aspecto de su actividad, sus magistrales exámenes y análisis de los sucesos mundiales, no podían causar gran impresión en los militantes de base, quienes cobraban o les hacían cobrar una cínica conciencia del aura del romanticismo revolucionario que rodeaba a Trotsky.

Las cuestiones en debate se hicieron más confusas aún en virtud del peculiar estilo escolástico en que se ventilaron las controversias. Si buscáramos analogías

---

14- Esto se reflejó incluso en los textos de historia bolchevique, especialmente en la interpretación de Pokrovsky de la evolución del capitalismo y del Estado en Rusia. Pokrovsky era entonces el historiado- stalinista ortodoxo.

históricas, tendríamos que acudir a aquella literatura medieval en que los teólogos discutían cuántos ángeles cabían en la punta de un alfiler o a las disputas talmúdicas sobre qué fue primero, el huevo o la gallina. Cuando el bolchevique común y corriente oía decir a Trotsky que la mejor manera de adelantar la construcción del socialismo en Rusia era fomentar la revolución internacional, y a Stalin replicar que la mejor manera de fomentar la revolución internacional era construir el socialismo en Rusia, la sutileza de la diferencia lo dejaba mareado. Ambos bandos argumentaban partiendo de los cánones de la ortodoxia leninista, cánones que los triunviros habían establecido en primer término para abrumar a Trotsky con ellos y que posteriormente lograron imponerle a éste. Desde entonces la ortodoxia se había hecho más densa, más dura y más elaborada. Al igual que tantas otras ortodoxias, servía para explotar la autoridad moral de una doctrina heredada en provecho del grupo gobernante, para disfrazar el hecho de que la doctrina no ofrecía soluciones claras a los nuevos problemas, para reinterpretar sus principios, para ahogar la disensión o la duda y para disciplinar a los fieles. Era tarea vana buscar en los escritos de Lenin soluciones para los problemas del momento. Unos cuantos años antes la mayoría de los problemas todavía no se habían presentado o sólo eran incipientes: y aun para los problemas de que Lenin se había ocupado era posible encontrar las soluciones más contradictorias, dado que Lenin se había ocupado de ellos en situaciones cambiantes y en circunstancias contradictorias. Esto no les impedía a los jefes del Partido utilizar términos que en boca de Lenin habían sido expresiones políticas como si hubiesen sido fórmulas teológicas. Citaron los ingeniosos epítetos que Lenin solía endilgar a sus camaradas en el transcurso de sus controversias con ellos, como si fuesen anatemas papales. Mientras más independiente en su pensamiento y capaz de iniciativa hubiese sido cualquier bolchevique prominente, mayor cantidad de tales epítetos contra él podían extraerse de los escritos o de la correspondencia de Lenin: sólo los contemporizadores y los serviles no tenían nada que temer de este tipo de polémica. La sombra de Lenin fue invocada así para destruir a sus compañeros y discípulos que ahora encabezaban la Oposición. La Oposición hizo todo lo que pudo para utilizar la misma sombra contra las facciones gobernantes. Alegó que eran sus adversarios quienes incurrían en el pecado de falsificar las enseñanzas de Lenin, en tanto que la Oposición se esforzaba porque el Partido "volviera al leninismo".

Es cierto que en lo tocante al punto central de la controversia, o sea el socialismo en un solo país, la Oposición tenía razones sumamente poderosas para alegar que representaba a la ortodoxia leninista: Lenin había hablado repetidamente, como también lo habían hecho Stalin y Bujarín hasta 1924, acerca de la imposibilidad de tal socialismo.[15] Si Stalin y Bujarin hubiesen estado en libertad de defender su

posición con franqueza, podrían haber dicho que en vida de Lenin el problema no se había presentado en la forma que ahora exhibía, que el aislamiento de la Revolución Rusa se había hecho mucho más evidente desde la muerte de Lenin, que los pronunciamientos de Lenin sobre la cuestión habían dejado de ser pertinentes en virtud de esa circunstancia, y qbe ellos tenían el derecho de presentar su nueva doctrina sin tomar en consideración ningún texto sagrado. Pero Stalin y Bujarin no estaban en libertad de argumentar así. Ellos también habían sido arrastrados por la ortodoxia de su propia hechura. No podían permitirse aparecer como los "revisionistas" del leninismo que indudablemente eran. Tenían que presentar el socialismo en un solo país como una inferencia legítima de las enseñanzas de Lenin, y más aún. romo una idea desarrollada por el propio Lenin. Pero, dado que los textos leninistas testimoniaban claramente en favor de la Oposición, Bujarin y Stalin tuvieron que desviar la atención del Partido de dichos textos mediante el recurso de convertir la controversia en una interminable y grotesca disputa cuyos bizantinismos confundieron, irritaron y finalmente aburrieron mortalmente a la base del Partido. Resulta casi imposible describir en una narración histórica el estilo obsesivamente reiterativo y monótono de estas disputas escolásticas. Y. sin embargo, el estilo de la controversia pertenece a la sustancia misma de los acontecimientos: su índole reiterativa y monótona desempeñó una función definida en el drama político. Ahogó en el bolchevique y en el obrero ordinarios todo interés en los problemas bajo discusión. Les dieron la sensación de que esos problemas eran de la exclusiva incumbencia de los maestros del dogma que trataban cuestiones abstrusas, y no de! hombre común. Esto privó a la Oposición de su auditorio y les permitió a las facciones gobernantes "probar que su doctrina era ortodoxa por medio de golpes y porrazos apostólicos".

El llamado de "¡Volvamos a Lenin!" hecho por la Oposición cayó igualmente en oídos sordos cuando la Oposición trató de recordarle al Partido la libertad con

15- Una presentación y un análisis detallados de la actitud de Lenin se encontrarán en mi Vida de Lenin. Aquí bastarán una» breves citas de Lenin: "...nosotros pusimos nuestras esperanzas en la revolución internacional, y ello era perfectamente justificable... Nosotros siempre subrayamos que vemos las cosas desde un punto de vista internacional y que es imposible llevar a cabo en un solo país una empresa como la revolución socialista". Lenin dijo esto en el tercer aniversario de la insurrección de Octubre. Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXV, p. 474 (edición de 1928: el pasaje en cursivas ha sido omitido en las ediciones posteriores). Y una vez más, después del fm de la guerra civil, declaró: "Nosotros les hemos dicho siempre y repetidamente a los obreros que ... la condición básica de nuestra victoria reside en la propagación de la revolución a varios, cuando menos, de los países más avanzado". En el VI Congreso de los Soviets dijo: "La victoria completa de la revolución socialista es inconcebible en un solo país, pues ella requiere la cooperación más activa de varios países avanzados cuando menos, entre los cuales no puede contarse a Rusia..." Lenin, Obras (ed. rusa), vol. XXVIII. p. 132.

que había discutido y ventilado sus asuntos en vida de Lenin. Tales recordatorios eran un arma de dos filos, porque si bien era cierto que los bolcheviques habían disfrutado de la más plena libertad de expresión casi hasta el fin de la era de Lenin. también era cierto que hacia el término de esa era el propio Lenin había limitado severamente esa libertad al decretar la prohibición de facciones y grupos dentro del Partido. Podría pensarse que el propio instinto de conservación de la Oposición debió inducirla a denunciar la prohibición como perniciosa, o cuando menos anticuada, y a exigir su revocación. Pero la Oposición estaba ya tan envuelta en la red de la ortodoxia que no se atrevía a alzar la voz contra una prohibición que tenía tras de sí la autoridad de Lenin. En 1924 Trotsky repudió incluso a algunos de sus amigos cuando estos trataron de abogar por la libertad de formar grupos dentro del partido.[16] Dos años más tarde todavía aceptaba la validez de la prohibición, aunque señalaba que ésta había sido ideada para un partido que gozaba de libertad de expresión, y que en un partido amordazado el descontento y la disensión tendían necesariamente a adquirir formas faccionales. Así la Oposición Conjunta, después de organizarse en una facción formal, no tuvo el valor de defender su acción; y esta pusilanimidad la hizo doblemente vulnerable. Sólo los hipócritas, replicó Stalin, podían pedir un retomo a Lenin al mismo tiempo que rechazaban aquella prohibición de las facciones y aquella disciplina monolítica que eran principios esenciales del leninismo. El Comité Central, concluyó, no debía permitir que la actividad faccional se desarrollara impunemente: en las filas bolcheviques no debía haber lugar para quienes rechazaban la concepción leninista del Partido.

La repulsa que la Oposición había recibido de las células y la amenaza de expulsión que Stalin hizo pesar sobre ella causaron un desorden en su seno. Zinóviev y Kámenev, que habían abrigado grandes esperanzas de un triunfo fácil, fueron presa del desaliento. Su sensación de derrota se vio agravada por el remordimiento. Lamentaron haber hecho el intento de levantar a las células contra el Comité Central y se mostraron ansiosos de emprender la retirada y aplacar a sus adversarios. Por otra parte, les causaban inquietud las ideas que iban ganando terreno en el sector ultrarradical de la Oposición, en el que muchos habían llegado a la conclusión de que el Partido se hallaba completamente bajo la férula de Stalin y Bujarin, era incapaz de absorber ninguna opinión independiente y se hallaba irremediablemente fosilizado; y de que la Oposición debía aprender la lección de su derrota y constituirse por fin en un partido independiente. Esta opinión, sostenida tanto por quienes procedían originalmente de la Oposición Obrera como por los decemistas, empezó a propagarse también entre los trotskistas (según el testimonio

---

16- Véase p. 136.

de Trotsky, el propio Rádek se inclinaba a aceptarla).[17] Los propugnadores del "nuevo partido" trataban de justificar su actitud con razones más generales: sostenían que el viejo partido estaba ya en su fase "post-termidoriana", que había "traicionado a la revolución", que ya no representaba a la clase obrera y que se había convertido en el adalid de la burocracia, los kulaks y la burguesía "nepista". Algunos afirmaban que la república soviética había dejado de ser un Estado obrero porque su burocracia era una nueva clase gobernante y explotadora, que había despojado a los trabajadores y se había apropiado los frutos de la revolución, al igual que lo había hecho la burguesía francesa en 1794 y después. La Oposición, por consiguiente, debería tratar de derrocar a la burocracia del mismo modo que Babeuf y su Conspiración de los Iguales trataron de derrocar a la burguesía post-termidoriana.

Ni Zinóviev y Kámenev ni Trotsky estaban de acuerdo con esto. El "Termidor soviético" era para ellos un peligro que había que evitar, no un hecho consumado. La revolución, sostenían, no había llegado aún a su término. La burocracia no era una nueva clase gobernante o poseedora, ni una fuerza social independiente: no era más que una excrecencia parasitaria en el cuerpo del Estado obrero. Social y políticamente heterogénea, oscilante entre el socialismo y la propiedad, la burocracia podría a la larga ceder a la burguesía "nepista" y a los agricultores capitalistas y, en alianza con ellos, destruir la propiedad social y restaurar el capitalismo. Mientras eso no sucediera, sin embargo, las conquistas básicas de la Revolución de Octubre se mantenían intactas, la Unión Soviética seguía siendo esencialmente un Estado obrero y el viejo partido era aún. a su manera, el custodio de la revolución. La Oposición, por consiguiente, no debía cortar sus vínculos con él, sino seguir considerándose parte integrante del Partido y defender con la máxima lealtad y determinación el monopolio bolchevique del poder.

De esto se seguía que la Oposición no debía tratar de buscar apoyo fuera del Partido. Sin embargo, tampoco se le permitía buscarlo dentro: y éste era un dilema insoluble. Lo que se hacía inmediatamente claro era que. para salvar sus oportunidades de seguir actuando dentro del Partido, especialmente después que Stalin había insinuado su amenaza de expulsión. la Oposición tenía que ceder terreno. En este punto, los trotskistas y los zinovievistas no estaban completamente de acuerdo. Zinóviev y Kámenev ponían la lealtad al viejo partido por encima de todo. Se preguntaban cómo podrían continuar la lucha mientras Stalin tuviera el completo dominio del aparato del Partido. Deseaban una tregua y se aprestaron a declarar que en lo futuro respetarían la prohibición de las facciones. Estaban dispuestos a disolver los grupos organizados que habían creado, es decir,

17- Trotsky, Écrits, vol 1. pp. 160-163.

dispuestos a desmovilizar a la Oposición como facción. Ansiaban desligarse de los propugnadores de un "nuevo partido", y no tendrían relación alguna con quienes impugnaban el monopolio bolchevique del poder. En verdad, estaban dispuestos a dejar en suspenso, temporalmente cuando menos, sus principales diferencias con Stalin y Bujarin. La mayoría de sus seguidores parecían igualmente deseosos de emprender una retirada. Los trotskistas tenían un espíritu más militante, y los radicales entre ellos escuchaban con simpatía los argumentos en favor de un nuevo partido.

En medio de estas corrientes encontradas, Trotsky trató de salvar a la Oposición. Para evitar que Zinóviev y Kámenev se postraran ante Stalin, se mostró dispuesto a hacer ciertas concesiones junto con ellos. Convinieron en declarar conjuntamente su disposición a desmovilizar a la Oposición como facción y a desligarse de los propugnadores de un nuevo partido, pero reafirmando los principios y las críticas de la Oposición y expresando su decisión de continuar oponiéndose a las facciones gobernantes dentro del Comité Central y de otros comités de los que eran miembros.

El 4 de octubre de 1926, Trotsky y Zinóviev se acercaron al Politburó para proponer una tregua. Stalin consintió, descartando la amenaza de expulsión pero dictando sus condiciones. Sólo después de mucho regateo se pusieron de acuerdo las facciones en cuanto a la declaración que haría la Oposición. Sin retractarse de ninguna de sus críticas, sino, por el contrario. después de reafirmarlas claramente, la Oposición declaró que se consideraba obligada a acatar las decisiones del Comité Central, que ponía fin a toda actividad faccional y que se desligaba de Shliápnikov y Medvédiev. los antiguos jefes de la Oposición Obrera, y de cuantos favorecían un "nuevo partido". Por insistencia de Stalin, Trotsky y Zinóviev repudiaron además a los grupos e individuos del extranjero que habían declarado su solidaridad con la Oposición rusa y habían sido expulsados de sus propios Partidos Comunistas.[18]

La Oposición aceptó estas condiciones con pesadumbre. Sabía que casi equivalían a una rendición. Aunque había reafirmado sus críticas v salvado su prestigio, la Oposición quedaba sin perspectivas y sin esperanzas. Trotsky y Zinóviev habían renunciado, en realidad, a su derecho de apelar una vez más a la militancia de base. Se habían comprometido a expresar sus opiniones sólo dentro de los organismos dirigentes del Partido, sabiendo de antemano que siempre serían derrotados en las votaciones y que sus opiniones tendrían pocas o ningunas oportunidades de llegar a la base del Partido. Habían completado un círculo vicioso. Si habían tratado de apelar a las células, era precisamente porque no habían logrado causar nin-

18- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VIII, pp. 209-213. Trotsky y Zinóviev desautorizaron particularmente a Ruth Fischer y Arkadi Máslov en Alemania y a Boris Souvarine en Francia.

guna impresión en el Comité Central: después de sufrir el mismo fracaso en las células, se veían empujados de nuevo al Comité Central, y allí estaban atrapados. Habían debilitado a la Oposición al desligarla, por las razones que fuese, del grupo de Shliápnikov y Medvédiev v al repudiar a algunos de sus propios partidarios en el extranjero. Al anunciar la disolución de su propia organización, aceptaron implícitamente que Stalin y Bujarin habían tenido razón al inculparlos ñor su creación en primer término: y al declarar que reconocían la prohibición de las facciones como válida y necesaria, bendecían, por decirlo así, el látigo con que Stalin los había castigado.

Después de imponerse todas esas obligaciones onerosas y de demostrar la debilidad de la Oposición, no lograron asegurar la tregua que habían pedido. Su declaración apareció en Pravda el 16 de octubre. Sólo una semana después, el 23 de octubre, no quedaban vestigios de la tregua. Ese día el Comité Central se reunió para discutir el temario de la próxima (la XV) Conferencia del Partido. Ya se había preparado un temario más o menos ajeno a la controversia, pero el Comité Central, sin duda a instancias de Stalin, decidió súbitamente añadir un informe especial sobre la Oposición que estaría a cargo de Stalin. Esto no podía sino volver a abrir la herida. Trotskv protestó y apeló a la mayoría para que hiciera respetar las condiciones de la tregua. Ello no obstante, el Comité Central le ordenó a Stalin que preparara su informe.

¿Por qué rompió Stalin la tregua tan poco tiempo después de haberla aceptado? Evidentemente deseaba explotar su ventaja y derrotar completamente a la Oposición mientras ésta se hallaba en retirada. También es probable que su nueva hostilidad fuera provocada por algo que había sucedido dos días después del anuncio de la tregua. El 18 de octubre el "trotskista" Max Eastman publicó el testamento de Lenin en el New York Times, dando a la luz por primera vez el texto completo y auténtico. Un año antes Eastman había publicado extractos del documento en su libro *Since Lenin Died*, y Trotsky, como recordará el lector, lo desautorizó y, por órdenes del Politburó, negó la autenticidad del testamento. Stalin no podía tratar ahora de obtener otra desautorización: pero debe de haber sospechado que Eastman había actuado bajo la inspiración directa o indirecta de Trotsky. Tal sospecha no era infundada. Unos meses antes un emisario de la Oposición había llevado el texto del testamento de Lenin a París y se lo había entregado a Boris Souvarine, quien instó a Eastman a que lo publicara. "Creo", escribe Eastman, "que la idea de que yo era la persona indicada para publicarlo la había concebido la Oposición en su conjunto y no era una decisión exclusiva de Souvarine. Una de las razones para ello era que yo ya había obtenido mucha publicidad como amigo de Trotsky,y otra era que muchas conciencias en Moscú se sentían intranquilas a causa de la

desautorización de mi libro por parte de Trotsky".[19]

La conjetura de Eastman es indudablemente correcta. Entre las "conciencias intranquilas" en Moscú, ninguna lo estaba más que la de Trotsky. Éste había negado la autenticidad del documento y desautorizado a Eastman durante aquel intervalo en que ni Trotsky ni sus amigos deseaban verse arrastrados nuevamente a la lucha y sufrir represalias por causa de aquel asunto. Pero una vez que volvió a entrar en la refriega, después de formar la Oposición Conjunta, Trotsky tenía buenos motivos para tratar de enmendar su paso en falso. Zinóviev y Kámenev no podían menos que estar de acuerdo. Fueron ellos quienes, en el XIV Congreso, plantearon de nueva cuenta la demanda de que se publicara el testamento, repitiéndola posteriormente en todas las ocasiones propicias. Ellos, al igual que Trotsky, hubiesen preferido que el testamento se publicara en Pravda. Pero como esa posibilidad estaba descartada, difícilmente podían sentir escrúpulos al disponer que el documento fuera dado a conocer por un periódico burgués importante en el extranjero: el testamento de Lenin no era en ningún sentido un secreto de Estado ni un "documento antisoviético". La Oposición, por supuesto, tenía que actuar con discreción porque formalmente estaba incurriendo en una violación de la disciplina. La copia del documento había sido enviada al extranjero en el momento de auge de la Oposición Conjunta, cuando se había abrigado la esperanza de que su publicación ayudaría a las Oposiciones en los Partidos Comunistas de otros países y tendría repercusiones favorables en la propia Unión Soviética. Sin embargo, cuando el documento vino a ser publicado, la situación era otra: la Oposición ya había sido derrotada, había pedido la tregua y se había desligado de sus partidarios en el extranjero. Cuando el Comité Central se reunió el 23 de octubre, los periódicos del mundo entero comentaban la sensacional revelación: y esto, indudablemente. exacerbó los sentimientos en el Comité Central. La mayoría decidió dejar sin efecto la tregua y darle un buen tirón de orejas a la Oposición.

Dos días más tarde se produjo una escena tormentosa en el Politburó. Stalin acababa de someter sus "tesis" sobre la Oposición que habría de presentar en la XV Conferencia. En ellas atacaba a la Oposición como una "desviación socialdemócrata" y exigía que sus jefes admitieran que sus ideas eran erradas y se retractaran.[20] Trotsky volvió a protestar contra la violación de la tregua, habló de la deslcaltad de Stalin, le advirtió a la mayoría que el camino que esta había tomado desembocaría, quisiéralo o no, en el ostracismo en escala general. Se refirió, con palabras cargadas de ira, a la lucha fratricida que se produciría como consecuencia,

---

19- Citado de la carta de Eastman al autor.

20- Las "tesis" de Stalin aparecieron en Pravda el 22 de octubre, día en que se inauguraba la Conferencia. Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VIH, p. 233.

a la destrucción final del Partido y al peligro mortal que eso representaría para la revolución. Entonces, enfrentándose a Stalin y señalándolo, exclamó: "¡El Primer Secretario presenta su candidatura para el puesto de sepulturero de la revolución!" Stalin palideció, se puso de pie, primero se contuvo con dificultad y después salió del salón dando un portazo. La reunión, en la que participaban muchos miembros del Comité Central, se disolvió en medio de gran agitación. A la mañana siguiente el Comité Central privó a Trot$ky de su puesto en el Politburó y anunció que Zinóviev no representaba ya al Partido Comunista soviético en el Ejecutivo de la Comintcm. destituyéndolo así de hecho, aunque no nominalmente, de la Presidencia de la Internacional. Estos acontecimientos proyectaron su sombra sobre la Conferencia que se inauguró el mismo día.

La Oposición quedó sumida en el más completo desconcierto. Había cedido muchísimo terreno y no había ganado nada. Había renegado de sus correligionarios y aliados, se había confesado culpable de violar la prohibición de 1921, había disuelto sus organizaciones... todo para evitar un recrudecimiento de la lucha. Lo que había logrado era enfrascarse en una lucha más enconada que nunca y, después de haberse atado las manos, atraerse nuevos golpes. La discordia en su propio seno se intensificó. Zinóviev y Kámenev reprocharon a Trotsky haber insultado innecesariamente a Stalin y exasperado a la mayoría precisamente en el momento en que la Oposición trataba de calmar los ánimos. Incluso algunos de los trotskistas se horrorizaron por la vehemencia con que Trotsky había atacado a Stalin. La esposa de Trotsky describe la siguiente escena:

Murálov, Iván Smirnov y otros llegaron a nuestro departamento en el Kremlin una tarde y aguardaron a que Liev Davidovich regresara de una reunión del Politburó. Piatakov fue el primero que regresó. Estaba sumamente pálido y alterado. Se sirvió un vaso de agua, lo bebió rápidamente y dijo: "Ustedes saben que yo he olido la pólvora, pero nunca he visto nada parecido a esto. ¡Esto fue peor que todo! ¿Y por que, por qué dijo eso Liev Davidovich? ¡Stalin nunca se lo perdonará hasta la tercera o la cuarta generación!" Piatakov estaba tan agitado que no podía relatar claramente lo que había sucedido. Cuando Liev Davidovich por fin entró en la habitación, Piatakov se lanzó hacia él preguntándole: "¿Pero por qué, por quédijo usted eso?" Liev Davidovich desechó la pregunta con un movimiento de la mano. Estaba agotado, pero tranquilo. Le había gritado a Stalin: "Sepulturero de la revolución" ... comprendimos que el rompimiento era irreparable.[21]

21- Citado de Serge, Vie et mort de Trotsky, pp. 180-181. Fragmentos considerables de esta obra fueron escritos por Sedova. Ésta sitúa el incidente en los últimos meses de 1927, pero confunde las fechas. En la XV Conferencia, en octubre de 1926, Bujarin se refirió ya al incidente, citando las palabras de Trotsky acerca del "sepulturero de la revolución". 15 Konfer

La escena fue un preludio de los acontecimientos subsiguientes: un año más tarde Piatakov, junto con Zinóviev y Kámenev, habría de abandonar a la Oposición. Aún entonces, según afirma Sedova, estaba convencido de que "un largo período de reacción se había iniciado" dentro y fuera de Rusia, de que la clase obrera estaba políticamente exhausta, de que el Partido se hallaba amordazado y la Oposición vencida. Todavía se mantenía en oposición a Stalin, pero más por razones de dignidad y solidaridad con sus compañeros que por convicción.

Con tal desaliento haciendo presa en algunos de ellos, los jefes de la Oposición decidieron hacer otro intento por salvar la tregua: se abstendrían de atacar a las facciones gobernantes en la Conferencia y sólo hablarían para defenderse. Durante siete de los nueve días que duró la Conferencia no pronunciaron una sola palabra de réplica a sus adversarios, que en todo momento se regocijaron con su derrota, se mofaron de ellos y trataron de provocarlos a un debate. Por último, el séptimo día, Stalin lanzó un virulento ataque que duró varias horas. Dio su versión de la lucha, recordando todo lo que Zinóviev había dicho contra Trotsky como archienemigo del leninismo y todas las arremetidas de Trotsky contra Zinóviev y Kámanev, "los esquiroles de Octubre", ridiculizando así la "amnistía mutua" que se habían concedido. Describió con júbilo la derrota de la Oposición y dijo que sólo esto la había llevado a pedir una tregua a fin de ganar tiempo y posponer su propia defunción. Pero el Partido no debía darle respiro a la Oposición: "debe librar... una lucha resuelta contra las falsas concepciones de la Oposición... sin tomar en cuenta la fraseología 'revolucionaria' en que están formuladas", hasta que la Oposición renunciara a ellas. Escarbó interminablemente en la vida de Trotsky para probar por enésima vez el inveterado antagonismo de Trotsky a las ideas de Lenin y para increpar a Zinóviev y a Kámenev por su "capitulación ante el trotskismo". Por último, denunció a la Oposición por incitar al Partido contra el campesinado y exigir una industrialización excesiva que "condenaría a la miseria a millones de obreros y campesinos" y no sería mejor, por consiguiente, que el método capitalista de industrialización. Él y sus compañeros, declaró el futuro autor de la industrialización y la colectivización forzosas, sólo favorecían aquellas formas de desarrollo que contribuyeran inmediatamente al bienestar del pueblo y le ahorraran convulsiones sociales al país; y en nombre de esto exhortó a la Conferencia a "repudiar unánimemente" a la Oposición.[22]

Cuando los jefes de la Oposición por fin salieron a la palestra, los delegados notaron los tonos muy diferentes en que le respondieron a Stalin. Kámenev, que fue el primero en hablar, hizo una exposición meditada, pero un tanto tímida, de

---

entsia VKP (b), p. 578.

22- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VIII, pp. 421-463.

sus opiniones, tratando en vano de restar acritud a la controversia. Se quejó de la dcslealtad de Stalin al lanzar su feroz ataque menos de una quincena después de haber acordado la tregua. Trató de exonerarse a sí mismo y a Zinóviev de la acusación de que habían "capitulado ante el trotskismo". Se habían unido con Trotsky, dijo, sólo con un propósito definido y limitado, tal como lo había hecho Lenin con frecuencia. Recordó una vez más el testamento de Lenin y el temor que le inspiraba a éste una escisión en el Partido; pero esto provocó una gritería entre los delegados. Entonces pronunció estas palabras, que en parte eran una advertencia y en parte eran un consuelo que él mismo se daba:

"¡Vosotros podéis acusamos, camaradas, de lo que queráis, pero no vivimos en la Edad Media! ¡Ahora no puede haber cacerías de brujas! Vosotros no podéis acusarnos a nosotros... que pedimos impuestos más altos para el kulak y que deseamos ayudar al campesino pobre y construir junto con él el socialismo... vosotros no podéis acusarnos de que queremos despojar al campesinado. No podéis quemamos en la hoguera?[23] Exactamente diez años más tarde Kámenev habría de sentarse en el banquillo de los acusados durante una cacería de brujas.

A continuación Trotsky se levantó para hacer uno de sus más grandes discursos, moderado en el tono pero devastador en su contenido, magistral en su composición lógica y artística, chispeante de humor y sin embargo revelador una vez más de la fuente principal de su debilidad inmediata: su fe inconmovible en la revolución europea. Habló en nombre de la Oposición en su conjunto, pero también hizo un alegato *pro domo sua*, derrumbando, como de un solo golpe, la montaña de tergiversaciones y vituperios con que habían vuelto a cubrirlo en la Conferencia. Se le había acusado de crear pánico, de pesimismo, de derrotismo y de "desviacionismo socialdemócrata". Y, sin embargo, él había hablado apoyándose en hechos y cifras, y "la aritmética no conoce el pesimismo ni el optimismo". Hablar de la escasez de productos industriales era crear pánico, pero, ¿no había acaso razones para preocuparse en el hecho de que en el año en curso la industria había producido un 25% por debajo de su capacidad? Stalin lo había calificado de derrotista y había hecho mucho alboroto sobre su "temor a una buena cosecha" porque él había sostenido que mientras la nación sufriera un déficit de productos industriales, la tensión entre la ciudad y el campo persistiría, independientemente de que la cosecha fuese buena o mala. Desgraciadamente, la última cosecha había sido peor de lo que todos esperaban. La diferenciación social del campesinado aumentaba rápidamente. Ninguna de esas dificultades era todavía desastrosa; pero era preciso

23- 15 Konferentsía VKP (b), p. 486.

advertir los síntomas a tiempo. La Oposición había pedido que los impuestos de los ricos fueran aumentados y los de los pobres reducidos. Esa demanda podía ser justificada o no, pero, "¿qué hay en ella de socialdemócrata?" La Oposición era contraria a una política crediticia que favorecía al kulak, ¿era eso socialdemocracia? Favorecía un modesto aumento de los salarios: ¿era eso socialdemocracia? No compartía la opinión de Bujarin de que el capitalismo se había estabilizado: ¿era eso socialdemocracia? ¿Era acaso "socialdemócrata" la crítica de la Oposición al Consejo Anglo-Soviético?

Trotsky evocó su trabajo en la Comintern, su estrecha colaboración con Lenin, y especialmente el apoyo que él le había dado a Lenin en la transición a la NEP, la misma NEP que él supuestamente deseaba destruir. Se le acusaba de "falta de fe" en la construcción del socialismo. ¿Y no había escrito él acaso que "la suma total de las ventajas que poseemos frente al capitalismo nos da, si usamos adecuadamente tales ventajas, la oportunidad de elevar el coeficiente de la expansión industrial en los años próximos no sólo al doble, sino incluso al triple, del 6% anual y tal vez más aún?"[24] Era cierto que él no creía en el socialismo en un solo país y que había sido el autor de la teoría de la revolución permanente. Sin embargo, la revolución permanente había sido traída por los cabellos al debate: él solo, no la Oposición, era responsable de esa teoría. Como en obsequio a Zinóviev y Kámenev, añadió: "y yo mismo considero que esta cuestión ha sido archivada hace mucho, mucho tiempo". Pero, ¿qué tenían que decir sus críticos? Aducían contra él que en 1906 había pronosticado que después de la revolución el colectivismo urbano chocaría inevitablemente con el individualismo campesino. Pues bien, ¿no habían visto sus críticos cómo ese pronóstico se convertía en realidad? ¿No habían promulgado la NEP precisamente debido a tal choque? ¿No habían "dialogado" los campesinos medios con el Gobierno Soviético por boca de los cañones navales en Kronstadt y otros lugares en 1921? Sus críticos lo acusaban de haber pronosticado una colisión entre la Rusia revolucionaria y la Europa conservadora. ¿Acaso habían pasado durmiendo los años de la intervención? "Si ahora estamos vivos, camaradas, ello se debe, después de todo, a que Europa no es la misma de antes".

Sin embargo, el hecho de que la revolución hubiese sobrevivido no la garantizaba contra una repetición de los conflictos con el campesinado y con el Occidente capitalista; ni tampoco era un argumento en favor del socialismo en un solo país. Seguramente tendría que enfrentarse a nuevos conflictos, y en peores condiciones, si decidía avanzar a "paso de tortuga" y darle la espalda a la revolución internacional.

24- Ésta fue en verdad la tasa de crecimiento posterior de la industria soviética bajo los Planes Quinquenales. (Trotsky citó aquí un pasaje de su folleto ¿Hacia el socialismo o hacia el capitalismo?, publicado en 1925). En 1930 Stalin habría de pedir un incremento anual ¡del 50%! Véase mi Stalin, p. 300.

Bujarin había escrito que "la controversia gira en tomo a esto: ¿podemos construir el socialismo y completar su construcción si echamos a un lado los asuntos internacionales...?" "Si echamos a un lado los asuntas internacionales", replicó Trotsky, "podemos hacerlo; pero el hecho es que no podemos echarlos a un lado (risas). Podemos salir desnudos a pasear por las calles de Moscú en enero, si echamos a un lado el clima y la policía (risas). Pero me temo que ni el clima ni la policía nos echarán a un lado a nosotros... ¿Desde cuándo ha adquirido nuestra revolución esta... autosuficiencia?"

En este punto Trotsky tocó el "meollo del problema": ¿Qué sucedería en Europa mientras Rusia construía el socialismo? Hasta entonces todos habían estado de acuerdo con Lenin al suponer que Rusia necesitaría "un mínimo de treinta a cincuenta años" para llegar al socialismo.[25] ¿Qué sería del mundo en el transcurso de esos años? Si dentro de ese plazo la revolución triunfaba en Occidente, el problema sobre el que ahora debatían perdería su vigencia. Los partidarios del socialismo en un solo país evidentemente presuponían que eso no sucedería. Debían de partir, entonces, de una de las tres siguientes suposiciones posibles: la primera sería que Europa se estancaría económica y socialmente, con su burguesía y su proletariado manteniéndose en un precario equilibrio. Pero semejante situación difícilmente podría durar cuarenta años, tal vez ni siquiera veinte. La siguiente suposición sería que el capitalismo europeo era capaz de un nuevo ascenso. En ese caso, "si el capitalismo hubiera de florecer y si su economía y su cultura hubieran de entrar en ascenso, eso querría decir que nosotros hemos llegado antes de tiempo", es decir, que la Revolución Rusa estaba condenada, "...un capitalismo en ascenso tendrá... los recursos militares, técnicos y de otro tipo capaces de estrangulamos y aplastarnos. Esta sombría perspectiva queda descartada, en mi opinión, por la situación general de la economía mundial". En todo caso, el panorama del socialismo en Rusia no podía basarse en semejante suposición.

Por último, podía suponerse que en el transcurso de treinta a cincuenta años el capitalismo europeo entraría en decadencia, pero que la clase obrera demostraría ser incapaz de derrocarlo. "¿Podéis imaginaros tal cosa?", preguntó Trotsky.

Os pregunto por qué habría yo de aceptar esta suposición, que no es sino pesimismo negro e infundado acerca del proletariado europeo; y por qué habríamos de cultivar nosotros, al mismo tiempo, un optimismo carente de actitud crítica acerca de la construcción del socialismo por las fuerzas aisladas de nuestro país. ¿En qué sentido es mi deber de comunista suponer que la clase obrera europea no será capaz de tomar el poder en el transcurso de cuarenta o cincuenta años?...

25- Stalin negó que ésa hubiese sido la opinión de Lenin (Obras, ed. rusa, vol. IX. p. 39), pero su negación no tenía mucha base.

No veo ninguna razón teórica ni política para pensar que a nosotros, con nuestro campesinado, nos resulte más fácil llegar al socialismo que al proletariado europeo tomar el poder... Aun hoy creo que la victoria del socialismo en nuestro país puede salvaguardarse sólo junto con una revolución victoriosa del proletariado europeo. Esto no equivale a decir que lo que estamos construyendo no sea socialismo, o que no podamos o no debamos llevar adelante la construcción a todo vapor... Si no pensáramos que nuestro Estado es un Estado obrero, aun cuando esté burocráticamente deformado...: si no pensáramos que estamos construyendo el socialismo; si no pensáramos que disponemos de suficientes recursos en nuestro país para fomentar la economía socialista; si no estuviéramos convencidos de nuestra victoria completa y definitiva, entonces, por supuesto, no habría lugar para nosotros en las filas del Partido Comunista...

Entonces también la Oposición tendría que crear otro partido y tratar de levantar a la clase obrera contra el Estado existente. Éste, sin embargo, no era su propósito. Pero, ¡cuidado! Porque los métodos desleales e inescrupulosos de Stalin, recién ejemplificados por la manera como este había convertido la tregua en un simple pedazo de papel, podría producir una verdadera escisión en el Partido y conducir a una lucha entre dos partidos.[26]

La asamblea escuchó a Trotsky en actitud expectante y de respetuosa hostilidad, aun cuando éste tuvo que interrumpir repetidas veces su discurso en los momentos más dramáticos para pedir que se le permitiera continuar; y una y otra vez la Conferencia accedió a prolongar su turno en la tribuna. Comedido y persuasivo, no dio señal alguna de vacilación o debilidad. Larin, quien ocupó la tribuna inmediatamente después de Trotsky, expresó así el estado de ánimo de la mayoría: "Éste fue uno de los episodios dramáticos de nuestra revolución... la revolución está dejando atrás a algunos de sus jefes".[27]

Los delegados escucharon en una actitud muy diferente a Zinóviev cuando éste hizo una quejumbrosa apología y trató de congraciarse con ellos. Lo trataron con rudo desprecio y odio, lo expulsaron de la tribuna y no le permitieron hablar ni siquiera sobre los asuntos de la Comintern, de los cuales había sido responsable; y esto pese a que seguidamente debían votar sobre su "retiro" del Ejecutivo de la Comintern.[28]

26- 15-Konferentsia VKP (b), pp. 505-535.

27- Ibid., p. 535. Larin había pertenecido al ala derecha extrema de los mencheviques hasta 1914, se había unido a los bolcheviques en el verano de 1917 y mantenía entonces relaciones amistosas con Trotsky. Su actitud frente a la Oposición de 1923 fue ambigua; posteriormente se unió a los stalinistas.

28- Ésta, de acuerdo con el acta taquigráfica, es la conclusión del discurso de Zinóviev: "Camaradas, yo quisiera decir unas palabras acerca del bloque (es decir, la Oposición Conjuta).

Cuando contemplamos retrospectivamente estos Congresos y Conferencias y comparamos el tenor de sus debates, nos sorprenden la inquina y la violencia con que las facciones gobernantes trataron a la Oposición; y advertimos casi palpablemente cómo, de asamblea en asamblea, la zafia brutalidad se hace cada vez más marcada hasta convertirse en furia. Un efecto cabalmente grotesco se desprende del hecho de que algunos de los ataques más groseros y vengativos y algunos de los elogios más serviles a Stalin fueron hechos por hombres que sólo unos años más tarde se disguscarian con él, se convertirían en sus críticos tardíos y perecerían como sus víctimas indefensas. Entre quienes se distinguieron en esta Conferencia por su fanatismo figuraban Gamárnik, futuro Comisario Político dei Ejército Rojo, que sería denunciado como traidor y cometería suicidio en vísperas del proceso de Tujachevsky; Syrtsov, Chubar, Uglanov, todos los cuales morirían como "saboteadores y complotistas"; y hasta Osinsky, el antiguo decemista, que ahora profesó su fe en el socialismo en un solo país, pero que también terminaría como "saboteador y enemigo del pueblo". Ninguno, sin embargo, superó a Bujarín. Sólo unos cuantos meses antes parecía mantener relaciones amistosas con Trotsky. Ahora se colocó junto a Stalin, como lo había hecho Zinóviev dos años antes, y atacó a la Oposición con desenfrenada virulencia, regocijándose con su derrota, jactándose, amenazando, incitando, mofándose y apoyándose en los peores elementos del Partido. Fue como si el benévolo erudito se hubiese transfigurado súbitamente, como si el pensador se hubiese convertido en un rufián y el filósofo en un matón desprovisto de todo escrúpulo y de toda previsión. Elogió Stalin como al amigo fiel del pequeño propietario campesino y custodio del leninismo, y retó a Trotsky a que repitiera ante la Conferencia lo que había dicho en el Politburó

Quisiera decir (interrupciones: "Ya has dicho bastante",.. "¡Ya basta!" Ruido). Quisiera decir unas palabras sobre el bloque y la Comintern... (voces: "¡Basta, basta! ¡Debiste hablar de eso antes y no de otras cosas!") No, eso no está bien. ¿Dirían ustedes que el problema del socialismo en un solo país (sobre el que Zinóviev había hablado) no es importante? ¿Por qué entonces habló Stalin tres horas sobre ese problema...? (Ruido, protestas). Yo pido diez o quince minutos, para poder decir algo sobre el bloque y los problemas de la Comintern. (Ruido, voces: "¡Basta!") Ustedes saben, camaradas, que el Partido va a decidir ahora si yo dejo de trabajar en la Comintern. (Exclamación desde las bancas: "¡Eso ya fue decidido!") Tal decisión es absolutamente inevitable en las actuales circunstancias, pero, ¿sería justo de parte de ustedes que no me concedieran cinco minutos para poder hablar sobre los problemas de la Comintern? (Ruido. Gritos: "¡Ya basta!" El presidente hace sonar la campanilla). Les suplico, camaradas, que me concedan otros diez o quince minutos para poder referirme a esos dos puntos". (El presidente ordena una votación y una mayoría abrumadora se pronuncia en contra de prolongar el turno de Zinóviev por diez minutos), IHID, p. 577.

sobre Stalin "el sepulturero de la revolución".[29] Se burló del comedimiento con que Trotsky se había dirigido a la Conferencia, comedimiento debido sólo al hecho de que el Partido había "agarrado a la Oposición por el pescuezo". La Oposición, dijo, exhortaba a los delegados a que evitaran la "tragedia" que sería el resultado de una escisión. A él esa advertencia sólo le causaba risa: "No serán más de tres hombres los que salgan del Partido :¡ésa será toda la escisión!", exclamó entre grandes risotadas del auditorio. "Eso será una farsa, no una tragedia". Y se mofó así de la apología de Kámenev :

Cuando Kámenev viene y... dice: "Yo, Kámencv, he hecho causa común con Trotsky del mismo modo que Lenin solía hacer causa común con él y apoyarse en él", uno sólo puede replicar con risa homérica: ¡qué clase de Lenin han descubierto! Podemos ver muy bien que Kámenev y Zinóviev se apoyan en Trotsky de una manera muy peculiar. (Prolongadas risas y aplausos). Se "apoyan" en él en tal forma que él los ha ensillado completamente (risas y aplausos), y luego Kámenev... chilla: "Me estoy apoyando en Trotsky". (Regocijo). ¡Sí, completamente igual que Lenin! (Risas).

Apenas dos años después Bujarín trataría de "apoyarse" en un Kámenev desecho y postrado y le susurraría al oído que Stalin era el nuevo Genghis Kan.[30] Pero ahora, seguro y satisfecho de sí, haciendo malabarísmos con las citas de Lenin, volvió al ataque contra la revolución permanente, contra las "posturas heroicas" de Trotsky, su hostilidad frente al muzhik y su "teoría fiscal de la construcción del socialismo"; y una y otra vez exaltó la firmeza, la seguridad y la cautela de la política seguida por él y por Stalin, que garantizaba la alianza con el campesinado. Cuando la Oposición "chillaba" acerca de la fuerza del kulak y del peligro de huelgas campesinas y del hambre en las ciudades, estaba tratando de atemorizar al pueblo con espantajos. El Partido no debía perdonarles esto ni las "habladurías sobre el Termidor soviético" a menos que inclinaran la cabeza, se arrepintieran, confesaran y suplicaran: "¡Perdonadnos nuestros pecados contra el espíritu y la letra y la esencia misma del leninismo!" Entre frenéticos aplausos continuó:

¡Decidlo, y decidlo honradamente: Trotsky estaba equivocado cuando declaró que nuestro Estado no era un Estado plenamente proletario! ¿ Por qué no tenéis el sencillo valor de dar la cara y decirlo?... Zinóviev nos ha contado aquí lo bien que Lenin trataba a las oposiciones. Lenin no expulsó a ninguna oposición, ni siquiera

29- Konferentsia VKP (b), pp. 578-601
30- Véanse pp. 402 a 405

cuando se quedó con dos votos solamente en el Comité Central... Sí, Lenin sabía lo que se traía entre manos. ¿Quién hubiera tratado de expulsar una oposición cuando sólo podía contar con dos votos? (Risas). Pero cuando uno tiene todos los votos a favor y sólo dos votos en contra, y los dos chillan sobre el Termidor, entonces sí puede uno pensar en la expulsión.

La Conferencia acogió con ruidoso regocijo esta exhibición de cinismo. Desde su asiento entre los delegados Stalin gritó: "¡Bien hecho, Bujarin! ¡Bien hecho, bien hecho! ¡No hay que discutir con ellos, hay que hacerlos pedazos!"[31]

¿Qué explicación cabe dar a la extraña y casi macabra actuación de Bujarin? Es indudable que a éste le atemorizaba sinceramente la política que proponía la Oposición. Le horrorizaba el choque con el campesinado que esa política podría provocar, y no advertía que era su política y la de Stalin la que conducía a ese choque. La Oposición, aunque demasiado débil para reemplazar al grupo gobernante, era lo bastante fuerte para obligar a la facción de Stalin a dar un viraje. Cierto era que en esta Conferencia los bujarinistas parecían haber conquistado la supremacía dentro de la coalición gobernante: Bujarin, Ríkov y Tomsky presentaron los tres informes principales en nombre del Comité Central. Sin embargo, aun ellos tenían que tomar en cuenta a la Oposición. El propio Bujarin tenía que andar con tiento ahora en lo tocante a la política rural: ya no podía halagar abiertamente al agricultor rico. Veía que la facción de Stalin se hacía cada vez más sensitiva a las críticas de Trotsky y Zinóviev y se inclinaba a apropiarse sus consignas una por una. Stalin iba cediendo ya a las demandas de una industrialización más rápida: esto se hizo patente incluso en las resoluciones aprobadas por esta Conferencia. Bujarin hubiera preferido que la coalición gobernante se mantuviera firme y derrotara a sus adversarios sin tener que tomar prestadas sus ideas y confundir las cuestiones en debate. Se preguntaba hasta dónde podría empujar al Partido la presión de la Oposición. "Temblaba de la cabeza a los pies" de sólo pensar que podría llevarlo a un conflicto sangriento con el campesinado. Y por eso se sentía, en aquel momento, más deseoso aún que Stalin de liberar a la política oficial de la influencia indirecta de la Oposición. Se aferró desesperadamente a Stalin a fin de impedir que éste cediera más terreno, y toleró e instigó la violencia v los manejos turbios de Stalin con la esperanza de que la derrota de la Oposición asegurara la paz en el campo. Ningún sacrificio de tacto, dignidad y decencia le parecía un precio excesivo para obtener esto.

La ferocidad de sus ataques se derivaba también de su situación embarazosa y su perplejidad. La facción de Stalin rehuía la enormidad del paso que habría de dar dos años más tarde. Sus oradores también acusaron a Trotsky y Zinóviev

---

31- Konferentsia VKP (b), p. 601.

de instigar al Partido a emprender la colectivización forzosa del campesinado. Kaganóvich. por ejemplo, que habría de desempeñar un panel muy prominente en la destrucción de la agricultura privada, exclamó: "Su camino (de la Oposición) es el del saqueo a los campesinos, un camino pernicioso, no importa cuánto protesten Trotsky y Zinóviev contra esto: tales son en realidad sus consignas".[32] Una vez más también la Oposición había tropezado con el muro del sistema uni-partidista. Cuando pidió libertad dentro de ese sistema, fue acusada de poner en peligro al sistema mismo: Bujarin y Stalin alegaron que la Oposición tendía a constituirse en otro partido. Mólotov, con su acostumbrada falta de coherencia, puso el dedo en la llaga: los oradores de la Oposición, al protestar contra la represión, habían recordado que aun durante la crisis de Brest-Litovsk Lenin les había permitido a los comunistas de izquierda publicar su propio periódico, en el que lo atacaban a él; y a esto Mólotov respondió: "Pero en 1918... los mencheviques y los social-revolucionarios también tenían sus periódicos. Hasta los "cadetes" tenían los suyos. De algún modo la situación actual no se parece en nada a la de entonces".[33] Una vez más, los bolcheviques no podían gozar de la libertad que les habían negado a otros. Kaganóvich recordó las palabras que Trotsky había pronunciado en el XI Congreso cuando actuó como acusador de la Oposición Obrera. Era inadmisible, dijo Trotsky en aquella ocasión, que los miembros del Partido hablaran sobre sus camaradas en términos de "ellos" y "nosotros", pues si así lo hicieran, independientemente de cuáles fueran sus intenciones, enfrentarían al Partido, tratarían de explotar sus dificultades y ayudarían a quienes habían enarbolado la bandera de Kronstadt. "¿Por qué, entonces, camarada Trotsky". preguntó Kaganóvich, "tenía usted el derecho de decirle eso a Medvédiev y a Shliápnikov cuando ellos cometieron un error (y estos camaradas eran viejos bolcheviques), y por qué no podemos nosotros decirle a usted que está siguiendo el camino de Kronstadt?..."[34]

No fueron sólo los fantasmas de Kronstadt y de la Oposición Obrera los que se utilizaron en la acometida contra Trotsky. Shliápnikov y Medvédiev se unieron personalmente al ataque. Después que la Oposición declaró, por insistencia de Stalin, que no tenía nada que ver con ellos, Stalin logró, por medio de amenazas e intimidaciones, convencer a Shliápnikov y Medvédiev de que admitieran su error, se arrepintieran y denunciaran a la Oposición. Entonces el Comité Central proclamó con júbilo su retractación y anunció que los perdonaba. Los dos hombres habían instado a la Oposición Conjunta a que prescindiera de su lealtad al sistema unipartidista y a que se transformara, de facción dentro del viejo partido, en un

---

32- 15 Konferentsia VKP (b), p. 637.
33- Ibid., p. 671.
34- Ibid., p. 638.

partido nuevo. Pero enfrentados a la amenaza de su propia expulsión del viejo partido y encolerizados por el hecho de que la Oposición Conjunta los había repudiado, capitularon ante Stalin. Su retractación fue la primera que Stalin logró arrancar: un precedente y un ejemplo para muchos otros. Antes de que la Conferencia tocara a su fin, Stalin todavía sorprendió a la Oposición con otro golpe: anunció que Krúpskaya había cortado sus relaciones con Trotsky y Zinóviev.[35] En Moscú se murmuró que Stalin la había chantajeado aludiendo a ciertas indiscreciones sobre la vida privada de Lenin: "Me encargaré", se contó que había dicho, "de que se nombre a otra persona como viuda de Lenin". Parece más plausible que Krúpskaya se haya retirado de la Oposición porque le horrorizaba ver dividido y desgarrado al Partido fundado por su esposo. En vista de que ella había figurado entre los críticos más francos de Stalin y Bujarin, su defección le hizo mucho daño a la Oposición.

Por último, Stalin movilizó contra Trotsky y Zinóviev a los jefes de los Partidos Comunistas extranjeros. Hablando en nombre de éstos, Klara Zetkin, la veterana comunista alemana que en el IV Congreso de la Comintern, cuando Lenin ya estaba enfermo, le había rendido un grande y solemne tributo a Trotsky, se desligó ahora de éste y de Zinóviev, acusándolos de provocar una crisis en la Internacional y de llevar agua al molino de todos los enemigos del comunismo, "...ni siquiera el lustre que acompaña a los nombres de los jefes de la Oposición", declaró con un alarde do dignidad, "es suficiente para redimirlos... Los méritos de estos camaradas... son imperecederos. No serán olvidados. Sus hechos han entrado en la historia de la revolución. No los estoy olvidando. Sin embargo. . . existe algo más grande que los hechos y los méritos de los individuos".[36]

La Oposición fue derrotada en toda la línea: y la Conferencia ratificó la expulsión de los tres jefes de la Oposición del Politburó. amenazándolos con nuevas represalias si se atrevían a reiniciar la controversia.

De esta suerte la Oposición Conjunta llegó a un punto similar al que había llegado la Oposición de 1923 después de su derrota. Habiendo recibido un veredicto condenatorio, ahora tenía que decidir cuál sería su próximo paso: seguir adelante con la lucha y correr el riesgo de una expulsión en masa y definitiva, o aceptar la derrota, cuando menos provisionalmente. Cada uno de los dos grupos de la Oposición reaccionó de diferente manera. Los zinovievistas eran partidarios de inclinar la cabeza, lo cual no era cosa fácil porque los ataques oficiales contra ellos proseguían sin descanso, pese a que la controversia había sido formalmente cerrada. Los periódicos, bajo pretexto de comentar las resoluciones de la Conferencia, llenaban sus páginas con virulentos textos polémicos, sin dar a los atacados ninguna

---

35- Ibid., pp. 754-755.
36- 15 Konferentsia VKP (b), pp. 698-707.

oportunidad de contestar. Los oposicionistas de base pagaron por el valor de sus convicciones: perdieron sus empleos, se vieron relegados al ostracismo y fueron tratados poco menos que como proscritos. Zinóviev y Kámenev se resignaron a las formas más moderadas de la resistencia pasiva. Deseosos de proteger a sus seguidores, les aconsejaron que se callaran sus opiniones y de ser necesario, que negaran incluso sus vínculos con la Ooosición. Semejante consejo no podía menos que desprestigiar a la Oposición y desmoralizar a quienes lo recibían. Éstos empezaron a desertar y a retractarse.

Los trotskistas. en cambio, que va habían pasado por una prueba similar, sabían que no tenían nada que ganar con la inacción y nada que esperar de las actitudes tibias. El propio Trotsky hizo el examen de la reciente experiencia en los apuntes que insertó en su diario a fines de noviembre.[37] Para su propio consumo definió el lamentable estado de. la Oposición con mayor franqueza que la que podía permitirse en público o en el Comité Central. Reconoció la derrota. No la atribuyó tan sólo a la deslealtad de Stalin y a la intimidación burocrática, sino también a la desidia y al desencanto de las masas, que habían esperado demasiado de la revolución, habían visto cruelmente frustradas sus esperanzas y reaccionaban contra el espíritu y la idea del bolchevismo de los primeros tiempos. Los jóvenes, sometidos a la tutela desde el momento en que se iniciaban en la política, no podían desarrollar facultades críticas ni criterios políticos. Las facciones gobernantes explotaban el cansancio popular y el anhelo de seguridad, y asustaban a la gente con el espantajo de la revolución permanente. Al hablar en público, Trotsky solía referirse al antagonismo entre el grupo gobernante y la militancia de base. En privado, sin embargo, admitía que las ideas y las consignas del grupo gobernante satisfacían una necesidad emocional de la militancia de base, que esto atenuaba su antagonismo y que la Oposición no coincidía con el estado de ánimo popular.

¿Que hacer, entonces? No es digno del revolucionario marxista, reflexionó Trotsky, inclinarse ante el estado de ánimo reaccionario de las masas. En ocasiones, cuando la conciencia de clase de éstas es presa del abatimiento, aquel debe estar dispuesto a aceptar el aislamiento. El aislamiento no tendría que ser necesariamente prolongado, pues el momento era de transición y crisis; y, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética, las fuerzas de la revolución aún podrían entrar en ascenso nuevamente. En todo caso, aquél no era un momento en que la Oposición debería desanimarse o flaquear, aun cuando la situación le fuera adversa. El revolucionario tiene que luchar sin detenerse a pensar si su destino será como el de Lenin -que vivió para ver el triunfo de su causa- o como el de Liebknecht -que le sirvió a su causa a través del martirio-. En sus apuntes privados y en las conversaciones

37- Véanse sus notas del 26 de noviembre en The Trotsky Archives.

con sus amigos, Trotsky aludió más de una vez a esta alternativa: v aunque no renunciaba a la esperanza de poder "terminar como Lenin", ya parecía cada vez más resignado íntimamente a "la suerte de Liebknecht".

Yo no creía en nuestra victoria (recuerda Víctor Serge) o incluso estaba seguro, en el fondo de mi corazón, de que seríamos derrotados. Cuando fui enviado a Moscú con el mensaje de nuestro grupo para Liev Davidóvich, se lo hice saber. Conversamos en la espaciosa oficina del Comité de Concesiones... él sufría un ataque de paludismo; su piel estaba amarilla y sus labios casi lívidos. Le dije que éramos sumamente débiles, que en Leningrado no habíamos movilizado más que a unos cuantos centenares de miembros, que nuestros debates dejaban fría a la masa de los trabajadores. Yo tenía la impresión de que él sabía esto mejor que yo. Pero él. como dirigente, tenía que cumplir con su deber, y nosotros, como revolucionarios, teníamos que cumplir con el nuestro. Si la derrota era inevitable, ¿qué quedaba por hacer si no enfrentarse a ella con valor... ? [38]

El invierno de 1926-1927 transcurrió en relativa calma. La Oposición se debilitó a causa de la disensión interna. Trotsky hizo todo lo posible por impedir la disolución de su alianza con Zinóviev; y como Zinóviev se hallaba al borde del pánico, la Oposición Conjunta pagó su unidad con indecisión. En diciembre, sus jefes llegaron a protestar ante Stalin contra los intentos que se hacían en las células de Moscú para provocarlos a nuevos debates.[39] En ese mismo mes el Ejecutivo de la Comintern examinó la situación en el Partido ruso, y la Oposición tuvo que volver a defender su posición contra su propia voluntad. Una vez más Trotsky tuvo que hacer la defensa de su propio historial y, protestando contra el "método biográfico" utilizado en las controversias internas del Partido, hizo la reseña de la historia de sus relaciones con Lenin para demostrar a un auditorio cuya mente estaba cerrada que el "irreconciliable antagonismo entre el trotskismo y el leninismo no era más que un mito".[40] El Ejecutivo ratificó la expulsión de los trotskistas y zinovievistas

---

38- V. Serge, Le Tournant obscur, p. 116.

39- -"Carta" de Trotsky y Zinóviev a Stalin y al Politburó del 13 de diciembre de 1926. The Archives

40- En esta ocasión Trotsky hizo una descripción reveladora de su actitud frente a Lenin hasta 1917. Habló de la "íntima resistencia" con que se fue acercando cada vez más a Lenin. Tanto más sincera y completa fue asi su aceptación final del leninismo. Comparó su caso con el de Franz Mehring. quien abrazó el marxismo sólo después de haberlo combatido como liberal destacado. A pesar de ello, o más bien en virtud de ello, la convicción de Nfehring fue inconmovible y en su vejez pagó por ella con su libertad y su vida, en tanto que Kautsky y Bcrnstein y los otros hombres de la "vieja guardia" del marxismo acabaron como desertores. Véase The Trotsky Archives, declaración del 9 de diciembre. Véase también The Stalin School of falsificatión, p. 85.

de los Partidos Comunistas extranjeros sobre la base de que aquéllos negaban el carácter proletario del Estado soviético. Trotsky declaró que la Oposición combatiría a cualesquiera de sus supuestos partidarios extranjeros que expresaran tal opinión. Resignado a medias a la expulsión de Souvarine, defendió a Rosmcr y a Monatte, que habían sido sus amigos políticos desde la Primera Guerra Mundial y habían fundado y encabezado el Partido Comunista francés, del cual quedaban excluidos ahora.[41] Pero, aparte de esas intervenciones políticas de poca importancia, pasó el invierno en actitud reservada, preparando la edición de los volúmenes de sus Obras y "llevando a cabo un minucioso examen teórico de muchos problemas".

El "problema teórico" que, aparte de la argumentación económica contra el socialismo en un solo país, le preocupaba más intensamente era el "Termidor soviético". En las filas de la Oposición y entre sus simpatizantes en el extranjero existía una gran confusión en relación con esto. Algunos afirmaban que la Revolución Rusa ya había entrado en la fase termidoriana. Quienes sostenían esta opinión también se referían a la burocracia como la nueva clase que había destruido a la dictadura proletaria y explotaba y dominaba a la clase obrera. Otros, y Trotsky más que nadie, refutaban enérgicamente esta opinión. Como sucede a menudo cuando una analogía histórica se convierte en una consigna política, ninguno de los disputantes tenía una concepción clara del precedente al que se referían; y Trotsky habría de revisar repetidamente su propia interpretación. En esta fase definió el "Termidor soviético" como un decisivo "viraje a la derecha" que podría ocurrir dentro del partido bolchevique teniendo como trasfondo la apatía general y el desencanto con la revolución, y que podría desembocar en la destrucción del bolchevismo y la restauración del capitalismo. Partiendo de esta definición, Trotsky concluía que era cuando menos prematuro hablar de un Termidor soviético, pero que la Oposición estaba justificada al dar la alarma. Uno de los elementos de una "situación termidoriana" se había hecho más que evidente: las masas estaban fatigadas y desilusionadas. Pero el decisivo "viraje a la derecha" que desembocaría en la restauración no había ocurrido, aunque las "fuerzas termidorianas" que laboraban en esa dirección habían ganado impulso y vigor.

No habría verdadera necesidad de detenemos en esta discusión un tanto abstrusa si no fuera porque la opinión que Trotsky formuló entonces determinó en parte su

41- Entre otras cosas Trotsky intercedió ante el Politburó cuando éste proyectó enviar a Piatakov en una misión comercial al Canadá. Señaló que, debido a la presencia de muchos emigrados ucranianos en el Canadá, tal misión podría ser peligrosa para Piatakov, que había encabezado a los bolcheviques en Ucrania durante la guerra civil. A Piatakov le acababan de negar la entrada en los Estados Unidos por haber "sentenciado a muerte a honorables ciudadanos rusos". Carta de Trotsky a Ordzhonikidzc, 21 de febrero de 1927. Véanse The Trotsky Archives.

propio comportamiento v el destino de la Oposición en años subsiguientes y porque la controversia a que dio origen generó un calor y una pasión indescriptibles en todas las facciones. Éste fue, en verdad. uno de los fenómenos aparentemente más irracionales en la lucha. Bastaba con que un oposicionista pronunciara la palabra "Termidor" en cualquier reunión del Partido, para que de inmediato las pasiones se exaltaran y el auditorio se encrespara, aun cuando muchos apenas tenían la más leve idea de lo que se trataba. Bastaba con que supieran que los termidorianos habían sido los "sepultureros" del jacobinismo y que la Oposición acusaba al grupo gobernante de estar empeñado en alguna gran conjura contra la revolución. Esta curiosa consigna histórica hacía montar en cólera incluso a los bujarinistas y stalinistas cultos, quienes sabían que su significado era mucho menos simple. La Oposición argumentaba que los hombres del Termidor no se habían propuesto destruir al jacobinismo y poner fin a la Primera República, sino que lo habían hecho involuntariamente a causa de la fatiga y la confusión. Del mismo modo los termidorianos soviéticos, sin saber lo que estaban haciendo, podrían llegar a lo mismo. La analogía caló en los pensamientos de muchos stalinistas y bujarinistas y minó su confianza. Llevó a sus mentes el elemento incontrolable de la revolución, del que estaban cada vez más conscientes, si bien en forma vaga: les hizo sentir que eran o podrían convertirse en juguetes en manos de fuerzas sociales enormes, hostiles e ingobernables.

Muchos bolcheviques pensaban con inquietud, que esto podría ser cierto. Independientemente de la facción a que pertenecieran, se sentían aterrorizados por los fantasmas que la Oposición había invocado. Este era un caso de *le mort saisit le vif*. Cuando el bujarinista o el stalinista negaba toda afinidad con el termidoriano, no lo hacía con tranquila confianza en si mismo, sino con aquél resentimiento, nacido de la incertidumbre íntima, con que Bujarin habló en la XV Conferencia sobre "el imperdonable parloteo sobre Termidor" en que había incurrido la Oposición.[42] Su furia contra la Oposición lo ayudaba a ahogar sus propios temores. El oposicionista veía al fantasma recorriendo las calles de Moscú, cerniéndose sobre el Kremlin o de pie entre los miembros del Politburó en lo alto del Mausoleo de Lenin en los días de celebraciones nacionales y desfiles. Las pasiones extrañamente violentas que suscitaba la libresca reminiscencia histórica nacían de la irracionalidad del clima político en que se había formado y desarrollado el sistema unipartidista. El bolchevique se sentía enajenado de su propia obra: la revolución. Su propio Estado y su propio Partido se elevaban sobre él. Parecían tener una mente y una voluntad propias, casi ajenas a las suvas y ante las cuales él tenía que inclinarse. El Estado y el Partido se le aparecían como fuerzas ciegas, convulsivas, cuya conducta era

42- Véase p. 264

imposible predecir. Cuando los bolcheviques hicieron de los Soviets "órganos del poder", estaban convencidos, al igual que Trotsky. de que habían establecido "el sistema político más lúcido v transparente" que el mundo jamas había visto, un sistema bajo el cual gobernantes y gobernados estarían más cerca los unos de los otros que en ninguna época anterior, y bajo el cual las masas del pueblo podrían expresarse e imponer su voluntad más directamente que nunca antes. Y, sin embargo, nada era menos "transparente" que el sistema unipartidista unos cuantos años más tarde. La sociedad en general había perdido toda transparencia. Ninguna clase social estaba en libertad de expresar su voluntad. La voluntad de cualquier clase era. por consiguiente, desconocida. los gobernantes y los teóricos políticos tenían que adivinarla, sólo para recibir lecciones, cada vez más a menudo, de los acontecimientos que habían adivinado mal. Las clases sociales, en consecuencia, parecían actuar, y hasta cierto punto actuaban efectivamente, como fuerzas elementales que ejercían presión, en fnrma imprevisible sobre el Partido desde todas las direcciones. En todas partes aparecían o reaparecían escisiones entre lo que los hombres pensaban (de sí mismos o de otros), lo que deseaban y lo que hacían: escisiones entre el aspecto "objetivo" y el aspecto "subjetivo" de la actividad política. Nada era más difícil ahora que definir quién era el enemigo y quién el amigo de la revolución. Tanto el grupo gobernante como la Oposición se movían en la oscuridad, luchando contra peligros reales y contra apariciones, v corriendo los unos tras los otros v tras sus respectivas sombras. Dejaron de verse como eran en realidad y cada uno veía al otro como un misterioso ente social con ocultas y siniestras potencialidades que tenían que ser descifradas y neutralizadas. Fue esta enajenación respecto de la sociedad y del respectivo bando contrario lo que llevó a las facciones gobernantes a declarar que la Oposición obraba como un instrumento de elementos sociales extraños y a la Oposición a sostener que detrás de los hombres en el poder se agazapaban las fuerzas termidorianas.

¿Cuáles, pues, eran esas fuerzas? Los campesinos ricos, la burguesía "nepista" y algunos sectores de la burocracia, respondía Trotsky: todas aquellas clases, en suma, que estaban interesadas en una restauración burguesa. La clase obrera permanecía fiel a las "conquistas de Octubre" y era implícitamente hostil a los termidorianos. En cuanto a la burocracia, Trotsky contaba con que en una situación crítica se dividiría: un sector apoyaría a la contrarrevolución y otro defendería a la revolución. Veía las divisiones dentro del Partido como un reflejo indirecto de esa escisión. El ala derecha era la que más cerca se hallaba de los termidorianos, pero no era necesariamente idéntica a ellos. La defensa que hacía Bujarin de los propietarios solía a aspiración termidoriana: pero no era claro que los bujarinistas fueran ellos mismos los termidorianos o sólo sus auxiliares inconscientes que, en el momento de peligro, acudirían en defensa de la revolución. La izquierda -es

decir, la Oposición Conjunta- era la única, según esta concepción, que representaba dentro del Partido el interés de clase proletario y el programa puro del socialismo: ella actuaba como la vanguardia de los antitermidorianos. El centro, o sea la facción stalinista, no tenía programa: y aunque controlaba el aparato del Partido, no tenía ningún apoyo social amplio. Oscilaba entre la izquierda y la derecha y se nutría de los programas de ambas. Mientras el centro estuviera coaligado con la derecha, ayudaría a allanarles el camino a los termidorianos. Pero no tendría nada que ganar con un Termidor que sería su propia aniquilación; y por eso cuando se viera enfrentado a la amenaza de la contrarrevolución, el centro o un sector numeroso del mismo se pasaría a la izquierda para oponerse, bajo la dirección de ésta, al Termidor soviético.

No hace falta adelantamos a nuestro relato y señalar hasta qué punto los acontecimientos confirmaron o refutaron esta concepción.[43] En este punto bastará con indicar una conclusión práctica importante que Trotsky extrajo de ella. Esta conclusión, expuesta brevemente, fue que él y sus aliados no deberían, bajo ninguna circunstancia, aliarse con la facción de Bujarin contra la de Stalin. En ciertas circunstancias y bajo ciertas condiciones, sostuvo Trotsky, la Oposición debía estar dispuesta incluso a formar un frente unido con Stalin contra Bujarin. Las condiciones eran aquellas que rigen en cualquier frente unido: la Oposición no debería renunciar a su independencia, a su derecho a la crítica y a su insistencia en la libertad dentro del Partido. De acuerdo con una fórmula táctica bien conocida, la izquierda y el centro deberían marchar por separado y golpear conjuntamente. Cierto era que, por el momento la Oposición no tenía la oportunidad de aplicar esta regla: los stalinistas y los bujarinistas compartían el poder y mantenían su unidad. Pero Trotsky no abrigaba dudas de que andando el tiempo se dividirían. Su regla táctica estaba dirigida a insertar una cuña entre ellos y ayudar así a producir un realineamiento que le pennitiría a la Oposición ponerse a la cabeza de todos los "antitermidorianos", incluidos los stalinistas. En los años inmediatamente subsiguientes toda la conducta de la Oposición hubo de estar gobernada por este principio: "Con Stalin contra Bujarin, sí. Con Bujarin contra Stalin, nunca".

Cuando juzgamos esta decisión táctica, de la cual Trotsky fue principalmente responsable, a la tétrica luz del fin que tuvieron todas las facciones y los grupos anti-stalinistas, no puede menos que parecemos un acto de locura suicida. El espíritu termidoriano que Trotsky vio encamado en el ineficaz Bujarin parece haber sido la fantasía de una imaginación excesivamente atenta a las analogías históricas. Y cuando ponderamos, con el conocimiento pleno de los acontecimientos ulteriores,

---

43- Un análisis más detallado del problema se encuentra en el capítulo VI y en El profeta armado.

las numerosas y angustiadas alarmas de Trotsky sobre el "peligro de la derecha", es decir, de la facción de Bujarin, y su evidente menosprecio del poder de Stalin, es posible que nos sorprenda la falta de visión o la ceguera que en esta oportunidad caracterizó al hombre que tan a menudo se distinguió por su previsión profética. Sin embargo, un juicio hecho únicamente desde el ángulo del desenlace sería unilateral. La decisión de Trotsky hay que juzgarla también sobre el trasfondo de las circunstancias en que él la tomó. La NEP estaba en su momento de mayor auge, las fuerzas interesadas en una restauración burguesa estaban todavía vivas y activas, y nadie soñaba aún con la supresión forzosa del capitalismo de la NEP y con la "liquidación de los kulaks como clase". Trotsky no podía dar por sentado el resultado de la contienda entre las fuerzas antagónicas de la sociedad soviética. El fantasma del Termidor, tal como él lo veía, era todavía semirreal. Ocho e incluso diez años después de 1917 la posibilidad de una restauración no podía descartarse. Como marxista y como bolchevique, él naturalmente consideraba que su primer deber consistía en movilizar todas las fuerzas y todas las energías contra esa posibilidad. Esta consideración determinó su táctica dentro del Partido. Si algo había que aún podía allanarle el camino a la restauración, era la política de Bujarin más bien que la de Stalin. Dentro de este contexto, Trotsky no podía sino concluir que la Oposición debía prestarle un apoyo condicional al segundo contra el primero. Tal conclusión estaba de acuerdo con la tradición marxista que aprobaba las alianzas entre la izquierda y el centro contra la derecha, pero que consideraba cualquier combinación de la izquierda y la derecha dirigida contra el centro como ajena a los principios e inadmisible. Así. pues, vista en su contexto contemporáneo y juzgada en términos marxistas, la actitud de Trotsky tenía su lógica. Para desgracia suya, los acontecimientos posteriores hubieron de pasar por encima de esa lógica y de hacerla aparecer como la lógica de la autodestrucción de la Oposición. La tragedia de Trotsky consistió, verdaderamente, en que en el proceso mismo mediante el cual defendió a la revolución, él también se suicidó políticamente.

En la primavera de 1927 la lucha interna en el Partido se exacerbó una vez más en relación con un problema que hasta entonces casi no había desempeñado ningún papel en ella, pero que habría de permanecer en su centro hasta el final, hasta la expulsión definitiva y la disolución de la Oposición Conjunta.

Ese problema fue la Revolución China.

Fue por entonces cuando la Revolución China entró en una grave crisis que había sido preparada por acontecimientos que se remontaban al termino de la era de Lenin. Los bolcheviques habían puesto los ojos desde muy temprano en los movimientos antimperialistas de las naciones coloniales y semicoloniales, en la creencia de que estos movimientos constituían una "reserva estratégica" capital para

la revolución proletaria en Europa. Tanto Lenin como Trotsky estaban convencidos de que el capitalismo occidental sufriría un debilitamiento decisivo si se le aislaba del hinterland colonial que le suministraba mano de obra barata, materias primas y oportunidades de hacer inversiones excepcionalmente ventajosas. En 1920 la Comintern proclamó la alianza del comunismo occidental y los movimientos emancipadores del Oriente. Pero no fue más allá de la enunciación del principio. Dejó sin definir las formas de la alianza y los métodos por medio de los cuales ésta habría de ponerse en práctica. Reconoció las luchas de las naciones del Asia por su independencia como el equivalente histórico de las revoluciones burguesas en Europa; y reconoció al campesinado y, hasta cierto punto, a la burguesía de esas naciones como aliados de la clase obrera. Pero la Comintern leninista no intentó todavía definir claramente la relación entre los movimientos antimperialistas y la lucha por el socialismo en la propia Asia, o la actitud de los Partidos Comunistas chino e hindú frente a sus propias burguesías "antimperialistas".

Era demasiado temprano para resolver esas cuestiones. El impacto de la Revolución de Octubre en el Oriente era todavía demasiado reciente. Su fuerza y su profundidad no podían medirse aún. En los países más importantes de Asia, los Partidos Comunistas sólo empezaban a constituirse, las clases obreras eran numéricamente débiles y carecían de tradición política, e incluso el antimperialismo burgués estaba todavía en un período de formación. No fue sino en 1921 cuando el Partido Comunista chino, basado en pequeños círculos propagandísticos, celebró su primer Congreso. Pero no bien acababa de hacerlo y de empezar a formular su programa y darle forma a su organización, cuando Moscú comenzó a instarlo a que buscara un acercamiento con el Kuomintang. El Kuomintang contaba con la autoridad moral de Sun Yat-sen, que entonces se encontraba en su apogeo. El propio Sun Yat-sen deseaba ávidamente llegar a un acuerdo con Rusia que lo fortalecería en su lucha contra el imperialismo occidental; y dentro de su vago socialismo populista "sin clases", estaba dispuesto a cooperar con los comunistas chinos también, pero con la condición de que éstos aceptaran su jefatura sin reservas y apoyaran al Kuomintang. Sun Yat-sen firmó un pacto de amistad con el gobierno de Lenin, pero descubrió que le era más difícil obtener la cooperación de los comunistas chinos bajo sus condiciones.[44] Los comunistas estaban dirigidos por Chen Tu-hsiu, uno de los precursores intelectuales del marxismo en Asia, su primer gran propagandista en

44- La información que se ofrece en estas páginas se basa, entre otras fuentes, en Brandt, Schwartz, Fairbank. J Documentary History of Chínese Communism; Mao Tse-tung, Obras escogidas; M. N. Roy, Revolution und Konterrevolution in China; Chen Tu-hsiu, "An Open Lctter to the Party" (Militant, 1929); Stalin, Obras; Trotsky, Problems of the Chinese Revolution; Isaacs, The Tragedy of the Chínese Rcvolution; Tan Leang-li. The Inner History of the Chinese Revolution; colecciones de Bolshevik, Imprekor y Revolutsionniy Vostok.

China y la figura más destacada de la Revolución China hasta el advenimiento de Mao Tse-tung, frente al cual era inferior como táctico, jefe práctico y organizador, pero superior, según parece, como pensador y teóprivilegios. Chen Tu-hsiu había sido el iniciador de la gran campana contra los privilegios de que gozaban en China las potencias occidentales: la campaña, comenzada en la Universidad de Pekín, donde Chen Tu-hsiu era profesor, cobró tal fuerza que bajo su presión el gobierno chino se negó a firmar el Tratado de Versalles que ratificaba los privilegios. Fue en gran medida bajo la influencia de Chen Tu-hsiu como se desarrollaron los círculos propagandísticos marxistas que formaron el Partido Comunista chino. Chen fue el jefe indiscutido del Partido desde el momento de su fundación hasta fines de 1927, a través de todas las fases decisivas de la revolución. Desde el comienzo vio con aprensión los consejos políticos que su partido recibía de Moscú. Reconocía la necesidad de que los comunistas cooperaran con el Kuomintang, pero temía que una alianza demasiado estrecha le impidiera al comunismo establecer su propia identidad; preferia que su partido se surguiera sobre sus propios pies antes de marchar junto al Kuomintang. Moscú, sin embargo, lo instó insistentemente a prescindir de sus escrúpulos; y Chen no poseía ni la fuerza de carácter ni la astucia de Mao Tse-tung, quien en situaciones similares nunca planteó objeciones a los consejos de Moscú, siempre fingió aceptarlos y después los pasó por alto y actuó de acuerdo con sus propias luces, sin provocar jamás un verdadero rompimiento con Moscú. Chen Tu-hsiu era un hombre recto, blando y falto de confianza en sí mismo; y estas cualidades hicieron de él una figura trágica. En cada momento enunciaba francamente sus objeciones a la política de Moscú; pero no las sostenía. Cuando su opinión era rechazada, se sometía a la autoridad de la Comintern y seguía la política de Móscú en contra de su propia voluntad basada en un mejor conocimiento de los hechos.

Ya desde 1922-1923 dos hombres que posteriormente ocuparon una posición destacada en la Oposición trotskista, Yoffe y Maring-Sneevliet,[45] desempeñaron un papel decisivo en la asociación del joven Partido Comunista chino con el Kuomintang y en la preparación del terreno para la política que Stalin y Bujarin habrían de seguir. Yoffe, como embajador del gobierno de Lenin, negoció el pacto de amistad con Sun Yat-sen. Deseoso de facilitar su tarea y sobrepasando sin duda sus atribuciones, le aseguró a Sun Yat-sen que los bolcheviques no estaban interesados en fomentar el comunismo chino y que usarían toda su influencia para lograr que

45- Maring-Sneevliet, un marxiste holandés, había estado estrechamente vinculado con los primeros avances del comunismo en Indonesia y representaba al Partido danés en Moscú. En años posteriores, especialmente durante la década de los treinta, fue un ardiente partidario de Trotsky. Durante la Segunda Guerra Mundial encabezó un grupo de la Resistencia en la Holanda ocupada y fue ejecutado por los nazis.

los comunistas chinos cooperaran con el Kuomintang bajo las condiciones de Sun Yat-sen. Maring asistió, como delegado de la Internacional Comunista, al II Congreso del Partido Comunista chino en 1922. Fue por iniciativa suya que el Partido estableció contacto con el Kuomintang y empezó a discutir las condiciones de su adhesión a éste. Pero las condiciones de Sun Yat-sen eran onerosas y las negociaciones fracasaron.

Más tarde ese mismo año, Maring regresó a China y les dijo a Chen Tu-hsiu y a sus camaradas que la Internacional Comunista les ordenaba que se unieran al Kuomintang, sin tomar en cuenta las condiciones. Chen se mostró renuente a acatar la orden, pero cuando Maring invocó el principio de la disciplina comunista internacional, él y sus camaradas se sometieron. Sun Yat-sen insistió, al igual que Chiang Kai-shek posteriormente, en que el Partido Comunista debía abstenerse de criticar abiertamente la política del Kuomintang y debía aceptar su disciplina; de lo contrario, expulsaría a los comunistas del Kuomintang y consideraría nula su alianza con Rusia. A comienzos de 1924 el Partido Comunista se unió al Kuomintang. En un principio no tomó en serio el cumplimiento de las condiciones de Sun Yat-sen: mantuvo su independencia y siguió una política inequívocamente comunista, provocando así el disgusto del Kuomintang.

La influencia comunista creció rápidamente. Cuando en 1925 el gran "movimiento del 30 de mayo" se propagó por el sur de China, los comunistas estaban en su vanguardia, inspirando el boicot contra las concesiones y las empresas occidentales y encabezando la huelga general de Cantón, la más importante hasta entonces en la historia de China. A medida que la fuerza del movimiento fue aumentando, los jefes del Kuomintang se atemorizaron, trataron de frenarlo y chocaron con los comunistas. Éstos sintieron la proximidad de la guerra civil, quisieron desatarse las manos a tiempo e hicieron gestiones ante Moscú. En octubre de 1925 Chen Tuhsiu propuso preparar la salida de su partido del Kuomintang. El Ejecutivo de la Internacional Comunista, sin embargo, vetó el plan y le ordenó al Partido chino que hiciera todo lo posible por evitar la guerra civil. En el cuartel general de Chiang Kai-shek prestaban sus servicios asesores militares y diplomáticos soviéticos -Borodín, Blucher y otros-, armando y adiestrando a las tropas del Kuomintang. Ni Bujarin ni Stalin, que ya dirigían efectivamente la política soviética, creían que el comunismo chino tuviera alguna posibilidad de tomar el poder en un futuro próximo; y ambos estaban ansiosos por mantener la alianza soviética con el Kuomintang. El aumento de la influencia comunista amenazaba destruir esa alianza, y así Bujarin y Stalin decidieron mantener al Partido Comunista chino en su lugar.

Moscú instó, pues, a Chen Tu-hsiu y a su Comité Central a que se abstuvieran de librar la lucha de clases contra la burguesía "patriótica", de fomentar movimientos agrarios revolucionarios y de criticar al sunyatsenismo, que a partir de la muerte

de Sun Yat-sen había sido canonizado como la ideología del Kuomintang. Para justificar su actitud en términos marxistas, Bujarin y Stalin desarrollaron la teoría de que la revolución que se había iniciado en China, siendo de carácter burgués, no podía proponerse objetivos socialistas; que la burguesía antimperialista que apoyaba al Kuomintang desempeñaba un papel revolucionario; y que el deber de los comunistas era, por consiguiente, mantener la unidad con ella y no hacer nada que pudiera suscitar su antagonismo. Tratando de afianzar más aún su teoría sobre bases doctrinales, invocaron la opinión que Lenin había expuesto en 1905 en el sentido de que en la revolución "burguesa" de Rusia, dirigida contra el zarismo, los socialistas debían fijarse como objetivo una "dictadura democrática de obreros y campesinos", no una dictadura proletaria. Este precedente tenía poca o ninguna pertinencia respecto a la situación en China: en 1905 Lenin y su partido no buscaban una alianza con la burguesía liberal contra el zarismo. Por el contrario, Lenin predicaba incansablemente que la revolución burguesa sólo podría triunfar en Rusia bajo la dirección de la clase obrera, en hostilidad irreconciliable con la burguesía; e incluso los mencheviques, que sí buscaban una alianza con la burguesía, no soñaban con aceptar la dirección y la disciplina de una organización dominada por ésta. La política de Bujarin y Stalin era, como señaló Trotsky posteriormente, una parodia no sólo de la actitud bolchevique, sino hasta de la menchevique, en 1905.

Sin embargo, estos sofismas doctrinales tenían una finalidad: adornaban ideológicamente la política de Moscú y calmaban la conciencia de los comunistas a quienes esa política causaba intranquilidad. El oportunismo de esa línea se puso de manifiesto en forma alarmante cuando, a principios de 1926, el Kuomintang fue admitido en la Internacional Comunista en calidad de partido asociado y el Ejecutivo de la Internacional eligió al general Chiang Kai-shek como miembro honorario. Con este gesto,

Stalin y Bujarin le demostraron su "buena voluntad" al Kuomintang e intimidaron a los comunistas chinos. El 20 de marzo, sólo unas semanas después que el "Estado Mayor de la Revolución Mundial" lo había elegido miembro honorario, Chiang Kai-shek llevó a cabo su primer golpe anticomunista. Excluyó a los comunistas de todos los puestos en el cuartel general del Kuomintang, prohibió sus críticas a la filosofía política de Sun Yat-sen y le exigió a su Comité Central que sometiera una lista de todos los miembros del Partido que habían ingresado en el Kuomintang. Presionados por los asesores soviéticos, Chen Tu-hsiu y sus camaradas accedieron. Pero, convencidos de que Chiang Kai-shek estaba preparando la guerra civil contra ellos, juzgaron necesario organizar fuerzas armadas dirigidas por los comunistas para enfrentarse, en caso de necesidad, a las de Chiang; y solicitaron la ayuda soviética. Los representantes soviéticos en Cantón vetaron categóricamente

el plan y negaron toda ayuda. Una vez más Chen Tu-hsiu se doblegó ante la autoridad de la Comintern.[46] Los periódicos de Moscú no hicieron ningún comentario sobre el golpe de Chiang Kai-shek; ni siquiera publicaron la noticia. El Politburó, temiendo complicaciones, envió a Bubnov, el ex-decemista, a China para aplicar su política y convencer a los comunistas chinos de que su deber revolucionario consistía en "servirle como coolies" al Kuomintang.[47]

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos, el problema chino pareció permanecer al margen de la controversia interna en el Partido ruso. El hecho merece subrayarse, pues destruye una de las leyendas del trotskismo vulgar que sostiene que la Oposición se resistió inflexiblemente desde un principio a la "traición a la Revolución China" por parte de Stalin y Bujarin. No cabe duda de que el propio Trotsky ya había tenido sus aprensiones desde comienzos de 1924. Entonces había expresado en el Politburó una opinión crítica sobre la adhesión de los comunistas chinos al Kuomintang; y en los dos años siguientes repitió esa opinión en unas cuantas ocasiones. Pero lo hizo de manera casi casual, sin ir al fondo del asunto. Cuando descubrió que estaba solo en el Politburó -todos los demás miembros habían apoyado la política china-, no trató de reiterar sus objeciones en el foro más amplio del Comité Central. Ni una sola vez, por lo que parece, en estos años de 1924 a 1926 habló sobre China en el Ejecutivo o en las comisiones de la Comintern. Ni una sola vez, en todo caso, aludió en público a ninguna diferencia de opinión sobre este asunto. Parece haberle prestado mucha menos atención y haberle atribuido mucha menos importancia que a la política seguida en el caso británco e incluso en el polaco. Es obvio que no estaba claramente consciente de la fuerza de la tempestad que se desataba sobre China y de la magnitud y gravedad de la crisis que se aproximaba en la política comunista.

A principios de 1926 todavía le preocupaba más el manejo de la diplomacia soviética en relación con China que la dirección de los asuntos comunistas allí. Presidió una comisión especial, cuyos otros miembros eran Chicherin, Dzerzhinsky y Voroshílov, encargada de preparar recomendaciones para el Politburó en cuanto a la línea que la diplomacia soviética debía seguir en China. Es poco lo que se conoce del trabajo de la comisión aparte de su informe, que Trotsky presentó ante el Politburó el 25 de marzo de 1926.[48] Puesto que no expresó su inconformidad con el informe, debe suponerse que estaba básicamente de acuerdo con él. La

46- Chen Tu-hsiu relata que el Comité Central chino pidio a los asesores militares soviéticos en Canton que les suministrara a los comunistas, las municiones que que habian sido envias para Chiang Kai-shek, cuando menos 5000 rifles para poder armar a los campesinos insurgentes de Kwantung. La solicitud fue rehazada.

47- Citado de Chen Tu-hsin, "Carta abierta"

48- The Trotsky Archives

comisión hizo sus recomendaciones en términos estrictamente diplomáticos, sin referirse a los objetivos del Partido Comunista chino. Si bien éste se esforzaba, en cooperación con el Kuomintang, por abolir el status quo en China, la comisión ofreció instrucciones para los servicios diplomáticos soviéticos en cuanto a las actitudes que éstos deberían adoptar dentro del status quo. Tanto el Partido Comunista como el Kuomintang planteaban la unificación política del país, es decir, el derrocamiento del gobierno de Chan Tso-lin, que dominaba el norte del país, y la propagación de la revolución del sur al norte. La comisión de Trotsky contaba con que China seguiría dividida; y sus recomendaciones parecían concebidas para prolongar esa división. Por ese entonces Ghiang Kai-shek estaba preparando ya su gran expedición militar contra el norte. En medio de la confusión que reinaba al otro lado de la frontera soviética en el Lejano Oriente, la comisión de Trotsky no se fijaba el objetivo de fomentar la revolución, sino de asegurar todas las ventajas posibles para el gobierno soviético. De esta suerte, la comisión sugirió que la diplomacia soviética tratara de lograr un *mo-dus vivendi* y una división de esferas entre el gobierno de Chiang Kai-shek en el sur y el de Chang Tso-lin en el norte.

Trotsky sostuvo posteriormente que en el Politburó, durante la discusión del informe, Stalin presentó una enmienda en el sentido de que los asesores militares soviéticos disuadieran a Chiang Kai-shek de emprender su expedición. La comisión rechazó la enmienda, pero en términos más generales instruyó a los representantes soviéticos en la China que le "aconsejaran moderación" a Chiang Kai-shek. La principal preocupación del Politburó consistía en salvaguardar la posición de Rusia en Manchuria contra la expansión japonesa. La comisión, por consiguiente, recomendó que los emisarios rusos en el norte de China estimularan a Chang Tso-lin a seguir una política de equilibrio entre Rusia y el Japón. Moscú, demasiado débil para eliminar la influencia japonesa en Manchuria y no creyendo en la capacidad del Kuomintang para hacer tal cosa, estaba dispuesto a resignarse al predominio del Japón en el sur de Manchuria, siempre y cuando que Rusia, conservando su posesión del Ferrocarril del Nordeste de China, mantuviera su posición en la parte norte de la provincia. La comisión instó a los emisarios soviéticos a que prepararan a la opinión pública "con cuidado y tacto" para este arreglo, que con toda probabilidad habría de herir los sentimientos patrióticos en China. Las motivaciones del Politburó eran diversas y complejas. Le preocupaba Manchuria, pero también temía que la expedición de Chiang Kai-shek contra el norte pudiera provocar la intervención de las potencias occidentales en China con mayor energía que hasta entonces. Y también sospechaba que Chiang estaba planeando la expedición como un medio de desviar a la revolución, absorbiendo y dispersando las energías revolucionarias del sur.

En abril el Politburó aceptó el informe de la comisión de Trotsky. En este

momento, sin embargo, Trotsky planteó el problema de la política estrictamente comunista en China. Esta, sostuvo, debería ser independiente de las consideraciones diplomáticas soviéticas: la tarea de los diplomáticos consistía en pactar acuerdos con los gobiernos burgueses existentes -incluso con los viejos señores feudales-, pero el deber de los revolucionarios consistía en derrocarlos. Protestó contra la admisión del Kuomintang en la Comintem. El sunyatsenismo, dijo, exaltaba la armonía de todas las clases, y por consiguiente era incompatible con el marxismo que se basaba en la lucha de clases. Al elegir a Chiang Kai-shek como miembro honorario, el Ejecutivo de la Comintem había jugado una mala broma. Finalmente, repitió sus viejas objeciones a la adhesión de los comunistas chinos al Kuomintang. [49] Una vez más, todos los miembros del Politburó, incluidos Zinóviev y Kámenev, que entonces estaban a punto de formar la Oposición Conjunta, defendieron la dirección oficial de los asuntos comunistas chinos. Este conflicto de opiniones fue también incidental. Tuvo lugar tras las puertas cerradas del Politburó y no produjo consecuencias.

A continuación, durante todo un año, desde abril de 1926 hasta fines de marzo de 1927, ni Trotsky ni los otros jefes de la Oposición volvieron a plantear el problema. (Sólo Rádek, que desde mayo de 1925 había dirigido la Universidad Sun Yat-sen en Moscú y tenía que explicar la política del Partido a los desconcertados estudiantes chinos, "acosaba" al Politburó en demanda de orientación; y como no la obtenía, expresaba ciertas aprensiones no muy alarmantes). Pero éste fue el año más decisivo y crítico en la historia de la Revolución China. El 26 de julio, cuatro meses después que el Politburó discutió el informe de la comisión de Trotsky, Chiang Kai-shek, haciendo caso omiso de los "consejos de moderación" de los soviéticos, dio la orden de marcha a la expedición contra el norte. Sus tropas avanzaron rápidamente. Contrariamente a lo que Moscú esperaba, su aparición en la China central obró como un tremendo estímulo para un movimiento revolucionario en escala nacional. Las provincias septentrionales y centrales se agitaban en levantamientos contra la administración de Chang Tso-lin y los corruptos señores feudales que la apoyaban. Los trabajadores urbanos constituían el elemento más activo en el movimiento político. El Partido Comunista iba en ascenso: encabezaba e inspiraba los levantamientos y sus miembros dirigían los sindicatos que habían surgido de la noche a la mañana y encontraban un entusiasta apoyo de masas en las ciudades y poblaciones liberadas. A lo largo de toda la mta de avance de Chiang Kai-shek el campesinado recibía con júbilo a sus tropas y, contando con su apoyo, se levantaba contra los señores feudales. los terratenientes y los usureros, listos para expropiarlos.

49- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. X. pp. 154-155.

Chiang Kai-shek se atemorizó ante la marea de la revolución y trató de contenerla. Prohibió las huelgas y las manifestaciones, suprimió los sindicatos y envió expediciones punitivas a someter a los campesinos y a requisar alimentos. Una intensa hostilidad se desarrolló entre su cuartel general y el Partido Comunista. Al informar sobre estos acontecimientos a Moscú. Chen Tu-hsiu pidió que a su partido se le permitiera cuando menos salirse del Kuomintang. Todavía estaba en favor de un frente unido de los comunistas y el Kuomintang contra los señores feudales del norte y los instrumentos de las potencias occidentales; pero sostenía que era imperativo que su partido se liberara de la disciplina del Kuomintang. recobrara su libertad de movimientos, apoyara la lucha de los campesinos por la tierra y se preparara para un conflicto abierto con Chiang Kai-shek. El Ejecutivo de la Internacional volvió a contestarle a Chen Tu-hsiu con una repulsa. Bujarín rechazó su petición como una peligrosa herejía "ultraizquierdista". Como informante del Comité Central en la Conferencia del Partido efectuada en octubre. Bujarín ratificó la necesidad "de mantener un frente nacional revolucionario único" en China, donde "la burguesía comercial industrial desempeña actualmente un papel objetivamente revolucionario..."[50] A los comunistas tal vez les sería difícil, añadió, satisfacer el clamor de los campesinos por la tierra. El Partido chino tenía que mantener un equilibrio entre los intereses del campesinado y los de la burguesía antimperialista que se oponía a un movimiento agrarista revolucionario. El deber principal de los comunistas consistía en salvaguardar la unidad de todas las fuerzas antimperialistas y repudiar todos los intentos de destruir el Kuomintang.[51] Paciencia y circunspección eran las consignas, tanto más cuanto que la atmósfera revolucionaria estaba afectando también al Kuomintang, "radicalizándolo" y "reduciendo a su ala derecha a la impotencia".

Algún tiempo después Stalin, hablando ante la comisión china de la Comintern, también hizo el elogio de los "ejércitos revolucionarios" de Chiang Kai-shek. exigió de los comunistas una completa subordinación al Kuomintang y los previno contra cualquier intento de establecer Soviets en el momento de auge de una "revolución burguesa".[52]

A primera vista, las predicciones de Stalin y Bujarin sobre un "viraje a la izquierda en el Kuomintang" se cumplieron al cabo de cierto tiempo. En noviembre, el gobierno del Kuomintang fue reestructurado en una amplia coalición en la que los grupos izquierdizantes encabezados por Wang Chingwei, el rival de Chiang Kai-shek. pasaron al primer plano, y la cual incluía dos ministros comunistas en las

---

50- 15 Konferentsia VKP (b), p. 27.
51- Ibid., pp. 28-29.
52- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. VIII, pp. 357-374.

carteras de agricultura y trabajo. El nuevo gobierno se trasladó de Cantón a Wuján. El ala derecha del Kuomintang. sin embargo, distaba mucho de hallarse "reducida a la impotencia''. Chiang Kai-shek conseno el mando supremo de las fuerzas armadas v se dedicó a preparar el terreno para la instauración de su dictadura. Eran más bien los comunistas dentro del gobierno quienes habían quedado reducidos a la impotencia. El Ministro de Agricultura se esforzó por contener la marea de la rebelión agraria, y el Ministro del Trabajo tuvo que tragarse los decretos antiobreros de Chiang.[53] Desde Moscú siguieron llegando más v más emisarios para calmar a los comunistas: después de la partida de Bubnov, el destacado dirigente comunista hindú M. N. Roy apareció en Wuján con esta misión a fines de 1926.

El Politburó aún estaba predicando la unidad con el Kuomintang cuando, en la primavera de 1927. Chiang Kai-shek. todavía miembro honorario del Ejecutivo de la Comintern, llevó a cabo otro golpe por medio del cual inició la contrarrevolución abierta. El escenario fue Shangai, la ciudad y centro comercial más importante de China, dominado por las zonas extraterritoriales de las potencias occidentales y sus buques de guerra anclados en la bahía. Poco antes de que entraran las tropas de Chiang Kai-shek. los obreros de Shangai se levantaron, derrocaron a la antigua administración y se apoderaron de la ciudad. Una vez más el desamparado Chen Tuhsiu recurrió al Ejecutivo de la Comintern para tratar de hacerle ver la significación del acontecimiento -el mayor levantamiento proletario que el Asia insurgente había presenciado- y de liberar a su partido de sus compromisos con el Kuomintang. Y una vez más él y sus camaradas fueron presionados para que reafirmaran su lealtad al Kuomintang y para que le cedieran el control de Shangai a Chiang Kai-shek. Desconcertados pero disciplinados, rechazando la ayuda que les ofrecían los destacamentos del propio Chiang, los comunistas de Shangai acataron esas instrucciones, depusieron las armas y capitularon. A continuación, el 12 de abril, sólo tres semanas después de su alzamiento victorioso. Chiang Kai-shek ordenó una matanza en la que perecieron decenas de miles de comunistas y de los obreros que los habían seguido.

Así fueron obligados los comunistas chinos a pagar su tributo al sagrado egoísmo del primer Estado obrero, el egoísmo que la doctrina del socialismo en un solo país había elevado al rango de principio. Las implicaciones ocultas de la doctrina quedaron al descubierto y fueron inscritas en sangre en las calles de Shangai. Stalin y Bujarin se sentían autorizados a sacrificar a la Revolución China en aras de lo que ellos consideraban beneficioso para la consolidación de la Unión Soviética. Trataron desesperadamente de evitar cualquier curso de acción que pudiera lanzar a

---

53- M. N. Roy, Revolution und Konterrevolution in China, pp. 413 sigs. Harold Isaacs. The Tragedy of the Chínese Revolution, capítulos 14 y 15

las potencias capitalistas contra la Unión Soviética y perturbar la paz y el equilibrio que ésta había pagado a un alto precio y que seguían siendo precarios. Habían concebido su política china en el mismo estado de ánimo con que formulaban su política interna del momento, considerando que el primer mandamiento de su sabiduría era seguir pisando terreno seguro y proceder con cautela, paso a paso, en el manejo de todos los asuntos del Estado. La misma lógica que ios había llevado a aplacar al "agricultor fuerte" en su propio país los llevaba a cortejar excesivamente al Kuomintang. Habían contado, sin duda, con que la Revolución China se desarrollaría al mismo paso de tortuga que Bujarin le marcaba al progreso del socialismo en Rusia.

Como sucede tan a menudo en la historia, este tipo de realismo fatigado y aparentemente realista no era más que un sueño engañoso. Era imposible jinetear los dragones de la revolución y la contrarrevolución a naso de tortuga. Pero los bolcheviques se habían esforzado durante años por ganar un respiro para la Unión Soviética. Habiéndolo ganado, se esforzaban por prolongarlo indefinidamente; y reaccionaban con agrio resentimiento contra cualquier cosa que amenazara interrumpirlo o abreviarlo. Dentro de su propio país, una política que implicara el riesgo de un conflicto con el campesinado podría interrumpirlo. Y en el extranjero una política comunista activa también podría interrumpirlo. Las facciones gobernantes estaban resueltas a que eso no sucediera: y así, casi sin pestañear. obligaron a la Revolución China a prolongar con los estertores de su agonía el respiro del primer Estado obrero.[54]

No fue sino el 31 de marzo de 1927, después de un año de silencio y apenas dos semanas antes de la matanza de Shangai, cuando Trotsky atacó la política china del Politburó.[55] Es indudable que implícitamente se había opuesto a esa política y a sus premisas. Sus protestas anteriores contra el ingreso del Partido chino en el Kuomintang y contra el honor que la Comintern le había conferido a Chiang Kai-shek, así lo habían demostrado. Sus propias concepciones, desarrolladas de manera consecuente durante más de veinte años, le impedían aceptar siquiera por un momento los argumentos ideológicos con que Stalin y Bujarin se empeñaban en justificar su estrategia política. Nada se hallaba más lejos del exponente de la revolución permanente que la idea, sostenida por Stalin y Bujarin, de que puesto que el movimiento chino era de carácter burgués, los comunistas de aquel país debían renunciar a sus aspiraciones socialistas en aras de una alianza con la burguesía del Kuomintang. Lo inherente a toda la manera de pensar de Trotsky era que éste

54- Stalin intentó tratar a la siguiente Revolución China (1947-1949) de la misma manera, pero el impulso de esa revolución fue demasiado grande para que pudiera hacerlo; y Mao Tse-tung había aprendido su lección gracias a la experiencia de Chen Tu-hsiu.
55- Véase su carta al Politburó y al Comité Central en The Trotsky Archives.

considerara que las fases burguesa y socialista de la revolución habrían de fundirse, como se habían fundido en Rusia; que la clase obrera sería la principal fuerza impulsora en todo el proceso; y que la revolución triunfaría como un movimiento proletario que habría de instaurar una dictadura proletaria o no triunfaría en modo alguno.

¿Por qué, entonces, guardó silencio durante el año decisivo? Por una parte, pasó enfermo buena parte de ese tiempo; estaba inmerso en los problemas nacionales y en los asuntos del comunismo europeo; se hallaba enfrascado en una lucha desigual; y tenía que tomar en cuenta la delicada situación táctica de la Oposición. Sus papeles privados sugieren que su atención no se concentró en el problema chino antes de los primeros meses de 1927. No había descubierto hasta dónde habían llegado el oportunismo y el cinismo del Politburó. No estaba enterado de la renuencia con que los comunistas chinos habían acatado las instrucciones de éste. No tenía idea de las muchas apelaciones v protestas de Chen Tu-hsiu -Stalin y Bujarin las habían guardado bajo llave en archivos secretos- ni estaba enterado de otras comunicaciones confidenciales que se habían cruzado entre Moscú y Pekín o Wuján. Cuando por fin, disponiendo de poco más que las noticias generalmente accesibles para orientarse, se alarmó y planteó el asunto dentro del círculo dirigente de la Oposición, se encontró con que incluso allí estaba casi aislado.

Hasta fines de 1926 Zinóviev y Kámenev habían tenido poco que reprochar a la política oficial. Aferrados a las ideas del "viejo bolchevismo" de 1905, ellos también sostenían que la Revolución China debía limitarse necesariamente a sus objetivos burgueses y antimperialistas. Aprobaron el ingreso del Partido chino en el Kuomintang. En sus días de poder, el propio Zinóviev desempeñó probablemente su papel en la aplicación de esta política y en el rechazo de las objeciones de Chen Tu-hsiu. Pero incluso los trotskistas más importantes, como Preobrazhensky, Rádek y también, según parece, Piatakov y Rakovsky, se sorprendieron cuando Trotsky aplicó el esquema de la revolución permanente a China.[56] No pensaban que la dictadura proletaria pudiera instaurarse y que el Partido Comunista pudiera tomar el poder en un país más atrasado aún que Rusia. Sólo cuando Trotsky amenazó con plantear el asunto bajo su propia responsabilidad y escindir virtualmente a la Oposición por tal motivo, y sólo después de haberse hecho meridianamente claro que los obreros eran en realidad la "principal fuerza impulsora" de la Revolución China y de que, al obstruirla, Stalin y Bujarin habían dejado atrás hacía mucho el punto en que la teoría y el dogma del "viejo bolchevismo" tenían algún significado, consintieron los jefes de la Oposición en iniciar una controversia sobre China

56- Véase la correspondencia de Trotsky con Rádek y Preobrazhensky en 1928, en The Trotsky Archives

en el Comité Central. Y aún entonces estaban dispuestos a impugnar la política oficial, pero no sus premisas. Convenían en atacar el celo excesivo con que Stalin y Bujarin habían hecho del Partido chino el cómplice de Chiang Kai-shek en el aplastamiento de las huelgas, manifestaciones y levantamientos campesinos; pero aún sostenía que los comunistas debían permanecer dentro del Kuomintang, y que esta revolución "burguesa" no podría dar origen a una dictadura proletaria en China. Ésta era una actitud que se contradecía y se derrotaba a sí misma, pues una vez que se concedía que los comunistas debían permanecer dentro del Kuomintang, era una inconsecuencia esperar que no pagaran el precio que ello imponía.

Trotsky se conformó con iniciar la nueva controversia dentro de los límites en que Zinóviev, Kámenev. Rádek, Preobrazhensky y Piatakov estaban dispuestos a desarrollarla. En los primeros meses del año los jefes de la Oposición todavía estaban tratando de limar sus diferencias: sólo hacia fines del año definieron el terreno común desde el cual lanzarían el ataque. Se trataba de una empresa nueva y peligrosa. Trotsky estaba consciente de lo sombrías que eran las perspectivas. El 22 de marzo, el mismo día en que los obreros de Shangai luchaban con las armas en la mano y las tropas de Chiang Kai-shek entraban en la ciudad, él comentó en sus papeles privados que había "el peligro de que el Comité Central convirtiera el asunto en una disputa faccional en lugar de discutirlo seriamente". Independientemente de que así fuera, el problema tenía que plantearse, pues, "¿cómo puede uno guardar silencio cuando lo que está en juego es nada menos que la cabeza del proletariado chino?"[57]

El hecho de que la Oposición reparara en China con tanto retraso y con tantas reservas mentales, debilitó su posición desde el principio. La política que en las semanas inmediatamente posteriores habría de producir la debítele, se había venido siguiendo durante tres largos años cuando menos. Difícilmente podía ser revocada en dos o tres semanas. Incluso cuando Trotsky tomaba la decisión de que no podía guardar silencio en el momento en que "la cabeza del proletariado chino estaba en juego", esa cabeza se hallaba ya bajo la maza de Chiang Kai-shek. Cuando la Oposición denunció a continuación a Stalin y Bujarin como los responsables del desastre, éstos replicaron preguntando dónde había estado la Oposición y por qué había guardado silencio durante tres largos años.[58] Sugirieron, plausiblemente, que la indignación de los críticos era espuria, que la Oposición había estado al acecho de un punto de disensión y que se aferraba al problema chino "como un hombre que se está ahogando se aferra a una tabla". La replica no era del todo inmerecida. Stalin, además, sacó a la luz las inconsecuencias en la actitud de la Oposición y explotó al

57- The Trotsky Archives.
58- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. X, pp. 17, 21, 25 et passim.

máximo las diferencias entre Trotsky y sus colegas. Esto no altera el hecho de que las críticas de la Oposición, aunque tardías y tímidas, eran justificadas. En cuanto a Trotsky, durante todas estas semanas decisivas, día tras día, luchó con todo su coraje y energía por una revisión de último minuto de la política. Sus análisis de la situación fueron de una claridad cristalina, sus pronósticos impecables y sus advertencias como resonantes campanadas de alarma.

La posteridad sólo puede maravillarse de la maligna complacencia y deliberación con que las facciones gobernantes cerraron sus oídos durante esas semanas y durante todo el resto del año, cuando, en medio de tantos desplazamientos rápidos en China, Trotsky trató incesantemente de inducirlos a salvar cuando menos parte de los restos del comunismo chino. En todo momento las facciones gobernantes desecharon sus exhortaciones, en parte por cálculo político y en parte porque estaban empeñadas en probar que el se equivocaba. Cuando los acontecimientos probaron que él tenía razón, dieron un viraje frenético, y sin embargo a desgana, en la dirección que él había favorecido pero que ya era demasiado tarde para seguir; y trataron invariablemente de justificarse acumulando acusaciones e injurias sobre el trotskismo.

No estaría fuera de lugar reseñar aquí cuando menos algunas de las intervenciones de Trotsky. En su carta al Politburó del 31 de marzo, quejándose de que no había tenido acceso a los informes de los asesores soviéticos y de los emisarios de la Comintern, señaló el auge del movimiento obrero y del comunismo en China como el rasgo dominante de esta fase de la revolución. ¿ Por qué -preguntó- no llamaba el Partido a los obreros a elegir Soviets, cuando menos en los principales centros industriales como Shangai y Hankow? ¿Por qué no alentaba la revolución agraria? ¿Por qué no trataba de establecer la cooperación más estrecha entre los obreros y los campesinos insurgentes? Sólo esto podría salvar a la revolución, que, insistió, se enfrentaba ya al peligro de un golpe militar contrarrevolucionario.

Tres días más tarde, el 3 de abril, se pronunció contra una declaración editorial publicada en La Internacional Comunista en el sentido de que la cuestión decisiva en China era "el desarrollo ulterior del Kuomintang".[59] Esta cuestión era precisamente la que no era decisiva, replicó Trotsky. El Kuomintang no podía llevar la revolución a la victoria. Los obreros y los campesinos deberían ser organizados urgentemente en Consejos. Día tras día protestó contra los discursos de Kalinin, Rudzutak y otros, quienes afirmaban que todas las clases de la sociedad china "ven al Kuomintang como su partido y deben prestar al gobierno kuomintanista su apoyo irrestricto". El 5 de abril, una semana antes de la crisis de Shangai, escribió enfáticamente que Chiang Kai-shek estaba preparando un golpe cuasi-bonapartista o fascista y

59- Kommunisticheskii Internatsional, 18 de marzo de 1927.

que sólo los Consejos de Obreros podrían frustrarlo. Tales Consejos, o Soviets, deberían actuar primero como un contrapeso a la administración kuomintanista, y después, al cabo de un período de "dualidad de poder", deberían convertirse en los órganos de insurrección y gobierno revolucionario. El 12 de abril, el día de la matanza de Shangai, escribió una candente refutación a un elogio del Kuomintang que había aparecido en Pravda. Su autor, Martínov, había sido durante veinte años el más derechista de los mencheviques, había ingresado en el Partido Comunista sólo algunos años después de la guerra civil y en aquel momento era una de las lumbreras de la Comintem. En los días siguientes Trotsky le escribió a Stalin, pidiéndole en vano que se le mostraran los informes confidenciales enviados desde China. Grotescamente, el 18 de abril, una semana después de la matanza de Shangai. el secretario oriental de la Comintem lo invitó a autografiar junto con otros dirigentes soviéticos, un retrato que se le enviaría a Chiang Kai-shek en prenda de amistad. Él se negó e increpó con airado desprecio a los funcionarios de la Comintem y a sus inspiradores.[60]

Para esas fechas ya habían llegado a Moscú los informes sobre la carnicería de Shangai. Los alegatos de Stalin y Bujarin estaban todavía frescos en la memoria de todos. Afortunadamente para ellos, las críticas de la Oposición no eran de conocimiento público: sólo algunos cuadros del Partido, funcionarios de la Comintem y estudiantes chinos en Moscú estaban enterados de la controversia. Stalin y Bujarin hicieron todo lo posible por restar importancia a los sucesos y los presentaron como un revés episódico de la Revolución China.[61] Se vieron obligados, sin embargo, a modificar su política. Habiendo tocado a su fin la "alianza" con Chiang Kai-shek, ordenaron a los comunistas chinos que se adhirieran más estrechamente aún a la "izquierda del Kuomintang", es decir, al gobierno de Wuján, encabezado por Wang Ching-wei. La izquierda del Kuomintang estaba provisionalmente en conflicto con Chiang Kai-shek y deseosa de beneficiarse con el apoyo comunista. Moscú concedió ese apoyo de buena gana y prometió que Chen Tu-hsiu y sus camaradas se abstendrían, como antes, de la acción revolucionaria "provocativa" y se someterían a la disciplina de Wang Ching-wei.[62]

Trotsky afirmó que la nueva política no hacía más que reproducir los viejos errores en una escala mayor. Los comunistas, dijo, deberían ser instados a adoptar por fin una política franca, a formar Consejos de Obreros y Campesinos, y a apoyar con toda su fuerza al campesinado rebelde en el sur de China, donde no imperaba

60- Toda esta correspondencia está citada de The Trotsky Archives.

61- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. IX, pp. 259-260 et passim.

62- Véanse las "tesis" de Stalin en sus Obras (ed. rusa), vol. IX, p. 221. Esta actitud fue adoptada con renuencia por el Partido Comunista chino durante su Congreso efectuado a fines de abril. Véase la "Carta Abierta" de Chen Tu-hsiu.

la autoridad de Chiang Kai-shek y los comunistas todavía podían actuar. Cierto era que él veía sumamente reducidas las posibilidades de acción revolucionaria: el golpe de Chiang Kai-shek constituía, pese a los esfuerzos oficiales por restarle importancia, un "desplazamiento básico" de la revolución a la contrarrevolución y un "golpe aplastante" a las fuerzas revolucionarias urbanas. Pero Trotsky suponía que Chiang Kai-shek no había logrado destruir los dispersos y evasivos movimientos agrarios, que la lucha de los campesinos por la tierra proseguiría y que con el tiempo aportaría el estímulo para un rcavivamiento de la revolución en las ciudades.[63] Los comunistas deberían volcar todas sus fuerzas en apoyo de los movimientos agrarios; pero para poder hacer tal cosa deberían romper por fin con el Kuomintang, tanto con su "izquierda" como con su derecha, y perseguir sus propios objetivos. En este punto los zinovievistas volvieron a disentir. Todavía preferían que el Partido chino permaneciera dentro de la izquierda del Kuomintang. pero deseaban que siguiera allí una política independiente, en oposición a Wang Ching-wei. Sobre la base de estos planteamientos, la Oposición presentó su caso en numerosas declaraciones, ninguna de las cuales vio la luz.

La reanudación de los ataques de la Oposición en lo relativo a China lanzó a las facciones gobernantes a una actividad febril. Su situación era sumamente comprometida, pues nunca antes se había revelado de manera tan notoria la futilidad de su política y nunca antes se habían cubierto de ignominia sus dirigentes en forma tan escandalosa y ridicula. Aproximadamente al mismo tiempo, otro revés, secundario en comparación con el que habían sufrido en China, vino a hacer más difícil su situación. El Consejo Anglo-Sovictico se desintegró: los dirigentes de los sindicatos británicos se retiraron del organismo. En el campo diplomático existía una gran tensión entre la Gran Bretaña y la Unión Soviética. Otra más de las grandes esperanzas de la política oficial se había desvanecido. Las facciones gobernantes, sin embargo, explotaron esta circunstancia al máximo, precisamente para desviar la atención del problema chino y obstruir toda discusión. Armaron un gran barullo sobre el peligro de guerra e intervención y crearon un estado de nerviosidad pública y alarma nacional, en el que resultaba sumamente fácil acusar a la Oposición de falta de patriotismo. Stalin blandió el látigo, profirió nuevas amenazas de expulsión y utilizó todos los medios de presión moral para silenciar a sus críticos. A instancias suyas Krúpskaya suplicó a Zinóviev y Kámenev que no provocaran un "pleito por China" y que recordaran que podrían llegar a en contrarse "criticando al Partido desde afuera". La Oposición deseaba evitar el "pleito". Trotsky y Zinóviev propusieron que el Comité Central se reuniera

63- Véase "The Situation in China After Chiang's Coup and the Prospects" (escrito el 19 de abril de 1927), en The Trotsky Archives.

y ventilara las diferencias en privado, de modo que la discusión no recibiera publicidad ni siquiera en el boletín confidencial que el Comité Central destinaba a los "activistas". Stalin, sin embargo, no aceptó el debate ni siquiera en esas condiciones, y el Politburó se negó a convocar la reunión.[64]

Entonces, en la última semana de mayo, Trotsky forzó un debate en la sesión del Ejecutivo de la Comintern. Apeló contra el Partido ruso a la Internacional. Al obrar así, lo hacía acogiéndose a sus derechos. El Ejecutivo de la Internacional era nominalmente el tribunal de apelaciones ante el que cualquier comunista tenía el derecho de formular una querella contra su propio partido. Pravda, sin embargo, denunció la apelación de antemano como un acto de deslealtad y una violación de la disciplina. Ello no obstante, la Oposición aprovechó la oportunidad para someter a crítica toda la política oficial, tanto en su aspecto nacional como en el internacional, tanto en Asia como en Europa. Para fortalecer su posición y para protegerse contra las represalias, o, como lo expresó Trotsky, "para repartir el golpe esperado sobre muchos hombros", la Oposición llevó a cabo una manifestación política similar a la que los cuarenta y seis habían efectuado en 1923: en la víspera de la sesión un grupo de ochenta y cuatro militantes destacados declararon su solidaridad con las opiniones de Trotsky y Zinóviev.[65] Stalin, en efecto, no podía aplicar inmediatamente medidas disciplinarias contra Trotsky y Zinóviev sin aplicárselas también a los ochenta y cuatro y posteriormente a los trescientos que firmaron la declaración de solidaridad. Pero el pronunciamiento conjunto de éstos le permitió a Stalin alegar que la Oposición había violado su promesa y había vuelto a constituirse en facción. [66]

64- El 7 de mayo Trotsky le escribió una carta a Krúpskaya. Herido por la alusión de ésta al "pleito por China", le pidió que no eludiera un gran problema. "¿Quién tiene razón, nosotros o Stalin?" Hizo el recuento de todo lo que la Oposición había hecho para lograr una discusión informal, y le recordó a Krúpskaya que hasta hacía poco ella se había solidarizado con la Oposición contra la "brutalidad y deslealtad" de Stalin. ¿Había mejorado en algo el régimen de Stalin desde entonces? Trotsky le escribió a la viuda de Lenin con pesar y desencanto mezclados con un sentimiento afectuoso -ésta fue, en cierto sentido, su despedida de ella- y vaciló en cuanto a la conclusión de la carta: "Con todo mi corazón le deseo buena salud y... confianza en la integridad de la línea que..." Tachó, reescribió y tachó nuevamente las dos últimas líneas. El borrador de la carta está en The Trotsky Archives.

65- El documento es llamado algunas veces Declaración de los Ochenta y Tres y otras de los Ochenta y Cuatro. Le fue presentado al Comité Central entre el 23 y el 26 de mayo. Posteriormente el número de firmantes ascendió a 300.

66- Véase la carta de Trotsky del 12 de julio de 1927, dirigida a uno de los jefes de la Oposición que desempeñaba el cargo de embajador en el extranjero (Krestinsky o Antónov-Ovseienko). El destinatario de la carta pensaba que la gestión de los ochenta y cuatro agravaba innecesariamente la lucha. Trotsky admitía que los oposicionistas de Moscú habían abrigado

El 24 de mayo Trotsky habló ante el Ejecutivo de la Comintern. Irónicamente, tuvo que empezar haciendo una protesta contra el trato desconsiderado que el Ejecutivo le había dado en esta ocasión a Zinóviev, el antiguo Presidente de la Internacional que no hacía mucho lo había acusado ante aquel mismo Ejecutivo: a Zinóviev no se le permitió ahora ni siquiera asistir a la sesión. Trotsky habló sobre la "debilidad e incertidumbre intelectual" que llevaban a Stalin y Bujarin a ocultarle a la Internacional la verdad acerca de China y a denunciar la apelación de la Oposición como un crimen. El Ejecutivo debería publicar las actas del presente debate: "los problemas de la revolución china no podían meterse en una botella y sellarse". El Ejecutivo debería precaverse de los graves peligros que encerraba el "régimen" de la Internacional, copiado del que imperaba en el Partido ruso. Algunos dirigentes comunistas extranjeros se impacientaban con la Oposición e imaginaban que el Partido ruso y la Internacional reanudarían su vida normal una vez que Trotsky y Zinóviev fueran eliminados. Quienes así pensaban se engañaban. "Sucederá lo contrario ... Este camino sólo conducirá a nuevas dificultades y convulsiones". Nadie en la Internacional se atrevía a exponer sus opiniones con franqueza por temor a que sus críticas perjudicaran a la Unión Soviética. Pero nada era tan perjudicial como la falta de crítica. El desastre chino lo había demostrado. La preocupación principal de Stalin y Bujarin consistía en justificar sus acciones y en encubrir sus desastrosos errores. Ambos alegaban que lo habían previsto todo y habían tomado las precauciones necesarias. Sin embargo, sólo una semana antes de la crisis en Shangai, Stalin se había jactado en una reunión del Partido de que "utilizaremos a la burguesía china y luego la tiraremos como un limón exprimido". "Este discurso nunca se hizo público porque unos pocos días después el 'limón exprimido' tomó el poder". Los asesores soviéticos y los emisarios de la Comintern, especialmente Borodín, se comportaban "como si representaran a alguna especie de Kuomintern": obstruían la política independiente del proletariado, su organización independiente y especialmente la entrega de armas a los obreros... ¡No quiera el cielo que los obreros, armas en mano, asusten a esa gran quimera de una revolución nacional que abarca a todas las clases de la sociedad china!... El Partido Comunista chino es un partido maniatado... ¿Por qué no ha tenido y por qué no tiene hasta el día de hoy su propio diario? Porque el Kuomintang no lo quiere... Pero en esta forma se ha mantenido desarmada políticamente a la clase obrera.[67]

también las mismas dudas, pero decía que sé habían decidido en favor de la gestión como una medida de autoprotección. No creía que la situación se hubiese agravado como consecuencia del pronunciamiento de la Oposición. Pensaba que su corresponsal se había aislado de Rusia a causa de su larga ausencia y lo invitaba a que hiciera un viaje a Moscú para palpar el ambiente que prevalecía allí. The Trotsky Archives.

67- Trotsky, Problems of the Chínese Revolution, pp. 91-92.

Mientras el Ejecutivo se encontraba reunido, la tensión entre la Gran Bretaña y la Unión Soviética llegó a un punto crítico: la policía británica allanó las oficinas de la misión comercial soviética en Londres y el gobierno británico rompió relaciones con Rusia. Stalin explotó esta circunstancia. "Debo declarar, camaradas", le dijo al Ejecutivo al concluir su discurso, "que Trotsky ha escogido un momento muy inoportuno para sus ataques... Acabo de recibir la noticia de que el gobierno conservador inglés ha decidido romper relaciones con la URSS. Huelga demostrar que ahora comenzará una cruzada general contra los comunistas. Esa cruzada ha empezado ya. Unos amenazan al Partido con la guerra y la intervención. Otros, con la escisión. Se forma una especie de frente único, que va desde Chamberlain hasta Trotsky... Podéis tener la seguridad de que sabremos destrozar también este nuevo 'frente' ".[68] Puso todas sus esperanzas en el Kuomintang de izquierda con la misma confianza con que anteriormente las había puesto en el Kuomintang de derecha: "Únicamente los ciegos pueden negarle al Kuomintang de izquierda el papel de órgano de la lucha revolucionaria, el papel de órgano de la insurrección contra las supervivencias feudales y el imperialismo en China".[69] Exigió, en efecto, que la Oposición guardara silencio so pena de ser acusada de ayudar al enemigo.

No era ésta la primera vez que Stalin aludía a "un frente unido que va desde Chamberlain hasta Trotsky". Unos meses antes Prauda lo había hecho anónimamente.[70] Pero ahora, por primera vez, la insinuación vaga y anónima era reemplazada por la acusación directa. Trotsky replicó con las siguientes palabras:

Sería manifiestamente absurdo creer que la Oposición renunciará a sus opiniones... Stalin ha dicho que la Oposición forma un frente unido con Chamberlain y Mussolini... A esto respondo: Nada ha facilitado tanto la labor de Chamberlain como la falsa política de Stalin, especialmente en China... Ni un solo trabajador honrado dará crédito a la vesánica infamia sobre un frente unido que va desde Chamberlain hasta Trotsky.

En respuesta al llamado de Stalin en favor del Kuomintang de izquierda, Trotsky dijo:

Stalin asume y quiere que la Internacional asuma la responsabilidad por la política del Kuomintang y del gobierno de Wuján del mismo modo que él asumió

68- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. IX, pp. 311-312.

69- Ibid., p. 302.

70- The Trotsky Archives contienen el borrador de una enérgica protesta contra esto, escrita el 6 de enero de 1927 y dirigida al Politburó. Zinóviev objetó el tono enérgico y redactó otro borrador en que le suplicaba al Politburó que protegiera a la Oposición contra la calumnia.

repetidas veces la responsabilidad por la política de... Chiang Kai-shek. Nosotros no tenemos nada en común con esto. No deseamos asumir ni una sombra de la responsabilidad por la conducta del gobierno de Wuján y el liderato del Kuomintang; y le aconsejamos urgentemente a la Comintern que rechace esa responsabilidad. A los campesinos chinos les decimos directamente: los jefes del Kuomintang de izquierda... inevitablemente os traicionarán si los seguís... en lugar de formar vuestros propios Soviets independientes... (Ellos) se unirán diez veces con Chiang Kai-shek contra los obreros y los campesinos.[71]

El debate proseguía aún en el Kremlin cuando en el remoto sur de China la predicción de Trotsky se convertía ya en realidad. En mayo tuvo lugar el llamado golpe de Chan-Sha. El gobierno de Wuján, a su vez, empezó a reprimir a los sindicatos, envió tropas a sofocar los levantamientos campesinos y se lanzó contra los comunistas. Durante casi un mes la prensa soviética guardó silencio acerca de estos acontecimientos.[72] Las resoluciones del Ejecutivo de la Internacional, dictadas por Stalin y Bujarin, iban grotescamente a la zaga de los sucesos aun antes de ser publicadas; y Stalin se apresuró a formular nuevas instrucciones para el Partido chino. Todavía le ordenó que permaneciera dentro del Kuomintang y siguiera apoyando al gobierno de Wuján; pero le indicó que protestara por el empleo de tropas contra los campesinos y que le aconsejara al gobierno de Wuján buscar el apoyo de los Consejos Campesinos para frenar el movimiento agrario en lugar de recurrir a las armas. Para entonces, sin embargo, el Kuomintang de izquierda estaba expulsando a los comunistas de sus filas. Durante junio y julio la escisión entre éstos y aquél se profundizó, y el camino quedó abierto para una reconciliación entre el Kuomintang de izquierda y Chiang Kai-shek.

Las repercusiones se dejaron sentir inmediatamente en Moscú. Trotsky protestó casi diariamente contra la supresión de las noticias. Zinóviev pidió que un tribunal del Partido juzgara a Bujarin, que como director de Pravda era el responsable de la supresión. Por fin Zinóviev y Rádek convinieron en exigir, junto con Trotsky, que los comunistas abandonaran el Kuomintang de izquierda. Esto ya no tenía pertinencia, pues desde que el Kuomintang de izquierda rompió con los comunistas, ni siquiera Stalin podía hacer otra cosa que aconsejarles... el rompimiento con el Kuomintang de izquierda.

Stalin, en realidad, estaba preparándose ya para llevar a cabo uno de sus grandes virajes y tomar el rumbo "ultraizquierdista" que, a fines de año, habría de llevar a los comunistas chinos a efectuar, en el momento de reflujo de la revolución, el

---

71- The Trotsky Archives; Problems of the Chínese Revolution, pp. 102-111.

72- Los jefes de la Oposición se enteraron de ellos por un boletín confidencial de la Agencia Soviética de Noticias.

fútil y sangriento levantamiento de Cantón. En julio sacó a Borodín y a Roy de China y envió a Lominadze, un secretario de la Komsomol soviética, y a Heinz Neumann, un comunista alemán, ninguno de los cuales tenía conocimientos serios sobre los asuntos chinos pero sí una inclinación al "putschismo", para que llevaran a cabo un golpe en el Partido chino. Lominadze y Neumann hicieron de Chen Tu-hsiu, ejecutor renuente pero leal de las órdenes de Stalin y Bujarin, el villano "oportunista" de la obra y el chivo expiatorio de todos los fracasos.

Dentro de la URSS, Stalin siguió explotando el peligro de la guerra y de una cruzada anticomunista, e intensificó la campaña contra la Oposición. Envió a muchos dirigentes de ésta al extranjero con el pretexto de que sus servicios eran necesarios para diversas misiones diplomáticas. Piatakov, Preobrazhensky y Vladimir Kossior se habían unido a Rakovsky en la Embajada en París. Kámenev fue nombrado embajador ante Mussolini, que era la misión más deprimente y humillante que podía asignársele al antiguo Presidente del Politburó. Antónov-Ovseienko estaba en Praga; Safárov, el dirigente zinovievista de la Komsomol, fue enviado a Constantinopla; otros recibieron nombramientos en Austria, Alemania, Persia y América Latina. Así quedó disperso, en buena medida, el grupo dirigente de la Oposición. Uno tras otro los ochenta y cuatro fueron destituidos, castigados y, bajo el pretexto de nombramientos administrativos, trasladados a provincias remotas. La represión fue tanto menos disfrazada y más brutal cuanto más abajo llegaba: los militantes de base fueron despedidos de sus empleos y enviados a los confines del país sin pretexto alguno.

La Oposición se exasperó y trató de defenderse, protestando contra las formas veladas de deportación y exilio. De nada sirvió. Las facciones gobernantes vieron en cada uno de los intentos de defensa propia de la Oposición un delito adicional que justificaba nuevas represalias. Cada queja era recibida como otra señal de insubordinación malévola, y cada grito o gemido de protesta como un llamado a la rebelión. Con tanta persistencia tergiversaron los stalinistas y los bujarinistas las intenciones de la Oposición y presentaron hasta sus gestos más tímidos como actos de inaudito desafío, que, a fin de cuentas, cada uno de esos gestos se convirtió efectivamente en un acto de desafío, el oposicionista tuvo que ser obstinadamente insubordinado para formular cualquier queja, y hasta un gemido de protesta resonó como un llamado a la rebelión. Cualquier incidente, por trivial que fuese, tuvo ahora el efecto de despertar furiosas pasiones en las facciones, de hacer hervir su sangre y de sacudir al Partido y al gobierno.

Uno de tales incidentes fue "la asamblea en la estación de Yaroslavl". A mediados de junio, Smilgá recibió órdenes de salir de Moscú para hacerse cargo de un puesto en Jabarovsk, en la frontera con Manchuria.

Jefe de la Flota del Báltico durante la Revolución de Octubre, destacado comisario

político en la guerra civil y economista notable, Smilgá era uno de los jefes más respetados y populares de la facción zinovievista. El día de su salida de Moscú varios millares de oposicionistas y sus amigos se congregaron en la estación ferroviaria de Yaroslavl para despedirlo y protestar contra la persecución subrepticia de que se le hacía objeto. La multitud estaba encolerizada. La manifestación no tenía precedentes. Tuvo lugar en un lugar público, entre el tráfico normal de una gran estación ferroviaria. Los viajeros y transeúntes, gente sin partido, se mezclaron con los manifestantes, escucharon sus comentarios hostiles a los dirigentes del Partido y recogieron sus agitadas exclamaciones. También escucharon a Trotsky y Zinóviev, que pronunciaron sendos discursos. Debido a las circunstancias, la despedida a Smilgá se convirtió en la primera manifestación pública, aunque premeditada sólo a medias, de la Oposición contra el grupo gobernante. Trotsky, consciente de lo delicado de la situación, habló en tono moderado. No hizo ninguna referencia al conflicto interno del Partido. Ni siquiera aludió, según parece, a la causa de la manifestación. En lugar de ello, habló gravemente sobre la tensión internacional y la amenaza de guerra y sobre la lealtad que todos los buenos bolcheviques y ciudadanos le debían al Partido.

El grupo gobernante, sin embargo, acusó a Trotsky y a Zinóviev de haber intentado llevar la controversia interna del Partido fuera de éste. Los oposicionistas de base cuya asistencia a la manifestación de Yaroslavl fue descubierta, se vieron expulsados de sus células sin contemplaciones. La excitación provocada por el incidente duró todo el verano, sobre el trasfondo del temor a la guerra que tuvo como resultado el que la población agotara las existencias de alimentos en los establecimientos comerciales.

"Ésta es la peor crisis desde la revolución", declaró Trotsky en una carta que envió al Comité Central el 27 de junio.[73] Se refirió a la alarma causada por los barruntos de guerra y a sus efectos adversos, y señaló que si el Comité Central creía que el peligro era tan inminente como hacían creer sus agitadores, entonces ésa era una razón de más para que el Comité revisara su política y restaurara las relaciones normales, "el régimen leninista", en el seno del Partido. La oportunidad para hacerlo, señaló, estaba a la mano: el Comité Central preparaba un nuevo Congreso del Partido. Que abriera, pues, un debate libre previo al Congreso y propiciaría el regreso de todos los partidarios de la Oposición virtualmente desterrados y les permitiera participar en el debate. Aún antes de que el llamado de Trotsky hubiese llegado a su destino, la prensa volvió a hablar de la complicidad de la Oposición con los imperialistas extranjeros. Al día siguiente Trotsky se dirigió de nueva cuenta al Comité Central, diciendo entre otras cosas que Stalin evidentemente se

73- The Trotsky Archives

proponía aniquilar físicamente a la Oposición: "La acción futura del grupo stalinista está predeterminada mecánicamente. Hoy falsifican nuestras palabras, mañana falsificarán nuestros actos". "El grupo stalinista se verá obligado, y muy pronto, a utilizar contra la Oposición todos aquellos recursos que el enemigo de clase utilizó contra los bolcheviques en julio de 1917", durante el "mes de la gran calumnia", cuando Lenin tuvo que huir de Petrogra- do; hablaría de "vagones sellados", del "oro extranjero", de conspiraciones, etc., etc. "A eso lleva el camino tomado por Stalin, a eso y a todas sus consecuencias. Sólo los ciegos no lo ven; sólo los fariseos no lo reconocen".[74]

Stalin negó con indignación que tuviera el propósito de aniquilar a sus críticos. Poco después, sin embargo, se decidió a acusar a los jefes de la Oposición ante el Comité Central y la Comisión Central de Control, que actuaban conjuntamente como tribunal supremo del Partido. Ante ellos se presentó la demanda de que Trotsky y Zinóviev fueran excluidos del Comité Central. Ésa habría de ser la penúltima medida disciplinaria antes de su expulsión del Partido. En principio, sólo los Congresos que elegían a los miembros del Comité Central podían privarlos de sus puestos; pero la prohibición de las facciones de 1921 le confirió también ese poder al tribunal supremo del Partido, autorizándolo, en los intervalos entre los Congresos, a destituir a los miembros que hubiesen violado la prohibición. A fines de junio, aproximadamente, la acusación contra los dos jefes de la Oposición fue formulada por Yaroslavsky y Shkiriátov. Contenía sólo dos cargos: la apelación de Trotsky y Zinóviev contra el Partido ruso al Ejecutivo de la Internacional y la manifestación en la estación de Yaroslavl. Ambos cargos eran tan endebles que durante cuatro meses el tribunal, formado exclusivamente por stalinistas y bujarinistas fervientes, no pudo hallar fundamentos suficientes para un veredicto.

La impaciencia de Stalin aumentó a medida que la labor del tribunal se prolongó. Estaba empeñado en conseguir un veredicto de expulsión antes de convocar el XV Congreso. Mientras los jefes de la Oposición conservaran sus puestos en el Comité Central, estaban capacitados ex oficio para hacer críticas completas de la política oficial c incluso para presentar informes de minoría, como lo habían hecho Zinóviev y Kámenev en el Congreso anterior. Podían, por lo tanto, revelar toda la verdad sobre China y colocarla en el centro de un debate abierto ante la nación y el mundo. Stalin no podía correr semejante riesgo. Por esta y por otras razones -los acontecimientos lo obligaron nuevamente a cambiar de posición en la política nacional también y a admitir así, implícitamente, sus fracasos-, Stalin tenía que hacer todo lo posible por impedir el acceso de Trotsky y Zinóviev a la tribuna del Congreso. Para esto tenía que expulsarlos primero del Comité Central. Una vez

74- Ibid.

que lo hubiera hecho, podía estar seguro de que la excitada atención del Congreso sería absorbida por la lucha interna del Partido más bien que por la dóblele china y otras cuestiones de línea política, y de que los jefes de la Oposición se presentarían en el Congreso, si es que se presentaban, sólo como reos que apelaban contra un veredicto degradante. El Congreso estaba convocado para noviembre. Stalin tenía que aprovechar su tiempo al máximo.

El 24 de julio Trotsky compareció por primera vez ante el Presidium de la Comisión Central de Control para responder a las acusaciones. Habían transcurrido cinco años desde que él mismo acusara a la Oposición Obrera ante el mismo organismo. El hombre que entonces había ocupado el banquillo de los acusados -Solz, un viejo y respetado bolchevique, a quien, en los días de Lenin, algunos habían descrito como la "conciencia del Partido"- figuraba ahora como stalinista entre los jueces de Trotsky. Presidía las sesiones el apasionado -y sin embargo, a su manera, honrado y aun generoso- Ordzhonikidze, paisano y amigo de Stalin, a cuya expulsión del Partido se había opuesto Trotsky cuando Lenin insistió en ella a causa del comportamiento de Ordzhonikidze en Georgia en 1922.[75] Yaroslavsky y Shkiriátov, los acusadores de Trotsky, figuraban también entre los miembros del Presidium. Otro de los jueces era un tal Yanson, a quien la Comisión de Control había censurado en el pasado por exceso de celo antitrotskista. Los demás eran también incondicionales de las facciones gobernantes. Trotsky no podía esperar que consideraran su caso imparcialmente. Y, en efecto, dio comienzo a su defensa denunciando la parcialidad de sus jueces y exigiendo que Yanson, cuando menos, fuera descalificado. Y, sin embargo, aun aquellos hombres cumplían su tarea a desgana, con el corazón en la boca. Ellos, al igual que el acusado, se remontaban en sus pensamientos a la Revolución Francesa y se sentían acosados por los recuerdos de las purgas jacobinas. A través de 130 años el grito sepulcral del Dantón condenado: "¡Después de mí vendrá tu tumo, Robespierre!", resonaba en sus oídos.

Poco antes de iniciarse el proceso, Solz, conversando con uno de los correligionarios de Trotsky y tratando de demostrarle cuán pernicioso era el papel de la Oposición, dijo: "¿A dónde conduce esto? Usted conoce la historia de la Revolución Francesa y sabe a dónde condujo esto: a los arrestos y a la guillotina". El oposicionista preguntó: "¿Se proponen ustedes guillotinarnos?", a lo que Solz respondió: "¿No cree usted que Robespierre compadecía a Danton cuando lo envió a la guillotina? Y después Robespierre tuvo que ir él mismo.. . ¿No cree usted que lo lamentó? Por supuesto que lo lamentó, y sin embargo tuvo que hacerlo..."[76] Tanto

---

75- Véase p. 94

los jueces como los acusados veían la gigantesca y sangrienta cuchilla sobre sus cabezas; pero, como si los atenazara la fatalidad, eran incapaces de eludir lo que venía, y cada uno de ellos, con vacilación y hasta temblando, continuó haciendo lo que tenía que hacer para acelerar el descenso de la cuchilla.

Trotsky respondió brevemente a las dos acusaciones formales presentadas contra él. Le negó al tribunal el derecho a juzgarlo por un discurso pronunciado ante el Ejecutivo de la Internacional. De la misma manera le negaría a cualquier "comisión de distrito" el derecho a juzgarlo por cualquier cosa que hubiese dicho en el Comité Central: sus jueces, los organismos directivos del Partido, reconocían estar sometidos a la autoridad de la Internacional. En cuanto a la segunda acusación, la manifestación de despedida a Smilgá, el grupo gobernante negaba que se propusiera castigar a Smilgá. Pero, "si el nombramiento de Smilgá en Jabarovsk fue una cuestión de rutina administrativa, ¿cómo se atreven entonces ustedes a decir que nuestra despedida colectiva a Smilgá fue una manifestación colectiva contra el Comité Central?" Sin embargo, si el nombramiento era una forma velada de destierro, entonces "ustedes son culpables de hipocresía". Estas mezquinas acusaciones eran meros pretextos. El grupo gobernante estaba decidido a "acosar a la Oposición y preparar su aniquilación física". De ahí el pánico creado a propósito del peligro de guerra con el fin de silenciar a los críticos. "Declaramos que seguiremos criticando al régimen stalinista mientras ustedes no nos sellen físicamente los labios". Ese régimen amenazaba "socavar todas las conquistas de la Revolución de Octubre". Los oposicionistas no tenían nada en común con aquellos "patriotas" de antaño para quienes el zar y la Patria eran la misma cosa. Ya se les había acusado de ayudar a los conservadores británicos. Y, sin embargo, ellos tenían perfecto derecho a devolverles la acusación a los acusadores. Stalin y Bujarin, al apoyar al Consejo Anglo-Soviético, habían, en efecto, ayudado indirectamente a Chamberlain; y sus "aliados", los dirigentes de los sindicatos británicos, habían apoyado la política exterior de Chamberlain en todos sus aspectos, incluida la ruptura de relaciones con la URSS. En las células del Partido los agitadores oficiales hacían preguntas sugestivas, "dignas de las Centurias Negras", sobre las fuentes en que la Oposición obtenía recursos para continuar su actividad. "Si ustedes fueran verdaderamente una Comisión Central de Control se considerarían en el deber de poner fin a esta campaña sucia, abominable, despreciable y característicamente stalinista..." Si el grupo gobernante estuviera genuinamente preocupado por la seguridad de la nación, no habría destituido a los mejores funcionarios militares, como Smilgá, Mrachkovsky, Lashévich, Bakáiev y Murálov, sólo porque eran partidarios de la Oposición. Éste era el momento de zanjar las diferencias en el seno del Partido, no

76- The Trotsky Archives; Trotsky. The Stalin School of Falsification, pp. 126-148

de agravarlas. La campaña contra la Oposición tenía su origen en un ascenso de la reacción.

Después de pasar revista a las principales cuestiones en disputa, Trotsky concluyó con una vigorosa evocación de la Revolución Francesa. Se refirió a la conversación antes citada entre Solz y un oposicionista. Dijo que convenía con Solz en que todos deberían volver a consultar los anales de la Revolución Francesa, pero que era necesario utilizar correctamente la analogía histórica:

Durante la gran Revolución Francesa muchas personas fueron guillotinadas. Nosotros también pusimos a mucha gente frente al pelotón de fusilamiento. Pero en la Revolución Francesa hubo dos grandes capítulos: uno fue así (el orador señala hacia arriba), y el otro así (el orador señala hacia abajo)... En el primer capítulo, cuando la revolución fue hacia arriba, los jacobinos, que eran los bolcheviques de aquella época, guillotinaron a los monárquicos y a los girondinos. Nosotros también pasamos por un gran capítulo similar cuando los oposicionistas de hoy, junto con ustedes, fusilamos a los Guardias Blancos y desterramos a nuestros girondinos. Pero después en Francia se abrió otro capítulo cuando... los termidorianos y los bonapartistas, que habían surgido del ala derecha del partido jacobino, empezaron a desterrar y a fusilar a los jacobinos de izquierda... Yo quisiera que el camarada Solz llevara esta analogía hasta sus últimas consecuencias y se contestara antes que nada esta pregunta:

¿Cuál es el capítulo en el que Solz se está preparando para hacemos fusilar? (Conmoción en la sala). Esto no es asunto de risa: la revolución es un asunto serio. Ninguno de nosotros teme a los pelotones de fusilamiento. Todos somos viejos revolucionarios. Pero debemos saber quién ha de ser fusilado y en que capítulo estamos. Cuando nosotros fusilábamos, sabíamos firmemente en qué capítulo estábamos. Pero, ¿ve usted claramente, camarada Solz, en qué capítulo se está usted preparando para fusilamos a nosotros? Yo me temo... que esté usted en vías de hacerlo en... el capítulo termidoriano.

Trotsky explicó a continuación que sus adversarios se equivocaban al imaginar que él los injuriaba. Los termidorianos no fueron contrarrevolucionarios conscientes: eran jacobinos, pero jacobinos que se habían "desplazado a la derecha".

¿Creen ustedes que al mismísimo día siguiente al 9 de Termidor esos hombres se dijeron: Y bien, hemos transferido el poder a manos de la burguesía? Nada de eso. Vean los periódicos de la época. Dijeron: Hemos destruido a un puñado de gentes que alteraban la paz dentro del partido, y ahora, después de su destrucción, la revolución triunfará completamente. Si el camarada Solz abriga alguna duda acerca de esto...

Soltz. Usted está repitiendo prácticamente mis propias palabras.

Trotsky....le leeré lo que dijo Brival, jacobino de derecha y termidoriano, cuando

informó sobre la sesión de la Convención que resolvió entregar a Robespierre y los suyos al tribunal revolucionario: "Intrigantes y contrarrevolucionarios que se ciñen las togas del patriotismo, intentaron la destrucción de la libertad; y la Convención decretó ponerlos bajo arresto. Ellos fueron: Robespierre, Couthon, St. Just, Lebas y Robespierre el joven. El Presidente me preguntó cuál era mi opinión. Yo respondí: Quienes siempre votaron de acuerdo con los principios de la Montaña... votaron en favor del encarcelamiento. Yo hice más... yo soy uno de los que propusieron esta medida. Además, como secretario, me apresuro a firmar y a transmitir a ustedes este decreto de la Convención". Así fue como informó un Solz... de aquella época. Robespierre y los suyos: ésos eran los contrarrevolucionarios. "Quienes siempre votaron de acuerdo con los principios de la Montaña" significaba, en el lenguaje de aquel tiempo, "quienes siempre fueron bolcheviques". Brival se consideraba a sí mismo un viejo bolchevique. "Como secretario me apresuro a firmar y a transmitir a ustedes este decreto de la Convención". Hoy también hay secretarios que se apresuran a "firmar y transmitir". Hoy también hay tales secretarios...[77]

Los termidorianos también, continuó Trotsky, golpearon a los jacobinos de izquierda entre gritos de *La Patrie en danger*! Convencidos de que Robespierre y sus compañeros eran sólo "individuos aislados", no comprendían que habían golpeado a "las fuerzas revolucionarias más profundas de su época", las fuerzas opuestas a la "neo-NEP" jacobina y al bonapartismo. Calificaron a Robespierre y a sus compañeros de "aristócratas" "¿y no escuchamos hoy ese mismo grito de 'aristócrata' dirigido contra mí por boca de Yanson?" Estigmatizaron a los jacobinos de izquierda como agentes de Pitt. del mismo modo que los stalinistas denunciaban a la Oposición como los agentes de Chamberlain, "esa moderna edición de bolsillo de Pitt".

El olor del "segundo capítulo" asalta ahora nuestra nariz.. . el régimen del Partido ahoga a todo el que lucha contra el Termidor. El obrero, el hombre de la masa, ha sido ahogado en el Partido. La militancia de base guarda silencio. (Ésa había sido también la situación en los comités jacobinos en su decadencia). Un reino de terror anónimo fue instituido allí; el silencio era forzoso; se exigía el 100 por ciento en las votaciones y la renuncia a toda crítica; era obligatorio pensar de acuerdo con las órdenes recibidas desde arriba; los hombres fueron obligados a dejar de pensar que el partido era un organismo vivo e independiente, no un aparato autosuficiente de poder... Los comités jacobinos, los crisoles de la revolución, se convirtieron en las guarderías infantiles de la futura burocracia de Napoleón. Debemos aprender de la Revolución Francesa. Pero, ¿es necesario repetirla? (Gritos).

77- Loc. cit.

No todo se había perdido aún, sin embargo. A pesar de las graves diferencias, todavía era tiempo de evitar una escisión. Aún había "un gigantesco potencial revolucionario en nuestro Partido": el cúmulo de ideas y tradiciones heredadas de Lenin. "Ustedes han dilapidado una gran parte de este capital, han reemplazado una buena porción con sustitutos baratos... pero aún queda una buena cantidad de oro puro". Ésta era una época de enormes desplazamientos, de marcados y rápidos virajes, y el escenario todavía podía transformarse súbitamente. "Pero no se atrevan ustedes a ocultar los hechos, porque tarde o temprano se conocerán de todos modos. Ustedes no pueden ocultar las victorias y las derrotas de la clase obrera". Bastaría con que al Partido se le permitiera conocer y sopesar los hechos y formar su opinión libremente, para que la crisis actual pudiera superarse. El grupo gobernante, por consiguiente, debía abstenerse de tomar cualquier decisión precipitada e irreparable. "Tengan cuidado con lo que hacen, no vaya a ser que más tarde se encuentren diciendo: rompimos con aquéllos a quienes debimos haber preservado y preservamos a aquéllos con quienes debimos haber roto".

Es imposible leer estas palabras sin recordar el "escalofrío que nos recorre la espalda" de que hablaba el joven Trotsky en 1904 cuando, en el umbral de su carrera, pensaba en el futuro del partido de Lenin y lo comparaba con la suerte corrida por los jacobinos. El mismo escalofrío recorrió su espalda veintitrés años más tarde. En 1904 había escrito que "un tribunal jacobino habría juzgado bajo la acusación de modérantisme a todo el movimiento obrero internacional, y la cabeza de león de Marx habría sido la primera en caer bajo la guillotina". Ahora él mismo luchaba con el valor de un león por su propia cabeza ante el tribunal bolchevique. En 1904 le había disgustado la "suspicacia maliciosa y moralmente repulsiva" de los sucesores de Lenin. Pero su opinión sobre el jacobinismo era casi diametralmente opuesta a la que había expresado en su juventud. Entonces había considerado al jacobinismo incompatible con el socialismo marxista: eran "dos mundos, dos doctrinas, dos tácticas, dos mentalidades opuestas...", pues el jacobinismo representaba una "fe absoluta en una idea metafísica y una desconfianza absoluta en los hombres vivientes", en tanto que el marxismo apelaba en primer término a la conciencia de clase de las masas trabajadoras. Y así, en 1904, exigió una clara elección entre los dos, porque el método jacobino, de ser resucitado, consistiría en "colocar por encima del proletariado a unas cuantas personas escogidas... o a una persona investida con el poder de liquidar y degradar". Ahora se enfrentaba a esas pocas personas escogidas y a la persona que iba adquiriendo el poder de liquidar y degradar. Pero su principal acusación contra ellos no era la de que actuasen con el espíritu jacobino, sino, por el contrario, la de que actuaban para destruir ese espíritu. Ahora aludía a la afinidad entre el marxismo y el jacobinismo, y se identificaba él mismo v a sus partidarios con el grupo de Robespierre; y era él quien enderezaba

la acusación de modérantisme contra Stalin y Bujarin.

Así. el "conflicto entre las dos almas del bolchevismo, la marxista y la jacobina", conflicto que él advirtió por primera vez en 1904,[78] y que se hallaba en la base de todos los problemas del bolchevismo en los años recientes, llevó ahora a Trotsky a juzgar al jacobinismo desde un ángulo totalmente opuesto a aquél desde el cual lo había enfocado en un principio. Este conflicto era, en diverso grado, característico de todas las facciones bolcheviques. Curiosamente, todas ellas parecían identificarse con el mismo aspecto del jacobinismo. Mientras Trotsky comparaba su propia actitud con la de Robespierre y veía a sus adversarios como "moderantistas". Solz y sus colegas veían a Stalin como el nuevo Robespierre y a Trotsky como el nuevo Danton. En rigor de verdad, como habrían de demostrar los acontecimientos, los alineamientos y las divisiones eran mucho más complejos y confusos. Lo que el jacobinismo y el bolchevismo tenían en común era... el sustitutismo. Cada uno de los dos partidos se había colocado a la cabeza de la sociedad pero no podía apoyarse, para la realización de su programa, en el respaldo voluntario de la sociedad. Al igual que los jacobinos, los bolcheviques "no podían confiar en que su Vérité conquistara los corazones y las mentes del pueblo". Ellos también miraban en torno suyo con morbosa suspicacia y "veían salir enemigos de todos los resquicios". Ellos también tenían que trazar una tajante línea divisoria entre ellos mismos y el resto del mundo, porque "todo intento de borrar la línea amenazaba con liberar fuerzas centrífugas internas"; y ellos también trazaban la línea "con el filo de la guillotina", y, después de destruir a sus enemigos fuera de sus propias filas, empezaron a ver enemigos en su propio seno. Con todo, como marxista, Trotsky reiteraba ahora lo que había dicho por primera vez en 1904: "El Partido debe ver la garantía de su estabilidad en su propia base, en un proletariado activo y seguro de sí, y no en su alta jerarquía, que la revolución... puede barrer súbitamente de un aletazo..." Clamó una vez más que "cualquier grupo serio..., cuando se enfrenta al dilema de autosuprimirse silenciosamente por sentido de disciplina o de luchar por su supervivencia pasando por alto la disciplina, elegirá indudablemente la segunda alternativa... y dirá: ¡muera la 'disciplina' que suprime los intereses vitales del movimiento!"

Antes de terminar el mes de julio el tribunal del Partido se dispersó sin haber dictado un veredicto en el caso de Trotsky y Zinóviev. La mayoría de los jueces aún parecían sentir por los acusados la misma compasión que "Robespierre había sentido por Danton". Stalin, sin embargo, los apremió para que llegaran a una decisión. Cada día que pasaba sus errores colosales" se hacían más evidentes. El colapso definitivo de la Revolución China amenazaba desprestigiarlo. El

78- Véase El profeta armado, pp. 88 sigs.

Consejo Anglo-Soviético finalmente dejó de existir: sus miembros británicos no pronunciaron una sola palabra de protesta contra el rompimiento de relaciones entre Gran Bretaña y Rusia. En la propia Rusia, el pánico provocado por el peligro de guerra había llevado a la población a crear una nueva escasez de bienes de consumo. El campesinado daba señales de inquietud. Había razones para pensar que no enviaría suficientes alimentos a las ciudades en el otoño. Hasta entonces Stalin había podido ocultar su responsabilidad: se las había arreglado para suprimir todas las advertencias y predicciones hechas por sus adversarios. Casi cada uno de los discursos recientes de Trotsky habría podido destruir su autoridad trabajosamente adquirida y todavía precaria, pero Stalin no había permitido que la voz de Trotsky traspasara las gruesas murallas del Kremlin y tuviera resonancia fuera de ellas. Sin embargo, la fecha del XV Congreso se aproximaba, y con ella la oportunidad de Trotsky y Zinóviev para dar a conocer sus opiniones. El país entero las escucharía. Sería imposible suprimir los discursos pronunciados en un Congreso del mismo modo que se ocultaban las críticas hechas en el Comité Central. Stalin tenía que privarlos a toda costa de esa oportunidad.

Su apresuramiento tenía además otra razón. Stalin tenía que tomar en cuenta las tensiones en el seno de la coalición gobernante. La política derechista de los años recientes iba acercándose al agotamiento. Se hacía cada vez más difícil mantenerla en el extranjero, en la Comintern. En Rusia también todo apuntaba a la necesidad de un cambio de política; y aunque su posible alcance distaba de ser evidente, era claro que el cambio le exigiría al Partido una actitud más radical frente al campesinado y una línea de acción más audaz en la industria. En relación con todas estas cuestiones los stalinistas y los bujarinistas habían zanjado hasta entonces sus diferencias a fin de presentarle un frente común a la Oposición. Pero se acercaba el momento en que podría hacerse difícil seguir zanjándolas y en que podría producirse un rompimiento. Con todo, Stalin no podía volverse contra Bujarin, Ríkov y Tomsky mientras no le pusiera término a su lucha contra Trotsky y Zinóviev. No podía enfrentarse a dos oposiciones simultáneamente, sobre todo porque un cambio de política les parecería a muchos una reivindicación de las opiniones de Trotsky y Zinóviev. Stalin tenía que aplastar a la Oposición Conjunta y desatarse las manos lo antes posible.

Atacó con redoblada vehemencia después que Trotsky hizo su llamada "declaración Clemenceau", por primera vez el 11 de julio, en una carta a Ordzhonikidze, y nuevamente antes de terminar el mes, en un artículo que le sometió a Pravda. Refiriéndose al peligro de guerra, Trotsky había declarado en repetidas ocasiones que, si la guerra llegaba, los jefes de las facciones gobernantes demostrarían su incompetencia y su incapacidad para hacer frente a la situación, y que la Oposición, en bien de la defensa nacional, continuaría oponiéndose a ellos y trataría de hacerse

cargo de la dirección de la guerra. Estas declaraciones le acarrearon a Trotsky acusaciones de deslealtad y derrotismo. Él explicó, para refutar las acusaciones, que la Oposición propugnaba la "defensa incondicional" de la URSS y que, en caso de guerra, trataría de reemplazar a las facciones gobernantes precisamente a fin de proseguir las hostilidades con el máximo vigor y eficacia que no podían esperarse de quienes ahora dirigían al Partido. Sólo los "ignorantes y los bribones" podían, desde "sus estercoleros", calificar esta actitud de derrotista. Se trataba, por el contrario, de una actitud dictada por una genuina preocupación por la defensa: "la victoria no se obtiene desde el estercolero". Así se produjo la muy discutida "declaración Clemenceau":

Pueden encontrarse ejemplos, y muy instructivos, en la historia de otras clases sociales (le escribió Trotsky a Ordzhonikidze). Citaremos sólo uno: al comienzo de la guerra imperialista (es decir, la Primera Guerra Mundial) la burguesía francesa tenía a su cabeza un gobierno ineficaz, un gobierno sin timón y sin brújula. Clemenceau y su grupo se oponían a ese gobierno. Pasando por alto la guerra y la censura militar, pasando por alto incluso el hecho de que los alemanes se hallaban a 80 kilómetros de París (Clemenceau dijo: "Precisamente por eso"), éste libró una furiosa lucha contra la indecisión y la falta de vigor pequeño-burguesa del gobierno, en favor de la prosecución de la guerra con ferocidad e inexorabilidad verdaderamente imperialistas. Clemenceau no traicionó a su clase, la burguesía; por el contrario, le sirvió con más fidelidad, firmeza, resolución y sabiduría que Viviani, Painlevé y compañía. El ulterior desarrollo de los acontecimientos así lo demostró. El grupo de Clemenceau se hizo cargo del gobierno y por medio de una política más consecuente -y la suya fue una política de latrocinio imperialista- aseguró la victoria.. . ¿Calificó algún periodista francés al grupo de Clemenceau de derrotista? Por supuesto que sí: los necios y los calumniadores existen en el campo de todas las clases sociales. No siempre, sin embargo, tienen la misma oportunidad de desempeñar papeles importantes.[79]

Éste, pues, era el ejemplo que Trotsky se declaraba decidido a seguir (el mismo ejemplo, puede añadirse, que Churchill siguió a principios de la Segunda Guerra Mundial en su oposición a Chambcrlain). La respuesta no demoró. Los stalinistas y los bujarinistas clamaron que Trotsky amenazaba con dar un golpe de Estado en medio de la guerra, mientras el enemigo se encontrara a menos de 80 kilómetros del Kremlin. ¿Qué otra prueba de su deslealtad se necesitaba? Al mismo tiempo aproximadamente, un grupo de jefes militares dirigió una declaración secreta al

79- Citado in extenso por Stalin en sus Obras (ed. rusa), vol. X, p. 52.

Politburó solidarizándose con la Oposición y criticando a Voroshílov, el Comisario de la Guerra, por incompetencia militar. Entre los firmantes figuraban, además de Murálov, hasta hacía poco Inspector en Jefe del Ejército, Putna. Yakir y otros generales que habrían de perecer diez años más tarde en la purga de Tujachevsky. [80] Las facciones gobernantes tomaron la declaración de los militares como un aviso de las intenciones de la Oposición.

El clamor en torno a la declaración Clemenceau duró hasta fines del año, cuando Trotsky fue desterrado, y sus ecos hubieron de resonar muchos años después: fue citado cada vez que se intentó demostrar la actitud traicionera de Trotsky. Fueron muy pocos los miembros del Partido que pudieron entender la significación de la declaración Clemenceau; la mayoría la tomó de hecho como una amenaza de Trotsky de convertir la próxima guerra en una guerra civil, si no como un verdadero preludio de un golpe. No importaba que Trotsky no hubiera tenido la intención de proferir tal amenaza ni que el precedente que invocaba tampoco implicara tal cosa. Pocos, poquísimos bolcheviques tenían una noción de lo que el "vieio tigre" francés había hecho y de los medios que había utilizado para llegar al poder. A Trotsky. la referencia a Clemenceau se le ocurrió naturalmente: fue en París donde él mismo observó la lucha de Clemenceau diez años antes. Pero el precedente era remoto, oscuro y por consiguiente siniestro para el público, para la gran mayoría del Comité Central e incluso para los miembros del nuevo Politburó (entre los cuales prácticamente ninguno, con excepción de Bujarin, tenía algún conocimiento de los asuntos políticos franceses). He aquí cómo el propio Trotsky describe satíricamente la ofuscada ignorancia con que el Comité Central recibió su analogía:

A través de mi artículo... Mólotov se enteró por primera vez de muchas cosas que seguidamente puso en conocimiento del Comité Central como terrible evidencia *prima facie* de estos propósitos insurreccionales. Así fue como Mólotov se enteró de que durante la guerra hubo en Francia un político llamado Clemenceau, que ese político libró una lucha contra el gobierno francés de aquel momento para imponer una política imperialista más resuelta y despiadada... Stalin le explicó entonces a Mólotov, y Mólotov después nos expuso a nosotros, el verdadero sentido de ese precedente: siguiendo el ejemplo dado por el grupo de Clemenceau, la Oposición se propone luchar por otra política de defensa socialista, y eso significa una política insurreccional similar a la adoptada por los social-revolucionarios de izquierda (en 1918)[81]

80- El propio Tujachevsky no firmó la declaración y en ningún momento estuvo vinculado con la Oposición Conjunta.

81- Véase la "declaración Clemenceau" de Trotsky, fechada el 2 de agosto de 1927, en The

Era más fácil asustar a las células con el misterioso enigma, primero en Moscú y después en las provincias, de donde se elevó el clamor de que ya era tiempo de pararle los pies a la Oposición.

El lo. de agosto la Comisión Central de Control y el Comité Central consideraron nuevamente la moción que pedía la expulsión de Trotsky. Una vez más Stalin, Bujarin y otros tronaron en los términos acostumbrados y dieron lectura a interminables acusaciones en las que traían a colación cada uno de los detalles del pasado político de Trotsky, empezando en 1903 y pintándolo en los tonos más sombríos. Incluso las acusaciones ya olvidadas que en 1919 había hecho la Oposición Militar, en el sentido de que durante la guerra civil Trotsky había sido el enemigo de los comunistas en el ejército y había ordenado el fusilamiento de valerosos e inocentes comisarios, fueron sacadas nuevamente a la luz.[82] Esta vez, sin embargo, la declaración Clemenceau proporcionó el argumento fundamental de la acusación, que consistía en que era imposible confiar en que la Oposición se comportara lealmente y contribuyera a la defensa de la Unión Soviética en tiempo de guerra.

En su réplica, Trotsky recordó la responsabilidad capital que él había asumido durante muchos años en lo relativo a la política de defensa del Partido y a la formulación de las opiniones de la Internacional Comunista sobre la guerra y la paz. Atacó la política de defensa de Stalin y Bujarin, que se apoyaban en "sogas y puntales carcomidos". ¿No habían aclamado ellos al Consejo Anglo-Soviético como un baluarte contra la intervención y la guerra, y no había resultado ser el tal Consejo un puntal carcomido? ¿No era una soga carcomida su alianza con el Kuomintang? ¿No habían debilitado ellos a la Unión Soviética al sabotear la Revolución China? Voroshílov había afirmado que "la revolución campesina (en China) podría haber obstaculizado la expedición de los generales contra el norte". Pero así era precisamente como veía las cosas Chiang Kai-shek. "En beneficio de una expedición militar ustedes le han puesto un freno a la revolución... como si la revolución no fuera...en sí misma una expedición de los oprimidos contra los opresores". "Ustedes se pronunciaron contra la creación de Soviets en la 'retaguardia

Trotsky Archives

82- Esta acusación, en particular, la hizo Yaroslavsky, pero disgustó aun a los stalinistas, y Ordzhonidikze la repudió expresamente. The Trotsky Archives. Yaroslavsky perteneció a la Oposición Militar en 1919. Las acusaciones contra Trotsky fueron presentadas en aquel entonces ante el Politburó por Smilgá y Lashévich, y los comisarios que según se alegó habían sido perseguidos por Trotsky eran Zalutsky y Bakáicv. Los cuatro eran ahora miembros prominentes de la Oposición. Para una explicación del incidente, véase El profeta armado, pp. 390, 394, 399-400.

del ejército' -¡cómo si la revolución fuera la retaguardia de un ejército!- y lo hicieron para no desorganizar el campo interno de los mismos generales que dos días después aplastaron a los obreros y a los campesinos en su reta guardia". Semejante discurso de Voroshílov, el Comisario de la Defensa y miembro del Politburó era en sí mismo "una catástrofe, equivalente a una batalla perdida". En caso de guerra "las sogas carcomidas se harán pedazos en las manos de ustedes", y por eso la Oposición no podía renunciar a criticar la dirección stalinista.

Pero, ¿no debilitaría la crítica la posición moral de la URSS? Plantear la cuestión en esos términos era "digno de la Iglesia Papal o de generales feudales. La Iglesia Católica exige el reconocimiento irrestricto de su autoridad por parte de sus fieles. El revolucionario da su apoyo mientras critica, y más innegable es su derecho a criticar mientras más grande es, en tiempos de lucha, su devoción al desarrollo y al fortalecimiento creador de aquello en lo que él participa directamente". "Lo que necesitamos no es una hipócrita unión sacrée, sino una unidad revolucionaria honrada". Por otra parte, la victoria en la guerra no era primordialmente una cuestión de armas. Las armas tenían que ser manejadas por los hombres y los hombres encontraban su inspiración en las ideas. ¿Cuál era, entonces, la idea en que se basaba la política bolchevique de defensa? La victoria podría lograrse en una de dos formas: o librando la guerra con un espíritu de internacionalismo revolucionario, como lo proponía la Oposición, o librándola al estilo termidoriano; pero esto último significaba la victoria para el kulak, la mayor represión del obrero y "el capitalismo a plazos cómodos". La política de Stalin no era ni la una ni la otra; él vacilaba entre las alternativas. Pero la guerra no toleraría la indecisión. Obligaría al grupo stalinista a hacer una elección. En todo caso, el grupo stalinista, que no sabía él mismo a dónde iba, no podría asegurar la victoria.

En este punto del discurso de Trotsky, el acta asienta que Zinóviev hizo una exclamación de colérico asentimiento, pero que Trotsky se interrumpió para enmendarse: en lugar de decir que "la dirección de Stalin era incapaz de asegurar la victoria", él aseveraba que "haría la victoria más difícil", "Pero, ¿dónde estaría el Partido?", intercaló Mólotov. "Ustedes han estrangulado al Partido", tronó Trotsky en respuesta, y repitió una vez más con énfasis que bajo la dirección de Stalin la victoria resultaría "más difícil". La Oposición, por consiguiente, no podía identificar la defensa de la URSS con la defensa del stalinismo. "Ni un solo oposicionista renunciará a su derecho y a su deber de luchar por corregir el rumbo del Partido en vísperas de la guerra o durante la guerra... en ello reside el prerrequisito más importante de la victoria. Para resumir: ¿Por la patria socialista? ¡Sí! ¿Por la dirección stalinista? ¡No!"[83]

83- The Trotsky Archives; The Stalin School of Falsificaron, pp. 161-177.

Después de la Segunda Guerra Mundial estas profecías parecieron desvanecerse en el resplandor de los triunfos de Stalin. Stalin, después de todo, logró la victoria de Rusia; y la secuela de la victoria no mostró ninguna similitud con el "capitalismo a plazos cómodos". Sin embargo, Trotsky habló en el momento de auge de la NEP, cuando Rusia era todavía una de las naciones industrialmente más atrasadas, cuando la agricultura privada predominaba en el país, cuando el kulak aumentaba su fuerza, y cuando el Partido era todavía un torbellino de tendencias opuestas; y habló condicionalmente sobre un peligro de guerra que las facciones gobernantes presentaban como inminente. Sólo es posible especular sobre el rumbo que habría seguido una guerra librada bajo tales condiciones y sobre la suerte que Stalin habría corrido en ella. En todo caso, bajo tales condiciones, los pronósticos de Trotsky parecen mucho más plausibles de lo que parecen en relación con la Unión Soviética de los años de 1941 a 1945. Con todo, aún después de la Segunda Guerra Mundial el stalinismo se esforzó por superar las tensiones dentro de la Unión Soviética por medio de la expansión forzosa de su régimen en Europa oriental y central. Podría argumentarse que la otra alternativa era precisamente aquel "capitalismo a plazos cómodos" dentro de la Unión Soviética a que se había referido Trotsky. Y aun a la luz de la victoria, las críticas de Trotsky a la incompetencia de Stalin y Voroshílov no parecen del todo infundadas. En 1941, en los primeros meses de las hostilidades ruso-alemanas, Voroshílov cometió tales errores que nunca más pudo volver a levantar cabeza como general. En cuanto a Stalin, el Secretario General de 1927 aún poseía muy pocos de los conocimientos y de la experiencia militar empíricos que el dictador del período subsiguiente acumuló durante los largos años de mando absoluto. Y, aunque el papel de Stalin en la Segunda Guerra Mundial es y seguirá siendo durante mucho tiempo tema de controversia histórica, lo que ya parece establecido es que la victoria fue en verdad "más difícil bajo la dirección de Stalin" de lo que tal vez pudo haber sido; que bajo una dirección más previsora que la suya la Unión Soviética quizá no habría sufrido derrotas iniciales tan graves como las de 1941 y 1942, y que acaso no habría tenido que pagar por su triunfo final el prodigioso precio en vidas humanas y en riquezas que efectivamente pagó.[84]

La debilidad de la actitud de Trotsky no residía en lo que decía contra sus adversarios, sino en la manera como concebía la acción de la Oposición en la guerra. Es obvio que en su actitud no había ni rastros de derrotismo. Pero, ¿cómo se imaginaba él desempeñando el papel de un Clemenceau soviético? Volvió sobre esta cuestión el 6 de agosto, cuando el Comité Central y la Comisión Central de Control continuaron el debate sobre la moción para expulsarlo. Era ridículo, dijo,

84- Véase la apreciación del papel de Stalin en la guerra en mi Stalin. Biografía política, pp. 450-453; y capítulos XII-XIV, passim

acusarlo de incitación a la insurrección:

Clemenceau no había recurrido a una insurrección ni a un golpe, ni había obrado de manera inconstitucional; derrocó al gobierno al que se oponía y asumió el poder de la manera más legal, utilizando para ese propósito el aparato parlamentario. Pero la Unión Soviética, podía replicarse, no tenía tal aparato parlamentario. "Sí", respondió Trotsky, "afortunadamente no lo tenemos". ¿Cómo, entonces, podía cualquier oposición derrocar a cualquier gobierno constitucionalmente? "Pero sí tenemos", añadió Trotsky, "el aparato de nuestro Partido". La Oposición, en otras palabras, actuaría con apego a los estatutos del Partido y trataría de derrocar a Stalin por medio de una votación en el Comité Central o tal vez en un Congreso. Pero, ¿no había dicho y demostrado repetidas veces el mismo Trotsky que la constitución nominal del Partido era una añagaza y que su constitución real era el absolutismo burocrático de Stalin? De ahí, replicó Trotsky, que la Oposición se esforzara por reformar el régimen interno del Partido: "... en caso de guerra, también, el Partido debe preservar, o más bien restaurar, un régimen interno más flexible, más sensato y más sano, que haría posible criticar a tiempo, advertir a tiempo, cambiar la política a tiempo". Las facciones gobernantes, sin embargo, enunciaban claramente su posición: no permitirían tal reforma ni permitirían ningún cambio en la dirección por medio de ningún método constitucional. Desde esta posición juzgaron la declaración de Trotsky y llegaron a la conclusión de que, puesto que éste no podría derrocar a Stalin por medio de un procedimiento o votación parlamentaria, tendría que recurrir a un golpe de Estado. Desde su punto de vista, eran, en cierto sentido, consecuentes al juzgar la declaración Clemenceau de Trotsky como una proclamación del derecho de la Oposición a la insurrección. Aun cuando éste no había proclamado tal cosa de hecho, habría de hacerlo en el exilio ocho o nueve años después; y las facciones gobernantes comprendían que la proclamación de ese derecho por parte de Trotsky era inherente a la situación que ellas mismas habían creado.

Con una lógica más contundente aún, Trotsky hizo la acusación de que eran las propias facciones gobernantes las que amenazaban con perpetuar su hegemonía sobre el Partido y mantenerse en el poder recurriendo a medidas de guerra civil, y que ellas estaban preparando tales medidas contra la Oposición. Y, en verdad, al elevar el clamor contra la declaración Clemenceau, Stalin se proponía establecer indirectamente el principio, que la tradición bolchevique no le permitía proclamar abiertamente, de que su mando era inviolable e inalienable y que cualquier intento de reemplazarlo equivalía a la contrarrevolución. Ésta era la cuestión que se hallaba en el fondo del asunto. La tempestad desatada alrededor de la declaración Clemenceau

reveló la amplitud, la profundidad y la imposibilidad de superar las diferencias entre el grupo gobernante y la Oposición: por fuerza de las circunstancias, el lenguaje en que uno y otra se hablaban era ya el lenguaje de la guerra civil.

Sin embargo, incluso ahora, el tribunal del Partido, al deliberar un segundo mes sobre la expulsión de Trotsky, se abstuvo todavía de pronunciar un veredicto. Por una vez Stalin se había adelantado a sus partidarios y aliados. Éstos no estaban aún dispuestos del todo a acatar sus órdenes. Apegados todavía a los vestigios de viejas lealtades, considerando todavía a sus adversarios como camaradas, preocupados todavía por el estricto cumplimiento de los estatutos del Partido y deseosos de guardar las apariencias del decoro bolchevique, intentaron una vez más llegar a un acuerdo con la Oposición. Ésta, por su parte, no tenía deseo más ardiente que el de lograr una transacción mediante concesiones mutuas, y respondiendo a ese deseo Trotsky y Zinóviev trataron de calmar las emociones agitadas por la declaración Clemenceau proclamando la lealtad de la Oposición al Partido y al Estado y su compromiso de defender incondicionalmente a la Unión Soviética en cualquier crisis. Así se dispuso una nueva "tregua", y el 8 de agosto el Comité Central y la Comisión Central de Control concluyeron sus deliberaciones, ignorando la moción de expulsión y contentándose con pronunciar solamente un voto de censura contra los jefes de la Oposición.

Por el momento pareció que la Oposición podría participar en el XV Congreso y apelar allí una vez más ante el Partido. Sus jefes prepararon una declaración de política completa y sistemática, una Plataforma, como nunca antes habían podido presentar. La Plataforma fue discutida ampliamente en los círculos de la Oposición, cuidadosamente enmendada y suplementada.[85] Sin embargo, las cosas ya habían llegado mucho más allá del punto en que la "normalización" habría sido posible. Ésta fue la última "tregua", y duró menos aún que la anterior. Las facciones gobernantes la habían aceptado con vacilación en la inteligencia tácita de que los jefes de la Oposición, habiéndose salvado por estrecho margen del castigo, se abstendrían de continuar sus ataques. La Oposición, sin embargo, no entendía así su obligación. Consideraba que tenía el derecho de llevar adelante lo que para sus jefes era la expresión normal de sus opiniones y sus críticas, especialmente durante los meses anteriores a un Congreso, que era la temporada de un debate en todo el Partido. Stalin y sus agentes hicieron todo lo posible por anular la tregua. Aquél exacerbó a la Oposición al continuar, con o sin pretexto, castigando y desterrando a sus partidarios. Culpó a la Oposición, diciendo que ésta había roto la tregua al preparar su Plataforma, al negarse a suscribir una condenación de sus simpatizantes

85- La Plataforma se conoce con el título de La verdadera situación en Rusia, bajo el que Trotsky lo publicó posteriormente en el exilio.

en Alemania, etc. Viendo que iba retrasado en su campaña, aplazó el XV Congreso durante un mes.

El 6 de septiembre Trotsky y sus compañeros se dirigieron al Politburó y al Comité Central y señalaron que la Secretaría General seguía poniendo en práctica su propia política, que ni siquiera coincidía con la de la mayoría stalinista-bujarinista, y presentaron un informe detallado sobre las nuevas persecuciones y una protesta contra el aplazamiento del Congreso. Trotsky solicitó una vez más un debate leal con anterioridad al Congreso y con la participación de los oposicionistas desterrados. También exigió que el Comité Central publicara, de acuerdo con una costumbre respetada en el pasado, la Plataforma de la Oposición y la hiciera circular, junto con toda la documentación oficial, entre el electorado. Después de fogosas e implacables intervenciones de Stalin, el Comité Central rechazó las quejas de la Oposición y se negó a publicar la Plataforma como parte de los materiales de discusión. Además, le prohibió a la Oposición hacer circular el documento por sus propios medios.

Esto fue, por supuesto, un nuevo motivo de disputa. Para la Oposición, acatar la nueva prohibición era capitular ignominiosamente, tal vez para siempre. Pero hacer caso omiso de ella también era riesgoso, pues la Plataforma tendría que ser publicada y difundida entonces clandestina o semi-clandestinamente. La Oposición decidió correr el riesgo. Para protegerse contra las represalias -para "dispersar el golpe" una vez más- y también para impresionar al Congreso, Trotsky y Zinóviev llamaron a sus seguidores a firmar la Plataforma en masa. La recogida de firmas habría de revelar la fuerza numérica de la Oposición: y así la campaña fue, desde el principio, una prueba de fuerza en una forma que la Oposición no se había atrevido a utilizar hasta entonces.

Stalin no podía permitir que esto sucediera impunemente. La noche del 12 al 13 de septiembre, la GPU asaltó la "imprenta" de la Oposición, arrestó a varios hombres que trabajaban en la publicación de la Plataforma y anunció teatralmente haber descubierto una conspiración. La GPU sostuvo que había sorprendido a los oposicionistas con las manos en la masa, colaborando estrechamente con notorios contrarrevolucionarios, y que un antiguo oficial de las Guardias Blancas de Wrangel había instalado la imprenta de la Oposición. El día del asalto policíaco Trotsky había salido para el Cáucaso; pero varios dirigentes de la Oposición -Preobrazhensky, Mrachkovsky y Serebriakov- intentaron hacer pública una refutación y declararon que asumían plena responsabilidad por la "imprenta" y la publicación de la Plataforma. Los tres fueron expulsados inmediatamente del Partido y uno de ellos, Mrachkovsky, fue encarcelado. Ésta era la primera vez que se le infligía tal castigo a un miembro prominente de la Oposición.

El incidente prefiguró las "colusiones" en que habrían de basarse las grandes

purgas de la década siguiente. Las revelaciones de la GPU tenían por objeto impresionar a todos los que habían escuchado con incredulidad las aseveraciones de Stalin acerca del "frente unido que va desde Chamberlain hasta Trotsky". Si las conciencias de tales personas se hallaban inquietas y si abrigaban la sospecha de que el "frente unido" era un producto de la imaginación de Stalin, la historia de la conspiración descubierta estaba allí para convencerlas. La figura nativa del "oficial de Wrangel" aparecía como un vínculo entre la Oposición y las fuerzas oscuras del imperialismo mundial. Los vacilantes y los confundidos recibieron una clara advertencia. Se les mostró la red en que podrían verse atrapados si emprendían o meramente aprobaban cualquier forma de actividad contra los dirigentes oficiales, sin importar cuán inocente pareciera a primera vista esa actividad.

El golpe fue certero. Cuando la Oposición logró demostrar que las revelaciones de la GPU eran un fraude, el daño ya estaba hecho. Zinóviev, Kámenev y Trotsky (quien había interrumpido su estancia en el Cáucaso y regresado a Moscú) se dirigieron a Menzhinsky, el ¡efe de la GPU desde la muerte de Dzerzhinsky, y aclararon las circunstancias de farsa que rodeaban el descubrimiento de la "conspiración". La GPU había sorprendido a varios miembros de la Oposición haciendo copias mecanográficas de la Plataforma, La Oposición, llegó a saberse, ni siquiera poseía una imprenta clandestina como las que habían utilizado todos los grupos clandestinos en los días del zarismo. Unos cuantos jóvenes se habían ofrecido como voluntarios para hacer el trabajo mecanográfico. Cierto era que algunos de ellos no eran miembros del Partido, pero ésta era su única falta: Stalin, posteriormente, no pudo encontrar para ellos una calificación más ofensiva que la de "intelectuales burgueses". Un antiguo oficial de Wrangel había participado efectivamente en el trabajo y había prometido ayudar a difundir la Plataforma; pero Menzhinsky admitió, primero ante Trotsky y Kámenev y después ante el Comité Central, que la GPU había empleado al oficial como agente provocador y que su principal tarea había consistido en espiar a la Oposición. El propio Stalin confirmó la revelación y dijo: "Pero, ¿qué tiene de malo que un ex-oficial de Wrangel ayude al Poder Soviético a descubrir conspiraciones contrarrevolucionarias?"[86] Así Stalin señaló primero al ex-oficial de Wrangel como prueba positiva del carácter contrarrevolucionario de la actividad de la Oposición, y seguidamente dijo que no veía nada de malo en la utilización del oficial para obtener la prueba. La Oposición clamó: "¡Nuestros enemigos, perseguidores y calumniadores!" Pero no se recuperó de los efectos de la calumnia.

Trotsky había regresado apresuradamente a Moscú no sólo a causa de este asunto. Mientras él se encontraba en el Cáucaso, el Presidium de la Comintern anunció

86- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. X, p. 187.

inesperadamente que habría de reunirse a fines de septiembre y que había incluido en su temario la expulsión de Trotsky del Ejecutivo de la Internacional. Trotsky compareció ante el Ejecutivo el 27 de septiembre para hablar por última vez -con desprecio y pasión- ante los representantes de todos los Partidos Comunistas. Fue una reunión grotesca. Los comunistas extranjeros que actuaban como jueces de uno de los fundadores de la Internacional eran casi todos patéticos fracasos como revolucionarios: instigadores de levantamientos abortados, perdedores casi profesionales de la revolución o jefes de sectas insignificantes que se cobijaban bajo la gloria de aquel Octubre en que el acusado había desempeñado un papel tan destacado. Entre ellos figuraban Marcel Cachin, quien durante la Primera Guerra Mundial, mientras Trotsky era expulsado de Francia como autor del Manifiesto de Zimmerwald, había ido a Italia a respaldar la campaña de Mussolini en favor de la guerra; Doriot, el futuro líder fascista y pelele de Hitler;[87] Thálmann, que habría de encabezar al comunismo alemán en su capitulación frente a Hitler en 1933 para perecer más tarde en un campo de concentración nazi; y Roy, que acababa de regresar de China donde había hecho sus mejores esfuerzos para inducir al Partido chino a morder el polvo ante Chiang Kai-shek. J. T. Murphy, un delegado insignificante de uno de los Partidos Comunistas extranjeros más insignificantes, el británico, fue escogido para presentar la moción de expulsión. El desden con que Trotsky trató a estos hombres estaba en proporción con el agravio que ellos le infligían.

"Ustedes me acusan", le dijo al Ejecutivo, "de una violación de la disciplina. No abrigo dudas de que ya tienen preparado hasta el veredicto"[88] Ninguno de los miembros del Ejecutivo se atrevía a formar su propia opinión: todo lo que hacían era cumplir órdenes. Tal era su servilismo, que el Secretario General del Partido ruso tenía la insolencia de nombrar al representante de un Partido Comunista extranjero como funcionario de ínfima categoría en una remota provincia rusa (Trotsky se refería a Vuyovich, el delegado yugoslavo ante la Comintern, un zinovievista que también habría de ser expulsado en esta ocasión). Él, Trotsky, había sido llamado a capítulo por haber apelado ante la Internacional contra una decisión del Partido ruso: "Lo mismo que en los días del zarismo, ahora también el pristav (el alguacil) golpea a cualquiera que se atreva a quejarse de él ante una autoridad superior". Los supuestos dirigentes del comunismo internacional no tenían siquiera la dignidad necesaria para tratar de guardar las apariencias: en su adulonería se habían olvidado de expulsar a Chiang Kai-shek y a Wang Ching-wei de su Ejecutivo, y el

87- Doriot, según parece, no estuvo presente en la sesión, pero era miembro alterno del Ejecutivo y fue uno de los acusadores más vehementes de Trotsky.
88- The Trotsky Archives

Kuomintang estaba todavía afiliado a la Internacional; pero se erigían en jueces de quienes eran la carne y la sangre de la Revolución Rusa.[89]

En el transcurso de cuatro años preñados de acontecimientos, continuó Trotsky, no habían convocado un Congreso de la Internacional. En tiempos de Lenin se había celebrado un Congreso cada año, aun durante la guerra civil y el bloqueo. No se había discutido ninguna de las graves cuestiones que se habían suscitado, pues todas ellas eran tabú: en todas ellas había naufragado la política de Stalin. "¿Por qué guarda silencio la prensa de los Partidos Comunistas? ¿Por qué guarda silencio la prensa de la Internacional?" El Ejecutivo pisoteaba casi a diario los estatutos de su organización; y a continuación acusaba a la Oposición rusa de infringir la disciplina. "El único delito de la Oposición...", confesó, "es que ha sido demasiado tolerante con las intrigas del Secretariado stalinista, que han sido calamitosas para la revolución". "La forma en que se está preparando el Congreso del Partido ruso es una burla... El arma favorita de Stalin es la calumnia". "Cualquiera que conozca la historia sabe que cada paso en el camino del usurpador se caracteriza siempre por tales acusaciones falsas". La Oposición no podía renunciar al derecho de expresarse contra un régimen que constituía el peor de los peligros para la revolución: "Cuando las manos de un soldado están atadas, el peligro principal no es el enemigo, sino la soga que ata las manos del soldado".

"Trotsky lanzó el ataque", recuerda Murphy, el autor de la moción para expulsarlo, "con todo el vigor y la fuerza de que era capaz. Nos desafió en cada aspecto de los problemas que habían estado en discusión durante los tres últimos años.. . un esfuerzo forense como sólo él podía hacerlo"; y, volviéndole la espalda al Ejecutivo de la organización en que una vez había puesto sus más altas esperanzas, "abandonó la sala con la cabeza erguida".[90] El Ejecutivo no abrigó ni siquiera los escrúpulos que todavía sentía el Comité Central ruso: su veredicto, en efecto, había sido preparado de antemano.

A estas alturas la lucha en Moscú dio lugar a un incidente diplomático que causó cierta excitación internacional. Desde el rompimiento entre la Gran Bretaña y Rusia, las relaciones con Francia se habían deteriorado. El gobierno y la prensa

---

89- L'Humanité había aclamado a Chiang Kai-shek como "el héroe de la comuna de Shangai", dijo Trotsky.

90- J. T. Murphy, New Horizon, pp. 274-277. Murphy relata que antes de comenzar la sesión se encontró con Trotsky en el pasillo. "Todos tenían sus pesados abrigos y sus gorras de piel, y el perchero en la sala estaba lleno. Trotsky estaba mirando a su alrededor cuando... (la secretaria de Murphy) le preguntó: '¿Puedo ayudarlo en algo, camarada Trotsky?' La respuesta de éste fue instantánea: 'Me temo que no. Estoy buscando dos cosas: un buen comunista y un lugar donde colgar mi abrigo, y aquí no hay ninguno de los dos.' " La sesión duró desde las nueve y media de la noche hasta las cinco de la madrugada.

franceses volvieron a levantar el viejo clamor sobre los empréstitos cuyo pago aún estaba pendiente, el clamor que se había dejado oír por primera vez después que el gobierno de Lenin repudió todas las deudas zaristas a los acreedores extranjeros. El Politburó y el Comité Central discutieron el asunto en diversas ocasiones. En 1926 Trotsky se manifestó en favor de pagar para granjearse la buena voluntad de los franceses. Inglaterra era presa entonces de la agitación industrial, la Revolución China iba en ascenso, Francia sufría los efectos de la inflación y la Unión Soviética estaba en una posición de fuerza en la que, a juicio de Trotsky, era aconsejable hacer una concesión a los franceses y eliminar uno de los motivos de queja de los pequeños *rentiers*. En aquel entonces, sin embargo, relata Trotsky, Stalin se sentía optimista en grado sumo y se negó a intentar cualquier transacción. Pero en el otoño de 1927, cuando el asunto recobró vigencia, Stalin se mostró ansioso de ceder algo para satisfacer las demandas francesas. Ahora, sin embargo, Trotsky y sus compañeros se opusieron. Trotsky sostuvo que después de la derrota de la Revolución China, el derrumbe del Consejo Anglo-Soviético y la ruptura con la Gran Bretaña, el gobierno soviético era demasiado débil para ceder y que cualquier concesión de su parte sería considerada como una nueva señal de debilidad.

Para la Oposición, la situación se complicaba en virtud de que Rakovsky, como embajador en París, conducía las negociaciones y era el blanco de los ataques franceses. Ya en agosto, el embajador francés en Moscú había expresado el disgusto de su gobierno frente a la relación de Rakovsky con la Oposición trotskista.[91] En el Comité Central, por otra parte, Stalin hizo entonces un intento de utilizar a Rakovsky contra Trotsky: afirmó que era Rakovsky, un "oposicionista leal", quien instaba a Moscú a ceder ante los franceses. Trotskv le escribió a Rakovsky y le pidió que tuviera presente que su papel en París se había convertido en un aspecto de la lucha interna en el Partido.[92] La devoción de Rakovsky a la Oposición y a Trotsky personalmente era tal, que el recordatorio no pudo dejar de impresionarlo. Pero aún antes de recibirlo dio un paso que causó uno de los grandes escándalos; diplomáticos de la época. Puso su firma al pie de un Manifiesto que exhortaba a los soldados en los países capitalistas a defender a la Unión Soviética en caso de guerra. En aquellos años de "estabilización" y "normalidad" en las relaciones diplomáticas con los gobiernos burgueses, no era usual que los embajadores soviéticos hicieran semejantes exhortaciones revolucionarias. La prensa francesa tronó. El gobierno francés declaró persona non grata a Rakovsky. Aristide Briand, el ministro de Relaciones Exteriores, declaró que el gobierno soviético debería

---

91- Véase Degras (ed.), Soviet Documents on Foreing Policy, vol. II, pp. 247-255.

92- La carta de Trotsky a Rakovsky del 30 de septiembre de 1927 se encuentra en The Trotsky Archives

estar tanto más dispuesto a retirar a su indócil embajador cuanto que en todo caso era impropio que un partidario de la Oposición lo representara en París.

La respuesta de Moscú fue ambigua. Chicherin. como Comisario de Relaciones Exteriores, defendió a su embajador, pero el ministerio francés tenía razones para pensar que sus ataques a Rakovsky no eran mal vistos del todo por los superiores de Chicherin. Trotsky sostuvo que Stalin procedió con deslealtad en lo referente al retiro de Rakovsky y que el Comisariado de Relaciones Exteriores debió haberle dicho claramente a Briand que se abstuviera de intervenir en-los asuntos internos del partido bolchevique. Sin embargo, puesto que el gobierno francés había declarado persona non grata a Rakovsky, Moscú no tuvo más remedio que retirarlo. Rakovsky, pese a sus méritos como diplomático, había aceptado de mala gana sus misiones en el extranjero y estaba ansioso por lanzarse nuevamente, después de un intervalo de cuatro años, a la lucha en su propio país. Trotsky también se alegró de volver a tener a su viejo amigo a su lado. La Oposición ganó cierto prestigio por las circunstancias del retiro de Rakovsky: el hecho de que uno de sus jefes se hubiera ganado la enemistad de un gobierno burgués por haber exhortado a los obreros y soldados extranjeros a defender a la Unión Soviética, refutaba palmariamente las acusaciones de derrotismo que se le hacían a la Oposición y el "frente unido que iba desde Chamberíain hasta Trotsky".

Stalin, comprendiendo que no bastaba con acumular acusaciones sobre sus adversarios, se propuso ahora realzar su popularidad en una forma más positiva. La Oposición había renovado, en su Plataforma, las demandas que había planteado el año anterior y que las facciones gobernantes fingieron satisfacer entonces. Había pedido que se concedieran aumentos, de sueldos a los obreros mal pagados, que se observara estrictamente la jornada de ocho horas, que se redujeran los impuestos de los *bednyaks* y se tomaran otras medidas por el estilo. La Plataforma afirmaba que las facciones gobernantes no habían cumplido ninguna de sus promesas y que las condiciones de las masas proletarias y semiproletarias habían ido de mal en peor. En respuesta a esto, Stalin dio un paso sorprendente: anunció que el gobierno promulgaría en breve la jornada de siete horas y la semana de cinco días, y que los obreros recibirían los mismos salarios que habían devengado hasta entonces. La ocasión para la promulgación de la reforma sería el próximo décimo aniversario de la Revolución de Octubre, cuando el Politburó dirigiría a la nación un solemne Manifiesto saludando la jornada de siete horas como el logro más importante del socialismo hasta entonces: la consumación de la primera década de la revolución.

Esto era pura hipocresía. La Unión Soviética era demasiado pobre para permitirse el lujo de tal reforma: aun treinta años más tarde, después de haberse convertido en la segunda potencia industrial del mundo, sus obreros todavía trabajaban ocho

horas diarias y seis días a la semana.[93] A Stalin. sin embargo, lo tenían sin cuidado las realidades económicas del caso. Dio a conocer su sensacional medida legislativa sin discutirla primero con los sindicatos, la Gosplan ni el propio Comité Central. Los bujarinistas se sintieron aprensivos. Tomsky, que encabezaba los sindicatos, no ocultó su disgusto ante la triquiñuela. Ello no obstante, Stalin hizo aprobar la medida, y a mediados de octubre se efectuó en Leningrado una sesión especial del Comité Ejecutivo Central de los Soviets para sancionarla formal y solemnemente.

En la sesión, el 15 de'octubre, después que Kírov presentó un informe oficial, Trotsky puso de manifiesto el carácter espurio del proyecto. Recordó que cuando la Oposición pidió un modesto aumento de salarios, la demanda fue rechazada con indignación porque amenazaba agotar los recursos económicos de la nación. ¿Cómo, entonces, podía la economía soportar ahora una jornada de siete horas? La Oposición sostenía que ni siquiera la jornada de ocho horas se observaba rigurosamente en la industria de propiedad estatal. ¿Por qué, entonces, se sacaba Stalin de la manga esta grandiosa reforma? ¿No habría sido más honrado ofrecerles a los trabajadores algunos beneficios más modestos, pero reales? Era una vergüenza conmemorar la revolución con tales trucos engañosos. Trotsky señaló que ninguno de los proyectos para el primer Plan Quinquenal, que se acababan de completar al cabo de años de preparación, contenía siquiera una insinuación de una jornada de trabajo más corta. ¿Cómo, entonces, podía el gobierno acortar la jornada cuando había planificado para varios años sobre el supuesto de una jomada más larga? Toda la reforma, concluyó, tenía un solo propósito: ayudar al grupo gobernante en su enfrentamiento final con la Oposición.

En esta disputa, la razón, la verdad y la honradez estaban de parte de Trotsky; y ni por primera ni por última vez lo hicieron caer inmediatamente en una trampa. Nada le resultaba más conveniente a Stalin que las protestas de Trotsky. Los stalinistas acudieron en tropel a las fábricas para informar a los obreros sobre la última indignidad de Trotsky. Este quería, dijeron, despojar a los trabajadores de la dádiva que el Partido les hacía; y obstruía la colosal reforma en la que todos podían ver la alborada del socialismo. ¿Qué valor tenían todas sus afirmaciones de lealtad bolchevique y todas sus posturas de adalid de la clase obrera? Los hombres en las fábricas desconocían los argumentos de Trotsky. Los obreros viejos y sensatos tal vez los intuyeron y abrigaron dudas sobre el dudoso regalo de Stalin. Pero la gran masa crédula lo acogió con entusiasmo y se impacientó con los críticos. La

93- La jornada de siete horas y la semana de cinco días estuvieron nominalmente en vigor durante unos trece años, pero no se cumplían en la práctica. Al comenzar la Segunda Guerra Mundial se decretó el regreso a la semana normal y a la jornada de ocho horas, que siguieron siendo obligatorias durante casi dos décadas. No fue sino en 1958 cuando se inició un regreso gradual a la jornada de siete horas (pero todavía no a la semana de cinco días).

Oposición había argumentado principalmente sobre cuestiones que estaban muy por encima de la comprensión de los trabajadores: el Kuomintang, el Consejo Anglo-Soviético, la revolución permanente, Termidor, Clemenceau, etc. El único punto en que el lenguaje de la Oposición no había sido abstruso era su demanda de mejores condiciones para los trabajadores. Esa demanda les había ganado una amplia, aunque pasiva, simpatía. Una gran parte de esa simpatía se disipó ahora. La muralla de la indiferencia y la hostilidad se cerró alrededor de la Oposición.

Sin embargo -tan fuerte es a veces en los hombres "el deseo de aquello en que sólo tienen flacas esperanzas"- precisamente en este momento un extravagante acontecimiento vino a dar estímulo y aliento a los jefes de la Oposición. Durante la sesión en que se debatió la jornada de siete horas se efectuaron en Leningrado manifestaciones oficiales para celebrar el acontecimiento, con la pompa y ostentación acostumbradas. Los dirigentes del Partido debían presenciar el desfile de una enorme multitud desde la tribuna de honor. Trotsky y Zinóviev no aparecieron entre los dirigentes. Casual o deliberadamente, como para hacer patente su divorcio de la dirección oficial, se situaron en un camión a cierta distancia de la tribuna, en un lugar por el que tenían que pasar los manifestantes después de desfilar frente a los dirigentes oficiales. Trotsky tenía a sus espaldas el Palacio de Táurida, donde diez años antes había tronado contra Kerensky y había impulsado a los obreros de la capital al entusiasmo, la acción y la rebelión. Las columnas de manifestantes, después de pasar frente a la tribuna oficial, se acercaron. Reconocieron a los dos jefes de la Oposición, se detuvieron, reanudaron la marcha y volvieron a detenerse, los contemplaron en silencio, levantaron las manos, gesticularon, agitaron sombreros y pañuelos, volvieron a avanzar y se detuvieron una vez más. La muchedumbre alrededor del camión fue creciendo y el tránsito quedó obstruido, mientras el espacio en torno a la tribuna oficial quedaba vacío. Fue como si un eco de las aclamaciones y el clamor de las entusiastas multitudes de 1917 se dejara escuchar una vez más. En rigor de verdad, la muchedumbre frente a Trotsky y Zinóviev. aunque visiblemente agitada, era una masa sojuzgada y tímida. Si se propuso manifestar su simpatía por la Oposición, la manifestación fue poco más que una pantomima que expresaba el respeto o la compasión de la multitud por los derrotados, pero ninguna disposición a luchar a su lado.

Los jefes de la Oposición, sin embargo, interpretaron erróneamente la actitud de los manifestantes. "Aquella fue una silenciosa, derrotada y conmovedora aclamación", describe la escena un testigo presencial. Pero "Zinóviev y Trotskyla recibieron con definido júbilo, como una manifestación de fuerza. '¡Las masas están con nosotros!', dijeron esa misma noche".[94] El episodio tuvo una secuela

94- Víctor Serge, Mémoires d'un Revolutionnaire, p. 239. La descripción de la misma escena

completamente desproporcionada a su importancia. Fue en gran medida bajo la impresión que el incidente Ies produjo. con la esperanza de que las masas, en verdad, estaban al fin con ellos, que los jefes de la Oposición decidieron hacer un "llamamiento directo a las masas" en el aniversario de la revolución, tres semanas más tarde. Las facciones gobernantes, por su parte, vieron una advertencia en el ambiguo comportamiento de la multitud: comprendieron que no debían jugarse ningún albur con el estado de ánimo del pueblo.

Stalin no tardó en volver al ataque. El 23 de octubre pidió una vez más la expulsión de Trotsky y Zinóviev del Comité Central. Al cabo de cuatro meses había acabado por vencer las vacilaciones y la resistencia de los hombres que constituían el supremo tribunal del Partido. Estos por fin estaban dispuestos a acatar sus órdenes. Pero aún abrigaban sus temores y aprensiones, que se manifestaron en la extraordinaria nerviosidad y violencia con que se llevó a cabo el proceso en una sesión del Comité. Había en el ambiente una morbosa tensión, como la que podría sentirse durante una ejecución en la que el verdugo y sus cómplices ven a la víctima con profundo odio, pero también con gran temor y con mortificante incertidumbre en cuanto a la justicia de la acción y sus posibles consecuencias. Todo lo que diga o haga la víctima despierta en ellos esas emociones contradictorias que ganan intensidad hasta convertirse en furia; Todos están convencidos de que la víctima debe morir para que ellos puedan vivir: y todos tiemblan al pensar en los horrores que podrían sobrevenir. Tratan de vencer sus escrúpulos azuzando al verdugo, exigiéndole que se apresure, y arrojando vergonzosas injurias y grandes piedras sobre el condenado. Tal fue el comportamiento de los stalinistas y bujarinistas en esta sesión. Interrumpieron constantemente los últimos alegatos de Trotsky con estallidos de odio y vulgares vituperios. Cerraron sus oídos a los razonamientos de éste e instaron al presidente de la sesión a que los hiciera callar. Desde la mesa de la presidencia fueron arrojados a la cabeza de Trotsky, mientras éste hablaba, tinteros, gruesos volúmenes y un vaso. Yaroslavsky, Shvernik, Petrovsky, Presidente de Ucrania, y otros incitaron a gritos a Stalin y lo animaron a consumar su propósito. No hubo término para las amenazas, los escarnios y las maldiciones que hicieron de la asamblea algo similar a una reunión de almas malditas.[95]

Del lado del grupo gobernante, sólo Stalin habló con dominio de sí, con un odio zafio y frío y sin indicio alguno de escrúpulos. Repitió la conocida lista de

---

que hace el propio Trotsky en Mi vida, tomo II, pp. 411 sigs., parece reflejar en parte el opti mismo con que en un principio vio la manifestación

95- En una carta escrita a la Secretaría del Comité Central al día siguiente, Trotsky protestó contra la versión incompleta de su discurso en el acta oficial y la omisión de toda referencia a estas escenas. The Trotsky Archives.

acusaciones; y su discurso -en el que justificó el empleo de agentes provocadores (el oficial de Wrangel) contra miembros del Partido- fue una hazaña de cinismo aun para él.[96] Sólo Trotsky habló con igual serenidad. Su voz se alzó sobre el delirio para lanzar un último desafío antes de su partida. Les advirtió a las facciones que la finalidad de Stalin no era sino el exterminio de toda Oposición, y, entre gritos de burla, predijo la larga serie de purgas sangrientas en que no sólo sus partidarios, sino muchos bujarinistas e incluso stalinistas, habrían de sucumbir. Expresó la confiada seguridad de que el triunfo de Stalin sería efímero y de que el colapso del régimen stalinista se produciría súbitamente, como un derrumbe. Los vencedores del momento, dijo, confiaban demasiado en la violencia. Cierto era que los bolcheviques habían obtenido "gigantescos resultados'' cuando habían recurrido a la violencia contra las antiguas clases dominantes y los mencheviques y social-revolucionarios que representaban causas perdidas o reaccionarias. Pero no podrían destruir de la misma manera a una Oposición que representaba el progreso histórico. "Expúlsennos. No podrán impedir nuestra victoria", fueron las últimas palabras que el supremo consejo del Partido escuchó de labios de Trotsky.

A continuación siguieron semanas de intensa actividad. La Oposición continuó recogiendo firmas para la Plataforma, con la esperanza de impresionar a la opinión del Partido con el número de sus seguidores. Zinóviev confiaba en que podrían obtenerse 20.000 o 30.000 firmas, en que Stalin, enfrentado con la evidencia de tal apoyo de masas, tendría que abstenerse de ulteriores represalias, y en que la Oposición podría incluso efectuar un retorno a la lucha. Los jefes de la Oposición decidieron hacer, en el aniversario de la Revolución, el "llamamiento a las masas" que los había tentado desde el momento de la manifestación en Leningrado. No era fácil determinar la forma del llamamiento. Su propósito era dar a conocer a las masas las demandas de la Oposición y agitarlas contra los dirigentes oficiales, sin dar a éstos, sin embargo, razones para acusar a la Oposición de violar la disciplina. Era difícil conciliar ambas cosas, y los miembros de la Oposición pasaron días y noches deliberando y preparándose para la prueba de fuerza.

Trotsky, al igual que sus camaradas, pasaba ahora la mayor parte de su tiempo en los hogares de los obreros humildes en las afueras de la ciudad, como solía hacerlo cuando era un revolucionario joven y desconocido, discutiendo, explicando principios y puntos de vista e instruyendo a pequeños grupos de ardientes y ansiosos seguidores. En este momento se asemejaba poco al Robespierre de vísperas de Termidor con el que se había comparado a sí mismo. Dos caracteres parecían haberse fundido en él: el de Danton y el de Babeuf; pero en este momento se parecía más al segundo, el jefe acosado de la Conspiración de los Iguales, clamando por

96- Stalin, Obras (ed. rusa), vol. X np. 172-205.

la regeneración de la revolución y desafiando a los implacables constructores del Estado leviatánico; y la corriente de la historia fluía tan poderosamente contra él como había fluido contra Babeuf.

Unas cincuenta personas llenaban un comedor de casa pobre (así describe Víctor Serge una reunión típica), escuchando a Zinóviev, que se había vuelto gordo, pálido y descuidado en su apariencia y hablaba en voz baja; su persona daba cierta impresión de flaccidez, pero al mismo tiempo era muy atractiva... Al otro extremo de la mesa se sentaba Trotsky. Envejeciendo ante nuestros ojos, llenándose de canas, grande, cargado de hombros, macilento, mantenía una actitud amistosa y siempre encontraba la respuesta correcta. Una obrera, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, le pregunta de repente: "¿Y si nos expulsan del Partido?" "Nada puede impedirles a los proletarios comunistas ser comunistas", contenta Trotsky. "Nada puede separarnos realmente de nuestro Partido".

Zinóviev, esbozando una sonrisa, explica que estamos entrando en una época en la que habrá mucha gente expulsada y semiexpulsada más digna de ser llamada bolchevique que los secretarios del Partido. Era sencilio y conmovedor ver a los hombres de la dictadura proletaria, ayer todavía poderosos, volver así a los barrios pobres y hablar allí como hombres a otros hombres, en busca de apoyo y de camaradas. Fuera de la habitación, en las escaleras, algunos voluntarios montaban guardia: la GPU podía presentarse en cualquier momento.

Una vez acompañé a Trotsky cuando salió de una de esas reuniones, efectuada en una vivienda destartalada y miserable. En la calle, Liev Davidovich se levantó el cuello de su abrigo y se caló la gorra hasta los ojos para evitar que lo reconocieran. Ahora tenía el aspecto de un viejo intelectual aún erecto al cabo de veinte años de luchas. Nos acercamos a un cochero. "Encargúese usted de regatear la tarifa, por favor", me dijo Liev Davidovich. "Traigo muy poco dinero." El cochero, un campesino barbado del viejo tipo, se inclinó hacia él y dijo: "Usted no tiene que pagar nada. Vamos, camarada. Usted es Trotsky, ¿no es cierto?" La gorra no había ocultado lo suficiente al hombre de las batallas de Svyazhsk, Kazan, Pulkovo y Tsaritsin. Una leve sonrisa de júbilo animó el rostro de Trotsky: "No le cuente esto a nadie. Todo el mundo sabe que los cocheros pertenecen a la pequeña burguesía cuya simpatía sólo puede desprestigiarnos."[97]

Cuando Trotsky le decía a la obrera sentada con las piernas cruzadas en el piso: "Nada puede separarnos realmente de nuestro Partido", no le ofrecía un simple consuelo desganado. Él contaba, al igual que Zinóviev, con la expulsión en masa; pero esperaba, contra todas las probabilidades, que ello tendría el efecto de una sacudida saludable, que la conciencia del Partido despertaría, que la gente desearía

97- Víctor Serge, Le Tournant obscur, po. 113-114

conocer la Plataforma para enterarse por sí misma de lo que postulaba la Oposición, y que entonces el gran debate que la Oposición había solicitado en vano tantas veces se abriría definitivamente. Imaginaba que Stalin se excedería: si millares de miembros del Partido eran expulsados como contrarrevolucionarios, también sería preciso encarcelarlos. Esto sólo podría "desalentar al Partido" y hacerlo comprender que semejante acto de represión bien podría significar "el fin de la dictadura proletaria". Por el momento, en efecto, muchos stalinistas y bujarinistas pensaban con desasosiego en la posibilidad de convertirse en perseguidores y carceleros de sus propios camaradas y compañeros de lucha. Stalin y Mólotov habían tenido que asegurarles que las cosas no llegarían a tanto y que no habría necesidad de una expulsión en masa, porque el Politburó lidiaría con la Oposición de tal suerte que la convencería de detenerse y capitular antes de que fuera demasiado tarde. El 2 de noviembre, Trotsky, refiriéndose a estas seguridades, exhortó a la Oposición a seguir siendo tan agresiva como siempre: sólo entonces los stalinistas y los bujarinistas, al ver que los alardes de sus jefes eran engañosos, se esforzarían por poner fin a la persecución y obligarían a los propios perseguidores a flaquear y a capitular.[98] Sin embargo, los alardes de Stalin y Mólotov no eran de ningún modo infundados: ellos habían medido la debilidad de la Oposición y preveían que en el momento crítico los zinovievistas, cuando menos, cejarían. Mientras tanto, las seguridades de que no habría necesidad de una expulsión en masa mitigaban la inquietud y la alarma e inducían al Partido a esperar los acontecimientos en actitud pasiva y a resignarse así a lo que sobrevendría.

Por otra parte, los torrentes de injurias y amenazas desencadenados contra la Oposición estorbaban los esfuerzos de ésta. Pocos eran los que se atrevían a firmar la Plataforma, denunciada todos los días como un documento subversivo. En lugar de las 20.000 ó 30.000 firmas que Zinóviev esperaba conseguir, la Oposición sólo logró recoger 5.000 ó 6.000 a lo sumo.[99] Y el temor a las consecuencias para los firmantes era tal que, a fin de proteger a sus partidarios, los jefes de la Oposición sólo revelaron unos cuantos centenares de nombres. La campaña en tomo a la Plataforma fue, pues, una demostración más de la debilidad de la Oposición.

Trotsky, para citar a Sedova, vivía en esos días "agotado por el exceso de trabajo, tenso, sufriendo por su mala salud, por la fiebre y la falta de sueño". A los enemigos les presentaba una apariencia inquebrantable, y a sus seguidores les ofrecía un ejemplo de dominio de sí y de fuerza heroica. Pero en la intimidad del hogar la

98- The Trotsky Archives.

99- Esta fue la cifra que dio la Oposición. V. Serge, Mémoires d'un Révolutionnaire, p. 243. Fuentes stalinistas sostuvieron que la Oposición recogió 4,000 firmas. Según N. Popov, el historiador stalinista, la Oposición obtuvo 6,000 votos de un total do 725,000 en las elecciones al Congreso. (Outline History of the CPSU, vol. II, p. 323).

fragilidad humana volvía por sus fueros. En vano luchaba contra el insomnio; las drogas no le producían alivio. Se quejaba cada vez más de jaquecas y mareos. Se sentía deprimido y disgustado. Por momentos su sensibilidad quedaba casi embotada por el veneno y la malignidad que fluían de todas partes. "A la hora del desayuno lo veíamos abrir los periódicos", escribe su esposa, les echaba una ojeada y, descorazonado, los tiraba sobre la mesa. Todo lo que contenían eran mentiras estúpidas, deformaciones de los hechos más sencillos, las injurias más vulgares, horrendas amenazas y telegramas procedentes de todo el mundo que repetían celosamente y con infinito servilismo las mismas infamias... '¡Qué han hecho de la revolución, del Partido, del marxismo, de la Internacional!' ".[100]

Su familia apuró junto con él las heces de la derrota. En tensión y esperando lo peor, toda la familia sufría de insomnio y durante muchas noches en vela esperaron el golpe del día siguiente. Cuando amanecía y llegaban los amigos, todos se mostraban animosos y continuaban la lucha. Sedova, que no tenía una fuerte vocación política y se sentía más a gusto en los museos y las galerías de arte que entre militantes del Partido entregados a las discusiones, las maniobras y la lucha, se vio envuelta completamente en el cruel drama por su amor y su lealtad de mujer. Después de renunciar a sus interesas independientes y de colocarse a la sombra de su marido, vivía la vida de éste con todas las fibras de su ser, trataba de pensar con sus pensamientos, temblaba con su indignación y se consumía con la preocupación y la ansiedad.

Su hijo mayor, Liova, que ahora tenía veintiún años, había pasado su infancia y su adolescencia, como habría de pasar el resto de su corta vida, bajo el hechizo de la grandeza de su padre. Ser hijo de Trotsky, compartir sus ideas y seguir sus huellas había sido para el adolescente y seguía siendo para el joven una fuente de la mayor felicidad. Había ingresado en la Komsomol mediante un subterfugio, antes de cumplir la edad mínima, fingiendo ser mayor de lo que era, y también había tratado de alistarse en el Ejército Rojo; había abandonado el hogar paterno en el Kremlin para vivir en una residencia comunal, entre obreros-estudiantes hambrientos y mal vestidos; y había ingresado en la Oposición en el momento mismo en que se formó. Para él fue una amarga experiencia ver cómo la Komsomol, para cuyos miembros su padre había sido hasta poco antes una leyenda viviente, era incitada y lanzada contra el trotskismo. Con fervor filial y revolucionario llegó a odiar a los hombres que su padre calificaba de burócratas corrompidos por el poder. Pasó años discutiendo y organizando grupos de la Oposición, haciendo propaganda en las células del Partido, y, junto a jefes reconocidos de la Oposición como Piatakov y Preobrazhensky, hablando en las asambleas en provincias tan lejanas como los

100- Vie et mort de Trotsky, pp. 180-181.

Urales. La energía juvenil sostenía su optimismo y su confianza; pero en estas semanas, entre el encono y la violencia cada vez mayores, fue presa del temor por la vida de su padre, de quien se convirtió en ayudante y guardaespaldas inseparable, dispuesto en cualquier momento a saltar al cuello de un asaltante.

A diferencia de Liova, Serguei, que era dos años menor, se había rebelado desde la adolescencia contra la autoridad del padre y se negaba a permanecer bajo la sombra de la grandeza paterna. La rebelión tomó la forma de un rechazo de la política. Serguei no ingresó en la Komsomol, rehusó interesarse en los asuntos del Partido y no tuvo nada que ver con la Oposición. Fuerte,valiente y de espíritu aventurero, o, como pensaban su padre y su hermano, poco serio, le seducían los juegos, el deporte y las artes. Atraído por el circo (que en Rusia aspiraba entonces a la dignidad de un arte por derecho propio) y, según parece, por una muchacha dedicada al espectáculo, abandonó su hogar en el Kremlin y pasó un año o dos con una troupe de cirqueros. Después de desfogar sus ímpetus juveniles, el hijo pródigo regresó al hogar paterno, insistiendo todavía en su independencia y en su escepticismo respecto a la política, pero dando muestras de un gran interés por las matemáticas y la ciencia, para las cuales revelaba la misma notable capacidad que había distinguido a su padre cuando joven. Con todo, un nuevo sentimiento empezó a aflorar por encima de la hostilidad frente a su padre y la política. El joven se sintió conmovido por el valor y el sacrificio paternos, indignado por los abusos a que se veían sometidos su padre y sus correligionarios, y ansiosamente preocupado por las incertidumbres y los peligros del momento.

La otra rama de la familia, la que había nacido del primer matrimonio de Trotsky, también se vio afectada profundamente. Alexandra Sokolóvskaya, envejecida pero firme en sus convicciones y tan poco temerosa de expresarlas contra viento y marea como cuando era una marxista solitaria en Nikoláiev en la década de los noventas, siguió siendo el centro aglutinante de los trotskistas en Leningrado. Sus dos hijas, Zina y Nina, ambas de veintitantos años, vivían en Moscú y eran oposicionistas ardientes. Ambas se sentían tan encantadas de ser hijas de su padre como cuando contemplaron su ascenso en 1917, y ambas eran ahora víctimas de la aflicción. Ambas se habían casado; cada una tenía dos hijos; y los esposos de ambas, trotskistas militantes, habían perdido sus empleos y sus medios de subsistencia y habían sido o estaban a punto de ser expulsados del Partido y deportados a Siberia. Hundidas en la pobreza, indefensas y atormentadas por la suerte de sus hijos, sus esposos y sus padres, las dos mujeres enfermaron de tisis y fueron las primeras víctimas de un destino que habría de destruir a todos los hijos de Trotsky.

A medida que se aproximaba el décimo aniversario de la Revolución, la Oposición se preparó para hacer el "llamamiento a las masas". Sus partidarios recibieron órdenes de participar en las celebraciones oficiales del 7 de noviembre, pero en

forma tal que dieran a conocer las ideas y las demandas de la Oposición a los millones de personas que llenarían las calles y las plazas de las ciudades y las poblaciones soviéticas. En su conducta no debería haber la mínima señal de incitación a la insurrección ni aun a la desobediencia. Todo lo que debían hacer los miembros de la Oposición era marchar en filas cerradas y como grupos aparte dentro de los desfiles oficiales, llevando sus propias banderas y consignas. Estas eran tan inofensivas en su expresión, dirigidas como iban contra el grupo gobernante sólo por implicación, que sólo los espectadores más politizados podían distinguirlas de las consignas oficiales.

"¡Que se rompa el fuego contra la derecha: contra el kulak, el nuevo rico y el burócrata!"; "¡Que se cumpla el testamento de Lenin!"; "¡Abajo el oportunismo y la escisión!"; "¡Viva la unidad del partido leninista!": tales eran las consignas de la Oposición. Estaban concebidas para impresionar sólo a los miembros del Partido y a aquellos simpatizantes que se sentían íntimamente preocupados por la tendencia de la política bolchevique. No se puede, por consiguiente, describir seriamente la acción de la Oposición como un genuino "llamamiento a las masas". Era esencialmente un llamamiento al Partido. Pero, separada del Partido y sin acceso a su militancia de base, la Oposición hizo el llamamiento desde afuera, ante los ojos de la nación y el mundo. En ello residió la debilidad de la acción. La Oposición trató de manifestarse en público haciendo una protesta contra la dirección oficial de los asuntos del Partido, y al mismo tiempo demostrar su autodisciplina y su lealtad al Partido. La protesta, tal como fue planeada, difícilmente podía hacerse audible; y la demostración de autodisciplina tenía que ser inefectiva. Según la interpretación más dogmáticamente estricta de las reglas -y ninguna otra interpretación podía esperarse de Stalin- una manifestación pública contra los dirigentes del Partido constituía en efecto una violación de la disciplina. En suma, la Oposición iba demasiado lejos o bien no iba lo suficientemente lejos. Y, sin embargo, tal era su actitud y tales eran las circunstancias en que actuaba, que tuvo que ir tan lejos como fue y no pudo ir más allá.

El 7 de noviembre le acarreó a la Oposición una derrota aplastante. Stalin no fue tomado por sorpresa. Había dictado órdenes estrictas para la rápida represión de cualquier intento de manifestación, sin considerar cuán inocuo fuese. Desde su punto de vista, ningún intento de ese tipo podía ser inocuo, pues si sus adversarios tenían éxito esta vez, no habría manera de saber si al fin y a la postre lograrían soliviantar o no a las masas descontentas pero intimidadas. Stalin sabía que aun mientras se acercaba al pináculo, todavía podía resbalar y perderlo todo; y que, pese a los tremendos golpes que había asestado a sus adversarios, éstos aún podían derrotarlo si él les permitía la mínima libertad de acción. Y así, el 7 de noviembre, escuadras de activistas y de policías se arrojaron sobre cualquier grupo de oposicionistas que

trataba de desplegar una bandera, enarbolar un retrato de Trotsky o Zinóviev o gritar una consigna no autorizada. Los Oposicionistas fueron dispersados, insultados y golpeados. Con las manos vacías, trataron de defenderse, de reagruparse y de volver a manifestar. Las calles y las plazas fueron escenario de riñas a golpes, de cargas policíacas y de grupos que se dispersaban y volvían a agruparse, hasta que aun la persona menos politizada en la festiva masa de espectadores comprendió que estaba presenciando un grave y crítico acontecimiento, que la lucha interna del Partido se había desplazado de las células a la calle y de que, en cierto modo, los contendientes apelaban ahora a todos en busca de apoyo. Fue en verdad la represión lo que convirtió la acción de la Oposición en algo parecido a un llamamiento a las masas, y lo que la rodeó de un aire de escándalo y le dio una apariencia de semi-insurrección.

Victor Serge ha dejado una vivida descripción de ese día en Leningrado.[101] Desde el 15 de octubre la Oposición había puesto grandes esperanzas en los leningradenses, y Zinóviev había llegado allí confiado en que los habitantes de la antigua capital responderían favorablemente. Pero el aparato local del Partido, puesto en guardia por los sucesos del 15 de octubre, estaba preparado. En un principio los grupos de la Oposición, juntos con todos los demás manifestantes, marcharon frente a las tribunas desde las que los dirigentes oficiales presenciaban el desfile, y enarbolaron sus banderas y sus consignas. Éstas atrajeron poca atención. Entonces la policía rodeó sigilosamente a los oposicionistas y los aisló. Serge describe cómo él mismo, impedido de unirse a la manifestación principal por las vallas policíacas, se detuvo a observar una procesión de obreros que avanzaban con sus banderas rojas hacia el centro de la ciudad. De rato en rato los activistas se volvían hacia los hombres y mujeres que marchaban y gritaban consignas. Los hombres y las mujeres las repetían con apatía. Entonces el propio Serge se adelantó unos pasos hacia la columna y exclamó: "¡Vivan Trotsky y Zinóviev!" o algo por el estilo. Un silencio de asombro fue la única respuesta de los manifestantes. Entonces un activista, saliendo de su estupor, le contestó con un grito cargado de furor y amenaza: "¡Al basurero con ellos!" Los obreros que marchaban guardaron silencio. Serge pensó que se había descubierto y que "iban a hacerlo pedazos". De repente se hizo un vacío a su alrededor: se encontró enfrentado a la columna, solo, con una mujer y un niño a cierta distancia. A través del vacío, un estudiante corrió hacia él y le susurró al oído: "Vámonos de aquí. Esto puede acabar mal. Yo lo acompañaré para que nadie pueda atacarlo por la espalda."

En otro sector de la ciudad, en los alrededores del Ermitage, "unos cuantos centenares de oposicionistas luchaban sin rencor con la milicia". Un hombre alto

---

101- V. Serge. Mémoires d'un Révolutionnaire, pp. 246-247

que vestía uniforme militar -se trataba de Bakáiev, el antiguo jefe de la GPU en Lcningrado- encabezaba una "ola humana" contra la policía montada, que trataba de detenerla., Cada vez que era obligada a retroceder, la "ola" se rehacía y volvía a avanzar. En otro lugar un grupo de obreros seguía a un hombre regordete y de pequeña estatura en un ataque contra la policía montada. El hombre derribó a un policía, después lo ayudó a incorporarse y, en voz alta y confiada, "acostumbrada a mandar", le gritó: "¡Vergüenza debía darle de cargar sobre los obreros de Leningrado!" El hombre que así expresaba su indignación de camarada era Lashévich, el antiguo vice-Comisario de la Guerra, que "una vez había tenido grandes ejércitos bajo su mando". Encuentros similares ocurrieron por toda la ciudad y duraron muchas horas. Grupos de espectadores observaban en "sobrecogido silencio". En la noche, Serge volvió a ver, en reuniones de oposicionistas, a Bakáiev y Lashévich. Los dos habían acudido, con sus uniformes desgarrados, a discutir los sucesos del día.

En Moscú, los disturbios y los encuentros tuvieron un carácter mucho más enconado. Grupos de choque de activistas y policías atacaron con fría y determinada brutalidad. La ciudad, presa de la tensión y la alarma, cobró conciencia de que se vivía un momento de crisis. "En la víspera del aniversario corrían rumores", escribe un testigo presencial que, sin embargo, recogió con avidez los rumores propalados por las fuentes oficiales, "de que el ejército concentrado en la Plaza Roja para el desfile anual manifestaría contra Stalin. Algún soldado u oficial valeroso gritaría: '¡Abajo Stalin!' y otros repetirían la consigna".[102] Nada parecido sucedió, comenta el escritor. Al principio, aquí y allá, grupos de oposicionistas que marchaban hacia el Mausoleo de Lenin lograron desplegar unas cuantas banderas; pero antes de que llegaran a la Plaza Roja fueron rodeados por grupos de choque que destrozaron las banderas y obligaron a los oposicionistas a continuar marchando dentro de la manifestación oficial. Así, cercados por sus adversarios y guardando un incómodo silencio, marcando el paso con el resto de la procesión, los oposicionistas desfilaron frente a los dirigentes y los huéspedes extranjeros reunidos en la Plaza Roja. Sólo "los estudiantes chinos de la Universidad Sun Yat-sen de Moscú ... formaron un largo y sinuoso dragón. En el centro de la Plaza Roja arrojaron al aire las proclamas de Trotsky". Más allá de la plaza los oposicionistas fueron sacados a puntapiés de las filas, atacados con cachiporras y dispersados o arrestados. En diversos lugares los oposicionistas habían colgado de las ventanas embanderadas retratos de Lenin y Trotsky. En todas partes los retratos fueron arrancados y quienes los habían colocado fueron agredidos. En la Casa de los Soviets, Smilgá, que había regresado de Jabarovsk, decoró su balcón con dichos retratos y con la consigna de: "¡Cúmplase el testamento de Lenin!" Una pandilla de rufianes penetró en su casa,

102- L. Fischer, Men and Politics, p. 92

destrozó los retratos y la consigna, desbarató el mobiliario y golpeó al hombre que diez años antes había traído la Flota del Báltico al río Neva en Petrogrado para apoyar la insurrección de octubre. Su delito consistía en haber desplegado el retrato del jefe de aquella insurrección. Entre otras personas, Scdova, que se encontraba en un grupo de manifestantes, también fue golpeada.

Trotsky, acompañado por Kámcnev y Murálov, pasó el día recorriendo la ciudad en automóvil. En la Plaza de la Revolución se detuvo e intentó arengar a una columna de obreros que marchaban hacia el Mausoleo de Lenin. Inmediatamente fue asaltado por los policías y los activistas. Se hicieron varios disparos. Hubo gritos de: "¡Abajo Trotsky, el judío, el traidor!" El parabrisas de su auto fue destrozado. La columna en marcha presenció la escena con inquietud, pero no se detuvo.

¿Qué pensamientos poblaban las mentes de las multitudes que llenaban las calles en actitud festiva? Nadie lo sabía, nadie podía adivinarlo siquiera. Las multitudes marcharon obedientemente a lo largo de las rutas prescritas, gritaron las consignas prescritas y observaron mecánicamente la disciplina prescrita, sin revelar sus pensamiento ni expresar sus sentimientos en un solo chispazo de espontaneidad. ¡Qué contraste formaban con las muchedumbres hambrientas, arrebatadas, cordiales, generosas, entusiastas y ebrias de 1917! ¡Qué contraste había entre el actual panorama de las ciudades y el de la revolución que ahora se conmemoraba! ¡Y qué contraste en los destinos de sus dirigentes! Diez años antes los obreros de las dos capitales estaban dispuestos a dar sus vidas a una palabra de mando de Trotsky. Ahora ni siquiera volvían la cabeza para escucharlo. Diez años antes, cuando Trotsky veía a Mártov encabezar el éxodo de los mencheviques de los Soviets, le gritó en son de triunfo: "¡Váyanse, váyanse al basurero de la historia!", y una tempestad de aplausos bolcheviques cubrió su voz. "¡Al basurero con él!": estas palabras resonaban ahora como un eco burlón a través de una plaza de Leningrado, cuando un oposicionista trataba de honrar el nombre de Trotsky. ¿Había emprendido marcha atrás la rueda de la historia, se preguntaban los oposicionistas, o se había destrozado? ¿Era esto acaso el Termidor soviético?

Estas interrogantes ocuparon también los pensamientos de Trotsky. Veía alineados ahora junto a él a tantos de los hombres que habían encabezado la revolución bolchevique. Parecía absurdo suponer que su derrota y su humillación no tuviera un significado histórico más profundo y que no señalara aquel "movimiento descendente" de la revolución, aquel "segundo capítulo" del que había hablado en el Comité Central unos cuantos meses antes. Y, sin embargo, también veía que, alterado y todo el panorama de la revolución -su clima y su color-, sus contornos generales y esenciales se destacaban tan claramente como siempre, inconmovibles e inalterados. El partido que gobernaba la república era todavía el partido bolchevique, el mismo al que la Oposición juraba lealtad imperecedera. Trotsky

todavía consideraba a la república, pese a toda su "degeneración burocrática", como una dictadura proletaria; y todavía se desligaba y desligaba a la Oposición de todos aquéllos que la tachaban de nuevo estado policíaco gobernado por una "nueva clase" que había cortado todos sus vínculos con la clase obrera y el socialismo. Se negaba a considerar a la burocracia como una nueva clase explotadora; la veía, en cambio, como "una excrecencia morbosa en el "cuerpo de la clase obrera". La propiedad pública, dondequiera que el bolchevismo la había establecido, seguía aún intacta. El kulak y el nuevo rico de la NEP todavía no habían vencido. El antagonismo entre el primer Estado obrero y el capitalismo mundial se mantenía vivo, aun cuando no se pusiera de manifiesto en ningún choque armado. Era tanto lo que había cambiado; y, sin embargo, tan poco. Era como si un huracán se hubiese abatido sobre el escenario, arrojando a los actores en diferentes direcciones, desplazando todo lo que podía desplazar, haciendo bambolear el escenario ora hacia un lado ora hacia el otro, pero dejando su estructura sólida e incólume. Parecía imposible que éste pudiera ser el fin. ¿No sería el huracán, con toda seguridad, el presagio de un terremoto? Trotsky concluyó que el 7 de noviembre "no era todavía el Termidor soviético", pero sí indudablemente "la víspera de Termidor".[103]

Serge relata que en la noche del 7 de noviembre, cuando los oposicionistas de Leningrado se reunieron, se dejaron escuchar dos voces: "Nada importa, seguiremos luchando", repetía una de las voces en tono sombrío. "¿Contra quién lucharemos?", preguntaba la otra con angustia, "¿contra nuestro propio pueblo?" Las mismas voces podían escucharse dondequiera que se reunían los oposicionistas. Por regla general eran los trotskistas los que afirmaban que seguirían luchando y los zinovievistas los que hacían la pregunta embarazosa. El propio Zinóviev había vuelto de Leningrado completamente desanimado, y él y Kámenev empezaron lamentar el desafortunado intento de "apelar a las masas" que habían emprendido con tantas esperanzas. Trotsky no lamentaba nada. La Oposición había hecho lo que tenía que hacer y no podía deshacer lo que había hecho: *Advienne que pourra*, repetía. Al día siguiente de los trascendentales sucesos pidió al Politburó y al Presidium de la Comisión Central de Control una investigación oficial de los hechos; y todavía consideró la situación con actitud más bien optimista. A sus seguidores les dijo que el resultado de las manifestaciones no era tan negativo: la Oposición había inscrito en sus banderas la consigna de "¡Viva la unidad del partido leninista!", demostrando así cuál era su posición y arrebatándole por fin a Stalin una consigna que éste había tratado de explotar en su provecho. Zinóviev y Kámenev replicaron que el 7 de noviembre los había llevado al borde mismo del

103- Véase el "Balance del Aniversario" de Trotsky, escrito el 8 de noviembre, en The Trotsky Archives.

cisma y que, si la Oposición deseaba mantener la unidad bolchevique, tendría que volver sobre sus pasos.

Durante unos cuantos días discutieron lo que harían a continuación. Trotsky no tardó en rectificar su juicio sobre las consecuencias del 7 de noviembre. Sólo cinco días después de haber escrito sobre la satisfacción que sentía porque la Oposición le había "arrebatado la consigna de la unidad" a Stalin, argumentó que ya era "demasiado tarde para hablar de unidad" porque el aparato del Partido se había convertido en un "instrumento sin voluntad de las fuerzas termidorianas" y estaba empeñado en aplastar a la Oposición en beneficio del kulak y del nuevo rico de la NEP.[104] Zinóviev y Kámenev no estaban seguros de esto: notaban cambios de énfasis en la política de Stalin y decían que éste iba volviéndose contra el kulak y el nuevo rico de la NEP. En todo caso, no estaban de acuerdo en que fuera "demasiado tarde para hablar de unidad".

El 14 de noviembre el Comité Central y la Comisión Central de Control, reunidos en sesión extraordinaria, expulsaron del Partido a Trotsky y Zinóviev por considerarlos culpables de haber incurrido en incitación a manifestaciones contrarrevolucionarias y virtualmente a la insurrección.[105]

Rakovsky, Kámenev, Sinilgá y Evdokímov fueron expulsados del Comité Central, y Bakáiev, Murálov y otros de la Comisión Central de Control. Centenares de miembros fueron expulsados de las células del Partido. Así, al cabo de meses y años en el transcurso de los cuales todas las facciones vacilaron y maniobraron, avanzaron, retrocedieron y continuaron luchando, el cisma quedó consumado.

En la noche del 7 de noviembre Trotsky regresó a su hogar y le dijo a su familia que debían desalojar su apartamiento en el Kremlin. Él mismo se mudó inmediatamente: se sentía más seguro fuera del Kremlin, y más que nunca fuera de lugar en la residencia del grupo gobernante. Ocupó provisionalmente una pequeña habitación en el número 3 de la calle Granovsky, en casa de Beloborodov, un oposicionista que era todavía Comisario del Interior de la República Federal Rusa y el hombre que en 1918 había ordenado la ejecución de Nicolás II en Ekaterinburgo. Durante unos cuantos días se ignoró el paradero de Trotsky. El grupo gobernante, un tanto alarmado, se preguntó qué estaría planeando y concibió la posibilidad de que se hubiera acogido a la clandestinidad. Trotsky no tenía tal intención, y a un hombre tan conocido le era imposible actuar clandestinamente. Al día siguiente de su expulsión le comunicó su nueva dirección al Ejecutivo Central de los Soviets, del que todavía era miembro nominal.[106] Al salir del Kremlin se evitó una humillación que hubieron

104- Véase su "Zapiska" (Nota) del 13 de noviembre en The Archives.
105- The Trotsky Archives; KPSS v Hesolutsiaj, vol. II, pp. 368-370
106- También le notificó al Ejecutivo que su esposa y uno de sus hijos estaban enfermos y no podían mudarse, pero que desalojarían el departamento en el término de unos días. The

de sufrir los otros jefes de la Oposición: el 16 de noviembre fueron desalojados. Un amigo describe su extraño éxodo del Kremlin. Zinóviev salió llevando únicamente la mascarilla de Lenin bajo el brazo, una mascarilla tan deprimente que la censura nunca había permitido su reproducción y por eso Zinóviev la había conservado en propiedad. A continuación salió Kámenev, que a los cuarenta y tantos años había encanecido completa y súbitamente y tenía el aspecto de un "apuesto anciano de ojos muy claros". Rádek empacó sus libros, con la intención de venderlos, y distribuyendo entre quienes le rodeaban volúmenes de poesía alemana como recuerdo, murmuró sarcásticamente: "¡Qué idiotas hemos sido! Nos quedamos sin un centavo cuando pudimos habernos hecho de un bonito fondo de guerra. La falta de dinero nos está matando. Con nuestra famosa probidad revolucionaria no hemos sido más que ingenuos intelectuales llenos de escrúpulos..."[107]

Simultáneamente otro hombre hizo su salida de manera diferente. En la noche del 16 de noviembre un disparo de revólver rompió súbitamente el silencio del Kremlin. Adolf Abramovich Yoffe se había suicidado. Le dejó una carta a Trotsky explicándole que ésa era la única forma en que podía protestar contra la expulsión de Trotsky y Zinóviev y expresar su horror ante la indiferencia con que el Partido las había recibido. Yoffe había sido discípulo y amigo de Trotsky desde antes de 1910, cuando, siendo un estudiante neurótico, ayudó a Trotsky a publicar la Pravda vienesa. Con Trotsky ingresó en el partido bolchevique en 1917 y en el momento de la insurrección de Octubre era miembro del Comité Central. Blando de corazón, de sonrisa y de voz, fue uno de los partidarios y organizadores más resueltos del levantamiento. Pronto llegó a ser uno de los grandes diplomáticos bolcheviques: encabezó la primera delegación soviética a Brest-Litovsk y fue el primer embajador soviético en Berlín; negoció el tratado de paz con Polonia en 1921 y el pacto de amistad entre los gobiernos de Lenin y Sun Yat-sen un año más tarde; y fue embajador en Viena y en Tokio. A comienzos de 1927 regresó de Tokio, gravemente enfermo de tuberculosis y polineuritis, y fue nombrado segundo de Trotsky en la Comisión de Concesiones. En Moscú los médicos lo desahuciaron y le recomendaron someterse a un tratamiento en el extranjero. Trotsky intercedió por él ante el Comisario de Salubridad y el Politburó.[108] pero el Politburó se negó a enviarlo al extranjero en razón de que el tratamiento resultaría muy caro: mil dólares. Un editor norteamericano acababa de ofrecerle a Yoffe 20.000 dólares por sus memorias, y éste pidió que se le permitiera viajar pagándose sus propios gastos. Stalin le prohibió entonces publicar sus memorias, le negó el permiso para salir

Trotsky Archives.

107- V. Serge, Le Tournant obscur, p. 140.

108- Las cartas de Trotsky a Semashko, el Comisario de Salubridad (20 de enero de 1927) y al Politburó se encuentran en The Trotsky Archives.

del país, lo privó de asistencia médica y lo hizo objeto de toda clase de vejaciones. Encamado, agobiado por el dolor, sin un centavo y deprimido por el salvajismo de los ataques a la Oposición, se metió una bala en la cabeza.[109]

La carta de despedida de Yoffe es importante no sólo por la luz que arroja sobre su actitud frente a Trotsky; es excepcional también como documento humano y político y como declaración de moral revolucionaria.

La carta comienza con la justificación de su suicidio, un acto que la ética revolucionaria normalmente condena. En su juventud, recordó, se había enfrentado a Bebel en defensa de Paul y Laura Lafargüe, el yerno y la hija de Marx, que habían cometido suicidio cuando la vejez y la enfermedad los habían hecho inútiles como luchadores.

Durante toda mi vida he abrigado la convicción de que el político revolucionario debe saber cuándo hacer su salida y saber hacerla a tiempo... cuando comprende que ya no puede seguir siendo útil a la causa a que ha servido. Hace más de treinta años que abracé la idea de que la vida humana sólo tiene sentido en la medida en que se dedica al servicio del infinito, y para nosotros el infinito es la humanidad. Trabajar con cualquier propósito finito -y todo lo demás es finito- carece de sentido.

Aun cuando la vida de la humanidad llegara a un término, esto en todo caso sucedería en una época tan remota que nosotros podemos considerar a la humanidad como el infinito absoluto. Si se cree, como creo yo, en el progreso, puede suponerse que cuando llegue el momento de la desaparición de nuestro planeta, la humanidad habrá encontrado mucho antes los medios de emigrar y establecerse en otros planetas más jóvenes... Así. todo lo que se haya logrado en nuestro tiempo para beneficio de la humanidad sobrevivirá de algún modo en las épocas futuras; y en virtud de esto nuestra existencia adquiere el único sentido que puede poseer.

Después de expresar así. en l enguaje marxista y en espíritu ateo, el viejo anhelo de inmortalidad de los humanos, la inmortalidad de la especie humana y de su genio. Yoffe prosiguió para decir que durante veintisiete años su vida había tenido pleno sentido: él había vivido para el socialismo: no había desperdiciado un solo día, pues aun en la prisión había aprovechado cada día para estudiar y prepararse para las luchas futuras. Pero ahora su vida había quedado desprovista de toda finalidad, y su deber era partir. La expulsión de Trotsky y el silencio con que el Partido la había acogido eran los últimos golpes. De haber gozado de buena salud, habría continuado la lucha en las filas de la Oposición. Pero tal vez su suicidio, "un suceso pequeño comparado con la expulsión de usted", (y "un gesto de protesta contra

---

109- Todavía en el inomento en que Yoffe estaba escribiendo su carta a Trotsky, su esposa lo interrumpió para decirle que el Politburó había rechazado su última solicitud para que le permitieran pasar un mes o dos en el extranjero.

quienes han reducido al Partido a una condición tal que es incapaz de reaccionar en forma alguna contra esta monstruosidad"), tal vez su suicidio contribuiría a despertar al Partido ante el peligro termidoriano. Él temía que la hora del despertar del Partido aún no hubiese llegado. De todos modos, su muerte sería más útil que su vida.

Con la mayor modestia, invocando sus largos años de amistad y colaboración al servicio de una obra común, Yoffe escribió: "Esto me da derecho a decirle, al despedirme de usted, las que me parecen sus faltas. Yo no he dudado jamás de que el camino que usted trazaba era certero, y usted sale bien que hace más de veinte años, desde los tiempos de la 'revolución permanente', estoy con usted. Pero siempre he pensado que a usted le faltaban aquella inflexibilidad y aquella intransigencia de Lenin. Aquel carácter del hombre que está dispuesto a seguir por el camino que se ha trazado por saber que es el único, aunque sea solo, en la seguridad de que, tarde o temprano, tendrá a su lado la mayoría y de que los demás reconocerán que estaba en lo cierto. Usted ha tenido siempre razón políticamente, desde el año 1905, y repetidas veces le dije a usted que le había oído a Lenin, con mis propios oídos, reconocer que en el año 1905 no era él, sino usted, quien tenía razón. A la hora de la muerte no se miente, por eso quiero repetírselo a usted una vez más, en esta ocasión... Pero usted ha renunciado con harta frecuencia a la razón que le asistía, para someterse a pactos y compromisos a los que daba demasiada importancia. Y eso es un error. Repito que, políticamente, siempre ha tenido usted razón y ahora más que nunca. Ya llegará el día en que el Partido lo comprenda, y también la historia lo ha de reconocer, incuestionablemente, así. No tema usted, pues, porque alguien se aparte de su lado ni tanto menos porque muchos no acudan a hacer causa común con usted tan rápidamente como todos deseáramos. La razón está de su lado, lo repito, pero la garantía de la victoria de su causa es la intransigencia más absoluta, la rectitud más severa, el repudio más completo de toda componenda, que son las condiciones en que residió siempre el secreto de los triunfos de Ilych".[110]

La critica, viniendo de lo más hondo de la devoción y el amor de un amigo que se hallaba a las puertas de la muerte, no pudo menos que emocionar e impresionar a Trotsky, quien hubo de permanecer casi solo, "inflexible e intransigente", durante el resto de su vida. Políticamente, sin embargo, el suicidio de Yoffe no tuvo ningún efecto. Su carta no fue publicada: la GPU intentó ocultársela al propio

110- En su autobiografía Trotsky relata que Yoffe había tenido varias veces la intención de publicar esta conversación con Lenin y la admisión hecha por éste, pero que Trotsky lo hizo desistir porque temía que Yoffe sería objeto de ataques que arruinarían definitivamente su salud. La carta de Yoffe confirma esta aseveración. El texto completo de la carta se encuentra en The Trotsky Archives.

Trotsky, quien, por decirlo así. tuvo que arrancársela de las manos. En las filas de la Oposición, el acontecimiento propagó el desaliento al ser recibido como un acto de desesperación. Trotsky temió que el ejemplo pudiera ser contagioso. Después de la derrota de la Oposición de 1923. varios de sus afiliados -Eugenia Bosch. una heroína legendaria de la guerra civil en Ucrania, Lutovínov, un sindicalista prominente y veterano de la Oposición Obrera, y Glazman, uno de los secretarios de Trotsky- se quitaron la vida. Ahora, cuando la Oposición se hallaba bajo un ataque incomparablemente más brutal y no veía un camino claro por delante, había más razones aún para que se desencadenara el pánico. Sólo después que la carta de Yoffe hubo circulado entre los grupos de la Oposición se comprendió mejor el sentido que aquél le quiso dar a su suicidio, y la acción fue vista como un acto de fe más que de desesperación.[111]

El 19 de noviembre una larga procesión encabezada por Trotsky, Rakovsky e Iván Smirnov siguió al féretro de Yoffe por las calles y plazas de Moscú hasta el cementerio del monasterio de Novodevichy en las afueras de la ciudad. El sepelio tuvo lugar en las primeras horas de la tarde de un día laborable -las autoridades lo dispusieron así para hacerlo pasar inadvertido-, pero varios miles de personas se unieron al cortejo y marcharon cantando himnos fúnebres y canciones revolucionarias. Representantes del Comité Central y del Comisariado de Relaciones Exteriores se mezclaron con los oposicionistas: ansiosos de silenciar el escándalo, hicieron acto de presencia para rendirle tributo oficial a su adversario fallecido. Cuando el cortejo llegó al monasterio -donde Pedro el Grande había puesto una vez a su hermana Sofía tras las rejas y ordenado que varios centenares de sus partidarios fueran asesinados al pie de la ventana de su celda-, la policía y la GPU trataron de impedir el acceso de la procesión al cementerio. La multitud se abrió paso a viva fuerza y se reunió alrededor de la fosa abierta. Recibió con un airado murmullo al portavoz oficial que se adelantó para pronunciar unas palabras. A continuación hablaron Trotsky y Rakovsky. "Yoffe nos dejó", dijo Trotsky, "no porque no deseara luchar, sino porque ya carecía de la fuerza física necesaria para la lucha. Temió convertirse en una carga para quienes están enfrascados en el combate. Su vida, no su suicidio, debe servir de modelo a quienes quedan tras él. La lucha continúa. ¡Que todos permanezcan en su puesto! ¡Que nadie lo abandone!"

Esta reunión en un cementerio embrujado por el terrible pasado de Rusia fue la última manifestación pública de la Oposición. Fue también la última aparición de Trotsky en público -y su llamado al valor que resonó entre las tumbas su último

---

111- Del texto que se hizo circular Trotsky omitió, como Yoffe le había autorizado a hacerlo, aquellos pasajes que expresaban cierto pesimismo en cuanto a las perspectivas inmediatas de la Oposición

discurso público- en Rusia.[112]

"¡Que todos permanezcan en su puesto! ¡Que nadie lo abandone!": ¡cuán a menudo habían aparecido esas palabras en las Órdenes del Día de Trotsky en los peores momentos de la guerra civil, y cuántas veces habían hecho volver a la batalla a las divisiones derrotadas y descorazonadas, haciéndolas luchar hasta la victoria! Ahora, sin embargo, las palabras habían perdido su poder. Zinóviev, Kámenev y sus seguidores estaban ya "abandonando sus puestos" y buscando desesperadamente una ruta para su retirada. La víspera del entierro de Yoffe. Moscú era ya un hervidero de rumores sobre su capitulación ante Stalin. En una nota fechada el 18 de noviembre, Trotsky desechó los rumores, declarando que Stalin los había propalado para confundir a la Oposición. Una vez más Trotsky sostuvo que la represión favorecía a la Oposición; y les advirtió a sus partidarios que debían seguir considerándose como miembros del Partido, y que ni siquiera la expulsión ni el encarcelamiento serían razones válidas para que formaran otro partido. Pero si la Oposición aceptaba la expulsión, replicaron Zinóviev y Kámenev, se constituiría inevitablemente, aun contra su voluntad, en otro partido. Ellos, por consiguiente, estaban obligados a hacer todo lo posible a fin de obtener una anulación de la expulsión. "Liev Davidovich", dijeron, "ha llegado el momento en que debemos tener el valor necesario para rendirnos". "Si esa clase de valor, el valor para rendirse, fuera todo lo que se necesita", respondió Trotsky, "la revolución habría triunfado ya en todo el mundo".[113] Todavía convinieron, sin embargo, en dirigir una declaración conjunta al Congreso del Partido, que había sido convocado para los primeros días de diciembre. En ese documento, firmado por 121 oposicionistas, declararon que no podían renunciar a sus opiniones, pero que reconocían que el cisma, al conducir a una lucha entre dos partidos, era "la amenaza más grave para la causa de Lenin"; que la Oposición aceptaba su parte de la responsabilidad, pero no la principal, por lo que había sucedido; que las formas de lucha interna en el Partido deberían cambiar: y que la Oposición, dispuesta a disolver una vez más

---

112- El discurso, así como un obituario sobre Yoffe, se encuentran en The Trotsky Archives. L. Fischer, que presenció la escena, escribe que después de las ceremonias "todos los presentes se adelantaron hacia Trotsky para tributarle una ovación. A continuación fueron exhortados a regresar a sus casas, pero todos permanecieron en el lugar y durante un largo rato Trotsky no pudo salir del cementerio. Por último, grupos de hombres jóvenes entrelazaron sus brazos para formar dos vallas humanas entre las cuales Trotsky pudiera pasar hasta la salida". Pero la multitud llenó el espacio abierto y Trotsky tuvo que quedarse solo en un cobertizo en el cementerio; ". .. no se mantuvo quieto un solo momento. Caminaba de un lado a otro como un tigre enjaulado... Yo me encontraba cerca y tuve la impresión cierta de que Trotsky temía ser asesinado". L. Fischcr, op. cit., p. 94.

113- Serge, Le Tournant obscur, n. 149.

su organización, apelaba al Congreso para que rehabilitara a los oposicionistas expulsados y encarcelados.

Era claro que el Congreso habría de rechazar de plano esta apelación y que no aceptaría anular las expulsiones. Al llegar a este punto, la Oposición Conjunta estaba condenada a disolverse y a que cada uno de sus dos grupos constituyentes siguiera su propio camino.

El Congreso se mantuvo en sesión durante tres semanas, y el asunto que ocupó totalmente su atención fue el cisma. La Oposición no tuvo un solo delegado con derecho al voto. Trotsky no asistió; ni siquiera solicitó ser admitido para apelar personalmente contra su expulsión. El Congreso declaró por unanimidad que la expresión de los puntos de vista de la Oposición era incompatible con la condición de miembro del Partido. Rakovsky trató de hablar en defensa de la Oposición, pero fue expulsado de la tribuna. A continuación la asamblea escuchó con divertido asombro a Kámenev cuando éste hizo una patética descripción del triste estado en que se hallaba la Oposición. Él y sus compañeros, dijo, tenían ante sí el siguiente dilema: o se constituían en un segundo partido -pero eso sería "ruinoso para la revolución" y tendría como resultado una "degeneración política"-, o bien debían, "después de una lucha fiera v obstinada", declarar su "completa y cabal rendición ante el Partido". Ellos habían optado por la rendición -es decir, convenían en abstenerse de expresar cualesquiera opiniones críticas de la política oficial- porque estaban "profundamente convencidos de que el triunfo de la política leninista correcta sólo puede garantizarse dentro y a través de nuestro Partido, no fuera y en contra de éste". Estaban, por consiguiente, dispuestos a acatar todas las decisiones del Congreso y a "cumplirlas, no importa cuán duras puedan ser".[114]

Después de ponerse y de poner a sus compañeros a merced del Congreso y de arrodillarse ante éste, Kámenev trató entonces de detenerse a mitad del camino. Los oposicionistas que capitulaban, dijo, obraban como bolcheviques; pero no obrarían como tales si también renunciaran a sus opiniones. Nunca antes se le había pedido a nadie en el Partido que hiciera tal cosa, afirmó, olvidando que él y Zinóviev se lo habían exigido a Trotsky en 1924. "Si repudiáramos las opiniones por las que abogamos hace una semana o dos, eso sería hipócrita de nuestra parte y ustedes no nos creerían". Hizo otro intento desesperado por salvar la dignidad de los capituladores: rogó por la liberación de los trotskistas encarcelados: "Una situación en la que hombres como Mrachkovsky están encarcelados mientras nosotros estamos en libertad, es intolerable. Nosotros hemos luchado junto a esos camaradas y somos responsables de todos sus actos". En consecuencia, imploró al Congreso que diera a todos los oposicionistas la oportunidad de subsanar todo lo

114- 15 Syezd VKP (b), pp. 245-246.

que había sucedido. “Les pedimos a ustedes, si desean que este Congreso pase a la historia... como un Congreso de reconciliación: tiéndannos una mano de ayuda”.[115]

Una semana más tarde la desintegración de la Oposición Conjunta era completa. El 10 de diciembre los zinovievistas y los trotskistas se separaron v hablaron con voces diferentes. En nombre de los primeros, Kámenev, Bakáiev y Evdokímov anunciaron su aceptación final de todas las decisiones tomadas por el Congreso. El mismo día, Rakovsky, Rádek y Murálov declararon que, aunque estaban de acuerdo con los zinovievistas en cuanto a la “absoluta necesidad” de mantener el sistema unipartidista, se negaban no obstante a acatar las decisiones del Congreso. “Abstenemos de abogar por nuestras concepciones dentro del Partido equivale para nosotros a renunciar a esas concepciones”; y al aceptar tal cosa, “dejaríamos de cumplir con nuestro deber más elemental frente al Partido y la clase obrera”.[116]

Zinóviev y sus seguidores habían repetido, en efecto, lo que Trotsky había dicho en 1924: que el Partido era la única fuerza capaz de “asegurar las conquistas de Octubre”, el “único instrumento del progreso histórico”, y que “nadie podía tener razón contra el Partido”. Fue esa convicción la que los llevó a capitular. Trotsky y sus partidarios, en cambio, estaban convencidos ahora de que ellos “tenían razón contra el Partido”; y, sin embargo, decidieron continuar la lucha, pensando que no luchaban contra el Partido sino en defensa de éste, para salvarlo de sí mismo o más bien de su burocracia. Tanto Trotsky como Zinóviev trataban en efecto de cuadrar el mismo círculo, sólo que cada uno intentaba hacerlo de manera diferente. Los zinovievistas abrigaban la esperanza de que, al permanecer dentro del Partido, tal vez podrían, si las circunstancias lo permitían, “regenerarlo”. Los trotskistas estaban convencidos de que eso sólo podía hacerse desde afuera. Ambos repetían con las mismas palabras que cualquier intento de crear otro partido sería desastroso para la revolución; y ambos admitían así implícitamente que la clase obrera era, en su opinión, políticamente inmadura, que no se podía confiar en ella para que apoyara a dos Partidos Comunistas, y que todavía, por consiguiente, era fútil apelar a los obreros contra la burocracia del Partido, que, pese a todas sus faltas y vicios, actuaba aún como guardián de los intereses proletarios, como custodio de la revolución y como agente del socialismo. Si no hubiesen pensado así, el horror con que tanto Trotsky como Zinóviev hablaban de “otro partido” habría sido inexplicable y ridículo. En tal caso habrían considerado, por el contrario, que su deber consistía en fundar otro partido. Al reconocer a sus adversarios, aunque sólo fuera implícitamente y con graves reservas, como los guardianes y custodios de la

115- 15 Syezd VKP (b), p 248.
116- Ibid., pp. 1286-1287.

dictadura proletaria, y al estar en conflicto con ellos, los oposicionistas quedaban atrapados en una contradicción. Zinóviev trató de resolver la contradicción en su conciencia aceptando los dictados de las facciones gobernantes. Trotsky, convencido de que las facciones gobernantes no podían seguir siendo durante mucho tiempo los custodios de la revolución, acató los dictados de su conciencia que le decían que nada podía ganarse mediante la renuncia a las propias convicciones.

Mientras a su alrededor la Oposición Conjunta se derrumbaba, las expulsiones se multiplicaban y millares de oposicionistas capitulaban, Trotsky permaneció impávido y desdeñoso de las "almas muertas" -Zinóviev y Kámenev-, pronosticando que serían arrastrados a una capitulación tras otra y a una deshonra tras otra, cada una peor que la anterior. Las facciones gobernantes estaban ahora enardecidas por el triunfo, tanto más cuanto que no habían estado seguras hasta el último momento de que Stalin fuera realmente capaz de maniobrar hasta el punto de hacer capitular a la Oposición. No bien acababan Zinóviev y Kámenev de anunciar su capitulación cuando las facciones gobernantes declararon que no la aceptaban y que los capituladores debían repudiar plenamente sus ideas y retractarse. A Zinóviev y Kámenev se les dio a entender en un principio que serían rehabilitados sólo con que aceptaran abstenerse de expresar sus puntos de vista. Ahora que ya habían aceptado eso, se les dijo que su silencio sería un insulto y un desafío al Partido. "Camaradas", dijo Kalinin en el Congreso, "¿qué pensará la clase obrera... de la gente que declara que no abogará por opiniones que sigue considerando correctas?... o se trata de un engaño deliberado ... o esos oposicionistas se han convertido en filisteos, guardándose sus opiniones para sí y no defendiéndolas".[117] Las facciones gobernantes temían, en efecto, que si aceptaban la primera capitulación de Zinóviev y Kámenev, ellas mismas incurrirían en una componenda. ¿Qué clase de partido es éste, se preguntaría la gente, que permite que sus miembros tengan ciertas opiniones, pero no les permite expresarlas? Ios vencedores no podían detenerse a medio camino.

Para conservar el terreno que habían ganado, tenían que ganar más y empujar más lejos aún a sus adversarios derrotados. Habiéndoles prohibido que dieran expresión a la herejía, el Congreso tenía que prohibirles que la profesaran incluso en silencio. Habiéndolos privado de su voz, tenía que despojarlos de su pensamiento; y tenía que devolverles una voz de modo que pudieran usarla para abjurar de sus ideas.

El regateo sobre las condiciones duró todavía otra semana, durante la cual los zinovievistas se revolvieron y lucharon en la trampa. No podían retractarse de su primera capitulación; y para salvar el sentido de ésta y lograr lo que habían esperado lograr por medio de ella, incurrieron en otra capitulación. El 18 de diciembre

117- Ibid., p. 1211.

Zinóviev y Kámenev volvieron a tocar a las puertas del Congreso para decir que condenaban sus propias concepciones como "erróneas y antileninistas". Bujarin, según se cuenta, los recibió con estas palabras: "Han hecho ustedes bien en cambiar de opinión. Este era el último minuto. El telón de hierro de la historia está cayendo en este preciso instante" (el telón de hierro, podríamos añadir, que habría de aplastar también al propio Bujarin). Este, indudablemente, vio con alivio el regreso y la sumisión de Zinóviev y Kámenev, pues él, al igual que algunos otros miembros de las facciones gobernantes, se habían preguntado con ansiedad qué sucedería si Zinóviev y Kámenev se rehusaban a retractarse y volvían a hacer causa común con Trotsky. Aun Ordzhonikidze, que presentó en nombre de la Comisión Central de Control el informe y la moción de expulsión, mostró su preocupación cuando dijo que las medidas represivas iban dirigidas contra hombres "que han prestado considerables servicios a nuestro Partido y han luchado en nuestras filas durante muchos años". Pero Stalin y la mayoría, ebrios de júbilo, continuaron golpeando a los postrados. Se negaron a rehabilitarlos aun después de su retractación. Por una extraña coincidencia fue Ríkov, que un día habría de compartir la suerte de Zinóviev y Kámenev, quien fue a verlos mientras esperaban a la puerta y se la cerró sin contemplaciones. Les dijo que no se les readmitía en el Partido, que permanecerían seis meses bajo observación y que sólo después de ese período el Comité Central decidiría si los rehabilitaba o no.

La defección de los zinovievistas dejó aislados a Trotsky y sus partidarios. Este hecho alivió las conciencias no demasiado sensibles de muchos stalinistas y bujarinístas, que vieron en él la justificación final de la acción de Stalin. Trotsky, reflexionaron, seguramente debía de estar muy equivocado cuando sus propios aliados de antaño le volvían la espalda. El Partido y la nación tenían los ojos puestos en el Congreso y en el asombroso espectáculo de capitulación escenificado allí. No le prestaron mayor atención al sector de la Oposición que no participó en el espectáculo. Los propios trotskistas se sintieron desconcertados, abrumados por lo definitivo de su rompimiento con el Partido. Vieron con incredulidad el abismo que se abría entre ellos y los zinovievistas. Se preguntaron si no habrían actuado con temeridad: ¿fue correcto haber hecho su propaganda semiclandestina?, ¿fue correcto haber "apelado a las masas" el 7 de noviembre?, ¿fue correcto haber precipitado el cisma? Tales pensamientos los indujeron a recibir los veredictos de expulsión con interminables y exaltadas declaraciones de su inalterada fidelidad al Partido. Unos cuantos siguieron el ejemplo de los zinovievistas; otros vacilaron. La mayoría permaneció resuelta a continuar la lucha y arrostrar la persecución. Sin embargo, nadie sabía quién era y quién no era un "capitulador". Inmediatamente después del Congreso, 1.500 oposicionistas fueron expulsados y 2.500 firmaron

declaraciones de retractación.[118] Pero entre los que firmaron, unos cuantos retiraron su retractación cuando vieron que un acto de capitulación acarreaba otro; y entre los que se negaron a firmar, algunos cedieron en su firmeza cuando fueron sometidos a ulteriores intimidaciones, tentaciones y razonamientos persuasivos. Los de un grupo veían a los del otro como renegados o traidores. Dado que no se sabía dónde terminaba un grupo y dónde comenzaba el otro, la confusión y la suspicacia se difundieron entre toda la antigua Oposición Conjunta.

Trotsky, viendo la futilidad de la capitulación de Zinóviev, se reafirmó en su convicción de que había elegido el camino correcto. Se esforzó febrilmente por infundir tal convicción en sus seguidores desanimados, febrilmente por infundir tal convicción en sus seguidores desanimados. Les dijo que ninguna prudencia ni aplazamiento les habría valido de algo, porque Stalin en todo caso habría encontrado los pretextos necesarios para expulsarlos. Lo que importaba era agrupar a quienes se mantenían las actitudes ambiguas y hacer claras las causas del rompimiento tanto para sus contemporáneos como para la posteridad. Por otra parte, la Oposición no podría seguir trabajando como hasta entonces: debía acogerse definitivamente a la clandestinidad, encontrar nuevas formas de contacto entre sus grupos y nuevos métodos de trabajo, y establecer vínculos con sus correligionarios en el extranjero.

Para rodo eso quedaba muy poco tiempo. Aún antes de terminar el año, Stalin se dispuso a deportar a los oposicionistas. Con todo, al implacable promotor de las purgas sangrientas le preocupaban todavía curiosamente los pretextos y las apariencias. Deseaba evitar el escándalo de una deportación abierta y forzada y trató de presentar el destierro de sus enemigos como una partida voluntaría. A través del Comité Central ofreció a los principales trotskistas puestos administrativos de poca importancia en los confines del inmenso país: el propio Trotsky debería trasladarse "por su propia voluntad" a Astrakán, en el Mar Caspio. A principios de enero de 1928, Rakovsky y Rádek, representando a la Oposición, y Ordzhonikidze llevaron a cabo un fantástico regateo sobre estas proposiciones.

Rádek y Rakovsky protestaron contra el envío de Trotsky a Astrakán, alegando que su salud, minada por el paludismo, no resistiría el clima húmedo y cálido del puerto de mar. El juego quedó interrumpido cuando Trotsky y sus compañeros declararon que estaban dispuestos a aceptar cualesquiera nombramientos en las provincias siempre y cuando éstos no fueran meros pretextos para la deportación, que cada nombramiento contara con el consentimiento de la Oposición y fuera hecho tomando en cuenta la salud y la seguridad de los afectados y sus familias.[119]

118- Popov, op. cit., vol. II, p. 327.

119- Una relación de las "negociaciones" figura en una carta dirigida por el propio Trotsky o por uno de sus amigos a la Comisión Central de Control y al Politburó en los primeros días de 1928. The Trotsky Archives.

El 3 de enero, mientras tenían lugar las negociaciones, Trotsky fue citado a comparecer ante la GPU. Trotsky hizo caso omiso del citatorio y entonces la farsa tocó a su fin: unos pocos días más tarde, el 12 de enero, la GPU le hizo saber a Trotsky que, de acuerdo con lo dispuesto por el artículo 58 del código penal, es decir, bajo la acusación de incurrir en actividad contrarrevolucionaria, sería deportado a Alma Ata, en el Turkestán, cerca de la frontera china. La fecha de la deportación fue fijada para el 16 de enero.

Dos escritores, uno de ellos un completo extraño y el otro un trotskista, han dado sus impresiones sobre Trotsky durante los últimos días de éste en Moscú. Paul Scheffer, corresponsal del Berliner Tageblatt, lo entrevistó el 15 de enero. A "primera vista", Scheffer no pudo advertir ninguna indicación de que Trotsky estuviese sometido a vigilancia policíaca. (Es lícito suponer que el ojo del periodista alemán no estaba bien adiestrado para descubrir tales indicios). Notó excitación en el hogar de Trotsky, las idas y venidas y las despedidas de hombres que estaban todos ellos a punto de ser exiliados, y la preparación del equipaje para un largo viaje. "En todos los corredores y pasillos había montones de libros y más libros: el alimento de los revolucionarios, como lo era la sangre de buey para los espartanos". Sobre este trasfondo, Scheffer describe al hombre mismo: "de talla algo inferior a la media, con una piel muy delicada, la tez amarillenta y ojos azules y no grandes, que en ocasiones pueden ser muy amistosos y en ocasiones se llenan de destellos y revelan gran energía". Un rostro grande y animado "reflejaba tanto el vigor como la elevación mental", y una boca notablemente pequeña en proporción al rostro. Una mano delicada, blanda, femenina. "Este hombre, que ha improvisado ejércitos y han llenado de su propio entusiasmo a obreros y campesinos primitivos, elevándolos muy por encima de su propia comprensión... se muestra en un principio tímido, ligeramente cohibido... por eso tal vez es tan cautivador".

Durante la conversación, Trotsky, sin dejar de ser cortés, se mantuvo alerta, contentándose con expresarse pro foro externo, pero mostrándose reticente en grado sumo' frente al periodista burgués en lo tocante a los asuntos internos de Rusia. Ni una sola mención de sus adversarios, ni una sola queja, ni una sola declaración polémica. Sólo una vez bordeó la plática los asuntos internos del Partido, cuando Scheffer comentó que Lloyd George había profetizado "un futuro napoleónico para Trotsky". Ésta fue la alusión más aproximada que hizo Scheffer a la deportación, a los planes de Trotsky para el futuro, etc. Trotsky, sin embargo, consideró otra faceta de la comparación. "Es una extraña idea", contestó en tono un tanto divertido, "la de que yo sea el hombre llamado a ponerle fin a una revolución. No es el primer error que comete Lloyd George". Característicamente, la comparación con Napoleón no hizo pensar a Trotsky en el obvio y superficial paralelo entre los destinos personales de ambos como exiliados, sino en la idea política, tan aborrecible para

él, del bonapartismo sucesor del Termidor. Para él, el problema general tenía prioridad sobre el personal. ("Uno recuerda constantemente", comenta Scheffer, "que este hombre es en primer lugar y antes que nada un luchador".) Trotsky habló principalmente sobre la descomposición del capitalismo y las perspectivas de la revolución en Europa, con las que vinculó, como siempre, el futuro de la Rusia bolchevique. "La conversación de Trotsky pierde pronto su tono de plática, se convierte en oratoria y levanta el vuelo", y aquél ilustraba los altibajos de la curva de la revolución mundial con "ademanes bellamente melódicos". La conversación fue interrumpida por un camarada que debía partir al exilio esa misma noche y que había venido para preguntar si aún podía hacer algo por Trotsky. "El rostro de Trotsky, con el pequeño bigote de puntas enhiestas, se pliega en numerosas arrugas joviales: 'Así que esta noche sale usted de viaje, ¿no es eso?'. El hombre de la controversia y la ironía no desperdicia una oportunidad. .. El humor del hombre inconmovible no sufre mengua." Al despedirse, Trotsky invitó a Scheffer a que fuera a visitarlo en Alma Ata.[120]

A diferencia de Scheffer, Serge describió los alrededores de la residencia de Trotsky "vigilados día y noche por camaradas que a su vez eran vigilados por delatores". En la calle, los hombres de la GPU tomaban nota de cada automóvil que iba y venía.

Subí por las escaleras traseras... Aquél a quien entre nosotros llamábamos con afectuoso respeto El Viejo, como solíamos llamar a Lenin, trabajaba en una pequeña habitación que daba al patio y tenía por todo mobiliario un camastro de campaña y una mesa... Vestido con una chaqueta muy gastada, activo y majestuoso, con la abundante cabellera casi blanca y la tez enfermiza, desplegaba en aquella jaula una obstinada energía. En la habitación contigua alguien mecanografiaba los mensajes que él acababa de dictar. En el comedor eran recibidos los camaradas que llegaban desde todos los rincones del país. Él hablaba apresuradamente con ellos entre llamadas telefónicas. Todos ellos podían ser arrestados en cualquier momento. ¿Qué hacer? Nadie sabía... Todos tenían prisa por aprovechar aquellas últimas horas, pues seguramente serían las últimas..,[121]

El día 16 de enero, ocupado por las conferencias, instrucciones, más despedidas y los últimos preparativos para el viaje, transcurrió en una actividad febril. La partida estaba señalada para las diez de la noche. Al caer la noche Ja familia entera, agotada y tensa, se sentó a esperar la llegada de los agentes de la GPU. La hora señalada había pasado, pero los agentes no se presentaban. La familia se perdió en conjeturas hasta que la GPU informó a Trotsky por telefono, sin ofrecer ninguna explicación,

---

120- Paul Scheffer, Sieben Jahre Sowjet Union, pp. 158-161.
121- V. Serge, Le Tournant obscur, p. 155.

que su salida había sido aplazada dos días. Nuevas conjeturas, interrumpidas por la llegada de Rakovsky y otros amigos, todos muy excitados. Venían de la estación, donde miles de personas se habían reunido para despedir a Trotsky. Una tormentosa manifestación había tenido lugar en el tren que debía transportarlo. Muchos de los manifestantes se habían tendido en las vías y juraban que no permitirían la salida del tren. La policía trató de levantarlos y de dispersar la multitud; pero las autoridades, viendo el cariz que había tomado la manifestación, ordenaron posponer la deportación. La Oposición se felicitó por el resultado alcanzado y se propuso repetir la manifestación dos días más tarde. La GPU, sin embargo, decidió tomar a la Oposición por sorpresa y secuestrar a su jefe subrepticiamente. El plan consistía en llevarlo a otra estación, sacarlo a otra pequeña estación a las afueras de Moscú y una vez allí depositarlo en el tren con destino al Asia Central. Le dijeron que estuviera listo para el 18 de enero, pero el 17 se presentaron para aprehenderlo. Curiosamente, sus partidarios fallaron en la vigilancia de su domicilio, y cuando los agentes de la GPU llegaron sólo encontraron en el lugar a Trotsky y su esposa, sus dos hijos y dos mujeres, una de las cuales era la viuda de Yoffe.[122]

Entonces se produjo una escena de extraña tragicomedia. Trotsky se encerró y se negó a permitir la entrada de la GPU. Así hacía constar su resistencia pasiva, que era la actitud con que en los viejos tiempos se había enfrentado invariablemente a cualquier policía que tratara de ponerle las manos encima. A través de la puerta cerrada, el prisionero y el oficial encargado de la operación entablaron una conversación. Por último el oficial ordenó a sus hombres que echaran abajo la puerta, y así penetraron en la habitación. Por una extraña coincidencia, el oficial que venía a arrestar a Trotsky hábía prestado servicios en el tren militar de éste durante la guerra civil, como uno de sus guardaespaldas. Enfrentado a su antiguo jefe, el hombre perdió su serenidad y gritó excitado: "¡Dispare contra mí, camarada Trotsky, dispare, usted!" Trotsky lo tranquilizó e incluso lo exhortó a que cumpliera con su deber. A continuación reasumió su actitud de desobediencia y se negó a vestirse. Los hombres armados le quitaron las pantuflas, le calzaron las botas, lo vistieron y, en vista de que se rehusaba a salir del cuarto por sus propios pies, lo cargaron escaleras abajo, entre los gritos y las protestas de la familia de Trotsky y la viuda de Yoffe, que los siguieron. No hubo más testigos, aparte unos cuantos vecinos, altos funcionarios, y sus esposas, que alarmados por la conmoción, se asomaron para ver lo que pasaba y ocultaron rápidamente sus rostros asustados.

El deportado y su familia fueron metidos en un automóvil de la policía que, en seguida, a plena luz del día, recorrió a gran velocidad las calles de Moscú, llevándose sin que nadie se diera cuenta al jefe de la Revolución de Octubre y

122- Mi vida, tomo II, p. 425.

fundador del Ejército Rojo. En la estación de Kazán, adonde lo condujo la escolta, Trotsky se negó a caminar hasta el tren, y los hombres armados lo llevaron a rastras hasta un vagón solitario que lo esperaba en un cruce de vías. La estación estaba rodeada y aislada por la policía, completamente desierta; sólo unos cuantos obreros ferroviarios se movían por los alrededores. Detrás de la escolta entró la familia del deportado. El hijo menor de éste, Serge, cambió bofetadas con un agente de la GPU, y el mayor Liova, trató de llamar la atención de los obreros: "¡Vean, camaradas", gritó, "cómo se llevan al camarada Trotsky!" Los obreros miraron sin expresar ninguna emoción: de sus labios no salió ni siquiera un murmullo de protesta.

Casi treinta años habían pasado desde el momento en que el joven Trotsky vio por primera vez las torres y los muros del Kremlin. Entonces lo llevaban de una cárcel de Odesa a un lugar de deportación en Siberia; y fue a través de las rejas de un vehículo policíaco como le dio su primera mirada a la "aldea de los zares", la futura "capital de la Internacional Comunista". A través de unas rejas similares le daba ahora su última mirada a Moscú, pues nunca más habría de regresar a la ciudad de sus triunfos y sus derrotas. Había entrado en ella como un revolucionario perseguido, y como un revolucionario perseguido la abandonaba.

CAPÍTULO VI

UN AÑO EN ALMA ATA

En una pequeña estación desierta a unos 50 kilómetros de Moscú, el vagón en que Trotsky y su familia habían sido sacados de la capital se detuvo y fue empalmado el tren con destino al Asia Central. Serguei, deseoso de continuar sus estudios, abandonó el tren y regresó a Moscú. Sedova, enferma y afiebrada, y Liova acompañaron a Trotsky al exilio. Una guardia de unos doce hombres les servía de escolta. Desde el pasillo, a través de la puerta entreabierta del compartimiento, un centinela vigilaba al prisionero y a su esposa recostados en los bancos de madera a la débil luz de una vela. El oficial que había dirígido el arresto de Trotsky seguía al mando, y su presencia en el tren era como un grotesco recordatorio de aquel otro tren famoso, el cuartel general móvil del *Predrevvoye*n,[1] en el que había prestado servicios como guardaespaldas de Trotsky. "Estábamos fatigados", recuerda Sedova, "de todas las emociones y sorpresas del viaje, de la incertidumbre y la tensión de espíritu de los últimos días; ahora, descansábamos". Mientras reposaba en la oscuridad o contemplaba la infinita llanura blanca sobre la que el tren avanzaba hacia el este, Trotsky empezó a adaptar su mente a sus nuevas circunstancias. Allí estaba, arrancado del mundo con su tumulto y su fascinación, separado de su trabajo y de su lucha, y aislado de sus partidarios y sus amigos. ¿Qué sucedería ahora? ¿Y qué haría él? Se sobrepuso a su fatiga para hacer algunos apuntes en su diario o para redactar una protesta, pero descubrió, no sin cierta consternación, que había emprendido el viaje "sin útiles de escribir". Eso no le había sucedido nunca, ni siquiera durante su peligrosa huida del remoto norte en 1907. Ahora todo estaba lleno de riesgos: él ni siquiera sabía si Alma Ata seguía siendo el lugar asignado para su destierro. La inseguridad excitó su temperamento desafiante y rebelde. Comentó con su esposa que cuando menos era un consuelo saber que no moriría como un filisteo en una cómoda cama del Kremlin.

Al día siguiente el tren se detuvo en Samara y Trotsky telegrafió una protesta a Kalinin y Menzhinsky, diciendo que nunca durante su larga carrera revolucionaria ninguna policía capitalista lo había tratado en forma tan artera y mendaz como la GPU, que lo había secuestrado sin decirle adónde lo llevaban y que lo había obligado a viajar sin una muda de ropa interior, sin las comodidades elementales y sin medicinas para su esposa enferma.[2] Los hombres de la escolta, sin embargo, eran considerados e incluso amistosos, como lo habían sido los soldados zaristas

---

1- Predrevvoyen: Presidente del Consejo Militar Revolucionario.
2- The Trotsky Archives

que lo escoltaron en 1907 cuando salió al destierro como jefe convicto del Soviet de Petersburgo. En el transcurso del viaje compraron ropa interior, toallas, jabón y otros artículos para la familia, y le llevaron comidas de las estaciones. Su prisionero todavía les inspiraba el mismo temeroso respeto que un Gran Duque, deportado bajo el antiguo régimen, habría inspirado en sus guardianes: todavía, al fin y al cabo, no había ninguna certeza de que Trotsky no volvería a encontrarse dentro de poco en el poder. Y así, cuando el tren llegó a Turkestán, el comandante de la escolta le pidió a su prisionero que le diera un certificado de buena conducta. [3] Durante el viaje, Sermux y Posnansky, los fieles secretarios de Trotsky, habían subido al tren con la esperanza de burlar la vigilancia de la GPU. Tales incidentes sirvieron para romper la monotonía del viaje.

En Pishpek-Frunze [4] el viaje por ferrocarril tocó a su fin. El tramo de carretera de allí a Alma Ata -unos 250 kilómetros- tuvo que ser recorrido en autobús, camión, trineo y a pie, a través de montañas cubiertas de hielo y barridas por los vientos y profundos ventisqueros, con un alto nocturno en una choza abandonada en el desierto. Por fin, después de una semana de viaje, el 25 de enero a las 3 de la mañana el grupo llegó a Alma Ata. El deportado y su familia fueron alojados en una posada llamada "Los Siete Ríos" en la calle de Gogol. La posada "databa de los tiempos de Gogol", y el espíritu del gran satírico que rondaba sobre ella parece haber sugerido a Trotsky muchas de sus observaciones sobre Alma Ata y el estilo de las frecuentes protestas que habría de enviar desde allí a Moscú.

A fines de la década de los veintes, Alma Ata era todavía una pequeña ciudad de carácter totalmente oriental. Aunque famosa por sus bellos jardines y huertas, era un recoveco kirguiziano, lleno de barrios pobres y adormilado, tocado apenas por la civilización y expuesto a terremotos, inundaciones, heladas y abrasadoras ondas cálidas. Estas últimas traían consigo densas tolvaneras, paludismo y plagas de sabandijas. La ciudad estaba destinada a ser el centro administrativo de Kazajstán, pero la administración republicana apenas empezaba a formarse. Mientras tanto, los funcionarios requisaban todos los alojamientos disponibles, y los barrios pobres estaban más superpoblados que de costumbre. "En el centro, a lo largo de la plaza, toda sucia, sentados delante de las tiendas, tomaban el sol los kirguises, tentándose el cuerpo en busca de insectos".[5] La lepra no era desconocida, y durante el verano que Trotsky pasó en Alma Ata los animales fueron atacados por la peste y los perros rabiosos corrían aullando por las calles.

Ese mismo año la vida en Alma Ata se hizo más miserable aún debido

3- El texto del certificado ibid.

4- La ciudad de Pishpek acababa de ser rebautizada en honor de Frunzo, el sucesor de Trotsky como Comisario de la Guerra.

5- Mi vida, tomo II. p. 439.

a la continua escasez de pan. En el término de unos cuantos meses después de la llegada de Trotsky, el precio del pan se triplicó. Largas colas se formaban frente a las pocas panaderías. Otros alimentos escaseaban más aún. No había servicio regular de transportes. El correo era errático y el Soviet local trató de regularizarlo con la ayuda de empresarios privados. Lo sombrío del lugar y la impotencia y pobreza mental de los caciques locales están bien ilustrados en el siguiente fragmento de la correspondencia de Trotsky: "El otro día el periódico local escribió: 'En la ciudad funcionan rumores de que no va a haber pan, mientras llegan numerosas carretas cargadas de pan'. Las carretas en realidad están llegando, pero entretanto los rumores funcionan, el paludismo funciona, pero el pan no funciona."

Aquí, pues, habría de vivir Trotsky. Stalin estaba decidido a mantenerlo tan lejos de Moscú como fuera posible y a reducirlo a sus propios recursos. Los dos secretarios de Trotsky fueron arrestados, uno mientras viajaba desde Moscú y el otro en Alma Ata. y deportados a otros lugares. Por el momento, sin embargo, Stalin parecía no tener otros designios en relación con su enemigo, y la GPU todavía trataba a Trotsky con una consideración que habría sido inconcebible más tarde. Se encargó de hacerle llegar su enorme biblioteca y sus archivos, que contenían importantes documentos de Estado y del Partido, enviándolos en un camión que llegó a Alma Ata poco después. Trotsky protestó ante Kalinin, Ordzhonikidze y Menzhinsky por las condiciones que le habían impuesto, exigiendo mejor alojamiento, el derecho a ir de cacería e incluso que le mandaran su perro desde Moscú. Se quejó de que lo mantenían en la posada de la calle Gogol sólo porque así le convenía a la GPU y de que su destierro era un encarcelamiento virtual. "Lo mismo podían ustedes haberme encarcelado en Moscú; no había necesidad de deportarme, a 4.000 verstas de distancia".[6] La protesta surtió efecto. Tres semanas después de su llegada le dieron un departamento de cuatro piezas en el centro de la ciudad, en el número 75 de la calle Krasin. llamada así en honor de su amigo fallecido; y le permitieron hacer excursiones de cacería. Envió nuevos telegramas sarcásticos a Moscú, haciendo exigencias, algunas serias, otras triviales, y mezclando pequeñas disputas con grandes controversias. "Maya, mi consentida (Maya era su perra favorita)", le escribió a un amigo, "no sospecha siquiera que se encuentra ahora en el centro de una gran lucha política." Se negaba, por decirlo así a considerarse cautivo, y sus victimarios hicieron un despliegue de benevolencia.

Trotsky parecía ahora casi apacible, después de tantos años de trabajo y tensión incesantes. Así, inesperada y extrañamente, los primeros meses de su permanencia en Alma Ata estuvieron rodeados de una atmósfera cuasi-idílica. La estepa y la montaña, el rio y el lago volvieron a atraerlo

6- De una protesta enviada a principios de febrero. The. Trotsky Archives.

como nunca desde su infancia. La caza lo seducía, y en su voluminosa correspondencia los razonamientos y los consejos políticos están entremezclados a menudo con poéticas descripciones del paisaje y con humorísticos relatos de sus excursiones de cacería. En un principio se le negó autorización para salir de Alma Ata. Después se le permitió cazar, pero no a una distancia mayor de veinticinco verstas de la ciudad. Trotsky le telegrafió a Menzhinsky que haría caso omiso de la restricción porque en el perímetro prescrito no había más que caza menor, que a él no le interesaba; era preciso que se le autorizara a alejarse cuando menos setenta verstas, y que Moscú informara sobre esto a la GPU local para evitar dificultades. Trotsky fue hasta donde quería v no hubo dificultades. A continuación protestó ante el jefe de la GPU local porque era seguido en forma ruda y conspicua por los policías, y declaró estar dispuesto a "declararse en huelga" y dejar de cazar, a menos que esa forma de vigilancia policíaca fuera ordenada directamente por Moscú, en cuyo caso él comprendería la posición de la GPU local y retiraría su protesta. La vigilancia se hizo menos estricta y conspicua.

Trotsky había empezado a cazar desde su llegada y continuó haciéndolo mientras duró la migración primaveral de los animales a lo largo del río Ili. Algunas de las excursiones duraban hasta diez días y eran fatigosas y estimulantes. En las cartas a sus amigos describió orgullosamente sus triunfos de cazador. En un principio pernoctaba en chozas de adobe kirguisianas o en yurlas plagadas de insectos, durmiendo en el suelo junto a una docena de nativos, hirviendo agua sucia para preparar té y conteniendo a duras penas las náuseas. "La próxima vez", anunció, "dormiré al aire libre y obligaré a todos mis compañeros a hacer lo mismo".[7] La próxima vez, en efecto -y era a fines de marzo-, el grupo de cazadores permaneció a la intemperie nueve días con sus noches, con temperatura de helada. En una ocasión, cruzando un río a caballo, Trotsky resbaló de la silla y cayó al agua. Las piezas cobradas no fueron muchas: "unos cuarenta patos en total". Cierto era, le escribió a los amigos, que más lejos junto al lago Baljash, podían encontrarse presas mayores, incluidos leopardos de nieve y tigres: pero "he decidido firmar un pacto de no agresión con los tigres". "Disfruté enormemente... esta recaída temporal en la barbarie. No se viven a menudo experiencias como la de pasar nueve días con sus noches a la intemperie, sin tener que lavarse, vestirse y desvestirse. comiendo venado cocinado en una paila, cayendo en el río desde un caballo (ésta fue la única vez que tuve que desvestirme) y pasando días y noches sobre un pequeño tronco en medio del agua, las piedras y las cañas".[8] Terminada la temporada de caza,

---

7- The Trotsky Archives

8- De una carta fechada el lo. de abril de 1928 (sin destinatario), en The Trotsky Archives.

comenzó la de pesca; y entonces la propia Natalia Ivanovna se unió al grupo, aunque la pesca no era ningún placentero fin de semana como el que disfruta un habitante de la ciudad jugando con sus avíos de deportista, pues cada excursión era una prolongada y ardua tarea con grandes botes, cargas pesadas y difíciles maniobras de navegación.

A principios de junio, cuando las ondas cálidas se hicieron sentir en Alma Ata, la familia se mudó a una dacha en las estribaciones de las montañas en las afueras de la población, donde habían alquilado una alquería con techo de paja rodeada por un gran huerto de manzanos. Desde la casa podían ver la ciudad a sus pies, la estepa hacia un lado, en la distancia, y hacia el otro las sierras nevadas. Cuando caían los, pesados aguaceros, el techo de paja goteaba y todos corrían al desván, con pailas, vasijas y cacerolas. En el huerto se construyó una choza de madera que hacía las veces de estudio y taller de Trotsky. Pronto se vio atestada de libros, periódicos y manuscritos; y el teclear de una vieja máquina de escribir resonó por todo el huerto. Desde su mesa de trabajo Trotsky observó cómo un arbusto se abría paso a través de una hendidura en el piso de la choza y en poco tiempo alcanzaba sus rodillas. Todo esto subrayaba el "carácter efímero" de la residencia, pero era un alivio haber escapado de la ciudad, donde ahora la gente, en medio de las tolvaneras, perseguía v mataba a tiros a los perros rabiosos en las calles. Durante los primeros meses, tanto Trotsky como Sedova habían sido atacados por el paludismo y habían vivido a base de una "dieta de quinina"; ahora los accesos de fiebre casi habían cesado.[9]

El deportado tenía que ganarse la vida. Cierto era que recibía una pensión oficial, pero la suma era una friolera y, aunque la familia era pequeña y sus necesidades muy modestas, la pensión no bastaba para hacer frente a los precios cada vez más elevados de los alimentos. La Gosizdat, o Editorial del Estado, acababa de suspender la publicación de las Obras de Trotsky. de las que hasta entonces habían aparecido trece volúmenes. Éstos habían sido desterrados ya de las librerías y las bibliotecas públicas. La cabeza de Trotsky estaba llena de nuevos proyectos literarios. Pensó en escribir un estudio sobre la revolución en Asia y reunió un número considerable de obras de consulta sobre China y la India. En otro libro planeaba resumir el desarrollo de los acontecimientos en Rusia y el mundo a partir de la Revolución de Octubre. Inmediatamente después de su llegada a Alma Ata se puso a trabajar en una enunciación detallada de los principios de la Oposición, que habría de ser presentada al VI Congreso de la Internacional Comunista, convocado para el verano. Sus amigos, especialmente Preobrazhensky, lo instaron a que escribiera sus memorias. En abril ya estaba trabajando en ellas, rememorando, con la ayuda de viejos periódicos del sur y mapas de Nikoláiev y Odesa, la imagen de

9- Véase la carta de Trotsky a Rakovsky fechada el 14 de julio. Ibid.

su infancia y su juventud con que habría de comenzar Mi vida.

Ninguno de estos escritos, sin embargo, podía proporcionarle ingresos, pues no había posibilidad de que fueran publicados. Sin embargo, aun un hombre deportado bajo el artículo 58, por "actividades contrarrevolucionarias", podía seguir ganándose la vida como traductor, sub-editor y corrector de pruebas. Cuando resultó que los autores que se le permitiría traducir, o cuyas obras traducidas él había de revisar, eran Marx y Engels, Trotsky aceptó el trabajo con entusiasmo. Riazánov, su viejo amigo, que entonces era Director del Instituto Marx-Engels en Moscú, estaba preparando la edición completa en ruso de las Obras de Marx y Engels; y 1e pidió a Trotsky que tradujera Herr Vogt. En este extenso y poco conocido texto polémico, Marx había replicado a las calumnias de que le había hecho objeto Karl Bogt, quien, según se descubrió más tarde, era un agente de Napoleón III. AI leer esta andanada por primera vez, Trotsky comentó que si Marx había necesitado varios centenares de páginas para refutar las acusaciones de Bogt, a su traductor le haría falta "toda una enciclopedia" para refutar las calumnias de Stalin. Riazánov 1e pidió a continuación que revisara las traducciones y corrigiera las pruebas de los demás volúmenes de Marx y Engels, cosa que él hizo.[10]

La correspondencia de Trotsky con Riazánov pone de manifiesto la modestia y la meticulosidad con que el primero se aplicó al trabajo: en ella aparecen críticas detalladas, casi pedantes, del estilo de las traducciones y minuciosas sugestiones para mejorarlo. La correspondencia es totalmente apolítica y rigurosamente profesional. No hay ninguna alusión irónica por parte de Trotsky a la única ocupación remunerada que quedaba disponible para él en la Unión Soviética. Los honorarios que le pagaba Riazánov satisfacían las necesidades de la familia y cubrían los gastos de la enorme correspondencia de Trotsky.[11]

Desde el momento de su llegada a Alma Ata, Trotsky trabajó intensamente para establecer contactos con sus amigos y partidarios dispersos por todo el país y reducidos al aislamiento y el silencio. En un principio esto sólo podía hacerse por medio del correo normal, y era necesario hacerlo bajo las condiciones más primitivas, cuando a veces era una hazaña conseguir una pluma, un lápiz, unas cuantas hojas de papel de estraza o unas pocas velas. Su hijo Liova vino a ser su "ministro de relaciones exteriores" y su "ministro de comunicaciones", guardaespaldas, ayudante de investigaciones, secretario y organizador de excursiones de caza. Con su ayuda empezó a fluir desde Alma Ata, en todas direcciones, una co-

10- En una de sus cartas Trotsky mencionó que también estaba traduciendo los escritos de Thomas Hodgkin. "el socialista utópico inglés".

11- Entre abril y octubre de 1928 Trotsky envió 800 cartas políticas, muchas de ellas tan largas como un ensayo, y 550 telegramas; y recibió 1.000 cartas y 700 telegramas. sin contar su correspondencia privada.

rriente constante de cartas y circulares. Dos o tres veces por semana un cartero inválido que viajaba a caballo traía el saco del correo repleto de cartas, recortes de periódicos e incluso, posteriormente, de libros y periódicos extranjeros. La censura y la GPU, indudablemente, vigilaban la correspondencia. Ésta, en su mayor parte, iba dirigida a Rakovsky, que había sido deportado a Astrakán; a Rádek, que estaba en Tobolsk; a Preobrazhensky, exiliado en Uralsk; a Smilgá, que se encontraba en Narym; a Beloborodov. desterrado en Ust-Kylom, en los confines septentrionales de la República de Komi; a Serebriakov, que estaba en Semipalatinsk, en el Asia Central; a Murálov, en Tara; a Iván Smirnov en Novo-Bayazet, Armenia; y a Mrachkovsky en Voronczh. Menos sistemáticamente, Trotsky sostenía correspondencia con muchísimos otros oposicionistas. Más tarde ese mismo año le relató a Sosnovsky [12] que mantenía un contacto más o menos regular con todas las principales colonias de exiliados en Siberia y el Asia Soviética en general, con Barnaul, Kaminsk, Minussinsk, Tomsk, Kolpashevo, Yenisseisk, Novosibirsk, Kansk, Achinsk, Aktiubinsk, Tashkent, Samarcanda, etc. Con las colonias en la Rusia europea se comunicaba a través de Rakovsky, quien desde Astrakán estaba encargado de los centros de la Oposición a lo largo del Volga del sur y en la Crimea, y a través de Mrachkovsky, quien desde Voronezh se mantenía en contacto con las colonias del norte. En los lugares donde había grandes centros de exiliados, las cartas y las circulares eran copiadas y remitidas a las colonias menos importantes. Desde abril empezó a funcionar un servicio postal secreto entre Alma Ata y Moscú que entregaba y recogía correspondencia una vez cada dos o tres semanas.

En esta forma los grupos de exiliados, que crecían constantemente en número de miembros y en tamaño, formaron una comunidad con su propia intensa vida política. Trotsky era el inspirador, organizador y símbolo de la Oposición en el exilio. El estado de ánimo de los deportados distaba de haberse normalizado. Algunos se sentían desconcertados por lo que acababa de suceder. Otros veían la persecución a que estaban sometidos como apenas algo más que una broma pesada. La mayoría, en un principio, pareció estar convencida de que el triunfo de Stalin sería efímero y que los acontecimientos no tardarían en reinvindicar a la Oposición, de tal suerte que sus partidarios regresarían del exilio para ser aclamados por su previsión, su valor y su fidelidad al marxismo y al leninismo.

Dado que las condiciones en que se encontraban, con todo y ser dolorosas y humillantes, no eran todavía aplastantemente opresivas, los oposicionistas volvieron a una forma de existencia que habían conocido bien antes de la revolución. La tarea de los prisioneros y los exiliados políticos consistía en aprovechar su ocio obligado para aclarar sus ideas, estudiar y prepararse para el día en que tuvieran

12- Carta del 7 de noviembre, en The Trotsky Archives.

que volver a asumir los deberes de la lucha directa o las responsabilidades del gobierno. Para ese tipo de trabajo las condiciones parecían propicias. En muchas colonias había hombres cultos, teóricos brillantes y escritores talentosos para quienes sus camaradas constituían un auditorio selecto. Intensos intercambios de ideas ayudaban a mantener la disciplina voluntaria y la integridad personal. Desde Alma Ata Trotsky seguía con interés ese intercambio y lo estimulaba, citando, en las cartas a sus amigos, la máxima de Goethe de que, en los asuntos intelectuales y morales, para conservar lo que se posee es necesario conquistarlo cada vez de nueva cuenta. Así las colonias se convirtieron en centros de importante actividad intelectual y literario-política. Además de los memorándums y las "tesis" sobre las cuestiones del momento, que proliferaban libremente, se emprendieron obras capitales. Rádek empezó a escribir una extensa biografía de Lenin; Rakovsky trabajaba en una Vida de Saint Simón y sobre los orígenes del socialismo utópico; Preobrazhensky escribió y completó libros sobre la economía soviética y la economía de la Europa medieval; Smilgá comenzó a escribir un libro sobre Bujarin y su escuela de pensamiento; Dingelstedt produjo ensayos sobre la estructura social de la India; y así por el estilo. Sin embargo, estás empresas intelectuales, valiosas como eran, no podían proporcionar una respuesta directa a la pregunta que ocupaba el primer plano en los pensamientos de los deportados y que los acontecimientos habrían de plantear nuevamente: ¿Ahora qué?

Aun en los remotos confines de Siberia y el Asia Central se dejó sentir el impacto de una nueva crisis social antes de terminar el invierno. La crisis se había venido gestando durante mucho tiempo y había alcanzado su punto de peligro en el otoño, justamente antes de la deportación de los oposicionistas. Los graneros del Estado estaban medio vacíos, el hambre amenazaba a la población urbana y ni siquiera se sabía con certeza si las fuerzas armadas podrían ser avitualladas. Colas interminables se formaban frente a las panaderías y los repetidos aumentos en el precio del pan, observados por Trotsky en Alma Ata, ocurrían en toda la Unión Soviética.

Sin embargo, a primera vista, la situación agrícola no era mala. Se había sembrado casi tanta tierra como en los mejores tiempos y se habían recogido tres cosechas excelentes en forma sucesiva. Pero una vez más el "vínculo" entre la ciudad y el campo se había roto. Los campesinos se negaban a entregar pan y a venderlo a precios fijos. Las recolecciones de granos se vieron acompañadas de motines: los recolectores oficiales eran expulsados de las aldeas y regresaban a las ciudades con las manos vacías. El campesinado tenía poco o ningún incentivo para entregar o vender sus productos cuando, ahora al igual que antes, no podía obtener a cambio de ellos ropa, calzado, implementos agrícolas y otros productos industriales. Los campesinos exigían un aumento exorbitante en el precio del trigo; y, al clamar por

esto, seguían más claramente que nunca las orientaciones de los agricultores ricos.

En el Politburó, los bujarinistas y los stalinistas chocaron en relación con este problema en el momento mismo en que se unían para expulsar a los trotskistas y aplastar a los zinovievistas. Los bujarinistas deseaban apaciguar al campesinado con concesiones, mientras que los stalinistas se inclinaban, aunque todavía no se decidían, a recurrir a la fuerza. En las primeras semanas de enero, diez días antes del destierro de Trotsky, el Politburó tuvo que llegar a una decisión sobre el curso que habría de seguir la recolección de granos, e indudablemente la nerviosidad causada por la situación en el país lo movió a acelerar la deportación de Trotsky. El 6 de enero el Politburó ordenó secretamente a las organizaciones del Partido que procedieran con mayor severidad contra los campesinos que obstruyeran la recolección de granos, que obligaran a los productores agrícolas a hacer "préstamos de pan" al Estado, que resistieran con firmeza las demandas de precios más altos para los alimentos y que vigilaran de cerca a los kulaks. Las órdenes no dieron resultados, y cinco semanas después el Politburó tuvo que repetirlas con mayor énfasis y menos secreto.

A mediados de febrero Pravda dio la voz de alarma: "¡El kulak ha levantado la cabeza!" Finalmente, en abril, el Comité Central declaró con brusquedad, como si les hubiese tomado prestadas sus palabras a los trotskistas y a los zinovievistas que la nación estaba amenazada por una grave crisis, y que la amenaza había sido creada por "el crecimiento del poder económico de los kulaks" que la política fiscal del gobierno no había logrado mantener a raya. "En conexión con la intensificada diferenciación entre el campesinado, los kulaks, cuya fuerza económica se hace cada vez mayor... han adquirido el poder de ejercer una influencia considerable sobre el estado general del mercado".[13] Sin embargo, el Partido, decía el Comité Central, había sido y seguía siendo negligente frente a esa situación. Se decretaron medidas de emergencia bajo las cuales los kulaks tendrían que hacer préstamos forzosos encaminados a reducir su poder adquisitivo, se requisarían existencias de granos, se pondría en vigor el precio fijo del pan, y, por último, los funcionarios y miembros del Partido inclinados a tratar al kulak con indulgencia serían relevados de sus puestos. Estas decisiones no fueron presentadas como una rectificación de la política aceptada, sino como medidas ad hoc destinadas a resolver dificultades inesperadas. Las resoluciones del Comité Central no contenían ninguna alusión a la "colectivización en masa"; tal idea, por el contrario, era rechazada enfáticamente. Sin embargo, la manera como el Comité Central explicaba la situación crítica y su insistencia en el peligro que representaban el kulak y la falta de acción del Partido para contrarrestarlo, indicaban ya un cambio fundamental de política. Dentro del

13- KPSS v Rezolutsiaj, vol. II, p. 373.

Politburó, los stalinistas iban ganando preponderancia. Al obtener poderes para fortalecer la posición del Partido contra el kulak, Stalin había fortalecido su propia posición contra los bujarinistas; estaba en libertad de eliminar a éstos de muchos puestos en los niveles superiores y medios de la administración y del aparato del Partido.

La primera reacción de los trotskistas deportados frente a estos acontecimientos fue de regocijo, ironía y hasta entusiasmo. ¿No habían quedado confirmadas las predicciones de la Oposición?, preguntaron. ¿No se estaba viendo obligado Stalin a adoptar una "línea de izquierda", como la que había preconizado la Oposición? ¿Cómo podía el Partido dejar de darse cuenta ahora de quién había tenido razón y quién se había equivocado en la gran controversia de los últimos años? La mayoría de los oposicionistas se felicitaron, confiados cada vez más en que volverían a ser llamados a desempeñar su papel en la superación de la crisis y en la rectificación de la política bolchevique. Trotsky también, en su correspondencia, se refirió a la previsión de la Oposición y dio muestras de sentirse esperanzado, aunque no compartía el optimismo de sus partidarios más entusiasmados.[14]

A medida que transcurrieron las semanas y se desarrolló el "viraje a la izquierda", el estado de ánimo de autofelicitación en las colonias dio paso a la inquietud y a los exámenes de conciencia. El giro que habían tomado los acontecimientos pareció poner en entredicho algunos de los principales supuestos y predicciones de la Oposición, especialmente su valoración de las corrientes políticas dentro del Partido. ¿Tuvimos razón, empezaron a preguntarse algunos trotskistas, al denunciar a Stalin como el protector del kulak? ¿Estuvimos justificados al decir que, una vez denotada la Oposición de izquierda, el equilibrio interno del Partido se alteraría a tal grado que la derecha bujarinista se consolidaría y barrería al centro stalinista? ¿No sobrestimamos la fuerza de los elementos conservadores en el Partido? La facción stalinista, lejos de haber sido abrumada, empezaba a abrumar a la derecha: ¿no exageramos nuestros gritos de Casandra acerca del peligro de un Termidor? ¿Y no fuimos demasiado lejos, en términos generales, en nuestra lucha contra Stalin? La gran mayoría de los deportados ni siquiera admitían tales dudas en su mente. Pero una minoría planteaba estas interrogantes con insistencia cada vez mayor; y cada interrogante planteada acarreaba otras que ponían en tela de juicio más y más puntos del programa y la actividad de la Oposición. Las respuestas variaban

14- Véase, por ejemplo, su carta a Sosnovsky del 5 de marzo de 1928, en The Trotsky Archives. Entre otras cosas recuerda allí las acusaciones de derrotismo que se le hicieron después que el dijo que una buena cosecha, bajo el régimen de Stalin y Bujarin, podría fortalecer al kulak tanto como una mala cosecha. Ahora Pravda, descubriendo súbitaxnente la fuerza del kulak, se refería a las tres últimas cosechas abundantes "como si hubiesen sido tres terremotos".

según el grado de seriedad que la Oposición concedía al viraje a la izquierda de Stalin. Todavía era posible considerar la acción de Stalin contra el kulak como una maniobra táctica incidental que no le impediría necesariamente reanudar la política pro-kulak. Esto era, en verdad, lo que pensaba la mayoría de los oposicionistas. Pero unos cuantos estaban convencidos ya de la seriedad del viraje a la izquierda, lo veían como el comienzo de una profunda transformación y reflexionaban con inquietud sobre las perspectivas de la Oposición. ¿Cómo podía la Oposición, preguntaban, mantenerse como un espectador pasivo mientras el Partido emprendía una peligrosa lucha contra los elementos capitalistas y cuasi-capitalistas en la nación, la lucha a que lo había exhortado la Oposición?

La Oposición había fundado a tal punto su propia acción en la idea de que, en todos los asuntos vitales, el ala derecha desempeñaba el papel dirigente y de que la facción stalinista, débil y vacilante, la seguía como una sombra, que el ataque inicial o preliminar de Stalin contra el kulak sacudió la tierra bajo sus pies. Aún en diciembre, durante el XV Congreso, Zinóviev y Kámenev habían justificado su capitulación mediante el argumento de que Stalin estaba en vías de emprender un viraje a la izquierda. Poco después, dos trotskistas eminentes, Piatakov y Antónov-Ovseienko, siguieron ese ejemplo y anunciaron su rompimiento con Trotsky. Ellos habían sido los jefes más audaces y enérgicos de la Oposición de 1923, sólo habían participado con cierta renuencia en la lucha de los últimos años, y ahora justificaban su capitulación alegando que Stalin estaba poniendo en práctica el programa de la Oposición. Los deportados en un principio recibieron la defección de Piatakov y Antónov-Ovseienko con el desprecio y el escarnio que se les reservaba a los renegados; pero los argumentos de ambos no dejaron de causar cierta impresión y de estimular las dudas íntimas.

A principios de mayo, Trotsky todavía sabía poco o nada acerca del nuevo fermento entre los exiliados; y les envió una carta en la que enunciaba sus opiniones. [15] Declaraba que el viraje de Stalin a la izquierda señalaba el comienzo de un cambio importante. La Oposición, decía, tenía todo derecho a considerarse con orgullo como la inspiradora y auspiciadora de la nueva política. Cierto era que el orgullo debía estar teñido de tristeza cuando los oposicionistas reflexionaban sobre el precio que habían tenido que pagar por su triunfo vicario. Sin embargo, a los revolucionarios en más de una ocasión les había tocado en suerte obligar a otros, incluso a sus enemigos, al precio de grandes o trágicos sacrificios, a cumplir partes de un programa revolucionario. Así, por ejemplo, la Comuna de París había sido ahogada en sangre pero triunfó sobre sus verdugos, pues éstos tuvieron que cumplir una parte de su programa: aunque la Comuna fracasó como revolución

15- Véase su carta circular del 9 de mayo, en The Trotsy Archives.

proletaria, hizo imposible la restauración de la monarquía en Francia y aseguró cuando menos el establecimiento de una república' parlamentaria. Ésa podría ser, *mutatis mutandís*, la relación de la Oposición con el viraje de Stalin a la izquierda: la Oposición podría ser derrotada, tal vez no vería puesto en práctica su programa completo, pero cuando menos su lucha había hecho imposible que el grupo gobernante continuara su retirada frente a los elementos capitalistas e inaugurara una neo-NEP.

¿Qué debía hacer la Oposición? Estamos en el deber, replicaba Trotsky, de apoyar críticamente el viraje de Stalin a la izquierda. Bajo ninguna circunstancia debemos hacer causa común con Bujarin y Ríkov contra dicho viraje. Debemos, por el contrario, alentar al vacilante centro stalinista a que rompa definitivamente con la derecha y haga causa común con la izquierda. Una alianza entre la Oposición y sus victimarios stalinistas contra los defensores del kulak no debía descartarse, aun cuando la posibilidad era remota. La Oposición, ahora más que nunca, debía hacer presión en favor de la libertad dentro del Partido; y "el viraje a la izquierda facilita la lucha en favor de la democracia proletaria". Al razonar así, Trotsky era lógicamente consecuente consigo mismo: él había sostenido, desde 1923, que la principal "función" del régimen stalinista era la de defender contra los obreros a una burocracia que protegía al kulak y al nuevo rico de la NEP. Era natural, pues, que ahora llegara a la conclusión de que, una vez que esa burocracia hubiera dejado de proteger al kulak y al nuevo rico de la NEP, se acercara más a la clase obrera, buscara la reconciliación con los portavoces de ésta y les devolviera la libertad de expresión. Tanto más, por consiguiente, debía la Oposición, incluso mientras apoyaba el viraje a la izquierda, oponer resistencia a la opresión stalinista y prevenir al Partido de que mientras ésta persistiera no habría garantías de que Stalin continuaría la nueva política y no cedería una vez más ante el kulak. Trotsky admitía que ésta era una "actitud dual" difícil de adoptar, pero sostenía que era la única actitud justificada en las circunstancias del momento. Piatakov ya había descrito las opiniones de Trotsky como "contradictorias". "Pero todas las contradicciones", replicaba Trotsky, "desaparecen en un hombre que (como Piatakov) se lanza a un río con intención suicida".

La concepción de Trotsky tenía toda la flexibilidad dialéctica que la ambigua situación exigía de él. Consideraba la campaña de Stalin contra el kulak como un acontecimiento preñado de esperanzas, e insistía tanto más firmemente en la necesidad de la libertad de crítica y discusión como la principal garantía de la validez de la nueva política. No le ofrecía a la Oposición ninguna brasa que arrimar a su sardina, sólo principios que defender. Cuando su enemigo le arrebató otra bandera, reconoció la bandera como suya y exhortó a sus seguidores a apoyar a su enemigo en una empresa que ellos habían considerado necesaria. Pero todavía

le quedaban muchas otras banderas, y no iba a tirarlas. En cuanto a las perspectivas de la Oposición, Trotsky eludía los extremos del optimismo y del pesimismo: era posible que los acontecimientos obligaran a los stalinistas a buscar la reconciliación con la Oposición, y en ese caso la Oposición recobraría el liderato moral y político; pero la Oposición debía estar dispuesta a compartir la suerte de la Comuna de París y, a través de su martirio, llevar adelante la causa del socialismo y el progreso.

El hecho de que Trotsky viera con actitud favorable el viraje de Stalin a la izquierda y reconociera su significación positiva causó una fuerte impresión, incluso de asombro, entre sus seguidores. Vino a reforzar los argumentos de quienes entre ellos habían empezado a criticar el historial de la Oposición. Si Trotsky tenía razón ahora, se dijeron, ¿no se había equivocado anteriormente al dar voces de alarma sobre el peligro termidoriano? ¿No había estimado erróneamente la política de Stalin? ¿Y actuaría correctamente la Oposición al consolarse con la idea de que la historia la reivindicaría del mismo modo que había reivindicado a la Comuna de París? ¿No deberían los trotskistas cooperar en la tremenda lucha contra la propiedad privada que tenía lugar en el país, ayudando así a hacer la historia en lugar de contar pasivamente con el veredicto anticipado de ésta? La posteridad bien podía exaltar el martirio de los comuneros, pero éstos no lucharon por la gloria del martirio, sino por objetivos que consideraban prácticos y a su alcance.

Tales razonamientos reflejaban un dilema inherente a la actitud trotskista; y la frustración producía amargura. El exilio, la inactividad forzosa y las dudas mortificantes agobiaban a los hombres vigorosos y de convicciones firmes que habían hecho una revolución, librado guerras civiles y construido un nuevo Estado. Verse expulsados del Partido al que habían dedicado sus vidas, por el que habían languidecido en las cárceles zaristas y en el que aún veían la más alta esperanza de la humanidad, era una carga bastante pesada de por sí. La carga se hacía insoportable cuando ellos se daban cuenta de que algunas de las diferencias fundamentales que los habían separado de los stalinistas se esfumaban y que el Partido empezaba a hacer lo que ellos habían deseado tan ardientemente que hiciera. A un luchador revolucionario no le resulta tan difícil sufrir derrotas, privaciones y humillaciones mientras sepa claramente qué es lo que defiende y que su causa depende exclusivamente de lo que él y sus camaradas hagan por ella. Pero aun el luchador más curtido se descorazona en una situación paradójica cuando ve que su victimario abraza su causa o una parte importante de ella. Su causa ya no parece depender de que él luche por ella o no. La lucha misma, súbitamente, parece carecer de propósito, y la persecución a que él se ha expuesto parece perder sentido. El perseguido empieza a dudar de que sea justificado considerar a su victimario como un enemigo.

Stalin tenía un conocimiento frío y agudo de la mente conturbada de la Oposición:

pero él también tenía sus dilemas. Cualquier apoyo trotskista a su viraje a la izquierda era útil, pero la ayuda trotskista le inspiraba temor. Con vacilaciones y dudas, empujado por las circunstancias, estaba tomando un camino desconocido y peligroso. Corría el riesgo de un grave conflicto con el campesinado. No midió ni podía medir de antemano el alcance y la violencia de la resistencia con que tropezaría. Se había vuelto cautelosamente en contra de sus antiguos aliados, los bujarinistas, cuya popularidad e influencia él no menospreciaba. No sabía cuán lejos podría llevarlo esta nueva lucha y qué nuevos peligros podría crearle. Al igual que Trotsky, no descartaba la posibilidad de que en una situación sumamente crítica tuviera que buscar una alianza con la Oposición de izquierda. Pero él también comprendía que eso representaría el triunfo de Trotsky, y estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en su poder para derrotar a los bujarinistas sin tener que recurrir a la reconciliación con Trotsky. Tenía razones para temer que la fuerza de su propia facción resultara insuficiente para este fin y que sus seguidores no fueran capaces de manejar ellos solos el aparato estatal y de hacer funcionar la industria y las finanzas nacionalizadas en la nueva y difícil fase de la expansión acelerada. Los stalinistas eran, primordialmente, hombres del aparato del Partido. Los teóricos, formuladores de línea política, economistas, administradores industriales, expertos fiscales y agrícolas y los hombres de talento político se encontraban en las filas de los trotskistas, los bujarinistas y los zinovievistas. Stalin necesitaba la ayuda de hombres capaces que estuvieran deseosos de poner en práctica una política anti-kulak y que lo hicieran con convicción y entusiasmo. Esos hombres podía encontrarlos en la Oposición de izquierda. Se decidió, por consiguiente, a atraerse a cuantos trotskistas y zinovievistas talentosos pudiera sin ceder terreno ante Trotsky y Zinóviev. Se acercó a los trotskistas a espaldas de Trotsky. Por mediación de sus agentes intentó seducirlos con su viraje a la izquierda y trató de convencerlos de que su oposición a él había perdido todo sentido. En un principio los deportados rechazaron casi unánimemente los acercamientos, pero éstos cayeron en terreno fértil. En algunos de los seguidores de Trotsky intensificaron las dudas y la inclinación a revisar el historial de la Oposición con actitud desilusionada.

Trotsky cobró conciencia de estos hechos sólo a mediados de mayo. Beloborodov le había enviado un informe sobre las discusiones en las colonias. Otro trotskista, que aún trabajaba en el servicio diplomático de Stalin, le comunicó desde Berlín el presunto plan de acción de Stalin. Según este corresponsal, Stalin abrigaba la esperanza de mejorar su difícil posición induciendo a influyentes oposicionistas desterrados a que se retractaran. Con su ayuda esperaba llevar a la práctica el viraje a la izquierda y darle el golpe de gracia a Trotsky. Incluso había aplazado la iniciación definitiva del viraje a la izquierda hasta que se hubiese asegurado la capitulación de muchos trotskistas importantes. Todo dependía ahora de que

tuviera éxito en esta empresa. Si la Oposición lograba frustrarlo, si no se veía debilitada por las defecciones y si resistía cuando menos hasta el otoño, cuando Stalin descubriría que su propia facción era incapaz de afrontar las dificultades, entonces la Oposición tendría todas las oportunidades de recuperar la iniciativa y volver al poder. Pero si Stalin lograba minar la moral de la Oposición y si los capituladores trotskistas acudían en su auxilio, entonces se sostendría en el poder, aplastaría a los bujarinistas y llevaría adelante el viraje a la izquierda sin tener que hacer las paces con Trotsky y los partidarios impenitentes de éste. El corresponsal temía que Stalin estuviera a punto de salirse con la suya: la moral de la Oposición estaba peligrosamente quebrantada y eran muchos los oposicionistas que se sentían dispuestos a poner fin a la lucha.[16]

Trotsky. según parece, no creía que la moral de la Oposición estuviese tan minada. Había habido muy pocas capitulaciones entre los deportados. Un caso notorio fue el de Safárov, el antiguo dirigente de la Komsomol, quien firmó una fórmula de retractación y fue llamado a Moscú. Sin embargo, el caso de Safárov era excepcional en cuanto que él no era trotskista. Había pertenecido a la facción de Zinóviev, pero en un principio se negó a capitular junto con su jefe, se fue al exilio con los trotskistas y sólo posteriormente, al reconsiderar su actitud, capituló. Su conducta, al parecer, no tenía relación con el estado de ánimo prevaleciente entre los trotskistas. Y sin embargo, cuando Safárov intentó justificarse, expresó algo que tocó una fibra en ellos también: "¡Ahora todo se va a hacer sin nosotros!", exclamó. "Todo" significaba la campaña contra el kulak y el nuevo rico de la NEP, la expansión del sector socialista de la economía, la industrialización acelerada y tal vez la colectivización de la agricultura, pues todos estos aspectos del viraje a la izquierda estaban ligados entre sí. A los trotskistas también les amargaba la idea de que el gran cambio, esta "segunda revolución", fuera a llevarse a cabo sin ellos. Cuanto más desinteresadamente subrayaba Trotsky la deseabilidad y el carácter progresista de las últimas medidas de Stalin y cuanto más insistía en el deber que tenía la Oposición de apoyarlas, tanto mayor era la frustración entre sus seguidores, tanto mayor era la ansiedad con que éstos reflexionaban sobre los aciertos y los errores de la política de la Oposición, y tanto más agudamente sentían que, expulsados del Partido, en el aislamiento en que se encontraban, no tenían posibilidad de brindar ningún apoyo práctico al viraje a la izquierda.

Antes de terminar el mes de mayo Trotsky volvió a dirigirse a sus seguidores

16- Esta notable carta, fechada el 8 de mayo de 1928, fue escrita anónimamente desde Berlín. Trotsky había conocido a su autor, pero hacia el fin de su vida, cuando clasificó los Archivos, no pudo recordar quien era. En 1928 el autor de la carta estaba a punto de ser llamado de regreso a Rusia y preguntaba a Trotsky si no debería negarse a volver a Moscú. Trorsky, según parece, le había aconsejado ya que regresara

de varias declaraciones.[17] Defendió el historial de la Oposición y trató de esbozar nuevas perspectivas. Su razonamiento puede resumirse en los siguientes tres puntos:

Primero, no era cierto que él hubiese sobrestimado la fuerza de la derecha bujarinista. Ésta seguía siendo formidable. Tampoco se había equivocado la Oposición al prevenir al Partido contra el peligro termidoriano. Al hacerlo, había ayudado a mantener a raya a las fuerzas termidorianas. La acción de la Oposición y la presión de la clase obrera habían movido a los stalinistas a romper con los bujarinistas; de no haber sido así, la crisis actual los habría inducido a hacer amplias concesiones a la agricultura capitalista, provocando así, en lugar del viraje a la izquierda, un poderoso desplazamiento hacia la derecha. Trotsky temía que quienes sostenían que la Oposición había exagerado el peligro de la derecha acabarían capitulando ante Stalin.

Segundo, la Oposición no tenía razones para reprocharse por haber ido demasiado lejos en su lucha. Al contrario, debido a la timidez de Zinóviev y Kámenev, no había ido lo suficientemente lejos: "Todas nuestras actividades tuvieron un carácter propagandístico y sólo propagandístico". La Oposición apenas había apelado en algún momento, con suficiente vigor y audacia, a la militancia de base. Cuando al fin intentó hacerlo, el 7 de noviembre, Stalin trató de arrastrarla, mediante una provocación, a la guerra civil; y entonces la Oposición tuvo que replegarse.

Tercero, el hecho de que Stalin enarbolara ahora la bandera de la Oposición no debía descorazonar a ésta. La facción stalinista había iniciado una política de izquierda cuando no podía hacer otra cosa, pero no sería capaz de llevarla a sus últimas consecuencias. Por consiguiente, les aseguraba Trotsky a sus seguidores, "el Partido todavía va a necesitarnos".

Estos argumentos y seguridades dejaron insatisfechos a muchos de los partidarios de Trotsky. Este no les ofrecía ninguna perspectiva clara, y aquéllos siguieron preguntando si Stalin se había vuelto contra el kulak definitivamente o si su viraje a la izquierda era una mera simulación; y esperaban una respuesta categórica. Trotsky no poseía tal respuesta, y probablemente el propio Stalin no sabía aún cuál era su posición definitiva. Trotsky tampoco les decía a sus seguidores cómo podrían ellos, en la posición en que se hallaban, actuar de acuerdo con sus consejos ni de qué manera podrían apoyar y oponerse a Stalin al mismo tiempo.

Ya en la primavera de 1928 se habían formado dos comientes de opinión claramente distinguibles en las colonias trotskistas. Una de ellas la formaban quienes se consideraban obligados, por encima de toda otra consideración, a apoyar el viraje

---

17- Véanse sus cartas a Beloboródov (23 de mayo) y a Yudin (25 de mayo), en The Trotsky Archives

de Stalin a la izquierda, como les había recomendado Trotsky una y otra vez. Y la otra la constituían quienes se inclinaban, ante todo, a seguir oponiéndose a Stalin, como también aconsejaba Trotsky. Así, pues, las diferencias que habían existido en el seno de la Oposición Conjunta, entre los trotskistas y los zinovievistas, se reproducían ahora dentro de las filas de los propios trotskistas, dividiéndolos entre "conciliadores" e "irreconciliables". Los conciliadores todavía distaban de pensar en capitular ante Stalin, pero deseaban que la Oposición atenuara su hostilidad contra la facción de éste y se preparara para una reconciliación decorosa sobre la base del viraje a la izquierda. Sostenían que la integridad y el propio interés de la Oposición les exigían que revisaran críticamente y modificaran a la luz de los acontecimientos las concepciones básicas de la Oposición. En esta actitud se hallaban los oposicionistas de la generación más madura, hombres de temperamento reflexivo y sosegado y en quienes el sentimiento de nostalgia por su viejo partido era sumamente intenso; y también los "burócratas esclarecidos", los economistas y administradores que se habían interesado más en el programa de industrialización y planificación económica de la Oposición que en sus demandas de libertad interna en el Partido y de democracia proletaria; y por último, aquéllos cuya voluntad de resistencia frente al grupo gobernante había sido debilitada ya por sus sufrimientos. Dado que los individuos obedecían con frecuencia a impulsos heterogéneos, en muchos casos era casi imposible desentrañar sus motivaciones.

Los trotskistas irreconciliables eran en su mayoría hombres jóvenes, para quienes la expulsión del Partido había sido un golpe menos duro que para sus mayores; hombres a quienes la Oposición atraía por su defensa de la democracia proletaria más bien que por sus *desiderata* económicos y sociales; y los partidarios a ultranza de la Oposición, los enemigos doctrinarios de la burocracia y los fanáticos del antistalinismo. Tampoco en este grupo podían distinguirse claramente las motivaciones de los individuos. Las más de las veces los jóvenes, aquéllos para quienes el rompimiento con el Partido no representaba un trauma moral, eran también relativamente indiferentes a los complejos problemas económicos y sociales, pero respondían ardientemente al llamado de la Oposición en favor de la libertad de expresión y veían a toda la burocracia con una vehemente hostilidad que la persecución y el exilio hacían más vehemente aún.

Ambas alas de la Oposición trotskista tendían a coincidir parcialmente con otros grupos fuera de ella. Los conciliadores se acercaban más y más a los zinovievistas, a quienes hasta entonces habían despreciado. Empezaron a verlos bajo una nueva luz, y aun cuando no estaban dispuestos a seguirlos, empezaron a apreciar las razones que habían tenido para capitular, a escuchar con interés sus argumentos y a observar sus actos con simpatía. Los irreconciliables más extremos, por otra parte, descubrieron que tenían mucho en común con los impenitentes

mohicanos de la Oposición Obrera y con los decemistas, encabezados por Saprónov y Vladimir Smirnov y quienes habían sido desterrados junto con los trotskistas. En su hostilidad a la burocracia, ellos habían sido mucho menos inhibidos que los trotskistas. En forma más o menos abierta habían renunciado a toda lealtad al Estado y al Partido existentes. Proclamaban que la revolución y el bolchevismo estaban muertos y que la clase obrera tenía que empezar por el principio, es decir, iniciar una nueva lucha revolucionaria a fin de liberarse de la explotación por parte del nuevo "capitalismo de Estado", la burguesía de la NEP y los kulaks. Para muchos trotskistas jóvenes este mensaje claro y sencillo resultaba más convincente que los análisis cuidadosamente equilibrados y la "política dual" de Trotsky. Era más fácil de digerir, pues en él sí era sí y no era no, sin ninguna complicación dialéctica. Denunciar a Stalin como el sepulturero de la revolución, decían los decemistas, y referirse, como hacía Trotsky, a las implicaciones progresistas del viraje a la izquierda, era absurdo; combatir a Stalin quería decir combatirlo y no apoyarlo.
Ambos grupos de trotskistas se volvían hacia Trotsky en busca de orientación, aunque cada uno se inclinaba a aceptar sólo aquella parte de sus consejos que le convenía. Ambos grupos invocaban los principios fundamentales y los intereses comunes de la Oposición. Pero a medida que las diferencias se ahondaron, el sentido de camaradería se debilitó y las suspicacias mutuas aumentaron hasta que cada uno de los grupos no llegó a tener más que gestos sañudos y palabras duras para el otro. Para los irreconciliables, sus camaradas más moderados eran hombres de poca fe, si no desertores todavía. Los moderados veían desdeñosamente a los irreconciliables como ultraizquierdizantes o anarquizantes burdos, carentes de disciplina intelectual marxista y de responsabilidad por la suerte de la revolución. Los irreconciliables sospechaban que los conciliadores, consciente o inconscientemente, trabajaban en favor de Stalin, mientras que los conciliadores sostenían que nada perjudicaba tanto a la Oposición ni ayudaba más efectivamente a Stalin que las exageraciones y los excesos de los doctrinarios y los fanáticos del trotskismo.

Los portavoces de cada uno de los grupos eran oposicionistas de largo historial y hombres que gozaban del respeto y la confianza de Trotsky. Preobrazhensky fue el primero que habló sobre la necesidad de una actitud más conciliatoria frente al stalinismo. Él nunca había flaqueado como oposicionista y en su carácter no había la más leve mácula de interés personal u oportunismo. Su debilidad, si es que lo era, residía más bien en su total desprecio por las conveniencias y la popularidad y en la consistencia teórica de sus opiniones. Preobrazhensky empezó a predicar la conciliación partiendo de una convicción profunda que podía discernirse ya en sus escritos de 1924 y 1925. Él había sido, como sabemos, el principal exponente teórico de la acumulación primitiva socialista. "El período de la acumulación

primitiva socialista", había escrito en La nueva economía, "constituye la época más crítica en la vida del Estado socialista después de la conclusión de la guerra civil... Atravesar ese período lo más rápidamente posible y alcanzar lo antes posible la etapa en que el sistema socialista desarrolla todas sus ventajas sobre el capitalismo es, para la economía socialista, una cuestión de vida o muerte". Durante ese período el Estado socialista estaba condenado a sufrir los males de ambos sistemas: no se beneficiaría ni de las ventajas del capitalismo ni de las del socialismo. Tendría que "explotar" al campesinado para poder financiar la acumulación en el sector socialista. En relación con este punto, como se recordará. Preobrazhensky había chocado con Bujarin y la escuela neo-populista, "nuestra escuela soviética de pensamiento manchesteriano", como la motejaba él. "La presión del monopolisino capitalista (extranjero, principalmente norteamericano)", argumentó entonces, "sólo puede ser contenida por el monopolismo socialista". Éste debe subordinar, por medio de la política fiscal y a través de un mecanismo de precios regulado por el Estado, al sector privado de la economía, especialmente a la agricultura. Al indignado grito de protesta de Bujarin, Preobrazhensky replicó: "Pero, ¿puede ser de otra manera? Para expresarlo en los términos más sencillos: ¿puede echarse el peso del desarrollo de la industria de propiedad estatal... sobre los hombros de nuestros tres millones de obreros industriales solamente? ¿O deben aportar también su parte nuestros veintidós millones de pequeños propietarios rurales?" Ni siquiera él había abogado por la expropiación y la colectivización forzosa de los pequeños propietarios; pero había estado más consciente que nadie de la violencia inherente en el conflicto entre el Estado y el campesinado bajo "el talón de hierro de la ley de la acumulación primitiva socialista".[18]

No cabe sorprenderse de que Preobrazhensky acogiera con entusiasmo el viraje de Stalin a la izquierda, que consideró como una confirmación de su propia teoría. Lo vio como un acontecimiento inevitable y absolutamente deseable. Desde el principio se sintió convencido de su tremenda significación, y su convicción fue más firme que la de Trotsky. Las diferencias entre él y Trotsky, que hasta entonces sólo habían estado implícitas en los escritos de ambos pero no habían tenido consecuencias prácticas, empezaron ahora a afectar sus respectivas actitudes. Trotsky nunca se había comprometido con la opinión de que el Estado obrero debía "explotar" al campesinado. En todo caso, nunca había expuesto tal opinión de manera tan franca como Preobrazhensky. Y tampoco había abogado por un ritmo de industrialización tan forzado como el que éste había previsto. El teorema de Preobrazhensky en La nueva economía no era incompatible con el socialismo en un solo país; había implicado que la acumulación primitiva, la parte más difícil

18- Véase el Capítulo V, pp. 222-227.

de la transición del capitalismo al socialismo, podría lograrse dentro de un solo Estado nacional industrialmente subdesarrollado. Por último, a diferencia de Trotsky, Preobrazhensky se había referido a la "fuerza objetiva de las leyes" de la transición al socialismo, fuerza que se impondría por sí misma y obligaría a los dirigentes del Partido a actuar aun a pesar suyo como agentes del socialismo. La nacionalización de toda la gran industria, sostenía, conducía ineluctablemente a la economía planificada y a la industrialización rápida. Al oponerse a estas dos cosas, los stalinistas y los bujarinistas se oponían a una necesidad histórica, una necesidad que sólo la Oposición había visto a tiempo y había tratado de hacerles ver a los bolcheviques. Stalin y Bujarin podrían derrotar a la Oposición, pero "no podrían burlar las leyes de la historia". "La estructura de nuestra economía estatal, (que) a menudo demuestra ser más progresista que todo el sistema de nuestra dirección económica", los obligaría a la larga a llevar a la práctica el programa de la Oposición.

Estas ideas, que en los escritos anteriores de Preobrazhensky eran poco más que digresiones e insinuaciones, ahora llegaron a gobernar todos sus pensamientos. El Stalin que le declaraba la guerra al kulak no era a sus ojos sino el agente inconsciente y remiso de la necesidad. En tanto que Trotsky todavía contemplaba el viraje a la izquierda en actitud un tanto incrédula y se preguntaba si no sería una mera modificación provisional, a Preobrazhensky no le cabía duda de que Stalin no estaba jugando, de que no podría dar marcha atrás en su nueva política de izquierda, de que se vería obligado a hacerle la guerra cada vez más despiadadamente al kulak, y de que esto creaba una situación completamente nueva para el país en general y para la Oposición en particular. Insistía en que el país se encontraba al borde de una tremenda transformación revolucionaria. Los kulaks, decía, seguirían negándose a vender granos y amenazarían a las ciudades con el hambre. Los campesinos medios y pobres no serían capaces de suministrar alimentos suficientes, y el ataque oficial al kulak concitaría también su hostilidad y desembocaría en un choque colosal entre el gobierno y el grueso del campesinado. En un trabajo escrito en la primavera de 1928, Preobrazhensky sostuvo que las amenazas de Stalin y las medidas de emergencia habían desatado ya en el país una tempestad tan violenta que, para poder calmarla, el gobierno tendría que hacerle concesiones tan vastas y peligrosas al capitalismo, que no sólo Stalin, sino Bujarin y Ríkov, se negarían a hacerlas.[19] Sólo una política drásticamente derechista o drásticamente izquierdista podrían evitar una calamidad, y todo indicaba que Stalin se movería más hacia la izquierda.

19- Véase "Levyi Kurs v Derevnie i Perspektivy", de Preobrazhensky, en The Trotsky Archives.

¿Cuál debería ser el papel de la Oposición en este período de cambio? La Oposición, planteaba Preobrazhensky, había actuado como el interprete consciente de una necesidad histórica. Había demostrado una previsión superior: sus ideas "se reflejaban en la nueva política de Stalin como en un espejo deformador". La crisis actual no habría sido tan grave si el Partido hubiese seguido antes los consejos de la Oposición. La Oposición debía seguir preconizando la industrialización acelerada, y debía insistir con el mismo vigor de siempre en la democracia proletaria. Sin embargo, aunque la Oposición había interpretado correctamente las necesidades de la época, no le había sido dado satisfacer esas necesidades en la práctica. Stalin y sus partidarios se estaban haciendo cargo de la tarea práctica. Ellos eran los agentes de la necesidad histórica, aun cuando no la habían entendido y durante largo tiempo se le habían resistido. La Oposición, pues, había errado en alguna parte. Había exagerado el peligro de la derecha y la convivencia de Stalin con el kulak. Había juzgado erróneamente las tendencias dentro del Partido y su relación con las clases sociales fuera de éste, un grave error por parte de cualquier marxista. A la Oposición, por consiguiente, le correspondía modificar su actitud y contribuir a un reacercamiento con la facción stalinista.

Con esta finalidad en mente, Preobrazhensky propuso que la Oposición solicitara autorización oficial para convocar a una Conferencia de sus miembros, en la que estarían representadas todas las colonias de exiliados, con el fin de examinar la nueva situación y la conducta de la Oposición. Trotsky había hablado de la posibilidad y deseabilidad de una alianza entre la izquierda y el centro contra la derecha, pero no había propuesto ninguna acción para convertirla en realidad. Preobrazhensky no se contentaba con esto. Si tal alianza había de materializarse, argumentaba, el momento era ahora, cuando los stalinistas golpeaban a la derecha; y el deber de la Oposición consistía en actuar y no en esperar hasta que la fuerza misma de las circunstancias produjera la alianza... porque tal vez nunca la produciría.

Trotsky se opuso de plano a la proposición de Preobrazhensky. Sostuvo que, aunque una coalición centro-izquierdista era deseable en teoría, la Oposición no podía hacer nada para materializarla. El carcelero y los encarcelados no eran aliados. Él pensaba que Preobrazhensky exageraba en su valoración del viraje a la izquierda; pero, aun cuando no fuera así, el abismo entre el stalinismo y la Oposición permanecía abierto. La persecución continuaba. El Partido todavía estaba privado de su libertad, y su régimen interno se hacía cada vez peor. El dogma de la infalibilidad del Jefe estaba establecido y se aplicaba lo mismo al pasado que al presente. Toda la historia del Partido era falsificada para ajustarla a las exigencias de ese dogma. Bajo tales condiciones, la Oposición no podía dar ningún paso para llegar a un entendido con la facción gobernante. Sería deshonroso para ella pedir

permiso a sus victimarios para celebrar una Conferencia: la mera petición olería a capitulación.[20]

En el mes de mayo las colonias de exiliados discutieron la proposición de Preobrazhensky. Ésta fue la primera prueba de la reacción de los desterrados frente a la nueva política de izquierda. La proposición fue rechazada categóricamente. La gran mayoría estaba en actitud irreconciliable, veía con escepticismo el viraje a la izquierda, se inclinaba como antes a ver en Stalin al defensor del kulak y al cómplice de los termidorianos, confiaba en la causa de la Oposición y se resistía a pensar en cualquier revisión de su actitud.

A pesar de este rechazo, las ideas de Preobrazhensky empezaron a germinar en muchas mentes. Rádek, al parecer, fue el primero de los jefes de la Oposición que cayó bajo su influencia. Él no había figurado, hasta entonces, entre quienes se cuidaban de golpear con demasiada dureza. Durante todo 1927 instó a la Oposición a atacar al grupo gobernante con más audacia, a buscar apoyo en los obreros industriales que estaban fuera del Partido y a expresar agresivamente sus quejas en lugar de contentarse con "gesticular para salvar la honra" y con elucubrar teorías. No había rechazado la idea de un nuevo partido y había favorecido el ingleso en la Oposición de los deccmistas que se solidarizaban con ella. Ése seguía siendo su estado de ánimo después de la deportación, cuando escribió con desdén sobre las retractaciones de Zinóviev y Piatakov y sobre el morboso olor a Dostoyevchina que emanaba de ellas. "Ellos han renegado de sus propias convicciones y le han mentido a la clase obrera. No se puede ayudar a la clase obrera con mentiras".[21] Aún en mayo, cuando Preobrazhensky propuso la convocatoria de la Conferencia, Rádek todavía pareció oponerse a la idea. En todo caso, criticó la actitud conciliatoria de Preobrazhensky.

Apenas un mes más tarde, el hombre dio la impresión de que había cambiado completamente. Predicó él mismo la conciliación, con todo el ingenio, la elocuencia y la agudeza que le eran peculiares. Su acceso fortaleció enormemente al ala "moderada", pues él y Preobrazhensky eran, después de Trotsky y Rakovsky, los dirigentes más autorizados en el exilio. A continuación, como lo revela su prolítica correspondencia, su voluntad de resistencia frente al stalinismo se desmoronó prácticamente de semana en semana, aunque casi un año habría de transcurrir antes de su capitulación formal.

Sería demasiado simple atribuir el cambio meramente a la volubilidad o a la falta de valor de Rádek. Sus motivaciones fueron diversas y heterogéneas. Es indudable

---

20- Véase "Pismo Drugu", de Trotsky (24 de junio de 1928), en The Trotsky Archives
21- Véase la carta de Rádek a Zhenia escrita desde Tobolsk, el 10 de mayo de 1928, y su carta a Preobrazhensky del 25 de mayo en The Trotsky Archives.

que él no poseía todo el "temple bolchevique" que otros habían adquirido en la actividad política clandestina, en las cárceles zaristas y durante los años de exilio en Siberia. Sus períodos de actividad clandestina habían sido breves: hasta 1917 su vida política había transcurrido principalmente en los movimientos socialistas abiertos de Austria-Hungría y Alemania. Él era esencialmente un europeo occidental y un bohemio, sociable, acostumbrado a respirar el aire y la excitación de las grandes ciudades y a encontrarse en el centro de los asuntos públicos. Durante más de veinticinco años había fascinado a famosos Comités Centrales y grandes redacciones de periódicos con sus opiniones y agudezas. A lo largo de diez años había sido una de las lumbreras del partido bolchevique y de la Internacional Comunista. Mientras vivió rodeado por el ajetreo de la vida política, su confianza y su fibra no lo abandonaron; siguió siendo audaz y activo, y aun en la cárcel de Moabit en Berlín, en 1919, había seguido en el centro de los acontecimientos. Pero arrojado de súbito a los vacíos, desolados y rigurosos yermos de Siberia, su espíritu empezó a flaquear. La soledad lo oprimía y se sentía como desterrado de la vida misma. Su sentido de la realidad entró en crisis. ¿No habían sido más que un sueño todos los años que pasó junto a Lenin, como camarada y consejero estimado, ayudando a dirigir los asuntos de un movimiento mundial? Hombres mucho más curtidos se veían asediados por los mismos sentimientos. Esto, por ejemplo, fue lo que Iván Smirnov, héroe de la guerra civil, le escribió a Rádek del sur de Armenia al norte de Siberia:

Tú, querido Karlyusha,[22] te dueles de que nos encontremos fuera del Partido. Para mí también, y para todos los demás, esto es en verdad una agonía. Al principio sufrí pesadillas. Me despertaba de repente en la noche y no podía creer que fuera un deportado, yo que trabajé para el Partido desde 1899, sin un día de interrupción, no como algunos de esos bribones de la Sociedad de Viejos Bolcheviques, que después de 1906 desertaron del Partido durante diez años completos.[23]

Pero no era sólo esa penosa situación lo que mortificaba a Rádek y sus compañeros. Ellos meditaban en el destino de la revolución. Estaban acostumbrados a considerarse como los verdaderos custodios de las "conquistas de Octubre" y como los únicos depositarios del marxismo y el leninismo que los stalinistas y los bujarinistas habían adulterado y falsificado. Estaban acostumbrados a pensar que todo lo que fuera beneficioso para el marxismo y la revolución también lo era para la Oposición, y que las derrotas de la Oposición eran las derrotas de la revolución. Ahora veían la Oposición reducida a un pequeño grupo, casi una secta, completamente impotente y separada del gran Estado y el gran Partido con los que

22- Diminutivo de Kart, Carlitos.

23- La carta, escrita en 1928 (sin fecha más precisa), se halla en The Trotsky Archives.

ellos se habían identificado. ¿Era posible, se preguntaban, que un movimiento que reclamaba para sí una misión tan alta se viera reducido a una condición tan baja? Se veían enfrentados al siguiente dilema: si ellos eran realmente los únicos custodios seguros y legítimos de Octubre, entonces su cruel derrota no podía acarrear más que el desastre irremediable para la revolución, y el legado de Octubre estaba perdido. Pero si ése no era el caso, si las "conquistas de Octubre" estaban más o menos intactas y si la Unión Soviética, pese a todo lo que había ocurrido, era todavía un Estado obrero, ¿no había incurrido entonces la Oposición en el error y la arrogancia al considerarse como la única depositaría del marxismo-leninismo y al negarles a sus adversarios toda virtud revolucionaria? ¿Eran los pocos millares de oposicionistas todo lo que quedaba del gran movimiento bolchevique que había sacudido al mundo? ¿Acaso el monte de la revolución había parido un ratón? "No puedo creer", le escribió Rádek a Sosnovsky, "que toda la obra de Lenin y toda la obra de la revolución sólo hayan dejado tras de sí a 5.000 Comunistas en toda Rusia".[24] Con todo, si se tomaban al pie de la letra algunas de las cosas que alegaba la Oposición y si se creía que las otras facciones bolcheviques no hicieron más que allanarle el camino a la contrarrevolución, entonces no se podía escapar a esa conclusión, tan repugnante tanto para el realismo como para el sentido histórico marxista. La epopeya bolchevique con todo su heroísmo, sacrificios, esperanzas, sangre y sudor no podía haber sido simple ruido sin significación alguna. Mientras los stalinistas y los bujarinistas protegieron a los kulaks y a los nuevos ricos de la NEP, las requitorias y las acusaciones de la Oposición tuvieron razón de ser. Pero el viraje a la izquierda, que ponía a la facción stalinista en conflicto mortal con la propiedad privada, demostraba que la obra de Lenin y la Revolución de Octubre habían dejado tras de sí algo más que un puñado de hombres íntegros, algo más que "cinco mil comunistas en toda Rusia". El volcán de la revolución, lejos de haber parido un ratón para después extinguirse, seguía en actividad.

Preobrazhensky argumentaba que era la "fuerza objetiva" de la propiedad social lo que proporcionaba el impulso para llevar adelante la transformación revolucionaria y socialista de Rusia. La "fuerza objetiva" se manifestaba a través de los hombres, sus representantes subjetivos. La facción stalinista era el agente de la necesidad histórica; y pese a la confusión, los errores y aun los crímenes cometidos, ella actuaba como custodio del legado dé Octubre y como adalid del socialismo. Los stalinistas, descubrió Rádek, habían demostrado ser más valiosos de lo que la Oposición había pensado. La Oposición debía y podía admitir tal cosa sin denigrarse a sí misma en forma alguna. En el nuevo avance hacia el socialismo, la Oposición había actuado como la vanguardia en tanto que la facción stalinista había formado la retaguardia.

24- La carta (fechada en Tomsk el 14 de julio de 1928), en The Trotsky Archives

El conflicto entre ellas no había sido un choque de intereses de clase hostiles, sino un rompimiento entre dos sectores de la misma clase, pues tanto la vanguardia como la retaguardia pertenecían al mismo campo. Ya era tiempo de zanjar las diferencias. A muchos oposicionistas les alarmaba la idea de una reconciliación entre los stalinistas y los trotskistas; pero tal reagrupamiento. replicaba Rádek, no sería más extraño que otros trastrocamientos anteriores de alianzas en el seno del Partido. “Hubo un tiempo en que pensamos que Stalin era un buen revolucionario y que Zinóviev era un caso perdido. Después las cosas cambiaron. Ahora podrían cambiar otra vez”.

En estos razonamientos había una inconfundible nota de desesperanza, pero era una desesperanza que trataba de escapar de sí misma y de transformarse en esperanza. El estado de ánimo de los conciliadores se gestó en el aislacionismo cada vez más profundo de la Rusia bolchevique. Era dentro de la Unión Soviética, no fuera, donde Rádek y Preobrazhensky -y muchos otros- buscaban un cambio grande y prometedor en los destinos del comunismo. Y este hecho explica mucho de lo que habría de suceder después.

Se estaban viviendo las consecuencias de la Revolución China. En diciembre de 1927 la insurrección comunista en Cantón había sido reprimida. El levantamiento había sido el último acto, o más bien el epílogo, del drama de 1925 a 1927. El impacto de la derrota se dejaba sentir en todo el pensamiento bolchevique: había minado más aún y sumergido la tradición internacionalista del leninismo y realzado el egocentrismo ruso. Más que nunca el socialismo en un solo país parecía ofrecer Ja única salida y el único consuelo. Esta vez, sin embargo, la marea del aislacionismo afectó también a la Oposición; llegó a las remotas colonias de deportados e influyó en los pensamientos de los conciliadores. Al igual que el viraje de Stalin a la izquierda, esta derrota reciente les dio a Preobrazhensky y a Rádek un nuevo motivo de desencanto con el historial de la Oposición. La Oposición, argumentaron, se había equivocado en parte al estimar los acontecimientos internos en Rusia. ¿No se había equivocado también en sus cálculos sobre las perspectivas internacionales? Trotsky había errado en cuanto al Termidor soviético. ¿No era también una falacia su Revolución Permanente?

Apenas unas cuantas semanas después de su deportación, Trotsky y Preobrazhensky empezaron a cartearse sobre el levantamiento de Cantón. Sabiendo poco acerca de las circunstancias concretas del acontecimiento y tratando de formarse una opinión a base de las tardías y escasas informaciones publicadas por Pravda, Trotsky resumió un cambio de impresiones que había tenido con Preobrazhensky en Moscú. Como tantos otros bolcheviques en la Oposición. Preobrazhensky no había aceptado la idea de la Revolución Permanente y su corolario de que la Revolución China sólo podría vencer como una dictadura proletaria. Al igual que Zinóviev y

Kámenev, él sostenía que China no podía ir más allá de una revolución burguesa. Desde sus lugares de exilio, Trotsky y Preobrazhensky discutieron la significación del levantamiento de Cantón respecto a esta diferencia. Pravda había informado que los insurgentes de Cantón habían constituido un Consejo de Diputados de Obreros y habían iniciado la socialización de la industria. Aunque el levantamiento había sido aplastado -le escribió Trotsky a Preobrazhensky el 2 de marzo-, dejó un mensaje y un indicador significativo del rumbo de la próxima Revolución China, que no se detendría en su fase burguesa sino que establecería Soviets y se fijaría la meta del socialismo. Preobrazhensky replicó que el levantamiento había sido ordenado por Stalin con el único fin de salvar su prestigio después de todas sus capitulaciones ante el Kuomintang, que había sido una aventura temeraria y que el "Soviet" de Cantón y sus consignas "socialistas", por no ser el resultado orgánico de un movimiento de masas, no habían reflejado la lógica inherente a cualquier proceso revolucionario genuino.[25] Preobrazhensky, por supuesto, se hallaba más cerca de la verdad que Trotsky, quien en este caso apoyaba en evidencias dudosas su conclusión acerca del carácter de la siguiente Revolución China. Su conclusión, sin embargo, fue correcta: la revolución de 1948-49 hubo de trascender sus límites burgueses: y en esa medida hubo de ser una "revolución permanente", aun cuando su desarrollo y el alineamiento de fuerzas sociales en ella resultaran ser muy diferente de lo que habían previsto las teorías de la revolución de Trotsky y, en rigor de verdad, las de Marx y Lenin también.

"Nosotros, los viejos bolcheviques de la Oposición, debemos desligarnos de Trotsky en lo tocante a la revolución permanente", declaró Preobrazhensky. La declaración misma no podía sorprender a Trotsky, pero su tono enfático sí lo sorprendió. Trotsky se había acostumbrado a escuchar tales recordatorios de su pasado no bolchevique de labios de sus adversarios, y recientemente una vez más de los de Zinóviev y Kámenev, pero difícilmente de los de Preobrazhensky, su último correligionario desde 1922. Él sabía que tales recordatorios nunca se producían por casualidad. Lo que lo sorprendió más aún fue que Rádek también hiciera ahora una crítica de la Revolución Permanente. Rádek, que no era él mismo un viejo bolchevique, había defendido hasta ahora de todo corazón esa teoría. Aún ahora reconocía que en 1906 Trotsky había previsto el desarrollo de la Revolución Rusa más correctamente que Lenin; pero añadía que de ello no se seguía que el esquema de la revolución permanente fuera válido en otros países. En China, sostenía Rádek, la "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" de Lenin era preferible porque dejaba lugar a un posible hiato entre la revolución burguesa y la socialista.

25- La respuesta de Preobrazhensky (sin fecha) se halla en The Trotsky Archives.

Aparentemente, esta controversia no tenía ninguna relación directa con las cuestiones que se debatían en el momento; y Trotsky se enfrascó en ella con renuencia. Replicó que China acababa de demostrar que toda revolución contemporánea que no hallara su consumación en una transformación socialista estaba condenada a sufrir la derrota incluso como revolución burguesa. Fueran cuales fueren los. pro y los contras, el hecho de que los dos conciliadores atacaran a la Revolución Permanente era tanto más sintomático cuanto que Trotsky no había intentado convertir su teoría en canon de la Oposición. No era ésta la primera vez que la frustración producida por las derrotas del comunismo en el extranjero y las propensiones aislacionistas inducían a los bolcheviques a volverse contra la teoría que, con su nombre mismo, impugnaba su aislacionismo. El resultado de todas las batallas dogmáticas libradas desde 1924 en torno a la Revolución Permanente había sido el de hacerla aparecer a los ojos del Partido como el símbolo del trotskismo, la herejía capital de Trotsky y la fuente intelectual de todos los vicios políticos de éste. Para los seguidores de Stalin y Bujarin, la Revolución Permanente se había convertido en un tabú que sólo les inspiraba horror. Un oposicionista asediado por las dudas y el arrepentimiento y en busca del camino de regreso al Partido -su paraíso perdido- trataba instintivamente de librarse de cualquier vinculación con el tabú. El lector recordará que Trotsky, deseoso de hacerles más fácil a Zinóviev y Kámenev su alianza con él, había declarado que sus viejos escritos sobre la Revolución Permanente tenían su lugar en los archivos históricos y que él no los defendería en todos sus puntos, aun cuando en su fuero interno estaba convencido de que su idea había resistido con éxito la prueba del tiempo. Trotsky, sin embargo, no logró relegar su teoría a los archivos. No sólo sus enemigos se empeñaron en sacarla y lo obligaron a defenderla, sino que sus propios aliados hicieron lo mismo una y otra vez; y cada vez que ello sucedió fue una señal segura de que una de sus alianzas o ligas políticas estaba a punto de desbaratarse.

Poco después la disensión se hizo pública en relación con una cuestión menos fundamental y teórica. El VI Congreso de la Internacional Comunista había sido convocado para el verano de 1928 en Moscú. La Oposición tenía el derecho estatutario de apelar al Congreso contra su expulsión del Partido ruso, y se proponía hacerlo. No había ninguna posibilidad de que la apelación fuera escuchada con la atención debida ni de que a los jefes de la Oposición se les permitiera comparecer ante el Congreso para defender su caso. "... el Congreso probablemente intentará cubrirnos de la manera más terminante con la más pesada de las lápidas.. escribió Trotsky." "Afortunadamente, el marxismo se levantará de esa tumba de *papier-maché* y como un tambor irreprimible dará la voz de alarma".[26]

26- Carta circular de Trotsky del 17 de julio de 1928, en The Trotsky Archives

Trotsky se proponía preparar una crítica breve y sin ambages de la política de la Comitern y una declaración concisa de los propósitos de la Oposición para ser presentadas en el Congreso. Pero el trabajo creció en sus manos y se convirtió en un voluminoso tratado cuya redacción lo mantuvo ocupado durante toda la primavera y el verano. [27] Se esperaba que el Congreso adoptara un programa del cual se había publi cado un proyecto, escrito en buena parte por Bujarin y centrado en el socialismo en un solo país. Trotsky dio a su declaración la forma de una Crítica del nuevo programa. Terminó este texto en junio, y en julio lo complementó con un mensaje al Congreso bajo el título de ¿Ahora qué? Resumía "cinco años de fracasos de la Internacional" y cinco años de trabajo de la Oposición en una forma "exenta de todo rastro de reticencia, insinceridad y diplomacia", y calculada para marcar claramente el abismo entre la Oposición y sus adversarios. Envió copias a las colonias de exiliados poco antes de la apertura del Congreso y pidió a todos los oposicionistas que respaldaran sus declaraciones en los mensajes colectivos e individuales que enviaran al Congreso.

Entretanto, Rádek y Preobrazhensky habían preparado sus propias declaraciones, más conciliatorias tanto en el contenido como en el tono. Cierto era que Preobrazhensky hacía un balance devastador de la política de la Comitern en los últimos años y hablaba con franqueza sobre las diferencias que llevaban a los trotskistas de todos los matices a oponerse al stalinismo y a la Comitern. Pero en su conclusión declaraba que "muchas de estas diferencias han desaparecido como resultado del cambio que ha tenido lugar en la política de la Internacional", porque ésta, siguiendo al Partido ruso, también había "virado a la izquierda".[28] Rádek expresó la misma opinión y envió inmediatamente su declaración a Moscú. "Si la historia demuestra", escribió, "que algunos de los dirigentes del Partido con los que ayer cruzamos espadas son mejores que los puntos de vista que defendieron, nadie hallará mayor satisfacción en esto que nosotros".[29]

El hecho de que Trotsky y Rádek enviaran mensajes diferentes y en parte contradictorios al Congreso, sólo podía perjudicar la causa de la Oposición. En lugar de demostrar su unidad, la Oposición hablaba con dos voces. Cuando Trotsky se enteró de lo que había sucedido, telegrafió a los centros principales de la Oposición para pedir a todos los exiliados que repudiaran públicamente la posición de Rádek. Las colonias se sacudieron de indignación, desautorizaron a Rádek y enviaron

27- La obra se conoce en inglés con el título de The Third International After Lenin.
28- Preobrazhensky, "Chtonado skazat Kongresu Kominterna", en The Trotsky Archives
*29- El memorándum de Rádek al Congreso, escrito en Tomsk en junio de 1928, se halla en The Trotsky Archives. Trotsky debe de haber leído "psicoanalíticamente" el pasaje citado aquí: subrayó con lápiz rojo la palabra "ayer" en la frase de Rádek acerca de los dirigentes del Partido "con quienes ayer cruzamos espa*das".

declaraciones en tal sentido a Moscú. A fin de cuentas, el propio Rádek informó al Congreso que retiraba su mensaje y que estaba totalmente de acuerdo con Trotsky. Se disculpó con sus camaradas por su faux pos, diciendo que éste se había debido a lo difícil de sus comunicaciones con Trotsky, cuya Crítica de la Comitern le había llegado demasiado tarde. Trotsky aceptó la disculpa y las cosas no fueron más lejos por el momento. La Oposición, dijo Trotsky, había "enderezado su frente". Sin embargo, la escisión incipiente no había sido enmendada; sólo había sido recubierta superficialmente.

Un acontecimiento importante había ayudado a Trotsky a movilizar a los exiliados. En julio el Comité Central efectuó una sesión en la que la facción de Bujarin pareció ganar preponderancia sobre la de Stalin. La cuestión crítica seguía siendo la misma: la crisis del pan y la amenaza de hambre que pesaba sobre la Rusia urbana. Las medidas de emergencia dictadas a principios de año no habían eliminado la amenaza, y la situación se había visto agravada por un fracaso parcial de las cosechas de invierno en Ucrania y en el norte del Cáucaso. El campesinado estaba soliviantado. Entregó y vendió sólo el 50 por ciento del grano que solía vender antes de la revolución. Todas las exportaciones de trigo tuvieron que ser suspendidas.[30] Los métodos drásticos en la recolección del trigo habían sido suficientes para enfurecer a los agricultores, pero insuficientes para intimidarlos. El Comité Central reconoció "el descontento entre... el campesinado, que se expresó en manifestaciones de protesta contra los procedimientos administrativos arbitrarios"; y declaró que tales procedimientos "habían ayudado a los elementos capitalistas a explotar el descontento y a encauzarlo contra el Poder Soviético... y habían dado lugar a la difusión de rumores acerca de la inminente abolición de la NEP".[31]

En la sesión del Comité, después de que Mikoyán hubo presentado un informe, la facción bujarinista demandó la revocación de la política de izquierda. Ríkov exigió la cancelación de la política anti-kulak, y Frumkin, el Comisario de Hacienda, fue más lejos aún y pidió una revisión de toda la política campesina enunciada en el XV Congreso (en el que Stalin, para confundir a los trotskistas y a los zinovievistas, había adoptado algunas de sus ideas) y un retorno a la política predominantemente bujarinista del Congreso anterior. El Comité Central confirmó las decisiones del XV Congreso, pero canceló sus propias medidas de emergencia "contra el kulak". Proclamó que a partir de entonces debía prevalecer el "régimen de derecho". Prohibió los cáteos y las incursiones en los graneros y las granjas. Suspendió las requisiciones de alimentos y la recolección forzosa de empréstitos de granos. En

30- KPSS v Rezolutsiaj, vol. II, p. 392
31- Ibid., p. 395

último término, pero no por ello menos importante, autorizó un aumento del 20 por ciento en el precio del pan, el aumento que había prohibido tan categóricamente tres meses antes.[32] Considerado retrospectivamente, éste fue el último intento del Comité Central para apaciguar a los campesinos, el último antes de que procediera a suprimir la agricultura privada. En aquel momento, sin embargo, pareció que el kulak había ganado un asalto, que Stalin había abandonado la política de izquierda y que Bujarin y Ríkov habían dictado la política a seguirse.

Es fácil imaginarse cómo recibieron esta noticia los deportados trotskistas.

Sintieron que volvían a pisar terreno conocido. El viejo esquema de ideas, dentro del cual se habían acostumbrado a pensar, parecía restablecido. Veían imponerse una vez más a "los defensores del kulak". Veían al "vacilante centro" de Stalin ceder terreno como de costumbre. Al autorizar el aumento en el precio del pan, el Comité Central había golpeado a los obreros industriales y había favorecido los intereses de los campesinos ricos. Esto, seguramente, no sería todo. La lucha continuaba: el ala derecha reanudaría su ofensiva y los stalinistas seguirían replegándose. El peligro termidoriano era más inminente que nunca: los termidorianos estaban en marcha. Trotsky pensó lo mismo: "En el discurso de Ríkov...", declaró, "el ala derecha le ha lanzado su desafío a la Revolución de Octubre... Es preciso aceptar el desafío. El aumento en el precio del pan era sólo el comienzo de una neo-NEP. Para apaciguar al kulak, el ala derecha pronto tendría que hacer un intento resuelto de socavar el monopolio estatal del comercio exterior. Trotsky veía a Ríkov y Bujarin como los vencedores que pronto "perseguirían a Stalin como trotskista, del mismo niodo que Stalin había perseguido a Zinóviev". Ríkov había dicho en el Comité Central que "los trotskistas consideraban que su tarea principal era impedir una victoria del ala derecha". Trotsky replicó que ésa era, en efecto, la tarea principal de la Oposición.[33]

Entre los trotskistas, los conciliadores se vieron completamente aislados por el momento. "¿Dónde está el viraje de Stalin a la izquierda?", preguntaron con exaltación los deportados a Rádek y Preobrazhensky. "Todo fue una tormenta en un vaso de agua, pero bastó para que ustedes trataran de echar por la borda nuestras viejas y bien probadas ideas y concepciones y nos instaran a reconciliamos con los stalinistas". Una vez más vieron el ascenso de Stalin como un mero incidente en la lucha fundamental entre ellos mismos y los bujarinistas, y creyeron más ardientemente aún que antes que todos los bolcheviques que hubiesen permanecido fieles a la revolución no tardarían en ver las cosas bajo esta luz, como un conflicto esencialmente entre la derecha y la izquierda, y optarían por la izquierda. La derrota

---

32- Ibid., p. 396.

33- -"Yulskiy Plenum i Prava Opasnost", en The Trotsky Archives.

aparente de Stalin acrecentó enormemente sus esperanzas. "No está lejano el día", escribió un trotskista tan eminente como Sosnovsky. "en que el llamado para el regreso de Trotsky resonará por todo el mundo".[34]

En medio de toda esta excitación política la tragedia se abatió sobre la familia de Trotsky. Sus dos hijas, Zina y Nina, habían enfermado de tisis tiempo antes. La salud de Nina, la menor -tenía veintiséis años-, se quebrantó después del encarcelamiento y la deportación de Nevelson, su marido. Trotsky recibió la noticia en la primavera, durante una expedición de pesca. Todavía no estaba bien enterado de la gravedad del mal de Nina, pero pasó las siguientes semanas ansioso y preocupado. Sabía que sus dos hijas y los niños de éstas vivían en la más completa pobreza, que no podían contar con la ayuda de ningún amigo, y que Zina, consumida por la fiebre, pasaba los días y las noches en la cama de Nina. "Apéname", le telegrafió él, "no poder estar con Ninushka para ayudarla. Comunícame su condición. Besos para ambas. Papá." Una y otra vez pidió noticias, pero no obtuvo respuesta. Le escribió a Rakovsky suplicándole que hiciera indagaciones en Moscú. Por último, supo que Nina había muerto el 9 de junio. Mucho después recibió la última carta que ella le había escrito: los censores la habían detenido durante más de diez semanas. Fue doloroso para Trotsky pensar que, en su lecho de muerte, ella había esperado en vano su respuesta. La lloró como "una ardiente revolucionaria y miembro de la Oposición" lo mismo que como hija; y a ella le dedicó la Crítica del programa de la Comintern en que él había estado trabajando en el momento de su muerte.

Todavía estaban llegando a Alma Ata los mensajes de condolencia de muchos deportados cuando otro golpe le causó a Trotsky gran aflicción y dolor. Después de la muerte de Nina, Zina se propuso ir a Alma Ata. Su marido también había sido deportado y ella había debilitado su salud atendiendo a su hermana. Semana tras semana pospuso el viaje, hasta que a Alma Ata llegó la noticia de que se encontraba peligrosamente enferma y no podía viajar. Su enfermedad se vio agravada por una severa y prolongada afección nerviosa; y nunca llegó a reunirse con su padre antes de que éste fuera desterrado de Rusia.

Ello no obstante, una reunión de familia tuvo lugar en la dacha en las afueras de Alma Ata, cuando Sergei llegó para pasar sus vacaciones allí. Con él vinieron la esposa y el hijo de Liova. Se quedaron sólo unas cuantas semanas, y aquélla fue una reunión pesarosa y melancólica.

Después del "viraje a la derecha" de la política oficial, los trotskistas extremos e irreconciliables ganaron preponderancia en casi todos los centros de la Oposición. La masa de deportados no permitía siquiera que le hablaran de ningún intento de acercamiento entre ellos y los stalinistas. Sin embargo, los irreconciliables extremos

---

34- Véase la carta de Sosnovsky a Rafail del 24 de agosto, en The Trotsky Archives

no contaban con ningún portavoz de la autoridad y capacidad de Preobrazhensky y Rádck. Sus opiniones las formulaban hombres como Sosnovsky, Dingelstedt, Elzin y otros pocos que expresaban un estado de ánimo más bien que cualquier idea política definida.

El más talentoso y coherente de ellos era Sosnovsky; y cuando él afirmó lleno de confianza que "el llamado para el regreso de Trotsky resonará pronto en todo el mundo", expresaba la fervorosa esperanza de muchos de sus camaradas. Sosnovsky era hombre de la plena confianza de Trotsky y uno de los más eficaces periodistas bolcheviques, muy popular aun fuera de las filas de la Oposición. Pero no era un dirigente político ni un teórico. Se había distinguido como cronista de la Rusia bolchevique y como crítico agudo de la moral social. Rebelde por temperamento, animado por un intenso odio a la desigualdad y la injusticia, observó con indignación el ascenso, en el Estado obrero, de una burocracia privilegiada. Denunció con acrimonia la codicia y la corrupción de ésta (el "factor harén-cum-auto-móvil"), su esnobismo y su ambición arribista de asimilarse a las antiguas burocracia y aristocracia mediante los matrimonios de conveniencia. Quienes pensaban siquiera en la posibilidad de una reconciliación con el grupo gobernante sólo le inspiraban disgusto. En este sentido era el polo opuesto de Rádek. Fue a Sosnovsky a quien Rádek le escribió que no podía creer que todo lo que quedara del partido de Lenin fuera un puñado de oposicionistas virtuosos: para Sosnovsky la Oposición era en verdad el único custodio del legado de Octubre. Nada lo caracteriza con más exactitud que una carta que escribió a Vardin, su viejo camarada que había desertado de la Oposición y "capitulado" junto con Safárov. Despiadado en su desprecio, Sosnovsky le recordó a Vardin una vieja costumbre funeral de los judíos según la cual, cuando un muerto era llevado al cementerio, sus correligionarios de la sinagoga tenían que gritarle al oído: "¡Fulano, fulano, entérate de que estás muerto!" Él, Sosnovsky, gritaba ahora esas palabras en el oído de su viejo camarada, y las gritaría en el oído de cada capitulador. Observaba con desconfianza la evolución de Rádek, preguntándose si no debería gritar esas palabras al oído de éste también.[35]

Los otros portavoces de esta ala de la Oposición eran hombres más jóvenes y de menor estatura. Dingelstedt era un erudito prometedor, sociólogo y economista. Bolchevique desde 1910, distinguido como agitador en la Flota del Báltico en 1917, se encontraba todavía en los primeros años de su treintena. Elzin había sido

35- Al mismo tiempo aproximadamente Rádek le escribió también a Vardin; y su carta y la de Sosnovsky contrastan curiosamente. Esto fue en mayo, cuando en Rádek apenas había empezado a gestarse el estado de ánimo conciliatorio. Riñó a Vardin, pero con tacto y simpatía, y distó de tratar al capitulador como "moralmente muerto". Las cartas de Rádek y Sosnovsky se hallan en The Trotsky Archives

uno de los secretarios más talentosos de Trotsky. Estos hombres no estaban seguros de que el propio Trotsky no estuviera dando señales de vacilación. Así, Dingelstedt le escribió que "algunos camaradas se sentían gravemente preocupados" por su opinión de que el viraje de Stalin a la izquierda constituía "un paso indudable en nuestra dirección" y que la Oposición debía "apoyarlo incondicionalmente".[36] También reprochaban a Trotsky la "indulgencia" con que trataba a Rádek y Preobrazhensky, y no compartían sus esperanzas de reforma en el Partido y de un reavivamiento de la democracia proletaria dentro de éste.

Así, pues, mientras uno de los extremos de la Oposición incluía a quienes se sentían cada vez más ansiosos de llegar a un entendido con sus victimarios, el otro extremo se hacía casi indistinguible de los seguidores de V. Smirnov y Saprónov, los decemistas, y de los remanentes de la Oposición Obrera. Estos grupos de "ultraizquierda", como recordamos, habían ingresado en la Oposición Conjunta en 1926, pero posteriormente la abandonaron o fueron expulsados. En las colonias de deportados sus miembros convivían con los trotskistas y discutían interminablemente con ellos. Llevaban las ideas de los trotskistas a conclusiones extremas que algunas veces eran lógicas algunas veces absurdas y otras veces absurdas en su misma logicidad. Expresaban en forma exagerada todas las emociones que se agitaban en los corazones trotskistas, aun cuando muchos de los razonamientos de Trotsky no estaban al alcance de su comprensión. Ocasionalmente, por lo tanto, decían cosas que Trotsky en un principio rechazaba con indignación sólo para recogerlas y repetirlas en una etapa posterior. Criticaban a Trotsky por su indecisión y señalaban que era inútil contar con una reforma democrática en el Partido. (Trotsky tardaría cinco o seis años en llegar a la misma conclusión.) El Partido dirigido por Stalin era "un cadáver maloliente", escribió V. Smirnov en 1928. Él y sus partidarios sostenían que Stalin era el jefe victorioso del Termidor ruso, que se había consumado desde 1923, y el jefe auténtico de los kulaks y de los propietarios en general. Denunciaban el régimen stalinista como una "democracia burguesa" o una "democracia campesina" que sólo una nueva revolución proletaria podría derrocar. "La liquidación en 1923 de la democracia interna en el Partido y de la democracia proletaria en general", escribió Smirnov, "ha demostrado ser un mero prólogo al desarrollo de una democracia campesina de los kulaks".[37] Saprónov sostenía que "ya se están organizando legalmente partidos burgueses en este país"... ¡y lo decía en 1928![38] Así, pues, acusaban a Stalin de restaurar

36- Véanse las cartas de Dingelstedt a Trotsky del 8 de julio y el 24 de agosto de 1928, en The Trotsky Archives. También su carta a Rádek del 22 de agosto.

37- La cita está tomada de un ensayo decemista, "Pod. Znamia Lenina", que Trotsky atribuye a V. Smirnov, en The Trotsky Archives.

38- Véase la declaración de Saprónov del 18 de junio, dirigida a un amigo desconocido, en

el capitalismo precisamente cuando éste se disponía a destruir la agricultura privada, el principal vivero potencial del capitalismo en Rusia, y de favorecer un régimen burgués multipartidista precisamente cuando estaba llevando al régimen unipartidista a su última conclusión y erigiéndose él mismo en jefe único. Esto era quijotismo, en verdad. En Trotsky también podrían hallarse rastros del mismo elemento, pero su realismo y su autodisciplina los mantenían a raya. V. Smirnov, Saprónov y sus seguidores carecían de inhibiciones que los contuvieran cuando se lanzaban contra los molinos de viento de la "democracia kulak" de Stalin ; y algunos de los seguidores más jóvenes y atolondrados de Trotsky se vieron tentados a seguirlos, especialmente después que la "liquidación de la política de izquierda" en julio confirió momentáneamente a los molinos de viento la mínima semejanza con un enemigo en marcha.[39]

En medio de todas estas corrientes encontradas, Trotsky hacía todo lo posible por impedir que la Oposición se hiciera pedazos. Veía sus disensiones como un conflicto entre dos generaciones de oposicionistas, como un choque entre "padres e hijos", los primeros avejentados y fatigados bajo el peso de sus conocimientos y su experiencia, y los segundos llenos de inocente ardor y audacia. Él mismo compartía los sentimientos de unos y otros, los comprendía igualmente y todos le inspiraban las mismas aprensiones. Tenía malos presentimientos en cuanto a Rádek y Preobrazhensky: en el estado de ánimo y en los razonamientos de ambos discernía los impulsos que habrían de conducirlos a la capitulación. Pero se resistía a alejarlos, les concedía el beneficio de la duda y los defendía de los ataques de los trotskistas más fanatizados. Discutía con los dos hombres, paciente y firme al mismo tiempo; les concedía que había cierta verdad en lo que ellos decían sobre el viraje a la izquierda y el cambiante panorama del país; pero les encarecía que no llegaran a conclusiones apresuradas y que no exageraran las posibilidades de una reconciliación genuina con el stalinismo. Simultáneamente trataba de refrenar a los extremistas en el otro bando, diciéndoles que su optimismo sobre las perspectivas de la Oposición era excesivo y propiciaba la desilusión ulterior: ellos no debían imaginar que el reciente intento de apaciguar a los kulaks era "la última palabra de Stalin", a la que sólo podría seguir el "colapso inevitable" del régimen stalinista. La perpectiva, tal como él la veía, era mucho más compleja: era imposible prever con seguridad lo que saldría de la redoma. En todo caso, aunque había dicho que "el Partido todavía nos necesitará", se sentía mucho menos confiado que Sosnovsky

The Trotsky Archives.

39- Trotsky describía a quienes compartían las concepciones de V. Smirnov y Saprónov como la minoría lunática del antistalinismo, pero favorecía la cooperación con los decemistas más moderados, como Rafail, V. Kossior, Drobnis y Boguslavsky. Véase su carta circular sobre los decemistas del 22 de septiembre de 1928, en The Trotsky Archives.

en que "el llamado para el regreso de Trotsky pronto resonará por todo el mundo".[40] Trotsky se esforzó por mantener la unidad de la Oposición sobre la base de una "lucha sostenida e intransigente por la reforma interna del Partido". Su categórico rechazo de las "ilusiones acerca de un reacercamiento con el stalinismo" realzaba su actitud ante los jóvenes irreconciliables, en tanto que su énfasis en la reforma interna del Partido constituía el vínculo que lo ligaba a los conciliadores. Trotsky repudió la actitud "totalmente negativa y estéril" de los deceinistas frente al Partido, y trató de contrarrestar la nostalgia por el Partido, la subrepticia sensación de aislamiento y de inutilidad a que tendían a sucumbir los oposicionistas más viejos. Trató de reavivar el sentido de apostolado: la convicción de que aun en el exilio ellos seguían hablando en nombre de la clase obrera reducida al mutismo, de que lo que ellos decían todavía importaba, y de que tarde o temprano serían escuchados por la clase obrera y el Partido. Esta convicción, añadió, no debía llevar a la Oposición a una excesiva estimación de sí misma o a la arrogancia: aunque sólo ella defendía de manera consecuente la tradición marxista y leninista, no debía desechar a todos sus adversarios como nulidades: no debía, de ninguna manera, suponer que todo lo que había quedado del partido de Lenin eran unos cuantos miles de oposicionistas. La Oposición tenía razón al denunciar la "degeneración burocrática" del Partido; pero aun en esto era necesario cierto sentido de la proporción, puesto que existían "diversos grados de degeneración" y aún había muchos elementos sanos en el Partido. "Stalin le debe su posición no sólo al terror ejercido por el aparato, sino también a la confianza o semiconfianza de un sector de los obreros bolcheviques." Con esos obreros no debía perder contacto la Oposición, y a ellos debía dirigirse.[41]

Las intervenciones sutilmente equilibradas de Trotsky no siempre eran bien recibidas. Los ultrarradicales seguían criticando su benevolencia frente a los conciliadores, en tanto que Preobrazhensky y Rádek le reprochaban su tolerancia frente a la "actitud decemista" de aquellos trotskistas que se comportaban como si la Oposición fuera un nuevo partido y no un sector del viejo. El distanciamiento entre los grupos aumentaba continuamente. Pero mientras Trotsky permaneció en Alma Ata y mientras la política de Stalin. hallándose en una situación de suspenso, no acentuó más los dilemas de la Oposición, Trotsky logró impedir que los diversos grupos de sus seguidores se separaran demasiado y echaran a pique a la Oposición.

En estas difíciles circunstancias Trotsky halló el más fuerte apoyo moral en Rakovsky. Su vieja y estrecha amistad había adquirido ahora una nueva dimensión de afecto, intimidad y concordia intelectual. Después de su gran carrera como jefe

40- Véase la carta de Trotsky a "V. D." (¿Elzin?) del 30 de agosto de 1928.
41- Véase su carta circular sobre las diferencias de la Oposición con los decemistas del 11 de noviembre de 1928, y también sus cartas del 15 de julio, el 20 de agosto, el 2 de octubre y el 10 de noviembre, relativas al mismo asunto.

del gobierno bolchevique en Ucrania y como diplomático, Rakovsky trabajaba en Astrakán, el lugar de su exilio, como funcionario de baja categoría en la Gosplan local. Su correspondencia con Trotsky y los relatos de testigos presenciales constituyen una impresionante evidencia de la calma estoica con que soportaba su destino y de la intensidad y el alcance de su labor intelectual en el exilio.[42] Había llevado a Astrakán en su mochila las obras de Saint-Simon y Enfatin, de muchos historiadores franceses de la Revolución y de Marx y Engcls, novelas de Dickens y clásicos de la literatura rusa. Durante las primeras semanas de su deportación, Cervantes fue su autor favorito. "En una situación como ésta", le escribió a Trotsky, "vuelvo a Don Quijote y encuentro en él enorme satisfacción. Añorando su Dobrudzha natal, releyó a Ovidio. Interesado en la planificación económica en la región de Astrakán, estudió asiduamente los "perfiles geológicos" de las estepas del Caspio; y, al describirle este trabajo a Trotsky, intercaló en sus comentarios referencias a Dante y Aristóteles. Sobre todo, volvió a estudiar ávidamente la Revolución Francesa;[43] y escribió una Vida de Saint-Simon. Mantuvo a Trotsky informado sobre el progreso de su trabajo y le citó las predicciones de Saint-Simon sobre Rusia y los Estados Unidos como los dos colosos antagónicos del futuro (predicciones menos conocidas pero más originales que las que hizo posteriormente Toequeville). Quejándose de los efectos de la edad en su memoria y su imaginación -tenía cincuenta y cinco años en el momento de su deportación-, trabajaba sin embargo "con enorme pasión: avec ardeur". Con una insinuación de ternura paternal, instó a Trotsky a que no gastara su energía y su talento sólo en las cuestiones del momento: "Es sumamente importante que usted escoja también un gran tema, algo como mi Saint-Simon, que lo obligue a ver muchas cosas bajo una nueva luz y a releer muchas cosas desde un ángulo definido."[44] Procuró para Trotsky libros y publicaciones que no se conseguían en Alma Ata. Se mantuvo en contacto con los hijos de Trotsky en Moscú y compartió las aflicciones de la familia. Políticamente, apoyó a Trotsky tanto contra los conciliadores como contra

42- Louis Fischer, quien visitó a Rakovsky en Astrakán, relata que en una ocasión lo vio empleado por la autoridad local para actuar como intérprete de un grupo de turistas norteamericanos. Rakovsky se veía cansado y macilento, y cuando terminó su trabajo los visitantes norteamericanos trataron de darle una propina. Con un gesto amable, entre triste y divertido. Rakovsky se retiró.

43- Como embajador en París, Rakovsky había hecho mucho por fomentar el estudio de los archivos de la Revolución Francesa, en los que él mismo tenía gran interés, por los historiadores soviéticos. Entre los libros que se llevó al exilio y que tenía en gran estima, figuraba un ejemplar de la Histoire politique de la Révolution Frangaise de Aulard, con dedicatoria del autor.

44- Véase la carta de Rakovsky a Trotsky del 17 de febrero de 1928, en Bulleten Oppozitsii) núm. 35.

los ultrarradicales; y a ninguno de los jefes de la Oposición se sintió Trotsky tan apegado como a Cristián Georgévich.[45]

El temperamento político de Rakovsky era, en muchos aspectos, diferente del de Trotsky. Él no poseía, por supuesto, la fuerza de pensamiento, pasión y expresión de Trotsky, ni su tempestuosa energía. Pero tenía una mente sumamente clara y penetrante, y también, quizá, una mayor soltura filosófica. Pese a su devoción como oposicionista, era menos sectario, cuando menos en el sentido de que sus concepciones trascendían en su amplitud los objetivos y las tácticas inmediatas de la Oposición. Convencido de la justicia que asistía a la Oposición y de su reivindicación última, tenía mucho menos confianza en sus posibilidades de éxito político. Él retrocedía y abarcaba con la mirada el inmenso panorama de la revolución y aprehendía claramente su rasgo dominante. Ese rasgo era "la inevitable desintegración del partido de la revolución después de su victoria".

Rakovsky desarrolló esta idea en su "Carta a Valentinov" un ensayo que causó una conmoción en las colonias trotskistas en el verano de 1928.[46] ¿Cómo podía explicarse, preguntaba Rakovsky, la perversidad abismal y la depravación moral que se habían revelado en el partido bolchevique, un partido que había estado constituido por revolucionarios honrados, fervientes y valerosos? No bastaba culpar al grupo gobernante o a la burocracia. La causa más profunda era "la apatía de las masas y la indiferencia de la clase obrera victoriosa después de la revolución". Trotsky había señalado el atraso de Rusia, la debilidad numérica de la clase obrera, el aislamiento y el cerco capitalista como los factores determinantes de la "degeneración burocrática" del Estado y el Partido. Para Rakovsky, esta explicación era válida pero insuficiente. El sostenía que incluso en un país sumamente avanzado y plenamente industrializado, incluso en una nación constituida casi enteramente por obreros y rodeada sólo por Estados socialistas, las masas podrían, después de la revolución, sucumbir a la apatía, abdicar a su derecho de moldear su propia vida y hacer posible que una burocracia arbitraria usurpara el poder. Éste, decía, era el peligro inherente a cualquier revolución victoriosa. Era el "riesgo profesional" del gobierno.

La revolución y la guerra civil se ven seguidas, por regla general, por la descomposición social de la clase revolucionaria. El Tercer Estado francés se desintegró después de triunfar sobre el anden régime. Los antagonismos de clase en su seno, los conflictos entre los burgueses y los plebeyos, destruyeron su unidad. Pero aun los grupos socialmente homogéneos se escindían debido a la

45- -"A Cristián Gueórgucvich Rakovsky, Luchador, Hombre y Amigo" le había dedicado Trotsky su Literatura y Revolución.

46- El texto de la carta, escrito el 2 de agosto de 1928, se halla en The Trotsky Archives. Valentinov había sido jefe de redacción de Trud y se encontraba exiliado como trotskista.

"especialización funcional" de sus miembros, algunos de los cuales se convertían en los nuevos gobernantes en tanto que otros permanecían entre los gobernados. "La función ajustaba su órgano a sí misma y lo cambiaba." Debido a la desintegración del Tercer Estado, la base social de la revolución se estrechó y el poder vino a ser ejercido por un número cada vez más reducido de personas. La elección fue reemplazada por el nombramiento. Este proceso estaba bien avanzado aun antes del golpe termidoriano; fue Robespierre quien lo promovió y después se convirtió en su víctima Primero fue la exasperación del pueblo con el hambre y la miseria lo que no les permitió a los jacobinos confiar la suerte de la revolución al voto popular; después el régimen arbitrario y terrorista de los jacobinos empujó al pueblo a la indiferencia política; y esto les permitió a los termidorianos destruir a Robespierre y al partido jacobino. En Rusia habían ocurrido cambios similares en la "anatomía y fisiología" de la clase obrera que habían conducido a resultados similares: la abolición del sistema electivo, la concentración del poder en muy pocas manos y la sustitución de órganos representativos por jerarquías de funcionarios nombrados. El partido bolchevique estaba escindido entre gobernantes y gobernados, y su carácter había cambiado tanto que "el bolchevique de 1917 difícilmente se habría reconocido a sí mismo en el bolchevique de 1928".

Una profunda y consternadora apatía paralizaba aún a la clase obrera. A diferencia de Trotsky, Rakovsky no creía que fuera la presión de los obreros lo que había obligado a Stalin a emprender el "viraje a la izquierda". Ésta era una operación burocrática llevada a cabo exclusivamente desde arriba. La militancia de base no tenía ninguna iniciativa y se preocupaba muy poco por la defensa de sus libertades. Rakovsky evocó uno de los pronunciamientos de Babeuf en 1794: "Reeducar al pueblo en el amor a la libertad es más difícil que conquistar la libertad". Babeuf dio el grito de batalla; "¡Libertad y una Comuna Electa!"; pero su grito cayó en oídos sordos. Los franceses habían "desaprendido" la libertad. Hubieron de transcurrir treinta y siete años, de 1793 a 1830. antes de que la reaprendieran, se recuperaran de la apatía y se alzaran en otra revolución. Rakovsky no planteaba explícitamente la pregunta que se sugería por sí misma: ¿cuánto tardarían las masas rusas en recuperar su vitalidad y su vigor políticos? Pero su razonamiento implicaba que un reavivamiento político sólo podría ocurrir en Rusia en un futuro relativamente remoto, después de que hubiesen ocurrido grandes cambios en la sociedad y después de que la clase obrera se hubiese ampliado, desarrollado, reintegrado y recuperado de los muchos traumas y desilusiones. Rakovsky "confesaba" que nunca había contado con triunfos políticos a corto plazo para la Oposición: y concluía que ésta debía dirigir sus esfuerzos principalmente a la educación política de la clase obrera a largo plazo. A este respecto, decía la Oposición no había hecho ni intentado hacer gran cosa, aunque sí había hecho más que el grupo gobernante; y debía tener

presente que "la educación política sólo rinde frutos muy lentamente".

La conclusión inexpresada era que la Oposición tenía muy pocas posibilidades. si es que tenía alguna, de influir sobre el curso de los acontecimientos en su tiempo, aunque sí podía contar con su reivindicación última, tal vez postuma. Rakovsky ponía de relieve el conflicto básico de la Oposición: su posición entre una burocracia desmoralizada, traicionera y tiránica por un lado, y una clase obrera irremediablemente apática y pasiva por el otro. "Me parece", recalcaba, "que sería completamente insensato esperar cualquier clase de reforma interna del Partido basada en la burocracia". Y tampoco preveía ningún movimiento regenerador surgido de las masas, durante muchos años por venir. De ello se seguía (aunque Rakovsky no lo decía) que la burocracia, tal y como era, seguiría siendo, quizá durante varias décadas, la única fuerza con capacidad de iniciativa y acción para reestructurar la sociedad soviética. La Oposición estaba obligada por sus principios a persistir en su hostilidad irreductible frente a la burocracia; pero no podía apelar efectivamente al pueblo contra ésta y estaba apartada de antemano del gran proceso histórico mediante el cual la sociedad soviética habría de transformarse con el tiempo. Sólo podía aspirar a laborar para el futuro en el campo de las ideas principalmente.

Una conclusión de este tipo, implícita en la "Carta a Valentinov" de Rakovsky, puede, en ciertas situaciones, satisfacer a un círculo reducido de teóricos e ideólogos; pero representa una sentencia de muerte para cualquier movimiento político. Rakovsky veía el curso de la revolución y las perspectivas de la Oposición con fría y profunda perspicacia y estoica ecuanimidad. No podía esperarse esa misma actitud en los varios millares de oposicionistas que leyeron la "Carta a Valentinov". Ya sea que fueran obreros o intelectuales, eran revolucionarios y luchadores prácticos, apasionadamente interesados en el resultado inmediato de su lucha y en los grandes acontecimientos que sacudían y transformaban a su nación. Habían ingresado en la Oposición como un movimiento político, no como un cenáculo de filósofos o ideólogos; y deseaban que triunfara como un movimiento político. Aun los rebeldes o revolucionarios más heroicos y abnegados luchan generalmente por objetivos que consideran, en cierta medida, al alcance de su generación; son pocos y muy excepcionales los hombres que, como pensadores, pueden luchar por un premio que la historia tal vez les conceda postumamente.

La masa de los oposicionistas se había esforzado por fortalecer el sector socialista de la economía soviética, por llevar adelante la industrialización, por revivir el espíritu del internacionalismo y por restaurar cierto grado de libertad dentro del Partido; y no podía resignarse a pensar que tales objetivos fueran inalcanzables para ella. Los oposicionistas ya habían descubierto que no podían alcanzarlos por sí mismos, y que tenían que buscar ayuda o en las masas o en la burocracia. No

podían aceptar la idea de que era inútil buscar esa ayuda en las unas o en la otra. Para existir políticamente, tenían que creer una de dos cosas: o que las masas se alzarían tarde o temprano contra la burocracia, o que la burocracia, por sus propias razones, llevaría acabo muchas de las reformas que había preconizado la Oposición. Los trotskistas radicales ponían sus esperanzas en las masas, y los conciliadores en el grupo gobernante o en un sector de éste. Cada una de estas esperanzas era ilusoria, pero no en la misma medida. No había indicios en el país de ningún movimiento de masas en favor de los objetivos de la Oposición. Pero la burocracia se hallaba claramente en un estado de agitación; se había dividido en lo relativo a cuestiones como la industrialización y la política campesina. Los conciliadores veían que, en lo tocante a estas cuestiones, la facción stalinista, después de todo, se había acercado a la Oposición; y esto alentaba su esperanza de que se acercara más en otros aspectos también. El hecho de que la burocracia fuera la única fuerza en la sociedad que mostraba una iniciativa social efectiva daba pie a la esperanza de que pudieran incluso restaurar la libertad dentro del Partido. La alternativa era demasiado sombría para que fuera posible contemplarla: consistía en que la libertd dentro del Partido y la democracia proletaria en general estaban condenadas a seguir siendo sueños vacíos durante mucho tiempo todavía.

Trotsky se sintió vivamente impresionado por las opiniones de Rakovsky y se las recomendó a la Oposición; pero, según parece, pasó por alto algunas de sus implicaciones más profundas y relativamente pesimistas. En Trotsky, el pensador desapasionado y el dirigente político activo estaban ahora en conflicto. El pensador aceptaba un análisis del cual se seguía que la Oposición estaba virtualmente condenada a muerte como movimiento político. El dirigente político no podía ni siquiera considerar tal conclusión, menos aún resignarse a ella. El teórico podía admitir que Rusia, al igual que Francia anteriormente, había “desaprendido la libertad” y tal vez no la reaprendería antes de que surgiera una nueva generación. El hombre de acción tenía que desterrar tal perspectiva de su mente y tratar de ofrecer una finalidad práctica a sus seguidores. El pensador podía adelantarse a su tiempo y trabajar por el veredicto de la posteridad. Él jefe de Ja Oposición tenía que retroceder a su tiempo, vivir en él y creer con sus seguidores que todos ellos tenían un gran papel constructivo que desempeñar en él. Lo mismo como pensador que como jefe político, Trotsky se negaba a contemplar a su país aislado del resto del mundo. Seguía convencido de que el peor impedimento del bolchevismo consistía en su aislamiento y de que la propagación de la revolución a otros países ayudaría a los pueblos de la Unión Soviética a reaprender la libertad mucho antes de lo que podría hacerlo de otra suerte.

A fines del verano de 1928 llegaron a Alma Ata, procedentes de los círculos trotskistas clandestinos de Moscú, noticias sorprendentes. Éstas ofrecían evidencia

detallada de que Stalin estaba a punto de reanudar su viraje a la izquierda y de que el rompimiento entre su facción y la de Bujarin era completo e inseparable. Más aún, los informes de Moscú pretendían que tanto los bujarinistas como los stalinistas proyectaban una alianza con la Oposición de izquierda y que ambos estaban compitiendo ya por el apoyo trotskista y zinovievista. Parecía, en verdad, como si el grito por el regreso de Trotsky estuviera, después de todo, a punto de dejarse oír.

Los trotskistas de Moscú se mantenían en contacto bastante estrecho con Kámenev, quien les comunicó los detalles de las conversaciones que había sostenido con Sokólnikov durante la sesión del Comité Central en julio. Sokólnikov, que todavía era miembro del Comité Central y una especie de semibujarinista y semizinovievista, parecía abrigar la esperanza de formar una coalición de la derecha y la izquierda contra el centro stalinista, y él mismo trataba de actuar como intermediario. Le contó a Kámenev que Stalin se había jactado en el Comité Central de que, en la lucha contra los bujarinistas, él pronto tendría a los trotskistas y a los zinovievistas a su lado, y de que en verdad ya los tenía "en el bolsillo". Bujarin se amilanó. Por mediación de Sokólnikov le imploró a la Oposición de izquierda que se abstuviera de apoyar a Stalin, e incluso sugirió una acción conjunta contra éste. Sin embargo, la sesión de julio del Comité Central terminó con el triunfo aparente de Bujarin, o más bien con una transacción entre éste y Stalin. Pero poco después volvieron a entrar en conflicto; y Bujarin se unió secretamente con Kámenev en presencia de Sokólnikov. Le dijo a Kámenev que tanto él como Stalin se verían obligados a recurrir a la Oposición de izquierda y a tratar de hacer causa común con ella. Los bujarinistas y los stalinistas todavía se resistían a recurrir a sus antiguos enemigos, pero unos y otros sabían que tal medida se haría "inevitable en un término de dos meses". En todo caso, dijo Bujarin, era seguro que los oposicionistas expulsados y deportados pronto serían llamados a Moscú y reinstalados en el Partido.[47]

Kámenev escribió un informe detallado de su reunión con Bujarin para enviárselo a Zinóviev, que todavía se hallaba semiexiliado en Voronezh; y este informe nos permite reconstruir la escena con su color y su atmósfera peculiares. El Bujarin que se encerró a discutir con Kámenev y Sokólnikov era un hombre muy diferente del que sólo siete meses antes, en el XV Congreso. había ayudado a aplastar a

47- Los informes de los trotskistas de Moscú se hallan en The Trotsky Archives. La versión de las conversaciones de Sokólnikov con Kámenev está fechada el 11 de julio de 1928, y la de la reunión de Bujarin y Kámenev lleva fecha del 11 de agosto. Otro informe sobre una reunión entre los trotskistas y Kámenev es del 22 de septiembre. La versión de la conversación entre Kámenev y Bujarin la hicieron circular clandestinamente los trotskistas de Moscú unos cuantos meses después, en el momento de la deportación de Trotsky a Constantinopla.

la Oposición. No había ahora en él ningún rastro de aquel Bujarin anterior, lleno de confianza en sí mismo y jactancioso, que se había burlado de Kámenev por "apoyarse en Trotsky" y al que Stalin había felicitado por "hacer pedazos" a los jefes de la Oposición "en lugar de discutir con ellos". Llegó a casa de Kámenev subrepticiamente, aterrado, pálido, tembloroso, echando miradas aprensivas a su alrededor y hablando en susurros. Empezó por suplicarle a Kámenev que no le hablara a nadie de su reunión y que no la mencionara por escrito o por teléfono, porque ambos estaban siendo espiados por la GPU. Había venido, con el ánimo deshecho, a "apoyarse" en el hombre que él mismo había destruido moralmente. El pánico hacía que sus palabras fueran parcialmente incoherentes. Sin pronunciar el nombre de Stalin, repetía en forma obsesiva: "*Él* nos asesinará", "*Él* es el nuevo Gengis Khan", "¿*Él* nos estrangulará". A Kámenev, Bujarin le dio ya "la impresión de un hombre condenado".

Bujarin confirmó que la crisis en la dirección del Partido había sido causada por el conflicto entre el gobierno y el campesinado. Durante la primera mitad del año, dijo, la GPU había tenido que reprimir 150 rebeliones campesinas esporádicas y muy alejadas entre sí: tal era la desesperación a que habían llevado a los muzhiks las medidas de emergencia de Stalin. En julio el Comité Central se mostró tan alarmado que Stalin tuvo que fingir una retirada: revocó provisionalmente las medidas de emergencia, pero sólo con el propósito de debilitar a los bujarinistas y prepararse mejor para un nuevo ataque. De entonces acá había logrado ganarse a Voroshílov y Kalinin, que habían simpatizado con los bujarinistas; y esto le había dado una mayoría en el Politburó. Stalin, informó Bujarin, estaba listo ahora para emprender la ofensiva final contra la agricultura privada. Había adoptado la idea de Preobrazhensky y sostenía que sólo "explotando" al campesinado podría el socialismo llevar adelante la acumulación primitiva en Rusia, porque, a diferencia del capitalismo de los primeros tiempos, no podría desarrollarse a través de la explotación de las colonias y con la ayuda de empréstitos extranjeros. De esto Stalin extraía la conclusión (que Bujarin calificaba de "analfabeta e idiota") de que, mientras más avanzara el socialismo, más fuerte se haría la resistencia popular, una resistencia que sólo una "dirección enérgica" podría dominar. "Esto significa un estado policiaco", comentó Bujarin; pero "Stalin no se detendrá ante nada", "su política nos llevará a la guerra civil; él se verá obligado a ahogar las rebeliones en sangre" y "nos denunciará como los defensores del kulak". El Partido estaba al borde de un abismo: si Stalin lograba imponerse, no quedaría ni un ápice de libertad. Y una vez más repitió: "nos asesinará", "*Él* nos estrangulará". "La raíz del mal está en la completa fusión del Partido y el Estado".

Ésta era la situación en que Bujarin se decidió a recurrir a la Oposición de izquierda. Las antiguas divisiones, tal como él veía las cosas, habían perdido gran

parte de su razón de ser: “Nuestras discrepancias con Stalin”, le dijo Kámenev, “son muchísimo más graves que las que hemos tenido con ustedes”. Lo que estaba en juego ahora no eran ya las diferencias normales de política, sino la preservación del Partido y del Estado y la autopreservación de todos los adversarios de Stalin. Aunque la Oposición de izquierda postulaba una política anti-kulak, Bujarin sabía que no deseaba ponerla en práctica con los métodos temerarios y sangrientos a que Stalin recurriría. En todo caso, lo que a Stalin le importaba no eran las ideas: “Él es un intrigante sin principios que lo supedita todo a su sed de poder... sólo conoce la venganza y... la puñalada por la espalda...” Así pues, los adversarios de Stalin no debían permitir que sus antiguas diferencias en el orden de las ideas les impidieran hacer causa común en defensa propia.

Deseoso de alentar a sus posibles aliados, Bujarin enumeró a continuación las organizaciones y los individuos influyentes que él suponía estaban dispuestos a unirse contra Stalin. El odio que los obreros sentían por Stalin, dijo, era notorio: Tomsky, cuando se emborrachaba, solía decirle al oído a Stalin: “Nuestros obreros pronto empezarán a dispararle a usted, ya lo verá”. En las células del Partido, los militantes estaban tan disgustados con la falta de principios de Stalin que, cuando se inició el viraje a la izquierda, preguntaban: “¿Por qué sigue Rikov a la cabeza del Consejo de Comisarios del Pueblo, mientras Trotsky está exiliado en Alma Ata?” Las “condiciones psicológicas” para la destitución de Stalin todavía no estaban maduras, pero iban madurando, sostenía Bujarin. Cierto era que Stalin se había ganado a Voroshílov y Kalinin; que Ordzhonikidze, que había llegado a odiar a Stalin. era un pusilánime; pero Andréiv, los dirigentes de Leningrado -¿era Kírov uno de ellos?- y Yagoda y Trillisser, los dos subjefes de la GPU, y otros, estaban dispuestos a volverse contra Stalin. Mientras alegaba que los dos jefes efectivos de la GPU estaban de su parte, Bujarin sin embargo no cesaba de referirse con terror a la GPU. Su versión de las fuerzas que él podría movilizar contra Stalin no podía inspirarle seguridad a su interlocutor.

Pocas semanas más tarde los trotskistas de Moscú informaron a Alma Ata sobre otra reunión que habían tenido con Kámenev. “Stalin está a punto de hacerle proposiciones a la Oposición de izquierda”: tan seguro de ello estaba Kámenev que ya le había advertido a Zinóviev que no comprometiera la posición de aquélla respondiendo con demasiada avidez a los sondeos de Stalin. Sostenía que un desenlace era inminente, y que él estaba “totalmente de acuerdo con Trotsky” al pensar que la política de Stalin había despertado hostilidad en todo el campesinado, no sólo en los kulaks, y que la tensión había alcanzado su punto explosivo. En consecuencia, era inevitable un cambio en la dirección del Partido, cambio que “estaba llamado a ocurrir aun antes de terminal’ el año”. Pero Kámenev imploró a Trotsky que diera un paso que facilitara su reingreso en el Partido. “Liev Davidóvich

debería hacer una declaración ahora, diciendo: 'Llámenos y trabajaremos juntos'. Pero Liev Davidóvich es terco. Él no hará tal cosa; preferirá permanecer en Alma Ata hasta que envíen un tren especial a buscarlo. Pero cuando ellos se resuelvan a enviar ese tren, la situación se habrá hecho incontrolable y Kerensky estará ante portas".[48]

Stalin, sin embargo, no efectuó los sondeos directos que Kámenev esperaba. En lugar de ello, hizo muchas alusiones generales a una posible reconciliación ; y se aseguró de que esas alusiones le llegaran a Trotsky por vías indirectas. Así, por ejemplo, le dijo a un comunista extranjero, asiático, que aun Trotsky y sus seguidores, a diferencia de los decemistas, habían permanecido "dentro de la ideología bolchevique", y que él, Stalin, sólo pensaba cómo hacerlos regresar lo antes posible. Los colaboradores íntimos de Stalin, Ordzhonikidze en particular, hablaban abierta y libremente sobre la rehabilitación de Trotsky; y en el VI Congreso de la Comintern se aconsejó confidencialmente a las delegaciones extranjeras que fueran tomando en cuenta la posibilidad, e incluso la probabilidad, de una coalición entre Stalin y Trotsky.[49]

La sensación de crisis se había propagado ya del Partido ruso a la Internacional. Pese al despliegue de unanimidad y de entusiasmo oficial, el VI Congreso se sintió decepcionado por la dirección conjunta de los asuntos de la Internacional por parte de Stalin y Bujarin. La Crítica de Trotsky al nuevo programa había circulado, en una versión censurada, en el Congreso, donde, según los corresponsales de Trotsky, causó impresión.[50] Aun aquellos dirigentes comunistas extranjeros que pasaban por stalinistas ardientes expresaron en privado su disgusto por los dogmas y rituales que Stalin había impuesto al movimiento comunista. Togliatti-Ercoli, según ciertos informes, se había quejado de la irrealidad de los trabajos del Congreso, "los aburridos y tristes desfiles de lealtad" y la arrogancia de los dirigentes rusos. "Uno se sentía como con ganas de ahorcarse de puro desaliento", se contó que había dicho. "La tragedia es que no se puede decir la verdad acerca de las cuestiones más importantes del momento. No nos atrevemos a hablar..." Togliatti encontró la Crítica de Trotsky "extraordinariamente interesante... un análisis muy sensato del socialismo en un solo país". Thorez, el dirigente francés, caracterizó el estado de ánimo prevaleciente en el Congreso como de "inquietud,

48- Kámenev resintió los ataques de Trotsky a los capituladores; ello no obstante, él y Zinóviev intervinieron ante Bujarin y Mólotov en favor de Trotsky y protestaron de que se le mantuviera en el exilio en condiciones perjudiciales para su salud

49- Véase una carta sin fecha intitulada "Podgótovka Kongresa" y otra correspondencia sin fecha desde Moscú, en The Trotsky Archives

50- Fue de esta versión que los comunistas norteamericanos sacaron la Critica de Rusia y la publicaron en los Estados Unidos en 1928.

descontento y escepticismo"; y él también aprobó buena parte de las críticas de Trotsky al socialismo en un solo país. "¿Cómo es posible", preguntó, "que se nos haya hecho tragar esta teoría?" Aun cuando el Partido ruso hubiese tenido que combatir al trotskismo, no debía haber aceptado el dogma de Stalin. La degradación de la Internacional le pareció a Thorez "casi intolerable". No fue posible ocultar al Congreso el conflicto entre Stalin y Bujarin, y fue en relación con esto que los delegados extranjeros de confianza se enteraron de que, en caso de un rompimiento definitivo con Bujarin, Stalin tal vez consideraría deseable o necesario fonnar una coalición con Trotsky.

Informes similares siguieron llegando a Alma Ata desde muchas fuentes durante todo agosto y septiembre. El propio Stalin indudablemente seguía alentando la creencia de que favorecía el regreso inminente de Trotsky. Esto era, en parte, engaño deliberado y ruse de guerre. Al dar a entender que estaba dispuesto a hacer las paces con Trotsky, Stalin trataba de intimidar a Bujarin y Ríkov, de confundir a los trotskistas y de hacer que los conciliadores entre éstos desearan la reconciliación con mayor impaciencia aún de la que ya sentían. Pero Stalin no sólo simulaba. Todavía no podía sentirse muy seguro del resultado final de su enfrentamiento con Bujarin, Ríkov y Tomsky, y de su habilidad para lidiar simultáneamente, en medio de una crisis nacional, con ambas oposiciones, la de derecha y la de izquierda. Trabajaba infatigablemente para poner de rodillas a las dos oposiciones, pero mientras no hubiese cumplido plenamente este propósito, tenía que mantener su puerta abierta a un acuerdo con una de ellas. Su posición era ya tanto más fuerte que la de Bujarin, que no tenía necesidad de hacer sondeos directos. Pero lanzó globos de prueba y observó cómo los recibían Trotsky y sus partidarios.

Trotsky estaba bien preparado para enfrentarse a algunos de estos acontecimientos, pero otros lo tomaron por sorpresa. El recrudecimiento, en una forma tan peligrosa, del conflicto entre la ciudad y el campo, el rompimiento entre Stalin y Bujarin, y la circunstancia de que los ojos de algunos de sus adversarios y de los capituladorcs estuviesen fijos una vez más en él, eran hechos que coincidían con las expectativas de Trotsky. Éste todavía se inclinaba a pensar que la facción stalinista no sería capaz de arreglárselas por sí sola y que tendría que suplicar a la Oposición de izquierda que acudiera a su rescate. Trotsky había declarado repetidamente, de la manera más formal y solemne, que en tal situación la Oposición "cumpliría con su deber" y no negaría su cooperación. Ahora reiteró esa promesa. Pero añadió que rechazaba todas las "combinaciones burocráticas", que no estaba dispuesto a negociar tras bastidores por su lugar en el Politburó o a contentarse con una parte del control sobre el aparato del Partido como la que Stalin pudiera ofrecerle in extremis. Él y sus partidarios, declaró, reingresarían en el Partido sólo bajo las condiciones de la democracia proletaria, reservándose la plena libertad de expresión y crítica, y a

condición de que la dirección del Partido fuera elegida por el voto secreto de los militantes de base en lugar de ser escogida por la jerarquía mediante las conocidas maquinaciones interfaccionales.[51]

La situación de Stalin, difícil y todo, no era tan desesperada como para obligarlo a aceptar las condiciones de Trotsky. Éste contaba, sin embargo, con que la situación se deterioraría inás aún y entonces el grueso de la facción stalinista, con o sin su jefe, tendría que buscar un acuerdo bajo las condiciones estipuladas por él. Tanto por razones de principio como de interés, él no consideraría otras condiciones: después de todas sus experiencias no se pondría a merced de los favores del "aparato".

Mientras tanto, sin embargo, Trotsky tuvo que enfrentarse a un inesperado giro de los acontecimientos. Durante años no había cesado de hablar del "peligro de la derecha" y de prevenir al Partido contra los defensores del kulak y los termidorianos. Había estado dispuesto a formar un "frente unido" con Stalin contra Bujarin. Pero era Bujarin quien le imploraba a la Oposición de izquierda que hiciera causa común contra Stalin, su enemigo y opresor común. Cuando Bujarin susurraba aterrorizado: "Él nos estrangulará, él nos asesinará", Trotsky no podía desechar tales palabras como meras imaginaciones de un hombre confundido y acosado por el pánico. Él mismo había hablado repetidamente sobre el holocausto que el "sepulturero de la revolución" le estaba preparando al Partido. Cierto era que el llamado de Bujarin había sido tardío, después de que él mismo había ayudado a Stalin a aplastar a la Oposición y a destruir la libertad en el Partido. Pero Bujarin no era el primero de los adversarios de Stalin que se comportaba en esa forma. Zinóviev y Kámenev habían hecho lo mismo, y sin embago, eso no le había impedido a Trotsky hacer causa común con ellos. ¿Debería él rechazar entonces la mano tendida de Bujarin? Si Stalin le estaba arrebatando una bandera a Trotsky, la del viraje a la izquierda. Bujarin le quitaba otra: apelaba a la Oposición de izquierda en nombre de la democracia proletaria. Trotsky se halló colocado entre la espada y la pared: no podía ignorar el llamado de Bujarin sin negar uno de sus propios principios; y no podía responder a ese llamado sin actuar, o dar la impresión de actuar, contra otro de sus principios, que lo obligaba a apoyar el viraje a la izquierda.

Buscando una salida, asumió una actitud más reservada frente al viraje de Stalin a la izquierda y atenuó el énfasis con que proclamaba el apoyo de la Oposición a esa política. Desde todas partes de la Unión Soviética sus seguidores le escribían informándole sobre el terror que Stalin había desencadenado en el campo en la primavera y a comienzos del verano y sobre las "orgías de brutalidad" a que había sometido a los campesinos medianos y aun a los pobres. Los funcionarios trataban de eludir su responsabilidad diciendo a la gente que la presión trotskista

51- Véase, por ejemplo, la carta de Trotsky a S. A. (20 de agosto de 1928).

y zinovievista había provocado la ofensiva contra los campesinos. Todo indicaba que si Stalin reanudaba la nueva política de izquierda, ésta causaría un cataclismo sangriento. Trotsky se negó de antemano a aceptar cualquier parte de la responsabilidad por esto. En agosto de 1928, casi un año antes de que comenzara la "liquidación de los kulaks", escribió a sus seguidores que, aunque la Oposición se había comprometido a apoyar el viraje a la izquierda, nunca había propuesto tratar al campesinado a la manera stalinista. Había favorecido el aumento de los impuestos a los ricos, el apoyo del gobierno a los agricultores pobres y el estímulo a la colectivización voluntaria, pero no una "política de izquierda" cuyo ingrediente principal fuera la fuerza y la brutalidad administrativa. Al juzgar la política de Stalin, "era necesario considerar no sólo lo que éste hacía, sino también cómo lo hacía". [52] Trotsky no sugería que la Oposición debía dejar de apoyar la política de izquierda, pero recalcaba más que nunca que debía combinar el apoyo con la crítica severa. Hizo clara su discrepancia con los conciliadores que se sentían reanimados por la reciente evidencia de que el rompimiento entre Stalin y Bujarin era irremediable y de que Stalin estaba a punto de reanudar su "ofensiva contra el kulak". Rechazó las exhortaciones de Kámenev con burla y desprecio. Declaró que no haría nada para "facilitar" su reingreso en el Partido y que no les suplicaría a sus victimarios que lo llamasen de regreso a Moscú. A ellos les tocaba hacer tal cosa si así lo deseaban, pero aun entonces él no dejaría de atacarlos a ellos y a los capituladores.[53]

Ésta fue la respuesta de Trotsky no sólo a las sugestiones, sino también a los vagos y alusivos requiebros de Stalin. La conciliación entre ellos estaba descartada. Trotsky respondió mucho más favorablemente al llamado de Bujarin. Lo hizo en "Una conversación franca con un hombre de Partido bien intencionado", una carta circular del 12 de septiembre. El "hombre de Partido bien intencionado" era un bujarinista que le había escrito a Trotsky inquiriendo sobre su actitud frente al ala derecha, que ahora era la Oposición de derecha. Trotsky le respondió diciendo que, en lo tocante a las cuestiones importantes de política industrial y social, el abismo que los separaba seguía siendo tan profundo como siempre. Pero añadió que estaba dispuesto a cooperar con el ala derecha con un propósito, a saber, la restauración de la democracia en el seno del Partido. Si Ríkov y Bujarin estaban dispuestos a

52- Véase la carta de Trotsky del 30 de agosto a Palátnikov, "profesor rojo", economista, exiliado en Aktiubinsk. En una carta a Rakovsky del 13 de julio, Trotsky escribió que Rádck y Prcobrazhensky se imaginaban que la facción stalinista, después de moverse hacia la izquierda, sólo tenía detrás "una cola derechista" y debía ser convencida de que se deshiciera de ella. Aun si eso fuera cierto, comentaba Trotsky, ayudaría poco: "un mono que se libra de su cola no es todavía un ser humano". The Trotsky Archives

53- -"Pismo Druziam" del 21 de octubre.

colaborar con la izquierda para preparar conjuntamente un Congreso del Partido honradamente elegido y verdaderamente democrático, él favorecía un entendido con ellos.

Esta declaración causó asombro y hasta indignación en las colonias trotskistas. Muchos exiliados, no sólo los conciliadores, protestaron y recordaron a Trotsky la frecuencia con que él mismo había descrito las coaliciones de la derecha y la izquierda dirigidas contra el centro como ajenas a los principios, perniciosas y causantes de la ruina de más de una revolución. ¿No había sido Termidor precisamente una combinación de jacobinos de izquierda y de derecha unidos contra el centro de Robespierre? ¿No había estado determinada hasta entonces toda la conducta de la Oposición por su disposición a coaligarse, bajo ciertas condiciones, con los stalinistas contra los bujarinistas y no a la inversa? ¿No había reafirmado el propio Trotsky este principio recientemente, cuando aseguró a la Internacional Comunista que la Oposición de izquierda nunca entraría en ninguna combinación con quienes se oponían a Stalin desde la derecha?

Trotsky replicó diciendo que él todavía consideraba a la derecha bujarinista, más bien que el centro stalinista, como el adversario principal. Él no había propuesto a Bujarin ninguna coalición referente a cuestiones de política. Pero no veía ninguna razón para que no hicieran causa común para alcanzar un objetivo claramente definido como era la restauración de la libertad en el seno del Partido. Estaba dispuesto a "negociar con Bujarin del mismo modo que los rivales en un duelo discuten, a través de sus padrinos, las reglas bajo las cuales tendrá lugar su encuentro".[54] La izquierda no podía desear otra cosa que proseguir su controversia con la derecha bajo las reglas de la democracia interna en el Partido; y si esto era también lo que la derecha deseaba, nada sería más natural que la colaboración entre ambas para hacer valer esas reglas.

Este razonamiento resultaba poco convincente para los seguidores de Trotsky. Éstos estaban tan acostumbrados a ver en la facción de Bujarin a su enemigo principal, que no podían contemplar ningún acuerdo con ella. Habían atacado durante tanto tiempo y con tanta persistencia a los stalinistas corno los cómplices hipócritas de la derecha, que se horrorizaban de pensar que ellos mismos pudieran aparecer como cómplices de ésta. Tampoco podían aceptar la explicación de Trotsky de que él sólo les había propuesto a los bujarinistas un acuerdo técnico, algo similar al establecimiento de reglas para un duelo. Por principio de cuentas, no se trataba de un duelo sino de una lucha entre tres adversarios, en la que cualquier acuerdo entre dos de ellos iba dirigido automáticamente contra el tercero. Por otra parte,

---

54- Véase "Na Zloby Dnia" (sin fecha precisa), la respuesta de Trotsky a sus críticos, en The Trotsky Archives

la democracia interna en el Partido era un problema político por excelencia que guardaba relación con todas las cuestiones importantes. Una alianza de la izquierda y la derecha, por limitado que fuera su propósito, tendría como resultado, en caso de triunfar, el derrocamiento de la facción stalinista, y ello después de que ésta había iniciado el viraje a la izquierda. El viraje a la izquierda quedaría frenado de inmediato. La secuela dependería del incierto resultado de la lucha entre la izquierda y la derecha. Si la derecha lograba vencer, proclamaría de seguro aquella neo-NEP cuyo peligro había obsesionado a los trotskistas. ¿Podían éstos correr semejante riesgo? Con el país al borde de la catástrofe económica y el campesinado próximo a la sublevación, ¿debían ellos exponer al Partido a una convulsión en el transcurso de la cual los stalinistas podrían ser derrocados, pero los bujarinistas y los trotskistas podrían ser incapaces de resolver sus diferencias democráticamente, no digamos ya gobernar conjuntamente? Así podrían arruinar involuntariamente al Partido y dar a Las fuerzas antibolcheviques la oportunidad que esperaban. Ésta sería en verdad una situación clásicamente termidoriana, pues había sido precisamente una coalición similar de la izquierda y la derecha, exasperadas ambas por el terror, la que había producido la caída de Robespierre. ¿No estaba Trotsky jugando ahora con fuego termidoriano, él que durante todos aquellos años había prevenido a los demás contra tal juego?

Trotsky y la Oposición se hallaban en un atascadero. Si alguna posibilidad de autopreservación les quedaba, ésta consistía en una amplia alianza de todos los bolcheviques antistalinistas. Y, sin embargo, difícilmente ¡jodían esperar que ni siquiera tal alianza los salvara. Tenían razones para temer que el resultado de ésta fuera el fin del partido bolchevique. Al considerar por un momento la idea de una coalición, tanto Trotsky como Bujarin fueron movidos por un efímero reflejo de autodefensa. Ninguno de los dos, sin embargo, podía llevar más lejos sus acciones sobre la base de ese reflejo. Ambas facciones estaban más preocupadas por preservar al Partido tal como existía que por preservarse ellas mismas; o de lo contrario no veían claramente su inexorable dilema. Algunos de los dirigentes, indudablemente, lo veían. El informe de Kámenev sobre su reunión con Bujarin contiene estas sombrías palabras: “Algunas veces le digo a Yefim: ‘¿No es irremediable nuestra situación? Si nuestra nación es aplastada, nosotros seremos aplastados con ella; y, si se salva y Stalin cambia de rumbo con el tiempo, también seremos aplastados”. Rádek, en una carta a sus camaradas, describió la elección que tenían ante sí como una elección “entre dos formas de suicidio político”, una de las cuales consistía en ser amputados del Partido y la otra en reingresar en el Partido después de haber abjurado de sus propias convicciones.[55]

55- La carta, fechada el 16 de septiembre, se halla en The Trotsky Archives

La desesperada oferta de una alianza de Bujarin y la respuesta tentativa de Trotsky no tuvieron, por consiguiente, ninguna secuela. Los bujarinistas no podían reaccionar frente a la proposición de su jefe sino con la misma resistencia con que los trotskistas habían recibido la respuesta del suyo. Ellos habían visto a sus peores enemigos en los trotskistas y los zinovievistas, y su más reciente acusación a Stalin era la de que éste se había convertido en un criptotrotskista (o, como decía Bujarin, que había adoptado las ideas de Preobrazhensky). ¿Cómo, entonces, podían ellos contemplar la posibilidad de una alianza con los trotskistas? Los bujarinistas sabían que estos últimos y los zinovievistas veían el viraje a la izquierda con una simpatía vergonzante; el propio Bujarin debe de haber inferido lo mismo de su conversación con Kámenev. Y si incluso los trotskistas desterrados temían al trauma a que quedaría expuesto el Partido como resultado de una coalición de la izquierda y la derecha, ¡cuánto más deben de haber temido esta posibilidad los bujarinistas, que habían pertenecido y seguían perteneciendo al grupo gobernante! Las alusiones de Stalin en el sentido de que se aliaría con Trotsky si ellos se portaban mal, los llenaron de pavor. Y decidieron no portarse mal. Ni siquiera trataron de hacer pública la lucha contra Stalin, como lo habían hecho los trotskistas y los zinovievistas; o, si lo hicieron, descubrieron que al privar a la Oposición de izquierda de la libertad de expresión, también se habían privado ellos mismos de esa libertad. Bujarin, por lo tanto, no pudo llevar adelante sus acercamientos ni responder a la idea de Trotsky de un "acuerdo limitado".

Estos acontecimientos fortalecieron a los conciliadores trotskistas. Tres de los jefes más autorizados de la Oposición en el exilio -Smilgá, Serebriakov e Iván Smirnov- se solidarizaron ahora con Rádek y Preobrazhensky. Era claro, sostenían, que Stalin no había dicho "su última palabra" en julio, cuando pareció ceder ante el kulak, el viraje a la izquierda proseguía. Trotsky había admitido implícitamente que la Oposición de izquierda no podía persistir en un orgulloso aislamiento y que debía buscar aliados; pero sus aliados naturales eran ios stalinistas, no los bujarinistas. Esto no equivale a decir que los conciliadores vieran con regocijo la manera como Stalin trataba a la oposición de derecha. "Hoy el régimen golpea a Bujarin", escribió Smilgá, "en la misma forma en que golpeó a la Oposición leninista... (los bujarinistas) están siendo estrangulados a espaldas del Partido y de la clase obrera". Pero "la Oposición leninista no tiene razones para expresar simpatía política por la derecha en razón de esto": su consigna seguía siendo"¡Abajola derecha!"[56] Ésta había sido la consigna de Trotsky en el verano, pero apenas lo

56- La cita está tomada de "Platforma Pravovo Kryla VKP (b)" (23 de octubre de 1928), que fue un comentario sobre el artículo de Bujarin "Zametki Ekonomista", publicado en Pravda el 30 de septiembre. (Ésta fue la única declaración pública que hizo Bujarin sobre sus objeciones a la política de izquierda.) Smilgá también estaba escribiendo un libro sobre Bujarin y

era ya en el otoño. Las relaciones entre él y los conciliadores se hicieron tensas y hostiles. Trotsky apenas se mantenía en contacto con Preobrazhensky, y su correspondencia con Rádek se volvió áspera e intermitente. Rádek protestó contra los duros ataques de Trotsky a Zinóviev, Kámenev y los demás capituladores. "Es ridículo pensar", escribió, "que ellos se han rendido sólo por cobardía. El hecho de que un grupo tras otro hable un día contra la capitulación y al día siguiente resuelva capitular, y de que esto haya sucedido repetidamente y muchas veces, demuestra que nos encontramos frente a un conflicto de principios y no sólo frente al temor a la represión".[57] Era cierto que los capituladores cometían un suicidio político, pero también lo hacían quienes se habían negado a capitular. Sólo quedaba la esperanza de que nuevos desplazamientos dentro del Partido y la ulterior evolución de éste hacia la izquierda despejaran el ambiente y permitieran a la Oposición reingresar en el Partido con dignidad.

Mientras disculpaba en esa forma las motivaciones de Zinóviev y Kámenev, Rádek hizo circular entre sus camaradas un extenso tratado que había escrito para refutar la Revolución Permanente de Trotsky.[58] No lo envió, sin embargo, a Trotsky, quien lo recibió por trasmano desde Moscú. Junto con una respuesta irónica, Trotsky envió a Rádek los propios escritos anteriores de éste en defensa del trotskismo, diciéndole que en ellos encontraría la mejor refutación de sus nuevos argumentos.[59] Trotsky todavía no sospechaba que Rádek tuviera la intención de capitular. Confiaba en que el sentido del humor y sus hábitos marxistas europeos no permitirían a Rádek incurrir en el ritual "bizantino" de una retractación. Como aún lo quería y lo admiraba, Trotsky atribuyó el comportamiento de Rádek a la "melancolía" y lo defendió a él y a Preobrazhensky contra las suspicacias de los jóvenes irreconciliables.[60] Incluso ahora todos los oposicionistas, conciliadores e irreconciliables por igual, seguían considerando a Trotsky como su jefe indiscutible. Los sentimientos que abrigaban respecto a su persona están ejemplificados de la manera más elocuente en una protesta que el propio kádek envió al Comité *el bujarinismo, pero no se sabe si lo terminó.*

57- Véase la carta circular de Rádek a sus camaradas del 16 de septiembre.
58- El texto del tratado Razvitie i Znachenie Lozunga Proletarskoi Diktatury (inédito hasta ahora) se halla en The Trotsky Archives. En respuesta al mismo, Trotsky escribió su Permanentnaya Revolutsia, la defensa histórico-teórica más extensa de su concepción.
59- Véase la carta de Trotsky a Rádek del 20 de octubre, en The Trotsky Archives.
60- Aún muchos meses más tarde, hacia fines de mayo de 1929, en Prinkipo, Trotsky recibió las primeras noticias de la capitulación de Rádck con Ja mayor incredulidad, y escribió: "Rádck tiene tras de sí un cuarto de siglo de actividad marxiste revolucionaria... es de dudarse que sea capaz de unirse a los stalinistas. En todo caso, no será capaz de permanecer con ellos. Es demasiado marxiste y demasiado intemacionalista para poder hacer tal cosa". The Trotsky Archives.

Central en octubre, cuando las noticias sobre el deterioro de la salud de Trotsky causaron gran preocupación entre los exiliados:
La enfermedad de Trotsky ha agotado nuestra paciencia (escribió Kádek). No podemos ver y callar mientras el paludismo mina la fuerza de un luchador que ha servido a la clase obrera durante toda su vida y que fue la Espada de la Revolución de Octubre. Si la atención a los intereses faccionales ha extinguido en ustedes todos los recuerdos de una lucha revolucionaria común, dejemos que hablen la inteligencia y los hechos concretos. Los peligros a que se enfrenta la República Soviética se acumulan... Sólo quienes no comprenden qué hace falta para vencer esos peligros pueden permanecer indiferentes ante la muerte lenta de ese corazón combatiente que es el camarada L. D. Trotsky. Pero aquellos de ustedes -y yo estoy convencido de que no son pocos- que piensan con espanto en lo que podría deparar el día de mañana... deben decir: ¡Basta ya de este juego inhumano con la salud y la vida del camarada Trotsky![61]

Desde el verano, en efecto, la salud de Trotsky se había deteriorado. Volvió a sufrir ataques de fiebre palúdica, fuertes dolores de cabeza y la infección estomacal crónica que habría de afectarlo hasta el fin de sus días. Las noticias de su enfermedad dieron lugar a que los exiliados enviaran numerosas cartas y telegramas expresándole su simpatía y protestando ante Moscú. Algunos de los deportados, deseosos de llevar a cabo una acción más vigorosa en defensa de Trotsky, planearon una huelga de hambre colectiva. Él los convenció, con dificultad, de que no tomaran una decisión tan desesperada. No era necesario -dijo en mensajes enviados a las colonias- preocuparse demasiado por su estado de salud, que no era tan malo como para que no pudiera trabajar. Era aconsejable hacer circular más ampliamente las protestas que la Oposición ya había hecho; pero sería precipitado recurrir a una acción drástica que tal vez sólo empeoraría la situación de los afectados.[62]

A medida que avanzó el otoño, más nubarrones se acumularon sobre la cabeza de Trotsky. En octubre dejó de recibir cartas de sus amigos y seguidores; sólo le llegaban las comunicaciones de los hombres que estaban dispuestos a desertar de la Oposición. Sus propias cartas y mensajes tampoco llegaban a sus destinatarios. Ni siquiera pudo obtener respuesta a los telegramas en que preguntaba por la salud de Zina, que seguía causándole preocupación. Pasó los días del aniversario de la Revolución solitario y aprensivo: no le llegó ninguno de los saludos acostumbrados.

61- Citado de The Militant, lo. de enero de 1929.
62- Éste, por ejemplo, es el texto de un telegrama a los deportados de Yenísseisk (14 de octubre de 1928): "Opóngomc categóricamente a formas de protesta contempladas por ustedes... Mi enfermedad no es inmediatamente peligrosa. Ruégoles observar línea (de conducta) común. Saludos fraternales. Trotsky". The Trotsky Archives.

A continuación los malos augurios se multiplicaron. Un funcionario local, que había simpatizado secretamente con la Oposición y se había mantenido en contacto con Trotsky, fue encarcelado súbitamente. Un oposicionista que había venido desde Moscú, había conseguido un trabajo de chofer en Alma Ata y solía reunirse subrepticiamente con Trotsky en los baños públicos, y que, según parece, había estado a cargo del "correo secreto" entre Alma Ata y Moscú, desapareció sin dejar rastros. La familia se había mudado nuevamente de la dacha con su huerta y sus macizos de flores a la ciudad desagradable. "Desde fines de octubre", escribió Sedova a unos amigos, "no hemos recibido cartas de casa. No obtenemos respuesta a nuestros telegramas. Estarnos sometidos a un bloqueo postal. Esto no será todo, por supuesto. Esperamos algo peor... Aquí estamos sufriendo una severa helada. El frío en nuestras habitaciones es una agonía. Las casas de aquí no están construidas para el clima frío. El precio de la leña es increíblemente elevado".

Por último, a Trotsky le llegaron rumores de muchas partes en el sentido de que no lo dejarían en Alma Ata, que sería deportado más lejos aún y aislado mucho más rigurosamente. En un principio desechó los rumores. "No espero que ocurra tal cosa: ¿adonde demonios podrían mandarme?", escribió a Elzin el 2 de octubre. Contempló un invierno de intensos estudios y trabajo literario en Alma Ata y, por supuesto, de excursiones de caza en los bosques vecinos. Pero los rumores persistieron, y el bloqueo postal y otras señales indicaban que "algo peor" estaba, efectivamente, a punto de ocurrir.

Aquél fue un otoño extraño. En ocasión del aniversario de la Revolución, resonaron desde la Plaza Roja en Moscú estas consignas oficiales: "¡El Peligro está en la Derecha!", "¡Ataquemos al kulak!", "¡Luchemos contra los nuevos ricos de la NEP!", "¡Aceleremos la Industrialización!"; y las consignas retumbaron por todo el país, penetrando hasta los rincones más apartados, aun hasta Alma Ata. ¡Durante cuánto tiempo había tratado Trotsky de convencer al Partido de que adoptara esas consignas! Hacía apenas un año, en ocasión de la misma fecha de aniversario, sus partidarios habían desfilado por las calles de Moscú con las mismas consignas inscritas en sus banderas. Entonces fueron dispersados, golpeados y acusados de contrarrevolucionarios. No podía darse, se habría podido pensar, una reivindicación más categórica de la Oposición que el hecho de que el grupo gobernante se viera obligado a apropiarse sus ideas. Nadie que tuviera el mínimo interés en los asuntos públicos podía dejar de advertirlo. Los feroces ataques contra Trotsky, el "superindustrializador" y el "enemigo del muzhik", se mantenían vivos aún en los recuerdos de todos. Ahora la insinceridad y la vileza de esos ataques se pusieron de manifiesto con claridad meridiana. Muchos bolcheviques se preguntaron si el propio Sta- lin no se estaba convirtiendo ahora en un superindustrializador y enemigo de los campesinos. Con todo, este año al igual que el anterior, millones

do ciudadanos marcharon en los desfiles oficiales, recorrieron las rutas prescritas y gritaron las consignas prescritas como si nada desacostumbrado hubiese sucedido y como si ellos mismos hubiesen sido incapaces de pensar, reflexionar y actuar.

La apatía popular permitió a Stalin robarse las vestimentas de Trotsky con impunidad. Trotsky todavía se consoló pensando que Stalin no sería capaz de usarlas porque no le vendrían bien. Todavía contó con que, a medida que la crisis nacional se profundizara, la facción stalinista sería incapaz de resolverla ella sola. La crisis, en efecto, se había hecho más profunda. Con el campesinado en rebelión y las ciudades amenazadas por el temor al hambre, la nación vivía en una tensión insoportable. Había en el ambiente una nerviosidad febril y una sensación de peligro y alarma. El aparato del Partido movilizó rigurosamente sus fuerzas y exhortó a todos a estar preparados para enfrentarse a una grave aunque todavía indefinida situación de emergencia. Pero no mostró ninguna inclinación a hacer regresar a los oposicionistas exiliados.

Hacia fines del año Stalin se hallaba en una posición mucho más fuerte que la que había ocupado en el verano. Le temía menos al enfrentamiento simultáneo con dos Oposiciones. La derecha estaba atemorizada y desmoralizada y en vías de capitular. La izquierda estaba desgarrada por las disensiones y paralizada. Stalin siguió de cerca las disputas entre Trotsky, Rádek, Preobrazhensky, los irreconciliables y los decemistas, y llegó a la conclusión de que el tiempo transcurría en su favor. Todavía estaba enfrascado en los preparativos de su ofensiva general en favor de la industrialización y la colectivización, y los conciliadores trotskistas consideraban ya que no debían permanecer al margen. ¿Cuánto más no pensarían así una vez que él hubiese pasado de los preparativos a la acción? Cierto era que los conciliadores no estaban todavía en disposición de rendirse, pero se aproximaban constantemente a esa fase y todo lo que necesitaban para llegar a ella era tiempo y un poco de estímulo. A través de sus agentes, Stalin los estimuló por todos los medios a su alcance: invocó el interés supremo de la revolución, apeló a la lealtad bolchevique, combinó los halagos con las amenazas e intensificó el terror contra los trotskistas irreconciliables y los decemistas.[63] De esta manera esperaba hacer realidad su afirmación jactanciosa, que había sido prematura cuando la hizo, de que tenía a la Oposición de izquierda "en el bolsillo". Él, en realidad, necesitaba la ayuda de la izquierda para poner en práctica su nueva política. Pero estaba empeñado en obtener esa ayuda, no aliándose con la izquierda, sino escindiéndola, doblegando

63- En el otoño la vigilancia policíaca sobre los deportados fue intensificada súbitamente y muchos de ellos fueron encarcelados. V. Smirnov fue enviado a prisión porque se reportó con cinco minutos de retraso a la GPU local para una inspección de rutina. Bútov, uno de los secretarios de Trotsky, murió en la cárcel después de una huelga de hambre que duró cincuenta días.

a un sector importante de ella y volviéndolo contra Trotsky. Tenía la esperanza de infligir a éste una derrota mucho más demoledora que todos los golpes que le había asestado hasta entonces.

Sin embargo, pese a toda su fuerza, Stalin no podía estar seguro de que sería capaz de lograr lo que se había propuesto. Estaba a punto de acometer una empresa gigantesca como la que nunca había intentado ningún otro gobernante: iba a expropiar de un solo golpe a más de veinte millones de agricultores y a meterlos a ellos y sus familias en granjas colectivas; iba a empujar a la Rusia urbana a una campaña de industrialización en la que los horrores de la acumulación primitiva capitalista habrían de reproducirse en una escala inmensa y de condensarse en un período sumamente breve. Él no podía saber cómo habría de reaccionar la nación, qué desesperación, ira, violencia y rebelión podría engendrar la tremenda transformación: en qué situación llegaría a encontrarse él mismo, ni si sus adversarios tratarían entonces de aprovechar su oportunidad. Si hubieren de aprovecharla, era seguro que se volverían hacia Trotsky en busca de dirección. Aun desde Alma Ata, las ideas de Trotsky y su personalidad, rodeada pox' la aureola del martirio heroico, fascinaban a la élite bolchevique. Pese a toda la confusión y el desaliento que imperaban entre los exiliados, el trotskismo iba ganando nuevos adeptos en las células del Partido. La GPU tenía que bregar con tantos de ellos que hacia fines de 1928 entre 6.000 y 8.000 oposicionistas de izquierda fueron encarcelados y deportados, en tanto que a principios del mismo año la fuerza de los trotskistas y los zinovievistas juntos se calculaba entre 4.000 y 5.000 solamente. Kámenev no era el único que pensaba que en una situación crítica el Partido tendría que "enviar un tren especial" para traer a Trotsky. Los exámenes de conciencia abundaban entre los capituladores e incluso entre los stalinistas, algunos de los cuales se preguntaban si, en caso de que el viraje a la izquierda estuviese justificado, Trotsky no había tenido siempre la razón; se sentían, en consecuencia, asqueados por las calumnias y la brutalidad de que habían sido objeto. Stalin sabía que, por casi cada uno de los seis u ocho mil oposicionistas que habían preferido la prisión y el exilio a la renuncia a sus ideales, había uno o dos capituladores que estaban de acuerdo en el fondo de su conciencia con sus camaradas menos doblegables, y uno o dos vacilantes o "conciliadores" (*dvurushniki*, los hombres, de dos caras, como los llamaba él) en su propia facción. Todos ellos mantenían la cabeza baja ahora: pero, ¿no se levantarían contra él cuando cambiara la marea?

Stalin tampoco podía tomar a la ligera la amenaza de una alianza entre Trotsky y Bujarin. Aunque esta vez no se había materializado, la amenaza subsistía mientras Trotsky fuera el jefe indiscutible de la Oposición de izquierda y pudiera ser traído de regreso por un "tren especial". Stalin, por consiguiente redobló sus esfuerzos para quebrantar el espíritu de la Oposición. Sus agentes ofrecieron todas las esperanzas

y tentaciones posibles a Rádek, Preobrazhensky y sus amigos, prometiendo la rehabilitación, invocando propósitos comunes y hablando del grande, fructífero y honroso trabajo que ellos podían desempeñar aún en beneficio del Partido y del socialismo. Todos estos esfuerzos, sin embargo, tropezaron con el formidable obstáculo de la influencia que Trotsky ejercía desde Alma Ata y que había impedido hasta entonces que la Oposición en el exilio se desintegrara. Stalin estaba decidido a apartar ese obstáculo de su camino.

Pero ¿cómo hacerlo? todavía no se atrevía a despachar al asesino, ni siquiera a arrojar a su enemigo a la cárcel. El oprobio habría sido demasiado grande, porque, pese a todo lo que había sucedido, el papel de Trotsky en la revolución era todavía demasiado reciente y vivo en la mente de la nación. Stalin, por consiguiente, planeó expulsar a Trotsky de Rusia. Sabía que aun eso causaría consternación, y preparó cuidadosamente a la opinión pública. En primer lugar, hizo circular rumores sobre el nuevo destierro: a continuación ordenó que los rumores fueran desmentidos: y por último volvió a difundirlos. De esa manera embotó la sensibilidad pública. Sólo después de que los rumores circularan, fueran desmentidos y volvieran a circular, haciendo que la gente se familiarizara con la idea de la expulsión de Trotsky de la URSS y ésta se hiciera menos repugnante, podía Stalin realizar su plan.

En medio de todas las incertidumbres acerca de su futuro, Trotsky planteó de nuevo la gran pregunta desconcertante: "¿Adonde va la revolución?" La Unión Soviética vivía ahora el gris intervalo entre dos épocas: entre la NEP y la "segunda revolución" de Stalin.[64] Los contornos del porvenir eran borrosos; a lo sumo sólo podían vislumbrarse oscuramente, como a través de un cristal. Trotsky iba cobrando conciencia de que algunas de las ideas que él había expuesto en los últimos años estaban a punto de ser rebasadas por los acontecimientos. Trató de ir más allá de esas ideas, pero ellas gravitaban fuertemente sobre él. Intentó esbozar nuevas perspectivas, pero los hábitos mentales, formados durante la NEP y adaptados a sus realidades, y los recuerdos históricos de la Revolución Francesa siguieron obstruyendo su visión.

Trotsky comprendía, por ejemplo, que su concepción del Termidor soviético se había hecho insostenible. Había llegado a ser absurdo mantener que Bujarin y Ríkov fueran todavía los defensores de la propiedad privada, que Stalin fuera su cómplice involuntario y que aquéllos estuvieran destinados a ser los beneficiarios últimos de la política de este. Trotsky, en consecuencia, abandonó virtualmente

64- Yo usé por primera vez el termino "segunda revolución" en Stalin. Biografía política, pp. 298 sigs., y he sido criticado por haberlo usado. La colectivización y la industrialización, dicen los críticos, no constituyen una revolución. Pero si un cambio en las relaciones de propiedad como resultado de la expropiación, de un solo golpe, de más de veinte millones de pequeños terratenientes no es una revolución económica y social, ¿entonces qué lo es?

su concepción del Termidor soviético.[65] En una "Carta a los Amigos", escrita en octubre de 1928,[66] y que es uno de los ensayos más notables del período de Alma Ata (aunque está escrita en la fraseología peculiar de la Oposición), sostenía que Bujarin y los bujarinistas eran termidorianos fallidos que habían carecido del valor necesario para actuar de acuerdo con sus convicciones. Describió irónica y vividamente su comportamiento con las siguientes palabras: "Bujarin ha ido más lejos que cualquiera de los jefes de la derecha (en su defensa de los intereses del kulak y del nuevo rico de la NEP), mientras Ríkov y Tomsky lo han observado a prudente distancia. Pero cada vez que Bujarin mete el pie en el agua fría (de Termidor) tiembla, se estremece y lo saca rápidamente; y Tomsky y Ríkov corren a refugiarse entre los arbustos". En consecuencia, el kulak, el nuevo rico de la NEP y el burócrata conservador, desilusionados con los jefes de la derecha bolchevique, se inclinaban a buscar un liderato más efectivo en otra parte, especialmente en el ejército. Con los precedentes franceses en mente. Trotsky se refirió a la inminencia del "peligro bonapartista", implicando que la Revolución Rusa podría ahorrarse el Termidor y pasar directamente de la fase bolchevique a la fase bonapartista.

El peligro bonapartista, añadía, podría adoptar dos formas diferentes: podría materializarse como el clásico golpe de Estado militar, un 18 Brumario ruso, o bien podría tomar la forma del mando personal de Stalin. Trotsky consideraba probable que el ejército, apelando directamente al campesinado propietario y apoyado por éste, intentara derrocar a Stalin y poner fin al régimen bolchevique en general. Para él era secundario cuál de los jefes del ejército se colocaría a la cabeza del movimiento: en condiciones favorables, aun mediocridades como Voroshílov o Budiony podrían tomar la iniciativa y alcanzar el éxito. (Trotsky citó un proverbio que, según dijo, era de los preferidos de Stalin: *Iz gryazi delayut Knyazia*: con cualquier basura puede hacerse un príncipe.) Las condiciones favorables para un golpe estaban dadas: el campesinado no sentía más que hostilidad frente al Partido encabezado por Stalin, y la clase obrera estaba descontenta y apática. Si llegara a establecerse una dictadura militar, ésta contaría con una amplia base. Sería contrarrevolucionaria en su carácter y en sus consecuencias. Trataría de garantizar la seguridad, la estabilidad y la expansión al sector privado de la economía. Desmantelaría o mutilaría al sector socialista y acarrearía la restauración del capitalismo. Enfrentados a tal peligro, concluía Trotsky, todos los bolcheviques deseosos de defender el socialismo tendrían que unirse; y la Oposición de izquierda tendría que cooperar con Stalin y su facción, porque éste no hablaba en nombre

---

65- Volvió, sin embargo, a exponerla y defenderla después de ser desterrado a Turquía, pero sólo para "revisarla" una vez más pocos años más tarde.

66-"Pismo Druziam" del 21 de octubre, en The Trotsky Archives

del propietario sino del "arribista proletario", y había evitado hasta entonces un rompimiento abierto con la clase obrera.

Era posible, por otra parte, que el propio Stalin se convirtiera en el Bonaparte soviético. Esto crearía una situación diferente para el país y para la Oposición. Stalin podría ejercer su mando personal sólo a través del aparato del Partido, no del ejército. Su dictadura no tendría inmediatamente las consecuencias contrarrevolucionarias que seguirían a un golpe militar. Pero tendría una base sumamente estrecha y sufriría de suma inestabilidad. Stalin se encontraría en conflicto crónico con todas las clases de la sociedad; trataría de someter ora a esta clase, ora a aquella, y de enfrentar a las unas contra las otras. Tendría que luchar constantemente a fin de mantener subordinado el aparato del Partido, la burocracia estatal y el ejército; y gobernaría con el incesante e inmitigable temor al desafio de cualquiera de ellos. Suprimiría toda actividad social y política espontánea y toda libertad de expresión. En tales condiciones, difícilmente habría lugar para cualquier "frente unido" entre la Oposición de izquierda y los stalinistas. Sólo habría lucha sin posibilidad alguna de conciliación.

En este contexto, Trotsky analizó sucintamente y con poderosa previsión el trasfondo social, la mecánica, la forma y la perspectiva del mando de Stalin tal cual éste habría de evolucionar durante los siguientes veinte años. Retrató anticipadamente al Secretario General transformado en el perfecto dictador totalitario. Después de hacerlo, sin embargo, él mismo vio el retrato con cierta incredulidad. Pensó que, después de pesar todos los factores, el peligro de una dictadura puramente militar era más real. Le pareció mucho más probable que Voroshílov, Budiony o algún otro general encabezara al ejército contra Stalin, y que los trotskistas y los stalinistas lucharan unidos "del mismo lado de la barricada". Y añadió que, a la larga, desde un punto de vista histórico, importaría poco cuál de ellos, Stalin o Voroshílov, "montara el caballo blanco" y cuál de ellos mordiera el polvo. A corto plazo, sin embargo, la diferencia era importante: era la diferencia entre un triunfo abierto e inmediato de las fuerzas antisocialistas (bajo un dictador militar) y un desarrollo mucho más complejo, confuso y prolongado (bajo Stalin). A la larga, sostenía Trotsky, la dictadura de Stalin también sería perjudicial para el socialismo; y veía al kulak y al nuevo rico de la NEP triunfantes incluso al término clel camino de Stalin. "El film de la revolución se mueve ahora hacia atrás, y el papel que desempeña Stalin en el es el de Kerensky al revés". El kerenskismo resumía la transición de Rusia del capitalismo al bolchevismo: y el stalinismo victorioso sólo podría marcar el viaje de regreso.

Resulta demasiado fácil advertir retrospectivamente las falacias de este razonamiento; y más fácil aún es dejar de advertir el núcleo de verdad que esas falacias contenían. El que Trotsky pudiera imaginarse a Voroshílov o a Budiony

en el papel de Bonaparte debe parecer casi absurdo. Y, sin embargo, en cuanto analizador político. Trotsky tenía que considerar tanto las potencialidades como las realidades del momento; y la potencialidad de un golpe militar estaba presente. Aunque no se convirtió en realidad. cuando menos en los treinta años siguientes la amenaza acosó repetidamente primero a Stalin y después a sus sucesores. Recuérdense, si no. los conflictos de Stalin con Tujachevsky y otros generales en 1937 y con Zhukov en 1946, y el choque de Jruschov con Zhukov en 1957. Aquí Trotsky tocó una tendencia latente en la política soviética; pero evidentemente sobrestimó su fuerza. También sobrestimó la fuerza de lo que era. en la teoría marxista, el impulso social que animaba a esa tendencia: la determinación y la energía del campesinado para defender su propiedad, y su capacidad para hacer pesar sus intereses, a través del ejército, contra la ciudad. El propio Trotsky había escrito en 1906 que "la historia del capitalismo es la historia de la subordinación del campo a la ciudad"; y en este contexto había analizado la naturaleza amorfa y la impotencia política del campesinado ruso bajo el antiguo régimen[67] Esa subordinación del campo a la ciudad caracteriza a lortiori la historia de la Unión Soviética. Los golpes de maza de Stalin estaban a punto de caer sobre la agricultura privada con terrible impacto y de aplastar al campesinado. Pero no podían impedir que los campesinos se resistieran a la colectivización. Esta resistencia, informe, dispersa y prolongada, habría de tener como resultado la ineficicncia y el atraso crónicos de la agricultura colectivizada; pero no podía encauzarse hacia ninguna acción política efectiva en escala nacional. Y en la derrota del muzhik apegado a la propiedad residió el secreto del fracaso de los candidatos militares al puesto de Bonaparte soviético.

La impotencia y la mudez del campesinado eran parte integrante del letargo político de la sociedad posrevolucionaria en general; y esto constituía el trasfondo de la extraordinaria actividad y aparente omnipotencia de la burocracia gobernante. Trotsky se encaró una y otra vez con este aspecto de la situación, y una y otra vez su mente se apartó del mismo. Krúpskaya hizo una vez el comentario, que probablemente le había escuchado a Lenin, de que Trotsky propendía a subestimar la apatía de las Masas[68] En esto. Trotsky era fiel a sí mismo y a su carácter como revolucionario. El revolucionario se encuentra en su elemento cuando la sociedad está en acción, cuando despliega todas sus energías, y cuando todas las clases sociales luchan por sus aspiraciones con el máximo de vigor y clan. Entonces la percepción del revolucionario es más sensitiva, su comprensión más aguda y su visión más rápida y penetrante que nunca. Pero una vez que la sociedad

67- Véase El profeta armado, pp. 151 sigs..
68- N. Krúpskaya, "K. Voprosu ob Urokaj Oktiabria", en Za Leninizm, p. 155

sucumbe al letargo y sus diversas clases entran en estado de coma, el gran teórico revolucionario, trátese de Trotsky o del propio Marx, pierde una parte de su visión y su penetración. Esta situación de la sociedad es la más inconveniente para él, y le es imposible adaptarse intelectualmente a ella. De allí los errores de juicio de Trotsky. Aun cuando tomó en cuenta, hasta el máximo, la fatiga posrevolucionaria de las masas, se abstuvo todavía de medir toda su profundidad. Pensando en el futuro, seguía viendo a todas las clases y grupos sociales -tanto los kulaks como los obreros y los jefes militares como los diversos agrupamientos bolcheviques- en acción y movimiento, en un estado de confianza en sí mismos y de animación, listos a abalanzarse los unos sobre los otros y a entablar sus titánicas batallas. Su pensamiento se desconcertó ante el espectáculo de los Titanes amodorrados e indolentes, a los que una burocracia podía domeñar y atar de pies y manos.

Debido a que en última instancia él identificaba el proceso de la revolución con la conciencia y la actividad social de las masas trabajadoras, la ausencia evidente de esa conciencia y esa actividad lo llevaron a concluir que, con el stalinismo victorioso, "el film de la revolución se movía hacia atrás", y de que el papel de Stalin en éste era el de Kerensky al revés. Aquí también la falacia es obvia; pero su meollo de verdad no debe pasarse por alto. El film no se movía como habían esperado los precursores y los autores de la revolución: se movía parcialmente en una dirección distinta pero no hacia atrás. El papel de Stalin en él no era el de Kerensky al revés. El film sigue moviéndose, y tal vez todavía sea demasiado temprano para juzgarlo definitivamente. En teoría, aún es posible que termine en un revés para la revolución tan grave como el que sufrieron otras grandes revoluciones anteriores: la francesa y la inglesa. Pero esta posibilidad parece sumamente remota. Cuando Trotsky escribió que el film se movía hacia atrás, quiso decir que se movía hacia la restauración del capitalismo. En realidad se movía hacia la economía planificada, la expansión industrial y la educación en masa; y todo esto, a pesar de la deformación y la adulteración burocráticas, lo reconocía el propio Trotsky como prerrequisitos esenciales del socialismo, como el *sine qua non* para el cumplimiento definitivo de la promesa de la revolución. Es obvio que los prerrequisitos no eran el cumplimiento; y la Unión Soviética de la década de los cincuentas tuvo bastantes razones para contemplar retrospectivamente el historial del stalinismo, o cuando menos algunas de sus facetas, con ojos dolorosamente desilusionados. Pero no vio al kulak y al nuevo rico de la NEP triunfantes al término del camino de Stalin.[69]

¿Fue el historial de Stalin un historial bonapartista? Trotsky no usó el término

---

69- Europa oriental (Hungría, Polonia y Alemania Oriental), sin embargo, se encontró casi al borde de la restauración burguesa al termino de la era de Stalin; y sólo la fuerza armada soviética (o su amenaza) la frustró allí.

en el sentido generalmente aceptado que significa tan sólo "el gobierno de la espada" y el mando personal. La definición marxista más amplia del bonapartismo es la de una dictadura ejercida por el aparato estatal o la burocracia en general, de los cuales la autocracia militar es sólo una forma particular. Lo que, según la concepción marxista, es esencial en el bonapartismo es que el Estado o el Ejecutivo adquiere una independencia política respecto de todas las clases sociales y establece su supremacía absoluta sobre la sociedad. En este sentido el régimen de Stalin tuvo, por supuesto, mucho en común con el bonapartismo. Con todo, la ecuación sólo ofrece una clave muy general y vaga para entender el fenómeno en toda su complejidad y contradictoriedad. Stalin ejerció su mando no tanto a través de un aparato estatal "independiente" cuanto a través del aparato "independiente" del Partido, por medio del cual controló también al Estado. La diferencia fue de una gran importancia para el desarrollo de la revolución y del clima político de la Unión Soviética. El aparato del Partido se consideraba el único custodio e intérprete autorizado de la idea y la tradición bolcheviques. Su hegemonía significaba, por consiguiente, que la idea y la tradición bolcheviques seguían siendo, a través de todas las sucesivas reformulaciones pragmáticas y eclesiásticas, la idea gobernante y la tradición dominante en la Unión Soviética. Esto fue posible sólo porque la idea y la tradición estaban firmemente enraizadas en la estructura social de la Unión Soviética, primordialmente en la economía urbana nacionalizada. Si fuéramos a extraer de la Revolución Francesa cualquier paralelismo parcial con esta situación, tendría que ser un paralelismo imaginario: tendríamos que imaginar cómo habría sido la Francia revolucionaria si los termidorianos nunca hubiesen derrocado a Robespierre y si éste hubiese gobernado a Francia en nombre de un partido jacobino tullido y dócil, durante todos aquellos años que los historiadores describen ahora como las eras del Directorio, del Consulado y del Imperio: en una palabra, cómo habría sido Francia si ningún Napoleón hubiese pasado al primer plano y si la revolución hubiese consumado todo su desarrollo bajo la bandera del jacobinismo.[70]

Ya hemos visto que la hegemonía del aparato del Partido se había iniciado, en realidad, en la última fase de la era de Lenin. Había sido inherente al predominio del

70- Auguste Blanqui describió a Robespierre como un Napoleón auorté, mientras que Madame de Staél dijo acerca del Primer Cónsul: c'est un Robespierre a cheval. (Daniel Guérin en La lutie de classes sous la Premiere République, vol. II, pp. 301-304, dedica algunos pasajes interesantes a este asunto.) Sin embargo, el Robespierre á cheval tenía tras de sí fuerzas sociales diferentes de las que estaban detrás del jefe de los jacobinos: su sostén era el ejército, no la pequeña burguesia, y él no estaba constreñido por la ideología jacobina. De Robespierre dijo Michelet: "II eut le coeur moins roí que pretre". Napoleón fue sólo Rey, no Sacerdote. Stalin fue tanto Papa como César.

partido único, que el propio Lenin concibió esencialmente como el predominio de la Vieja Guardia bolchevique. El gobierno de Lenin en sus últimos años puede describirse, por consiguiente, conforme al uso que hace Trotsky de los términos, como "bonapartista", aunque carecía del rasgo que constituía la verdadera consumación del bonapartismo, o sea el mando personal. Así, pues, cuando en 1928 Trotsky hablaba sobre el peligro bonapartista, veía una fase de desarrollo que se había cumplido en gran medida muchos años antes como si todavía perteneciera al futuro. Desde los días de Lenin el despotismo del aparato del Partido se había hecho, por supuesto, cada vez más agresivo y brutal. Pero el contenido específico de la tormentosa historia política de aquellos años, de 1921 a 1929, no consistió tanto ni tan sólo en esto cuanto en la transformación de la hegemonía de un solo partido en la de una sola facción. Ésta era la única forma en que podía sobrevivir y consolidarse el monopolio político del bolchevismo. En las páginas iniciales de este volumen descubrimos que el sistema unipartidista era una contradicción en sí misma. Las diversas facciones, grupos y escuelas del pensamiento bolcheviques formaban una especie de sistema multipartidista dentro del partido único. La lógica del sistema unipartidista exigía implícitamente que esas facciones, grupos y escuelas fueran eliminados. Stalin habló con la voz de esa lógica cuando declaró que el partido bolchevique debía ser monolítico o no sería bolchevique. (Hasta cierto punto, por supuesto, el partido dejaba de ser bolchevique en la medida en que se hacía monolítico.)

La lógica del sistema unipartidista tal vez no se habría impuesto tan vigorosamente como se impuso, quizá no se habría hecho tan despiadada como se hizo, o el sistema acaso habría sido destruido por el desarrollo de una democracia obrera, si toda la historia de la Unión Soviética, cercada y aislada en su pobreza y su atraso seculares, no hubiese sido una secuencia casi ininterrumpida de calamidades, emergencias y crisis que amenazaban la existencia misma de la nación. Casi cada una de las emergencias y las crisis colocaba todas las cuestiones importantes de la política nacional sobre el filo de un cuchillo, ponía en conflicto a las facciones y los grupos bolcheviques e impartía a sus luchas aquella indescriptible vehemencia e intensidad que condujo a la sustitución de la hegemonía del partido único por la de la facción única. En el punto a que ha llegado nuestro relato, en la confrontación entre los stalinistas y los bujarinistas, este proceso se acercaba a su término. Lo que aún era paite del futuro era la consumación cuasi-bonapartista: la sustitución, a principios de la década de]os treintas, de la hegemonía del jefe único en lugar de la de la facción única. Fue esta consumación -la autocracia de Stalin- lo que Trotsky previo con claridad, independientemente de sus errores en otros aspectos.

Aun entonces, sin embargo, Trotsky no advirtió el ascenso del stalinismo como un resultado inevitable del monopolio bolchevique del poder. Por el contrario, lo vio

como el fin virtual del gobierno bolchevique. Así, pues, mientras Stalin presentaba la hegemonía indivisa de su propia facción como la consecuencia y afirmación final del régimen del partido único, Trotsky la veía como su negación. En rigor de verdad, el monopolio bolchevique del poder, tal cual lo habían establecido Lenin y Trotsky, encontraba en el monopolio de Stalin tanto su afirmación como su negación; y cada uno de los dos adversarios se refería ahora a un aspecto diferente del problema. Hemos seguido las transiciones a través de las cuales el régimen del partido único se convirtió en el régimen de la facción única, y a través de las cuales el leninismo cedió su lugar al stalinismo. Hemos visto que las cosas que habían estado implícitas en la fase inicial de esta evolución se hicieron explícitas y encontraron una expresión extrema o exagerada en la fase final. En este sentido Stalin se apegaba a las realidades cuando sostenía que, en la dirección de los asuntos del Partido, seguía la línea establecida por Lenin. Pero la enfática negación que Trotsky oponía a esto no estaba menos basada en realidades. La hegemonía de una sola facción era, indudablemente, un abuso tanto como una consecuencia de la hegemonía de un solo partido. Trotsky, y, siguiéndolo a él, un dirigente bolchevique tras otro, protestaron diciendo que cuando ellos establecieron, bajo Lenin, el monopolio bolchevique del poder, habían tenido el propósito de combinarlo con una democracia obrera; y que, lejos de imponer ninguna disciplina monolítica al propio Partido, habían dado por sentada la libertad interna del Partido y en efecto la habían garantizado. Sólo los ciegos y los sordos podían ignorar el contraste entre el stalinismo y el leninismo. El contraste se manifestaba en el terreno de las ideas y en el clima moral e intelectual del bolchevismo con más fuerza aún que en las cuestiones de organización y disciplina. En este aspecto, sí, ciertamente, el film de la revolución se movía hacia atrás, cuando menos en el sentido de que el stalinismo representaba una fusión del marxismo con todo lo que era primitivo y arcaicamente semiasiático en Rusia: con el analfabetismo y la barbarie del muzhik por una parte, y las tradiciones absolutistas de los antiguos grupos gobernantes por la otra. En oposición a esto, Trotsky postulaba el marxismo clásico sin adulterar, con todo su vigor intelectual y moral y también con toda su debilidad política, debilidad que era resultado de la propia incompatibilidad del marxismo clásico con el atraso ruso y de los fracasos del socialismo en Occidente. Al desterrar a Trotsky, Stalin desterraba al marxismo clásico de Rusia.

Sin embargo, tales eran los paradójicos destinos de los dos rivales, que precisamente cuando Trotsky era expulsado de su país, Stalin acometía la tarea de extirpar, a su manera bárbara, aquel atraso y aquella barbarie rusos que había devuelto como un vómito, por decirlo así, el marxismo clásico; y la burocracia stalinista se disponía a poner en práctica el programa de acumulación primitiva socialista de Trotsky. Éste fue el auténtico inspirador c incitador de la segunda

revolución, cuyo administrador práctico en la década siguiente habría de ser Stalin. Sería fútil especular cómo habría dirigido Trotsky esa revolución, si habría logrado llevar a cabo la industrialización de Rusia a un ritmo y en una escala comparables sin condenar a la masa del pueblo soviético a las privaciones, penurias y opresión que sufrió bajo Stalin, o si habría sido capaz de convencer en lugar de forzar al muzhik a aceptar la agricultura colectiva. No es posible hallar respuesta para tales interrogantes; y el historiador tiene ya suficiente trabajo analizando los acontecimientos y las situaciones que se produjeron en la realidad como para que se proponga examinar además los acontecimientos y las situaciones que pudieron haberse producido. Tal como se desarrollaron realmente los acontecimientos, la evolución política de los años veintes predeterminó la forma en que hubo de consumarse la transformación de Rusia en la década de los treintas. Esa evolución condujo a la autocracia y a la disciplina monolítica y, en consecuencia, a la industrialización y la colectivización forzosas. Los instrumentos políticos que habrían de necesitarse para llevar a cabo la acumulación primitiva socialista se habían forjado en los años veintes, y ahora estaban listos para ser utilizados. No se habían forjado como parte de una preparación deliberada y consciente para la tarea venidera, sino más bien en el transcurso impremeditado de las luchas internas en el Partido a través de las cuales el monopolio bolchevique del poder se convirtió en el monopolio stalinista. Sin embargo, si la autocracia y la disciplina monolítica formaron, como diría un marxista, la superestructura política de la acumulación primitiva socialista, también obtuvieron de ella cierto grado de autojustificación. Los adeptos de Stalin podrían argumentar que, sin autocracia y sin disciplina monolítica, esa acumulación no habría podido llevarse a cabo en la escala en que se efectuó. Para decirlo en palabras sencillas, de las prolongadas contiendas entre las facciones bolcheviques emergió la "dirección firme" de Stalin que éste tal vez buscó por lo que ella representaba en sí misma. Una vez que la logró, la empleó para industrializar a la Unión Soviética, para colectivizar la agricultura y para transformar el carácter general de la nación; y posteriormente se refirió al uso que hacía de su "dirección firme" para justificarla.

Trotsky repudió las pretensiones justificativas de Stalin. Continuó denunciando a su adversario como un usurpador bonapartista. Hubo de reconocer los aspectos "positivos y progresistas" de la segunda revolución y hubo de verlos como la realización de ciertas partes de su propio programa. Él, como recordaremos, había comparado ya su destino y el de la Oposición con el de los comuneros de París, que aunque no alcanzaron el triunfo como revolucionarios proletarios en 1871, lograron sin embargo cerrarle el paso a una restauración monárquica. Ésa había sido su victoria en la derrota. Pero los comuneros no se resignaron a aceptar la Tercera República, la república burguesa que tal vez no habría vencido sin

ellos. Siguieron siendo sus enemigos. De manera similar, Trotsky no habría de reconciliarse jamás con la segunda revolución burocrática; y contra ella habría de postular la autodeterminación de las clases trabajadoras en un Estado obrero y la libertad de pensamiento en el socialismo. Al asumir tal actitud estaba condenado a la soledad política, porque muchos de sus colaboradores más íntimos se dejaron cautivar o sobornar, en parte por frustración y fatiga y en parte por convicción, por la segunda revolución de Stalin. La Oposición en el exilio se hallaba al borde de la autoliquidación virtual.

¿Estaba Trotsky, pues, en conflicto con su tiempo? ¿Estaba librando una batalla perdida de antemano ‘‘contra la historia’’? Nietzsche nos dice:

Si queréis una biografía, no busquéis una con el título de “Fulano y su tiempo’’, sino una que lleve en su portada la inscripción: “Un luchador contra su tiempo”... Si la historia no fuera otra cosa que “un sistema de pasión y error que todo lo abarca”, el hombre tendría que leerla como quería Goethe que se leyera el Werther, tal cual si la moraleja fuera: “Sé un hombre y no me sigas”. Pero, afortunadamente, la historia también mantiene vivo para nosotros el recuerdo de los grandes ‘luchadores contra la historia’, es decir, contra la fuerza ciega de lo actual en su tiempo... y glorifica la verdadera naturaleza histórica en los hombres que prestaron poca atención al “Así es”, a fin de poder seguir un “Así debe ser” con mayor alegría y orgullo. No arrastrar a su generación a la tumba, sino fundar otra nueva: ése es el móvil que los empuja constantemente hacia adelante...

Éstas son palabras excelentes pese al romanticismo subjetivista en que se fundan. Trotsky fue en verdad un “luchador contra su tiempo”, aunque no en el sentido nietzscheano. Como marxista le preocupaba grandemente el “Así es” y estaba consciente de que el “Así debe ser” es la criatura del “Así es”. Pero se negó a doblegarse ante “la fuerza ciega de lo actual en su tiempo” y a sacrificar el “Así debe ser” al “Así es”.

No luchó contra su tiempo como el Quijote o el Superhombre nietzscheano, sino como luchan los precursores: no en nombre del pasado sino del futuro. Indudablemente, cuando escrutamos el rostro de cualquier gran precursor, podemos descubrir en él un rasgo quijotesco; pero el precursor no es un Quijote ni un utopista. Muy pocos hombres en la historia se han encontrado en tal victoriosa armonía con su tiempo como se encontró Trotsky en 1917 y después, así que no fue debido a ningún divorcío inherente respecto a las realidades de su generación lo que después lo hizo entrar en conflicto con su tiempo. El carácter y el temperamento del precursor lo llevaron al conflicto. Él había sido, en 1905, el precursor de 1917 y de los Soviets: no había ido a la zaga de nadie como jefe de los Soviets en 1917;

había sido el propugnador de la economía planificada y la industrialización desde los primeros años veintes; y habría de seguir siendo el gran, aunque no infalible, heraldo de algún nuevo despertar futuro de los pueblos revolucionarios (el anhelo de trascender el stalinismo que se apoderó de la Unión Soviética entre 1935 y 1936 fue un importante indicador de ese nuevo despertar político; un indicador todavía débil, pero seguro). Trotsky luchó "contra la historia" en nombre de la propia historia; y contra los hechos consumados de ésta, que con excesiva frecuencia eran hechos de opresión, esgrimió los mejores logros, los logros liberadores, de que la historia sería capaz algún día.

A principios de diciembre Trotsky protestó ante Kalinin y Menzhinsky por el "bloqueo postal" a que estaba sometido. Aguardó la respuesta durante dos semanas. El 16 de diciembre un alto funcionario de la GPU llegó de Moscú y le presentó un "ultimátum": o Trotsky cesaba de inmediato su "actividad contrarrevolucionaria" o sería "aislado completamente de la vida política" y "obligado a cambiar su lugar de residencia". El mismo día Trotsky replicó con una carta desafiante dirigida a los jefes del Partido y de la Internacional:

Exigirme que renuncie a mi actividad política es exigirme que abjure de la lucha que he venido librando en defensa de la clase obrera internacional. una lucha en la que he estado empeñado durante treinta y dos años, durante toda mi vida consciente... Solamente una burocracia corrompida hasta la médula puede exigir tal renuncia. Sólo los renegados despreciables pueden hacer tal promesa. ;No tengo nada que añadir a estas palabras! [71]

Un mes de insomne expectativa transcurrió en Alma Ata. El emisario de la GPU no regresó a Moscú, sino que permaneció en Alma Ata en espera de nuevas órdenes. Éstas aún dependían de la decisión del Politburó, y el Politburó todavía no se decidía. Cuando Stalin lo instó a que aprobara la orden de expulsión, Bujarin, Ríkov y Tomsky se opusieron con vehemencia; y Bujarin arrepentido de lo que le había hecho a Trotsky y cada vez más temeroso del "nuevo Genghis Kan", gritó, lloró y sollozó en la sesión. Pero la mayoría votó como Stalin deseaba que votaran; y el 20 de enero de 1929 -hacía ya un año completo que Trotsky había sido deportado de Moscú- guardias armados rodearon y ocuparon la casa en Alma Ata, y el funcionario de la GPU le presentó a Trotsky la nueva orden de deportación, esta vez "dé todo el territorio de la URSS". "La decisión de la GPU", escribió Trotsky en el recibo del documento, "criminal en su contenido e ilegal en su forma,

71- The Trotsky Archives.

me fue comunicada el 20 de enero de 1929".[72]

Una vez más se produjeron escenas tragicómicas similares a las que habían tenido lugar en ocasión de su arresto en Moscú. Sus carceleros cumplieron las órdenes que habían recibido como si se tratara de una encomienda embarazosa, y se acercaron a su víctima con una especie de sobrecogimiento. Preocupados porque no sabían adonde habrían de llevar a Trotsky, pidieron instrucciones acerca de su familia y le demostraron furtivamente al detenido su solicitud y su actitud amistosa. Pero las órdenes que habían recibido eran severas: debían desarmar a Trotsky, sacarlo de la ciudad en el término de veinticuatro horas e informarle que sólo en el trayecto recibiría un mensaje indicándole adonde sería deportado.

Al amanecer del 22 de enero el prisionero, su familia y una fuerte escolta salieron por carretera de Alma Ata en dirección a Frunze, a través del desierto montañoso y del paso de Kurday. El año anterior habían recorrido la misma carretera bajo una tormenta de nieve. El nuevo viaje fue mucho peor. Aquél fue un invierno memorable por su crudeza, tal vez el invierno más cruel de los últimos cien años. "El potente tractor que había de sacamos del trance, se hundía hasta el cuello en la nieve, con los siete automóviles que tenía que arrastrar. Durante la tormenta se quedaron helados siete hombres... y un buen golpe de caballos. Tuvimos que transbordar a varios trineos y empleamos más de siete horas en recorrer unos treinta kilómetros".[73]

En Frunze, Trotsky y su familia abordaron un tren especial con destino a la Rusia europea. Mientras viajaban llegó un mensaje en el que se informaba a Trotsky que sería deportado a Constantinopla. Éste protestó inmediatamente ante Moscú. El gobierno, declaró, no tenía derecho a desterrarlo al extranjero sin su consentimiento. Constantinopla había sido un centro de reconcentración de los remanentes del ejército de Wrangel que habían llegado allí desde Crimea. ¿Se atrevía el Politburó a exponerlo a la venganza de los guardias blancos? ¿No podía conseguirle cuando menos un visado de entrada en Alemania u otro país? Solicitó que se le permitiera ver a los miembros de su familia que vivían en Moscú. Esta petición fue atendida: Sergei y la esposa de Liova fueron traídos desde Moscú y se reunieron con los deportados en el tren. Una vez más Trotsky se negó a continuar viaje hacia Constantinopla.

El representante de la GPU, que lo acompañaba en el viaje, transmitió sus protestas y esperó instrucciones. Mientras tanto, el tren fue desviado de su ruta y detenido en "una vía muerta, junto a una pequeña estación solitaria, donde muere entre dos traviesas".

72- Ibid

73- Mi vida, tomo II, p. 467.

Así pasan varios días, uno tras otro. Los montones de latas vacías de conserva en torno al tren van en aumento. Los cuervos y los grajos vienen en bandadas a revolver en ellas, buscando botín. Soledad. Desolación. Por aquí no hay liebres: el otoño pasado hubo una epidemia que las exterminó. Pero, en cambio, se ve el rastro fresco de un zorro, que llega hasta muy cerca del tren. La máquina sale todos los días, con un coche camino de una estación grande a buscar la comida y los periódicos. En nuestro coche se ha desatado una epidemia de gripe. No hacemos más que leer a Anatole France y la Historia de Rusia, de Kliuchevsky... El frío desciende hasta 38 grados Réamur (bajo cero), y la locomotora tiene que ponerse a pasear por los rieles para no helarse... ni nosotros mismos sabemos dónde estamos. [74]

Así pasaron doce días con sus noches, durante los cuales a nadie se le permitió salir del tren. Los periódicos traían los únicos ecos del mundo: estaban llenos de las más violentas y amenazadoras invectivas contra el trotskismo y de informes sobre el descubrimiento de un nuevo "centro trotskista" y detenciones de centenares de oposicionistas.[75]

Al cabo de doce días se reanudó el viaje. El tren avanzó a toda máquina en dirección al sur, a través de conocidas estepas ucranianas. Dado que el gobierno alemán se había negado, según alegaba Moscú, a conceder a Trotsky un visado de entrada, era a Constantinopla, al fin y al cabo, adonde habrían de enviarlo. Sergei. deseoso de continuar sus estudios, y la esposa de Liova regresaron a Moscú, abrigando la esperanza de que la familia pudiera reunirse pronto en el extranjero. Sus padres los abrazaron con malos presentimientos: pero, inciertos como se sentían sobre su propio futuro, no se atrevieron a pedirles que compartieran con ellos el exilio. Nunca habrían de volver a verlos.

Desde este tren, a través de la oscuridad de la noche, Trotsky vio por última vez a Rusia. El tren recorrió las calles y el puerto de Odesa, la ciudad de su infancia y de sus primeras ambiciones y sueños del mundo. En sus recuerdos siempre se había mantenido viva la figura de aquel viejo gobernador de Odesa que había ejercido "un poder sin límites con un temperamento desenfrenado" y que "erguíase tan alto como era en su coche, maldiciendo a diestro y siniestro con voz tenante y amenazando con el puño". Otra voz tonante y otro puño amenazador -¿o era el mismo?- perseguía ahora al hombre de cincuenta años por las calles de su infancia. Una vez el espectáculo del sátrapa lo había sobrecogido, haciéndolo "ajustar las

74- Mi vida, tomo II, pp. 468-469.

75- Entre los encarcelados figuraban Voronsky, director de Krasnaya Nou, Budu Mdivani y varios de los bolcheviques georgianos que se habían opuesto a Stalin desde 1921, y 140 oposicionistas de Moscú que habían hecho circular la "Carta a los Amigos" de Trotsky antes mencionada.

correas de la mochila y apresurar el paso" para regresar a su casa. Ahora el tren-prisión apresuró su marcha para llegar al puerto, donde él habría de abordar un barco que lo llevaría rumbo a lo desconocido; y él sólo pudo reflexionar sobre lo incongruente de su destino. El muelle estaba acordonado por tropas que sólo cuatro años antes habían estado bajo sus órdenes. Como para burlarse de él, el barco sin carga y sin pasaje que lo aguardaba ostentaba el patronímico de Lenin: Ilych. Éste salió de la bahía precipitadamente, hacia la una de la mañana y en medio de una tormenta. Aun el Mar Negro se había congelado ese año, y un rompehielos tuvo que abrirle paso al barco hasta unas sesenta millas mar afuera. Mientras el Ilych levaba anclas y Trotsky volvía su mirada hacia la costa que se alejaba, debe de haber sentido que todo el país que quedaba atrás se había convertido en un desierto helado y que la revolución misma se había congelado.

No había poder sobre la tierra, no había ningún rompehielos humano que pudiera abrirle un camino de regreso.